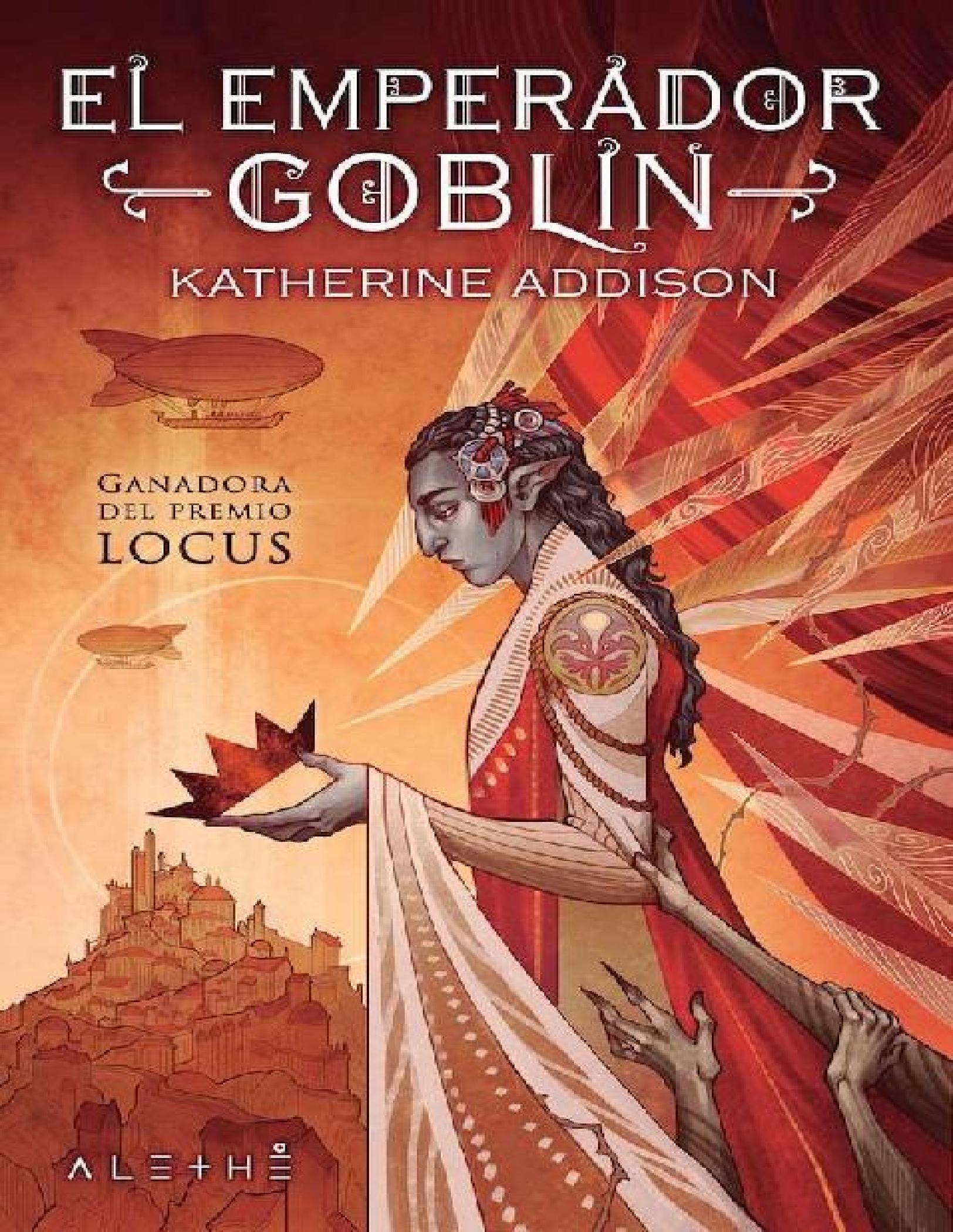


EL EMPERADOR & GOBLIN

KATHERINE ADDISON

GANADORA
DEL PREMIO
LOCUS

ALPHA



Índice

Dedicatoria

PRIMERA PARTE

EL ACCIDENTE DEL SABIDURÍA DE CHOCHARO

1. Las nuevas llegan a Edonomee
2. El Resplandor de Cairado
3. El Alcethmeret
4. El funeral en el Ulimeire
5. La casa del emperador

SEGUNDA PARTE

LA CORONACIÓN DE EDREHASIVAR VII

6. La emperatriz viuda
7. La tumba de la emperatriz Chenelo
8. La coronación de Edrehasivar VII
9. El informe de los testigos del Sabiduría de Choharo
10. Los Testigos de los Muertos
11. El funeral y el velatorio
12. La princesa y el testigo
13. Negociaciones
14. Min Nedaö Vechin
15. El problema de Setheris
16. Noticias de Barizhan
17. Cena con el embajador goblin

TERCERA PARTE EL EMPERADOR DE INVIERNO

18. El legado de Varenechibel
19. El dolor de Thara Celehar
20. La propuesta de los relojeros de Zhaö
21. Mer Celehar marcha al norte
22. El puente sobre el Upazhera
23. La oposición de la Corte
24. El revethvoran de Dazhis Athmaza
25. Cuestiones de la secuela
26. Los Relojeros y los Corazhas

CUARTA PARTE INVERNOCHE

27. La llegada del Gran Avar
28. Una carta de Mer Celehar
29. Un baile y un lecho de muerte
30. El decimonoveno cumpleaños de Edrehasivar VII y el Baile de Invernoche
31. Una conspiración al descubierto
32. Shulivar, Bralchenar y Narchanezhen
33. La partida del Gran Avar

QUINTA PARTE EDREHASIVAR EL CONSTRUCTOR DE PUENTES

34. La construcción de puentes
35. El puente sobre el Istandaärtha

Extractos del Manual para viajeros en las Tierras Élficas
Lista de personas, lugares, cosas y dioses
Créditos

*A mis padres,
Katherine a un lado, Addison al otro.*

PRIMERA PARTE

EL ACCIDENTE DEL *SABIDURÍA DE CHO HARO*

1

LAS NUEVAS LLEGAN A EDONOME

Maia se despertó con los fríos dedos de su primo clavados en el hombro.

—¿Primo? Pero ¿qué...? —Se incorporó y se frotó los ojos con una mano—. ¿Qué hora es?

—¡Levantaos! —gruñó Setheris—. ¡Daos prisa!

Maia obedeció y se arrastró torpemente fuera de la cama, muerto de sueño.

—¿Qué ocurre? ¿Hay un incendio?

—Poneos la ropa —le ordenó Setheris lanzándole las prendas del día anterior.

A Maia se le escapó toda la ropa mientras intentaba abrirse los cordones de la camisola de dormir, y Setheris, exasperado, se inclinó para recogerla, refunfuñando.

—Un mensajero de la corte. Eso es lo que ocurre.

—¿Un mensaje de mi padre?

—¿No es lo que he dicho? Por la compasión de las diosas, chico, ¿es que no podéis hacer nada vos solo? ¡Vamos!

Le quitó la camisola de un tirón, sin importarle ni los cordones enredados ni sus orejas, y le lanzó de nuevo las prendas. Maia se esforzó por ponerse los calzones, los pantalones, la camisa y la chaqueta, consciente de que todo estaba arrugado y manchado de sudor, pero no quiso decirle nada para no tentar al mal genio de Setheris. Este lo observaba serio al lado de la luz de la única vela que había, con las orejas pegadas a la cabeza. Maia no encontró las medias, y Setheris tampoco le dejó tiempo para buscarlas.

—¡Vámonos ya! —dijo en cuanto Maia se abrochó la chaqueta.

Maia lo siguió descalzo fuera de la estancia y, gracias a la luz más intensa, se dio cuenta de que, aunque Setheris estaba todavía perfectamente ataviado, tenía la cara enrojecida. Así pues, no lo había despertado el mensajero del emperador, sino que todavía no se había acostado. Maia deseó, nervioso, que Setheris no hubiese bebido demasiado hidromiel especiado como para echar a perder sus brillantes y formales modales de la corte.

Maia se pasó la mano por el cabello con nerviosismo y los dedos se le enredaron en los nudos de sus espesos rizos. No sería la primera vez que uno de los mensajeros de su padre lo viese con el mismo aspecto descuidado que el hijo de un chatarrero medio bobo, pero eso no le ayudaba a olvidar esas horribles imaginaciones en mitad de la noche: «Y, dinos, ¿qué aspecto tenía nuestro hijo?». Se recordó a sí mismo, para empezar, lo improbable que era que su padre preguntase por él, e intentó mantener la barbilla y las orejas erguidas mientras seguía a Setheris hasta la pequeña y mugrosa recepción del edificio.

El mensajero tendría uno o dos años más que Maia, pero mostraba un aspecto elegante incluso con su ropa de cuero manchada por el polvo de los caminos. Era claramente un elfo purasangre, no como Maia; su pelo era blanco como el algodón y

sus ojos del color de la lluvia. Miró primero a Setheris y luego a Maia, antes de hablar.

—¿Sois el archiduque Maia Drazhar, hijo único de Vorenechibel IV y Chenelo Drazharan?

—Sí —respondió Maia, desconcertado.

De repente, el desconcierto inicial se convirtió en un desconcierto aún mayor cuando el mensajero se postró hasta tumbarse, de forma deliberada y digna, sobre la desgastada alfombra.

—Su Serenidad Imperial —dijo.

—Venga ya, hombre, ¡levántate y deja de farfullar! —soltó Setheris—. Tenemos entendido que traes un mensaje del padre del archiduque.

—Entonces tenemos entendidas cosas diferentes —replicó el mensajero mientras se ponía de nuevo en pie con la misma elegancia que un gato—. Traemos nuevas de la Corte Untheileneise.

—Por favor, explicaos —dijo Maia apresuradamente, para impedir que la discusión se intensificase.

—Su Serenidad —dijo el mensajero—. La aeronave *Sabiduría de Choharo* se estrelló ayer, en algún momento entre el amanecer y el mediodía. El emperador Vorenechibel IV, el príncipe Nemolis, el archiduque Nazhira y el archiduque Ciris iban a bordo. Regresaban de la boda del príncipe de Thu-Athamar.

—Y la *Sabiduría de Choharo* se estrelló —repitió Maia lenta y cuidadosamente.

—Sí, Serenidad —respondió el mensajero—. No hubo supervivientes.

Durante cinco tremendos latidos del corazón, las palabras no tuvieron sentido. Nada tenía sentido; nada había tenido sentido desde que Setheris le había despertado lastimándole el hombro con la fuerte sacudida de su mano. Y, de repente, la claridad del asunto resultó implacable. Como si estuviese muy lejos, escuchó a su propia voz hablar.

—¿Qué ocasionó el accidente?

—¿Acaso eso importa? —respondió Setheris.

—Su Serenidad, todavía no se sabe, pero el lord Canciller ha enviado a varios testigos y se está investigando —le explicó el mensajero inclinando la cabeza hacia Maia.

—Gracias —dijo Maia.

No sabía ni lo que sentía ni cómo debía sentirse, pero sí sabía lo que debía hacer; lo que era necesario.

—¿Habéis dicho antes que... traíais un mensaje?

—Así es, Su Serenidad.

El mensajero se volvió y recogió su cartera de la mesilla. En su interior solo había una carta, y el mensajero se la tendió. Setheris se la arrebató y rompió el sello con violencia, como si creyese aún que el mensajero estaba mintiendo.

Ojeó el documento frunciendo el ceño, como siempre, más y más, hasta convertirlo en un gesto sombrío para luego lanzárselo a Maia y abandonar la estancia. Maia intentó agarrarlo torpemente mientras caía al suelo haciendo vaivenes en el aire.

El mensajero se arrodilló para recuperar la carta antes que él y se la dio sin mostrar la más mínima expresión.

Maia sintió que la cara se le enrojecía y que bajaba las orejas, pero había aprendido a no intentar explicarse o disculparse por Setheris. Concentró su atención en la carta. Era de Uleris Chavar, el lord Canciller de su padre:

Nuestro más sentido pésame en estos momentos de tanto dolor para el archiduque Maia Drazhar, heredero del trono imperial de las Ethuveraz.

Somos conscientes de que Su Serenidad Imperial deseará que se muestren todos los honores y respetos por su difunto padre y hermanos, y, por lo tanto, hemos ordenado que se inicie la organización de un gran funeral formal dentro de tres días, es decir, en el vigésimo tercer instante. Se lo comunicaremos a los cinco principados y también a la hermana de Su Serenidad Imperial en Ashedro. Ya hemos pedido a la oficina de mensajeros que ponga aeronaves a su disposición, y no nos cabe duda de que se

apresurarán tanto como sea necesario para llegar a la Corte Untheileneise a tiempo para el funeral.

Por supuesto, no sabemos cuáles serán los planes de Su Serenidad Imperial, pero estamos preparados para llevarlos a término.

Con verdadera tristeza e inquebrantable lealtad,
Uleris Chavar.

Maia levantó la vista. El mensajero lo estaba mirando, tan impasible como siempre; solo el ángulo de sus orejas delataba su interés.

—Yo... debemos hablar con nuestro primo —dijo, y la construcción en primera persona formal le resultó incómoda y desacostumbrada—. ¿Estáis...? Es decir, debéis estar cansado. Vamos a llamar a un criado para atender vuestras necesidades.

—Su Serenidad es muy amable —contestó el mensajero, y si sabía que solo había dos criados en toda la casa de Edonomee, no dio señal alguna de ello.

Maia tocó la campanita, a sabiendas de que Pelchara, con su aspecto de pájaro, estaría esperando ansiosamente la oportunidad de descubrir lo que estaba sucediendo. Haru, que hacía todas las tareas del exterior, probablemente todavía estaba dormido; Haru dormía como un muerto, y toda la casa lo sabía.

Pelchara apareció rápidamente, con las orejas levantadas y los ojos brillantes e inquisitivos.

—Este caballero... —empezó a decir Maia, y se sintió mortificado al darse cuenta de que no conocía el nombre del mensajero—... ha hecho un viaje agotador. Por favor, asegúrate de que no le falte nada. —Vaciló antes de pensar en explicarle la noticia a Pelchara—. Estaré con mi primo —murmuró, y se apresuró a salir.

Vio la luz bajo la puerta de Setheris, y oyó los pasos rápidos e irritados de su primo. «Que no se haya pasado a por la jarra de hidromiel», pensó Maia, con una plegaria breve e inútil, y llamó a la puerta.

—¿Quién va?

Al menos, no sonaba más borracho de lo que estaba hacía un cuarto de hora.

—Soy Maia. ¿Puedo...?

La puerta se abrió con salvaje brusquedad, y Setheris se quedó parado en la abertura, mirándolo con furia.

—¿Y bien? ¿Qué «os» ocurre, muchacho?

—Primo —dijo Maia, casi susurrando—. ¿Qué debo hacer?

—¿Qué debéis hacer? —Setheris soltó una carcajada—. Debéis ser emperador, muchacho. Debéis gobernar todas las Tierras Élficas y desterrar a vuestra parentela como mejor os parezca. ¿Por qué me acudís gemebundo a preguntarme lo que debéis hacer?

—Porque no lo sé.

—Hobgoblin atontado —replicó Setheris, pero fue un desprecio por puro reflejo; mostraba un gesto abstraído.

—Sí, primo —dijo Maia mansamente.

Después de unos momentos, la mirada de Setheris se volvió a agudizar, pero esta vez sin la ira ardiente.

—¿Queréis un consejo?

—Sí, primo.

—Adelante —dijo Setheris, y Maia entró en el dormitorio de su primo por primera vez.

Era tan austero como el mismo Setheris, sin nada que recordase a la Corte Untheileneise, sin lujos. Setheris hizo señas a Maia hacia la única silla y este se sentó en la cama.

—Tenéis razón, muchacho. Los lobos os esperan para devoraros. ¿Tenéis la carta?

—Sí, primo.

Maia le entregó la carta a Setheris, ya bastante arrugada y estropeada. Setheris la leyó frunciendo el ceño otra vez, pero esta vez, sus orejas estaban inclinadas en actitud pensativa. Cuando hubo terminado, dobló el papel cuidadosamente y alisó los pliegues con sus largos dedos blancos.

—Supone mucho, este Uleris.

—Ah, ¿sí? —Y entonces, se dio cuenta—. ¿Lo conocéis?

—Fuimos enemigos durante muchos años — explicó Setheris encogiéndose de hombros—. Y veo que no ha cambiado.

—¿Qué queréis decir?

—Uleris no tiene motivos para quereros, muchacho.

—Él dice que es leal.

—Sí. Pero ¿leal a qué? No a vos, porque no sois más que el último hijo, y el menos favorecido, de su señor recién muerto, que no os deseaba en el trono, como bien sabéis. Usad vuestro ingenio, muchacho, si tenéis alguno.

—¿Qué queréis decir?

—Diosas misericordiosas, concededme paciencia —exclamó Setheris ostentosamente hacia el techo—. Pensadlo, chico. Sois el emperador. ¿Qué es lo primero que debéis hacer?

—Primo, no es el momento para acertijos.

—Y no es un acertijo lo que os presento.

Setheris cerró la boca y lo miró furioso, y después de unos instantes, Maia se dio cuenta.

—La coronación.

—¡Ja! —Setheris juntó las manos bruscamente, haciendo que Maia se sobresaltara—. Exactamente. Entonces, ¿por qué, os pregunto, vuestra coronación no figura a grandes rasgos en los planes de Uleris o, a decir verdad, no figura en absoluto?

—El funeral...

—¡No! Pensáis como un niño, no como un emperador. Los muertos están muertos, y no les importa el honor que Uleris pretenda hacerles, como él bien sabe. Es el poder vivo el que debe preocuparlo, ya que le concierne a él.

—Pero...

—Pensad, muchacho —insistió Setheris, inclinándose hacia delante, con los ojos fríos iluminados por el fervor—. Si sois capaz, si alguna vez habéis sido capaz de pensar en vuestra vida, pensad.

Llegáis a la Corte Untheileneise, se celebra el funeral. Y después, ¿qué?

—Hablo con... oh.

—Por fin lo veis.

—Sí.

Y más claramente de lo que Setheris podría darse cuenta, pues fue a manos de su primo como Maia había aprendido aquella lección en concreto: si esperaba, se ponía en la posición de un suplicante para Chavar, y de los suplicantes siempre se podía renegar.

—Entonces, ¿qué debo hacer?

—Debes revocar las órdenes de Uleris —le explicó Setheris—. Lo que significa que debes llegar a la Corte Untheileneise antes de que tenga tiempo de atrincherarse.

—Pero ¿cómo voy a conseguirlo?

Se tardaba casi una semana en llegar a la corte desde Edonomee.

—Pues con una aeronave —replicó Setheris como si fuera obvio.

El estómago se le hizo un nudo a Maia.

—No puedo.

—Debéis hacerlo. O seréis un títere bailando al final de las cuerdas de Uleris, y con la música que él elija. Y es muy posible que para cuando cumpláis diecinueve cumpleaños, estéis muerto.

Maia inclinó la cabeza.

—Sí, primo.

—La aeronave que trajo hasta aquí al perro faldero de Chavar bien puede llevarnos de vuelta. Ellos lo estarán esperando. Ahora, marchad. Arreglaos de forma adecuada para que os vean.

—Sí, primo —dijo Maia, y no cuestionó la suposición de Setheris de que viajaría a la corte con el nuevo emperador.

EL RESPLANDOR DE CAIRADO

La aeronave *Resplandor de Cairado* flotaba ominosamente junto a su mástil de amarre, como una nube aislada contra el cielo del amanecer. Maia no había estado en una aeronave desde que tenía ocho años, cuando lo llevaron a la Corte Untheileneise para el funeral de su madre, y sus recuerdos de esa época estaban llenos de oscuridad. Recordaba haberle rezado a Ulis para que lo dejara morir también.

La tripulación del *Resplandor* era muy solemne; todos sabían lo que le había pasado al *Sabiduría de Choharo*, y vio la pena y el miedo en sus caras.

Se dejó llevar por un impulso cuando el capitán lo saludó murmurando «Serenidad» al pie del mástil de amarre. Maia se detuvo y le habló en voz baja.

—Tenemos plena confianza en vos y en vuestra tripulación.

El capitán se sobresaltó al mirar hacia arriba; Maia lo miró a los ojos y le sonrió. Después de un momento, las orejas del capitán se alzaron, y volvió a inclinarse, más profundamente.

—Serenidad —repitió con una voz más clara y más fuerte.

Maia ascendió por la estrecha escalera de hierro que subía en espiral alrededor del mástil de amarre. En la pequeña plataforma en la parte superior, una tripulante estaba esperando para acompañar al emperador a la cabina de pasajeros.

—Serenidad —dijo con rigidez, y le ofreció el brazo.

—Os lo agradecemos —respondió Maia, aceptando una ayuda que no necesitaba.

La tripulante pareció casi tan sorprendida como el capitán. Las aeronaves no estaban destinadas principalmente a llevar pasajeros, pero junto a la carga, también transportaban correos y a otros servidores del gobierno. Maia se había negado a permitir que Setheris molestara a los otros pasajeros (cuatro correos, dos misioneros y un anciano maza) requisando la aeronave, y en esos momentos sufría por su caridad bajo los ojos desorbitados y silenciosos de los demás. Su traslación al cargo de emperador no había logrado hacer un milagro comparable con su guardarropa; de hecho, deseaba que hubiera obrado un milagro en su persona, ya que, aunque estaba correctamente vestido de luto formal, cada prenda revelaba que el negro ya había pasado por al menos su tercer teñido, y que el conjunto no se había usado en más de dos años, desde la muerte de la hermana del emperador, la archiduquesa Ebreneän. La ropa, algunas piezas sobrantes de Setheris, habían sido demasiado grandes en aquella ocasión; y en ese momento, apenas eran lo suficientemente grandes para él. Al carecer de palillos tashin o de cepillos, había tenido que arreglárselas para trenzarse el cabello cuidadosamente y dejarlo suelto tapándole el cuello, pero el estilo era más apropiado de un niño que de un adulto, por no hablar ya de un adulto emperador.

Ocupó el asiento que Setheris y el mensajero del lord Canciller habían dejado entre ellos. Si el mensajero reconoció en la apresurada partida del nuevo emperador la desarticulación de los planes de su propio amo, no dio ninguna señal de ello, y se acopló con útil minuciosidad a los preparativos de viaje de Setheris. No

había nada que indicara que no estaba tan dedicado al servicio de Maia como de Setheris. Maia sonrió ante la ironía.

Setheris y él habían sentido antipatía el uno por el otro desde el momento en que se conocieron, en el funeral de la madre de Maia, la emperatriz Chenelo. La aeronave que llevó su cuerpo a la Corte Untheileneise desde la mansión a la que su esposo la había relegado también llevó a su hijo de ocho años, roto de dolor. Varenechibel IV no se interesó lo más mínimo por su hijo menor, e inmediatamente después del servicio fúnebre, Maia fue entregado al cuidado de Setheris Nelar, y ambos quedaron relegados a la antigua cabaña de caza de Edonomee, donde habían vivido en mutua antipatía desde entonces.

Maia miró hacia un lado; Setheris le fruncía el ceño, por lo que a Maia le parecía, a una pieza de madera perfectamente inocua en el lado opuesto de la cabina. Nunca había visto a Setheris sin una mueca de enfado, salvo por los momentos en que se había emborrachado en un estupor sensiblero. La adolescencia de Maia se había convertido en una desdicha por la cólera de Setheris, y soportaría hasta el día de su muerte un horrible garabato de cicatrices en el antebrazo izquierdo, por un golpe de Setheris que lo había empujado contra las elaboradas y horribles cornamentas de hierro forjado que adornaban el salvachispas de la chimenea de la sala principal de Edonomee.

Para ser justos, Setheris se había sentido verdaderamente horrorizado por aquello, y desde ese incidente —que había animado el decimoquinto invierno de Maia, nada destacable por lo demás—, se había mostrado mucho más circunspecto a la hora de utilizar los puños. Aunque nada de eso había servido para que Maia le cayese mejor en absoluto, y el propio Maia era consciente de que tampoco él sería capaz de perdonárselo nunca del todo.

La tripulante entró en la cabina y cerró la puerta tras su paso. Se aclaró la garganta, por nerviosismo, ya que no había necesidad de atraer la atención de los pasajeros sumidos en un silencio sepulcral, y habló:

—Serenidad, el capitán ha tomado el timón, y nos estamos preparando para partir.

El codo de Setheris se estrelló discretamente en las costillas de Maia.

—Gracias —le respondió.

La tripulante se inclinó, con el alivio escrito en cada línea de su cuerpo, y se dirigió al frente de la cabina, donde había un tubo de conversación que se comunicaba con la cabina de mando. Maia solo tuvo un momento para preguntarse si él sería capaz de decir cuándo el *Resplandor de Cairado* se desprendería del mástil; luego se produjo una levísima sacudida lateral, y la aeronave se elevó hacia el cielo matutino.

El viaje a la Corte Untheileneise llevaría unas dos horas y cubriría una distancia que requería cuatro días sobre el suelo, aunque eso si hacía buen tiempo y lograban pasar rápido por el Istandaärtha, cosas que no podían darse por sentadas. Cuando los motores de la aeronave se pusieron en marcha con un alboroto tal que le garantizaba no tener que volver a hablar con Setheris hasta que llegaran a la corte, Maia no pudo evitar preguntarse cómo habrían sido los últimos momentos del *Sabiduría de Choharo*. Menos de un día antes, la aeronave estaba en el aire llevando al emperador de las Tierras Élficas. Se preguntó si habrían sido conscientes en algún momento o si la muerte había llegado tan repentinamente como la espada de un verdugo. Intentó imaginarse a su padre gritando o llorando o incluso asustado, y no logró hacerlo. El recuerdo de su padre, la única vez que lo había visto, era el del emperador Varenechibel IV, alto y distante, con ojos glaciales y una cara blanca y fría como el mármol. Recordaba las túnicas blancas con bordados, las piedras de luna en las manos de su padre, trenzadas en su cabello, colgando de sus orejas. Recordaba las bandas negras, la única señal de luto que el emperador se dignó a usar por su cuarta esposa, como manchas de tinta sobre la blancura de su persona. Recordaba la boca amarga de su padre y su voz suave y sedosa: «El puñetero cachorro se parece a su

madre». Estaba tan claro y fijo en su mente como el retrato de Estado del emperador que colgaba en la sala de recepción de Edonomee, y ya no había ninguna posibilidad de que ese retrato cambiara, ni esperanza de que lo sustituyesen.

«Aunque, a decir verdad —pensó, inclinándose ligeramente hacia atrás para disminuir la probabilidad de captar la mirada de Setheris—, aunque lo hubiesen sustituido, solo habría sido por algo peor. Agradece que no le importaras más que como un “puñetero cachorro”».

Los recuerdos que tenía de sus hermanos no eran más que jirones de nubes. Ni siquiera estaba seguro de cuáles eran, indistinguibles entre las masas de cortesanos vestidos de negro que estaban alrededor de la tumba de su madre. Había sido la dama encargada de su cuidado durante el funeral, la esposa de un noble menor cuyo nombre no podía recordar, la que se los había señalado. «Allí está tu hermano Nemolis y su esposa, allí está tu hermano Nazhira, allí está tu hermano Ciris». Todos habían sido adultos a sus ojos de niño, tan blancos e imponentes como su padre. Ninguno de ellos había hecho ademán de querer hablar con él, ni durante el funeral ni desde entonces, ya fuera porque compartían el desdén del emperador o temían su ira, y Maia había dudado en intentar hablar con ellos, por miedo a enojarlos. Y ya era demasiado tarde para eso, también.

Le hubiera gustado apoyar la cabeza contra el respaldo del asiento y cerrar los ojos, pero no necesitó que Setheris le dijera que un emperador no podía comportarse así en público, y los siete pasajeros y la nerviosa tripulante constituían «público». A pesar de lo que parecía ser una abrumadora probabilidad de que ambos estuvieran confinados a Edonomee durante el resto de sus vidas, Setheris había sido implacable en mantener y hacer cumplir la etiqueta de la corte. A Maia nunca le había importado, Chenelo le había enseñado cuidadosamente, pero en ese momento, se le ocurrió que debería estarle agradecido.

Miró de nuevo al ceño de granito de Setheris. Era extraño en aquel amanecer insomne mirar a Setheris y no ver simplemente más que a otro hombre en lugar de al tirano de Edonomee, como había figurado en la mente de Maia durante los diez años anteriores. De mediana edad, amargado, astuto, pero tal vez no sabio: Maia nunca llegó a averiguar qué había hecho Setheris para ganarse la enemistad de Varenechibel, pero sabía que no podía tratarse de nada trivial. Fuera de Edonomee, Setheris parecía más pequeño, menos espantoso, y Maia pensó que si Setheris alguna vez lo golpeaba de nuevo, eso significaría una sentencia de muerte. La idea era vertiginosa, y Maia se dio cuenta de que se estaba agarrando con fuerza a los reposabrazos del asiento, como si el *Resplandor* fuera el que estaba dando vueltas, en lugar de simplemente su cabeza. Se obligó a relajar las manos antes de que alguien lo notara; sería desagradable en extremo hacer que alguna persona pensara que estaba temeroso.

A través de las ventanas del lado opuesto de la cabina, vio las grandes montañas de nubes, teñidas de rosas y rojos al acercarse el amanecer. Recordó un himno de Barizheise a Osreian que su madre le había enseñado y se lo recitó a sí mismo, mirando las nubes y esperando que la misericordia de las diosas se extendiera, no solo a su padre y hermanastros, sino a todos los que habían muerto en el *Sabiduría de Choharo*.

Regresó a su entorno inmediato cuando la tripulante se le acercó. La mujer se quedó a la distancia de un brazo y luego se arrodilló.

—Su Serenidad.

—¿Sí? —respondió Maia, consciente de que tanto Setheris como el mensajero del lord Canciller estaban completamente alerta a su lado.

—El capitán se pregunta, Serenidad, si os gustaría venir a mirar el amanecer desde la cabina de mando. Es una vista muy hermosa.

—Gracias —respondió Maia antes de que Setheris pudiera abrir la boca—. Nos gustaría mucho.

Comprimió las comisuras de la boca para contener una sonrisa mientras se ponía en pie y veía a Setheris adquirir un color rojo poco favorecedor por la furia impotente. Y siguiendo ese pensamiento —y un montón más que habían estado acechándole la mente desde la breve conferencia de Setheris sobre cómo debía ocuparse de Uleris Chavar—, se volvió y se dirigió al mensajero:

—¿Os gustaría acompañarnos?

—Serenidad —respondió el mensajero mientras se ponía en pie con presteza.

Dejaron allí a Setheris, furioso, incapaz de invitarse a sí mismo ahora que se había emitido una invitación expresa a alguien que no era él. Maia se recordó a sí mismo que el regocijo no era propio de un emperador, y cuando la tripulante abrió la estrecha puerta de la parte delantera de la cabina, pensó con seriedad: «No debo cogerle gusto a este placer». Resultaba embriagador, pero sabía que también era veneno.

La puerta daba a un pasadizo angosto, apenas más amplio que el ancho de los hombros de Maia, y desembocaba a través de otra puerta en la cabina de mando, donde el capitán y el primer oficial compartían un amplio panorama de nubes y cielo.

—Serenidad —dijeron a coro, aunque apenas apartaron la vista de sus instrumentos y el resplandor creciente en el este.

Maia distinguió que el primer oficial era de sangre goblin, con una piel poco más clara que la suya propia.

—Caballeros, les damos las gracias —les dijo Maia, teniendo que levantar la voz para que lo oyeran por encima del rugido de los motores.

Seguidamente, permitió que la tripulante lo condujera a un rincón desde el que ver el paisaje sin obstaculizar nada importante. Al mensajero del lord Canciller lo condujeron a la esquina opuesta, y luego, la tripulante cerró la puerta y apoyó la espalda contra ella.

Permanecieron en silencio durante quince minutos, cautivados y sin aliento ante la gloria de Anmura surgiendo del abrazo de

Osreian. A continuación, el primer oficial se volvió, inclinó la cabeza y le habló.

—Serenidad, llegaremos a la Corte Untheileneise dentro de aproximadamente una hora.

Maia interpretó que aquello significaba que necesitaban la cabina de mando despejada de nuevo.

—Les estamos muy agradecidos, caballeros. Recordaremos esto siempre como el comienzo de nuestro reinado.

Mucho mejor que aquel despertar confuso y atemorizado en la oscuridad, con su pánico vidrioso y afilado y la perversidad de borrachera de Setheris.

—Serenidad —saludaron a coro una vez más, y Maia pudo ver que aquello les había agradado.

La tripulante abrió la puerta y Maia regresó a la cabina de pasajeros, para pasar el resto del tiempo considerando las formas y alternativas de saludar al lord Canciller de su padre.

EL ALCETHMERET

El mástil de amarre de la Corte Untheileneise era una aguja enjorada bajo la luz del sol. Maia descendió la estrecha escalera despacio, con cuidado, consciente de que la engañosa lucidez de la fatiga no se extendería a la coordinación, y sería muy improbable que se salvara si tropezaba.

Nadie sabía que había que esperarlo, así que no había nadie al pie del mástil, excepto el capitán, otra vez. Maia se sintió aliviado; haber cogido por sorpresa a Chavar hacía que fuera mucho más fácil enfrentarse a él que si le hubiera dado tiempo a pensar y planificar.

Maia alargó su paso para adelantarse a Setheris y alcanzar al mensajero.

—¿Nos guiarás?

Los ojos del mensajero pasaron de él a Setheris, y luego se inclinó.

—Serenidad. Nos sentiremos honrados.

—Gracias. Y si quisierais... —Bajó la voz y abandonó la formalidad—... decirme cómo te llamas.

Al menos logró arrancarle al mensajero su cara de piedra durante un segundo: abrió los ojos y luego sonrió.

—Soy Csevet Aisava, y estoy enteramente al servicio de Vuestra Serenidad.

—Gracias —respondió Maia, y siguió a Csevet hacia la larga pasarela techada que conducía a la propia Corte Untheileneise.

«Corte» era una palabra engañosa. La Corte Untheileneise era un palacio del tamaño de una pequeña ciudad, más grande, de hecho, que la ciudad de Cetho que lo rodeaba, y que albergaba no solo al emperador, sino también al Judiciato, los Corazhas de Testigos que aconsejaban al emperador, al Parlamento, y todas las secretarías, correos, sirvientes, funcionarios y soldados necesarios para asegurarse de que esos cuerpos hicieran su trabajo de forma eficiente y correcta. La corte había sido diseñada por Edrethelema III y construida durante los reinados de su hijo, nieto y biznieto, desde Edrethelema IV hasta Edrethelema VI. Por lo tanto, para un recinto de su gran tamaño, era notable y bellamente homogéneo en arquitectura; en lugar de extenderse, parecía formar una espiral en la gran cúpula almenada del Alcethmeret, la residencia principal del emperador.

«Mi hogar», pensó Maia, aunque esa frase no significaba nada.

—Serenidad, ¿dónde deseáis ir? —le preguntó Csevet deteniéndose ante las altas puertas de cristal al final de la pasarela.

Maia vaciló un momento. Su principal preocupación era encontrar y hablar con el lord Canciller, pero recordó lo que Setheris le había indicado. Ver al emperador buscando por toda la corte a su primer ministro se consideraría algo impropio y ridículo, y le otorgaría a Chavar el poder que suponía que tenía. Pero, por otro lado, Maia no sabía nada de la geografía de la corte, a excepción de las historias que su madre le había contado cuando era pequeño. Y dado que ella había vivido en la Corte Untheileneise menos de un año, no podía confiar en sus relatos en lo que a la exactitud de la información respectaba.

Setheris se acercó a ellos. Maia pensó: «Posees recursos, si extiendes la mano para usarlos».

—Primo, necesitamos una estancia donde podamos tener audiencia privada con el lord Canciller de nuestro padre.

Hubo un destello de algo, una emoción indescifrable, en la cara de Setheris, que desapareció apenas la notó.

—La Sala Tortuga en el Alcethmeret siempre ha sido la elección de los emperadores para tales audiencias.

—Gracias, primo —respondió Maia, y se volvió hacia Csevet—. Llévanos allí, por favor.

—Serenidad —contestó Csevet inclinándose y sosteniendo la puerta para que Maia entrara en la Corte Untheileneise.

La corte no era tan desconcertante como él había esperado, y su admiración por Edrethelema III aumentó. Sin duda, detrás de aquellas paredes bellamente revestidas por paneles de madera había madrigueras y telarañas, pero los pasillos públicos de la corte eran rectos y amplios, y estaban claramente diseñados para que un emperador pudiera encontrar su camino en su propio lugar de gobierno. Las distancias eran fatigosas, pero Maia se imaginó que Edrethelema poco había podido hacer al respecto; el mero hecho del tamaño necesario para el palacio impedía la comodidad.

Los vieron varias personas, como no podía ser de otra manera, y fue capaz, con amarga diversión, de distinguir a aquellos que gozaban de la confianza del lord Canciller de aquellos que no, pues solo quienes reconocieron a Csevet y sabían de su misión parecieron alarmarse. Nadie reconoció al nuevo emperador por méritos propios. «De hecho, no me parezco a mi padre, y me alegro de ello», pensó Maia desafiante, aunque sabía que el pelo oscuro y la piel que había heredado de su madre goblin no le favorecerían en la Corte Untheileneise. «Aprenderán a conocerme muy, muy pronto», pensó con ánimo sombrío.

Csevet abrió otra puerta más de elaborados forjados, en esta ocasión, un postigo colocado en una enorme puerta de bronce, y al pasar, Maia se vio en la base del Alcethmeret. Las escaleras

ascendían en espirales anchas alrededor del interior de la torre; los niveles inferiores se abrían de un modo perturbador, como recordatorio que un emperador le dedicaba al siguiente de que una vida privada era algo que no iba a tener. Pero aproximadamente a la mitad de altura de la torre, la arquitectura cambiaba, límite que se marcaba con un par de rejas de hierro del piso al techo; estaban abiertas en ese momento, ya que no había ningún emperador en la residencia, y Maia vio que más allá de ellos la escalera estaba cerrada, y supuso que las estancias también serían más pequeñas, más corrientes. Menos expuestas.

Había sirvientes por todas partes, o eso le pareció; por un momento, ni siquiera logró distinguirlos bien, ya que se giraron todos, se quedaron con la mirada fija y cayeron de rodillas. Algunos de ellos se postraron de cuerpo entero como Csevet lo había hecho, y en ese exceso de formalidad, Maia leyó su miedo. Tardíamente, se dio cuenta de que coger a Chavar desprevenido también significaba sorprender a los sirvientes de su casa desprevenidos, una falta de amabilidad que no habían hecho nada para merecer. Setheris le habría dicho que era una tontería preocuparse por los sentimientos de los sirvientes, pero en Barizhan los sirvientes formaban parte de la familia, legalmente siempre y, con frecuencia, también por parentesco de sangre. La emperatriz Chenelo había criado a su hijo según ese principio, y él se había aferrado a esa idea con más fervor debido a la oposición de Setheris.

—¿A la Sala Tortuga, Serenidad? —quiso saber Csevet.

—Sí. —Detuvo a Csevet mientras este se volvía para dirigir el camino hacia la escalera más cercana—. Y luego, queríamos hablar con el mayordomo de la casa. Y luego, solo luego, con el lord Canciller.

—Sí, Serenidad —respondió Csevet.

La Sala Tortuga era la primera estancia situada al otro lado de las rejas de hierro. Era un lugar pequeño, acogedor, decorado con seda de color ámbar que resultaba cálida sin ser opresiva. Todavía no se habían encendido los fuegos, pero a Maia apenas le dio

tiempo de sentarse en la silla junto a la chimenea cuando entró una muchacha, con las manos tan temblorosas que casi dejó caer la yesca antes de que alcanzara a prender el fuego. Cuando la sirvienta se hubo marchado —con la cabeza tan gacha que la única impresión que Maia se hizo de ella fue la de su cabello negro, casi rapado—, Setheris le habló:

—¿Y bien, muchacho?

Maia inclinó la cabeza hacia atrás para mirar hacia donde su primo estaba apoyado, aunque no del todo descansando, contra la pared.

—No deis nada por hecho, primo, vos que me habéis advertido tan astutamente de la presunción.

En ese momento, cuando vio a Setheris boquear y balbucear como un pez en tierra, valieron la pena muchas cosas. «Recuerda, un placer venenoso», se dijo a sí mismo.

—¡Yo os crie! —soltó Setheris lleno de dolor e indignación.

—Eso hicisteis.

Setheris parpadeó y luego se arrodilló lentamente.

—Serenidad —dijo.

—Gracias, primo —dijo Maia, sabiendo muy bien que Setheris le ofrecía aquel gesto de respeto solo de un modo formal, que incluso en ese momento, cuando Maia le señaló con un gesto de la mano que se sentara en la otra silla, estaba indignado con la arrogancia de Maia, a la espera del momento adecuado para reafirmar su control.

«No lo harás. Aunque no logre nada más en todo mi reinado, no me gobernarás», pensó Maia.

—Vuestra mayordoma, Serenidad. Echelo Esaran —dijo Csevet desde la puerta.

—Gracias —dijo Maia—. Ahora, el lord Canciller, por favor.

—Serenidad —respondió Csevet, y desapareció de nuevo.

Esaran era una mujer de unos cuarenta y cinco años. Los huesos afilados y austeros de su rostro iban a juego con el pelo casi rapado de un sirviente, y llevaba su librea con una actitud que

hubiera hecho justicia a la túnica de coronación de una emperatriz. Se arrodilló con gracia; su rostro y sus orejas no revelaron nada de lo que pensaba.

—Pedimos disculpas por nuestra repentina llegada —le dijo Maia.

—Serenidad —respondió ella con una palabra rígida y precisa, inquebrantable, y Maia se dio cuenta, con el corazón encogido, de que aquella mujer había servido a su padre con su corazón y con su mente.

«¡No quiero más enemigos!», pensó en su fuero interno. En voz alta, continuó:

—No deseamos interrumpir vuestro trabajo más de lo necesario. Por favor, transmita al personal doméstico nuestra gratitud y nuestra... nuestra simpatía.

No podía decir que compartía su dolor cuando no era así, y cuando aquella mujer de ojos fríos sabía que no lo sentía.

—Serenidad —dijo de nuevo—. ¿Eso será todo?

—Sí, gracias, Esaran.

La mayordoma se levantó y se fue. Maia se pellizcó el puente de la nariz, recordándose a sí mismo que, aunque era la primera, difícilmente sería la última habitante de la Corte Untheileneise que lo odiaría a causa de su padre. Y, además, era estúpido y débil sentirse herido por su enemistad. «Otro lujo que no puedo permitirme», pensó, y no cruzó la mirada con Setheris.

Csevet tardó un buen rato en regresar con el lord Canciller. Maia había sido instruido, primero por su madre, luego por Setheris, para obviar el aburrimiento, y no le faltaban asuntos sobre los que reflexionar. Mantuvo la espalda recta, las manos relajadas, el rostro impassible, las orejas neutrales, y pensó en todas las cosas que no sabía, que nunca le habían enseñado porque nadie se había imaginado que un emperador con tres hijos sanos y un nieto acabaría sucedido en el trono por su cuarto y mal considerado hijo.

«Necesitaré un maestro, y Setheris no será mi elección», pensó Maia.

Si se había librado una contienda en la Sala Tortuga, era Setheris quien la había perdido, y fue él quien rompió el silencio.

—¿Serenidad?

—¿Primo?

Maia vio que Setheris tragaba saliva y bajaba las orejas, y prestó más atención. Cualquier cosa que incomodara a Setheris era introspectivamente una cuestión de interés.

—Nos... nos gustaría hablar con nuestra esposa.

—Por supuesto —respondió Maia—. Podéis enviar a Csevet a buscarla cuando regrese.

—Serenidad —insistió Setheris, sin mirar a Maia a los ojos, pero con terquedad—. Esperábamos... presentarla a vuestro favor.

Maia pensó unos momentos. Sabía muy poco de la esposa de Setheris, Hesero Nelaran, salvo que se había esforzado de forma incansable e infructuosa para lograr que Setheris volviera a la Corte Untheileneise y que le había enviado cartas semanales con todos los chismes y las intrigas que podía reunir. Maia había supuesto — en parte porque Setheris nunca hablaba de ella salvo cuando estaba de un humor particularmente bueno, para transmitir retazos selectos de escándalos mientras estaban desayunando— que el suyo era un matrimonio arreglado, sin amor, si bien no tan lleno de odio como el matrimonio de su madre con el emperador. Sin embargo, la angustia obvia de Setheris indicaba otra cosa.

«No hagas enemigos donde no sea necesario», reflexionó recordando la enemistad de Merrem Esaran, teniendo en cuenta el probable rumbo que seguiría su cercana entrevista con el lord Canciller.

—Estaríamos complacidos. Después de que hayamos hablado con el lord Canciller.

—Serenidad —repitió Setheris, pero en tono de aceptación, y se quedaron de nuevo en silencio.

Maia se percató de que había transcurrido una hora, y se preguntó si el lord Canciller estaría inusualmente bien escondido, algo muy extraño y poco favorable en un individuo que estaba

planificando un funeral estatal, o si es que estaría tratando de recuperar una posición de superioridad con una calculada muestra de falta de respeto.

«No perjudica a nadie más que a sí mismo con tales tácticas», pensó Maia. «No puede retrasar nada el tiempo suficiente como para obligarme a seguir sus planes, al menos no sin arriesgarse a ser despedido por ese desprecio. Quizás piense que yo no lo haría, pero él tampoco va a gobernarme. Y si no muestra ninguna lealtad hacia mí, es bien cierto que no habré de tenerle ninguna lealtad yo a él. Ni siquiera sé cómo es de cara».

Inmerso en aquellos sombríos pensamientos, Maia tardó un momento en darse cuenta de que el tumulto que se aproximaba en las escaleras tenía que ser Chavar.

—¿Ha traído un ejército con él? —murmuró Setheris, y Maia reprimió una sonrisa.

Csevet, que parecía un poco alborotado, se presentó en la entrada.

—El lord Canciller, Serenidad.

—Os lo agradecemos —respondió Maia, y esperó la entrada de Uleris Chavar.

Sin darse cuenta, Maia había estado esperando una copia del retrato de Estado de su padre: una figura alta, fría y remota. Chavar demostró no tener ninguna de esas características. Era bajo y robusto según los estándares de los elfos, de aspecto colérico, y casi se echó encima de Maia antes de molestarse en doblar la rodilla.

—Serenidad —dijo con cortesía superficial.

Maia tuvo que resistir el impulso de levantarse para evitar que Chavar le hablara alzándose por encima de él. En vez de eso, le hizo un gesto con la cabeza a Setheris como de permiso tácito para que enviara a Csevet en busca de Osmerrem Nelaran y, mientras Setheris se acercaba ansioso hacia donde estaba Csevet, Maia le hizo un gesto con la mano a Chavar para indicarle la silla vacía, una

señal de favor que el lord Canciller no podía pasar por alto. El hombre se sentó con poca elegancia.

—¿Cuál es la voluntad de Su Serenidad?

Se trataba de una fórmula habitual, pero la pronunció con brusquedad. Ya tenía la boca medio abierta, sin duda para explicar los arreglos que había hecho para el funeral, cuando Maia lo interrumpió con la mayor delicadeza que pudo.

—Deseamos hablar de nuestra coronación.

La boca de Chavar permaneció medio abierta durante un momento. Luego, la cerró con un chasquido e inspiró profundamente antes de hablar.

—Su Serenidad, seguramente este no sea el momento. El funeral de vuestro padre...

—Deseamos hablar de nuestra coronación —insistió Maia, con menos delicadeza—. Cuando eso quede arreglado a nuestra satisfacción, escucharemos lo que tenéis que decir sobre el funeral de nuestro padre.

Fijó la mirada en los ojos de Chavar, y la sostuvo allí, a la espera.

Chavar no desvió la mirada.

—Sí, Serenidad —replicó, y la hostilidad flotó en el aire entre ellos como una espada a medio desenvainar—. ¿Cuáles son vuestros planes, si nos permitís el atrevimiento de preguntar?

Maia vio la trampa y la esquivó.

—¿Con cuánta rapidez podéis organizar nuestra coronación? No deseamos más demoras de las necesarias para rendir los ritos y exequias adecuadas a nuestro padre y hermanos, pero tampoco queremos hacer nada de manera descuidada o apresurada.

Aunque solo por un momento, Chavar adoptó una expresión evidentemente dolida. Estaba claro que no esperaba que un emperador de dieciocho años, criado prácticamente en el aislamiento, le plantara cara de ninguna manera.

«En algún momento de tu vida, Chavar, deberías intentar pasar diez años con un hombre que te odia y a quien odias, y ver cómo

ayuda eso a agudizarte el ingenio», pensó Maia. Algo de ese pensamiento debió mostrarse en sus ojos, porque Chavar respondió rápidamente:

—Podemos preparar la ceremonia de coronación para mañana por la tarde, Su Serenidad. Eso significaría retrasar el funeral un día más...

Se calló poco a poco, esperando claramente la posibilidad de que Maia quedara intimidado y accediera a los deseos de su lord Canciller. Sin embargo, Maia estaba pensando en otra cosa. Setheris había recibido formación como abogado, antes de caer en desgracia ante Varenechibel, y le había pasado esa formación a Maia en la medida en la que creía probable que un adolescente, de cuya inteligencia no tenía una gran opinión, pudiera comprenderla. No había sido un acto bondadoso, tan solo el rígido pensamiento de Setheris sobre lo que correspondía saber al hijo de un emperador, y no era propio del hijo de un emperador llegar a la virilidad siendo un completo ignorante. Maia suponía asimismo que había sido simplemente algo que hacer, algo que, con mucha certeza, Setheris había necesitado con tanta desesperación como él.

De todos modos, una vez más, había motivos para sentir gratitud, aunque Maia todavía no era capaz de hacerlo. Y es que al menos Setheris le había enseñado, entre otras cosas, las formas y los protocolos que rodeaban a una coronación.

—¿Eso les dará tiempo a los príncipes para hacer el viaje?

Sabía perfectamente que no era así; de lo contrario, Chavar habría programado el funeral para entonces, pero aún no estaba preparado para acusar al lord Canciller de desprecio abierto. «Sería un comienzo extraño para mi reinado», consideró, aunque no mostró ese amargo pensamiento. Tendría que trabajar con Chavar hasta que estuviese lo suficientemente familiarizado con la corte como para elegir a su propio lord Canciller, y temía que ese momento tardase aún mucho en llegar.

Chavar, por su parte, hizo un trabajo aceptable fingiendo disgusto.

—Serenidad, os pedimos humildemente su perdón por nuestro descuido. Los príncipes, si enviamos mensajeros hoy, no podrán llegar antes del veintitrés.

«Como sabemos por vuestra carta».

Maia no lo dijo, pero vio en los ojos de Chavar que se había dado cuenta de ello.

—Serenidad. Iniciaremos los preparativos para vuestra coronación a la medianoche del veinticuatro —dijo el lord Canciller.

Se trataba de una oferta de tregua, sin importar lo oblicuamente o a regañadientes que se hubiera hecho, y Maia la aceptó como tal.

—Os lo agradecemos —respondió, e hizo un gesto a Chavar para que se pusiera de pie—. ¿Y los funerales el veinticinco? ¿O pueden prepararse para el veinticuatro?

—Serenidad —dijo Chavar con media reverencia—. El vigésimo cuarto es factible.

—Entonces, que así sea.

Chavar estaba casi en la puerta cuando Maia recordó algo más.

—¿Qué hay de las otras víctimas?

—¿Serenidad?

—Los otros que iban a bordo del *Sabiduría de Choharo*. ¿Qué disposiciones se están haciendo en su nombre?

—Por supuesto, los nohecharei del emperador se enterrarán con él.

Maia alcanzó a ver que las obstrucciones de Chavar no eran cosa deliberada. Realmente, no lo había entendido.

—¿Y el piloto? ¿Los demás?

—Tripulantes y sirvientes, Serenidad —respondió Chavar, desconcertado—. Habrá un funeral esta tarde en el Ulimeire.

—Asistiremos.

Eso hizo que Setheris y Chavar lo miraran fijamente.

—Están tan muertos como nuestro padre —les explicó Maia—. Asistiremos.

—Serenidad —respondió Chavar con otra reverencia apresurada, y se fue.

Maia se preguntó si el lord Canciller estaba empezando a sospechar que su nuevo emperador sufría algún tipo de locura.

Setheris, por supuesto, no tenía dudas al respecto; había expresado más de una vez su opinión sobre la perniciosa influencia de Chenelo, pero se abstuvo de hablar y se limitó a poner los ojos en blanco.

Csevet aún no había regresado, y Maia agradeció aquel breve respiro.

—Primo, ¿nos enviarías el Maestro de Vestuario de nuestro padre?

—Serenidad —respondió Setheris con una reverencia tan superficial como la de Chavar, y salió.

Maia aprovechó la oportunidad para ponerse de pie en un intento de aliviar la tensión de sus músculos, tirantes como cuerdas de arpa.

«No todos estarán contra ti», susurró para sí, pero temía que fuera una mentira.

Apoyó los codos sobre la repisa de la chimenea, con la cabeza entre las manos, y trató de evocar en su mente el amanecer visto desde el *Resplandor de Cairado*, pero el recuerdo estaba borroso y apagado, como si lo viese a través de un cristal sucio.

Se oyó un golpe vacilante en la puerta, seguido de una voz aún más vacilante.

—Ser... ¿Serenidad?

Maia se giró. Era un hombre de mediana edad, alto y encorvado, con la expresión suave y nerviosa de un conejo.

—¿Sois el Maestro de Vestuario?

—Serenidad —dijo el hombre, inclinándose profundamente—. Nosotros... nosotros servimos a vuestro difunto padre, y por eso os serviremos, y será a vuestro placer.

—¿Vuestro nombre?

—Clemis Atterezh, Serenidad.

Maia no vio nada más que ansiedad por complacer en su rostro y en su postura, no escuchó nada más que timidez y nervios en su

VOZ.

—Seremos coronados a la medianoche del veinticuatro —le explicó—. El funeral de nuestro padre y hermanos será ese día. Pero hoy hay un funeral para las otras víctimas, al que deseamos asistir.

—Serenidad —dijo cortésmente, pero sin comprender.

—¿Qué usa un emperador sin corona en un funeral público?

—¡Oh! —Atterezh se adentró un poco en la estancia—. No se puede usar blanco imperial absoluto, y el luto de la corte es inapropiado... y desde luego no podéis llevar eso.

Maia logró no reírse a costa de morderse ferozmente un labio. Atterezh siguió hablando.

—Veremos qué se puede hacer, Serenidad. ¿Sabéis cuándo se celebrará el funeral?

—No —dijo Maia, y se maldijo por su estupidez.

—Lo averiguaremos —le aseguró Atterezh—. Y cuando sea conveniente para vuestra Serenidad, estaremos a su disposición para hablar sobre su nuevo guardarropa.

—Gracias.

Atterezh se inclinó y se fue. Maia se sentó de nuevo, perplejo y maravillado. Casi nunca había tenido una prenda nueva, mucho menos un guardarropa nuevo. «Ahora eres el emperador, no el hijo de un chatarrero medio bobo», se dijo a sí mismo, y se sintió casi mareado al recordar su propio pensamiento de no hacía ni siquiera doce horas.

Oyó el retumbo de unos pies en las escaleras. Levantó la vista, esperando ver a Setheris, pero se trataba de un muchacho sin aliento y con aspecto asustado, de unos catorce años, vestido de pleno luto de la corte, que se aferraba a una carta con bordes negros y elaboradamente sellada.

—¡Su Serenidad Imperial!

El chico jadeó, y se postró totalmente boca abajo en el suelo.

Maia tenía todavía menos idea de qué hacer con aquel gesto en ese momento que cuando lo había visto por primera vez en la sala

de recepción de Edonomee. Al menos Csevet había tenido la elegancia de volver a levantarse.

—Por favor, en pie —dijo con un poco de desesperación.

El chico lo hizo, y luego se quedó boquiabierto, con las orejas pegadas al cráneo. No podía ser el efecto de estar tan cerca de un emperador: el muchacho mostraba el emblema de los Drazhadeise y, por lo tanto, estaba al servicio de la casa del emperador. Maia sabía lo que habría dicho Setheris: «¿Te ha comido la lengua el gato, muchacho?». Incluso llegó a oírlo, en algún lugar en el fondo de su cabeza, con el sonido de su propia voz. Habló pacientemente:

—¿Es un mensaje para nosotros?

—Tomad. Serenidad.

El muchacho casi le echó encima el sobre. Maia lo agarró, y para su horror se escuchó a sí mismo decir:

—¿Cuánto tiempo llevas sirviendo en la Corte Untheileneise?

Logró evitar decir el «chico» que tenía pensado para el final de la frase.

—Cua... cuatro años. Serenidad.

Maia enarcó las cejas, reflejando la cruel incredulidad que tantas veces había visto en el rostro de Setheris; esperó un solo latido y vio que la cara del chico se volvía roja. Luego dirigió su atención a la carta, como si el chico no tuviera más interés para él. Estaba dirigida, en clara letra de escribiente, al archiduque Maia Drazhar, una presentación que no lo dejó muy contento.

Rompió el sello y luego, al darse cuenta de que el muchacho todavía estaba allí, levantó la cabeza.

—Serenidad —dijo el joven mensajero—. Yo... nosotros... Ella quiere una respuesta.

—¿De verdad? —le preguntó Maia. Luego señaló claramente a la puerta que estaba a la espalda del muchacho—. Esperad fuera.

—Sí, Serenidad —contestó el chico en un murmullo medio ahogado, y se escabulló como un perro azotado.

«Setheris estaría orgulloso», pensó Maia con amargura, y abrió la carta. Al menos, era corta:

Al archiduque Maia Drazhar, heredero del trono imperial de las Ethuveraz, saludos.

Tenemos que hablar con vos sobre los deseos de vuestro difunto padre, nuestro esposo, Varenechibel IV. Aunque estamos del luto más profundo, os recibiremos esta tarde a las dos en punto.

Con deseos de armonía familiar,
Csuru Drazharan, Ethuverazhid Zhasan.

«Tengo muy claro que quiere una respuesta», pensó Maia. La viuda emperatriz carecía incluso de la sutileza del lord Canciller. Se preguntó con un escalofrío infeliz lo que Varenechibel le habría contado a su quinta esposa sobre su predecesora y el hijo de su predecesora.

La Sala Tortuga tenía un pequeño escritorio metido en la esquina detrás de la puerta, e independientemente de la grosería de la viuda emperatriz, él le debía una respuesta escrita por su propia mano. O tal vez, para ser más exactos, y en vista de la mano del escribiente de la carta de ella, se debía a sí mismo una respuesta por su propia mano. Encontró papel, pluma, tinta, cera, pero no sello, y supuso que cualquiera que escribiera una carta tendría su propio sello. Maia no lo tenía; era uno de los muchos símbolos de la edad adulta que no había recibido en su decimosexto cumpleaños. Una huella del dedo tendría que valer de momento, aunque probablemente con eso lo que conseguiría sería que lo acusaran de seguir las costumbres bárbaras de su madre. «Que así sea», decidió. Mojó la pluma en la tinta y empezó a escribir.

Para Csuru Drazharan, Ethuverazhid Zhasanai, saludos y gran comprensión.

Lamentamos que una obligación previa nos impida hablar con vos esta tarde cuando usted lo solicita. Sin embargo, nos complacerá concederle una audiencia mañana a las diez de la mañana; estamos ansiosos por escuchar cualquier cosa que pueda decirnos sobre nuestro difunto padre.

Hasta nuestra coronación, utilizaremos la Sala Tortuga como sala de recepción.

Con buenos deseos respetuosos,

Y al llegar a ese punto, Maia hizo una pausa. Firmar con su nombre de pila sería reconocer que ella había tenido razón al dirigirse a él de esa manera. Pero hasta ese momento no había pensado en la elección de un nombre dinástico, y era difícil ir más allá de su primera reacción instintiva: «no seré Varenechibel V».

«Nadie te obliga», pensó mientras la tinta se secaba pacientemente en la pluma. «Si eligiese Varenechibel, la corte sin duda lo interpretaría como un insulto».

Sabía por el impaciente tutelaje de Setheris que su tataratarabuelo, Varenechibel I, había elegido señalar su rechazo a las políticas de su padre, Edrevechelar XVI, al negarse a utilizar el prefijo imperial que todo emperador había utilizado desde Edrevenivar el Conquistador, prefiriendo convertirse en el primer Varenechibel con ese nombre en lugar del noveno Edrenechibel. Su hijo y su nieto habían seguido su ejemplo al convertirse en Varenechibel II y III. Su bisnieto (voluntarioso, aunque nunca particularmente imaginativo, había dicho Setheris con sequedad) había desafiado la floreciente tradición al nombrarse Varevesena. Y luego vino Varenechibel IV.

Y ahora Maia.

Los emperadores de lo que informalmente se llamaba la dinastía Varedeise, como si su prefijo elegido fuera un apellido, se destacaron por sus políticas aislacionistas, por favorecer a los terratenientes ricos del este y por su aparente incapacidad para ver algo incorrecto en el soborno, el nepotismo y la corrupción. Setheris había entrado en detalles mordaces sobre el Escándalo de Barro Negro del reinado de Varenechibel III (llamado así porque manchó a todos los que entraron en contacto con él), y el vergonzoso hábito de Varevesena de otorgar cargos políticos generosos, pero vacíos de todo contenido a los hijos recién nacidos de sus amigos. «Al menos él no es personalmente corrupto», había dicho Setheris a

regañadientes de Varenechibel IV, pero Maia pensó que aquel era un elogio muy poco halagüeño.

No quería continuar con ninguna de las tradiciones de los Varedeise; adoptar su hostilidad tradicional hacia Barizhan le parecía algo autodestructivo, de un modo que le resultaba incómodamente ambiguo entre lo simbólico y lo literal. Incluso si hubiera querido hacerlo, el encuentro con Chavar le había demostrado que tendría que librar una batalla tremendamente difícil para ganarse la confianza de los fervientes seguidores de su padre.

«Es mejor construir nuevos puentes que lamentar aquello que acabó arrastrado por el agua», pensó. Mojó la pluma de nuevo y escribió con legibilidad puntiaguda en la parte inferior de la página: Edrehasivar VII Drazhar. Edrehasivar VI había tenido un reinado largo, pacífico y próspero unos quinientos años atrás.

«Que sea un presagio», pidió Maia con una oración rápida a Cstheio, la dama soñadora de las estrellas, y luego dobló y selló la carta. Tenía la sensación opresiva de que iba a necesitar todos los augurios de paz que pudiera acumular.

El chico le esperaba nervioso en el rellano.

—Aquí está —le dijo—. Llévale esto a la zhasanai con nuestros mejores deseos.

Con los ojos muy abiertos, el chico tomó la carta. Había captado el matiz: «zhasanai», no «zhasan», y Maia no dudaba de que la viuda emperatriz iba a ser informada. Ella bien podía considerarse a sí misma una emperatriz gobernante, pero no lo era. Era una zhasanai, viuda de un emperador, y más le valía recordar que, a partir de ese momento, dependía de la buena voluntad de su hijastro desconocido.

—Serenidad —respondió el muchacho, se inclinó y huyó.

«Ya me he convertido en un tirano», pensó Maia, y entró de nuevo en la Sala Tortuga para esperar a Setheris y a su esposa.

Pero Setheris no reapareció hasta después de que Atterezh regresara con una gran tela de color negro y ciruela bordada en blanco: eran colores de luto sin la estricta formalidad del luto de la

corte. También lo informó de que el funeral tendría lugar a las tres en punto, ya que la puesta del sol era la hora más adecuada para los funerales, aunque también la más cara, por lo que las familias debían reunir dinero para acercarse lo más posible a esa hora, y agregó que había avisado a Esaran de las intenciones del emperador. Ella le había asegurado que el carruaje del emperador estaría listo a las dos y media. Maia podría haber llorado de gratitud al encontrar por fin a una persona que no se resistía ni estaba resentida con él, pero tal acción era impropia de un emperador y asustaría y perturbaría mucho a Atterezh.

Así que se puso de pie y permitió que Atterezh le tomara las medidas, le cubriera y moviera la tela de un lado a otro, y fue en medio de todo aquello, mientras Atterezh murmuraba misteriosamente para sí mismo, que Setheris apareció en la entrada.

—¿Uleris no ha enviado a un guardia? —exigió saber.

—No —dijo Maia.

—¿Quién es?

—Nuestro Maestro del Vestuario.

—Entonces tampoco ha enviado a un maza.

—No. Primo, ¿qué...?

—Nos ocuparemos de eso —dijo Setheris—. Y os aconsejamos que reemplacéis a vuestro lord Canciller tan pronto como sea posible. Uleris parece estar cada vez más olvidadizo en su vejez.

Como Setheris y Chavar tenían la misma edad aproximadamente, el insulto era muy intencionado, lo suficiente como para que Maia se diera cuenta de que no se trataba de un simple cumplimiento del deber por parte de Setheris, y que no buscaba el puesto de Chavar.

—Primo, explicaos.

—Serenidad —dijo Setheris, advertido por el imperativo—. El emperador de las Tierras Élficas tiene el derecho y la obligación de ser atendido en todo momento por los nohecharei, el guardián del

cuerpo y el guardián del espíritu. Y especialmente si pretendéis insistir en esta idea demencial...

Hizo un gesto con la mano hacia la tela que le cubría el hombro a Maia.

—Así lo queremos —contestó Maia—. Estamos seguros de que el lord Canciller tiene mucho en mente. Si os ocupaseis del asunto, os estaríamos agradecidos, y cuando regreséis, estaremos encantados de recibir a vuestra esposa.

—Serenidad —dijo Setheris, luego hizo una reverencia y se fue.

Maia, igual que todos, conocía a los nohecharei del emperador, los guardianes que juraban morir antes que permitir que le sufriera algún daño: uno, el soldado, para protegerle con su cuerpo y la fuerza de su brazo; el otro, el maza, para protegerlo con su espíritu y la fuerza de su mente. La cocinera de Edonomee a veces se dejaba convencer y le contaba historias, por lo que Maia incluso sabía lo ocurrido con Hanevis Athmaza, nohecharis de Beltanthiar III, que había librado un duelo de magia con Orava el Usurpador, el único practicante de magia que intentó tomar el trono. Hanevis Athmaza sabía que Orava lo mataría, pero había contenido al usurpador lejos del emperador hasta que el Adremaza, el maestro de los mazei de las Tierras Élficas, les había dado alcance. Orava había sido derrotado, y Hanevis Athmaza, muy mal herido, había muerto en los brazos de su emperador. En su adolescencia, Maia había soñado con convertirse en un maza, convertirse quizás en nohecharis de su padre y ganarse su amor, pero no había mostrado más aptitud para la magia de lo que la demostraba (según Setheris) para cualquier otra cosa, y ese sueño, también, había muerto.

Nunca había soñado con convertirse en emperador.

Atterezh continuó con su tarea, y la única señal de que había oído la conversación era que el monólogo que mantenía consigo mismo había pasado a ser inaudible, en lugar de simplemente un murmullo bajo. Maia esperaba que su padre hubiera elegido al personal de su casa por su discreción, ya que no había nada de esa conversación con Setheris que quisiera oír repetida por la corte. No

obstante, decirle algo al respecto a Atterezh le ofendería y haría añicos las ficciones precarias con las que los sirvientes y los nobles se protegían mutuamente.

—Serenidad —dijo Atterezh, poniéndose lentamente de pie—. Tendré la ropa preparada para vos a las dos en punto, si os parece bien.

—Sí. Os lo agradecemos, Atterezh.

Atterezh se inclinó, retiró la tela que rodeaba a Maia y se fue. Maia contempló con gesto sombrío que, hasta ese momento, la vida de un emperador parecía consistir principalmente en sentarse en una estancia pequeña y observar a otras personas ir y venir.

«Ya es más variedad de lo que tenías en Edonomee, donde no había nadie ni para ir ni para venir», recordó, y logró sonreír ante esa tonta autocompasión.

Se sentó cansado, preguntándose si tendría tiempo de echarse una siesta antes de tener que vestirse para ir al funeral. El reloj marcaba las diez y cuarto (lo que le parecía demasiado tarde o demasiado temprano, no estaba seguro). Esaran no lo apreciaría más si pedía que le prepararan una cama a las diez de la mañana.

Se frotó los ojos para evitar que se le cerraran, y allí estaba Setheris, erizado de energía y rencor.

—Serenidad, hemos hablado con el capitán de la Guardia de Untheileneise y con el Adremaza, y ellos se encargarán del asunto. Deseaban que le transmitiéramos sus disculpas y contrición. No pretendían ofender, ya que esperaban que el lord Canciller les informara de vuestra llegada.

—¿Son sinceros?

—Serenidad —dijo Setheris, reconociendo la justicia de la pregunta. Pensó un momento, con la cabeza inclinada hacia un lado y los ojos brillantes como los de un ave rapaz—. Nos inclinamos a creer que hablan de buena fe. Son hombres con muchas otras preocupaciones, y nosotros también esperábamos que Chavar les informara.

—Gracias, primo —respondió Maia; aunque esas palabras estaban cubiertas por años de hosca ironía, las dijo con tanta suavidad y amabilidad como pudo—. ¿Y vuestra esposa?

—Serenidad —dijo Setheris con una reverencia.

Se volvió e hizo señas. Maia oyó el repiqueteo de los tacones de unos zapatos y se puso en pie. Hesero Nelaran se detuvo en la entrada para hacer una profunda y magnífica reverencia, la antigua muestra de respeto que la emperatriz Csorú había dejado fuera de moda.

—Su Serenidad —dijo con una voz tan suave como aguda era la de Setheris.

Era un año o dos más joven que su marido, y se le notaban las patas de gallo bajo el maquillaje. Llevaba unas ropas negras de luto con el corte apropiado: un vestido que llegaba hasta el suelo y arrastraba una cola como la de una serpiente; una chaqueta acolchada y elaboradamente bordada, de color ciruela sobre negro, adornada con broches granates como gotas de sangre. Lucía el cabello adornado con peinillas de laca negra, palos de tashin y hebras de ónice facetado. No era hermosa, pero por pura fuerza de elegancia, se las arreglaba para parecerlo.

Desde la muerte de su madre, el contacto personal de Maia con las mujeres se había limitado a la robusta cocinera de Edonomee y a sus dos flacas hijas, que hacían las tareas domésticas. Aunque había estudiado los grabados de moda en los periódicos con gran cuidado, no se había visto ante nada que lo hubiera podido preparar para Hesero Nelaran; sintió que se le hacía añicos toda su compostura y se le caía al suelo, a sus pies.

—Osmerrem Nelaran —logró decir finalmente, tropezando con sus palabras como cualquier joven inexperto—. Estamos muy contentos de conocerlos.

—Y nos de conoceros a vos. También estamos más agradecidas de lo que podemos expresar de que hayáis permitido que nuestro esposo regrese a la Corte Untheileneise. —Se inclinó de nuevo, pero esta vez, no solo en una reverencia, sino en una

postración en toda su longitud, tan elegante como la de Csevet—. Serenidad, nuestro honor y nuestra lealtad son vuestros.

—Os lo agradecemos, Osmerrem Nelaran —dijo inadecuadamente mientras ella se levantaba de nuevo.

—¿No nos considerareis vuestra prima, Serenidad?

—Prima Hesero —corrigió Maia.

Ella le sonrió, y él se derritió en la calidez de esa sonrisa. Apenas fue capaz de mantener la atención como para darse cuenta de que le estaba hablando y preguntando por su coronación.

—Medianoche del veinticuatro —dijo, y ella asintió en gesto serio de aprobación, como si le hubiera preocupado que pudiera elegir otro momento menos adecuado.

—Serenidad, no debéis permitir que os mantengamos entretenido —dijo Setheris.

—Tenemos mucho que hacer —le dijo Maia a Hesero, en parte por la obediencia habitual a las órdenes sugeridas por Setheris, en parte porque no creía que pudiera mantener la audiencia mucho más tiempo sin terminar mostrándose como un tonto absoluto—. Pero esperamos tener la oportunidad de volver a hablar con vos.

—Serenidad —dijeron ambos.

Hesero hizo otra reverencia cortesana; Setheris se limitó a inclinarse de forma leve y rígida, como un juguete mecánico. Ella salió con la misma gracia con la que había entrado; tenía una delgada trenza blanca como la leche que le caía por la espalda hasta más allá de las caderas, siguiendo la línea de su espina dorsal. Setheris se apresuró tras ella, y Maia se hundió en su silla, sin aliento y fatigado de repente.

«No tienes cabeza para el coqueteo», se dijo, y comenzó a reírse. Trató de parar, pero fue incapaz de lograrlo; la risa se apoderó de él y lo sacudió como lo haría un terrier con una rata. Lo más que pudo hacer fue mantener las cuerdas vocales en silencio, sufriendo el paroxismo sin más ruido que el ocasional jadeo de aliento. Fue tan doloroso como asfixiarse, como la terrible tos

rasposa de la bronquitis, y cuando finalmente se acabó, tuvo que secarse las lágrimas de la cara.

A continuación, levantó la vista para dar directamente con los ojos de un joven de rostro serio, vestido como un soldado y con el moño de un soldado, pero con el escudo de los Drazhadeise en el tahalí sobre el pecho.

—Serenidad —dijo el muchacho, y se arrodilló.

Su desaprobación era palpable. Maia se preguntó con horror cuánto tiempo llevaba allí, esperando a que su emperador estuviera en condiciones de recibirlo.

—Por favor, levantaos. ¿Sois uno de nuestros nohecharei?

—Sí, Serenidad —respondió el joven, volviendo a erguirse—. Soy Deret Beshelar, teniente de la Guardia Untheileneise. Mi capitán me ha ordenado servir como nohecharis, a menos que Su Serenidad no esté complacido y no acepte mi servicio.

Maia deseó poder decir «No, no estamos complacidos», y así deshacerse de aquel desaprobador soldado de madera. Pero no podía ofender al capitán de la Guardia Untheileneise sin dar una buena razón, y ¿qué razón podía dar? «Me sorprendió riéndome el día siguiente a la muerte de mi padre». No podía decir eso. Vio además en la inmensa desaprobación del teniente Beshelar una probidad igualmente enorme, y sintió que iba a necesitar más eso que la amistad del individuo.

—No vemos ninguna razón para disgustarnos con la elección del capitán.

—Serenidad —respondió Beshelar, aunque con una voz tan aplastante que Maia supo que había oído la frase como un intento de adulación.

Antes de alcanzar a decidir si podía añadir algo para mejorar el incorrecto comienzo de la conversación, o si simplemente se hundiría más en el intento, oyó otra voz.

—Maldita sea. Esperaba llegar el primero. Serenidad.

Maia parpadeó en dirección al segundo joven, que estaba arrodillado en la entrada. Él también llevaba puesto un tahalí con el

escudo de los Drazhadeise, pero parecía casi incongruente sobre su raída túnica azul. Cuando se puso en pie de nuevo, dejó a la vista una longitud notable de pierna huesuda. Maia vio que era más alto que Beshelar, tan desgarrado como un potro recién nacido. Los pálidos ojos azules detrás de sus gruesas gafas con lentes redondas eran miopes, de mirada suave, y la única belleza en un rostro dominado por una nariz larga y arqueada. Su atuendo desaliñado de maza no ayudaba a mejorar la imagen, pero evidentemente no era el tipo de persona a quien le importaba algo así. Se presentó.

—Soy Cala Athmaza. El Adremaza me envía.

Beshelar dejó escapar un leve quejido, ni un suspiro ni un bufido. Pero el maza no pareció encontrar nada deficiente en su presentación, así que se quedó parpadeando sin más, en gesto benévolo, a Maia, y este tampoco encontró nada deficiente en aquella presentación.

—Estamos satisfechos —le dijo. Luego se dirigió a ambos—. Somos Edrehasivar, y seremos coronados el séptimo de ese nombre la medianoche del veinticuatro.

—Serenidad —dijeron al unísono e inclinándose a la vez, y luego Cala dijo—: Serenidad, hay un joven en el rellano que da la impresión de no saber si debe quedarse o si debe marcharse.

—Que entre —ordenó Maia, y Cala y Beshelar se apartaron.

Csevet apareció entre ellos.

—Os pedimos disculpas, Serenidad. No sabíamos si necesitaríais nuestros servicios para algo más.

Maia contuvo una mueca de desagrado. Se había olvidado de Csevet, lo que resultaba irreflexivo y arrogante.

—¿Tienes otras obligaciones?

—Serenidad —dijo Csevet inclinándose—, el lord Canciller ha sido tan amable de decir que nos dejará a vuestro servicio, si os place.

—Eso es muy amable por parte del lord Canciller —dijo Maia cruzando la mirada con Csevet en un momento de diversión

compartida y dolorosa—. Entonces, estaríamos muy agradecidos si pudierais... —Hizo un gesto en busca de una palabra que no encontraba—... Si pudierais organizar la administración de la casa.

Escuchó el tono lastimero en su propia voz, pero Csevet no prestó atención a eso.

—Será como Su Serenidad desee —dijo inclinándose más profundamente—. Comenzaremos con... —Consultó el reloj de bolsillo—... con el almuerzo.

4

EL FUNERAL EN EL ULIMEIRE

El Ulimeire estaba en las afueras de Cetho, la ciudad que rodeaba la Corte Untheileneise como una media luna envuelve una perla. Tras bajar con cierta vergüenza del enorme carruaje imperial en pos del teniente Beshelar y de Cala Athmaza, Maia pensó con tristeza que bien podría haberse encontrado en otro mundo.

Tanto el templo como la pared que rodeaba el cementerio estaban contruidos en ladrillos rojos que se desmoronaban. Los pilares del pórtico del templo necesitaban una capa de cal, y sus capiteles estaban llenos de nidos de pájaros abandonados. Las malas hierbas abarrotaban las grietas entre los adoquines del camino que llevaba desde la puerta al templo en sí, y la hierba en el cementerio había crecido tanto que las puntas de las lápidas parecían pequeñas islas estériles en un mar tempestuoso y quebradizo.

—Serenidad —dijo Beshelar—. ¿Estáis seguro?

—Sí —le confirmó Maia—. Sus muertes no son más ligeras a la tierra que las de nuestro padre.

Cuando Cala abrió la puerta, un robusto prelado vestido de negro, tan raído como su templo, apareció en la entrada. Los miró

boquiabierto debajo de su máscara de luna abollada, y luego casi se tiró por las escaleras. Se postró, y desde el interior oscuro del templo, surgió un gran murmullo suave cuando la congregación hizo lo mismo, cada uno allí donde estaba.

«Debes acostumbrarte», se dijo Maia mientras seguía a Beshelar y a Cala hacia el templo. «Eres el emperador, como te dijo Setheris. Y, a decir verdad, ahora mismo puedes ser emperador o puedes estar muerto. ¿Qué prefieres?».

—Su Serenidad Imperial, Edrehasivar Séptimo —anunció Beshela.

Maia deseó que no lo hubiera hecho.

—Por favor, levantaos —le pidió Maia al prelado—. Solo queremos presentar nuestros respetos a los muertos.

El prelado se puso de pie frotándose las manos con gesto nervioso sobre las faldas de la túnica.

—Su Serenidad Imperial. No teníamos idea..., es decir, no fuimos informados.

«Y alguien debería haber venido para informarle», pensó Maia con cansancio. Se había imaginado que, de algún modo, podría deslizarse hasta la parte posterior del templo y escuchar el servicio sin anunciar su identidad, pero eso había sido un cuento de hadas infantil, nada más.

—Lo sentimos, de verdad.

—¡Serenidad! —le musitó Beshelar por la comisura de la boca.

—Solo deseamos mostrar nuestro sentir por la pérdida —continuó Maya, levantando la voz para que las personas dentro del templo pudieran escucharlo claramente— que todos ustedes han sufrido. No quisiéramos que cayese en el olvido. No quisiéramos que pensarán que... que no nos importa.

—Gracias, Serenidad —respondió el prelado después de una pausa—. Nosotros..., es decir, el templo es muy pequeño y no es a lo que estáis acostumbrado. Pero, si vos, y estos caballeros, queréis compartir nuestra adoración, sería para nosotros... —Y usó el plural

refiriéndose tanto a sí mismo como a la congregación— ... sería...
—Se detuvo, buscando una palabra— ... sería todo un honor.

Maia le sonrió.

—Gracias. También nosotros nos sentiríamos honrados.

Hizo caso omiso de la expresión horrorizada de Beshelar y siguió al prelado escaleras arriba hacia el templo.

Pensó en decirle al prelado que su Ulimeire era preferible, con diferencia, al Othasmeire húmedo y mugriento de Edonomee, pero descartó la idea. Lo más inteligente que podía hacer era hablar lo menos posible, y además temía que el prelado se lo fuese a tomar como una especie de broma. Pero era la verdad. El Ulimeire estaba en mal estado y destartalado, aunque era un lugar limpio, y la cal que no se había aplicado a los pilares se había utilizado claramente en las paredes. La gente tímida, los elfos y los goblins, con sus ropajes negros muy remendados y desgarrados, muy parecidos a la ropa que el mismo Maia llevaba cuando partió de Edonomee siglos atrás esa misma mañana, eran la familia, amigos y amantes de la tripulación del *Sabiduría de Choharo*, de los sirvientes cuyas vidas se habían perdido junto a la de sus amos imperiales. Muchos de los dolientes llevaban librea; uno o dos de ellos eran personas que le parecía haber visto en el Alcethmeret a primera hora del día. Vio pena y dolor en sus caras y deseó sentir algo así en su corazón. Deseó haber tenido un padre digno de luto.

Tardaron algún tiempo en encontrar un lugar donde situar a un emperador y a sus nohecharei en el Ulimeire que no causara gran incomodidad y vergüenza a todos los interesados, pero entre la buena voluntad de la congregación, el prelado, el emperador y su maza, y la notable y aguda indulgencia de su guardia, el asunto quedó resuelto, y el prelado, tras ocupar su sitio ante el altar de Ulis, tan limpio y gastado como el resto del templo, comenzó el servicio para los muertos.

Hablaba de manera muy sencilla y sincera, a diferencia de las entonaciones afectadas y las pausas dramáticas que había usado el archiprelado de Cetho al officiar el servicio fúnebre de la emperatriz

Chenelo. Maia se inquietó al darse cuenta de cuán claros y nítidos eran sus recuerdos del funeral de su madre. Diez años bien podrían haber sido simplemente otros tantos días.

La emperatriz Chenelo Drazharan había muerto en la primavera del octavo año de su hijo. Llevaba enferma desde que él tenía memoria. Su querida madre gris, delgada como un palo. Incluso para un niño, había quedado claro ese invierno que se estaba muriendo, ya que los ojos parecían ocuparle cada vez más y más el rostro y se quedó tan delgada que incluso un contacto más fuerte de lo debido podía magullarla. Pasó gran parte de ese invierno y principios de la primavera con la cara cubierta de lágrimas, muriendo y añorando su hogar y temiendo desesperadamente por su hijo.

Se había casado muy joven, con apenas dieciséis años, y el matrimonio había sido idea de su padre. El gran Avar de Barizhan quería que su hija se convirtiera en una emperatriz. Las Tierras de los Elfos, aunque eran hostiles a todos los extranjeros, necesitaban desesperadamente mantener unas relaciones cordiales con Barizhan, su único acceso al próspero comercio del mar de Chadevan, y debido a eso, el testigo de Extranjeros de Varenechibel lo había convencido de que aceptara el matrimonio. «Fue una muy mala decisión», le dijo Chenelo a Maia en los días previos a su muerte. A su padre, amargado por la decepción de que su esposa no le hubiera dado hijos, solo dos hijas, una de ellas fea y medio loca, no le importaba lo que le pudiera pasar a Chenelo, y todo por la idea de tener un tratado que protegiera su frontera norte de un vecino mucho más grande y más poderoso. El testigo de Extranjeros había sido un hombre ambicioso y codicioso. Cuando Maia tenía dos años, habían pillado al testigo aceptando sobornos de mercaderes de pencharneise. Varenechibel le había enviado a Chenelo un grabado terriblemente explícito de la ejecución.

El mismo Varenechibel, todavía de luto por su tercera esposa, la emperatriz Pazhiro, que había fallecido cinco años antes, no debería haberse planteado la posibilidad de otro matrimonio en ese

momento, especialmente no con una muchacha lo bastante joven como para ser su hija, una extranjera, una bárbara, una goblin. Ya se había ganado el cruel sobrenombre de «Hobgoblin» en la corte antes de casarse. A Varenechibel le pareció fea, aburrida, nada atractiva, pero su falta de interés hacia ella no se habría intensificado hasta llegar al odio si no hubiera sido porque su noche de bodas, la consumación legal necesaria de su matrimonio y la única vez que Varenechibel reclamó sus derechos matrimoniales sobre ella, dio lugar a un embarazo. Teniendo en cuenta la falta de ambigüedad de la prueba que demostraba que ella había llegado virgen a su cama, él ni siquiera podía reclamar que el niño no era suyo.

Pazhiro había muerto durante un parto, y tal vez si Chenelo hubiera hecho lo mismo, la habría perdonado. Pero sobrevivió, y dio a luz un hijo sano tan oscuro y feo como ella. Varenechibel declaró con saña que, si Chenelo creía que iban a poder reemplazar a Pazhiro y a su último bebé muerto, estaba muy equivocada. Tan pronto como Chenelo estuvo en condiciones de viajar, ella y su hijo fueron enviados a Isvaroë, donde la mujer pasaría los últimos ocho años de su vida.

Había muerto en un día gris y ventoso a mediados de la primavera, y como una emperatriz muerta era ligeramente más aceptable para Varenechibel que una viva, se iniciaron de inmediato los preparativos para un funeral de estado ceremonioso al mayor nivel. También era cierto que el gran Avar, que no había protestado por el trato que había recibido su hija mientras estaba viva, y que no veía nada criticable en el hecho de que un hombre no quisiera tener más ayuntamiento con su esposa de lo necesario para engendrar un hijo, sí que se habría ofendido gravemente si no se le mostraba el mayor de los respetos a su cadáver. La tranquila casa de Isvaroë fue invadida por secretarios, funcionarios y clérigos. La mayoría de ellos, cuando se fijaban en Maia, lo miraban, suspiraban y meneaban la cabeza. Se mantuvo escondido en la habitación de su madre todo lo que pudo.

Si hubiera podido simplemente acostarse y morir de dolor, lo habría hecho. Su madre había sido todo su mundo, y aunque ella había hecho todo lo posible por prepararlo, él había sido demasiado joven como para comprender lo que significaba la muerte, hasta que ella se hubo ido y no había manera de llenar ni de reparar el enorme hueco que eso dejó en el corazón de Maia. La buscaba por todas partes, incluso después de que le mostraron el cuerpo. Miraba y miraba y no la podía encontrar.

Lloró solo en privado, sin confiar en los extraños adultos que se afanaban a su alrededor, rompiendo la paz de Isvaroë con sus voces fuertes y su continuo alboroto de empaque y planificación. Y luego llegó el día en que le dijeron que tenía que irse de Isvaroë, y lo llevaron en una aeronave hasta la Corte Untheileneise, en la que nunca había creído del todo, ya que siempre había estado medio convencido de que era simplemente parte de las historias de su madre.

Ahora estaba sentado en aquel templo destartalado, pero limpio, dedicado al dios de la luna, que también era el dios de los sueños, la muerte y el renacimiento, y se acordaba del frío mármol retumbante del Othasmeire de la Corte Untheileneise, con sus respectivos santuarios satelitales para cada dios. Pero en el santuario de Ulis no había sitio para un funeral de estado completo, por lo que el féretro de Chenelo se colocó debajo del óculo de la cúpula, como lo habían estado los ataúdes de la emperatriz Pazhiro y de la emperatriz Leshan. En lugar de este único prelado, había una bandada de clérigos y canónigos rodeando al archiprelado de túnica roja, un miasma de incienso, y multitudes de elfos de rostro blanco y pelo blanco vestidos con elaborados ropajes negros que se levantaron y escucharon el servicio en silencio y sin emoción. En el funeral por los tripulantes, estaban casi en silencio, pero había sonidos de sollozos ahogados; el crujido de la tela contra la tela cuando un doliente consolaba a otro; incluso, a mitad de la ceremonia, el llanto de un niño al darse cuenta de la pérdida, y el rápido y silencioso movimiento mientras la gente abría el camino

para que su padre lo sacara. Nadie, pensó Maia, habría hecho tanto por él.

Recordó haberse quedado en silencio y con los ojos secos junto a la noble a la que habían encomendado la ingrata tarea de guiarlo durante el funeral. Aunque lo que Chenelo le había contado sobre su matrimonio había sido cuidadosamente imparcial, cuidadosamente pensado para que fuera adecuado a lo que un niño podía entender, la feroz adoración que sentía hacia su madre lo había llevado más cerca de la verdad de lo que ella nunca había deseado que estuviera. Se dio cuenta de que todo era culpa de su padre, y aquella era la corte de su padre, así que se imaginó que les complacería verlo llorar. De modo que no había llorado, no en ese momento, aunque había llorado todas las noches durante una semana en la habitación fría y mohosa que le dieron en Edonomee. Probablemente asustase bastante a esa noble, pensó arrepentido, y tomó nota mentalmente para preguntarle a Csevet si podía dar con ella.

El prelado del Ulimeire usó la forma corta, a diferencia de la ceremonia interminable que se había usado para Chenelo y que se usaría para Varenechibel y tres de sus cuatro hijos. La parte más larga fue la lista de los nombres de los muertos y la lista de los que sobrevivieron. Vacilante, con una mirada tímida a Maia, el prelado añadió al final:

—El emperador Varenechibel IV, Nemolis Drazhar, Nazhira Drazhar, Ciris Drazhar, sobrevividos por el emperador Edrehasivar Séptimo.

Parpadeando un repentino cosquilleo de lágrimas, Maia se inclinó hacia el prelado con las manos juntas delante de él, como cada uno de los otros dolientes había hecho a su vez, sin importarle nada la dura y conmocionada desaprobación de Beshelar, que estaba a su lado.

Con el servicio concluido, a Maia le quedó claro que el prelado y la congregación solo se verían avergonzados e incómodos por el espectáculo de su emperador abriéndose camino a través de la

hierba alta y amarillenta hacia las doce tumbas nuevas. Y no hubo dificultad para liberarse; simplemente dejó de luchar contra Beshelar por el control de la situación, y Beshelar con gran pomposidad hizo el resto. Maia le sonrió al prelado y el prelado le devolvió la sonrisa. Beshelar casi forzó al emperador sin tocarlo a que subiera al carruaje, apiñándose con Cala detrás de él. El cochero le chasqueó a los caballos y comenzaron a tirar.

Durante diez minutos, nadie dijo nada. Beshelar parecía que estaba reinventando la mayoría de los epítetos favoritos de Setheris, con el «hobgoblin atontado» en lo más alto de la lista, aunque, por supuesto, su sentido del decoro era demasiado grande como para permitirse decirlos en voz alta. Cala miraba por la ventana con expresión soñadora, como había hecho en el camino hacia el Ulimeire, y el propio Maia juntó las manos en su regazo y contempló su color oscuro y sus nudillos feos y abultados.

Entonces Cala se volvió y dijo:

—Serenidad, ¿por qué deseabais asistir al servicio?

Sonó como si sintiera una curiosidad real al respecto.

—No lo sé —contestó Maia.

Sí que lo sabía, lo sabía demasiado bien, pero no quería hablar de su padre con sus nohecharei, ni con nadie. «Dejemos que esa verdad quede enterrada con él. A nadie le beneficia que Edrehasivar VII hable de su odio contra Varenechibel IV», pensó. Y lo peor de todo era que ni siquiera odiaba a su padre; no podía odiar a alguien a quien conocía tan poco. Pensar en la conmoción y el disgusto de Beshelar era agotador, como la idea de llevar una enorme roca sobre sus hombros durante el resto de su vida.

Luego se dio cuenta de que había olvidado usar la primera persona del plural al hablar de sí mismo, y que Beshelar estaría conmocionado y disgustado de todos modos. Miró a Cala para evitar mirar a Beshelar, y encontró en aquellos ojos azules desvaídos una comprensión inesperada.

—Nada puede hacer más llevadera la muerte, pero el silencio puede hacerla más difícil —le dijo Cala.

—Hablar no ayuda —replicó Maia.

Cala retrocedió un poco, como un gato al que le hubieran golpeado en la nariz, y el silencio, ya fuera cómodo o incómodo, llenó el carruaje, y así continuó hasta que llegaron a la Corte Untheileneise.

5

LA CASA DEL EMPERADOR

Esa noche, al acabar la cena, Maia estaba tan agotado que no podía mantener la vista enfocada. Le había pedido a Beshelar que supervisara que las rejas del Alcethmeret quedaran cerradas tan pronto como regresaran del Ulimeire y se había negado rotundamente a conceder una audiencia a nadie durante el resto de la tarde.

Lo cual no significaba, aunque lo deseara, que fuese a quedarse solo o desocupado. Esaran lo estaba esperando. La mayordoma se negó a dejarlo regresar a la Sala Tortuga insistiendo en que no era adecuado para su dignidad, y lo arrastró por la siguiente circunferencia de las escaleras hasta el Salón Rosa, que era lo suficientemente grande como para perderse y que estaba decorado con un esquema de colores opresivos en tonos negro y cereza. El papel de la pared mostraba una serie de motivos florales de Pencharneise muy recargados, con rosas de todas las tonalidades, desde el morado oscuro hasta el rojo anaranjado y los bordes de los pétalos resaltados en dorado.

Esaran tenía una lista aparentemente interminable de preguntas que Maia debía responder y decisiones que debía tomar, y justo

cuando pensaba que podría haber terminado, la mayordoma se volvió hacia él con el recordatorio de que entre las víctimas en el choque del *Sabiduría de Choharo* estaba el edocharei del emperador, su caballero de cámara. Su tono indicaba, sin necesidad de preguntarlo, que no se le iba a permitir continuar ocupándose de sí mismo como siempre lo había hecho en Edonomee. Añadió que, dado que Clemis Atterezh estaba esperando ansiosamente a que el emperador se probara su nuevo guardarropa, sería mejor que se ocupara del asunto de inmediato.

A ella no le gustaba el nuevo emperador, pero estaba claro que no iba a dejar que los sentimientos personales interfirieran con su eficiencia. Posiblemente era más consciente que Chavar del poder que tenía el emperador para despedirla de su puesto si le daba razones para ello. De todos modos, Maia sentía su eficiencia como crueldad, y estaba tan cansado, con un dolor de cabeza que le hacía palpar las sienes, que simplemente dijo:

—Confiamos en que cualquier persona que recomendéis será totalmente adecuada a nuestras necesidades.

Ella asintió, despreciándolo por su debilidad, y se marchó. Atterezh entró con una oleada de alegres barboteos sobre telas, colores y patrones, de todo lo cual Maia entendió tal vez dos palabras de cada siete. Beshelar y Cala, como correspondía a los nohecharei del emperador, se sentaron uno a cada lado de la puerta, vigilando sin cesar. Maia sospechaba que aquella no sería la última vez en su vida que deseara poder decirles simplemente que se fueran.

Y antes de que Atterezh terminara, apareció Csevet, y con una lista aún peor que la de Esaran. La noticia de la llegada del nuevo emperador se había extendido y los cortesanos, especialmente los Testigos de los Corazhas, empezaban a reunirse. Csevet tenía una enorme cantidad de cartas, algunas enviadas a través del sistema neumático, otras dejadas por varias personas a los guardias en las rejas cuando no se les permitió entrar, e insistió de forma inexorable en que había que dar al menos acuse de recibo de todas y cada una

de ellas esa misma noche. Él y Maia se sentaron, uno a cada lado del enorme escritorio que acechaba como un oso con pelaje de invierno en la esquina posterior del Salón Rosa, y repasaron las cartas una a una.

Maia sabía que, con la ascensión al trono de su padre, lo habían lanzado a aguas profundas, pero fue aquella pila de cartas lo que le demostró cuán profunda y fría era esa agua. Reconoció algunos de los nombres, por los cotilleos que Setheris había compartido con él, y sabía a grandes rasgos qué eran los Corazhas, el Judiciato, el Parlamento, pero la insuficiencia de su conocimiento se hizo cada vez más cruelmente patente con cada carta, mientras Csevet iba leyendo en voz alta y deteniéndose con las cejas levantadas, y Maia tenía que preguntar quién era la persona que la escribía, o sobre qué exactamente estaba escribiendo. Beshelar e incluso Cala se vieron arrastrados al proceso de educar al emperador, y Maia se sentó y escuchó y odió todo aquello.

Conocía la existencia del concordato —mitad cese de hostilidades, mitad alianza— que mantenían el Parlamento, los Corazhas y el Judiciato. Entre todos, sostenían al emperador como las piernas de un trípode frágil y discutidor, pero nunca había tenido más que una idea somerísima de quiénes eran. De repente, estaba rodeado, casi sumergido al punto del ahogamiento, por un panorama de brillante colorido: la clamorosa Cámara de los Comunes, la desdeñosa Casa de la Sangre, todavía resentida, todos esos siglos después, por tener que negociar con hombres que simplemente habían sido elegidos; las delicadas enemistades intestinas de los jueces, no menos de once de los cuales habían enviado cartas por el neumático, cada una con un lenguaje más impenetrable que la anterior; los siete Testigos de los Corazhas, los consejeros del emperador, ninguno de los cuales había enviado nada en persona excepto la más correcta y moderada de las condolencias y buenos deseos, pero cuyos secretarios habían creado un diluvio de vitela y papel. Y luego estaban los señores menores, los cortesanos, los mercaderes y los funcionarios... ¿Y se

suponía que el emperador debía mantener la cordura por encima de toda aquella locura?

Lo peor fue una carta de alguien llamado Eshevis Tethimar, una carta tan cargada de insinuaciones, oscuridades y circunloquios que Maia no logró entenderla en absoluto, ni siquiera después de que Csevet le explicara que Eshevis Tethimar era el heredero del duque Tethimel, uno de los terratenientes más acaudalados del sur de Thu-Athamar.

—Pero ¿qué es lo que quiere?

—Aunque no lo podemos decir con certeza...

—Por favor. Os lo suplicamos. Haced una suposición.

Csevet chasqueó las orejas.

—Suponemos que Dach'osmer Tethimar es un pretendiente de la mano de la archiduquesa Vederó.

Maia miró con expresión de duda la carta, que todavía tenía en la mano.

—No menciona a nuestra hermana.

—Bueno, no puede —dijo Cala.

—¿Perdón?

—Serenidad —le explicó Csevet—. Después del furor que causó el matrimonio de la archiduquesa Nemriän...

—Sí —dijo Maia.

La tempestad que rodeó al matrimonio de la archiduquesa mayor, Nemriän, había llegado incluso a Isvaroë. Él solo tenía cinco años en aquel momento, pero recordaba los chismes sin aliento de la doncella de su madre, el ama de llaves y el cocinero, mientras su madre sonreía fingiendo no escuchar.

—El emperador juró que no habría discusión pública sobre el matrimonio de su segunda hija hasta la ceremonia de la firma.

—¿Y? —quiso saber Maia.

—Y no la ha habido —le informó dijo Csevet con un encogimiento de hombros de resignación—. Y todos los que podían saber algo al respecto estaban a bordo del *Sabiduría de Choharo*. Excepto, por supuesto, la propia archiduquesa.

—¿Ha escrito nuestra hermana?

—No, Serenidad.

Maia cerró los ojos en una mueca de dolor. No esperaba que alguien que no hubiese escrito una carta pudiera ser un problema.

—¿Y el tal Dach'osmer Tethimar?

—Está pescando, Serenidad —contestó Csevet.

—Quiere saber cuánto sabéis. Y quiere saber qué es lo que estáis dispuesto a concederle.

—¿Concederle?

—Los Tethimada han sido una espina clavada en la zarpa del emperador durante décadas —le explicó Csevet—. Son poderosos en sus propiedades, y encabezan la facción de los señores orientales que más se oponen a la expansión de industria en el oeste. Sabemos que Varenechibel estaba deseoso de llegar a un compromiso con ellos.

—Entendemos —dijo Maia.

Sintió un ataque de pánico y náuseas, como si fuera un ratón que acabara de pisar el gatillo de una trampa para ratones y viera su perdición un momento antes de que le rompieran el cuello. Él era emperador ahora. Facciones, industria y compromisos y la guerra contra los bárbaros en el norte: todo eso era responsabilidad suya, y si tomaba la decisión equivocada, quizá sufrieran cientos de miles de personas. La gente incluso podría morir, y todo porque su emperador era demasiado joven y estúpido como para saber cómo salvarlos.

—Serenidad —dijo Csevet con voz cautelosa—. Es muy atrevido por parte de Dach'osmer Tethimar escribirle una carta así en este momento. Podemos escribirle una respuesta, con una longitud tan grande como la suya, y no darle ninguna información en absoluto.

Incluso al propio Maia su risa le sonó como el ahogado chillido de un ratón moribundo, pero fue una risa y no un grito, por lo que supuso que debería considerarlo como una victoria.

—Sí, por favor, Csevet. Lo apreciaríamos mucho.

Y luego, cuando por fin llegaron al final de la pila de cartas, Esaran regresó seguido de tres jóvenes nerviosos. Uno de ellos tenía la edad de Csevet, los otros dos, la edad de Beshelar más o menos, cuatro o cinco años más, y Maia se sintió agobiado por la ironía de ser la persona más joven en la habitación, y sin embargo, ser la persona ante la que todos los demás se inclinaban.

Los tres jóvenes eran Esha, Nemer y Avris. Esha y Nemer tenían la piel oscura de goblin, como el propio Maia; Avris era pálido. Esaran no pensó que sus apellidos fueran dignos de mención. Eran los edocharei de Maia, «a menos que Su Serenidad esté complacido de indicar lo contrario», dijo Esaran con las cejas levantadas, y Maia tuvo que negarse apresuradamente antes de que Nemer, el más joven, rompiera a llorar. Al salir, Esaran se despidió con cierta ferocidad.

—Mañana, por supuesto, Su Serenidad, querrá hablar con el maestro de cocina sobre las comidas de la semana que viene, pero esta noche pensamos que era correcto decirle que podía preparar algo simple.

Un deber más que caía sobre los hombros de Maia.

—Gracias, Esaran —dijo, pero porque tenía que hacerlo.

Csevet sugirió firmemente a los edocharei que subiesen y se familiarizaran con las estancias privadas del emperador y que, además, podrían ser útiles preparando las salas para su uso. Maia simplemente observó con desesperada admiración cómo aquella táctica despejaba la habitación de sus ansiosos ayudantes más recientes. Luego Csevet se volvió hacia él de nuevo.

—Serenidad, hay otro asunto.

—¿Lo hay?

—No nos gusta hablar de ello, pero no podemos...

Maia mantuvo la espalda recta, las manos dobladas en el regazo y el rostro controlado.

—Cuéntanos —le dijo.

—Es la carta de Dach'osmer Tethimar lo que nos ha hecho pensar en ello —explicó Csevet—. Serenidad, debéis comenzar a

pensar en vuestro propio matrimonio.

—¿Matrimonio? Pero ¡si ni siquiera soy emperador todavía! Quiero decir...

Y entonces se dio cuenta de que había roto la formalidad en setenta vergonzosas piezas y se mordió la lengua.

—Será lo primero en lo que estén pensando muchos miembros de la corte —comentó Csevet.

—Todos aquellos con hijas en edad casadera —apuntó Beshelar cínicamente.

—Pero no queremos casarnos con nadie —protestó Maia, y al menos lo hizo con el nivel correcto de formalidad, incluso aunque el tono se acercase peligrosamente al lloriqueo.

—Tendréis que hacerlo tarde o temprano, a menos que pretendáis dejar que Idra Drazhar os suceda, lo que no os recomendaríamos.

—¿Sabéis algo que desacredite a nuestro sobrino?

—¿Cómo podríamos saberlo? Es un niño todavía. Estábamos pensando, Serenidad, en el ejemplo de Belmaliven el Quinto.

Maia entendió lo que quería decir. Belmaliven V, que llegó al trono después de la repentina muerte de su hermano Belmaliven IV, había sentido que la sucesión estaba ampliamente asegurada por sus dos sobrinos, por lo que no se había divorciado de su querida, pero estéril, esposa. En el segundo año de su reinado, fue depuesto y asesinado por «partidarios» de su sobrino mayor, al que coronaron como Belvesena XI y que sobrevivió como un títere enfermizo durante seis años antes de que él mismo fuera destronado por su hermano, Belmaliven VI. La forma y fecha exactas de la muerte de Belvesena no se conocían, pero en general se suponía que no había sobrevivido durante mucho tiempo a la coronación de su hermano y que su muerte no había sido un accidente.

—¿Creéis que es necesario que actuemos con tanta rapidez? —preguntó Maia con tristeza.

—Serenidad, creemos que deberíais estar preparado para que surja el asunto —dijo Csevet—. Y creemos que deberíais estar lo

suficientemente bien informado como para tomar una decisión vos mismo, en lugar de veros empujado al matrimonio como el difunto emperador lo estuvo en más de una ocasión.

Maia hizo una mueca. Csevet abrió mucho los ojos.

—Serenidad, os pedimos perdón. No quisimos decir...

—No, no, lo entendemos. Y tenéis toda la razón.

El pánico regresó chocando contra sus costillas y apretando unos dedos húmedos alrededor de su garganta. Tragó saliva.

—¿Cómo sugerís que procedamos?

—Reuniremos información para vos —dijo Csevet—. Es decir, si nos confiáis esa tarea.

«Debo confiar en alguien», pensó Maia.

—Sí, por favor.

—Nos ocuparemos.

El dolor de cabeza empeoraba; Maia se sintió cobardemente agradecido de que uno de los subordinados de Esaran apareciera en ese momento para anunciar la cena, antes de que Csevet pudiera presentar «otro asunto».

Csevet se excusó graciosamente, evitándole a Maia la necesidad de determinar para cuántas personas Esaran le había dicho al maestro de cocina que preparara la cena. El emperador comió en solitario esplendor, con sus nohecharei nuevamente sentados uno a cada lado de la puerta del comedor.

Sopa de huevo y caldo, una cazuela de anguila, col a la brasa: Maia comió sin paladear realmente nada de aquello, y sacó fuerzas de una reserva desconocida para sonreírle al tímido sirviente, otro con sangre de goblin, y decirle que transmitiera al maestro de cocina y a sus cocineros sus elogios. El postre fue un sorbete; sabía a invierno, y Maia deseó ser capaz de transferir ese gozoso frío a sus palpitantes sienes. El camarero le ofreció un cordial antes de que pudiera decirle que no lo hiciera, y después del primer sorbo, le dijo bruscamente a sus nohecharei:

—¿Cuándo comerán?

—¿Serenidad? —exclamó Beshelar, sorprendido.

Cala pareció enfocar la mirada como si estuviera a una gran distancia.

—Debéis comer —dijo Maia—. ¿Cuándo?

—Cuando estéis en la cama, Serenidad —le explicó Cala—. Nos turnaremos, uno os protegerá mientras que el otro come. No debéis preocuparos por nosotros.

—¿No podríais, después de esta noche, comer con nosotros?

La expresión de Beshelar, como era de esperar, se escandalizó. Cala sonrió.

—Después de esta noche, Su Serenidad, no comeréis solo.

—Oh, sí —dijo Maia, y se bebió el resto del cordial de un solo trago—. Qué estúpido ha sido por nuestra parte olvidarnos.

Cala tosió discretamente.

—Tenemos entendido por Mer Aisava que Su Serenidad no durmió anoche.

—Muy poco —admitió Maia, resistiendo el impulso de frotarse los ojos borrosos y doloridos.

—Entonces, sugerimos que Su Serenidad se retire a la cama. Vuestros edocharei os estarán esperando para atenderos, y podéis con buena conciencia y alma tranquila imaginarnos cenando tan bien como lo que acabáis de hacer.

—Serenidad, Cala Athmaza es frívolo, pero su sugerencia es sabia —dijo Beshelar.

El esfuerzo por no reírse fue casi demasiado para él. Maia se mordió el labio y se puso de pie. Le dolían los huesos y tenía la impresión de que tenía los músculos hechos de plomo, pero se sintió satisfecho de que sus piernas lo sostuvieran.

—Os lo agradecemos —les dijo a ambos.

Le resultó incómodo lo cerca que se quedaron de él, uno a cada lado, en la subida por las escaleras. Dieron dos vueltas completas alrededor del Alcethmeret antes de llegar a las puertas de las estancias del emperador, donde Esha y Avris lo estaban esperando. Se detuvieron allí, y los nohecharei y los edocharei se miraron entre

sí, inseguros. Maia, demasiado cansado como para ser diplomático, dijo:

—Cala, ¿os quedareis?

—Sí, Serenidad —respondió Cala.

Beshelar hizo un saludo rígido y bajó las escaleras.

A pesar de ser jóvenes y estar nerviosos, sus edocharei sabían hacer su trabajo. Le soltaron el pelo, lo desvistieron de una forma tan suave, rápida y silenciosa que estaba desnudo delante de ellos antes de darse cuenta de que debía sentirse cohibido por su cuerpo flaco o el color feo de su piel. Apenas unos momentos más tarde, ya lo habían vuelto a vestir, esta vez con un camisón tan suave como una nube, y le estaban trenzando el cabello para la noche.

Uno de ellos, Esha, pensó, aunque ya no estaba seguro de nada, le confirmó que habían cambiado toda la ropa de cama y que estaba limpia y bien ventilada, y un momento después, fue consciente de estar acostado, de que unas manos suaves lo ayudaban con las sábanas, y luego no recordó nada más.

Se despertó una vez en la noche, de una pesadilla confusa en la que Setheris le decía que su madre estaba entre los restos ardientes del *Sabiduría de Choharo*, y una voz le habló suavemente en la oscuridad:

—¿Serenidad?

—¿Quién? —dijo Maia con voz ronca.

—Soy yo, Cala. Teníais una pesadilla, según parece. Todo va bien.

—Cala —dijo Maia, recordando sus amables ojos azules—. Gracias.

Y luego se desplomó dormido de nuevo, tan impotentemente como el *Sabiduría de Choharo* se había estrellado contra la tierra.

SEGUNDA PARTE

LA CORONACIÓN DE EDREHASIVAR VII

6

LA EMPERATRIZ VIUDA

Maia abrió los ojos a la brillante luz del sol y parpadeó confundido. No era su habitación en Edonomee; no era su habitación apenas recordada en Isvaroë. Las colgaduras de la cama eran demasiado suntuosas para cualquiera de los dos sitios, y los felinos luchadores de los Drazhada bordados en el brocado sugerían que debía estar en una de las casas de su padre, pero...

Cuando recordó dónde estaba y lo que había sucedido, quedó convencido de que estaba soñando.

La idea fue un alivio tremendo.

No tardaría en despertarse en su cama estrecha y desvencijada en Edonomee, y tal vez ni siquiera recordaría haber tenido un sueño tan ridículo. Y si lo hacía, le recordaría que debía sentirse satisfecho con lo que tenía en lugar de quejarse de lo que no tenía.

«Una lección moral sólida y valiosa», pensó Maia con somnolienta satisfacción, y luego el sonido de una puerta abriéndose lo hizo levantarse sobre un codo, temiendo confusamente que fuera Setheris quien viniera a decirle que había llegado un mensajero de su padre.

Pero era un muchacho flaco y moreno con la librea de Drazhadeise, Nemer, recordó Maia, que pareció ligeramente alarmado al encontrar a Maia despierto, pero parpadeó y dijo tímidamente que lo habían enviado a enterarse de qué tipo de té prefería su Serenidad Imperial con el desayuno.

«Diosas misericordiosas, que esto sea un sueño», pero no era así.

—Manzanilla —Era una bebida que a su madre le había encantado y que Setheris odiaba—. Gracias.

—Serenidad —respondió Nemer, haciendo una reverencia—. ¿Desea desayunar en la cama o...?

—No —dijo Maia. Se sentía vulnerable en aquella enorme cama, vestido solo con un camisón de dormir—. Nos levantaremos, gracias.

—Serenidad —volvió a decir Nemer, inclinándose de nuevo antes de marcharse.

—Serenidad —dijo otra voz desde el rincón opuesto de la habitación. Maia soltó un grito bajo por la sorpresa y casi se cayó de la cama.

Era Beshelar. Había elegido claramente su posición para poder ver cada rincón de aquella habitación de forma extraña, y por supuesto era Beshelar, cuyo talento principal parecía ser que su emperador se sintiera como un niño desaliñado y mugriento.

—¿No dormís? —quiso saber Maia, con más agresividad de la que él había pretendido.

—Serenidad —dijo Beshelar—. No hubo tiempo ayer, pero hoy se espera que el Adremaza y el capitán Orthema puedan elegir segundos para Cala Athmaza y para nosotros mismos. Suponiendo que sean aceptables para su Serenidad, entonces podremos

protegerlo por turnos. Pero nosotros —añadió con un acceso repentino de ferocidad y el plural para incluir a Cala—, somos su primer nohecharei.

Maia podría haber bajado la cabeza en sus manos y haber llorado. Acababa de sentirse molesto con Beshelar, mientras que Beshelar había soportado una carga que él, Maia, ni siquiera había tenido la inteligencia de reconocer. «Ya te has vuelto arrogante», se dijo a sí mismo. «Aceptas como algo normal que aquellos que te protegen deban estar constantemente de servicio». Una voz más pequeña y oscura agregó: «Como tú lo estás». Maia se movió con decisión repentina para levantarse de la cama.

Como si solo hubieran estado esperando su señal, Esha y Avris entraron, diciéndole que su baño estaba preparado, que Dachensol Atterezh y sus aprendices habían trabajado toda la noche y habían enviado varias prendas con la garantía de que las túnicas de coronación de Su Serenidad no se retrasarían en lo más mínimo. No había consuelo en sus palabras o sus atenciones, pero Maia los siguió a donde lo condujeron, notando con amarga diversión lo que había estado demasiado cansado para ver la noche anterior: al emperador se le concedía la ilusión de privacidad mediante ciertos paneles de vidrio esmerilado astutamente colocados. Se bañó, se vistió, permitió que Avris le arreglara el pelo, aunque consternó mucho a sus edocharei al rechazar todas las joyas.

—No hasta que estemos coronados —le respondió. Lo cierto era que hubiera preferido no llevar joyas en absoluto. Le recordaban a su padre.

Se sentó a desayunar con los nohecharei presentes y el mismo servidor tímido que había tenido la noche anterior. Con su primer sorbo de té, la puerta se abrió para dejar pasar a Csevet, que entró cargado con otra gran pila de cartas, y Maia, cuya mente había estado pensando malhumoradamente en las joyas, se anticipó con una pregunta a lo que Csevet estuviera a punto de decirle.

—¿Con quién debemos hablar sobre nuestro sello imperial?

—Serenidad —le saludó Csevet mientras dejaba la pila de cartas al final de la mesa; el servidor buscó otra taza—. Eso es tradicionalmente competencia del lord Canciller.

—¿Lo es? —dijo Maia, pensativo.

—El lord Canciller es el maestro de los Sellos —le explicó Csevet con cuidado, casi intranquilo.

—¿Qué usasteis para sellar nuestras cartas ayer?

—El sello de la Casa Drazhadeise —dijo Csevet—. Creemos que es poco probable que alguien alegue que son falsificaciones.

—Es lo más improbable —asintió Maia, y Csevet pareció relajarse un poco—. Pero, seguramente, lord Chavar no diseña los sellos él mismo.

—¡Oh! No, claro que no. Ese es el trabajo de Dachensol Habrobar.

—¿Podéis..., es decir, convocamos a Dachensol Habrobar a nuestra presencia, o...?

—Nos ocuparemos de eso, Serenidad.

—Gracias. Vemos que nos has traído más cartas.

—Sí —le confirmó Csevet—. Los Corazhas no son los únicos incómodos por el hecho de que un emperador que no se presente ante ellos.

—¿Deberíamos hacerlo? —preguntó Maia—. ¿Presentarnos nosotros mismos?

—No, Serenidad —dijo Csevet—. No es malo que vuestros cortesanos estén un poco inquietos. Lo verán pronto —Tosió cortésmente—. Hay un mensaje de la emperatriz viuda.

Maia casi se había olvidado de la emperatriz viuda por la presión de otras preocupaciones, pero una mirada al reloj le mostró que tendría que enfrentarse a ella una hora más tarde.

—Hemos acordado darle una audiencia a las diez en punto. Nos escribió ayer.

—Su Serenidad es muy amable —murmuró Csevet, y le pasó la carta de la emperatriz viuda. Maia rompió el sello y la leyó:

Al archiduque Maia Drazhar, heredero del trono imperial de Ethuveraz, saludos. Estamos muy decepcionadas por vuestra frialdad y miedo de que gran parte de lo que el difunto emperador vuestro padre nos dijo sobre vuestro carácter, que descartamos como prejuicios de un anciano, realmente sea verdad.

Llegaremos a la Sala Tortuga a las diez en punto.

Con gran esperanza y compasión,
Csuru Drazharan, Ethuverazhid Zhasan.

Maia consideró cuidadosamente esta misiva, y luego preguntó:

—¿Qué clase de dama es la emperatriz viuda?

—Serenidad —dijo Csevet con otra tos educada—. Es una mujer muy joven y algo... salvaje.

—Csevet, os suplicamos que habléis claro.

Csevet se inclinó.

—Está consentida, Serenidad. Es joven y muy hermosa, y el difunto emperador la trató como a una muñeca. Ella conseguía lo que quería con lágrimas y berrinches, y cuando no funcionaban, como ocurría con un hombre que estaba cansado y viejo y había enterrado a tres esposas, recurría a enfermedades: desmayos, mareos, postración nerviosa. Ella deseaba poder, pero él fue demasiado sabio como para darle algo así.

—¿Entonces es probable que ese poder sea lo que ella busca ahora?

—Sí, Serenidad, muy probable.

Un silencio, frío y duro como un gránulo de hielo. Maia respiró profundamente antes de hablar de nuevo.

—¿Qué decía nuestro difunto padre de nosotros?

Vio que la mirada horrorizada de Csevet se cruzaba con la de Beshelar y sabía que no deseaba este conocimiento. Pero...

—Debemos saberlo. No podemos enfrentarnos a quienes han escuchado sus opiniones si nosotros mismos no las conocemos.

—Serenidad —dijo Csevet con incomodidad, e inclinó la cabeza—. No amaba a vuestra madre, como sabéis.

—Sí —admitió Maia, casi en voz baja—. Lo sabemos.

—No hablaba de ella, ni de vos, Serenidad, en público, pero siempre hubo chismes. Algunos procedentes de los sirvientes. Otros, nos tememos, propagados por la propia emperatriz Csuru.

—¿Por qué?

—Por aburrimiento. Por malicia mezquina. Por la alegría del escándalo. La mayoría de las historias no eran verosímiles, y rogamos encarecidamente a Su Serenidad que los descarte completamente de su mente.

—Pero ¿y los demás?

Estaba arrinconando a Csevet, y lo lamentaba. «Esto es lo que es ser emperador. No lo olvides». Y Csevet capituló tan elegantemente como lo hacía con todo lo demás.

—El difunto emperador dijo, y esto ocasionalmente en público, que los barizheisei eran unos degenerados, dados a la endogamia. En privado, así corren los rumores, dijo que la emperatriz Chenelo estaba loca, y que vos habíais heredado su mala sangre. Frecuentemente usaba la palabra «antinatural», aunque las historias difieren sobre lo que quería decir con eso.

—¿Cuánto crédito se le han dado a estas historias?

—Serenidad, todos saben cuánto amaba el difunto emperador a la emperatriz Pazhiro. Y es de conocimiento común que el matrimonio con la emperatriz Chenelo fue fruto de la presión de los Corazhas y no fue por su propia elección. Pero también es cierto que vuestro... aislamiento en Edonomee ha causado comentarios, y más aún en los últimos años.

—Lo que la Corte Untheileneise sabe básicamente es que somos un cretino lunático endogámico.

No pudo contener una risa lo suficientemente amarga como para que Csevet torciera el gesto.

—Serenidad, solo tienen que miraros para ver que no sois así.

—La pregunta es cuántos de ellos mirarán —murmuró Cala.

Beshelar lo miró fijamente, pero la mirada de disculpa que Csevet le dirigió a Maia le indicó que el comentario de Cala era sincero, no cínico.

Continuar con aquella conversación tal y como estaban las cosas solo lograría dejarlo abatido sin ningún propósito y posiblemente provocaría que Csevet y sus nohecharei se sintieran agraviados y maltratados. Habló con una nota de vivacidad que no sentía.

—¿Hay alguna de esas cartas que debemos leer antes de nuestra audiencia con Csorú Zhasanai?

Las había, por supuesto; le ordenó a Csevet que bajara a la Sala Tortuga con él, y una vez allí, Csevet se instaló en el escritorio de secretaría mientras Maia se sentaba junto al fuego y Cala y Beshelar pacientemente protegían la puerta contra nada.

Fue más fácil lidiar con las cartas esa mañana. Sintió que las profundidades de su ignorancia ya habían quedado reveladas, por lo que no tuvo reparos en pedir información. Y con la guía de Csevet, que había sido mensajero imperial desde que cumplió trece años (admitió cuando se lo preguntó), Maia estaba aprendiendo a descifrar los elaborados halagos y circunloquios, y cómo responder de la misma manera. Y para reconocer cuándo no hacerlo. Fue un poco difícil no ofenderse por la fácil familiaridad que tenía Csevet con los nombres y facciones y causas queridas, pero puso ese conocimiento sin reservas a disposición de Maia, y si deseaba enojarse con alguien, no era Csevet quien merecía ese enojo.

La más importante de las cartas, con una trascendencia aparente incluso para Maia, incluso sin que nadie se lo dijera, fue la del embajador barizheise. Destacaba entre la pulcra pila de correspondencia, no solo porque estaba escrita en papel vitela, muchos de los cortesanos más antiguos todavía preferían el pergamino al papel, sino porque estaba enrollada en lugar de doblada. El cordón que la sostenía era de seda de color ciruela, enhebrado a través de un botón de marfil y anudado elaboradamente. Csevet lo consideró un poco impotente.

—Su Serenidad debe saber más sobre las costumbres barizheise que nosotros —dijo Csevet.

Maia negó con la cabeza, y torció la boca al ver las cejas levantadas de Csevet.

—Nuestra madre murió cuando teníamos ocho años. No habló barizhin con nosotros, ni tampoco nos dijo mucho sobre su tierra natal. Creemos que se le había prohibido.

Recordaba con perfecta claridad cada pequeño momento de rebelión, pero habían sido muy pocos. Csevet frunció el ceño, sus orejas gachas.

—Sabemos que el uso de un nesecho... —Y movió el botón de marfil con una uña laqueada de un solo color—, es de gran importancia para los goblins, pero no sabemos cuál es ese significado. Tampoco sabemos nada sobre los nudos goblins.

—¿Hay alguien en nuestra casa que pueda? —quiso saber Maia, pensando en el número de sirvientes de piel oscura que había visto en el Alcethmeret.

—Serenidad —dijo Csevet, levantándose con una reverencia que, pensó Maia, expresaba su aprecio por una idea útil—. Preguntaremos.

Regresó unos minutos más tarde, trayendo consigo a un hombre de mediana edad.

—Os presentamos a Oshet, Serenidad —dijo Csevet, tan triunfante como un perro cobrador que le presenta a su amo un pato muerto—. Es uno de vuestros jardineros. Llegó a la Corte Untheileneise con el embajador hace cinco años, y se le presentó su servicio a vuestro padre imperial por su don para el cultivo de rosas.

—Serenidad —murmuró Oshet, poniéndose de rodillas e inclinando la cabeza.

Su piel era casi perfectamente negra; llevaba el pelo rapado en lugar de simplemente cortado a cepillo, lo que hacía que fuera imposible no fijarse en los aros de acero de sus orejas, e incluso Maia sabía que ese metal era la marca de un marinero.

—Por favor —le pidió Maia—. En pie.

Oshet se levantó obedientemente; era una cabeza más baja que Csevet, fornido y densamente musculoso. Sus antebrazos

estaban cubiertos de rasguños viejos y nuevos, con el borde de las uñas lleno de tierra. Tenía la fuerte mandíbula colgante y los ojos protuberantes típicos de los goblins. Setheris siempre había sido muy insistente en sus comentarios sobre la suerte de Maia al heredar los huesos de su padre.

—¿Mer Aisava os explicó nuestra pregunta? —quiso saber Maia.

—Sí, Serenidad. —Los ojos de Oshet eran de un rojo anaranjado intenso, desconcertantes contra la negrura de su piel. Maia sabía que sus propios ojos, el pálido gris de los Drazhadeise, eran igual de llamativos—. ¿Es nesecho, sí?

—Sí.

Maia tomó el rollo de pergamino, con sus adornos, de la mesa y se lo dio a Csevet, quien se lo tendió a Oshet. Las manos gruesas del jardinero eran delicadas al tacto; trazó las líneas del nudo, luego las líneas del nesecho, deteniéndose sobre la diminuta cara puntiaguda del animal tallado en él. Luego le devolvió el papel vitela a Csevet y juntó las manos detrás de la espalda.

—¿Y bien? —quiso saber Csevet.

—Es gatosol —dijo Oshet.

—¿Cómo decís? —le preguntó Maia.

—Animal pequeño. Es gatosol. Vive a lo largo de la costa sur. Amigoso. Siempre curioso. Mata serpientes y ratas. Muchos barcos tienen gatosol. Es muy buena suerte.

Maia extendió su mano, y Csevet le dio el rollo de pergamino. Miró cuidadosamente al nesecho observando la forma en que el gatosol había sido tallado para que pareciera que estaba jugando con las cuerdas, viendo la brillante felicidad que el tallador le había puesto en la cara.

—¿Qué significa? —preguntó Csevet con impaciencia.

Los enormes hombros de Oshet se alzaron antes de encogerlos de nuevo.

—Es buena suerte. Son amigos. Tenemos nesecho, dado por el amigo más querido en el barco cuando nos fuimos—. Tiró de una

cuerda atada alrededor de su cinturón y sacó un nesecho de su bolsillo. Era un poco más grande que el gatosol, y Maia lo reconoció por las escamas talladas en la parte posterior redondeada, incluso antes de que Oshet lo girara para que pudiera ver la cara cuadrada, sonriente, con la lengua colgando de un tangrisha—. Tangrisha es protección —explicó Oshet—. Gatosol es... —Su rostro se torció en una mueca mientras trataba de encontrar las palabras correctas—. Es deseo de gran felicidad.

Maia quería hacer más preguntas, sobre los nesechos y sobre la nave de Oshet y sobre por qué el embajador le enviaría un deseo de «gran felicidad», pero Csevet insistió, totalmente centrado en el asunto.

—¿Y el nudo?

—Es un nudo para un mensaje importante —explicó Oshet mientras guardaba su tangrisha en el bolsillo—. Pero es un mensaje para el emperador.

—¿Hay protocolos? —preguntó Maia vacilante—. ¿Está mal cortar el nudo?

Las cejas de Oshet se dispararon hacia arriba, y la contracción de sus orejas hizo que los aros de los pendientes sonaran.

—No es necesario, Serenidad. Tirad del cordón de oro. El cordón se desatará a sí mismo —Hizo una pausa, y luego agregó—: Nesecho es un regalo, siempre.

Uno de los hilos tenía una cuenta de oro anudada en su extremo. Maia había supuesto que era solo un elemento decorativo. «Es solo una oportunidad más de sentirse ignorante», se dijo, y tiró de la cuerda, sin poder evitar quedar sorprendido por lo rápido que se deshizo el nudo. Liberó el pergamino del cordón y se metió rápidamente el cordón y el nesecho en el bolsillo antes de que nadie pudiera decirle que no debía hacerlo.

—Gracias —le dijo Csevet al jardinero—. Podéis iros.

Oshet asintió con la cabeza a Csevet y se inclinó profundamente hacia Maia.

—Serenidad.

—Gracias, Oshet —respondió Maia, recordando sonreír, y solo entonces se concentró en desenrollar el pergamino.

La carta estaba escrita por una mano fuerte, con letras pequeñas y bien formadas, con cabezas y colas elaboradamente inclinadas. No era la mano de un secretario. El saludo era «A nuestro pariente imperial más sereno, Edrehasivar VII», y Maia dejó de leer para mirar a Csevet con cierta sorpresa.

—¿Pariente?

Por una vez, Csevet también pareció perdido.

—El embajador no es pariente de sangre de los Avar.

—Debe referirse a la madre de nuestra madre —aventuró Maia.

—Pero no sabemos su nombre, ni su familia.

—Ciertamente, nunca lo mencionó —dijo Csevet, muy secamente.

—Difícilmente habría sido una ventaja política —replicó Maia. También tenía la intención de parecer seco, pero su voz simplemente sonó cansada—. Bien, veamos qué quiere nuestro pariente.

La carta era breve:

A nuestro pariente imperial más sereno, Edrehasivar VII, saludos.

Extendemos nuestras más profundas condolencias por vuestra pérdida y deseamos asegurarle que Barizhan no os obligará a mantener el acuerdo comercial que estábamos negociando con vuestro difunto padre. Es nuestra mayor y más preciada esperanza que las relaciones entre Barizhan y Ethuveraz vayan más allá de la paz y hacia la amistad, y con esa esperanza nos firmamos vuestros obedientemente para lo que deseéis,

Vorzhis Gormened,

Embajador del Gran Avar ante la corte del Emperador de las Ethuveraz.

Maia miró impotente a Csevet. Era capaz de identificar la presencia de un plan oculto en aquellas palabras tan cuidadosas, pero no tenía la menor idea de lo que podría ser. Csevet, frunciendo el ceño pensativo, volvió a leer la carta y dijo:

—Nos preguntamos si el embajador Gormened tiene la aprobación de su gobierno para verter el contenido de esta carta.

—No ha habido apenas tiempo —protestó Maia.

—Sí. Lo sabemos —replicó Csevet.

—Entonces, ¿pensáis que...?

—El Gran Avar es muy conocido por recompensar la iniciativa y la audacia, cuando tienen éxito. Sugerimos, Serenidad, que le respondáis al embajador para que su renuncia al acuerdo comercial se convierta en una cuestión de registro.

Todo lo que el emperador decía, como Maia ya había averiguado, era una cuestión de registro.

—¿Era tan desventajoso el acuerdo comercial?

—Si Gormened cree que estaríais agradecido de veros liberado de él, sí —expuso Csevet sin rodeos—. Consultaremos la oficina del Testigo de los Extranjeros y solicitaremos los detalles.

—Sí, por favor, hacedlo. Y contadnos cómo responderle a nuestro... pariente.

—Serenidad —murmuró Csevet, y comenzó una disección nítida de la carta del embajador.

A las diez en punto, Beshelar se levantó de la silla y dijo:

—Serenidad, nuestros segundos se están acercando.

—Oh, gracias a los dioses —dijo Cala, y sofocó un bostezo.

El segundo nohecharei demostró ser, en muchos sentidos, indistinguible del primero. Un teniente y un athmaza, más o menos de la misma edad que Beshelar y Cala, el primero almidonado y pulido, el otro raído y poco elegante, aunque la túnica de este maza era de un azul más nuevo y brillante, y su cabello tenía una trenza mejor que la de Cala. Pero Maia notó que el nuevo teniente, Telimezh, parecía nervioso en presencia de Beshelar y de su emperador, mientras que el maza Dazhis parecía simplemente ansioso de que Cala no se olvidara de irse a dormir.

—No temas —lo tranquilizó Cala, sofocando otro bostezo—. Puedo estar distraído, Dazhis, pero no estoy hecho de piedra. Serenidad.

Él y Beshelar hicieron una reverencia, y Maia los despidió, conteniendo el impulso ridículo de rogarles que se quedaran. Beshelar y Cala necesitaban y merecían su descanso, y no había ninguna razón para sentirse como un niño abandonado, ni para asustarse del segundo nohecharei.

«Deberías estar contento de librarte de Beshelar durante un tiempo», se reprendió a sí mismo y se volvió hacia Csevet.

Se ocuparon de otras dos cartas antes de que un gran tumulto en las escaleras anunciara la llegada tardía de la emperatriz viuda, Csorú Drazharan.

Gracias a Csevet, Maia tenía una idea de lo que se debía esperar y, por lo tanto, no se sintió completamente abrumado por la visión que apareció en la entrada entre Telimezh y Dazhis, y que se quitó el velo con una deliberación digna de una actriz. La emperatriz viuda era una mujer pequeña, como una muñeca, como la había llamado Csevet, con una cara en forma de corazón y unos ojos de un azul intenso y exuberante. Tampoco tenía más de tres años que el propio Maia.

Con el ejemplo de Hesero Nelaran como guía, Maia se dio cuenta de que Csorú estaba demasiado vestida, y que hacía alarde de su estatus como lo había hecho en las cartas que le había mandado. El bordado en forma de lingotes de plata de su chaqueta se acercaba mucho al blanco imperial, que dudosamente tenía derecho a usar. Y su cabello, amontonado en un elaborado edificio de moños y trenzas entrelazadas, habría tenido mejor aspecto sin el adorno de todas aquellas relucientes cuentas negras, cada una tan grande como la uña de Maia, y que se parecían desagradablemente a un montón de escarabajos.

También descubrió que era más fácil lidiar con la belleza externa de una mujer que ya le desagradaba que con la gracia de una mujer como Hesero.

Se levantó sin prisa para saludar a la viuda de su padre, y ella le hizo una pequeña reverencia rígida. No hizo ningún otro saludo que reconociera su rango, y él se sintió animado al notar que tanto

Telimezh como Dazhis Athmaza fruncían el ceño con desaprobación a su espalda.

La mirada de Csuru recorrió la habitación y se detuvo sobre Csevet.

—¿Quién es?

—Nuestro secretario —respondió Maia.

—Oh.

Descartó por completo a Csevet de su atención, ante lo cual este pareció ofendido, y se levantó mirando a Maia con una leve mueca de disgusto.

Finalmente, Maia tomó la palabra.

—Csuru Zhasanai, deseabais vernos.

—Esperábamos que os mostrarais receptivo a recibir consejos.

Su tono indicaba que sus esperanzas se habían visto cruelmente decepcionadas.

—¿Qué consejo nos daríais?

—No creemos que vayáis a escucharlos —dijo con un movimiento desdeñoso de la cabeza que no parecía propio de una emperatriz.

Maia esperó unos momentos de cortesía antes de hablar de nuevo.

—Da la casualidad de que tenemos un asunto sobre el cual deseamos hablar con vos, ya que se trata de nuestro honor y de nuestra soberanía —Csuru pareció esperanzada, y Csevet se alarmó—. A saber, merrem, no sois Ethuverazhid Zhasan, y no teniendo hijos no podéis esperar serlo. A menos que, tal vez, haya algo así y de lo que no nos hayamos enterado.

Csevet tosió de forma estrangulada. Csuru dijo furiosamente:

—Somos la esposa del emperador.

—Sois la viuda del emperador. A menos que hayáis concebido a su hijo, debéis perder ese título.

—No —dijo hoscamente—. Pero vos no tenéis emperatriz.

—Eso no significa que esa posición sea vuestra —replicó Maia—. Contentaos, merrem, con el título de zhasanai. Porque es lo que

sois. Y somos Edrehasivar Zhas y recibiremos ese saludo de honor por vuestra parte si tenéis la intención de permanecer en la Corte Untheileneise.

Fue consciente de cómo ella recalculaba su posición y su estrategia. Finalmente, inclinó la cabeza y habló con la voz más suave y mansa que cualquiera le hubiera escuchado hasta ese momento.

—Edrehasivar Zhas, debéis perdonar a una viuda por su dolor.

—Y lo hacemos, siempre y cuando no la lleve a comportarse de manera vergonzante para el emperador o a la Casa Drazhada. Si el dolor os supera, Csorú Zhasanai, tal vez deberíais retiraros al campo durante un tiempo. Tenemos muchas casas señoriales que estaríamos encantados de entregaros a vuestro uso.

Los ojos se le abrieron de par en par y bajó las orejas. Oyó la amenaza, y sin duda, los ejemplos de Arbelan Drazharan, la primera esposa de Varenechibel, y de Chenelo Drazharan, su cuarta, estaban presentes en su mente.

—Serenidad —dijo, inclinándose más profundamente—. Os agradecemos vuestra consideración, pero creemos que no es digno de una emperatriz viuda dejarse llevar por su dolor.

—Aun así —dijo Maia—. Estamos ocupados, Csorú Zhasanai. ¿Hay otro asunto sobre el que deseabais hablar con nosotros?

—No, Serenidad —contestó ella—. Os damos las gracias.

No huyó de la habitación, pero se marchó de una forma mucho menos ostentosa de lo que había entrado. Escucharon mientras el sonido agudo y duro de sus pies en la escalera se reducía a nada.

—Csevet —dijo Maia pensativamente—, ¿le escribiréis a Arbelan Drazharan en Cethoree y la invitareis a asistir a nuestra coronación?

—Sí, Serenidad —le confirmó Csevet, y lo agregó a su lista.

LA TUMBA DE LA EMPERATRIZ CHENELO

Csevet y Maia pasaron el resto de la mañana y media tarde repasando la última tanda de correspondencia. Estuvieron de acuerdo en que muchos de los problemas, preguntas e inquietudes se resolverían mejor después de la coronación, cuando ya no existiera la más mínima ambigüedad respecto a su posición como emperador. Había otra carta de Eshevis Tethimar, y Csevet frunció el ceño y murmuró: «¡Invasión!» al verla, pero lo suficientemente fuerte como para que Maia lo oyera. También había una carta de Setheris quejándose de que se le negara la entrada al Alcethmeret; «Te verás obligado a tratar con él en algún momento», pensó. Pero Csevet le aseguró que podría, sin descortesía, postergar esa reunión hasta después de la coronación, y Maia le escribió un mensaje a Setheris de su propia mano para prometerle una audiencia después de que fuera coronado y apropiadamente fuera de reclusión.

Entonces Csevet se sentó a escribir otra tanda de cartas tranquilizadoras y carentes de información dirigidas a los Corazhas

mientras Maia, Telimezh y Dazhis se dedicaban a tratar con aquello que eran capaces de resolver.

Lo primero fue una inspección completa del Alcethmeret, de arriba abajo, y las presentaciones a todo el personal. Esaran miró incrédula y ofendida cuando Maia mencionó eso último, pero él apretó la mandíbula e insistió.

—El emperador, vuestro padre... —comenzó a decir, pero él la interrumpió.

—Queremos saber quién nos sirve —dijo.

Esaran consintió, pero sabía que no estaba complacida. Valió la pena, sin embargo, saber que la pequeña y tímida servidora del comedor se llamaba Isheian, saber los nombres de las lavanderas y las limpiadoras, los pinches, los mozos de cuadra y los jardineros, ya que el Alcethmeret, según se enteró Maia, tenía su propio jardín, separado de los jardines de la Corte Untheileneise, donde los jardineros cultivaban rosas que en primavera y en verano llenaban la torre de color y aroma. Se podría haber considerado culpable a Oshet de la incorrección de guiñarle un ojo a su emperador. El maestro de cocina no era ni de lejos tan alarmante como Maia se había imaginado; era un caballero con aspecto de abuelo y un enorme bigote blanco. Se llamaba Ebremis, y le preguntó a Maia de cerca y respetuosamente sobre lo que le gustaba y lo que no le gustaba. Maia trató de no explicarle nada sobre la casa en Edonomee, que estaba gobernada tanto por la parsimonia como por los gustos de Setheris, pero intuyó con inquietud que Ebremis adivinó gran parte de lo que no le dijo.

Debajo del Alcethmeret, conoció a las muchachas que estaban sentadas en el centro de la telaraña de tubos neumáticos que recorrían toda la Corte Untheileneise, y las observó embelesado durante varios minutos mientras realizaban su trabajo. De vuelta a la Sala Tortuga, y al recordar al nervioso muchacho que servía como paje a Csuru, le preguntó a Csevet qué significaba el uso de un mensajero personal. Csevet enarcó las cejas.

—Puede significar alguna de muchas cosas, Serenidad. Como el deseo de guardar secreto.

—Ah. No. El mensaje era de Csorú Zhasanai.

—Bien —dijo Csevet—. Eso indica el deseo de estar seguro de que el mensaje se entrega directamente en las manos del destinatario deseado. Además, por supuesto, en la insistencia de una respuesta inmediata. También puede indicar que uno siente que su mensaje es demasiado importante y demasiado urgente como para esperar.

—Por supuesto —dijo Maia, y Csevet casi sonrió antes de poder contenerse.

Esa noche, en la cena, cuando Maia le sonrió a Isheian, ella le devolvió la sonrisa.

Apenas acababan de retirar los platos cuando se anunció al lord Canciller. Entró como una tormenta; y antes de que Maia pudiera siquiera ofrecerle un asiento o un vaso de licor, ya había empezado a explicar, con una voz amenazante y un detalle insoportable, los rituales que rodeaban la coronación de un emperador. El ayuno, las horas dedicadas a la meditación:

—La meditación del día del emperador tiene lugar en una capilla de vigilia debajo del mismo palacio. El archiprelado os llevará, y lo tradicional es que el emperador elija dos amigos cercanos para acompañarlo en el viaje hacia y desde la capilla. Como no tenéis amigos en la corte, por supuesto elegiréis a vuestros parientes masculinos más cercanos que sean mayores de edad. Eso deja al marqués Imel, el esposo de vuestra hermana Nemriän y a Setheris Nelar.

—Nosotros... —comenzó a decir Maia, pero Chavar continuó hablando por encima de sus palabras.

—Al atardecer comienzan los rituales de la coronación propiamente dichos —y se lanzó a recitar una avalancha de fórmulas arcaicas y gestos importantes, lo que dejó a Maia sin la oportunidad de decir que bajo ninguna circunstancia le permitiría a

Setheris Nelar desempeñar un papel de importancia ritual alguno en el proceso de su coronación.

El aire petulante y prepotente de Chavar, su condescendencia («por supuesto, no tienes amigos, feo hobgoblin») fue suficiente como para hacer que Maia no solo se sintiera resentido, sino realmente rebelde. «Chavar no es mi primo, y esto no es Edonomee. Puedo tomar las decisiones que me plazcan, y él no puede impedirlo». Escuchó a Chavar en silencio paciente, sin dar ninguna indicación de que sus propios planes ya se estaban apartando de las ideas del lord Canciller.

Cuando Chavar finalmente se marchó, Maia centró su atención en el otro asunto al que podía hacer frente antes de ser coronado Edrehasivar VII. Se trataba de un asunto personal, y fue necesario discutir antes de que Csevet y sus nohecharei lo dejaran atenderlo. No se trataba, como dijo Telimezh con sinceridad, tras encontrarse que, de alguna manera, le habían asignado el cargo de portavoz, de que no aprobaran los sentimientos de Su Serenidad, sino que como emperador sin corona en pleno luto, no debería ser visto deambulando por los pasillos.

—No deseamos vagar por los pasillos —dijo Maia enfadado—. Deseamos visitar la tumba de nuestra madre, cosa que no hemos podido hacer desde su funeral hace diez años. Personalmente, nos parecería mucho más chocante que un emperador no visitara la tumba de su madre a que lo hiciera.

Para su exasperación, Csevet insistió en llamar a los edocharei para consultarles sobre el asunto, pero resultaron ser una fuente de apoyo inesperada. Nemer dijo:

—Por supuesto, Su Serenidad debería visitar la tumba de la emperatriz —y luego se retiró bajo una mirada reprobadora de Avris.

Pero Avris y Esha, en cuya rectitud también detectó algo del partidismo de Nemer, dijeron que no había nada inapropiado, siempre y cuando el emperador aceptara velarse.

—No debisteis ir al Ulimeire sin velo, Serenidad —le advirtió Esha con severidad—. Ya hemos hablado con Atterezh sobre eso.

—Aceptaremos cualquier cosa si eso nos permite hacer esto que tanto deseamos.

—Serenidad —murmuró Csevet, cediendo.

Maia había usado por última vez un velo de luto hacía diez años. La prenda apestaba a cedro y le raspaba la cara. El velo que Esha le entregó era tan liviano como una telaraña y olía solo a la salvia y la lavanda que los edocharei usaban para perfumar los armarios y cómodas del emperador. Había unos alfileres de bronce para mantenerlo en su sitio, con cabezas esmaltadas negras en las que se había tallado el emblema de los Drazhadeise, y Maia se sintió extrañamente tranquilo cuando Avris por fin bajó el velo sobre su rostro.

Con toda la Corte Untheileneise de luto, los pasillos estaban casi desiertos, aunque normalmente, le dijo Telimezh, los cortesanos estarían paseando por los pasillos favoritos hasta la medianoche al menos. Aquellos pocos con quienes se cruzaron se inclinaron de forma apresurada y profunda. No miraron a Maia a la cara, pero él fue consciente de sus ojos clavados en su espalda hasta que se perdía de vista.

El Othasmeire de la Corte Untheileneise, el Untheileneise'meire, era un vasto edificio blanco, una cúpula sostenida sobre pilares como los troncos de los árboles antiguos. Las lámparas de gas, en sus antiguos globos facetados, proyectan extrañas sombras entre los pilares. Hacía frío, incluso más frío que las heladas habitaciones abiertas del Alcethmeret.

Las tumbas de los Drazhada rodeaban las paredes por fuera del anillo de pilares, una amplia fila doble de sarcófagos, demasiados para contar y, sin embargo, no lo suficientes como para completar el círculo alrededor de la cúpula. El lugar donde se construiría la tumba de Varenechibel ya había sido marcado, aunque el mármol todavía estaba en una cantera entre las islas del mar de Chadevan, y el espacio estaba lleno de flores, principalmente de seda en esa época del año, pero había algunos ramos de

crisantemos que dejaban caer suavemente sus pétalos entre las rosas y los lirios artificiales.

Las tumbas de la segunda, tercera y cuarta esposas de Varenechibel estaban en el anillo exterior: la emperatriz Leshan, la emperatriz Pazhiro, la emperatriz Chenelo, cada una de ellas muerta antes de su trigésimo cumpleaños. Los bajorrelieves estilizados en las tapas de los sarcófagos no daban una impresión real del verdadero aspecto de las emperatrices, y mucho menos de qué tipo de personas habían sido. Maia pasó los dedos sobre la nariz y la mejilla de mármol blanco de la figura en la tumba de su madre, un gesto tan simbólico y sin sentido como la figura misma.

Luego se arrodilló y se apartó el velo, consciente de Telimezh y Dazhis, que permanecían rígidos junto a la columna más cercana, pero sin hacerles caso. No tenía nada que decir, nada que ofrecer, solo el sentimiento, más profundo que las palabras, de que tenía que honrar a su madre antes del gran honor público que se le haría a su padre. Se preguntó si su madre habría estado orgullosa o triste por su súbita ascensión al trono. Apesadumbrado, pensó que ese rango exaltado no le había traído nada más que pena y dolor. Finalmente, susurró:

—Estoy aquí.

Parecía lo único que valía la pena decir. Llevaba diez años muerta, y todas las cosas que había querido decirle, todas las cosas que había soñado decirle durante los años fríos en Edonomee, no le parecían en ese momento más que el lloriqueo lastimoso de un niño. «Si lo oyera, eso solo la afligiría». Entrelazó las manos e hizo una reverencia hacia la tumba, decidido a honrarla incluso en aquella desolación de mármol blanco.

Se irguió, bajó el velo y se dio cuenta de que le quedaba una cosa por decir. Tocó los trazos grabados de su nombre y dijo, en voz baja, pero clara:

—Todavía te quiero.

Se volvió y salió de la tumba de su madre, caminando hacia donde sus nohecharei lo esperaban bajo la luz.

LA CORONACIÓN DE EDREHASIVAR VII

Los preparativos para la coronación del emperador Edrehasivar VII comenzaron a las seis en punto de la mañana del veintitrés. No rompió el ayuno, y no lo haría hasta después de haber sido coronado. Se bañó en agua llena de hierbas; el aroma de las hierbas se le quedó pegado en la parte posterior de la garganta e hizo que le escocieran los ojos. Mientras Dazhis observaba, Esha y Nemer vistieron a Maia con una prenda larga, blanca, sin mangas y sin forma llamada keb, una prenda arcaica usada solo para iniciaciones entre los mazei y los clérigos, y para las coronaciones. Maia, acostumbrado a pantalones ajustados y chaquetas acolchadas, la encontró desconcertante; los rituales proscribían llevar nada debajo de esa prenda, y se sentía bastante menos vestido que en camión.

Luego Avris le peinó el cabello pacientemente y a fondo, sacando todos los enredos de sus rizos rebeldes hasta que colgaron lisos, oscuros y mojados por su espalda. Esha abrió un panel secreto en la pared del vestidor y sacó un pesado cofre de roble,

que contenía las joyas de la corte imperial. Algunas piezas se habían perdido con el difunto emperador, dijo con tristeza, y las nuevas tendrían que ser encargadas, pero esas eran solo las joyas menores, las Michen Mura. Las joyas mayores, las Dachen Mura, nunca salían de la Corte Untheileneise.

Maia permitió que lo adornaran. Anillos para los dedos, plateados con jade y piedras de luna; pulseras como esposas, plateadas con aguamarinas esmeraldas de brillo apagado; una serie de aros para sus orejas, más jade verde pálido; un collar de piedras lunares y aguamarinas esmeraldas ceñido alrededor de la garganta; una diadema de plata y piedra lunar. No quiso el espejo que Nemer le ofreció; no se reconocería a sí mismo, y no quería ver en qué se estaba convirtiendo. Tenía miedo de reconocer a su padre.

En la cámara exterior, Cala, Beshelar, Telimezh, Csevet y Chavar estaban esperando, junto con el archiprelado de Cetho, el Adremaza y el capitán de la Guardia Untheileneise. Todos se arrodillaron al entrar Maia. Luego volvieron a ponerse en pie cuando Dazhis cruzó la habitación para situarse junto a Telimezh, y Chavar y Maia se estrecharon las manos, de derecha a izquierda y de izquierda a derecha; Chavar hizo las tres preguntas rituales, la verdad de las respuestas de Maia para ser presenciadas por el Adremaza y el capitán.

Chavar hizo las preguntas: el momento de su nacimiento; el verdadero nombre de su padre; el augurio de favor. Maia les respondió: el solsticio de invierno; Namera Drazhar; Cstheio Caireizhasan, la Dama de las Estrellas. Se sentía como un príncipe en un cuento de hadas; podía recordar a su madre contándole innumerables historias en las que el héroe tenía que responder a esas mismas preguntas, aunque en los cuentos maravillosos, el augurio de favores se enmarcaba de manera diferente. Podía oír la suave voz barizheise de su madre que decía: «¿Qué niño eres?» y su propia voz, respondiendo encantado, «El niño de la estrella».

Volvió al presente mientras Chavar hacía una pregunta que no aparecía en los cuentos:

—¿Con qué nombre os conocerán?

—Edrehasivar —dijo Maia—. El séptimo de ese nombre.

Chavar nunca le había preguntado qué nombre pretendía tomar, y aunque no había sido un secreto, claramente el lord Canciller no se había molestado en mantenerse informado. O tal vez no había creído que Maia seguiría adelante con eso. El ritual se detuvo cuando Chavar miró a Maia, las palabras se formaron visiblemente: «¿Estáis seguro?». Maia miró a Chavar fijamente a los ojos y repitió, como si pensara que Chavar no lo había escuchado: «Edrehasivar. El séptimo de ese nombre».

Esta vez, Chavar dio la respuesta correcta, y el Adremaza y el capitán de la Guardia Untheileneise pronunciaron las palabras de testimonio. Chavar le soltó las manos a Maia.

La siguiente parte del ritual pertenecía al archiprelado. No era el mismo archiprelado que había oficiado en el funeral de Chenelo, porque el antiguo había muerto dos inviernos atrás, el invierno más frío que se recordaba. El nuevo archiprelado se llamaba Teru Tethimar; para esa parte de la ceremonia, no estaba enmascarado, un gesto de igualdad entre archiprelado y el emperador, y Maia vio que era joven para su cargo, con cara de ascético y una mandíbula obstinada. Tenía una voz hermosa, un tenor tan claro como el agua de manantial, y pronunció las palabras de la limpieza y la liberación como si las sintiera realmente.

El ritual liberó a Maia de su vida anterior, dejándolo libre para tomar las riendas de lo nuevo. En ese momento, estaba en medio de dos mundos. Era un momento, como le dijo el archiprelado, para la purificación y la tranquilidad, y le preguntó a Maia, con las palabras cargadas con el peso del ritual, a quién elegiría para que sirviera como sus guías hacia y desde la capilla de la vigilia donde pasaría esas horas entre desechar su antiguo yo y vestirse para saludar a su nuevo ser. Maia no dudó.

—Cala Athmaza y Deret Beshelar —dijo.

El archiprelado se detuvo con la boca entreabierta. Esta vez, Chavar explotó.

—¡Serenidad, no podéis...!

—No nos diréis lo que podemos y no podemos hacer, Chavar —lo cortó Maia. El silencio se llenó de consternación, con una estancia llena de hombres que, de repente, estaban temerosos de moverse. Maia continuó, en voz baja, pero obstinada—. Confío en ellos.

Se habían ido con él al Ulimeire; consideró necesario que también se unieran a él en aquella peregrinación.

Tethimar, más espabilado que Chavar, que todavía balbuceaba, se recuperó e hizo una reverencia. Cala y Beshelar se pusieron junto a Maia, uno a cada lado, casi en sus posiciones normales, excepto que ahora estaban de pie a su misma altura, en lugar de un paso atrás. Tethimar dijo simplemente:

—Seguidme.

Maia, Cala y Beshelar lo siguieron, dejando a los otros de pie como actores que se habían quedado sin su obra de teatro.

El archiprelado los condujo silenciosamente por las escaleras del Alcethmeret y cruzaron el suelo de mármol incrustado hasta el par de pilastras, a tres filas de estar exactamente opuestas a las puertas del resto de la Corte Untheileneise, donde había una vela, ya encendida, esperando prosaicamente en el suelo. Maia no vio exactamente lo que hizo Tethimar, exactamente dónde apretó, pero una de las pilastras se hundió con elegancia en la pared dejando al descubierto un pasadizo angosto y oscuro, al que la pilastra servía como puente. Tethimar fue el primero en entrar, seguido de Beshelar, luego Maia y por último Cala. La madera pintada tenía un tacto fresco y ligeramente granuloso bajo los pies descalzos de Maia, y la piedra del pasadizo resultó ser sorprendentemente fría.

El pasaje se doblaba bruscamente de un lado a otro; Maia supuso que seguiría las paredes de las estancias del palacio. Sin embargo, no habían llegado muy lejos antes de que el pasadizo terminara en una escalera, una espiral apretada y abruptamente descendente, con una columna central tan estrecha que Maia casi podía rodearla con las manos. La vela del archiprelado apenas

arrojaba luz suficiente, y no había barandilla ni lugar donde sujetarse. Maia apoyó las manos contra el pilar de un lado y la pared del otro y caminó con vertiginosa precaución. Las pesadas joyas le molestaban mucho; hacían que sus manos se sintieran extrañas y torpes, y deseó poder quitárselo todo y dejarlo allí mismo, en las escaleras, para los fantasmas y las arañas. Apretó los dedos de los pies con tanta fuerza contra los desgastados y resbaladizos bordes de los escalones que le empezaron a doler los pies. Ni Tethimar y Beshelar delante de él ni Cala a su espalda parecían tener ningún problema en particular, y se sintió resentido por ello de una manera cansada e infantil.

Llegaron al final de la escalera, pasaron por una antesala no más grande que un armario de escobas y entraron en la capilla de la vigilia. Tenía una bóveda apuntada, a diferencia de las cúpulas a las que Maia estaba acostumbrado, y en las paredes estaban pintados los artefactos de los dioses, tanto los siete con los que estaba familiarizado como otros muchos con los que no lo estaba. El suelo de piedra, frío y desnudo, estaba tan recién fregado que todavía estaba húmedo en algunas partes. Una pequeña fuente borboteaba en un nicho junto a la abertura arqueada de la antecámara; el agua caía por encima del borde de su concavidad natural y desaparecía en un agujero del suelo. Maia oyó débilmente que se convertía en un río en algún lugar en la oscuridad más abajo.

Una lámpara colgaba en el alto arco de la entrada; Tethimar levantó la mano y la encendió con su vela. Luego habló con su hermosa voz, tranquila y grave.

—El agua está santificada. Podéis beberla. Volveremos al atardecer.

Luego se dio la vuelta, y, seguido por Cala y Beshelar, comenzó a subir las escaleras de regreso al mundo de arriba. Maia contuvo en su garganta el impulso de llamarlos, de rogarles que se quedaran, de que no lo dejaran allí a solas, en la oscuridad. La luz de la lámpara se burlaba de él, un recordatorio sarcástico de la luz del mundo. Cerró los ojos para no tener que mirar cómo se alejaba

la luz de la vela, y contó lentamente hasta cien. Cuando abrió los ojos, miró a su alrededor en la fría oscuridad, en aquel pozo de silencio, bajo el peso de la roca y la soledad, y pensó: «Esto es lo que es ser emperador».

Bebió un poco de agua, sobre todo para quitarse el sabor del pánico de la boca, luego se sentó con las piernas cruzadas en el medio del suelo y comenzó a pensar pacientemente y sin énfasis en su respiración.

Era demasiado joven cuando su madre murió para heredar gran parte de su misticismo barizheise, pero ella le había enseñado las pocas cosas pequeñas y simples que la brillante y despistada mente de mariposa de un niño podría retener. Setheris, que profesaba el agnosticismo de moda, no tenía paciencia con lo que él llamaba «farsa»; Maia se había aferrado a los fragmentos de las enseñanzas de su madre principalmente por desafío. A medida que crecía, descubrió que podía usar los ejercicios de respiración que le había enseñado para calmarse, o para combatir su miedo y aburrimiento cuando lo castigaban por infringir las rígidas reglas de Setheris. Había perdido la costumbre en los dos días anteriores, pero es que no había tenido...

Perdió el ritmo y casi se atragantó al darse cuenta de una manera nueva y tremendamente visceral de que había perdido su privacidad de forma permanente. Supuso, tuvo la esperanza desesperada, de que había algún compromiso permitido para las actividades sexuales, pero los emperadores no tenían privacidad. Incluso detrás de las rejas del Alcethmeret, los sirvientes estarían allí, y si no los sirvientes, los nohecharei, y aunque su función era en gran parte simbólica en esos tiempos, su presencia no lo era. Imaginó perder su virginidad bajo el ojo crítico de Beshelar y se vio invadido por un ataque de risa aguda y dolorosa. Pero incluso cuando se calmó de nuevo, todavía tenía ese frío trozo de verdad atascado en la garganta: no podía obtener privacidad sin exigirlo, y no podía exigirlo sin explicar su propósito. La corte no respetaría a

un emperador de mente mística; bien podrían tomarlo como prueba de que las amargas calumnias de Varenechibel habían sido ciertas.

«¿Quizás podrías meditar con otro en la habitación?», se dijo a sí mismo, consciente de su propio tono dudoso, como un hombre que ofrece dulce a un niño que grita. «Cala no se reiría, ni te despreciaría ni lo contaría». Pero no era capaz de imaginárselo.

Se acomodó, inhaló profundamente, exhaló y comenzó de nuevo la paciente contemplación de su respiración. Su madre le había enseñado una oración que podría usarse como un mantra: «Cstheio Caireizhasan, escúchame. Cstheio Caireizhasan, mírame. Cstheio Caireizhasan, conóceme». Uno no pedía más que la conciencia de la propia existencia a la Dama de las Estrellas; el don que concedía era una visión clara, no la misericordia o la protección.

Se dejó llevar por el ritmo del mantra. Cuando era niño, lo había recitado cada vez con más y más rapidez hasta que degeneraba en un chismorreo de tonterías. Chenelo se había reído con él, pero luego le dijo amablemente que el objetivo del mantra no era terminarlo, ni decirlo tantas veces como pudiera en cinco minutos.

—La cuestión es estar en el propio mantra —le había explicado, y aunque él no la había entendido en aquel entonces, lo hizo en ese momento. Soltó todas las cosas que no eran él mismo y el mantra y el silencio frío de la capilla de la vigilia. Cada cierto tiempo se ponía de pie para recorrer el circuito de la estancia tocando suavemente la pared bajo el artefacto de cada dios y beber un poco de agua que, fría y ligeramente metálica, comenzó a saborear como la tranquilidad que el archiprelado le había dicho que debía buscar.

Al cabo de un tiempo más, sintió un ritmo más profundo, el ritmo de la piedra y el agua, no el ritmo de sus palabras y latidos. Inspiró ese ritmo más profundo, dejó que le enseñara un nuevo mantra, un mantra sin palabras que aumentaba y menguaba, que fluía, luna y estrellas y nubes, río y sol, el canto sin palabras de la tierra debajo de todo, como el latido del corazón del propio mundo. Apoyó las palmas de las manos sobre la piedra debajo de él y escuchó en silencioso éxtasis el mantra de las oraciones del mundo.

Poco a poco se fue esfumando, hasta que volvió a ser consciente de su cuerpo, rígido y frío, agarrotado y sediento. Se puso en pie, y casi se cayó cuando sus piernas entumecidas no soportaron su peso. Se tambaleó, estiró primero una pierna y luego la otra, y después se acercó cojeando hasta el nicho en la pared, donde bebió otro poco de agua y luego hundió ambas manos en la concavidad. Jadeó un poco por la sensación helada, pero eso lo despejó y le aclaró las ideas. Dio una lenta vuelta alrededor de la capilla, y luego otro, flexionando los pies contra la fría piedra.

Estaba en su tercer recorrido cuando se dio cuenta de que la capilla se estaba volviendo más brillante. Por un momento, se quedó simplemente desconcertado, como si estuviera viendo un segundo sol elevándose en el cielo; luego se dio cuenta de que la luz procedía de la vela del archiprelado, y el peso de la piedra y la obligación sobre él lo obligaron a despejarse del todo. Al menos, la luz le había advertido de su acercamiento. Enderezó los hombros, levantó las orejas, compuso el gesto. Cuando el archiprelado apareció debajo de la lámpara, Maia estaba de pie tranquilamente en medio de la estancia, con la columna recta, la barbilla levantada y el ruido sordo del latido de su corazón audible solo para él.

El archiprelado se inclinó; Maia se inclinó en respuesta. Detrás de Tethimar pudo distinguir a Beshelar y a Cala, un recordatorio de que no todo lo que le esperaba fuera sería amenazante u oneroso. El corazón de Maia se animó, y supo que había tenido razón al elegir a su primer nohecharei como sus guías.

Regresaron tan silenciosamente como habían venido; esta vez, Cala siguió a Tethimar, y Beshelar se quedó en la retaguardia. Maia tropezó una vez, cerca de la parte superior de las escaleras, pero Beshelar lo estabilizó antes de que se cayera.

Después de que Tethimar cerrara la pilastra, se inclinó y los dejó para preparar su propia parte en la siguiente ceremonia. Cala y Beshelar escoltaron a Maia hasta sus aposentos, donde los edocharei esperaban para tomarlo en sus manos, con Telimezh atento detrás de ellos.

Cala y Beshelar se inclinaron y salieron, pero Maia apenas se dio cuenta de que se marchaban, ya que los edocharei se agruparon a su alrededor como mariposas de librea negra. Lo despojaron de las joyas y del keb y lo condujeron a tomar otro baño, este menos ritual y más reconfortante. Maia se relajó en el agua caliente, que pareció a la vez lavar y profundizar su experiencia en la roca viva de la capilla de la vigilia. Su sentido del tiempo permaneció suspendido, como la remisión de una fiebre terciana, pero el agua estaba tibia cuando abrió los ojos y se encontró a Nemer diciendo en tono de disculpa:

—Serenidad, es la hora.

Lo secó y lo vistió: lino blanco como la nieve; medias blancas y pantuflas blancas; pantalones de terciopelo blanco; una camisa de seda blanca; y sobre ella, no la ordinaria chaqueta acolchada, sino una larga túnica blanca, acolchada y brocado, y de lejos la prenda de vestir más hermosa que Maia había llevado. «Pronto me cansaré del blanco», reconoció con tristeza, pero por el momento estaba embelesado.

Avris le peinó el cabello como antes, pero esta vez lo trenzó en un gran nudo en la base de su cráneo, con trenzas largas y delgadas, anudadas con cintas blancas y hebras de perlas, que le colgaban por la espalda. Luego le llevaron de nuevo las Dachen Mura, y esta vez Maia mostró tan solo ópalos y perlas por todas partes: anillos, pulseras, aretes, collar. Se libró de la diadema, porque la Ethuverazhid Mura, la corona imperial, lo esperaba como una monstruosa novia.

Los edocharei no se dieron prisa. Cuando lo soltaron, y él regresó a la cámara exterior, el reloj en la repisa de la chimenea marcaba las nueve en punto.

«Tres horas», pensó Maia, pero Chavar exigió su atención antes de poder decidir si era demasiado tiempo o no el suficiente.

En ese momento, comenzó otro conjunto de rituales, los juramentos. Primero fueron sus nohecharei: Cala, Beshelar, Dazhis, Telimezh. Ahora estaban atados a él hasta su muerte, y más allá,

porque serían enterrados con él, como los nohecharei de su padre serían enterrados con su emperador al día siguiente.

Luego vinieron los Corazhas. Maia tenía, o eso le parecía, la parte fácil; solo tenía que sentarse en una silla pesada e incómoda en la sala de audiencias que estaba en el primer piso del Alcethmeret, y aceptar las manos que le tendían. Fueron los Corazhas, los Testigos, los que tuvieron que recordar las largas y arcaicas fórmulas de los juramentos y repetirlos sin tropezar. Dada la duración del reinado de Varenechibel, ninguno de ellos era lo suficientemente mayor como para haber hecho el juramento más de una vez.

Nueve Testigos formaban los Corazhas, cada uno de ellos gobernante de su propio pequeño imperio. Los Testigos se arrodillaron, y Maia recibió sus juramentos y se preguntó cuántos de ellos sentían realmente la lealtad que profesaban, cuántos de ellos, como Chavar, eran leales aún a la memoria de Varenechibel. Después de ellos, el Adremaza y el capitán de la Guardia Untheileneise juraron; el capitán, ataviado con túnica, enmascarado y armado como prelado y caballero de Anmura, asustó ligeramente a Maia con su ferocidad.

Los cinco príncipes entraron a continuación, y Maia, cada vez más aturdido por el nerviosismo y la falta de comida, recordó de ellos solo los ojos atormentados del príncipe de Thu-Athamar. Maia se inclinó hacia adelante cuando el príncipe terminó de hacer su juramento y le dijo, muy bajo:

—Ni el yerro ni la culpa os pertenecen, así que no los tengáis tan cerca.

El príncipe pareció más sobresaltado que tranquilizado, pero su mirada rápidamente se tornó pensativa, y aún fruncía ligeramente el ceño, con la mirada un poco perdida, cuando los príncipes salieron.

Maia había estado temiendo los juramentos de los Drazhada solo un poco menos que la coronación misma. La emperatriz viuda; sus hermanastras Nemriän y Vederó; la viuda de su hermanastro Nemolis y sus tres hijos; la prometida de su hermanastro Ciris; y la

último en la fila, Arbelan Drazharan, la primera esposa de Varenechibel, dejada de lado por esterilidad hacía treinta años, pero nunca liberada de sus vínculos con la Casa Drazhada. Tanto Csuru como Sheveän, la princesa de la Corte Untheileneise, le lanzaban miradas ofendidas de soslayo, que Arbelan fingió no ver en absoluto.

Arbelan tenía sesenta y tantos años, era una mujer alta y orgullosa, con brillantes ojos azules. A su lado, Csuru se veía aún más como una muñeca, mientras que Nemriän y Sheveän parecían chicas insolentes y petulantes. Stano Bazhevin, la prometida de Ciris, no era nada, solo otra mujer de cara blanca vestida de negro. Solo Vederó se mantuvo firme.

La archiduquesa Vederó Drazhin era una mujer grande, dos pulgadas más alta que el propio Maia, ancha de hombros y de caderas. Su cabello era suave como la seda blanca lisa, sus ojos del gris típico de los Drazhadeise. Sus rasgos eran fuertes, pero atractivos, y su presencia indicaba una tremenda dignidad. El negro no era propio de ella, y se dio cuenta por el tono gris de su rostro y sus ojos con bordes rojos que había estado llorando, y que había despreciado la idea de ocultar la evidencia. Le gustó más por ello, aunque temía por la mirada que le lanzaba que a ella no le gustaba él en absoluto y que no le importaba si le gustaba o no.

Todos realizaron adecuadamente los juramentos, y Maia dejó escapar un pequeño suspiro de alivio. Los juramentos no eran más que un impedimento formal para que hubiera problemas, pero eran mejores que ningún impedimento en absoluto. Idra, que tenía catorce años, era el nuevo príncipe de la Corte Untheileneise y el heredero del propio Maia, y le pareció que pronunciaba el juramento con sinceridad, y Maia se atrevió a sonreírle. Idra no le devolvió la sonrisa, pero sus ojos se iluminaron. Las hermanas de Idra, Ino y Mireän, eran demasiado jóvenes para entender completamente lo que hacían, pero pusieron sus manos pequeñas en las de Maia con confianza y sin dudar.

Las mujeres eran un asunto totalmente distinto; resultaba evidente que Nemriän, Csuru y Sheveän lo desdeñaban. A Stano le daba miedo. De Vederu no sabía qué pensar; su rostro era tan impasible como el mármol. Arbelan parecía entretenida, si acaso, aunque eso podría haber estado dirigido más a la irritación territorial de Csuru que al propio Maia.

Chavar fue la última persona en prestar juramento privado al nuevo emperador, ya que hasta este momento había sido el representante de los muertos. Las amplias manos de Chavar dejaron una sensación de calor en las de Maia, y realizó el juramento con un gruñido superficial, como si no respetara ni creyera las palabras que decía.

«Vamos a tener una charla sobre esto», pensó Maia, pero aquel no era ni el momento ni el lugar para esas palabras. Observó a Chavar con expresión melancólica mientras el lord Canciller organizaba la procesión en el corazón de la Corte Untheileneise: Maia y sus dos nohecharei, tanto el primero como el segundo; la princesa; los testigos; los Drazhada de la línea de Varenechibel: todos reunidos en fila con el capitán de la Guardia Untheileneise y el Adremaza, con Chavar a la cabeza.

«No me gusta este simbolismo», pensó Maia, caminando en mitad del cuadrado formado por los nohecharei. «Dice que el emperador se dirige allá donde le conduce el lord Canciller. Yo no lo hago, ni tengo la intención de hacerlo». Sabía que, en realidad, Chavar representaba al viejo emperador, que guiaba a su sucesor a la corona y al trono. «Pero tampoco quiero seguir a mi padre», pensó y tuvo que reprimir una sonrisa.

La procesión discurría majestuosamente por la Corte Untheileneise; los cortesanos ya estaban todos en el Untheileian, el salón del Ethuverazhid Zhas, pero los sirvientes y los secretarios se alineaban en los pasillos, observando, y cuando pasaron por el gran patio público, estaba lleno de gente de Cetho y de la campiña circundante, que habían llegado para ver aunque fuera un momento a su nuevo emperador.

También hacía un frío terrible; al principio, Maia pensó que las manchas frente a sus ojos significaban que estaba a punto de desmayarse, pero luego se dio cuenta de que estaba nevando. Se las arregló para acercarse lo suficiente a Telimezh y susurrarle.

—¿No es un poco pronto para la nieve en esta estación?

Siguió cerca para escuchar la respuesta susurrada de Telimezh.

—Sí, Serenidad.

Y entonces volvieron a entrar y se acercaron a las puertas del Untheileian. Era medianoche.

El Untheileian era una estancia alargada y de ventanas altas con magníficas vidrieras, en ese momento visibles solo como brillantes manchas de color a lo largo de las paredes. Los cortesanos lo llenaban en filas bien disciplinadas, todos ellos vestidos de luto de la corte, con los rostros blancos y los ojos brillantes a la luz de gas. Maia tuvo la inquietante sensación de que, como una manada de lobos, se lanzarían contra él y lo descuartizarían. Pero solo lo miraron.

Vio por el rabillo del ojo un par de caras oscuras en ese mar pálido y reluciente, y supo que debían ser el embajador Gormened, que afirmaba estar emparentado con él, y su esposa. No podía volver la cabeza para mirar, pero se sintió consolado, no por la confianza que depositaba en el embajador, o en Barizhan, sino por el muy necesario recordatorio de que había, de hecho, un mundo más allá de la Corte Untheileneise. Caminó firmemente por el pasillo, y la procesión se dispersó detrás de él mientras los Drazhada, los príncipes, los Testigos, el Adremaza y el capitán encontraron sus lugares designados. El archiprelado esperaba en el estrado, de pie frente al alto trono de marfil, con la Ethuverazhid Mura acunada en las manos. Los nohecharei tomaron sus posiciones junto a las dos grandes lámparas de antorcha que flanqueaban el estrado, y Maia caminó los últimos diez pies por su cuenta, más consciente que nunca de tener dieciocho años, de ser flaco, de tener la piel oscura, de no haber sido jamás el heredero que Varenechibel hubiese querido.

Subió los cinco escalones del estrado y se inclinó ante el Archiprelado. El Archiprelado respondió con otra inclinación; por lo que Maia pudo ver su cara detrás de la máscara que llevaba puesta, al menos no parecía muy crítico con él. Hizo las preguntas vinculantes, y Maia juró las respuestas.

—Entonces, arrodillaos por última vez, Edrehasivar Drazhar —dijo el archiprelado, permitiendo que su voz se alzase en un grito—, ¡y aceptad la corona de las Tierras Élficas!

Maia se arrodilló. El archiprelado le colocó la Ethuverazhid Mura, una pesada y arcaica diadema de plata con ópalos engastados, sobre la cabeza. Se levantó de nuevo, tratando de que no le temblaran las rodillas, y se volvió para mirar al Untheileian.

En masa, y bellamente, los cortesanos allí reunidos se inclinaron; Algunas mujeres hicieron una reverencia, y él deseó poder verle las caras con la suficiente claridad como para marcarlas, ya que serían enemigas de Csuru Zhasanai y deseaba conocerlas mejor. Pero la corte se volvió borrosa ante sus ojos, y la primera media hora del reinado de Edrehasivar VII fue una lucha obstinada para no desmayarse.

Luego sus nohecharei lo rodearon de nuevo, y pudo regresar por un camino mucho más corto al Alcethmeret, donde los edocharei se afanaron a su alrededor e insistieron en alimentarlo con sopa antes de permitirle meterse en la cama.

Maia yació en el gran lecho con dosel de los emperadores de las Tierras Élficas, mirando en la oscuridad hacia los felinos de los Drazhadeise que sabía que estaban allí, aunque no pudiera verlos. También sabía que Cala estaba sentado en una esquina, protegiéndolo en silencio. Estaba agotado, aplastado contra la cama por el peso de su propio cuerpo, y sin embargo, el sueño no llegaba. Cuando cerraba los ojos, el día se mezclaba detrás de ellos en tal confusión de imágenes que tenía que abrirlos de nuevo. Recordó la tranquilidad que había sentido en la capilla de la vigilia, pero era tan esquiva y quimérica como el sueño que no podía encontrar.

Se quedó tumbado y miró hacia la oscuridad, y cuando por fin le llegó el sueño, ni siquiera se dio cuenta, porque sus sueños fueron tan oscuros y silenciosos como su dormitorio.

EL INFORME DE LOS TESTIGOS DEL *SABIDURÍA DE CHO HARO*

Por la mañana, cuando Maia miró por la ventana, los techos de la Corte Untheileneise estaban cubiertos de nieve.

—Muy propio de esta época del año —dijo Esha remilgadamente cuando se fijó en lo que miraba Maia.

Ahora que estaba coronado, que ya no era simplemente el presunto emperador, Maia no podía quedarse en lo que él había llegado a pensar como la seguridad del Alcethmeret. Csevet le aseguró que no tenía que usar la Untheileian excepto en ocasiones estatales, pero era habitual que el emperador mantuviera audiencias en el Michen'theileian, y a pesar de que el funeral de Varenechibel IV se celebraría esa noche, el nuevo emperador debía conceder varias audiencias, dijo Csevet con firmeza.

—El gobierno se ha detenido —añadió, sentado al pie de la mesa del comedor, immaculado y preparado como siempre—. Hay que volver a ponerlo en movimiento, Serenidad, y vos sois la única persona que puede hacer eso.

—Supongo que así es —dijo Maia en voz baja.

—¿Serenidad?

—Nada. ¿A quién le otorgamos audiencias hoy?

Las palabras salieron con un gruñido, y Csevet retrocedió, con las orejas gachas.

—Serenidad, no quisimos ofenderos. Solo queremos ayudar.

Maia dejó su taza con demasiada fuerza, lo que hizo que se derramara algo de té en el platillo, con todo su cuerpo acalorado por la vergüenza.

—Nos disculpamos. Hablamos descortésmente por el mal genio, que no deberíamos haberles infligido sobre vos. No deberíamos haber menospreciado vuestro servicio, por el que estamos muy agradecidos. Lo sentimos.

—Serenidad —dijo Csevet en un tono de incomodidad—, no deberíais hablar así con nosotros.

—¿Por qué no?

Csevet abrió la boca y la cerró de nuevo. Luego, deliberadamente, dejó su taza, se levantó y, con infinita elegancia, se postró junto a la mesa. Isheian lo miró con alarma. Csevet se levantó de nuevo, imperturbable y perfecto.

—El emperador de las Tierras Élficas no se disculpa con su secretario —le dijo—. Y sin embargo, os agradecemos por hacer lo que el emperador no hace. —Sonrió, una cálida y hermosa sonrisa que hizo que su rostro se volviera vivo de forma repentina y momentánea, y luego se sentó de nuevo—. Serenidad.

Sin decir palabra, Isheian le ofreció a Maia un platillo limpio. Sin decir palabra, él tomó su taza y dejó que la manzanilla limpiara el espeso sabor del sueño. Luego preguntó:

—¿Quién solicita audiencia esta mañana?

—Serenidad. Los más importantes son los testigos imperiales por el accidente del *Sabiduría de Choharo*.

Maia notó que se le helaba la sangre. Dejó la taza de té con cuidado, esta vez, y recogió un bollo con mantequilla, ya que no se podía derramar ni romper.

—¿Cuándo quieren que los escuchen?

—Preguntan por el momento más oportuno para Su Serenidad.

—Oh —Le dio un mordisco al bollo, masticó, tragó, todo sin notar el gusto—. Entonces, por supuesto, debemos verlos.

Csevet miró el reloj.

—Nueve en punto —dijo, quizás con un leve tono de pregunta.

—Sí —confirmó Maia.

—Serenidad. Escribiremos la respuesta necesaria. Mientras tanto, tal vez deseéis leer esta carta de Setheris Nelar.

La estudiada neutralidad del tono de Csevet le indicó a Maia que probablemente no había nada en el mundo que deseara menos, pero aceptó la carta que Csevet le tendía.

La caligrafía familiar de Setheris lo impactó como uno de sus golpes. Recogió el bollo de nuevo, para darse un momento de respiro, y se obligó a sí mismo a comérselo. Incluso fue capaz de notar lo bueno que estaba, aunque le resultó casi imposible tragárselo por la sequedad en su garganta.

No podía retrasarlo más. Recogió la carta con gesto sombrío, y disfrutando de una manera triste e infantil por mancharla mantequilla en los bordes, se dispuso a leerla:

Para su Serenidad Imperial, Edrehasivar VII, saludos.

Es una gran preocupación para nosotros, y también para nuestra esposa, que nos pide que os la recordemos, descubrir lo que Su Serenidad pretende para nosotros ahora que la casa de Edonomee se ha disuelto. Nos atrevemos a esperar que nuestro apartamento haya finalizado, algo que le agradecemos a Su Serenidad de la manera más profunda y sincera, y profesamos nuestra máxima entrega y deseo de servir a Su Serenidad en cualquier tarea que podamos.

Con gran lealtad y afecto familiar,
Setheris Nelar.

«Hesero ha escrito esto», pensó Maia. Conocía los giros de las palabras de Setheris, conocía su mente, y aunque la letra era suya, los sentimientos y el cuidadoso fraseo no lo eran. Se imaginó a Hesero de pie al lado del escritorio, observando de cerca para

asegurarse de que Setheris usara las palabras que ella especificaba.

Hesero lo había redactado, pero ¿cómo iba él, Maia, a responder? No quería a Setheris en su casa, pero la carta era tanto una súplica de empleo como una solicitud de tranquilidad, y negarle a Setheris un puesto, sin importar cuán satisfactorio fuera el gesto, provocaría exactamente el tipo de chismes que más deseaba evitar.

Csevet terminó el mensaje que debía enviar a los testigos del *Sabiduría de Choharo* y llamó a un paje para que lo entregara. Una vez se hubo marchado el chico, Maia dijo:

—Csevet, debemos hablar con vos —Sintió que las otras cuatro personas en la estancia se congelaban y se ponían alerta. No había podido mantener su angustia fuera de su voz. Pensó desafiante que bien podía probar una en ese momento, y agregó—: Solo.

Telimezh y Dazhis intercambiaron una mirada cargada en consternación, y Telimezh dijo:

—Serenidad, no podemos...

—¿Por qué no? —exigió saber Maia—. ¿Qué ataque teméis?

—Serenidad, es nuestro juramento. Hemos jurado protegernos, al igual que hemos jurado callar cualquier cosa que podamos presenciar. No os traicionaremos.

«La verdad es que no es eso lo que temo. Me traicionaré a mí mismo, pero no me gustaría que fuera delante de vosotros».

—¿No podéis protegernos igual de bien desde el otro lado de la puerta?

—Serenidad —dijo Telimezh; tenía las orejas pegadas a la cabeza por infelicidad.

—¿Y si lo ordenamos?

—Serenidad —dijo Dazhis, inclinándose—. Si murierais por una negligencia nuestra, sabed que nos mataríamos a los pies de vuestro cadáver. ¿Deseáis eso?

Sintió la frustración como un peso negro que le presionaba el pecho. Pero si solo podía ganar perjudicando a sus nohecharei, entonces no podría ganar en absoluto.

—No, por supuesto que no —dijo Maia con voz cansada—. Isheian, por favor.

—Serenidad —dijo ella haciendo una reverencia antes de salir por la puerta del servicio.

Los miró a los tres, Csevet, Telimezh, Dazhis. Deseó estúpidamente que fueran Beshelar y Cala; ellos ya lo habían visto en su peor momento.

—Sabed entonces —dijo, bajando la mirada al mantel—, que Setheris Nelar sirvió como nuestro guardián estos últimos diez años desde la muerte de nuestra madre, y él... —No pudo decirlo, y terminó apresuradamente y sin convicción—. No tiene nuestro amor.

En el desconcertado silencio que se produjo, Telimezh dijo:

—No hay razón para que lo tengáis, Serenidad. Él no es primo de vuestra casa, y...

—¡No! Queremos decir... —Se calló agarrándose con fuerza las manos en el regazo—. Claramente, lo odiamos, y no lo tendremos cerca de nosotros.

Levantó la vista. Telimezh y Dazhis parecían simplemente sorprendidos; Csevet, que había visto la casa de Edonomee, aunque brevemente, permitió que sus cejas se alzaran en señal de entendimiento.

—No nos habéis dicho eso simplemente porque queráis, Serenidad. ¿Cuál es vuestro deseo?

—Deseamos un puesto para él, con el que pueda vivir honorable y cómodamente, y no necesitamos verlo ni recibir sus cartas importunas.

—Serenidad —dijo Csevet muy suavemente—, si no deseáis que este individuo os moleste más, solo tenéis que decirlo.

—No, eso no es lo que queremos decir. No ha cometido ninguna ofensa —Los recuerdos de mil crueldades distintas se burlaron de él, pero nadie, salvo el propio Maia, había contado esas ofensas, y era injusto que las declarase así en ese momento, simplemente porque podía hacerlo—. No deseamos que se sienta infeliz u ofendido. Simplemente lo queremos lejos.

—Serenidad, veremos qué se puede hacer —Csevet hizo una pausa y agregó, como alguien que no deseaba hablar y sospechaba que se metería en problemas al hacerlo—: sabéis que eso es propiamente ocupación del lord Canciller.

—Entonces, habladlo con él. No nos importa, pero que se haga.

—Serenidad —dijo Csevet, inclinándose. Echó un vistazo al reloj—. Se acercan las nueve en punto.

—Entonces debemos irnos —respondió Maia, nada reacia a verse liberado de aquella incómoda entrevista—. Os lo agradecemos a todos.

—Serenidad —contestaron inclinándose, y Telinezh se volvió para abrir la puerta.

El Michen'theileian demostró no ser la copia en miniatura de la Untheileian que Maia había temido. Estaba más lujosamente decorado de lo que le gustaba, en marfil y oro, lo que resaltaba su color oscuro, pero estaba sensatamente amueblado con una mesa larga y sillas acolchadas macizas, estaba bien caldeada, y no era, por lo tanto, una mala estancia para llevar a cabo tareas.

Los testigos para el *Sabiduría de Choharo* ya estaban allí cuando llegaron él y sus nohecharei y su secretario. Eran dos hombres y una mujer, los tres vestidos con una respetabilidad raída y todos con las llaves de los eruditos al cuello. Aunque, a diferencia de la prelatura y los mazei, los eruditos no juraban el voto de pobreza, era raro que alguno alcanzara a poseer grandes riquezas. Setheris había dicho que era porque eran estúpidos, pero Maia miró los rostros cansados y enjutos de los testigos y no vio ninguna estupidez.

Apenas acababan de presentarse (Pelar, Aizheveth, Sevesar, todos eruditos de segundo rango) cuando Chavar llegó, indignado y sin aliento, y seguido de secretarios como la cola de un pavo real. Hubo un largo retraso mientras Chavar se acomodaba y enviaba a sus secretarios a tareas innecesarias para demostrar su propia importancia. Maia se preguntó si se habría comportado así mientras estaba al servicio de Varenechibel, pero se sentía inclinado a dudar

de ello. Pero, finalmente, el lord Canciller declaró que estaba listo, y Maia asintió con la cabeza para que Mer Sevesar, el investigador de mayor rango edad, comenzara.

Mer Sevesar no perdió el tiempo ni el aliento en posibles equívocos. Se levantó, se inclinó ante el emperador y el lord Canciller, y dijo:

—Serenidad, la destrucción del *Sabiduría de Choharo* fue causada por un sabotaje.

—¡Imposible! —gritó Chavar, pero Maia levantó una mano para silenciarlo.

—¿Cómo lo sabéis? —le preguntó a Sevesar—. ¿Y qué hicieron?

La respuesta fue larga y, a veces, difícil de seguir, pero Maia captó su esencia. Los testigos, al examinar los restos, encontraron los restos carbonizados y parcialmente derretidos de un objeto que, aseveró Sevesar enfáticamente, no formaba parte de la construcción de ningún dirigible en las Tierras Élficas. Se refirió al aparato como un «dispositivo incendiario», aunque ni Maia ni Chavar comprendieron completamente lo que significaba ese término. Después de algunas explicaciones que hicieron que las cosas, si acaso, fueran más incomprensibles, Min Aizheveth habló de repente, con impaciencia en su tono de voz.

—Encendió el hidrógeno.

—Diosas misericordiosas —dijo alguien en voz baja.

—¿No podría tratarse de... un accidente? —aventuró Chavar, por una vez sin sonar belicoso ni despectivo.

—No —afirmó Sevesar. Hizo una reverencia a Maia—. Serenidad, lo sentimos mucho, pero pensamos que era mejor que lo supierais de inmediato.

—No, estáis en lo cierto —lo tranquilizó Maia. Se sentía vacío, frío; las emociones que debería haber sentido no estaban allí, y su ausencia era paralizante. Fue un esfuerzo pensar en las palabras correctas que debía decir—. Os felicitamos por vuestra dedicación y vuestro celo paciente. Y os agradecemos encontrar la verdad.

—Hemos encontrado solo una pequeña parte de la verdad, Serenidad —dijo Sevesar—. No sabemos quién hizo esto, o por qué. Solo sabemos que ya se hizo.

—Sí, pero esas preguntas no están dentro del alcance de vuestra testificación, y no podemos pedirlos que las respondáis. Habéis sido testigos del *Sabiduría de Choharo*, y habéis sido testigos sinceros y honorables.

—Serenidad —dijeron los tres eruditos, inclinándose.

Pensó que parecían sentirse agradecidos por poder escapar, y no los culpó por ello. Debían esperar que los culparan, o que les hicieran preguntas para las que posiblemente no podrían tener las respuestas. Solo deseó, indignamente, poder escapar con ellos. El silencio que se apoderó del Michen'theileian cuando se marcharon fue como una herida abierta por la que se escapara toda la vida en la estancia. Todos se habían vuelto antinaturalmente cuidadosos de no mirar a nadie más. Maia habló por fin.

—¿Qué debemos hacer? —dijo, y pensó en Setheris parado ebrio en la puerta de su habitación en Edonomee.

Pero él había usado el plural esta vez; era una decisión que ni podía ni debía tomar por sí mismo. Miró en Chavar.

Chavar estaba malhumorado de nuevo, lo cual no era tranquilizador.

—Debemos averiguar quién perpetró este vil y despreciable crimen.

—Sí, ¿pero cómo?

Chavar balbuceó, con su refinada retórica totalmente desinflada. Maia miró a su alrededor, a la mesa llena de todos esos secretarios que no conocía.

—No sabemos cómo hacer esto. Sabemos que cuando hay un asesinato, uno le pide al juez que envíe un Testigo de los Muertos, pero ¿a qué soberanía judicial pertenece esto? ¿A la del lugar donde se estrelló el *Sabiduría de Choharo*? ¿Al lugar de donde había partido? ¿Al lugar hacia donde se dirigía?

No era una pregunta trivial. Maia sabía, gracias a Setheris y a los periódicos, cuán celosos eran los judiciarios respecto a su soberanía, y por la muerte de un emperador... no importaba qué judicial se eligiera, los otros se ofenderían, y sin duda, el Judiciato de la Corte se ofendería junto a ellos.

—¿Y qué pasará si la investigación necesita cruzar los límites jurisdiccionales? —dijo Chavar—. Hemos visto que eso ocurre ocasionalmente. Por ejemplo, hubo un caso de robo en el que el culpable era un barquero, y fue... mal manejado. Hubo sátiras (algo que dijo en el mismo tono que otro hombre habría usado para la palabra «cucarachas»), y solo deseamos pensar que las cosas han mejorado desde entonces.

—No deseamos que nuestro padre sea el objetivo de sátiras —declaró Maia con firmeza.

Chavar le lanzó una mirada que casi era de aprobación.

—Tal vez... —dijo Csevet vacilante. Chavar lo fulminó con la mirada, pero Maia le hizo un gesto alentador, y Csevet continuó—. Tal vez la respuesta no sea intentar elegir un Testigo de los Muertos. Después de todo, Varenechibel era el emperador de todas las Tierras Élficas.

Chavar pasó de la ira a la aprobación en lo que tardó comprender cuál era la idea de Csevet. Maia miró, con una sensación que era menos cómoda que el asombro, cómo la sugerencia de Csevet era aprovechada, absorbida y reconvertida con un tamaño enormemente inflado. Chavar estaba creando un espectáculo de investigación, que involucraba a todos los testigos mejor calificados en el Judiciato de la Corte. Envió a los secretarios a buscar a los testigos para que revisaran los cuerpos del emperador y sus hijos antes del funeral. Maia se obligó a sí mismo a mencionar que los cuerpos de la tripulación del dirigible y los sirvientes de Varenechibel ya estaban enterrados. Chavar simplemente dijo:

—Dejadle eso a los testigos, Serenidad —y se marchó junto a sus secretarios en una oleada de órdenes y exigencias de

información.

El silencio en el Michen'theileian una vez se hubo marchado fue tan asfixiante como un paño mortuorio de terciopelo. Maia se dio cuenta de cómo la investigación se había convertido en algo propiedad de Chavar, en algo que él administraría y controlaría como lo considerara conveniente. El emperador se vería reducido a solicitar información, o simplemente a dejarlo todo en manos del lord Canciller, lo que seguramente era lo que Chavar esperaba y deseaba.

Maia rompió el aterciopelado peso del silencio.

—¿Era vuestra intención?

Csevet se quedó inmóvil en mitad del proceso de ordenar una pila de papeles, y sus manos blancas y sin anillos se pusieron tensas de repente.

—¿Serenidad?

—Trabajasteis para lord Chavar durante muchos años. Ya habéis demostrado que sabéis cómo... administrarlo. ¿Pensabais que él se haría cargo como lo ha hecho?

—Serenidad —dijo Csevet mientras dejaba los papeles sobre la mesa con tanto cuidado como si estuvieran hechos de vidrio—. Es cierto que sabíamos que lord Chavar aprobaría cualquier sugerencia que hiciera la investigación más grande y más... —Dudó mientras Maia le rogaba silenciosamente que fuera sincero, y finalmente Csevet dijo—: Más ostentosa. Pero no esperábamos que se enamorara tanto de la idea. Nos preguntamos si nuestra idea ha encajado con alguno de los otros entusiasmos del lord Canciller. Sabemos que él está en desacuerdo con el Testigo del Judiciato. Tal vez vea esto como una forma de poder convertir esta investigación en algo que le dé ventaja.

—Quizás. ¿Creéis que la investigación tendrá éxito?

—Sabemos que los testigos harán todo lo posible. Y sabemos que lord Chavar es completamente sincero en su deseo de ver al asesino atrapado.

—Sí —asintió Maia con tristeza.

—¿Serenidad?

Maia no sabía cómo expresar sus inquietudes, ni siquiera estaba seguro de que fueran algo más que un resentimiento por verse excluido de una forma tan hábil, y ya le había causado a Csevet preocupaciones más que suficientes para un solo día. Negó con la cabeza e iba a preguntar a qué siguiente cosa horrible tendría que enfrentarse, cuando Csevet, que lo estaba observando fijamente, habló de nuevo.

—Admitimos que desearíamos que lord Chavar no se centrara exclusivamente en los testigos judiciales.

—¿Qué queréis decir?

—Como estamos seguros de que su Serenidad sabe —dijo Csevet, a pesar de que sabía que Maia no tenía ni idea—, siempre han existido dos clases de testigos, el judicial y el clerical. Ha quedado fuera de moda llamar a los testigos clericales, lo mismo que ha quedado fuera de moda creer que los dioses podían otorgarles poderes extraordinarios.

—Entonces, ¿estáis sugiriendo que consultemos a un Testigo de los Muertos, pero clerical? Pero, ¿cómo vamos a encontrar a esa persona?

«Sin alertar a Chavar», pero no lo dijo.

—En realidad... —dijo Csevet, y se aclaró la garganta—, resulta que hay un clérigo que es Testigo de los Muertos, un prelado de Ullis sin prebendas, aquí, en la Corte Untheileneise.

—¿Cómo es que está aquí? —quiso saber Maia.

—No conocemos su historia —le explicó Csevet—. Solo sabemos que renunció a su prelación y viajó a la corte para vivir.

Maia notó que faltaba información en lo que Csevet había dicho y lo instó.

—¿Por qué aquí?

—Por la caridad de su pariente —explicó Csevet con marcada renuencia—. La emperatriz viuda.

LOS TESTIGOS DE LOS MUERTOS

Con más alivio que pesadumbre, Maia le indicó a Csevet que informara a Setheris de que tendría que esperar al día siguiente para tener su audiencia. Pasó la mayor parte del día lidiando con los asuntos que no estaban resueltos en el momento de la muerte de su padre. Eran muchos y tediosos, y cada uno parecía requerir una cantidad sofocante de explicaciones. No fue hasta última hora de la tarde cuando pudo concederle una audiencia al Testigo de los Muertos.

Había logrado desprenderse de los secretarios que habían entrado y salido como enjambres de abejas todo el día. Las únicas personas bajo la luz del sol invernal del Michen'theileian eran el emperador, sus nohecharei, su secretario y Thara Celehar. Era más joven de lo que Maia había esperado, no más de diez años mayor que su patrona imperial. Sin embargo, Maia nunca había visto a una persona que pareciera tan enferma y cansada. Tenía los huesos finos, como Csuru en ese sentido, pero con tan poca carne sobre esos huesos que Maia era capaz de distinguir cada articulación de sus muñecas. Sus ojos, que brillaban sobre unas oscuras ojeras de insomnio, eran de un intenso color azul. Se había cortado la larga

trenza a la que el rango del prelado le daba derecho, y sus finos rizos color blanco lechoso apenas le llegaban a la mandíbula. No usaba una túnica de prelado, sino que iba vestido de un luto riguroso. Maia se fijó en los desgastados parches de los puños de la chaqueta y en los dobladillos de los pantalones y supuso que los límites de la caridad de la viuda emperatriz estaban muy definidos.

—Serenidad —murmuró Celehar inclinándose.

Su voz era áspera, cavernosa, extrañamente en desacuerdo con su aspecto escrupuloso y respetable.

—Esperamos que os hayan dicho por qué queríamos hablar con vos —dijo tentativamente Maia, porque había algo en la mirada de Celehar que lo hacía desconfiar.

—Serenidad —repitió Celehar, inclinándose de nuevo.

—Sí o no, Mer Celehar.

—Sí, Serenidad.

Maia esperó. Celehar no dijo nada más.

—¿Y bien?

Celehar solo parecía cansado y perplejo. Maia insistió.

—¿Actuaréis como nuestro Testigo de los Muertos particular?

—Perdón, Serenidad —respondió Celehar con una nueva reverencia—. No sabíamos que teníamos otra opción en el asunto.

Las palabras se encontraban al borde de la insolencia, como Maia vio reflejado en la irritación de Dazhis y Telimezh y en la manera tan deliberada en que Csevet dejó su pluma, pero el tono no albergaba nada más que agotamiento.

—Mer Celehar, sois libre de negaros —le aseguró con voz amable.

Más tarde pensó que Celehar se habría sorprendido menos si Maia hubiese ordenado a Telimezh que lo atravesara con la espada. Por un momento, abrió los ojos de par en par por la sorpresa. Luego, los modales de un individuo bien educado volvieron, y miró a Maia sin mostrar nada más que cansado desconcierto.

—Su Serenidad es muy amable. Os lo agradecemos.

—Podéis agradecerémoslo dándonos vuestra respuesta, Mer Celehar.

—Serenidad —dijo Celehar con una profunda reverencia que Maia sospechó que fue más para ocultar su rostro que para mostrar respeto—. Tendremos el honor de ser testigo de vuestros muertos.

—Gracias —Maia esperó hasta que Celehar estuviera erguido de nuevo, y luego habló—. No sabemos nada del funcionamiento de vuestra testificación. Contadnos lo que necesitáis.

—Serenidad... —Celehar dudó—. Necesitamos... tenemos que ver y tocar los cuerpos. Y ayuda si alguien cuya sangre viva llame a la suya puede estar presente.

Maia entendió la vacilación de Celehar; él mismo vaciló. Pero aunque no llorara a su padre, sin embargo, estaba horrorizado por la crueldad y la injusticia de su muerte, y temeroso de lo que el asesino, o los asesinos, podrían hacer a continuación si no los aprehendían.

—Os acompañaremos. Pero debemos ir ahora mismo —le dijo Maia—. El funeral comenzará al caer el sol.

—Serenidad, os aseguro que no teníamos otros planes —dijo Celehar, con la más leve expresión de ironía en su voz.

Predeciblemente, los nohecharei se opusieron. Maia les sonrió.

—Nos compadecemos de que gran parte de vuestra tarea sea evitar que hagamos lo que debemos hacer.

A Beshelar le habría dado una apoplejía; Telimezh y Dazhis cedieron con una confusión avergonzada. Maia pensó que Cala ni siquiera habría intentado disuadirlo.

Quedaban menos de dos horas antes de que comenzara el funeral, y el Untheileneise'meire estaba repleto de clérigos: túnicas negras y túnicas verdes, marrones y grises, y las túnicas de color amarillo intenso de los devotos de Anmura. Cinco clérigos de Ulis, vestidos con túnicas negras y velos negros, aunque no enmascarados, se inclinaron al pasar, con los brazos incongruentemente llenos de color mientras movían las ofrendas florales para dar paso al ataúd, que permanecería a la vista,

custodiado y rodeado de canónigos del Untheileneise'meire que no dejarían de rezar hasta que se construyeran el sarcófago a su alrededor. Ya habían incinerado a los cuatro nohecharei de Varenechibel; sus restos, cada uno en su propia urna con incrustaciones de oro, estaban colocados en soportes en las cuatro esquinas del ataúd, su primer nohecharei en la cabeza (soldado a la derecha, maza a la izquierda) y su segundo nohecharei a sus pies (maza a la derecha, soldado a la izquierda). Defenderían al emperador en la muerte como lo habían defendido en la vida, de todo hasta que aquella cosa, el «dispositivo incendiario», los había matado a todos.

Los cuerpos del emperador Varenechibel IV y sus tres hijos mayores yacían en ese momento directamente debajo de la cúpula del Untheileneise'meire. En ataúdes cerrados. Ese aspecto del choque del *Sabiduría de Choharo* no le había llamado la atención, y Maia se sentía estúpido y enfermo en esos momentos. Ansiaba mirar hacia otro lado, incluso irse. Pero estaba claro que Celehar había encontrado cierta oposición por parte de los canónigos principales, y parecía ser que la situación empeoraba. Maia había dejado que Telimezh, Dazhis y Csevet lo llevaran sutilmente hacia un hueco de espacio despejado, pero dio un paso al frente (tristemente divertido por la forma involuntaria en la que Celehar y el canónigo retrocedieron) y dijo:

—Mer Celehar, ¿hay alguna dificultad?

Celehar inclinó levemente la cabeza antes de contestar.

—Serenidad, el canónigo Orseva nos está explicando que a varios Testigos de los Muertos ya se les permitió examinar los cuerpos a costa de una demora significativa en los preparativos del funeral. Teme que no haya tiempo para otro examen y no ve qué bien puede hacer.

El canónigo Orseva no parecía estar completamente de acuerdo con aquel resumen de sus palabras, pero no negó nada de aquello. Lo cierto era que Maia tampoco estaba seguro de que eso sirviera para algo; solo estaba seguro de que no podía dejar el

asunto sin saber y en manos de Chavar. Mientras todavía intentaba encontrar un compromiso entre una verdad contundente y una mentira política, Csevet se aclaró la garganta y anunció con una voz inesperada: «Al emperador le gustaría unos minutos a solas con los cuerpos de su familia».

Mientras se esforzaba por pensar en un compromiso entre la pura verdad y una mentira política, Csevet carraspeó para aclararse la garganta y habló con una voz inesperadamente fuerte.

—El emperador desea pasar unos cuantos minutos a solas con los cuerpos de sus familiares.

En cuestión de segundos, milagrosamente, el Untheileneise'meire quedó vacío, salvo por una canonesa menor, con las orejas planas y una obstinación infeliz, que no abandonó su puesto de guardia sobre los cuerpos.

—¡Csevet! —exclamó Maia con un susurro sorprendido.

Csevet le sonrió, sin arrepentirse.

—Sois el emperador, Serenidad. La función del canónigo Orseva no es dictar lo que debéis hacer.

—La canonesa Thorchelezhen no se opone a ayudarnos —dijo Celehar.

Maia se las arregló para sonreír a la canonesa. No fue una sonrisa muy buena, y Celehar le sorprendió con su comprensión.

—No tenéis que mirar, Serenidad. Podéis quedaros donde estáis.

Y lo cierto era que Maia no quería mirar, ni ponerse más cerca de esos cuatro ataúdes negros laqueados. Pero algo, no el deseo, sino otra cosa, el deber o la culpa, lo empujaron hacia delante. Cuando Celehar y la canonesa levantaron la tapa del ataúd de Varenechibel, Maia estaba de pie junto a ellos. Los devotos de Ulis que se habían encargado del cuerpo lo habían hecho lo mejor posible: habían enderezado las extremidades rotas y amortiguado los peores quebrantos cubriéndolos de lino y seda. Pero lo único que habían podido hacer por los rasgos quemados y retorcidos del

emperador muerto era cubrirle la cabeza con encaje blanco. Celehar levantó suavemente el velo, y Maia tuvo que alejarse.

Celehar comenzó a decir la plegaria de la compasión por los muertos con su voz ronca y quejumbrosa, y Maia se quedó mirando las blancas columnas y luchó con la compasión, el disgusto, el odio y la tristeza en su corazón, todo ello por Varenechibel, su padre.

Al cabo de unos momentos, Celehar guardó silencio. Maia no se dio vuelta; no quería ver la comunión entre los muertos y el testigo, fuera lo que fuese. Después de un rato, oyó que Celehar y a la canonesa volvían a colocar la tapa del ataúd y les habló, todavía sin volverse,

—¿Necesitáis ver... a los demás?

—Serenidad —dijo Celehar en tono de disculpa—. Ayudaría.

—Muy bien —respondió Maia, aunque anhelaba ordenar a Celehar que dejara los cuerpos, abandonar el Untheileneise'meire, que le dejaran irse también—. Continuemos.

Se quedó donde estaba, sin darse la vuelta, mientras Celehar y la canonesa repetían su espeluznante ritual tres veces más. Notó que la bondad y la paciencia en la fea voz de Celehar nunca vacilaban, que recitó la plegaria de compasión por cuarta vez con la misma atención concentrada que había recitado la primera. Estaba claro que no había renunciado a su prelación por falta de creencia o vocación. Maia sabía que no le preguntaría por la verdadera razón; no tenía el derecho a ello. Pero no pudo evitar preguntarse qué había sucedido.

Pasado cierto tiempo, Celehar volvió a dirigirse a él.

—Serenidad, hemos terminado.

Maia se volvió. El Testigo de los Muertos estaba en silencio entre los ataúdes; al menos, no tenía peor aspecto que en el Michen'theileian.

—¿Qué haréis ahora? —le preguntó Maia.

—Serenidad. Vuestros muertos no tienen respuestas. Murieron con miedo y confusión y no encontrarán claridad hasta que Ulis se la

otorgue. Pero hay otros lugares para buscar respuestas. Hay otros muertos.

—Las tumbas en el Ulimeire —dijo Maia.

—Serenidad. Si no os desagrada, comenzaremos nuestra búsqueda allí mañana.

—Nos complace, Mer Celehar. Y os lo agradecemos.

—Serenidad —dijo Celehar, inclinándose, su voz tan neutral que en sí misma era un juicio.

Salió de entre los ataúdes. Era varias pulgadas más bajo que Maia, pero no parecía disgustado por tener que inclinar la cabeza hacia atrás para mirar a su emperador a la cara.

—No nos deis las gracias cuando no sabéis lo que vamos a encontrar.

—No importa lo que encontréis. Os agradecemos la búsqueda de la verdad, y os agradecemos que lo hagáis aunque no desearais hacerlo.

—Hemos encontrado la verdad antes, Serenidad, y no nos beneficia. Daríamos mucho porque algunas verdades permanecieran perdidas, y no creemos que encontréis que esta verdad sea diferente.

—No importa —dijo nuevamente Maia—. No preguntamos esta verdad para nosotros. La pedimos... —Vaciló, inseguro. No quería la verdad en nombre de su padre, ni en la de sus medio hermanos. Finalmente, habló lentamente—. Lo preguntamos por aquellos que murieron porque estaban cerca de nuestro padre. Lo preguntamos por aquellos que tienen miedo, ahora, porque su emperador cayó del cielo y yació en un campo ardiendo. Lo preguntamos por aquellos que no querían que asesinaran a su emperador. Porque sin la verdad, ¿cómo pueden confiar en que su emperador no será asesinado de nuevo?

No fue capaz de adivinar la expresión de Celehar. El Testigo de los Muertos se inclinó.

—Serenidad —murmuró, y luego pasó por su lado y salió de la Untheileneise'meire.

Maia se quedó de pie mirando los ataúdes, las columnas y las tumbas y el óculo en la cúspide de la cúpula, con la cabeza llena de emociones a medio entender, la garganta agarrotada con palabras que no podía pronunciar, hasta que sus nohecharei se le acercaron para recordarle que se suponía que el funeral debía comenzar al atardecer, y quedaba muy poco tiempo.

EL FUNERAL Y EL VELATORIO

No pudo evitar recordar, mientras el sol se hundía en un cúmulo de nubes de intenso color rojo, que la única vez en la vida en la que vio a su padre fue el funeral de su madre. Y no pudo evitar recordar la falta de respeto que el emperador decidió mostrar a su cuarta emperatriz con una sola estola de color negro contra el blanco imperial.

Sería más que justo que despreciara a su padre, ya que él había menospreciado a su madre. Maia fantaseó de forma vengativa con esa idea, pero luego reconoció con un suspiro que no estaba en su mano llevarlo a cabo. Era muy consciente del sufrimiento que causaría a la corte, a la familia superviviente, a su propia casa. Recordaba bastante bien su propia angustia y la intensa amargura que le habían causado un dolor tan profundo como para ahogarse en él.

Por lo tanto, se quedó de pie pacientemente y permitió que sus edocharei le colocaran las parafernalia inmovilizadora del riguroso luto imperial, las capas de brocado de color negro adornado con perlas, anillos de plata con extrañas gemas oscuras, perlas en las orejas y el cuello y lazos enrollados en las trenzas del pelo, la

Ethuverazhid Mura, y, sobre todo eso, yardas de velo negro que hacían que los ópalos de la Ethuverazhid Mura fueran tan espeluznantes como la luna vista a través de las nubes. Maia se miró en el espejo y se estremeció.

En algún momento en medio de los preparativos, se había producido el cambio de turno de sus nohecharei, de modo que cuando le dio la espalda al espejo, era Beshelar el que lo esperaba, quien inclinó la cabeza en un gesto de reverencia, como si no quisiera mirar a Maia a los ojos, y gruñó:

—Su Serenidad.

—Teniente —dijo Maia, sorprendido ante el repentino resurgimiento de la rígida formalidad de Deshelar, pero éste se limitó a abrir la puerta y se apartó.

Cala estaba esperándolo en la sala exterior. Se inclinó de modo solemne antes de hablar.

—Serenidad, es probable que sea mejor que nos marchemos ahora. El archiprelado sugirió..., es decir, el funeral ya se retrasa, y se verá mejor si llega allí el primero. Para orar por..., es decir, para orar.

Cala también parecía anormalmente inquieto, pero aquel no era el momento de intentar descubrir qué le pasaba. Maia se limitó a contestar.

—Está bien.

Regresaron al Untheileneise'meire, pero esta vez subieron por una estrecha escalera hasta el balcón del emperador, que colgaba entre dos pilares como un saco de huevos de araña pegado en una tela de araña.

Sintió un poco de vértigo al mirar hacia abajo, a los ataúdes, y recordar cuando era un niño y miraba la lejana figura blanca del emperador.

—¿Serenidad? —dijo Cala con nerviosismo, pero Maia le indicó con la mano que se apartara.

Apoyó las manos en la balaustrada y respiró profundamente para mantener el equilibrio. Comenzó a rezar, y repitió en silencio la

oración de compasión por los muertos que había oído recitar a Mer Celehar esa misma tarde, tratando de hacerlo con la misma paciencia y sinceridad que Celehar. Compasión era lo único que él podía esperar. No podía rezar por amor o por perdón, ya que ambos sentimientos estaban fuera de su alcance. No podía perdonar a su padre, y no podía amar a unos hermanos que nunca había conocido. Pero podía sentir compasión por ellos, como por las otras víctimas, y eso era lo que más anhelaba: llorar sus muertes en lugar de aferrarse a su ira contra sus vidas.

Debajo de él, los cortesanos comenzaron a alinearse. Varios de ellos levantaron la mirada hacia él, y luego la apartaron con rapidez, y pensó, con un repentino e inexplicable cansancio, que tendría que reconstruir la corte y el gobierno. Debería preguntarle a alguien, Csevet lo sabría, cuáles eran las funciones de la corte y qué tenía que hacer el emperador cuando los atendía. Y, ¿tendría que decirles lo que hacer, o, de algún modo, ellos mismos se cuidaban solos?

«No estaba destinado para esto», pensó, con los hombros y el cuello tensos por el esfuerzo de mantener la barbilla erguida, y la tranquila voz del sabio resonaba en su mente: *Serenidad, la caída del Sabiduría de Choharo fue causada por un sabotaje.*

Fue un alivio cuando apareció el archiprelado para dar comienzo a la ceremonia, a pesar de que Maia sabía que empezaba tarde por su culpa. No había nada de malo en comenzar un funeral después de la puesta de sol, siempre y cuando fuera antes de la salida de la luna, pero habría muchos fanáticos en la corte que lo considerarían negligente e irrespetuoso. Y no cabía duda de que Canon Orseva les haría saber quién era el culpable.

Se dispuso a escuchar la hermosa voz del archiprelado, encantado de que, entre el velo y el balcón, ninguno de los miembros de la corte pudiera verle la cara. Vio a sus hermanas, Nemriän y Vederó, entre la multitud, a Arbelan Drazharan y a la emperatriz viuda (de pie, a una distancia prudente la una de la otra), a la prometida de Ciris, Stano Bazhevin, incómodamente sola, y por último, a la princesa de la Corte Untheileneise con sus hijas. Las

niñas tenían más o menos la misma edad que tenía él cuando su madre murió, las miró con nerviosismo, pero solo encontró solemnidad detrás de sus velos. Se preguntó si su hermano habría sido un buen padre, si sus hijos habían tenido la oportunidad de amarlo. Idra estaba de pie, muy recto y digno, junto a su madre, ahora que era el príncipe de la Corte Untheileneise, y parecía sentir la responsabilidad tanto como Maia sentía la suya.

Los Drazhada no lo miraron, a excepción de una vez. Cuando el archiprelado comenzó a hablar sobre el ataúd, su viuda Sheveän giró la cabeza, incluso a través del velo, la hostilidad de su mirada fue casi suficiente para hacer retroceder a Maia. Ella apartó la mirada y dejó de prestarle atención, y Maia, con los dedos apretados en la balaustrada, se preguntó qué habría sucedido. A ella no le gustó el comportamiento que él había tenido durante la toma de juramento, pero no tanto como para odiarlo.

Compasión, pensó, con los ojos clavados en el archiprelado, y se sumergió de nuevo en la oración de compasión por los muertos. Eso lo salvó de tener que pensar.

El velatorio, que como emperador debía iniciar y acabar, se celebró en Untheileian. No se le permitió asistir al velatorio de su madre y, por lo tanto, no sabía qué iba a pasar, pero aún seguía desconcertado por descubrir los aparadores atestados y el centro de la enorme sala despejado para bailar.

—¿Qué debo hacer? —le susurró a Cala al oído—. ¡No sé bailar!

—No es necesario, Serenidad —dijo Cala—. Le pide a la corte que baile para que los muertos descansen en paz, y luego puede sentarse, quedarse de pie o bailar, lo que le apetezca.

—Gracias —dijo Maia, aunque no le sirvió de mucho consuelo.

Se puso de nuevo el velo antes de subir al estrado. La oscuridad que antes le daba seguridad ahora le parecía ceguera. Habló como Cala le había dicho, aunque las palabras le parecieron torpes y forzadas, y no podía juzgar el tono de su propia voz, si parecía sincero, petulante o aburrido. La corte lo miraba con ojos

brillantes y depredadores, pero cuando hizo un gesto a los músicos, se colocaron obedientemente en parejas y comenzaron a trazar brillantes y geniales pautas en el suelo, pasos demasiado elaborados como para que Maia pudiera seguirlos.

«Debes aprender a bailar», se dijo a sí mismo, y se sentó agotado en el trono. No era cómodo, pero al menos era un asiento. Beshelar y Cala ocuparon sus posiciones, uno a cada lado del trono. Inclino la cabeza hacia atrás para hacerle una pregunta a Cala.

—¿No podéis sentaros?

Se oyó un extraño ruido ahogado por la parte de Beshelar. Cala le respondió:

—Gracias, Serenidad, pero no. Estamos bien.

—¿Y si queréis bailar?

—Serenidad, por favor —susurró Beshelar.

—Nosotros no somos, estrictamente hablando, miembros de la corte de Su Serenidad —dijo Cala—. Para empezar, si no fuésemos sus nohecharei, no estaríamos aquí. Así que sería groseramente inapropiado que bailásemos, aunque hubiera alguna dama en la sala que nos aceptara como pareja.

—Oh —dijo Maia, y se sintió muy joven y estúpido

—Serenidad, el lord Canciller se acerca —le dijo Beshelar, casi con tono de alivio.

Maia miró y allí estaba el colérico lord Canciller que se dirigía hacia el estrado, y con él iba un joven, bajito y fornido como el mismísimo Chavar, pero vestido de una forma que hasta Maia podría considerar de extremada elegancia, y con un brillo del que su propio padre carecía.

Se detuvieron a los pies del estrado. Maia les hizo un gesto para que se acercaran, resistiendo el impulso de hacer esperar a Chavar.

—Serenidad —dijo Chavar mientras se arrodillaba—, ¿podríamos pedirles que le prestéis atención a nuestro hijo, Nurevis?

—Serenidad —dijo el joven, e hincó una rodilla con la misma elegancia con la que había cruzado el salón.

—Estaríamos encantados —dijo Maia, una frase sin sentido alguno, pero que pareció complacer a Chavar y a su hijo.

Se pusieron en pie de nuevo, y Chavar dijo:

—Sabemos que os debe resultar difícil, Serenidad, encontraros al frente de la corte de una forma tan repentina, y sin nadie de su edad a vuestro lado.

Detrás de Chavar, y adecuadamente fuera de su línea de visión, Nurevis puso los ojos en blanco y le hizo un guiño a Maia. De repente, Maia se sintió inexplicablemente más relajado.

—Apreciamos vuestra consideración, lord Canciller —dijo con indiferencia, pero no dijo, como habría hecho en otra situación, que apreciaría más todavía si el lord Canciller demostrara la misma actitud concienzuda en el desempeño de su cargo.

Chavar, con una enorme sonrisa muy poco atractiva, hizo una reverencia y se apartó. Nurevis se acercó un poco y murmuró:

—Serenidad, os ruego encarecidamente que nos disculpéis. Cuando a padre se le mete una idea como esta en la cabeza, sabemos por experiencia que no debemos discutir con él.

—No importa —dijo Maia—. Estamos muy agradecidos. No hemos podido..., es decir, aún no hemos tenido la oportunidad de familiarizarnos con nuestra corte.

—Cierto, todo sucedió demasiado rápido, ¿no es así? Bueno, no podemos presentarle al emperador a todos nuestros amigos más cercanos, pero si Su Serenidad quisiera... —Se calló y enarcó una ceja en un gesto de burla amistosa.

—¿Sí?

—Estaríamos encantados de ayudaros a conocer a todo el mundo. Conocemos a la mayoría de los miembros de la corte.

—Si sois tan amable —dijo Maia—. Por favor.

Nurevis permaneció de pie junto al trono durante el siguiente cuarto de hora, diciéndole a Maia nombres y contándole algunos chismes. Maia escuchaba, miraba y trataba de recordar, aunque temía que su memoria para recordar nombres y caras no fuese lo suficientemente buena. Entonces Nurevis se excusó, sonrió, y le dijo

que al emperador le resultaría difícil elegir favoritos antes de tener la oportunidad de conocerlos a todos, y se fue a buscar una pareja para el siguiente baile.

El estrado parecía el triple de solitario que antes. De algún modo, después de haber conocido a alguien, Maia ya no sentía que podía darse la vuelta para hablar con sus nohecharei. El comentario de Nurevis sobre los favoritos le hizo sentir incómodo, y se preguntaba si ya lo verían de esa manera, después de haberse mantenido tan cerca de su propia casa tras la muerte de Varenechibel.

Otra razón para organizar las funciones de la corte, pensó. Y para aprender a bailar. Estaba muy atento a las miradas de las jóvenes mientras pasaban en brazos de sus parejas, no podía dejar de imaginar cómo sería bailar con una de ellas, tocarlas como lo hacían los otros jóvenes de la corte.

«Tengo que aprender a bailar», se dijo con ironía.

Casi se sintió aliviado cuando un paje se acercó al estrado, aunque tardó unos segundos en identificar su atuendo como el de los Tethimada. El chico se arrodilló al pie de la escalera. Sostenía un sobre sellado.

—¿Serenidad? —le preguntó Beshelar.

—Sí, por favor —dijo Maia, y Beshelar bajó las escaleras para coger cogió el sobre.

Dada la carta anterior de Dach'osmer Tethimar, Maia se sintió gratamente sorprendido de que esta fuese breve y comprensible. Solo decía: «Serenidad, tememos haberle ofendido. ¿Nos permitiríais acercarnos para poder disculparnos?».

Levantó la mirada y de inmediato vio a Eshevis Tethimar, un hombre alto, de hombros anchos, vestido de perfecto luto de corte, hasta las filas de perlas de ónice que le colgaban de la curva de cada oreja, que se había colocado con sumo cuidado para estar en la línea de visión del emperador. Era bastante apuesto, y algo en su porte sugería que lo sabía. Maia lo observó con inquietud: no

parecía en lo más mínimo un hombre preocupado por haber ofendido a su emperador.

Maia vio, con bastante claridad, que Tethimar lo había atrapado como Haru el jardinero inmovilizaba a las víboras del pantano. Si rechazaba aquella petición tan razonable, cometería un grave error y Tethimar tendría algo más que agregar a la lista de agravios que los señores orientales tenían contra el emperador. Por otro lado, si aceptaba la petición de Tethimar, este tendría la ventaja de parecer tener el favor del emperador, por ser la segunda persona a la que se le concedía una audiencia pública con él. No hacía falta ser muy inteligente para darse cuenta de que si Tethimar hubiera estado realmente preocupado no habría hecho esa solicitud en ese momento, y no habría pedido que se le permitiera acercarse allí, en el velatorio.

«No me gustas, Eshevis Tethimar», pensó Maia. Pero por lo que sabía, y hubiera querido que Csevet lo asesorara, le perjudicaría menos aceptar la solicitud de Tethimar que desairarlo. Se guardó la nota en el bolsillo y le dijo al paje:

—Dile a tu señor que puede acercarse.

Era más formal y tedioso que solo hacerle una señal a Tethimar, pero por la misma razón, esperaba que eso también disminuyera la apariencia de familiaridad entre Tethimar y él.

Recordó los pantanos que rodeaban Edonomee, el Edonara, como los llamaban los lugareños, aunque no tenían nombre en los mapas imperiales, con sus víboras, sus arenas movedizas y las interminables nieblas. Recordó algo que le dijo Haru, una de las pocas veces en las que le habló directamente: «Espero que Su Señoría nunca esté solo en los pantanos, pero si es así, vigile cada paso que dé. No se confíe porque todo parezca ir bien o porque no le pasó nada en el último paso que dio. Porque no será igual. Y porque el Edonara se cobra sus propios sacrificios». Y luego se detuvo, agachó la cabeza y se fue mientras murmuraba algo que podría haber sido una disculpa. Y Maia no supo cómo decirle que no lo hiciera.

La Corte Untheileneise, a pesar de toda su belleza, era solo otra versión del Edonara. «Vigila cada paso que des, y no confíes en nada». Pensó en los niños emperadores que yacían sepultados en la Untheileneise'meire, pensó en las esposas de su padre. La Corte Untheileneise también se cobraba sus propios sacrificios.

Pero ahora era Dach'osmer Tethimar quien subía los escalones del estrado. Se detuvo en el lugar correcto, se arrodilló y murmuró.

—Serenidad —le saludó con una voz de barítono muy bien modulada.

—Levantaos, por favor, Dach'osmer Tethimar —dijo Maia, que se sentía más que nunca como una muñeca articulada envuelta con la túnica de un emperador. Su voz sonaba fina, infantil, dolorosamente indecisa en comparación con la de Tethimar.

Los ojos de Tethimar eran de un azul muy oscuro, casi negros en contraste con la blancura de su cara, y él claramente conocía el efecto que causaba: mientras estaba de pie se quedó mirando a Maia, y aunque lo que dijo fue:

—Os estamos agradecidos, Serenidad, por acceder a nuestra petición.

La oscura intensidad de sus ojos añadió «Fue inteligente hacerlo».

Sin embargo, resultaba un tanto reconfortante hacer frente a una intimidación, era algo muy familiar, y, además, Tethimar no contaba con las ventajas de Setheris. Maia sonrió con amabilidad.

—Confesamos, Dach'osmer Tethimar, que su carta nos ha sorprendido muchísimo.

Durante un momento, antes de que Tethimar consiguiera parecer igual de amable y sorprendido, Maia vio que en realidad estaba desconcertado. Lo sintió como una pequeña victoria.

—Pero, Serenidad —dijo Tethimar—, por supuesto, ya sabéis que aspiramos a casarnos con vuestra hermana.

Maia había aprendido a hacerse el tonto al ver a los miembros del Edonomee enfrentarse a Setheris.

—¿Sí? —contestó.

—Habíamos entrado en negociaciones con el difunto emperador, vuestro padre —dijo Tethimar, con un tono de voz un poco más elevado.

—¿De verdad? No se nos ha notificado ningún compromiso, que sepamos.

Tethimar lo miró fijamente, y si antes estaba sorprendido, ahora estaba casi horrorizado.

—Pero, Serenidad...

Maia alzó una mano y lo interrumpió.

—Creemos, Dach'osmer Tethimar, que el velatorio de nuestro padre no es el lugar más adecuado para discutir este ni cualquier otro asunto de importancia.

Miró directamente a los ojos de Tethimar. Sabía que su propia mirada era igual de desconcertante, y lo poco que eso significaba en realidad.

Tethimar fue el primero que apartó la mirada.

—Por supuesto, Serenidad. Os pedimos disculpas. De nuevo.

Esbozó una leve sonrisa de desconcierto que hizo que a Maia casi le gustase.

Tethimar abandonó el estrado, y Maia estaba a punto de relajarse, por dentro, ya que, por supuesto, el emperador no podía mostrar que se sentía aliviado por la marcha de Dach'osmer Tethimar más de lo que se había mostrado alarmado cuando se acercó. En aquel momento, su mirada se vio sorprendida por una oscuridad que no pertenecía a los típicos colores del luto, y entonces se dio cuenta de que el embajador Gormened, con su esposa al lado, se acercaba al trono.

Deseó, una vez más y aún con mayor desesperación, que Csevet estuviese allí. No podía hacer caso omiso del embajador de Barizhan, ni se podía negar a hablar con él, pero podía imaginar con total claridad lo que Setheris y los de su clase dirían sobre el emperador goblin, y si aún lo llamaban así, era solo cuestión de tiempo que lo hicieran, charlando en público con el representante del Gran Avar. Sin embargo, (pensó a toda velocidad),

contrarrestaría cualquier favor que Dach'osmer Tethimar pudiera pensar que había obtenido. Y allí tenía el nesecho, a buen recaudo dentro de uno de los bolsillos interiores. Avris lo había cosido con una fina cadena de oro, para poder sujetarlo disimuladamente en un ojal o un cinturón, y Maia se había quedado tan abrumado por tanta amabilidad (ya que a él no se le hubiera ocurrido pedirlo) que apenas pudo balbucear unas palabras de agradecimiento. Pero, para empezar, había sido el regalo de Gormened.

Iniciativa y audacia, hubiera dicho Csevet. Cuando Gormened se detuvo a los pies del estrado, Maia pudo ver que era un individuo joven, bajo y fornido como el típico goblin, con una cicatriz de duelo en un pómulos. Se preguntó si ser el embajador en las Ethuveraz era un puesto de prestigio o un castigo.

Maia hizo un gesto al embajador para que se acercara.

—Serenidad —dijo el embajador mientras se arrodillaba y, a su lado, su esposa se inclinó en una reverencia tan profunda que Maia se sorprendió de que no se cayera—. Somos Vorzhis Gormened, embajador de Barizhan, y nuestra esposa, Nadaro.

Pronunció su nombre al estilo goblin, con el acento en la primera sílaba, y Maia se sintió lleno de dolor por su madre. Ella le había enseñado a decir su nombre: CHE-ne-lo, no Che-Ne-lo, así que había alguien que ella conocía que pronunciaba bien su nombre.

—Poneos en pie, por favor —les dijo, y vio como Nadaro se levantaba con aquella misma gracia rígida. Se dio cuenta de que se le había presentado la oportunidad para una pequeña venganza, y no era lo suficientemente fuerte como para no aprovecharla—. Nos complace conocer por fin a un pariente de nuestra madre. ¿Teníais mucha relación con ella?

Lamentó decir aquellas palabras en el mismo instante en que las pronunció, pero no fue el embajador quien respondió. Fue su esposa quien lo hizo.

—Vuestra madre era nuestra tía, la hermana de nuestro padre. Pudimos ver a Chenelo en varias ocasiones cuando éramos niñas,

ya que el gran Avar y nuestro padre eran aliados. No era así últimamente.

El conocimiento que Maia tenía de la política interna de Barizhan era bastante escaso, y se basaba principalmente en las novelas baratas con portada azul tan queridas por Pelchara y Kevo allí en Edonomee. Sabía que el gran Avar era el gobernante del país solo porque contaba con la lealtad de los avarsin, los innumerables gobernantes menores (más numerosos que los príncipes, pero mucho más poderosos que incluso los duques ethuverazheise) quienes constituían el gobierno práctico de Barizhan. La inestable alianza de la que hablaba Osmerren Gormened no era algo trivial.

—Encendimos velas por ella cuando nos enteramos de su muerte. Era lo único que podíamos hacer —dijo Nadaro Gormened.

Se podía notar un leve tono de reproche en sus palabras, dirigido a su marido, ya que, como cualquier mujer élfica, cuando ella dijo «lo único que podíamos hacer», en realidad quería decir «lo único que nos permitían hacer».

—Las velas habrían significado mucho para ella —dijo Maia—. Gracias, Osmerren Gormened.

Ella hizo otra reverencia, y el embajador, que pareció aceptar con un inesperado sentido del tacto que la audiencia había terminado, se inclinó y la acompañó. Maia se fijó solo porque se obligó a hacerlo, ya que estaba en gran medida consumido por la lucha contra un agudo torrente de lágrimas. Chenelo llevaba diez años muerta, era inútil, infantil, echarla tanto de menos. Se esforzó por mantener el rostro quieto y las orejas en su lugar, trató de mantener la respiración constante, y después de unos segundos, el dolor menguó, y pudo relajar los dedos entrelazados los unos con los otros. Capaz de respirar, capaz de mirar de nuevo más allá de los límites del estrado, capaz de perderse por un momento en las figuras arremolinadas de la danza y en la arqueada oscuridad de la noche fuera de las ventanas.

Y entonces Cala susurró:

—¡Serenidad, la princesa!

Maia giró la cabeza y vio a la princesa de la Corte Untheileneise avanzando por el salón, con Stano Bazhevin al trote detrás de ella. Sheveän no se había levantado el velo, y no se podía percibir ni un atisbo de paz en su actitud. Los cortesanos se apartaron, la mayoría con elegancia, por lo que parecían simplemente educados, pero algunas chicas más jóvenes casi corrieron al otro lado del salón, y mucho antes de poder ver su rostro, Maia ya sabía que la princesa Sheveän estaba del mismo humor que había estado junto al féretro de su esposo.

Sí que se detuvo a los pies del estrado, y sus ojos azules parecían quemar a través del velo. Maia no dudó en hacerle un gesto para que se acercara, ya que sabía que todo el mundo en el Untheileian los estaba mirando, abiertamente o no. Stano Bazhevin, torpe y vacilante de nuevo, se quedó detrás, con las manos apretadas con fuerza contra su pecho. Maia conocía este truco, aunque Setheris había hecho que se desprendiera de él: las manos juntas apretadas eran manos que no podían moverse con gestos nerviosos. Osmin Bazhevin estaba asustada, al igual que lo estaba en la ceremonia de juramento, pero esta vez Maia creía que era a Sheveän a quien ella temía. O a las órdenes de Sheveän.

Sheveän hizo una reverencia baja, que podría haber sido una genuflexión completa o simplemente una reverencia muy baja. Maia no estaba dispuesto a preguntar.

—Serenidad —dijo ella, en voz baja, controlada, y tan gélida como el viento en invierno.

—Princesa —dijo Maia.

Se mantuvo con la espalda recta, las manos dobladas y la barbilla y las orejas levantadas. Sin ninguna señal externa de que ella lo asustaba. Ella se irguió de nuevo y se levantó el velo, aunque solo fuera para poder mirarlo mejor.

—Hemos oído algunas cosas, inquietantes rumores escandalosos, y hemos venido hasta vos para que nos aseguréis que no son más que una terrible mentira.

—Princesa, no sabemos lo que ha podido...

—Nos han dicho que esta tarde, que permitisteis, ¡que animasteis!, la profanación del cuerpo de nuestro esposo —dijo ella, en voz baja y cargada de resentimiento.

—¿Profanación? —Desconcertado, Maia trató de encontrar algo que decir—. Princesa, os aseguramos que no se ha cometido ninguna profanación.

—Entonces, ¿no es cierto que ordenasteis que se abriera el ataúd del príncipe?

No se permitió titubear.

—Princesa, os han dado una información incorrecta de nuestro propósito.

—¡Abristeis el ataúd! —exclamó con un jadeo mitad conmoción mitad enfado, y que a Maia le resultó completamente teatral.

—Princesa —dijo con firmeza, sin permitir que el tono de su voz se alzase—, los cuatros ataúdes se abrieron en nuestra presencia por un canónigo y un Testigo de los Muertos. Fueron tratados con reverencia. Se recitaron las oraciones. No hubo...

—¿Un Testigo de los Muertos?

Su voz sonó más fuerte, y él supo que estaba actuando para la entusiasmada corte.

—Princesa Sheveän, moderad vuestra voz.

—¡No! Exigimos saber...

—Princesa —dijo Maia de forma brusca, y así logró interrumpirla. Y le dijo en un tono más bajo—: Existen algunas razones, pero no tenemos intención de discutir las en el velatorio de nuestro padre. Os concederemos una audiencia tan pronto como sea posible, y tendréis toda la verdad.

—Su Serenidad es muy amable, —dijo con tono irónico.

—Sheveän, no somos vuestro enemigo. Respetamos vuestro dolor...

—¡Respetar! ¿Habéis llorado? ¿Habéis llorado a vuestra familia, Edrehasivar, o estáis muy ocupado regocijándoos?

Maia la miró, sin una respuesta, una evasión, una salida. Se había olvidado del nohecharei, y la situación comenzó a volverse

violenta cuando Beshelar dijo:

—Princesa, tememos que estáis demasiado nerviosa. ¿Podemos llamar a una de vuestras damas?

Sheveän le lanzó una mirada asesina, luego hizo una fría reverencia.

—Serenidad, perdonadnos, no somos nosotras mismas.

—Lo entendemos —dijo Maia, sin saber si le estaba mintiendo o no—. Venid a vernos mañana, Sheveän, y hablaremos.

—Serenidad —dijo, aún inflexible, y se alejó casi arrollando a Osmin Bazhevin mientras se marchaba.

Osmin Bazhevin lanzó una mirada de disculpa a Maia por encima del hombro de la princesa. Era curioso que la princesa, en su dramatismo, se hubiera olvidado mencionar a Osmin Bazhevin o a alguna de las (presuntas) preocupaciones de Osmin Bazhevin respecto el cuerpo de su prometido.

Maia tuvo que respirar hondo un par de veces antes de poder decir, en voz baja y serena:

—Gracias, Beshelar.

—Serenidad —dijo Beshelar con rudeza—. Es nuestro trabajo.

LA PRINCESA Y EL TESTIGO

Estaba de nuevo en la Untheileneise'meire, aunque no sabía el motivo. Había olvidado algo, pensó, algo valioso. Lo había dejado junto a la tumba de su madre, y si la luz del sol de la mañana lo tocaba, se desintegraría y desaparecería.

Así que allí estaba él, en la Untheileneise'meire y en mitad de la oscuridad. Un rayo de luz de luna atravesaba el óculo y, bajo la luz de la luna vio caer la nieve, que se acumulaba sobre el ataúd lacado que estaba solo en el centro del anillo de columnas.

Para llegar a la tumba de su madre y al valioso objeto que había dejado allí, tenía que pasar junto al ataúd.

Comenzó a cruzar la Untheileneise'meire con el corazón latiendo demasiado deprisa,

Mientras se acercaba, el ataúd pareció crecer, hasta que se hizo más alto que él mismo y bloqueó por completo el diámetro del círculo. Tendría que trepar por él, aunque se sentía agobiado por sus ropajes y los metros y metros de ondeante velo. Trató de subir por un lado del ataúd, arrastrado hacia atrás por sus ropas, medio enredado por las masas de velos, y cuando por fin llegó a la cima, descubrió que alguien había retirado la tapa.

«Mer Celehar debe estar por aquí», pensó, y quiso llamarlo, pero no le salía la voz de la garganta.

El cadáver yacía tal y como lo había visto la última vez, con las manos cruzadas y la cabeza tapada con encaje blanco. Tendría que pasar por encima de él, pero podría hacerlo.

—No tengo la intención de faltar al respeto —le susurró, y estiró una mano para agarrar el lado opuesto del ataúd.

Las manos del difunto lo agarraron por las muñecas con tanta fuerza que parecían de hierro.

—¿Faltar al respeto? —dijo con voz apagada y húmeda. Pudo ver tras el velo la desigual y oscura abertura de su boca—. ¿Has llorado? ¿Has llorado por tu familia, Maia? —Se levantó apoyado en un brazo—. ¿Has llorado por mí?

La cabeza tapada se acercaba más y más, y él se inclinó más y más hacia atrás, cayó, agitó los brazos y salió corriendo, tropezando, por los oscuros pasadizos del Edonomee, con los sollozos atrapados en la garganta y el cadáver arrastrándose detrás de él, gritándole con voz horrible.

—¡Llora por mí! ¡Llora por tu padre!

El velo se le quedó enganchado entre los pies, se cayó, y cuanto más trataba de levantarse de nuevo, más enredado estaba y más pesados se volvían sus ropajes. Se agitó, impotente, e intentó apoyar las manos en el suelo, con la boca llena de velos. La mano muerta de su padre lo agarró por el tobillo.

Maia dio un grito y se despertó.

—¿Serenidad? —dijo la voz de Cala.

La forma angulosa de Cala estaba perfilada contra la ventana.

—Es un título irónico, ¿verdad? —respondió dijo Maia en voz baja mientras se daba cuenta de que las prendas enredadas de su pesadilla no eran más que las sábanas. El corazón le latía con fuerza, y estaba empapado en sudor.

—Serenidad, ¿estáis bien?

La puerta se abrió de par en par, y Maia levantó el brazo en un gesto inútil de taparse.

—Me pareció oír... —dijo Beshelar con voz nerviosa.

—Estamos bien, creo —lo tranquilizó Cala—. Parece ser que solo fue un sueño. Serenidad, ¿estáis bien?

—Estamos bien —contestó Maia—. Rogamos nos disculpéis por haberos preocupado.

—Serenidad —dijo Beshelar, y cerró la puerta sin dar un portazo.

—¿Qué hora es? —quiso saber Maia, y entrecerró los ojos para mirar a Cala en la ventana.

—Las seis y media, Serenidad. No habéis estado dormido más de cuarenta y cinco minutos.

—No es de extrañar que nos sintamos como si nos hubiera pateado un caballo. Lo sentimos, Cala, no quisimos asustaros, de verdad.

—No pasa nada —dijo Cala—. Deberíais dormir, Serenidad.

Maia sintió el rechazo como una lluvia de agua helada. Se sentó y extendió una mano de forma impulsiva.

—Cala, ¿te he ofendido?

Cala estaba de pie junto a la ventana, con las manos cruzadas sobre las mangas de la túnica. Se quedó en un silencio que empeoraba la situación por lo inesperado. Un momento después, Cala habló, y las palabras salieron disparadas, frías y duras.

—Serenidad, no podemos ser vuestros amigos.

—¿Amigos? Cala, yo... si me he tomado demasiadas libertades, disculpadme.

—No se trata de eso —Cala no parecía contento, y tenía las orejas pegadas al cráneo, pero se había girado para mirar por la ventana con mucho cuidado, de tal forma que Maia no pudiera verle la cara—. Serenidad, hemos observado que tratáis a vuestros nohecharei más como iguales que como a sirvientes.

—Pero no sois mis sirvientes.

—No somos vuestros iguales, Serenidad. Tenemos obligaciones para con vos que debemos cumplir, y en el

cumplimiento de esas obligaciones debe radicar el alcance de nuestra relación.

En ese momento Maia sintió como si se estuviese ahogando.

—Cala... —trató de decir, pero la voz se le quedó atrapada en la garganta.

—Debéis hacerlo, Serenidad. El Adremaza habló con nosotros antes del funeral. Ya ha habido rumores de que no actuáis como lo hacía el difunto emperador y que él no lo aprobaría. A la corte no le parece bien que eligierais a Beshelar y a nosotros como vuestros guías.

—¿A quién si no se suponía que debía elegir?

Demasiado tarde, oyó la aspereza de su propia voz. Cerró los ojos y bajó la cara hacia sus manos. Le ardían los ojos; se dijo que era solo cansancio.

—Serenidad —dijo Cala con voz amable—, nosotros tampoco vimos mal alguno en ello. Nosotros, yo, estaba contento y orgulloso, y siempre lo estaré. Pero el Adremaza tiene razón. Estamos aquí para protegeros. Somos vuestros nohecharis. No podemos ser otra cosa.

—Lo entendemos —dijo Maia, obligando a las palabras a pasar a través del dolor en su garganta. Se dejó caer de espaldas a Cala—. Tenéis razón. Deberíamos dormir.

—Serenidad —murmuró Cala.

Maia se quedó tumbado con los ojos cerrados, y se obligó a respirar con lentitud a pesar de que sentía que tenía la garganta y el pecho llenos de piedras, y aunque al final consiguió quedarse dormido, su sueño no fue reparador.

Cuando despertó de nuevo, eran las nueve y media, el sol entraba por la ventana, y Esha estaba inclinado sobre él.

—¿Serenidad? Serenidad, vuestro secretario está fuera y dice que debe hablar con vos urgentemente.

Maia trató de levantarse de la cama, medio dormido y malhumorado.

—¿Dijo cuál es el problema?

—No, Serenidad —Esha le ayudó a ponerse una bata acolchada con puños y cuello de terciopelo—. Solo que era importante y que no podía esperar.

—Gracias —dijo Maia, y se colocó el cabello trenzado sobre el cuello y lo dejó caer por la espalda. Salió a ver qué era lo que alteraba a su secretario.

Csevet, porque se trataba de Csevet, le hizo una reverencia formal, pero era evidente que estaba alterado, ya las orejas se le movían a pesar de que hacía todo lo posible por mantener la compostura. Maia reprimió un bostezo.

—¿Qué sucede?

—Serenidad, ¿qué le dijisteis a la princesa Sheveän?

—Que hoy hablaríamos de sus preocupaciones respecto al cuerpo de su esposo. ¿Por qué?

—Está en la sala de recepción echando fuego por la boca. Dice que, si no la recibís, buscará una reparación del lord Canciller.

Maldecir era de plebeyos, le habían dicho tanto Chenelo como Setheris, el recurso de aquellos que no tenían buena cuna ni educación. Maia apretó los dientes para no decir un montón de palabras que había aprendido de Haru.

—Quiere pasarnos por encima.

—¿Serenidad?

En pocas palabras, Maia le contó su entrevista con la princesa en la corte Untheileneise de la noche anterior.

—Vemos que fuimos imprudentes al no especificar un momento exacto, pero no pensamos que... —concluyó.

—Que la princesa se rebajaría a utilizar una táctica tan reprobable —dijo Csevet, y arqueó una ceja.

—Quizás fuimos unos ingenuos —dijo Maia.

—¡Serenidad! —murmuró Csevet con horror fingido.

«Tampoco puede ser tu amigo», pensó Maia, y se arrebujo en la bata al sentir un escalofrío que no estaba en el aire.

—No creo que saquemos nada bueno de que la princesa agobie al lord Canciller.

—No —respondió Csevet—. Nos inclinamos a estar de acuerdo.

—¿Podrías... retenerla? No podemos concederle una audiencia en bata a la princesa de la Corte Untheileneise.

—Serenidad —dijo Csevet con una gran reverencia—. Haremos todo lo que podamos.

Se fue, y Maia regresó a su habitación para decirle a Esha que necesitaba vestirse a toda prisa.

Los edocharei estaban un poco molestos por su impaciencia, pensó, aunque lo dedujo solo por el silencio de labios apretados y orejas bajas en el que hicieron su trabajo.

Su eficiencia y cuidado no disminuyeron en lo más mínimo, y, aunque estaba vestido de una forma muy simple (para un emperador), cuando bajó las escaleras del Alcethmeret hacia el salón de recepción, estaba imaculado, con cada pelo y pliegue en su lugar.

La princesa de la Corte Untheileneise estaba de pie en el centro de la enorme sala, aún vestida de riguroso luto. Estaba sola, no se había molestado en traer el insignificante apoyo de Osmin Bazhevin. Se echó el velo hacia atrás mientras se acercaba e hizo una reverencia, aunque no muy profunda.

—Serenidad.

—Sheveän. Esperamos que hayáis dormido bien.

—No hemos dormido —replicó, como si solo un monstruo sin corazón pudiera imaginar que habría sido capaz de hacerlo.

Maia se permitió hacer una pausa, al reconocer la rudeza de su respuesta, luego dijo:

—Por favor. Sentaos.

Ella se sentó, con la espalda más recta que un palo, y los ojos fijos en él con gran desconfianza. Maia se sentó también, y, al ver que no tenía forma de evitarlo, se limitó a decir:

—El *Sabiduría de Choharo* fue saboteado.

Al principio pensó que no le había entendido, pero la respuesta que le dio le indicó que ella no lo consideraba relevante para su

queja.

—¿Y?

—Debemos averiguar quién mató a nuestro padre y a nuestros hermanos —se explicó—. Para eso, necesitamos a un Testigo de los Muertos.

—Sí —respondió ella con la impaciencia de una mujer hablando con un idiota—. Y el mismo lord Chavar nos aseguró que los testigos habían tratado los cuerpos con la debida reverencia y que el funeral no se vería en modo alguno obstaculizado. ¡Y luego descubrimos que Edrehasivar ha interferido, retrasando la ceremonia e incomodando a todo el mundo, sin mencionar la falta de respeto hacia su padre, al traer al primo de Csuru!

La rabia se apoderó de ella, y Maia se preguntó, en aquel frío y sarcástico rincón de su mente que sonaba a Setheris, si ella estaba enfadada por la interrupción del funeral o por el supuesto favor hacia el pariente de la emperatriz viuda.

Parecía que el corazón se le iba a salir por la garganta, se sentía tan pequeño y cansado como se sentía ante la ira de Setheris. Pero recordó cuando Csevet le dijo: «La función del canónigo Orseva no es dictar lo que debéis hacer», y su propia determinación de no permitir que Setheris le mandara. Era lo mismo, la misma necesidad.

—Princesa, solo podemos aseguraos, una vez más, que no hubo profanación. Podéis hablar con el testigo si lo deseáis.

Oyó el temblor de su propia voz, y solo pudo esperar que ella no la notara.

—Sí —dijo ella, apática y fría, y Maia no tuvo más remedio que llamar a un paje y pedirle que le dijera a Thara Celehar que atendiera al emperador.

Un silencio sepulcral se apoderó de ellos mientras esperaban. Para gran alivio de Maia, Celehar tardó poco, y se dio cuenta de que no sabía dónde estaban los aposentos del testigo. Celehar iba vestido de luto raído, al igual que el día anterior. Sheveän y él estaban extrañamente bien coordinados, con los rostros como

máscaras blancas y los ojos enrojecidos. «¿A quién ha perdido?», se preguntó Maia mientras le hacía un gesto a Celehar para que se pusiera en pie y trataba de pensar una forma de explicar la situación que no sonara como «La princesa de la Corte Untheileneise nos ha acusado a todos de profanar la tumba».

—Mer Celehar, la princesa desea asegurarse de que el cuerpo de su marido fue tratado con el máximo respeto en su...

Celehar podría haber estado actuando como testigo en contra de su voluntad, pero no era cruel. Se inclinó ante Sheveän.

—Princesa, os ofrecemos nuestras más sinceras condolencias.

—Os lo agradecemos —respondió ella con frialdad.

—Somos prelados de Ulis y Testigo de los Muertos —le explicó Celehar—. Aunque renunciamos a nuestra prelatura, aún estamos santificados. Fuimos los únicos que pusimos las manos sobre el cuerpo de vuestro esposo, y os aseguramos que lo hicimos con la máxima reverencia y con oraciones. Por favor, hablad con el archiprelado si tenéis la más mínima duda.

—Sois Testigo de los Muertos.

—Así es.

Celehar no reaccionó al tono sarcástico en la voz de ella. Maia ni siquiera estaba seguro de que lo hubiera notado.

—Entonces, ¿por qué no os pidieron que participara en la investigación del lord Canciller?

—Entendemos que el lord Canciller prefiere testigos judiciales —respondió Celehar.

—Ya vemos —dijo Sheveän—. Suponemos que no deberíamos haber esperado tanto de Edrehasivar.

La mirada que le lanzó a Maia era puro veneno, y él comprendió a la perfección que acababa de llamarlo bobo supersticioso.

No le importó, solo deseaba que aquel enfrentamiento acabara. Se puso en pie.

—Sheveän, si no hay más preguntas para Mer Celehar, estamos muy ocupados esta mañana.

Ella se puso en pie, obediente a la etiqueta, aunque no necesariamente al emperador.

—Sí, eso habíamos oído. Serenidad.

Hizo una reverencia sin un mínimo de auténtico respeto en ella y se marchó.

—Serenidad —dijo Celehar—, ¿dijimos algo mal?

Incluso sonaba algo preocupado.

—No, no, Mer Celehar, tememos que nos hemos ocupado de eso mucho antes de que llegerais. No es asunto vuestro, y si la princesa os... os molestara en vuestra investigación, debéis decirle que venga a hablar con nosotros. Ella es nuestro problema.

—Serenidad —dijo Celehar. Dudó, y luego dijo—: Desearíamos, como decimos, visitar el Ulimeire de Cetho. Os agradeceríamos que nos escribieseis una carta de presentación.

—¿Al prelado? Pero vos... —Maia titubeó ante la mirada fulminante de Celehar, como el gruñido de un animal herido—. Estaremos encantados de escribir esa carta, Mer Celehar.

—Gracias, Serenidad —contestó Celehar con una reverencia.

—¿Esperareis? La escribiremos ahora mismo si os parece bien.

—Nos hacéis un inmerecido honor —dijo Celehar, pero con poca elegancia en realidad.

Maia se alegró de que se quedara en la sala de recepción mientras él iba a la Sala Tortuga a escribir la carta.

Dadas las aparentes objeciones de Celehar para presentarse a sí mismo como un colega prelado, Maia mantuvo los términos de la carta tan generales como pudo, tan solo le pidió al prelado del Ulimeire que le prestara toda la ayuda y la asistencia posible al portador, Thara Celehar, que actuaba como agente del emperador. No estaba redactada con elegancia, pero era práctica, y sabía que en algún lugar del Alcethmeret, Csevet estaba a la espera con una lista de cosas que el emperador debía atender, y que esa lista no se acortaría por la demora.

Regresó a la sala de recepción y le dio a Celehar la carta sellada. Celehar hizo una reverencia en señal de agradecimiento y

se fue, dejando a Maia a solas con Cala y Beshelar. Permaneció callado durante unos segundos y estuvo a punto de decirles algo, como lo habría hecho el día anterior, pero recordó lo que le había dicho Cala: «No podemos ser vuestro amigo». Pasó junto a ellos, sin mirarles a los ojos, y subió de nuevo a la sección privada del Alcethmeret, con sus nohecharei detrás de él.

NEGOCIACIONES

Finalmente, la tarea con la que Csevet le abordó fue la primera reunión de los Corazhas del reinado de Edrehasivar VII. Los Corazhas se reunían en una enorme sala orientada al sur llamada el Verven'theileian, el Salón de las Consultas. Maia llegó, se sentó y observó la nieve caer a través de las ventanas arqueadas, mientras Csevet, a su lado, tomaba frenéticas y numerosas notas. Se sentía impotente, irremediablemente fuera de lugar. Los Corazhas parecían hablar una lengua extranjera la mayor parte del tiempo, y su forma de hablar enérgica y firme dejaba claro que no tolerarían las interrupciones de un emperador ignorante.

«Debes aprender a gobernar», se dijo a sí mismo. «Debes aprender todas esas cosas». Pero no logró abrir la boca, demasiado consciente de lo que los Corazhas pensarían de él, demasiado consciente de que Cala y Beshelar estaban de pie quietos como estatuas.

«Más tarde le preguntaré a Csevet», se prometió, y continuó fingiendo prestar atención a los asuntos de su gobierno. Los Corazhas no le hicieron ninguna pregunta, y parecían no tener interés en sus opiniones o en sus ideas. «Saben que no tengo»,

pensó en tono mordaz. Ciertamente, no tenía ninguna opinión sobre el tema de discusión principal de esta mañana. Nunca antes había oído a nadie sugerir la construcción de un puente en Istandaärtha, y le costaba creer que fuera posible.

De hecho, ese era uno de los puntos conflictivos: el Testigo del Judiciato se negaba rotundamente a creer que Istandaärtha pudiera cruzarse con un puente, y desde luego no por encima de Cairado. El Testigo del Parlamento se encontraba en desventaja, ya que, si bien sostenía con firmeza que la propuesta era factible, estaba claro que él mismo no entendía la mecánica de cómo se iba a construir un puente sobre el río más ancho y rápido de las Ethuveraz.

—¿Y qué pasa con el comercio fluvial? —preguntó el Testigo del Tesoro—. ¿Qué se supone que deben hacer las barcasas de Ezho? ¿Saltar ese fabuloso puente como si fuesen ranas?

—Será como una especie de puente levadizo —dijo el Testigo del Parlamento, y se sonrojó ante el resoplido de incredulidad del Testigo del Judiciato.

—¿Un puente levadizo de dos millas de longitud? —dijo el Testigo del Tesoro—. Deshehar, nos tememos que os han engañado.

—Os aseguramos que no hay ninguna duda de la honestidad y la buena fe de quienes presentaron esta propuesta ante el Parlamento —dijo con firmeza el Testigo del Parlamento—. No hacemos justicia a sus ideas, y, de hecho, todo lo que pidieron fue tener la oportunidad de presentarse ante los Corazhas.

—¿Pero por qué deberían llevarlo ante los Corazhas? —preguntó uno de los testigos a quien Maia no había sido capaz de seguir—. ¿No deberían ir a las universidades?

—Ya hemos perdido suficiente tiempo en estas tonterías —dijo el Testigo del Judiciato, anticipándose a lo que parecía ser una inminente explosión del Testigo de las Universidades.

El Testigo de la Prelatura, un individuo de rostro enjuto que era lo bastante mayor como para ser el abuelo del archiprelado, y Maia

se preguntó si eso tendría que ver con la extrema delgadez de su cara.

—Eso, eso —dijo otro testigo.

Maia se mordió la lengua y trató de no dar la impresión de que le hubiese gustado hacer más preguntas. «Eso solo haría que parecieras más tonto de lo que eres», pensó, y esperó en un triste silencio a que la reunión de los Corazhas acabase por fin.

E incluso cuando consiguió escapar de los Corazhas, fue simplemente para verse emboscado por otra obligación. Setheris estaba esperándole en el pasillo.

—Primo Setheris —lo saludó Maia deteniéndose en seco.

—Su Serenidad —respondió él con una reverencia.

Maia tuvo que hacer un gran esfuerzo para no retroceder. Su lógica racional le decía que ya no debía tenerle miedo a Setheris, y que nunca lo volvería a tener, quedó aplastada por los diez años de acumulación de golpes y abusos, el antiguo dolor ardiente en su brazo izquierdo, el agachar la barbilla de forma instintiva para evitar mirar a los ojos a Setheris.

—Serenidad —volvió a decir Setheris, enderezándose—, llevamos varios días pidiendo audiencia con vos.

Maia se contuvo, levantó la barbilla, y las orejas aplastadas bien podrían ser por irritación en lugar de por miedo.

—Hemos estado muy ocupados, primo.

—Lo entendemos, Su Serenidad, pero el asunto es urgente, y...

En ese momento, Csevet salió al pasillo. Corrió de inmediato para colocarse entre Maia y Setheris. Maia pudo, agradecido, retroceder y respirar profundamente. Csevet y Setheris se revolviéron el uno contra el otro como perros de pelea, y, aunque Maia lo único que deseaba era salir corriendo, después de todo, era el emperador, y, ¿quién lo detendría?

—Csevet, por favor, organizad una audiencia para nuestro primo lo antes posible. Vamos de regreso al Alcethmeret.

—Sí, Su Serenidad —respondió Csevet.

—Gracias, Su Serenidad —dijo Setheris.

Maia leyó en sus ojos el mensaje sin palabras: «Es bueno saber que no te hayas olvidado de Edonomee». Luego Setheris se volvió hacia Csevet, que ya tenía su pulida máscara de corte de nuevo en su lugar. Maia tuvo que hacer la acción consciente y deliberada de darle la espalda a Setheris. Era aún más difícil caminar que huir de él. «Ya no puede hacerme daño», se dijo Maia, pero las palabras no tenían convicción y aún menos significado. Le ardía el antebrazo, pero se prohibió a sí mismo frotarse la piel.

Caminaba con mayor rapidez de lo normal, pero no logró obligarse a reducir la marcha. Y no lamentaba salir tan rápidamente de los pasillos de la Corte Untheileneise.

Mientras se acercaban a las puertas del Alcethmeret, Cala habló, rompiendo un largo silencio:

—Su Serenidad, ¿estáis bien?

—Lo estamos, gracias —dijo Maia de forma educada pero distante.

Cala no lo volvió a intentar de nuevo.

Había una carta esperando a Maia, pero esta vez era privada, se trataba de una invitación de Nurevis Chavar a un espectáculo que había organizado para esa misma noche: una soprano del Gran Teatro de la Ópera de Zhaö, que cantaría arias de varias óperas famosas. Maia nunca había estado en la ópera, aunque había leído sobre ellas en los periódicos que de vez en cuando llegaban a escondidas a Edonomee, y estaba demasiado complacido por la obertura de Nurevis como para soñar siquiera en rechazarla. En cuanto Csevet regresó, con la cara tan impávida como siempre, aunque Maia pensó que había visto una pequeña irritación en la punta de una oreja, Maia le indicó que enviara la respuesta aceptando la invitación.

Había también una carta de Thara Celehar:

Para su Su Serenidad Imperial, Edrehasivar VII, saludos.

En obediencia a los deseos de Su Serenidad, esta mañana nos dirigimos al Ulimeire de Cetho. Como no sabemos cuándo podrá darnos

audiencia Su Serenidad, pensamos que sería mejor enviaros este informe.

Presentamos vuestra carta al prelado de Ulimeire, quien se sintió muy complacido y dispuesto a ser de ayuda. Nos contó todo lo que sabía sobre las víctimas, que no era mucho, ya que, por supuesto, la naturaleza de su prelatura excluye a una congregación fiel de los vivos, y luego nos mostró sus tumbas. Sus familias, nos dijo, están reuniendo dinero para una lápida.

Maia tuvo que dejar la carta a un lado. Se preguntó con tristeza, mientras se giraba para que Csevet no se diera cuenta y se alarmara por las lágrimas en los ojos, por cuántos momentos como ese tendría que pasar, cuántas veces más le golpearía la realidad de la tragedia. Cada vez que pensaba, «Sin duda, con esto ya queda resuelto», doblaba otro rincón inesperado, y allí estaba de nuevo, cruel, severo y sin piedad. Esta vez, pensó en la tripulación y el capitán del *Resplandor de Cairado*, en su ansiedad y su amabilidad, y se preguntó quién les habría llorado si hubiera sido saboteada su aeronave.

Csevet.

—¿Su Serenidad?

—Deseamos que se les hagan regalos a las familias de aquellos que murieron en el *Sabiduría de Choharo*.

—¿Su Serenidad?

Se giró.

—¿No he hablado lo suficientemente claro?

—Pero ¿qué clase de regalo, Su Serenidad?

—No sabemos. No sabemos qué sería lo más apropiado.

¿Podemos darles dinero?

—Su Serenidad puede hacer lo que le plazca.

—Si les damos dinero —dijo Maia, despacio y con claridad—, ¿se sentirán ofendidos? Estamos cansados de ofender con todo lo que hacemos.

—Su Serenidad, no entendemos...

—Sí o no.

—Su Serenidad... —dijo Csevet. Mientras jugueteaba distraído con su pluma—. Sería considerado más respetuoso si el regalo tuviera algún... algún significado.

—Muy bien. —Cogió la carta de nuevo y le hizo un gesto con ella a Csevet—. Mer Celehar nos dice que las familias quieren comprar una lápida. ¿Sería ese un regalo con un significado apropiado?

—Sí, Su Serenidad.

—Hacedlo, por favor.

—Sí, Su Serenidad.

Maia continuó leyendo la carta.

Hemos pensado entre las tumbas y, después de obtener del prelado los nombres de los familiares de los tripulantes de la aeronave, nos entrevistaremos con ellos a medida que podamos organizar las reuniones. Estas personas, cuya única conexión con el difunto emperador es la muerte, lo que las enseñanzas de nuestra orden llaman *stathan*, son aquellos cuyas vidas y muertes pueden mostrar con mayor claridad la ruptura en el patrón que buscamos. Tal no es siempre el caso, pero es cierto con la suficiente frecuencia como para que valga la pena considerarlo.

También queremos mencionar que se le ha notificado al prelado del Ulimeire que debe mantenerse disponible para la investigación de los testigos del lord Canciller, por lo que Su Serenidad no debe temer que la investigación no sea más que rigurosa. Pero, como Su Serenidad parece desear, continuaremos nuestra propia búsqueda de la verdad.

Con la esperanza de que Su Serenidad apruebe nuestras acciones e intenciones,

Thara Celehar.

«No sé lo suficiente como para desaprobarlo», pensó Maia. No era tan ingenuo como para no ver a qué estaba destinada la estrategia de la escritura de esa carta de Celehar, pero tampoco era tan ingenuo como para pensar que su gestión del asunto supondría algún tipo de mejora. Celehar estaba entrenado para esto, y aunque

a Maia le preocupaba su descontento, no creía que Celehar eludiría un deber una vez que lo hubiera aceptado.

Csevet soltó un pequeño carraspeo de nerviosismo. Maia dejó la carta de Celehar y se giró hacia él, con el ceño fruncido.

—Su Serenidad. Está el asunto del matrimonio de la archiduquesa Vederó.

Maia tardó un momento en recordar a qué se refería Csevet.

—Sí. ¿Os ha dicho algo ya Dach'osmer Tethimar? Le dijimos que debía hacerlo.

—No, Serenidad. Es decir, sí, Serenidad, hay una carta de Dach'osmer Tethimar pidiendo una audiencia, pero eso no es lo que quisimos decir. Hay... una nueva complicación.

—Por supuesto —dijo Maia, con risa contenida—. Dinos ya eso tan malo.

—Su Serenidad sabe, por supuesto, que el archiduque Ciris ya está comprometido en matrimonio —Csevet sonaba ahora un poco más alegre.

—Era algo que nos había llamado la atención —comentó Maia al acordarse de un par de comentarios difamatorios que Setheris se había permitido hacer en la mesa del desayuno, en los que recordó a Stano Bazhevin, el asustado don nadie que estaba a la sombra de Sheveän.

—El conde Bazhevel, el padre de la futura novia, ha escrito, y la oficina del lord Canciller ha considerado oportuno pasarle el asunto a usted.

—¿No deberían haberlo hecho?

—Serenidad —Csevet hizo un confuso gesto de insatisfacción con su pluma—. En principio, sí, pero habría cabido esperar que hicieran primero una cierta cantidad de tarea indispensable.

—¿Tarea indispensable?

Se sintió estúpido al preguntarlo cuando Csevet claramente esperaba que lo entendiera, pero confió en que Csevet, al contrario que los Corazhas, no se resentiría o no utilizaría su estupidez en contra de él.

—Serenidad, lo que Bazhevel propone es un matrimonio para reemplazar la oportunidad de unión perdida con el archiduque.

—No puede esperar que nuestra hermana se case con su hija.

Csevet sonrió un poco con el chiste.

—No, Serenidad. Pero parece más bien esperar que lo hagáis vos.

Maia lo miró fijamente.

—¡Pero no podemos casarnos con ella! ¡Es una Drazhadeise!

Csevet hizo un ruido de insatisfacción.

—Por eso que estamos disgustados con la oficina del lord Canciller. El conde Bazhevel sostiene que, ya que el matrimonio no fue celebrado ni consumado, debe considerarse como nulo, y que Osmin Bazhevin todavía es un Bazhevadeise.

—Firmaron el contrato —dijo Maia, y se sintió un poco sorprendido por la indignación claramente perceptible en el tono de su voz.

—El conde Bazhevel es ingenioso —dijo Csevet—, pero sospechamos que no pretende que su argumento se tome muy en serio, ya que de inmediato propone una alternativa. Aunque él no tiene hijos que se puedan casar, afirma que él y el honor de su casa estarían satisfechos si la archiduquesa se casara con el hijo mayor de su hermano, Osmer Dalera Bazhevar.

—Entonces su primera sugerencia es solo un engaño —comentó Maia, pero la mayor parte de su atención estaba en otra cosa—. El honor de su casa. ¿Está dando a entender que la muerte del archiduque fue planeada por los Drazhada como un insulto a los Bazhevada?

—Creemos, Serenidad, que espera que la amenaza de tal implicación... os alentaré a seguir su plan, así como la sugerencia de su matrimonio con Osmin Bazhevin os hará considerar su segunda sugerencia con alivio.

—O él es muy estúpido o cree que nosotros lo somos.

—Serenidad —murmuró Csevet sin comprometerse.

Maia suspiró.

—Al parecer debemos hablar con nuestra hermana. De hecho, nos resulta un poco perturbador que ella no haya intentado hablar con nosotros.

Beshelar habló de forma inesperada.

—Es bien sabido que la archiduquesa no está muy a favor del matrimonio. Tal vez esperaba que el asunto quedara olvidado en medio de la confusión.

—Tal vez —dijo Csevet dudoso.

Maia miró el reloj. Las tres y media.

—Cenamos con la corte, ¿no?

—Así es, Serenidad.

—A las ocho, creo que nos dijo Esha.

—Sí, Serenidad.

—¿Tenemos algún otro asunto que debemos atender antes de la cena?

—Ninguno que no pueda ser aplazado, Serenidad. No le daremos a Osmer Nelar la satisfacción de concederle una audiencia esta tarde.

—Os lo agradecemos. Entonces, ¿podrías enviar a un paje para ver si la archiduquesa Vederó puede atendernos?

—Sí, Serenidad —dijo Csevet, y tiró de la cuerda de la campana.

La archiduquesa no tardó en aparecer en respuesta a la convocatoria. Todavía iba de luto riguroso, pero, a diferencia de la mayoría de las damas de la corte, no se preocupaba en absoluto de los adornos. Negro sobre negro, cintas negras en el pelo, y sin ningún tipo de joyas, salvo los sencillos aretes de las orejas. Maia, cuyas manos le dolían por el peso de los anillos, la envidiaba por eso.

Hizo una reverencia y murmuró «Su Serenidad», se sentó ante su invitación, y una vez sentada casi pareció transmutarse en mármol. Con el rostro impassible, la postura perfecta, no mostró ninguna curiosidad acerca de porqué deseaba verla, y no ofreció ni tan siquiera una conversación inicial propia. Maia se dio cuenta en

seguida de que ella ganaría cualquier juego de espera, así que habló.

—Debemos hablaros de vuestro matrimonio.

Vedero pensó en la frase antes de contestar.

—No deseamos casarnos.

Su voz carecía de pasión, o incluso de interés.

—Sabemos que nuestro difunto padre estaba negociando vuestro matrimonio.

—Sí.

Maia comenzó a preguntarse si ella lo estaba molestando de forma deliberada, pero si era así o no, nada ganaría si perdía los nervios.

—¿Con quién? —le dijo con paciencia.

Al menos ella no fingió no entenderle.

—Con el duque Tethimel, en nombre de su hijo Eshevis.

No había nada en el tono de su voz que indicara si le gustaba, odiaba o si tan siquiera conocía a Eshevis Tethimar. Tal perfecta desconexión sugería en sí misma, por desgracia, cuál era la verdadera opinión de Vedero.

—¿Hasta dónde llegaron las conversaciones?

—No lo sabemos, Serenidad.

Si mentía, y así lo creía él, lo hacía muy bien. Maia pensó en Eshevis Tethimar, en cómo se había pasado de la raya al pensar que podía salirse con la suya y tratar de forzar las negociaciones, pensó en el conde Bazhevel para tratar de cambiar un matrimonio por otro como si Vedero y su propia hija no fuesen más que vacas lecheras.

—Si no os casarais, ¿qué haríais? —dijo con brusquedad.

—¿Serenidad?

Estaba perversamente complacido de ver que era posible sorprenderla.

—Si no os casarais. ¿Qué harías en vez de eso?

—Os lo agradecemos, Serenidad, pero no esperamos que estéis interesados en nuestras locas y fantasiosas ambiciones.

Era el mayor número de palabras que había conseguido escuchar de ella de una sola vez. Maia sonrió levemente y, siguiendo su ejemplo, se limitó a esperar en silencio.

Lo miró con amargura al darse cuenta de que no hablaría ni la dejaría marcharse hasta que hablara, entonces dijo, en voz baja y tono desafiante, un inesperado indicio de lo que ella había sido de niña.

—Estudiaríamos las estrellas.

—¿Las estrellas?

—Sí, Serenidad —dijo ella.

De pronto, le pareció ridículo y denigrante que una mujer de veintiocho años estuviera sujeta al juicio de un medio hermano diez años más joven que ella.

—Entonces deberíais hacerlo.

Por la forma en la que todos le miraron, Vedero, Csevet, Cala, Beshelar, se dio cuenta de que había vuelto a decir algo equivocado. Hubo un doloroso silencio, y Maia sintió que le ardía la cara. Fue Vedero quien tomó aire para hablar.

—Serenidad, necesitáis nuestro matrimonio.

—Pero si no es lo que desea...

—Serenidad, su posición de negociación ya es lo suficientemente débil. No se puede permitir esperar a que Ino y Mireän sean mayores de edad.

—Pero, ¿con quién estamos negociando?

—Con el mundo, Serenidad —respondió Vedero con tristeza.

Su voz y su porte le recordaron que ella había estado en la corte desde su más tierna infancia. Deseó poder pedirle consejo, pero a pesar de su repentino arrebató de sinceridad, temía que ella aún lo odiara, y como sabía que su ignorancia era su debilidad, no quería hacerla más explícita de lo que ya era.

Se puso en pie y señaló el final de la audiencia.

—Gracias, Vedero. Pensaremos en lo que nos habéis dicho.

—Serenidad —dijo ella, mientras se levantaba y hacía una reverencia—. No debéis tenernos en cuenta a la hora de tomar

vuestra decisión. Nuestro difunto padre no lo hizo nunca.

Ella le había dado un consejo sin que se lo pidiera. El problema era, pensó Maia mientras la veía irse, con la dignidad como armadura, que no estaba seguro de si era un consejo que quería seguir.

Csevet se aclaró la garganta. Maia se giró y lo encontró con una mirada aprensiva y obstinada.

—Deseáis decir algo que no nos va a gustar —dijo Maia.

—Eso nos tememos, Serenidad. La archiduquesa tiene razón. Debéis negociar con el mundo, y no podéis permitir os esperar hasta que vuestras sobrinas estén en edad de casarse.

—Estáis hablando de nuestro matrimonio de nuevo.

—Sí, Serenidad. Pero tal vez... Su Serenidad nos preguntó por los anillos con sello, y tenemos un mensaje de Dachensol Habrobar, que está a disposición de vuestra Serenidad. Podemos tardar unos quince minutos en llegar a su taller desde aquí, y podemos discutir los asuntos por el camino.

—¿El emperador va a ver a Dachensol Habrobar? —dijo Maia, no ofendido, ya que aún no se había vuelto tan arrogante, pero sí sorprendido.

—Serenidad. Entendemos que, para poder decidir qué diseño se adaptará mejor a cualquier persona, Dachensol Habrobar tiene que poder consultar su colección de anillos con sello, de los cuales tiene varios miles.

—Está bien —aceptó Maia, y se dio cuenta de que Csevet había conseguido que estuviera ansioso por visitar a Dachensol Habrobar y, por lo tanto, sin argumentos para seguir debatiendo sobre su hipotética esposa.

«Hay más de un tipo de negociación», pensó Maia, y se dispuso a mantener su parte del trato y escuchar con atención lo que Csevet tenía que decir. No se sorprendió al descubrir que Csevet tenía una lista.

—Pensamos, Serenidad, que sería mejor hablaros un poco de las mujeres que hay ahora mismo en la corte, para que pueda

decidir cuál os gusta cuando las conozca y hable con ellas. Porque si bien este es un asunto de suma importancia y que no se debe descuidar, no creemos que sea algo en lo que deba apresurarse.

—No. No queremos emular a nuestro padre en lo que respecta al matrimonio.

Las orejas de Csevet se retorcieron y se aplanaron un poco.

—Serenidad, sentimos que debemos señalar que, en gran medida, los numerosos matrimonios del difunto emperador no fueron culpa suya.

—Tal vez —dijo Maia. No quería discutir con Csevet—. Háblanos de nuestras posibles emperatrices.

Csevet consultó su lista.

—Entendemos, en primer lugar, que Eshevis Tethimar ha traído a la corte Untheileneise a su hermana soltera con más edad, Paru Tethimin, aunque no la hemos visto. Ella tiene catorce años, y Dach'osmer Tethimar es probable que esté maldiciendo su suerte por haber malgastado a su hermana Uleviän con el príncipe de Thu-Athamar, ya que ella tiene la misma edad de Su Serenidad.

—No os gusta Dach'osmer Tethimar —dijo Maia, un poco sorprendido de que Csevet mostrara algún tipo de preferencia, positiva o negativa.

—Os pedimos disculpas, su Serenidad —respondió Csevet, con las puntas de las orejas enrojecidas—. Hemos permitido que se nos vaya la lengua.

—No —lo tranquilizó Maia—. No nos sentimos ofendidos. Y valoramos vuestra opinión. No sentimos que congeniemos con Dach'osmer Tethimar.

—Hubo un incidente... —empezó a explicar Csevet, y el rubor se le extendió desde las orejas hasta el rostro—. Al principio, cuando éramos mensajeros. Preferiríamos no discutirlo, pero... —Se aclaró la garganta y movió las orejas para erguirlas—. Quizás sea por eso por lo que guardemos rencor contra Dach'osmer Tethimar.

—Lo recordaremos —dijo Maia—. Y creemos que con catorce años es muy joven para casarse.

—Sí, Serenidad —admitió Csevet—. En la corte también está Osmin Loran Duchenin. Tiene veinte años, es la segunda hija del conde Duchenel. Además, es la sobrina, por parte de madre, de lord Chavar.

—Muchas gracias, porque no lo hubiéramos sabido.

—¿Cómo podríais, Serenidad? —dijo Csevet con amabilidad, como si no hubiera nada inusual o tedioso en tener que educar a un emperador en asuntos que debería haber sabido sin pensar, como el respirar—. Osmin Duchenin es una joven despierta y hermosa, es una especie de rival para la emperatriz viuda. Por otro lado, está Dach'osmin Csethiro Ceredin, que es la sobrina nieta de Arbelan Drazharan, es igual de despierta, se mueve en los mismos círculos que vuestra hermana Vederó. Son las más apropiadas de todas las mujeres de la corte con una edad aproximada a la de Su Serenidad, lo que significa que tanto ellas como sus casas son ambiciosas y por lo tanto muy propensas a buscar un matrimonio.

—Sí, por supuesto —dijo Maia, mientras sentía una combinación de infelicidad e irrealidad con la que se había familiarizado desde que llegó a la Corte Untheileneise—. Imaginamos que no son las únicas.

—Hay varias familias de gran ambición, pero, por supuesto, no han estado preparando a sus hijas como posibles emperatrices, y es probable que haya un poco de lucha. En lo que se refiere a Dach'osmin Tethimin, probablemente no podrá aparecer en público hasta que no haya sido preparada de la forma adecuada. Sin embargo, Su Serenidad tiene razón, y no cabe duda de que los Ubezhada, los Erimada, los Shulihada —dijo repasando su lista—, además de los Virenada y los Olchevada, presentarán a sus hijas. Y tal vez Su Serenidad preferirá a una de las jóvenes menos refinadas.

Levantó las cejas hacia Maia, quien dijo con impotencia:

—No lo sabemos.

Nunca había pensado en el matrimonio, ni en sus fantasías más enloquecidas, imaginó que las jóvenes competirían por su favor. Cuando se le presentó en la realidad, se dio cuenta de que era una perspectiva nada agradable.

—Hay tiempo, Serenidad —le dijo Csevet para tranquilizarlo—. Aquí está el taller de Dachensol Habrobar.

El taller parecía más una bóveda que un taller, un enorme espacio oscuro lleno de ecos en cada pared, sobre las que se veían fila tras fila de pequeños cajones cuadrados. En el centro había una mesa, iluminada por una moderna lámpara de gas, y en la mesa estaba Dachensol Habrobar.

Era un hombre pequeño, de menos de cinco pies de estatura cuando se levantó de un salto para saludar al emperador, con la piel gris plateada y los ojos del mismo color. Estaba completamente calvo, con la piel reluciente. Hablaba con un acento que Maia no reconoció, que parecía recortar todas las palabras por su forma de hablar apresurada, ya que Dachensol Habrobar usaba cinco palabras en el tiempo que tardaba Maia en pronunciar una. Había sacado de las profundidades de la bóveda una caja de gran tamaño parecida a un joyero con huecos acolchados, y cada uno de ellos contenía lo que él llamaba un «tipo» de sello.

—Digamos que uno tiene un descuido, ¿sí? Tiene un descuido y está paseando por los jardines de la duquesa Pashavel y quizás esté jugueteando con su sello pasándolo de una mano a otra, aunque no es lo más recomendable, Su Serenidad. Y se le cae, ¡vaya!, y allí va: cae dentro del estanque ornamental y antes de que pueda pensar en meterse en el agua para buscarlo, es devorado por una carpa ornamental, que el Pashavada importa a un gran costo desde algún lugar del oeste y que todos a menudo nos preguntamos cómo consigue mantener con vida. Entonces acude a nosotros, desesperado y avergonzado, y sin embargo no todo está perdido, ya que conservamos el molde. —Y metió la mano en uno de los pequeños huecos acolchados con sus pequeños y hábiles dedos—. ¿Lo veis, Serenidad? Esto no es el sello, sino la impresión de la cual

se hace el sello. Conservamos todas las impresiones de los sellos que hacemos. Este molde es del sello de Dach'osmin Lisethu Pevennin. Ella fue la última de su familia, pobre dama, y murió antes de haber usado el sello más de cinco veces.

Maia miró el sello, un cisne con una tiara delicadamente tallado, y trató de ubicar el nombre Pevenn, Pevennar, Pevennada, Pevennel... era un nombre antiguo, arcaico...

—Dach'osmin Pevennin murió hace casi quinientos años —dijo Csevet—. Por orden de Edrethelema Quinto.

—Era una dama muy inquieta —dijo con tristeza Dachensol Habrobar.

Y por supuesto la razón por la que Pevenn le había sonado tan familiar era que los Pevennada lideraron la última gran rebelión contra los Drazhada.

—Disculpad —le dijo Maia a Dachensol Habrobar—, pero, ¿vos hicisteis su sello?

—Nuestro pueblo es muy longevo —le explicó Dachensol Habrobar—. Somos viejos, pero lo más probable es que vivamos para hacer los sellos de vuestros nietos, Serenidad.

«Si tengo alguno», pensó Maia. Esperó poder controlar su gesto de indecisión, y no mostrarlo, pero probablemente no fuera una coincidencia que Habrobar dijera de inmediato:

—Hemos sacado una selección de sellos de los Drazhadeise, para que podáis ver la gama de opciones con vuestros propios ojos.

Los extendió con precisión y rapidez, identificando cada uno por el nombre del emperador, emperatriz, archiduque, archiduquesa o vástago menor de la Casa Drazhada al que pertenecían. Felinos por todas partes: acostados, corriendo, acurrucados en un sueño realista, saltando sobre un ratón, sosteniendo una rosa, empuñando una espada, un gato blanco y otro negro enroscados uno alrededor del otro, una cara de gato gruñendo con bigotes y dientes tallados con exquisitez, una pata de gato con garras en forma de gancho.

—El difunto emperador, vuestro padre —murmuró Habrobar— escogió este diseño.

Dejó sobre la mesa un modelo de un gato con una pata apoyada sobre una corona. La corona era claramente la Ethuverazhid Mura, y Maia quedó impresionado por la destreza de Habrobar al mismo tiempo que lo rechazaba por el diseño.

—Edrehasivar Sexto —explicó Habrobar, y colocó un diseño con un gato sentado con la cola enroscada entre sus patas y mirando con solemnidad hacia fuera—. Estaremos encantados de mostrarle a Su Serenidad cualquier otro diseño que deseéis ver para ayudaros a decidir.

Maia miró con atención los diseños que tenía delante de él. Le faltaba algo, y le llevó mucho tiempo ver qué era.

—¿Hicisteis un sello para..., es decir, la emperatriz Chenelo, nuestra madre, tiene un sello?

—Por supuesto, Serenidad —dijo Habrobar—. No estábamos seguros... —Ya fuera por temor a ofender al emperador o por simple tacto, no acabó la frase—. Un momento. —Levantó la capa superior de huecos acolchados y, sin vacilar, eligió un diseño de la capa que había debajo—. Los barizheise no usan sellos, pero cada avar tiene una imagen que utiliza en sus estandartes de guerra. La del gran Avar actual es la serpiente marina a la que los barizheise llaman el Corat'Arhos, «Crueldad del agua». Por lo tanto, para la emperatriz Chenelo hicimos este.

Lo colocó sobre la mesa: una delicada imagen de una criatura mitad gato y mitad serpiente retorcida. Era grotesco, pero también era extraña e inexplicablemente esperanzador, Maia tuvo que parpadear con fuerza para esconder las lágrimas.

—Lamentamos que nunca pudiera usarlo —dijo Habrobar con la misma voz suave y rápida—. El emperador lo encontraba inadecuado e insistió en que ella usara los felinos de los Drazhadas en su lugar. Pero lo guardamos, ya que guardamos todos los diseños que hacemos. No sabíamos si querríais verlo. —Sus ojos de color gris plateado se encontraron con los de Maia—. Serenidad, si quisierais usarlo, creemos que no sería inadecuado. Nunca se hizo un anillo para ella.

—Sí —dijo Maia, y todos fingieron no oír que su voz se había roto—. Sí, gracias.

—No debería llevarnos más de una semana —comentó Habrobar—. Ahora, si nos permitís...

Se produjo un rápido revuelo de medidas y preguntas, y, para cuando Maia se marchó del taller abovedado de Dachensol Habrobar, casi se le olvidó que se había puesto en evidencia. Pero no olvidó, y se dijo que no lo olvidaría, que era posible que la gente fuera amable sin ningún motivo oculto, que algunas veces no era necesario negociar.

«Algunas veces. Pero no a menudo», le dijo la fría voz de Setheris en su cabeza.

MIN NEDAÖ VECHIN

Cenar con la corte fue una experiencia que odió tan pronto como se embarcó en ella. Gracias a los esfuerzos combinados de Chenelo y Setheris, la etiqueta de Maia era perfecta y automática, lo que reconoció como la ayuda que era. Pero lo que ambos habían descuidado, Chenelo porque Maia era demasiado joven, y Setheris porque nunca se le habría ocurrido molestarse en hacerlo, era el arte de la conversación. Maia se sentó con su hermanastra Nemriän a la izquierda y lord Deshehar, el Testigo del Parlamento, a la derecha, y no tenía ni una sola palabra que decirle a ninguno de ellos.

Nemriän, quien claramente no deseaba hablar con él de ninguna de las maneras, centró su atención sin disculparse en su otro compañero de mesa, el anciano, pero astuto Testigo del Judiciato. Deshehar, ya fuera por tener naturalmente mejores modales o por ser más sensible a los peligros de ofender a un emperador, hizo una serie de intentos de hablar con él. Tuvo el tacto de mantenerse alejado de las cuestiones políticas, recurrió a la literatura como tema de conversación, pero Setheris le había prohibido a Maia leer la mayoría de los libros de los que hablaba y el

resto no estaba en la pobre biblioteca de Edonomee, así que sus esfuerzos no tuvieron éxito e hicieron que Maia se sintiera descortés, ignorante y bastante grosero. Fue un alivio escapar de la mesa, y un alivio aun mayor encontrarse a Nurevis esperándolo, sonriendo y de inmediato centrando toda la conversación en él mismo.

Maia no supo si fue deliberado o no que la aparente charla ingenua de Nurevis en realidad le proporcionara una gran cantidad de información. Se enteró de todo lo referente a la Casa de la Ópera de Zhaö, «la más antigua de las Tierras Élficas, como ya sabéis, y en la que todo compositor que se precia debutó sus obras», y luego Nurevis llegó al tema de la soprano que cantaba esa noche y se puso poético, pareciendo olvidar por completo a su acompañante.

Se llamaba Nedaö Vechin. Ella era la prima soprano más joven en la historia de la Ópera Zhaö, y el poder de su voz no era meramente notable, sino (algunos decían) divino. Era hermosa e inteligente, y aunque no era de buena familia, Nurevis decía que sus modales y su voz eran irreprochables.

—Nunca habéis visto nada como ella en vuestra vida, Serenidad —le dijo, y Maia no le dijo lo poco que eso significaba.

Las estancias del lord Canciller, aunque por supuesto no se podían comparar con el Alcethmeret por tamaño o grandeza, eran espaciosos, bien equipados y elocuentes para los ojos de Maia, acostumbrados a la mugrienta semipobreza de Isvaroë y Edonomee, y de una riqueza usada con sumo cuidado, pero no escasa. Se preguntó, no por casualidad, de dónde provenía la riqueza de la Casa Chavada, e hizo una nota mental para preguntarle a Csevet. ¿Era el de lord Canciller un puesto remunerado? Otra de la infinitamente creciente lista de cosas que no sabía.

El salón ya estaba repleto de cortesanos vestidos con brillantes colores. El período de luto oficial de la corte había acabado con el velatorio; aquellos que continuaban vistiendo de negro, como Vederó, lo hacían porque sentían una conexión más íntima y

personal con el difunto. El propio Maia, dividido entre la sinceridad y el tacto, llevaba los anillos con joyas oscuras apropiados para el luto, pero también había vuelto al blanco imperial. Estaba seguro de que había muchos a quienes ofendió al negarse a sentir un dolor que en realidad no sentía, pero esa falta de sinceridad sería un insulto para sí mismo, para los muertos que no había amado y para su madre, por quien no se le había permitido llevar luto después de su funeral porque Setheris lo consideró poco apropiado. Pero todavía se sentía juzgado a los ojos de la corte.

Nurevis, con amigable alboroto, abrió paso entre la multitud para que Maia y sus nohecharei pudieran llegar hasta el lugar donde se suponía debía sentarse el emperador. Maia lo encontró vergonzosamente prepotente, con una extensión reluciente de suelo que parecía un foso entre él y las decorosas hileras de sillas del resto de la audiencia. Incluso aquí se veía obligado a ser el emperador. «¿Elegirías de buena gana estar encerrado con gesto sombrío en tu torre?», se preguntó, y se sintió mejor por poder burlarse de su propio descontento.

La llegada del emperador era la señal para que comenzara el espectáculo de la noche. Los cortesanos se colocaron en sus sillas, y la soprano, rodeada por admiradores en un rincón del salón, avanzó hacia el lugar reservado para ella, flanqueada por dos altos candelabros. Maia se olvidó de sí mismo y se quedó estupefacto.

Nedaö Vechin no era meramente hermosa. Era pequeña, esbelta, con los ojos de un extraordinario color verde pálido como el jade, era perfecta, su piel como porcelana sobre la exquisita finura de sus huesos. Iba vestida con elegante sencillez, con un vestido estilo tulipán de un color rosa oscuro y con una larga cola. El cabello claro como la luz de la luna, recogido y trenzado, sujeto con peinetas de carey y cintas color rosa, y la única joya que lucía era una serie de diminutos aros con cuentas de oro en las orejas. No podría haber causado una mejor impresión aunque hubiera estado cubierta de rubíes de los pies a la cabeza.

Maia supuso que tal vez tendría tres o cuatro años más que él, y se quedó maravillado de su compostura. Sin esfuerzo, captó la atención de la audiencia, les ofreció una brillante sonrisa, y sin más fanfarrias comenzó a cantar.

Su voz era pura y rica, y, para Maia, asombrosamente clara. El mejor canto que había oído hasta entonces era el de una de las hijas del cocinero de Edonomee, y el poder de la voz de Min Vechin le mostró con exactitud cuál era la diferencia entre la dulce voz de Aänyo cantando viejas baladas y un verdadero cantante. Varios escalofríos le recorrieron la espina dorsal, y casi tuvo miedo de respirar, temeroso de que de algún modo pudiera destruir la belleza que ella estaba sacando de la nada.

No conocía ninguna de las canciones, ni sabía nada de las óperas de las que procedían. Pero no importaba, escuchó a Min Vechin y se sintió casi como si volara, llevado por su voz. Cuando acabó, le llevó un momento poder recuperar de nuevo la consciencia como para poder darse cuenta de que había algo que se suponía debía hacer. El silencio expectante decía lo mismo, las orejas de los cortesanos se inclinaron hacia él, el rostro brillante y esperanzado de Min Vechin y el comienzo de algo que podría ser miedo en el fondo de sus ojos.

—Aplaudid, Serenidad —le dijo Tetimezh en un rápido susurro, y, con angustia y vergüenza, Maia comenzó a aplaudir con fervor.

Los cortesanos se unieron a él de inmediato, y Min Vechin hizo una profunda reverencia a su emperador antes de hacer otra reverencia al resto de su público.

Tenía que levantarse, liberar a los cortesanos de los lazos de la etiqueta, pero cuando comenzaron a hablar y a relacionarse de nuevo, Maia se quedó donde estaba, y pensó que todas aquellas historias sobre emperadores que salían disfrazados y se mezclaban entre la gente común tenían ahora más sentido de lo que nunca tuvieron en los mugrientos confines de su habitación en Edonomee. Miró hacia la multitud y observó cómo discutían y analizaban la actuación de Min Vechin y deseó simplemente poder caminar y

unirse a una de esas conversaciones, deseó con todo su corazón que su padre hubiera considerado conveniente criarlo en la corte, o incluso en una de las ciudades menores del imperio, donde al menos podría haber aprendido a comportarse en sociedad y no haberse quedado aquí paralizado por el conocimiento de su propia ignorancia e ineptitud.

«Debería irme», pensó, y estaba a punto de volverse hacia sus nohecharei cuando vio que Nurevis se abría paso con determinación entre la multitud y se dirigía hacia él, y que Min Vechin caminaba detrás de él con la delicadeza de un cervatillo.

Se detuvo cortésmente fuera del alcance de su oído, y Nurevis se acercó a Maia en solitario.

—Serenidad —murmuró Nurevis—. Min Vechin ha expresado un gran deseo por presentarse ante vos. ¿Nos permitiríais...?

Maia miró con incredulidad a Nurevis y a Min y de Min a Nurevis de nuevo.

—A... ¿a nosotros?

—Sois el emperador —señaló Nurevis con una sonrisa.

—Sí, sí, por supuesto..., es decir, estaríamos encantados de conocer a Min Vechin.

Sentía como si la cara estuviera a punto de arderle.

—¡Espléndido! —dijo Nurevis, haciendo caso omiso con educación del nerviosismo de su emperador.

Se dio la vuelta y le hizo una señal a Min Vechin, quien avanzó y le hizo una reverencia aún más profunda.

—Serenidad —dijo ella con una voz tan hermosa y clara cuando al hablar como lo era cuando cantaba.

Maia estaba muy nervioso. Ella era aún más deslumbrante de cerca, y el aroma que desprendía era delicado y sutilmente especiado, y diferente por completo a todo lo que Maia se había encontrado antes. El corazón le latía con fuerza.

—Estamos encantados de conoceros, Min Vechin. —Trató de buscar algo más que decir y añadió—: Vuestra voz es muy hermosa.

—Gracias, Serenidad —contestó ella mientras Maia se maldecía a sí mismo por ser el hobgoblin atontado que Setheris siempre le había dicho que era. Para su horror, se escuchó decir:

—Sabemos muy poco sobre ópera, pero hemos disfrutado mucho con su canto.

—Su Serenidad es muy amable.

Su cortesía fue perfecta, pero pudo sentir como se retraía detrás de esa cortesía, decepcionada por la torpeza de su respuesta.

—No, yo... —Se contuvo y dijo con suma cautela—: Queríamos decir que no podemos ofrecerle un elogio culto, tan solo una sincera admiración.

Su error al menos había vuelto a captar su atención. Sus ojos verdes, con un color aún más dramático por el maquillaje que oscurecía los párpados, lo observaron con atención. Una parte de él de hipersensibilidad pura se dio cuenta de que los cortesanos observaban el encuentro, incluso mientras continuaban con sus propias conversaciones.

Entonces Nedaö Vechin sonrió, y el resto del mundo desapareció.

—Apreciaremos mucho más la buena opinión de Su Serenidad sabiendo que es completamente sincera.

Tenía un ligero acento desconocido. Un leve ceceo al rozar las sibilantes. Pero la profunda claridad de su voz suavizaba su forma de hablar y la convertía en un arte tan radiante como el vidrio soplado. Maia se dio cuenta de que se había quedado de nuevo embelesado y se apresuró a decir:

—¿Cuánto tiempo lleváis con la Ópera de Zhaö?

Era una pregunta bastante banal, pero Min Vechin también se lo perdonó.

—Desde que alcanzamos la mayoría de edad. Hemos querido cantar desde que éramos muy pequeña, pero la compañía no admitía aprendices menores de edad. Aunque cantamos en su coro infantil antes de eso.

—¿Qué tiene que ver una compañía de ópera con un coro infantil?

Ella se echó a reír, y él se dio cuenta de que había dicho algo más que delataba su ignorancia. Pero su sonrisa aún era cálida.

—Vemos que en realidad sí que os habéis mantenido alejado del mundo de la ópera, Serenidad. Muchas grandes óperas usan un coro de niños. Cantamos como una rana de árbol en *El Sueño de la Emperatriz Corivero* cuando teníamos once años. Y, por supuesto, están las óperas michen.

—¿Perdón?

—¿Las pequeñas óperas? —Ella parecía desconcertada, pero él realmente no tenía ni idea de lo que estaba hablando—. ¿Su Serenidad nunca fue a una ópera de michen cuando era pequeño?

—No —dijo, y no trató inútilmente de explicar que Setheris habría condenado esa idea, si alguna vez hubiera surgido. Se limitó a decir—: Siempre hemos vivido lejos de todo, menos de los pueblos más pequeños.

Por una milésima de segundo pareció horrorizada, luego recuperó los modales antes de contestar.

—Esperamos que vuestra primera experiencia os incline a buscar más oportunidades en el futuro.

—Sí —dijo Maia.

Un momento después, Nurevis estaba a su lado otra vez, murmurándole sobre alguien más que deseaba ser presentado ante el emperador.

Min Vechin hizo una gran reverencia, con otra brillante sonrisa, y se alejó hacia la multitud.

Maia, todavía sin aliento, la vio marcharse.

Le costó un considerable y deliberado esfuerzo reenfocar su atención y ser cortés con la persona que Nurevis le estaba presentando. Y con la siguiente persona. Y con la siguiente. Todo el mundo deseaba ser presentado ante el emperador, y todo lo que Maia podía hacer era sonreír y decir frases neutrales y sin sentido como «Gracias» y «Estamos encantados», y tratar con

desesperación de recordar frases y caras. Renunció a descifrar las intrincadas conexiones entre casa y casa hasta que, mucho más tarde, Nurevis le murmuró:

—Y ella, Serenidad, es Osmin Loran Duchenin.

Cansado y abrumado como estaba, Maia reconoció ese nombre, recordó que Csevet le dijo que era la sobrina de Chavar: orgullosa y ambiciosa, una rival para Csuru. Una mujer a la que le gustaría ser emperatriz. Parpadeó y se obligó a sí mismo a atender a la mujer vestida con seda de color verde que hacía una reverencia ante él.

Cuando se levantó, vio que era más alta que Csuru, aunque igual de esbelta. Sus ojos eran de un verde más oscuro que el de Min Vechin y los adornaba con peridotos. Le sonrió.

—Esperamos que Su Serenidad haya disfrutado del concierto.

—Mucho —respondió Maia.

Hubo una pausa en la que sabía que debería estar diciendo algo, pero no tenía ni idea de qué. Las perfectas cejas de Osmin Duchenin se unieron en un gesto muy leve. Luego volvió a sonreír.

—Como recién llegado, Su Serenidad debe encontrar la Corte Untheileneise muy desconcertante.

—Sí, es abrumador.

Osmin Duchenin se echó a reír, como si él hubiese dicho algo ingenioso, y se lanzó a contar una historia sobre alguien que ella conocía (Maia no entendió la relación exacta) que había llegado tres horas y media tarde a una cena porque trató de tomar un atajo por una parte desconocida del palacio y se perdió.

—¡Al final lo tuvo que acompañar un limpiabotas! —acabó diciendo, riendo a carcajadas de nuevo.

Por suerte, Nurevis estaba allí antes de que Maia tuviera que contestar o, aún peor, responder con una anécdota. Esta vez se le acercó para sugerir que tal vez al emperador le gustaría tomar una copa de hidromiel y conocer a algunos de los amigos de Nurevis. Maia no consiguió retener ninguno de los nombres, su memoria ya estaba llena de vías de agua y hundiéndose bajo el peso de la carga

de información de la noche. Eran todos del mismo estilo, altos y de rostro estrecho, ojos azul pálido, verde pálido y gris pálido, de rasgos agudos, pero extrañamente vacíos. Eran jóvenes que nunca habían estado solos, o asustados o devastados por el dolor. Aparecieron las mismas frases vacías sobre el canto de Min Vechin que Maia llevaba escuchando toda la noche y él respondió lo mejor que pudo.

Se produjo una incómoda pausa mientras todos buscaban algo que decir. Uno de los jóvenes salió con valentía al paso.

—¿Su Serenidad caza? Vuestro difunto padre, el emperador, era un gran jinete.

—¿Cómo iba a cazar, bobo? —dijo otro joven en tono amable, salvando a Maia de tener que lidiar con cualquier parte de la pregunta, explícita o implícita—. Edonomee está en las marismas occidentales. Allí cazan urogallos, ¿o son gansos? Aves, de cualquier manera.

—¿Recuerdas esa vez que Corvis Pashavar espantó una bandada de faisanes? —interrumpió un tercer joven.

—Montaba aquella yegua rojiza con cara de plato, ¿no? —dijo el primer joven—. ¿La que trató de darle un mordisco a Solichel en la primera reunión de caza de Cairen hace tres años?

—Nos habíamos olvidado de eso —dijo el tercer individuo con una sonrisa—. Bueno, Pashavar le advirtió que tuviera cuidado con lo que estaba haciendo.

—Incluso para una yegua, esa alazana de Pashavar es bastante traicionera —dijo otro joven, y al cabo de poco, los amigos de Nurevis casi se habían olvidado del emperador y discutían sobre la yegua alazana de Corvis Pashavar e intercambiaban historias de sus propios caballos, de los caballos de sus amigos y de los caballos que sus padres les habían contado. Maia estaba de pie y escuchaba, y aunque nunca le había gustado el hidromiel, se bebió el vaso entero y lo consideró un precio muy pequeño que pagar.

EL PROBLEMA DE SETHERIS

La mañana era desapacible. Unas nubes grises cargadas de nieve cubrían el patio de la Corte Untheileneise. El silencio en la habitación del emperador era tan pesado como las nubes de fuera. La noche anterior, el emperador regresó al Alcethmeret muy tarde y más que un poco borracho. Sus edocharei, aunque lo desaprobaban, hicieron su trabajo en total silencio. Maia, sin resaca, pero con un humor tan frío y apagado como el cielo, miraba por la ventana y trataba de no pensar en el recuerdo de la voz de Nedaö Vechin.

Las cosas no fueron mejor en el comedor, donde se quemó la lengua con el primer sorbo de té. Csevet era tan activo y eficiente como siempre, pero ese día estaba poniendo nervioso a Maia, como si hubiera algún tipo de reproche oculto o un juicio desfavorable detrás del rostro impassible de Csevet.

Una vez que se hubo ocupado de la correspondencia, que era mucha menos ahora que Maia concedía audiencias y asistía a las reuniones de los Corazhas, Csevet se dirigió con un poco de reticencia al emperador.

—Serenidad, habéis prometido hablar con Osmer Nelar esta mañana.

Las palabras eran tan pesadas como el plomo. Le suponía un gran esfuerzo no dejar caer los hombros y la barbilla.

—Lo haremos —dijo, satisfecho de lo tranquila y sosegada que sonó su voz—. ¿Es el primer asunto de nuestra agenda?

—Serenidad, pensamos que sería mejor aclarar el asunto de inmediato.

—Gracias. ¿Habéis encontrado una posición que podamos otorgarle?

—Hemos hecho todo lo posible, Serenidad. Da la casualidad de que la oficina del lord Canciller necesita con urgencia un intermediario con la ciudad de Cetho. El intermediario previo acaba de comunicar que debe ir al sur por problemas de salud.

Maia pensó en las frías nubes grises que cubrían la corte y se estremeció por solidaridad.

—¿Qué implica ese puesto?

—Papeleo, en su mayor parte —dijo Csevet con una momentánea mueca de expresión que hizo sonreír a Maia—. Según hemos sabido, las jurisdicciones de la corte y de la ciudad están, en el mejor de los casos, enredadas, en especial en materia de impuestos. El intermediario con la ciudad de Cetho, tal y como está diseñado el correo, pues, desenreda los enredos.

—Ya vemos —dijo Maia al considerar que la posición sonaba muy adecuada tanto para las aptitudes de Setheris como para su importancia personal—. ¿Y dijisteis que el puesto pertenece a la oficina del lord Canciller?

—Serenidad, el intermediario civil es un puesto expresamente destinado a evitar que estos asuntos ocupen el tiempo del emperador. Osmer Nelar informará al lord Canciller. —Csevet dudó antes de seguir hablando—. No tendrá motivo ni justificación para pedir una audiencia con Su Serenidad, y nos atrevemos a decir que el lord Canciller se sentiría bastante ofendido si él lo intentara.

Y Uleris Chavar, el viejo enemigo de Setheris, era el hombre idóneo para encargarse de él si era necesario.

—Gracias, Csevet. Eso suena perfecto.

—Serenidad —dijo Csevet con una reverencia.

—¿Cuándo nos espera nuestro primo?

—A las nueve y media, Serenidad, en el Michen'theileian.

Maia miró el reloj y se desanimó al comprobar que eran casi las nueve. «Perezoso autocomplaciente», se dijo con amargura. Miró sin ganas la variedad de succulentos platos que Dachensol Ebrems había enviado desde la cocina y se sirvió un poco más de té. Con Setheris esperándole, sabía que solo probaría unas migajas, y ya tenía el estómago pesado y con calambres sin la carga añadida de la comida. Ni siquiera el té le caía bien de verdad, con el recuerdo de Setheris burlándose de la manzanilla, solo apropiada para campesinos y bárbaros.

«Es un buen puesto», se dijo a sí mismo, en lucha con el conocimiento malsano de que Setheris con toda seguridad querría más. Si tenía la intención de aparecer en un lugar prominente del gobierno de su primo, Maia esperaba que los días anteriores hubieran sido suficiente para disiparla, pero él había sido un testigo involuntario de los sueños de gloria de Setheris durante diez años. El intermediario civil no sería lo que Setheris tenía en mente.

«No puede hacerte daño», se recordó. «Eres el emperador. Tienes guardias». Miró a sus nohecharei, ellos le devolvieron la mirada con solemnidad. Se bebió el té rápidamente para que las manos no le empezaran a temblar.

Se sorprendió al recordar su decimosexto cumpleaños, su ascenso formal a la edad adulta. Al igual que en los siete cumpleaños anteriores que pasó en Edonomee, no hubo celebración, ni regalos, ni mucho menos un «Muchas felicidades» a regañadientes por parte de Setheris. Y, por supuesto, ningún mensaje de la corte. Maia no esperaba que le concedieran la libertad, pero aún le dolía, y eso lo llevó a la locura imprudente de enfrentarse a Setheris.

—Ya soy un adulto —le dijo.

—¿Y qué? —le replicó Setheris medio borracho y en tono burlón.

—Eso cambia las cosas —le insistió Maia.

—No cambia nada, chico. Estáis bajo mi tutela hasta que el emperador diga lo contrario, no lo que digáis vos y vuestra vanagloriosa jactancia. Sois el mismo hobgoblin atontado que erais ayer, y si queréis, os lo demuestro.

Le había dado una bofetada en la cara a Maia, tan fuerte que se habría caído de rodillas, y, mientras estaba allí arrodillado, con el sabor de la sangre y de la sal de las incipientes lágrimas, había oído a Setheris reírse y salir de la habitación.

Setheris tenía razón. El cumpleaños de Maia no había cambiado nada. Setheris seguía siendo más fuerte, más irritable y más violento, aún tenía un poder que Maia no tenía, y no tenía intención de renunciar a él. Su pasión por el control solo podía mitigarse al saber que Maia le temía y a causa de ese miedo le obedecía. No eran iguales, y Setheris no quería que lo fueran.

«De hecho, ahora no somos iguales», pensó Maia, y se tomó el último sorbo de té. «Porque yo soy el emperador, y él es... él es un suplicante de Nuestra Serenidad Imperial».

La idea era tan incongruente que casi le resultaba absurda. Podía sentir el resentimiento asomando por la comisura de sus labios, y conscientemente lo frenó mientras se ponía en pie. Csevet y sus nohecharei retrocedieron con la misma elegancia que bailarines y lo siguieron hasta la puerta.

«Puede que tenga poder, pero en realidad estoy preso, atado con cadenas que Setheris no puede ni imaginar. Podía soñar con escapar de Edonomee. No hay escapatoria de la Ethuverazhid Mura, no a este lado de la muerte».

Y, sin embargo, nadie creería ni comprendería la naturaleza de su prisión, y menos aún Setheris. «Da gracias de que hablas solo en metáfora», se recomendó con severidad, y apartó de su mente todas esas ideas de prisiones.

El Michen'theileian parecía tan frío y amenazante como las nubes, aunque admitió que tal vez podría ser el efecto de ver a Setheris de pie, esperándole, como siempre solía hacer cuando Maia llegaba tarde a comer, a una clase, o al acudir cuando le llamaba. En realidad, ahora no tenía su reloj de bolsillo en la mano, pero la posición de su barbilla era suficiente.

—Serenidad —murmuró al acercarse Maia, e hizo una reverencia.

Por reflejo, Maia leyó los gestos de Setheris, como quien lee un mensaje codificado del que ha memorizado la clave. Fría rabia, nerviosismo, una subyacente presunción de certeza. Desesperado, pensó, «nunca conoceré a nadie tan bien como conozco a Setheris», y le respondió.

—Primo.

Dejó que Csevet y sus nohecharei se tomaran todo el tiempo que quisieran para colocarse, aunque bajo otras circunstancias se hubiera impacientado con la organización y reorganización de los omnipresentes montones de papeles de Csevet. Setheris se puso en pie y se sonrojó de ira. Maia se sentó y estudió cómo colocarse y respirar, porque no quería darle a Setheris ningún tipo de ventaja.

Solo cuando Csevet le indicó que estaba listo, Maia miró directamente a Setheris.

—Primo, hemos considerado vuestro deseo de obtener un puesto, y hemos sabido que la oficina del lord Canciller necesita un intermediario civil para mediar con la ciudad de Cetho. Creemos que este puesto estaría bien atendido por un hombre de vuestras aptitudes, si deseáis aceptarlo.

—De intermediario —dijo Setheris pensativo—. En la oficina del lord Canciller.

Maia conocía ese tono meditativo y neutral. Setheris lo usaba cuando alguien decía algo más estúpido de lo habitual, era una oportunidad para retractarse y de que la cara de alguien no sufriera las consecuencias de dicha estupidez. Las manos de Maia, en su regazo, donde Setheris no podía verlas, se estiraron y apretaron con

tanta fuerza que sintió cada uno de los huesos, sintió los anillos clavándose en la carne.

—Habíamos pensado, Serenidad, que os seríamos de más utilidad que para eso —dijo Setheris tras una pertinente pausa.

—Es un puesto excelente y honorable —dijo Csevet con brusquedad—, y os aseguramos que muy valorado por Su Serenidad y por el lord Canciller.

Bien podría no haber hablado por la atención que Setheris le prestó. Los ojos de Setheris estaban clavados en Maia, con firmeza.

Como un nudo en la garganta, Maia casi pudo oír las palabras, «¿Qué quieres?». Su miedo al mal genio de Setheris, a la vieja rutina de hacer lo que Setheris quería porque era más fácil y porque no importaba nada. «Tú eres el emperador», se dijo; tenía ya las manos tan apretadas que se estaba haciendo daño. «Eres Edrehasivar VII, y eso es lo que importa. Cede una vez ante Setheris y lo tendrás a tu espalda el resto de tus días, y tu gente lo tendrá que soportar también, aunque ellos no lo sepan».

Respiró hondo, casi tosiendo por la constricción de la garganta y el pecho, antes de hablar de nuevo.

—Es el puesto que os ofrecemos. ¿Lo aceptareis o lo rechazareis?

Casi no le salió la voz, y notó oír el titubeo en ella. Pero esas palabras eran las suyas, no las que Setheris quería que dijera.

El silencio en el Michen'theileian se mantuvo segundo tras segundo. Maia notó la tensión de sus nohecharei, aunque seguro que sabían que Setheris no le atacaría. Setheris tenía un enorme amor propio, pero no estaba loco. El destierro no era el peor destino para un hombre que había disgustado al emperador.

Maia no podía mirar a Setheris a la cara, aunque sabía que debería hacerlo, miró justo detrás del hombro de Setheris, y se concentró en evitar que las orejas se le pegaran traicioneramente al cráneo. Cerró el puño para que las uñas se le clavaran en las palmas de las manos. El dolor contrarrestó el miedo, y lo acogió con satisfacción.

Luego Setheris se inclinó, un pequeño y rígido gesto apenas más que una leve inclinación de la cabeza.

—Serenidad. Nos presentaremos ante el lord Canciller a petición vuestra.

Maia trató de evitar decir «Gracias». En su lugar logró decirle otra cosa.

—Podéis decirle al lord Canciller, primo, que tenemos plena confianza en vuestra competencia.

—Serenidad —dijo Setheris sin sentirse apaciguado, y se inclinó.

La puerta se cerró tras él.

—¿Serenidad? ¿Estáis bien? —le preguntó Csevet.

—Estamos bien, gracias —respondió Maia, mientras desanudaba las manos.

—Él no debería haberos hablado de ese modo.

—No tiene importancia —dijo Maia—. Vamos. Hemos perdido demasiado tiempo con nuestro primo. Decidnos qué hay para hoy.

—Serenidad —respondió dijo Csevet, y obediente rebuscó entre sus montones de papeles.

Pero Maia no dejó de notar la mirada pensativa de Csevet y sabía que indicaba su curiosidad. Habló con voz áspera y quebradiza por la repentina ira.

—No deseamos volver a hablar más de nuestro primo.

—Serenidad —dijeron sus nohecharei a coro, y los tres hombres se inclinaron.

«Eres el emperador. Observa cómo te obedecen y alégrate», se dijo Maia con amargura.

La mañana transcurrió con una serie de pequeñas decisiones, resoluciones intrascendentes, cosas que las secretarías de los Testigos y del lord Canciller debían conocer antes de que la tarea de gobernar el imperio pudiera proseguir. Maia escuchó y juzgó con el mayor cuidado que pudo, haciendo preguntas con determinación cuando era necesario, a pesar de la humillación de desvelar su ignorancia.

«Es mejor preguntar», se decía a sí mismo una y otra vez, con los dientes apretados, pero de todos modos se sintió aliviado cuando Csevet dijo con firmeza que el almuerzo del emperador lo esperaba y que todos los secretarios se debían marchar.

Pero la última de las modestas, nerviosas e insignificantes de las secretarias de la cancillería no había aún cruzado la puerta cuando el mismísimo Chavar entró con un nuevo montón de secretarios.

—Serenidad, debemos hablar de inmediato. Sobre el matrimonio de la archiduquesa Vederó.

—Su Serenidad va a... —comenzó a decir Csevet, pero Maia levantó una mano y lo interrumpió.

Chavar mostraba un rostro de gesto taimado, una expresión de la que Maia desconfió en seguida, y quiso saber de inmediato qué era lo que ponía nervioso a Chavar, en lugar de posponerlo hasta que fuera peor.

—Entendemos, que Su Serenidad no está llevando a cabo las negociaciones del difunto emperador con los Tethimada —declaró Chavar.

Maia levantó las cejas, muy a su pesar. Alguien había estado hablando, y estaba seguro de que no fue su propia casa ni la de Vederó.

—Aún no nos hemos decidido —dijo, y se preparó para soportar una regañina, pero Chavar ya estaba lanzado.

—Nunca habríamos aconsejado al difunto emperador que hiciera tal alianza, y nos complace que Su Serenidad muestre más cautela. En especial cuando, como ya sabe Su Serenidad, existe otra alianza que corre el riesgo de perder.

Maia, demasiado desconcertado para intentar hablar, le hizo un gesto para que continuara.

—Sabemos que su Serenidad ha recibido una propuesta del conde Bazhevel —explicó Chavar, que parecía aún más astuto bajo un velo de paciencia.

Todo estaba claro ya. Impulsado por una chispa de perversidad, Maia dijo:

—¿Os referís a su sugerencia de que deberíamos casarnos con su hija?

—¿Qué? ¡Es ridículo! —casi gritó Chavar—. No podéis casaros con Osmin Bazhevin ni con Csorú Zhasanai.

Maia miró a Csevet, quien levantó las cejas e inclinó las orejas de forma satírica. La oficina del lord Canciller podría, evidentemente, haber hecho un mejor trabajo con la carta del conde Bazhevel. Pero Chavar, inexorable, continuó hablando.

—Nos referíamos al matrimonio propuesto entre la archiduquesa Vederó y Osmer Bazhevar.

—El conde Bazhevel hizo alguna sugerencia de ese tipo —dijo Maia, se sentía tan cauteloso como un ciervo cuando huele los lobos, pero no puede verlos.

—Una alianza con los Bazhevada era uno de los mayores deseos de Varenechibel —dijo Chavar.

Había ido avanzando de forma constante en la estancia mientras hablaba, usando su presencia y el poder de su voz como arma. Maia se dio cuenta de que él mismo había ido retrocediendo poco a poco. Y Chavar no se había detenido.

«Él lo sabe, sabe que temes un conflicto y, por lo tanto, sabe que puede intimidarte sin pronunciar ni una sola palabra desagradable».

De forma deliberada, plantó los pies. No le daría más terreno.

—Estamos considerando las dos propuestas del conde Bazhevel, al igual que estamos considerando las demandas del duque Tethimel. Como no contamos con la confianza de nuestro difunto padre, solo podemos confiar en aquellos de sus deseos que se pusieron por escrito.

Chavar se infló como un sapo, pero Maia pensó: «No puede atacarte, y no puedes gustarle menos de lo que ya le gustas. No tienes nada que temerle a su ira». No se creía del todo a sí mismo, pero sabía que era mejor fingir que lo hacía.

—¿Dudáis de nuestra palabra, Serenidad? —dijo Chavar.

Era una acusación peligrosa, y una pregunta que Maia sabía que no debía contestar.

—Estamos estableciendo un principio para nuestro gobierno. Si Varenechibel Cuarto no dejó por escrito sus intenciones de su puño y letra, entonces debemos hacer nuestros propios juicios sin contar con el beneficio de su opinión. —Miró a Chavar, que farfullaba sin decir nada coherente, y añadió—: Si nos disculpáis, lord Canciller, ya llegamos tarde a nuestro almuerzo.

Pasó junto a Chavar, y aunque sabía que no podía hacer una salida tan grandiosa como él, salió del Michen'theileian con toda la dignidad que pudo.

Aunque el lord Canciller había causado un retraso, el almuerzo no se había atrasado demasiado. Maia comió sopa de remolacha agria, panecillos y carne de venado en escabeche con jengibre, mientras Csevet le explicaba el siguiente punto. Periódicamente, el emperador debía conceder audiencia a miembros de la corte que tenían favores que solicitar, quejas que comunicarle, o cualquier otro asunto que ellos creían que debían poner en conocimiento directo del emperador. También podría haber algunos plebeyos, aunque estos, decía Csevet, eran casos excepcionales. Mientras le explicaba el proceso por el que se seleccionaba a los demandantes comunes, Maia observó, pero no lo dijo en voz alta, que el propósito del gobierno parecía ser separar al emperador de sus súbditos. A un nivel personal, se sentía agradecido, pero su mente funcionaba según los principios del gobierno y no pudo evitar preguntarse si aquello era algo malo.

Otra de las listas de Csevet resultó ser una relación de las citas de la tarde.

—Se ceñirán a un horario estricto, Serenidad —le aseguró Csevet, después de haber visto algo en su expresión o en la posición de sus orejas que le transmitió su aprensión.

Maia asintió y trató de relajarse, pero era una larga lista, llena de gente a la que no conocía y de nombres que no podía ubicar,

hasta que Csevet llegó a un nombre que Maia conocía muy bien: Dach'osmer Eshevis Tethimar ha pedido permiso para presentar ante el emperador a su hermana Dach'osmin Paru Tethimin.

—Nadie más nos está presentando a sus hermanas o hijas —dijo Maia, y recordó la presentación casi espontánea de Osmin Duchenin por parte de Nurevis Chavar.

—Es una costumbre muy antigua, Serenidad —le explicó Csevet—. Los emperadores Varedeise prescindieron de ella, en especial el abuelo de Su Serenidad. Como vos podéis imaginar, ocupaba una gran parte del tiempo asignado a las audiencias.

—Sí. Entonces, ¿Dach'osmer Tethimar está siendo demasiado puntilloso o deliberadamente insultante?

—O ambas cosas —dijo Csevet, y luego sacudió las orejas con un tintineo de aros de plata—. Lo más probable, Serenidad, es que solo quiera asegurarse de que tiene en cuenta a Dach'osmin Tethimin como posible emperatriz.

—Su método es bastante torpe —comentó Maia, y recordó de nuevo a Nurevis.

—Dach'osmer Tethimar no es un hombre sutil —apuntó Csevet. Maia pensó que lo había dicho a la ligera, pero sonó claro y limpio. Hubo una pausa tan larga como para resultar incómoda antes de que Csevet mirara a propósito el reloj y dijera—: Será mejor que nos vayamos, Serenidad. No está bien visto que el emperador llegue tarde a la audiencia.

Cada rígida línea del cuerpo de Csevet le suplicaba a Maia que se dejara guiar a su siguiente tarea: olvidar el asunto de Eshevis Tethimar. Maia dejó de lado su propia curiosidad.

—Decidnos de nuevo, ¿quién es el primero? —y fingió no darse cuenta del casi inaudible suspiro de alivio de Csevet.

Las audiencias debían llevarse a cabo en el enorme, frío y siniestro Untheileian. Maia se sentía oprimido por su enorme inmensidad y se apiadó de sus demandantes, que tenían que dar un largo paseo desde las puertas al trono bajo la mirada escudriñadora imperial que no podían saber que era benévola. De hecho, muchos

de ellos parecían asumir que era hostil. Se oyeron disculpas titubeantes de los plebeyos y demostraciones de valentía de los cortesanos, Maia siempre mantuvo la paciencia y recordó sonreír. En lo más profundo de su mente, comenzó a componer una oración de compasión por los vivos. Las solicitudes y preguntas presentadas no tenían ninguna dificultad, gracias en gran parte la cuidadosa preparación de Csevet, simplemente era cuestión de escuchar a través de la confusión y las justificaciones lo que en realidad se preguntaba. Maia se sorprendió al descubrir que era algo que se le daba bien, y, a su vez, era capaz de hacer las preguntas correctas para aclarar el asunto tanto en su mente como en la del demandante. Nada podría haber sido más diferente que el desconcertante sentimiento de culpa al atender la reunión con los Corazhas, y aunque Maia no se relajó por completo, sintió cierta confianza que le facilitó mantener la espalda recta y las manos quietas durante toda la larga tarde.

Dach'osmer Tethimar era el último demandante del día, por mera casualidad o por medio de alguna sutil maniobra de Csevet. En cualquier caso, era evidente que la espera lo había irritado, ya que caminó por el Untheileian a un ritmo que su hermana no podía seguir.

No era una buena señal, pensó Maia, al ver a Dach'osmer Tethimin avanzar a duras penas por el pasillo. No tenía la confianza suficiente para escoger su propio ritmo, pero mantenerse al lado de su hermano la habría obligado a trotar, o posiblemente, a juzgar por el feroz sonido que hacían los zapatos de tacón de Tethimar, a correr, lo que habría sido una terrible infracción de los buenos modales. Y si se dejaba a un lado el decoro, entre la estrechez de su larga falda y la altura de los tacones de sus zapatos, no podría haber corrido aunque su vida hubiera dependido de ello. Maia se sintió muy mal por ella, incluso antes de que estuviera lo suficientemente cerca como para ver que temblaba de miedo.

Paru Tethimin era una chica bonita, aunque carecía de la característica fortaleza que hacía que el atractivo de su hermano

fuera tan llamativo. La habían vestido de la manera elaborada y sofisticada que preferiría el círculo de la emperatriz viuda, y no le sentaba nada bien, parecía una niña pillada mientras jugaba con la ropa de su madre. Maia trató de pensar en ella como una posible emperatriz, pero aparte de su evidente terror, no había nada que la distinguiese de las demás chicas de su edad que había visto en el velatorio o por los pasillos de la corte.

—Serenidad —Tethimar comenzó con una profunda reverencia, y entonces se dio cuenta de que su hermana no estaba a su lado.

Por un momento, la expresión de su cara fue más que meramente irritada, una mirada de un lado a otro que hizo que Maia apretara los dedos en los brazos del trono. Luego Tethimar se dio la vuelta y se quedó mirando a su hermana, Maia recordó a Setheris y su reloj de bolsillo. Para cuando Dach'osmin Tethimin llegó a los pies de la tarima, estaba tan mortificada como asustada, la perfecta blancura élfica de su piel salpicada con indecorosas manchas de color rojizo.

—Serenidad —repitió Tethimar, con una nueva reverencia. A su lado, Paru Tethimin hizo su propia reverencia, muy graciosa, pero, por supuesto, Maia pensó con una incómoda punzada de cinismo, que ella habría sido bien educada—. ¿Podemos presentaros a nuestra hermana, Paru Tethimin?

La tentación de coronar aquel desastre diciendo que no fue tan intensa que Maia no fue capaz de pronunciar ninguna otra palabra. El rubor moteado desapareció de las mejillas de Dach'osmin Tethimin, y Maia vio en su horrorizada mirada desprotegida que, por alguna desafortunada casualidad de empatía, ella sabía lo que él pensaba. Incluso Tethimar comenzaba a parecer preocupado cuando Maia por fin consiguió tartamudear.

—Estaremos encantados.

Les hizo un gesto para que se acercaran, a pesar de que sentía que estaba siendo cruel al hacer que Dach'osmin Tethimin subiera las escaleras. Ahora, al menos, Tethimar la sujetaba con una mano

por debajo del codo, por lo que Maia no tenía que preocuparse de que se pudiera caer.

De cerca, pudo ver lo joven que era, y no solo por la edad. Su sobrina Idra tenía la misma, pero había sido criada en la corte y presentada de manera formal en sociedad hacía más de un año. Maia recordó que alguien había dicho que Tethimar había «llevado» a su hermana a la corte, y se preguntó si la habría llevado desde algún lugar parecido a Edonomee.

Maia sabía cuál era su deber. Trató de encontrar alguna alabanza, que le habían brotado durante toda la tarde como agua de una fuente, cuando Tethimar se acercó y le habló en voz baja.

—Hemos oído, Serenidad, que favorecéis a los Bazhevada más que a nosotros.

—No sabemos cómo habéis podido oír tal cosa —dijo Maia—. Porque no es cierto.

—Y, sin embargo, estáis considerando su petición, cuando sabéis, ya que recuerdo habérselo dicho con toda claridad, que el difunto emperador estaba negociando con nuestro padre. ¿Qué otra razón puede haber, Serenidad?

Su uso del honorífico fue como una bofetada en la cara.

Maia apretó de nuevo los dedos en los brazos del trono, pero estaba cansado de ser intimidado, y su propia voz sufrió un chasquido inesperado al responder.

—Nuestra hermana, la archiduquesa Vederó, está de luto riguroso por su padre y sus hermanos. No concertaremos su matrimonio ni con vos, ni con Osmer Bazhevar, ni con nadie más hasta que haya tenido tiempo de llorar. Y no nos consideramos obligados por ningún tipo de acuerdo privado al que nuestro padre pudiera haber llegado. No contamos con su confianza y, por lo tanto, no podemos confiar en nada que no se haya puesto por escrito. Lamentamos muchísimo si consideráis esto algún tipo de juicio sobre vuestra persona, ya que no ha sido nuestra intención.

Se hizo un largo, largo silencio. Tethimar lo miró fijamente, con el rostro sin expresión, pero Maia pudo ver, justo en el borde inferior

de su visión, que Tethimar tenía los dedos tan apretados que los nudillos se le habían puesto blancos. Sabía que no iba a cambiar su respuesta, y sabía que Tethimar no podía atacarle, así que Maia esperó y, por fin, con rigidez, Tethimar inclinó la cabeza.

—Serenidad, nos sentimos aliviados al saber que aún contamos con vuestro favor.

—Por ahora —replicó Maia, y no pudo evitar sentir un leve y malicioso destello de placer al ver la forma en la que Tethimar levantó de golpe la cabeza—. Y nos satisface la evidencia de que no todos nuestros súbditos desdeñan las viejas formas de cortesía. —Miró intencionadamente más allá de Tethimar a Dach'osmin Tethimin, que parecía, si era posible, aún más aterrorizada—. Estamos encantados de conoceros, Dach'osmin Tethimin. Gracias, Dach'osmer Tethimar.

Era una despedida, se había vuelto muy bueno con ellas en muy poco tiempo, y Tethimar no tuvo más remedio que aceptarla. Entonces Maia fue, afortunadamente, libre para regresar al Alcethmeret, donde pudo reemplazar algunas de las capas más incómodas de su ropa por una pesada túnica de piel antes de retirarse a la Sala Tortuga y al interminable montón de correspondencia de Csevet.

Pero había un asunto que debía abordar en primer lugar.

—Debemos hablar de los pretendientes de nuestra hermana Vedero —dijo Maia mientras se sentaba.

—Serenidad —respondió Csevet inclinando la cabeza—. Estamos a vuestra disposición.

Csevet tenía una gran cantidad de información sobre los dos candidatos propuestos para la mano de Vedero. Cuando habló, tuvo mucho cuidado en distinguir entre hechos, rumores y simples chismes. Eshevis Tethimar, el elegido de Varenechibel y persistente espinas en el costado de Maia, era el hijo de uno de los terratenientes más poderosos y ricos del cuadrante sureste del imperio. Teru Tethimar, el archiprelado, era primo en cierto grado, aunque no en la línea actual del duque Tethimel, Csevet se ofreció a

hacer la genealogía exacta, pero Maia se negó educadamente. Eshevis Tethimar tenía treinta años, se había distinguido en las guerras fronterizas con los bárbaros diez años antes, era conocido como un ávido deportista y algo así como un descontento político.

—La nobleza del sureste tiende a ser así —comentó Csevet, y Maia asintió y trató de no olvidar ese hecho.

Los chismes y los rumores decían que Tethimar era un hombre ambicioso, con mal genio y que guardaba un rencor que su familia había estado alimentando durante generaciones.

—El entonces duque Tethimel era el favorito de Edrevehelar Decimosexto, así que era inevitable que la política del primer Varenechibel favoreciera a los rivales de los Tethimada, a los Rohethada y a los Ormevada en concreto. Los Tethimada nunca se han resignado a esa pérdida de poder. El actual duque Tethimel y su heredero, Dach'osmer Tethimel, han estado maniobrando y haciendo campaña durante años. Los rumores que hemos escuchado dicen que Dach'osmer Tethimar se casaría con un caballo de carro cojo si eso incrementara su poder en la corte.

—¿Por qué querría nuestro padre una unión con él?

Csevet se encogió de hombros, incómodo.

—Serenidad. No lo sabemos. Pero suponemos que es parte de las actuales dificultades entre la Corte Untheileneise y los terratenientes del sudeste. Ha habido peticiones y representaciones en los últimos años con los que Varenechibel estaba muy disgustado, y que ni tan siquiera consideraba. Tal vez esperaba que el matrimonio aplacara a Dach'osmer Tethimar y a sus aliados, y también que pudiera darle al emperador una forma de controlar a los Tethimada. Cuando la esposa de uno es archiduquesa, se debe andar con más cuidado.

«Sí, porque esa táctica funcionó muy bien para el padre de mi madre», pensó Maia.

—¿Qué hay de ese otro caballero, el sobrino del conde Bazhevel?

—Dalera Bazhevar, Serenidad. Por lo que hemos podido descubrir, no tiene ninguna recomendación más allá de ser el sobrino del conde Bazhevel. Es un caballero de buen linaje, moderada fortuna y sin logros o distinciones particulares.

—¿Creéis que sería un buen marido para nuestra hermana?

—No sabemos de nada que lo deshonre —dijo Csevet con cautela.

Maia suspiró.

—¿Escribiríais al duque Tethimel y al conde Bazhevel, por favor? Decidles que, debido a la gran pérdida sufrida por la archiduquesa y la casa Drazhada, no podemos contemplar una alianza matrimonial entre nuestra hermana y cualquier casa durante al menos un año.

—Serenidad. —Csevet se detuvo, abrió la boca, la cerró de nuevo—. ¿Estáis diciendo que los rechazáis a ambos?

—No rechazamos a nadie. Pero no negociaremos un matrimonio mientras la archiduquesa esté de luto. No somos tan desalmados. Y —miró a Csevet—, como le dijimos a Dach'osmin Tethimar y a lord Chavar, no nos sentimos obligados por ninguna promesa que nuestro padre haya hecho o insinuado. Al no haber hablado nunca con él, no podemos aceptar ninguna evidencia de sus deseos, excepto lo que se ha dejado por escrito.

Csevet enarcó las cejas en una mezcla de admiración y consternación.

—Se pondrán muy furiosos, Serenidad.

«Uno de ellos ya lo está», pensó Maia, y recordó aquel destello de ira negra en el rostro de Dach'osmer Tethimar, recordó esa larga mirada silenciosa antes de inclinar la cabeza ante la voluntad del emperador.

—No casaremos a nuestra hermana con un descontento o un mediocre simplemente porque no les gusta nuestra política o piensan que pueden obtener alguna ventaja sobre nosotros.

—Sí, Serenidad. Escribiremos las cartas como deseáis.

—Gracias. Si nos podéis traer papel y pluma, nosotros mismos le escribiremos a nuestra hermana.

Su carta a Vederó fue simple, sin adornos con títulos o fórmulas:

Estudad las estrellas. M.

NOTICIAS DE BARIZHAN

Maia durmió bien esa noche, aliviado por la certeza de que había hecho lo correcto, pero, por la mañana, lo pagó caro: un montón de mensajes llegados por conducto neumático, llenos de enfado, del conde Bazhevel, del duque Tethimel, de Eshevis Tethimar, de Dalera Bazhevar, de todos los Testigos de los Corazhas, del lord Canciller, y de muchas otras personas que Maia creía que no tenían que opinar sobre el asunto aun sabiendo la decisión que había tomado, y mucho menos dar su opinión al respecto.

—Es la naturaleza de la Corte Untheileneise, Serenidad —le explicó Csevet—. Sería igual de inútil tratar de evitar que el viento sople.

No había ningún mensaje de Vederó. Maia tampoco lo esperaba, pero aún le dolía un poco no recibir una palabra de agradecimiento en medio del torrente de reprimendas. «Déjalo», se dijo con enojo, y se dirigió al Michen'theileian, donde apareció Chavar para reprenderlo una vez más en persona.

Maia reiteró todo lo que le había dicho a Csevet, a Tethimar y al propio Chavar, pero sabía muy bien que Chavar no le estaba escuchando, demasiado centrado en su propio repertorio de

agravios. Maia lo habría dejado hablar, como siempre había hecho con Setheris, pero por casualidad miró a Csevet y vio por su ceño cada vez más fruncido y sus orejas dobladas en un gesto de terquedad que estaba a punto de explotar ante su antiguo maestro.

Maia, sobresaltado, se dio cuenta de que no tenía la obligación de dejar que Chavar lo reprendiera de ese modo, sino que tenía el deber de detenerlo, por el bien de Csevet y de los otros secretarios y de todos los demás miembros de su gobierno a los que nunca se les ocurriría reprender a su emperador en público. «Tienen derecho a no ser gobernados por un cobarde», pensó con una pizca de desprecio por sí mismo.

—¡Lord Chavar, ya es suficiente! —dijo bruscamente.

La boca de Chavar se cerró como la verja de un castillo. Maia continuó mirándolo hasta que por fin bajó la mirada y habló con un susurro.

—Os pedimos disculpas, Serenidad.

Csevet fue rápido y aprovechó la oportunidad para pasar a otro asunto, pero la atmósfera continuó tensa y cargada. Sin embargo, mantuvieron un respetable grado de eficiencia hasta que llegaron a las investigaciones sobre el accidente del *Sabiduría de Choharo*, que el lord Canciller se mostró bastante reacio a discutir. A Maia no le costó deducir que eso significaba que no había habido un éxito inmediato y dramático, pero insistió en la cuestión, más por un lúgubre deseo de no dejar que Chavar evadiera el asunto que por cualquier deseo de conocer los detalles. Finalmente, Chavar se dio la vuelta y cargó contra uno de sus secretarios por no haberle traído los informes correctos, y envió corriendo a un paje a la cancillería para traerlos.

Se ocuparon de varios asuntos mientras el paje regresaba, era tristemente asombroso cuantos pueblos estaban atrasados con los impuestos, y cuándo el chico regresó, jadeando, con un montón de libros y cuadernillos atados tan altos que no se lo podía ver, Maia creyó que no era irrazonable aclarar algo.

—Queremos un informe completo, lord Chavar, no solo las partes que creáis conveniente para nuestros oídos. —Chavar comenzó a protestar, indignado, pero Maia lo cortó—. Además, queremos que nos enviéis una copia completa al Alcethmeret.

—Su Serenidad, no necesitáis...

Maia lo interrumpió de nuevo. Estaba aprendiendo que resultaba más fácil no tenerle miedo al lord Canciller si no le permitía nunca levantar una extensa cortina de humo dialéctica.

—Se trata de la muerte de nuestro padre. —Y tras un largo silencio, en el que Chavar reconoció la derrota al no revelar ninguna de las desagradables cosas que podría haber dicho, Maia dijo en voz baja—: Contadnos qué han encontrado vuestros testigos.

No habían encontrado mucho más de lo que tenía Celehar, aunque bastante más extenso. Estaban investigando a todos los miembros de la tripulación, y a todos los sirvientes del emperador. Habían enviado testigos al norte, a Amalo, para hablar con los trabajadores que equiparon al *Sabiduría de Choharo* para el que sería su último vuelo. Habían enviado a un testigo menor a preguntarle al gremio de los relojeros cómo se podría construir un dispositivo capaz de destruir una aeronave y quién podía tener la habilidad necesaria para hacerlo. Los relojeros fueron muy serviciales, pero toda la información que tenían, por lo que Maia sabía, no había llevado la información un paso más cerca de la verdad.

Fue una larga y deprimente confesión de que no había habido ningún progreso, y Maia casi deseó haber dejado que Chavar se escabullera de darla. Pero le daría la copia a Celehar. Tal vez le sería útil.

Todo el mundo se alegró de marcharse del Michen'theileian al mediodía, y Maia dijo con firmeza a Csevet mientras se sentaba para almorzar:

—Habladnos de otra cosa.

Csevet lo entendió y obedeció. Estaban sumidos en una conversación sobre otra petición más de un enemigo en el exilio de

Varenechibel que esperaba que Edrehasivar fuera más indulgente, unas peticiones que parecían interminables, como el Río de las Lágrimas que separaba la tierra de los vivos de la de los muertos en la tradición élfica, cuando el sonido de una considerable conmoción en el espacio público del Alcethmeret les hizo levantar la cabeza. Maia hizo un gesto con la cabeza ante la mirada inquisitiva de Csevet, y esperó a que este fuera a investigar. No era tarea del emperador averiguar nada por sí mismo.

La investigación tomó más tiempo del que Maia esperaba, y cuando Csevet regresó, traía el ceño fruncido.

—Serenidad, el embajador de Barizhan está fuera. Pide una audiencia con vos de inmediato.

—¿De inmediato? —dijo Maia, con el ceño también fruncido.

—Serenidad. Dice que el asunto es de extrema urgencia, y, por si os interesa, le creemos. Ha venido él mismo y se ha disculpado por no haber concertado una audiencia a través de los canales adecuados. —Y ante las cejas enarcadas de Maia añadió—: Los goblins nunca se disculpan por nada, especialmente en público.

—Será mejor que lo atendamos. ¿Esto interrumpe mucho nuestro programa?

—No, Serenidad —dijo Csevet, aunque parecía disgustado.

—Gracias, sabemos que es un contratiempo bastante inoportuno.

—Es nuestro trabajo —dijo Csevet, hizo una reverencia y se dio la vuelta cuidadosamente para ir a acompañar al embajador ante la presencia imperial.

Como era apropiado, el embajador entró solo, pero Maia oyó las pisadas y el ruido metálico de sus soldados en el rellano, y también las pisadas y el ruido metálico de sus propios guardias. Su primera mirada al embajador Gormened le mostró que Csevet, en todo caso, había subestimado el asunto. Aunque la piel oscura del gobernador no mostraba palidez ni rubor, tenía los ojos muy abiertos y el rostro empapado de sudor. Se postró por completo y murmuró algo en barizhin, de lo que Maia solo pudo entender la palabra

«respeto». *Ordath*. Chenelo la había usado en todas las cartas sin respuesta que le escribió a su padre y sabía que era parte de la forma correcta en la que dirigirse a un gobernante.

—Por favor, levantaos, embajador —dijo, y añadió, para hacer una broma de su ansiedad—. Confiamos en que nuestro abuelo no haya decidido declarar la guerra.

—Casi, eso sería más fácil —respondió Gormened, y no sonó del todo como si le estuviese devolviendo la broma. Se levantó, con poca gracia, pero sin esfuerzo evidente—. El gran Avar propone una visita de estado.

—¿Desea que viajemos a Barizhan?

—No, no —dijo Gormened, que pareció todavía más preocupado con aquella idea—. Tiene la intención de venir aquí.

De inmediato le surgieron miles de preguntas. Maia eligió una, casi al azar.

—¿Cuándo?

—En la Invernoche. Dice que desea ver cómo se celebra en las Ethuveraz.

«¿Hay alguna forma de impedirlo?». No lo dijo. No necesitó hacerlo, porque ya tenía la respuesta en la angustia de Gormened. Miró a Csevet, que interpretó correctamente su expresión y habló.

—La corte puede estar lista para recibirlo, Serenidad, aunque tendréis que dar las órdenes lo antes posible, ya que quedan menos de dos meses para el solsticio.

«Y para mi cumpleaños». Apartó esa idea; no había celebrado su cumpleaños desde que Chenelo murió, y no quería celebrarlo como correspondía a un emperador.

—Es la primera vez que el Avar de Avarsin sale de Barizhan desde las Guerras de Archipelagar de su juventud —dijo Gormened—. Que recordemos, nunca se ha alejado más de veinte millas del Corat'Dav Arhos.

Maia comenzó a entender por qué Gormened estaba tan alterado. El gran Avar ya era un anciano cuando nació Chenelo, así

que ya debía tener más de ochenta años. Y era el embajador quien sería el responsable de su bienestar ante los avarsin.

—Serenidad —dijo Gormened con un nuevo arrebatado de determinación—, creemos que se debe trazar un plan sensato y cuidadoso para la visita del gran Avar, que requerirá más de la habitual y encomiable colaboración entre vuestro gobierno y nuestro *dav* —Usó una palabra de los barizheise que significaba, para que Maia lo comprendiera mejor, algo a medio camino entre «hogar» y «oficina». Los goblins no distinguían entre ambos—. Nos gustaría... —Se irguió un poco más—. Nos gustaría invitarle, junto a su lord Canciller y a su Testigo de los Extranjeros, a cenar con nosotros dentro de tres días, para que entre todos lleguemos al mejor de los acuerdos.

Con mucho tacto, no especificó cuál sería ese acuerdo, pero Maia sintió que podía hacerse una idea bastante buena. La consideró con creciente admiración por Gormened, que había usado una forma poco ortodoxa, pero intachable, de pedirle al emperador que garantizara la cooperación entre los dos hombres que con mayor probabilidad podían convertir la visita del gran Avar en un desastre. La experiencia de Maia con Chavar le sugería que, de hecho, nada sería más probable.

—Estaremos encantados de asistir —le dijo, y Gormened le sonrió aliviado.

Por supuesto, no fue tan simple. Tuvieron que hacer malabares con los horarios, tuvieron que resolver mil detalles de etiqueta y seguridad. Hubo que persuadir a Chavar para que aceptara (Maia no le pidió a Csevet que le aclarara qué implicaba esa persuasión). Y para que no pareciera que el emperador concedía un favor indebido a Barizhan, Maia tuvo que acceder a cenar con el marqués Lanthevel, quien presidía la Casa de la Sangre en el Parlamento. Y lo que es peor, corrió el rumor, más rápido de lo que parecía posible, de que Maia cenaba con el embajador goblin para hablar del matrimonio con una princesa de los barizheise. El Alcethmeret se inundó de mensajes que llegaban por tubo neumático, de cartas

entregadas en mano y de personas que pedían audiencias personales con el emperador para convencerlo de que debe casarse con una muchacha élfica.

—Y todavía está el asunto, Serenidad —le dijo Csevet una mañana, y su tono de disculpa advirtió a Maia de que se preparase para una nueva crisis—, del conde Bazhevel. Tememos que no hay forma de evitarlo, debéis concederle una audiencia.

—¿Debemos? —dijo Maia con tristeza.

—Se siente muy maltratado, Serenidad. Y Osmin Bazhevin es una Drazhadeise ya, es natural y lógico que su padre desee saber qué será de ella.

—¡Pero no sabemos qué hacer con ella! —explotó Maia, y se horrorizó por parecer tan exasperado.

No era culpa de Osmin Bazhevin que estuviera en una posición tan ambigua, su padre y ella merecían una explicación. Había firmado el contrato de matrimonio con el archiduque Ciris, por lo que ya no era considerada hija de los Bazhevada, pero el matrimonio no se había realizado ni se había consumado, así que nunca se convirtió en la esposa de Ciris, por lo que ahora no era su viuda.

Era una pregunta difícil y desagradable si ahora se podía casar (de nuevo, añadió su mente de forma automática, e hizo una mueca), y una pregunta todavía más desagradable si algún hombre la elegiría para casarse dada la ambigüedad de su estado. Pero mientras tanto, no era una viuda, con derecho a los ingresos de las propiedades de su esposo, ni una hija de los Bazhevada para poder ser sustentada con los bienes de su padre, y, sin embargo, tampoco era una hija de los Drazhada.

La solución más fácil sería que se convirtiera en religiosa y se uniera a uno de los conventos repartidos por todo Ethuveraz, principalmente en los puntos más inaccesibles de la tipografía. Maia sabía que muchos de sus antecesores imperiales habrían hecho esa elección, aunque ella no tuviera ninguna vocación, pero a él eso le parecía lo más semejante al destierro, y de todas las personas, Stano Bazhevin no había hecho nada malo.

Tal vez, pensó, ella desearía entrar en un convento. Pero sabía que no era algo de lo que él pudiera, o debiera, depender.

Maia concedió una audiencia al conde Bazhevel y a Osmin Stano Bazhevin en una fría y sombría tarde, cuando las nubes eran casi del mismo color que la piel de Maia. Debido a que el conde Bazhevel lo había molestado con sus intrigas, Maia decidió recibirlos en el Untheileian, aunque la situación de Osmin Bazhevin como prometida del archiduque muerto le hubiera permitido usar el Michen'theileian o incluso el salón de recepciones del Alcethmeret. Pero esperaba que la fría extensión del Untheileian alentaría al conde Bazhevel a ser breve.

No fue de mucha ayuda que el conde Bazhevel, de rostro alargado y nariz puntiaguda, se pareciera tanto a una oveja. Maia había oído a los cortesanos pronunciar la primera sílaba de Bazhevel con un balido de burla, y, aunque era algo desagradable, también era horriblemente inolvidable, y todavía más horrible cuando el conde Bazhevel abrió la boca y comenzó su letanía de quejas y le salió una voz grave, ligeramente cuarteada, tan de oveja como su cara. Osmin Bazhevin, de pie junto al hombro de su padre, mantuvo la cabeza bajada y no miró al emperador a los ojos. Sin embargo, Maia podía ver la tensión en sus hombros y comenzó a retorcerse las manos, pero se dio cuenta y consiguió contenerse para devolverlas a una quietud decorosa de nuevo.

Como Csevet le había dicho, el conde Bazhevel se sentía muy maltratado. Maia simplemente eligió dejarlo hablar en lugar de discutir con él o interrumpirlo, ya que la esencia de su queja, lo admitiera o no, era que Ciris Drazhar había tenido la desconsideración de morir antes de que se hubiese celebrado la boda. Sin ninguna respuesta imperial ni a la más descarada de sus insinuaciones, Bazhevel al final se quedó en silencio, aunque su actitud y la posición de sus orejas indicaban una obstinada determinación de obtener alguna satisfacción. Maia dejó que el silencio se alargara lo suficiente como para ya no imaginarse los ecos de los balidos en la bóveda del Untheileian.

—Osmin Bazhevin, acercaos, por favor —le dijo.

Tanto Bazhevel como su hija parecieron alarmados, lo que acentuó el gran parecido entre ellos, y Maia se preguntó si los cortesanos más jóvenes le balaban a Osmin ahora que ya no era la prometida del archiduque. Subió los escalones del estrado y Maia le habló en voz baja.

—Sentimos vuestra pérdida.

—Gracias, Serenidad —respondió con una voz que no era más que un susurro.

—Osmin Bazhevin —dijo Maia—, ¿qué es lo que vos deseáis?

Aquello la sorprendió tanto que lo miró con una expresión de sincera incredulidad, casi dolorosa, y él torció la boca comprendiéndolo. Lo había planteado tan mal que era casi un insulto.

—Vamos a reformular nuestra pregunta. Entendemos que estáis en una posición muy difícil y que todas vuestras opciones son malas. Reconociendo que eso es cierto, ¿qué elegiríais hacer?

Lo había empeorado. Ella le contestó con otro susurro.

—Elegiríamos que nuestro prometido estuviera vivo de nuevo.

Un instante después, con los ojos muy abiertos y las orejas planas, estaba de rodillas disculpándose mientras su padre balbuceaba a los pies del estrado.

—Por favor, Osmin Bazhevin, no os culpamos de nada —la tranquilizó Maia—. Por favor, levantaos. —Esperó a que se pusiera en pie de nuevo, tan alterada que podía verla temblar—. Comprended que la solución más sencilla es que entréis en un convento, pero no le obligaremos si no es eso lo que deseáis.

Su expresión dudosa le hacía parecerse aún más a una oveja.

—De verdad —insistió Maia, con la esperanza de que ella le creyera.

Tras lo que le pareció un largo silencio, ella contestó.

—La princesa Sheveän nos ha ofrecido un lugar en su casa.

—¿De veras? —dijo Maia, unas sílabas vacías para ganar tiempo mientras pensaba a toda prisa.

Estaba bastante seguro de conocer la razón detrás de la propuesta de Sheveän, y no tenía nada que ver con la caridad. Stano sería una acompañante dócil y servicial, exactamente al gusto de Sheveän. Por la misma razón, Maia no estaba seguro de si era una buena idea para Sheveän o para Stano, pero había límites más allá de los cuales sentía que no tenía derecho a interferir, a pesar de que sabía que probablemente era el primer emperador en generaciones en hacer tal distinción.

—¿Es eso lo que queréis?

—Oh, sí —respondió Osmin Bazhevin, y se detuvo antes de mirar a su padre, aunque movía las orejas con inquietud.

—Entonces, no tenemos ninguna objeción —declaró Maia.

No era verdad, pero era, después de todo, mejor solución que la que la verdad podía proporcionar y, tal vez, pensó sabiendo que era un optimismo inmaduro, pero esperándolo de todos modos, era posible que tener una acompañante aliviara la amargura de Sheveän.

—Gracias, Serenidad —dijo Osmin Bazhevin, hizo una reverencia y le ofreció algo casi parecido a una sonrisa.

Maia le hizo un gesto con la cabeza dándole permiso para marcharse y alzó la voz.

—El problema de vuestra hija ya está resuelto, no tenéis que preocuparos más de ella, conde Bazhevel.

«Ni nosotros», pensó, pero resistió la tentación de decirlo. Ser ingenioso a costa de los demás era algo que estaba de moda, pero no hacía falta que nadie le dijera a Maia que el emperador no podía permitirse hacer algo que estuviera de moda, por mucho que Bazhevel lo irritara.

Temió que Bazhevel se mantuviera firme, pero Osmin Bazhevin no se detuvo a los pies del estrado, continuó andando, con tanta rapidez como la corrección le permitía, hacia las distantes puertas del salón. Bazhevel vaciló, miró a Maia y luego a su hija y viceversa. Maia tuvo cuidado de mirar hacia otro lado, como si creyera que Bazhevel ya se había ido. Dudó un momento más, dio un pequeño y

extraño paso de frustración, se inclinó mientras murmuraba levemente «Serenidad» y corrió tras su hija.

Pero incluso con Osmin Bazhevin atendida, tenía una multitud de candidatas a tener el honor de convertirse en la emperatriz de Edrehasivar VII. La mayor tenía cuarenta y dos años, y la más joven apenas seis meses. Y Csevet, la noche anterior a la cena con Gormened, insistió en que cada una de ellas debía recibir el mismo análisis cuidadoso.

—¿Es realmente necesario? —preguntó Maia, sin querer parecer malhumorado o aterrado.

—Nos tememos que así es, Serenidad —dijo Csevet—. La enorme ansiedad pública sobre Barizhan significa que... —Dudó, retorció la tapa de su pluma—. Pensad en ello como un ritual, tal vez. O como teatro. Debemos ser capaces de dar cuentas de cada paso que damos de formas que parezcan razonables y justas.

Maia se dio cuenta de ese «parezcan», que Csevet podría haber enfatizado o no muy ligeramente. Y lo entendió. No podía decir «No nos casaremos con Osmin Loran Duchenin porque es la sobrina de nuestro lord Canciller, a quien le tenemos antipatía. Y porque también le tenemos antipatía a ella». Osmin Duchenin lo había acorralado, con mucha elegancia y discreción, en una de las fiestas de Nurevis, de pie, una pizca demasiado cerca y riendo demasiado, hasta que su risa le comenzó a sonar a Maia como el aullido de un perro de caza. No tenía ni idea de cómo hablar con ella, más allá de su habitual timidez, no había nada en su brillante conversación que reconociera, nada a lo que pudiera responder. Y cada vez que se equivocaba, Loran Duchenin solo reía de nuevo y se acercaba más a él, con tenacidad, como si pudiera hacer que la quisiera por pura persistencia. Nurevis no lo había rescatado esta vez, Maia supuso que le habían ordenado que no interfiriera en los planes de ataque de su primo. Sería muy propio de Chavar dar tal orden, y Maia había aprendido que, si bien Nurevis podía alterar las órdenes de su padre de forma sutil, nunca lo desobedecería directamente.

Al final, y vergonzosamente, Maia fue rescatado por su nohecharei. Telimezh dio un paso al frente y dijo:

—Serenidad, recordad que Mer Aisava desea hablar con vos antes de que os retiréis a descansar. Y se está haciendo tarde.

Maia aprovechó la excusa, aunque le hiciera parecer un niño y sus nohecharei sus niñeras, y había estado evitando a Osmin Duchenin desde entonces.

Pero esa no era una razón.

—Muy bien —dijo—. Entonces diremos claramente que preferiríamos no casarnos con un bebé, y recordaremos el ejemplo de Belmaliven V, que además nos dice que sería insensato.

—Serenidad —respondió Csevet mientras tomaba nota.

—Suponemos que sería también una locura elegir una mujer al final de sus años fértiles como Osmin Alchenin —añadió Maia con seriedad.

—Sí, Serenidad.

—Algunas de esas mujeres deben ser parientes nuestras.

—La mayoría de ellas, en mayor o menor grado. Los Drazhada se han casado con la mayoría de las casas nobles de las Ethuveraz —Csevet tosió incómodo, con las orejas hundidas—. Entendemos que fue uno de los argumentos en favor del matrimonio de Varenechibel con vuestra madre.

—Ah. Sin embargo, preferiríamos no casarnos con una prima.

—Excluiremos a cualquier mujer hasta un tercer grado de parentesco —dijo Csevet tomando otra nota.

—¿Hay alguna casa noble con la que no nos debamos aliar?

No había hecho esa pregunta antes, cuando el asunto de elegir una emperatriz le había parecido desagradable pero relativamente sencillo, pero ahora con este furor por una princesa de los barizheise que no existía, tendría que conocer todos los mezquinos y deprimentes detalles.

—Serenidad. —Csevet pensó un momento—. Sugeriríamos, aunque solo sea una sugerencia, que más relaciones de esa clase con los Rohethada y los Imada serían poco deseables. Como con

los Celehada. —Las familias de los cónyuges de sus hermanastros. Y de la viuda de su padre—. Por otro lado, elegir una esposa de los Ceredada podría interpretarse como un gesto elegante y bienvenido. Vuestro padre no ganó muchos amigos cuando rechazó a Arbelan Zhasan.

—Imaginamos que no. ¿Y no recordamos que estaba Dach'osmin Ceredin entre las jóvenes que nos mencionó antes?

—Sí, Serenidad. La nieta del hermano de Arbelan Drazharan. Ella sería una buena pareja en todos los sentidos.

—¿Es vuestra elegida?

Csevet soltó la pluma, y se oyó con claridad el clic de la pieza al golpear contra el mármol.

—Serenidad, no tenemos una elegida. No somos tan presuntuosos.

—Chavar la tendría.

—Chavar es vuestro lord Canciller, no vuestro secretario.

Csevet sonaba tan remilgado que Maia se dio cuenta de que estaba realmente nervioso.

—Pero no confiamos en sus juicios ni en su lealtad. Confiamos en los vuestros.

La pálida piel de Csevet se enrojeció.

—Nos sentimos honrados, Serenidad, pero no podemos elegir a vuestra emperatriz.

—¡Ni nosotros tampoco! —No había querido gritar, y no le gustó la forma en que Csevet y su nohecharei se sobresaltaron. Bajó la voz de nuevo, y apretó los dedos—. No podemos... si no podemos siquiera seguir los pasos de un baile. No podemos elegir una emperatriz.

—¿Serenidad?

—Es una mala metáfora —se explicó Maia con una sonrisa—. Menos mal que nunca deseamos ser poetas.

No podía quedarse allí sentado más tiempo, discutiendo sobre su propio matrimonio como si fuera una cuestión de qué semental debe cubrir a una yegua determinada, sabía que comenzaría a gritar

de nuevo, y era un pago lamentable al servicio de Csevet. Maia se apartó de la mesa y se puso en pie.

—Estoy seguro de que hay algún lugar en el que se supone que debemos estar esta noche.

Vio la cara de comprensión de Csevet y apartó la mirada antes de que se convirtiese en impaciencia o pena.

—Hay un asunto, Serenidad —dijo Csevet—, aunque nos habíamos preguntado si hablabais en serio.

—¿Sobre qué?

—Nos pedisteis que encontráramos a la mujer a la que se le encomendó vuestro cuidado durante el funeral de vuestra madre. Lo hemos hecho, pero no estábamos seguros...

—Hablabamos muy en serio —le aseguró Maia—. Y no le deseamos ningún mal a la dama. ¿Quién es?

—Se llama Aro Danivaran. Su esposo era un Drazhadeise por parte de madre, y el padre de vuestra Serenidad los reconoció como primos. Los Danivada son ruinosamente pobres.

Csevet se detuvo y miró a Maia para saber si lo comprendía. Maia lo comprendía a la perfección.

—Como los Nelada.

Csevet hizo una mueca muy leve.

—Sí, Serenidad. Pero Osmer Danivar y su esposa fueron más afortunados, o más diplomáticos, que Osmer Nelar. Vuestro padre les regaló una pequeña propiedad cuando nació su primer nieto, hace unos cinco años, y existe la esperanza de que los Danivada puedan recuperarse.

—Nos complace la generosidad de nuestro padre —dijo Maia, y no dejó que las palabras se llenaran de amargura.

—Osmer Danivar murió hace dos años. Su hijo gestiona la propiedad, y Osmerrem Danivaran ha mantenido la presencia familiar en la corte. —Una nota de cautela, de arrepentimiento, se coló en la voz de Csevet, y Maia ya casi lo esperaba cuando su secretario dijo—: Osmerrem Danivaran sufrió un ataque cerebral

unos días antes de la muerte de vuestro padre. Está postrada en la cama y no se espera que sobreviva al solsticio.

El recordatorio de que otras vidas tenían tragedias sin referencia a la suya era a la vez beneficioso y doloroso.

—Nos gustaría visitarla, si está permitido.

—Serenidad, su hija dijo que estaría honrada y complacida. Y que ella suele estar más lúcida por las noches —le informó Csevet.

El emperador no podía ir de visita sin ser anunciado, por lo que enviaron un paje corriendo a las estancias de Osmerren Danivaran mientras que los edocharei de Maia se ocupaban de su ropa y sus joyas, ya que lo adecuado para pasar una noche en el Alcethmeret, donde se mantenía la correcta ilusión de que el emperador estaba «en casa», no era en absoluto adecuado para cualquier otra actividad que llevara al emperador a los pasillos públicos de la Corte Untheileneise. Maia lo aguantó con toda la paciencia que pudo reunir, mientras le cambiaban la chaqueta por otra que tenía bordados de color ciruela y verde sobre fondo blanco en lugar de la de bordados en blanco sobre fondo verde bosque, y los dolorosamente pesados anillos de plata y amatista fueron reemplazados por unos con un diseño igual de pesado en oro con ópalos negros. Nemer y Avris debatían sobre amatistas y granates para el cabello, pero por suerte decidieron que podía quedarse como estaba, simplemente cambiando los palos de teca y esmeralda por un par de palos tashin dorados de hueso con perlas. Nemer fue lo suficientemente hábil para efectuar la sustitución sin desordenar ni una sola trenza del cabello de Maia, y Maia consiguió volver a escapar de la Sala Tortuga justo cuando el paje regresaba con la seguridad de que el emperador sería esperado y bienvenido en las estancias de Osmerren Danivaran. Maia recogió a Dazhis y a Tethimel con una mirada y se dispuso a partir.

Fue una suerte que tuviera el paje, ya que Osmerren Danivaran residía en una parte de la Corte Untheileneise que Maia no había visto antes. Los cortesanos con los que se cruzó eran todos de mediana edad o mayores, la mayoría de las mujeres le hicieron una

reverencia, en lugar de seguir la nueva costumbre que había impuesto Csuru. Se recordó a sí mismo que no significaba nada, solo que eran mayores y menos propensos a dejarse influir por las modas de una emperatriz de la misma edad que sus hijos.

Un paje que vestía la que debía ser la librea de los Danivadeise los estaba esperando, Maia fingió no darse cuenta de que balanceó bruscamente el talón contra la puerta para avisar a los que estaban dentro de que el emperador se estaba acercando. ¿Era un acto de amabilidad, se preguntó de pronto, llegar a una casa que con toda probabilidad no podría estar preparada para recibirlo? No habían tenido tiempo, y no tenían el dinero que sin duda creían necesario para adecuar una habitación para un emperador. Y no podía decirles la verdad, que después de Isvaroë y Edonomee, era el mobiliario lujoso el que le hacía sentir incómodo, y que todavía se sentía como un intruso entre los esplendores del Alcethmeret.

Pero ya era demasiado tarde. El paje estaba abriendo la puerta y anunciaba (con una voz que se quebró en la tercera sílaba, y Maia escondió una mueca de simpatía).

—Su Serenidad Imperial, Edrehasivar VII.

«Aprende a pensar antes de actuar, bobo», se dijo Maia en una imitación bien practicada de Setheris, pero al haber elegido realizar aquel acto, estaba comprometido a terminarlo. Siguió a Telimezh a través de la puerta, y Dazhis cerró la marcha.

La sala de recepción no estaba tan estropeada como él esperaba. Se preguntó si Csevet y él tenían diferentes definiciones de «ruinosamente pobres», o si los Danivada se fueron a la bancarrota por el papel tapiz de brocado. La mujer junto al antorchero de vidrios de color situado en el centro de la habitación hizo una profunda reverencia cuando Maia entró. Cuando se enderezó, vio que era de mediana edad, regordeta, con la clase de cara estrecha y puntiaguda que llevaba a la nobleza élfica a ser satirizada como comadreas en los periódicos cómicos. Aunque no era lujosa, su ropa y joyas eran de buen gusto: las perlas de

lapislázuli en su cabello les daban un color muy necesario a sus ojos.

—¿Osmin Danivin? —preguntó Maia.

A ella se le escapó un jadeo e hizo una reverencia de nuevo.

—Por favor. Solo deseamos asegurarnos que no queremos molestar a vuestra madre. No continuaremos si consideráis que nuestra visita no es adecuada para ella.

—Oh, no —dijo Osmin Danivin, y entonces pareció forzada a recomponerse—. Es decir, Serenidad, nuestra madre está muy complacida con vuestra visita y de verdad desea veros. Ella lamenta, al igual que nosotros, no poder saludarle de la forma adecuada. La confusión, ya sabe...

—Por favor —le dijo Maia de inmediato, horrorizado ante la idea de que ella sintiera la necesidad de disculparse por lo que estaba matando a su madre—. No importa. ¿Podemos ir a verla?

—Por favor, Serenidad —le invitó Osmin Danivin, y lo condujo, junto a los nohecharei, por un pequeño pasillo hasta la habitación de Osmerren Danivaran.

Bajo la tenue luz, la cama parecía elevarse como una montaña de color lila y azul pálido, y los adornos de encajes colgaban en forma de nubes. Osmerren Danivaran, apoyada sobre un montón de almohadas, parecía infinitamente frágil, con la cara tan blanca como el cabello, los alegres tonos rosados y amarillos de las mantas de su cama parecían una ironía elegida con crueldad, aunque seguro que nada podría estar más lejos de la verdad.

Abrió los ojos cuando oyó que se acercaban, de color verde pálido y protuberantes, eran la única parte de ella que Maia reconoció. Susurró un sonido que con toda seguridad sería «Serenidad», y Maia la saludó.

—Hola, Osmerrem Danivaran. Nos complace volver a veros.

—Y a nosotros —contestó de forma más inteligible, y tendió una mano temblorosa que parecía una garra.

Maia la tomó, teniendo cuidado con sus anillos, respondió a la leve presión, y se colocó junto a la cama. Ella no lo soltó. Entrecerró

los ojos, como para centrarse en su rostro.

—Un buen... chico.

—Quiere decir que erais un buen chico, Serenidad —le explicó Osmin Danivin—. Nos habló de Su Serenidad después del funeral, de lo educado y callado que erais.

—La recordamos —dijo Maia. Inclino la cabeza hacia Osmerrem Danivaran y dejó las formalidades, era ridículamente inútil interpretar al emperador con una mujer moribunda. Le habló en voz baja—. Te recordaba. Pero no sabía tu nombre. Quería darte las gracias.

Ella le sonrió, aunque la expresión era retorcida sobre los rasgos devastados, y tiró débilmente hasta que él le permitió llevarse la mano a la cara. Presionó los labios contra el dorso de sus dedos, luego la soltó, sus párpados se cerraron y su cuerpo se aflojó.

—Se queda dormida así —le dijo Osmin Danivin.

Maia, que por un terrible momento pensó que Osmerren Danivaran había muerto, vio que su pecho subía y bajaba. Se dio la vuelta y permitió que Osmin Danivin lo condujera de nuevo hacia la sala de recepción.

—¿Hay algo que podamos hacer para que vuestra madre se sienta más cómoda? ¿O para facilitaros la tarea de cuidarla?

—¡Oh! Gracias, Serenidad —respondió Osmin Danivin, casi sin aliento—. Hay algo, aunque no queríamos mencionarlo.

—Por favor. Lo que sea. Vuestra madre fue muy amable con nosotros cuando lo necesitábamos con más desesperación. Se lo devolveríamos de cualquier forma.

Sintió más que escuchó el cambio de peso de Dazhis de una pierna a otra, una protesta silenciosa, y supuso que estaba siendo impulsivo. Pero Osmin Danivin lo creyó, porque soltó:

—¡Carbón! —y luego pareció consternada.

—¿Carbón?

—Hace mucho frío —dijo ella, medio disculpándose y medio desesperada—. Y el precio del carbón sigue subiendo y subiendo. Y

madre tiene siempre frío, incluso cuando las habitaciones nos parecen confortables a los demás. La llevaríamos al sur, pero no puede viajar, y, Serenidad, no lo pediríamos, pero estamos desesperadas, y preguntasteis si había algo, y esto realmente haría que madre estuviese más cómoda...

—Nos ocuparemos de eso —replicó Maia, y Osmin Danivin hizo una reverencia tan profunda y le dio las gracias tantas veces que se sintió aliviado de poder irse.

Lo primero que hizo al regresar al Alcethmeret fue decirle a Csevet que se ocupara de que las residencias de los Danivada recibieran carbón y que no se lo cobraran.

—Sí, Serenidad —respondió Csevet, y tomó nota.

«Sí, nos ocuparemos de ello diciéndole a alguien más que lo haga. Así es como nos ocupamos de nuestros benefactores», pensó Maia. Pero no tenía ni idea de cómo llevar a cabo el asunto, y sabía que, si lo intentaba, solo lograría atemorizar y confundir a muchísimas personas.

Y con ese atormentado pensamiento, el emperador Edrehasivar VII se fue a la cama, donde durmió mal.

CENA CON EL EMBAJADOR GOBLIN

El día de la cena con el embajador goblin amaneció claro y brutalmente frío. La escarcha del interior de las ventanas de la habitación de Maia era demasiado gruesa como para ver a través de ella, y sus edocharei se preocupaban por si estaría lo suficientemente abrigado o deberían colocarle otra capa de seda debajo de la lana.

—Os suplicamos que no lo hagáis —dijo Maia con seriedad.

Ya se sentía como una barchakh'kaladim, la muñeca encajable de los barizheise con sus series de guerreros cada vez más pequeños, feroces y horribles. Una capa más no le calentaría mucho, pero podría imposibilitarle el movimiento.

—Si tenéis frío, Serenidad, volved —dijo Esha con firmeza—. Dejaremos las sedas junto al fuego por si acaso.

—Sois muy amables —dijo Maia, y lo dijo de verdad. Tenía ocho años la última vez que a alguien le importó si tenía frío.

—Es nuestro trabajo, Serenidad —contestó Esha, como Csevet siempre decía, pero pensó que, de todos modos, los tres estaban complacidos.

El desayuno consistió en harina de avena con albaricoques secos y miel, y el personal de la cocina había desenterrado un gigantesco samovar de esmalte verde y dorado, con garras, que

debía tener al menos doscientos años. El té estaba muy fuerte y muy caliente, y Maia insistió en que Csevet se tomara una taza.

Y para deleite de Maia, antes de que acabara de desayunar, y antes de que Csevet acabara de explicarle las tareas del día, le entregaron su sello. El mensajero pertenecía al servicio de mensajería oficial, Dachensol Habrobar formaba parte del gobierno y, por lo tanto, con derecho al uso del servicio de mensajería, a pesar de que el tránsito se limitaba a los confines de la Corte Untheileneise. El mensajero era un goblin de color oscuro con cintas escarlatas en el pelo como si fuera un desafío. También era, sin lugar a dudas, amigo de Csevet. Maia le pidió que esperara por si había algún problema con el anillo, y le hizo un gesto a Csevet para que lo acompañara fuera del comedor. Oyó a uno de ellos reír cuando la puerta se cerró e inclinó la cabeza sobre la pequeña bolsa de seda acolchada para que ni Beshelar ni Cala pudieran verle la cara.

El anillo era un pesado círculo de platino, sin adornos a excepción del emblema grabado en la cara con líneas precisas y delicadas. El gatoserpiente, con la cola enrollada y sus dramáticos bigotes, era perfecto, y Maia sintió un incómodo y salvaje placer al deslizar el anillo en el dedo anular derecho, sabiendo que su padre hubiera desaprobado el diseño. El sello era pesado, pero no más que sus otros anillos (ese día dorados con topacio y ojo de tigre), y el peso parecía menos cruel, aunque sabía que era solo su imaginación. Pero el sello era suyo, y aunque pudiera parecer una fantasía infantil o no, descansaba mejor en su mano.

Así de fortalecido, se embarcó en una mañana más que agotadora. Chavar no había tenido la temeridad de rechazar la invitación del embajador Gormened, pero Maia casi deseaba que lo hubiera hecho. Al menos, todos habrían evitado su desagrado tácito, pero obvio, que se hizo patente con su búsqueda de fallos y obstruccionismo mezquino.

Peor aún, desde el punto de vista de Maia, a media mañana los Corazhas se reunieron, con la atronadora asistencia del lord

Canciller, con el propósito de elegir a la próxima emperatriz.

Los Corazhas eran inusualmente amables, y dedujo que aprobaban que hiciera algo tan propio de un emperador como tomar medidas para asegurar la sucesión. El Testigo del Judiciato incluso le sonrió. Una vez sentados, todos miraron a Maia con expectación, quien tenía la mente aterradoramente en blanco.

—Mer Aisava ha hecho una gran parte del trabajo preliminar de este asunto —dijo por fin, y se volvió hacia Csevet.

Csevet, tan calmado, educado y organizado como siempre, respondió sin titubeos ni incomodidad aparente. Se inclinó levemente hacia los testigos reunidos antes de hablar.

—Es cierto que hemos estado ayudando al emperador, en la medida de nuestras capacidades, a tomar una decisión sabia. Su Serenidad considera que hay tres candidatas dignas de su consideración: Dach'osmin Paru Tethimin, Dach'osmin Csethiro Ceredin y Osmin Loran Duchenin.

Maia se sobresaltó un poco al enterarse de que esa era su opinión, pero confiaba en Csevet y se mordió la lengua. A los cinco minutos, la estrategia de Csevet quedó clara. Chavar, sin lugar a dudas, apoyaba a Osmin Duchenin, y en otras circunstancias habría tenido el apoyo de lord Bromar, el Testigo de los Extranjeros, pero las tierras de los Bromadeise estaban en Thu-Athamar, y Bromar, era evidente, sabía que no debía enfadar a los Tethimada. Maia vio cómo los Corazhas se dividían en dos. El Testigo de la Prelatura apoyaba a Chavar, y el Testigo de las Universidades apoyaba a Bromar. Lord Deshehar, el Testigo del Parlamento, y lord Pashavar, el Testigo del Judiciato, estaban por primera vez de acuerdo, que Maia recordara, defendiendo a Dach'osmin Ceredin, y se les unió el Testigo del Tesoro y el Testigo de los Athmaz'are. Maia recordó lo que le había dicho Csevet acerca de que Varenechibel había causado sensación de malestar cuando abandonó a la emperatriz Arbelan. Csevet se levantó y esperó, sin ni siquiera sonreír, hasta que la discusión entre Chavar y Bromar llegó a un punto muerto, y luego habló.

—Creemos que no puede haber ninguna objeción a Dach'osmin Ceredin.

Lord Pashavar se apresuró a seguir el ejemplo, y en unos pocos minutos, los Corazhas habían llegado a un consenso en apoyo de Dach'osmin Ceredin. Chavar, que cada vez parecía más furioso, aunque ahora con Csevet, no tuvo más remedio que aceptar.

Y entonces, así como así, se decidió. Edrehasivar VII había elegido a su emperatriz. Maia se sintió confundido, triste y, de algún modo, vacío, y sin apetito para almorzar. Las cosas no mejoraron en la tarde, Maia concedió una audiencia a la Asociación de Comercio de Ethuveraz Occidental, que parecía ofender a Chavar con su simple existencia. Maia pensó que sus representantes, incluido un primo del príncipe de Thu-Istandaär, parecían muy sensatos, y que sus objetivos con toda probabilidad mejorarían sus ciudades en más aspectos que los económicos, pero Chavar rechazaba sus ideas antes de que pudieran acabar de exponerlas, con un especial desprecio sobre su deseo de construir un puente sobre el río Istandaärtha.

Pero Maia había escuchado sus razones y estaba impresionado, ya que no tenía ni idea de que el gobierno imperial cobrara tarifas tan exorbitantes por el uso de sus aeronaves.

—Lord Chavar.

—¿Su Serenidad? —respondió Chavar con impaciencia.

—Estos caballeros no deberían ser censurados por desear un puente sobre el río Istandaärtha, sea eso posible o no. Vemos que sería un gran beneficio para ellos.

—Creemos que es posible, Serenidad —afirmó uno de los delegados con entusiasmo—. Hemos hablado con...

—¡No es un asunto apropiado para traer ante el emperador!

Chavar sonaba sinceramente escandalizado, y, al mirar a Csevet, Maia se dio cuenta de que este estaba de acuerdo. Él mismo no podía entender por qué era tan terrible, pero si lo decía lo único que conseguiría sería escandalizar aún más a Chavar. Y se le

pasó por la cabeza el más siniestro de los pensamientos: que sería un ejemplo más de cómo Edrehasivar era un bárbaro, incapaz de gobernar o codearse con la sociedad educada. Maia dejó que Chavar y los secretarios retomaran el control de la audiencia, aunque le complació observar que Chavar moderaba su lenguaje. Fue la única satisfacción que obtuvo esa tarde.

Maia consiguió otro informe sobre la investigación del sabotaje del *Sabiduría de Choharo*. Esta vez, además de todos los puntos muertos a los que habían llegado (y el juego de palabras era tan morbosamente apto que tuvo que ocultar una mueca de dolor), también había un signo alentador. Los testigos habían determinado que el dispositivo incendiario lo debió subir a bordo uno de los miembros de la tripulación, y por lo tanto, habían comenzado a investigar a la tripulación del *Sabiduría de Choharo* con mayor rigor, hasta descubrir que tres miembros de la tripulación habían tenido lazos de distinta proximidad con un grupo disidente de Cetho. Los testigos confiaban en que las respuestas, y las personas responsables del asesinato del emperador, se encontrarían entre los miembros de la Liga de Trabajadores de Cetho.

—Eso no suena terriblemente disidente —comentó Maia, y recibió por parte de Chavar una conferencia sobre el peligro que representaba la liga, el daño que había causado, y la certeza de que, dada la oportunidad, sus miembros habrían conspirado alegremente para asesinar al emperador. Maia recordó a los dolientes del Ceth'ulimeire y no quedó convencido.

Cuando regresó al Alcethmeret, vio que tenía un mensaje llegado por tubo neumático esperándolo, al que Csevet solo le echó un pequeño vistazo antes de entregárselo. Era de lord Berenar, el Testigo del Tesoro; una petición de una audiencia privada con el emperador lo antes posible.

Maia miró impotente a Csevet.

—¿Qué puede querer de nosotros?

—Lord Berenar no es un hombre frívolo, Serenidad —le advirtió Csevet.

—No —respondió Maia mostrándose de acuerdo. El Testigo del Tesoro no hablaba muy a menudo en las Corazhas, pero cuando lo hacía, era decisivo e iba al grano—. ¿Cuándo podemos verlo?

—Una audiencia formal puede tardar varios días, pero podríais hablar con él mañana por la mañana, si estáis dispuesto a recibirle durante el desayuno.

—No tenemos ninguna objeción —dijo Maia.

Los Corazhas había tolerado su presencia durante sus reuniones, pero aquel era el primer indicio que mostraba cualquiera de ellos de que eran conscientes de la existencia de Maia, que era algo más que una decoración peculiar del Verven'theileian. Fuera lo que fuese lo que Berenar quería, Maia no estaba dispuesto a desalentarlo con retrasos.

—Responderemos a su mensaje neumático —dijo Csevet—. Su Serenidad debe vestirse para la cena.

Entre el frío y la ocasión, vestirse para la cena resultó ser algo parecido a un carnaval. Los edocharei de Maia estaban bastante angustiados por cómo debería vestirse, y tuvieron varias indecisiones de última hora. Avris le dijo a Maia que ningún emperador había aceptado una invitación a cenar de un embajador extranjero desde que el primer Varenechibel subió al trono.

—Ni siquiera cuando nuestra madre...

—No, Serenidad.

Maia supuso, con cansancio, que no debería sorprenderle. Pero incluso en su dolor, Varenechibel debería haberlo hecho mejor, ya fuera entrando con buena fe en el matrimonio y la relación más cercana con los Barizhan que eso sugería o negándose por completo, aunque era extraño pensar que si Varenechibel simplemente hubiera rechazado un matrimonio que no quería, él, Maia, nunca hubiera existido, y su sobrino Idra sería ahora el emperador. Un niño emperador, controlado por sus regentes. Por muy inadecuado que se sintiese Maia, la larga y frecuente historia sangrienta de Ethuveraz sugería que era mejor que esa alternativa.

Sin embargo, pensó que era vergonzoso que hubieran pasado más de ciento cincuenta años desde que un emperador aceptara la hospitalidad de un emisario extranjero, por lo que no tuvo ninguna objeción a los complicados preparativos que sus edocharei habían hecho. Hubiera deseado llevar menos ropa de color blanco, pero ese era un deseo inútil para un emperador, y solo le quedaba esperar que las cocinas del emperador no hubieran preparado algo que no fuera propenso a gotear. Al menos los brocados de terciopelo eran cálidos. Nemer le colocó en el pelo palillos tashin de cristal esmerilado y tiras de perlas, y los aros de los pendientes eran ópalos blancos engastados en platino. Ópalos en las orejas, y trató de no recordar una cálida mañana de verano en Isvaroë y a su madre perforándole las orejas con una aguja.

Se alegró de ver a Beshelar tan brillante como un soldado de juguete, e incluso Cala había hecho un esfuerzo, aunque le debió pedir prestada la ropa a alguien, porque, si bien era brillante, y hasta azul, las mangas le quedaban un poco cortas. Le debería preguntar a Csevet, pensó, si los nohecharei del emperador no recibían algún tipo de estipendio, o si eso era algo más que Chavar estaba obstruyendo. No avergonzaría a Cala preguntándole en ese preciso momento.

Justo a las siete, dos pajes goblins aparecieron por la puerta del Alcethmeret, flanqueados por dos enormes guerreros, los goblins más grandes que Maia jamás había visto. Todos llevaban (le dijo Csevet en un apresurado susurro) la armadura ceremonial al completo de la Guardia Hezhethoreise. Parecía que el embajador Gormened también había pensado en esos ciento cincuenta años. Los guerreros saludaron al unísono al ver que Maia se acercaba. Se preguntó qué estarían pensando de todo aquello, en sus relucientes armaduras cubiertas de púas y sus elaborados cascos con cresta, pero, por supuesto, no podía preguntar. En realidad, pensó con ironía, la curiosidad era un rasgo inútil en un emperador.

Los pajes, que calculó tendrían unos diez u once años, tenían ambos la piel gris, en lugar del auténtico color negro goblin. Uno de

ellos, como el propio Maia, era de un tono gris pizarra, el otro era más del color de las nubes de invierno, pero nunca lo tomarían por un elfo, no con esos ojos tan llamativamente anaranjados. Los chicos eran respetuosos, pero nada tímidos. Hablaron con él con total libertad durante la larga caminata del Alcethmeret al *dav* del embajador.

El más oscuro de los dos se llamaba Esret, y su compañero Teia. Ambos eran del norte de Barizhan, donde el matrimonio entre elfos y goblins era cada vez más común. Eran hijos de avarsin menores, adoptados por la casa del gran Avar como signo de lealtad. Y, pensó Maia, un seguro contra la traición. Esret había estado en la Corte Untheileneise durante dos años, Teia apenas seis meses. Los dos la preferían al Corat'Dav Arhos, el enorme palacio semisubterráneo del gran Avar, ya que había mucho más que hacer, y Maia pudo hacerse una idea de los esfuerzos de Gormened por mejorar la posición de su país. Esret lo sabía todo sobre las oficinas del lord Canciller y de las del Testigo de los Extranjeros, mientras que Teia conocía a todos los mercaderes, elfos y goblins que comerciaban entre Barizhan y Ethuveraz y tenían una oficina en Cetho.

—Muchos de ellos la tienen, Serenidad, porque así es más fácil obtener los formularios de aduanas aprobados y visados para viajar, y, oh, todo tipo de otras cosas que solo se pueden hacer aquí.

Maia sospechaba que Esret y Teia sabían más del comercio entre Barizhan y las Ethuveraz que él mismo.

Dos soldados más con el uniforme de los Hezhethora estaban de pie junto a las puertas de la sección del embajador de la Corte Untheileneise. Saludaron y abrieron las puertas, en perfecta sincronización. Maia se sorprendió de que el embajador tuviera tantos guerreros del gran Avar, pero Teia le susurró un secreto que lo explicó.

—¿A que son grandiosos? Vinieron con el mensajero de Maru'var. Inver y Belu se pasaron todo el día practicando con las puertas e hicieron que Vorzhis enviara a alguien para engrasarlas.

—Vorzhis dice que se alegrará cuando regresen a Barizhan — comentó Esret, tan contento como Teia—, pero todos sabemos que no habla en serio. ¿Tal vez podríais venir a verlos entrenar? Son increíbles.

La mirada de Maia se cruzó con la del soldado que sostenía la puerta de la izquierda, y se quedó tan asombrado cuando el individuo le guiñó el ojo que casi se olvidó de seguir caminando. Sabía que las relaciones entre los nobles barizheise y sus subordinados eran más familiares que formales, pero era increíblemente sorprendente que lo incluyeran en eso. Se preguntó si sería por la emperatriz su madre o por su parentesco con Osmerren Gormened o si el embajador había hecho un juicio bastante astuto de su carácter.

Esa idea no le gustó. Maia tenía el ceño fruncido cuando entró en la sala de recepción, pero tuvo que recomponerse de inmediato para responder a la magnífica reverencia de Osmerren Gormened, y luego allí estaba el embajador, se inclinó y sonrió, y se veía tan claramente ansioso por agradar a Maia que no pudo aferrarse a su desapego lleno de sospechas. Tenían preparadas una gran cantidad de presentaciones. Gormened debía haber convencido a todos los expatriados barizheise en Cetho para que asistieran, y la oportunidad de conocer al emperador era, por supuesto, algo nuevo para ellos. Varenechibel difícilmente habría dado la bienvenida de buen grado a la comunidad goblin.

Todos eran de distintos tonos entre el negro goblin y el blanco élfico. Algunos de ellos tenían los ojos rojos, naranjas o dorados, otros de color azul o verde. Sus estructuras óseas también variaban ampliamente, algunos eran de huesos fuertes con la mandíbula inferior de los goblins, otros, con los rasgos puntiagudos característicos de los elfos. Era la primera vez en su vida que Maia estaba rodeado por personas que eran como él, en lugar de solo elfos blancos como la nieve y de ojos pálidos, y se perdió varios nombres de las presentaciones en el esfuerzo por no desmayarse,

hiperventilar o romper a llorar. Se centró al ver la cara ceñuda de Chavar; era demasiado fácil imaginar a Setheris detrás de él.

La mayoría de los goblins presentes eran comerciantes y adinerados. Sin embargo, notó una clara división: los goblins más viejos parecían comerciar principalmente con seda, mientras que la generación más joven tenía diversidad de intereses: relojes, plumas, alfombras de Choharo tejidas a máquina, artículos representados por la Asociación de Comercio de Ethuveraz Occidental, por decirlo en pocas palabras. También se dio cuenta de que ante quien Chavar no cedía era con los comerciantes de seda. La seda se producía en Thu-Athamar y había sido la base de la economía ethuverazheise durante tantos siglos que era prácticamente respetable.

De repente, Maia se dio cuenta de que el conflicto por construir un puente sobre el río Istandaärtha no tenía nada que ver con el puente o con el río, sino con el comercio. El Ethuveraz oriental fue siempre, desde que Edrevenivar el Conquistador unió este y oeste, más rico y más poderoso que los principados occidentales, y su riqueza y poder se basaban en gran parte en el comercio de la seda, que estaba controlado por un puñado de familias nobles. Eso había comenzado a cambiar con la fiebre del oro en los días del abuelo de Maia, la fundación de Ezho, y continuó cambiando a medida que los mercaderes y artesanos de las ciudades occidentales aprendían a cooperar entre ellos, pero el poder del monopolio de la seda se veía terriblemente amenazado, y destruido con toda probabilidad, por un puente sobre el río Istandaärtha, una forma barata, fácil y segura, no solo de aumentar el comercio, sino también de que las familias campesinas que hacían todo el trabajo de la producción de la seda simplemente se marcharan. Y así pues, de los dos lados, literalmente las orillas este y oeste del Istandaärtha, uno deseaba con entusiasmo el puente y el otro aborrecía incluso que lo mencionaran. Y allí estaba el emperador en el medio.

Pasó algún tiempo antes de que pudiera encontrar un rincón de relativo silencio para hablar con Gormened.

—Debemos daros las gracias —dijo, avergonzado, pero decidido—. Por el nesecho.

—¿El nesecho? —La mirada de Gormened fue muy penetrante, pero no desagradable—. ¿Os gustó, Serenidad?

—Tuvimos que pedirle a uno de nuestros jardineros que nos lo explicara —dijo Maia—, pero lo conservamos.

Sacó el nesecho, enhebrado en una cadena de oro, de su bolsillo interior. La cara de Gormened se iluminó con una sonrisa de asombro.

—Nos sentimos honrados, Serenidad, y muy complacidos.

—Gracias —respondió Maia, y guardó el nesecho de nuevo—. Pero, ¿por qué nos lo enviasteis?

Esperaba que sonase como «¿Por qué buscas nuestro favor imperial?». Sin embargo, temía que su verdadera pregunta «¿Por qué eres amable conmigo?» fuese demasiado evidente.

Sin duda, Gormened parecía desconcertado, algo que no hubiera ocurrido por una pregunta meramente política.

—¿Por qué no deberíamos haberlo hecho? —respondió mientras observaba a Maia con atención—. Su Serenidad se estaba enfrentando, de hecho, aún se enfrenta, a una tarea formidable, y deseamos transmitirle... —Se encogió de hombros, con un gesto amplio y comprensivo—, si no nuestro apoyo, ya que somos leales a Maru'var, ¿nuestra simpatía? ¿Benevolencia? Deseábamos que supierais que no éramos vuestros enemigos. No somos vuestros enemigos. Porque nos parecía muy probable que necesitaríais esa seguridad, al menos de alguna parte.

De forma involuntaria, los ojos de Maia se encontraron con los de Chavar, que estaba de pie como un pilar de trueno entre los invitados.

—¡Exacto! —dijo Gormened con seriedad, y se volvió para presentarle a Maia a otra persona.

Maia acompañó a Osmerren Gormened durante la cena. Tenía tanto en lo que pensar que olvidó la ansiedad y en su lugar le hizo una serie de preguntas sobre qué productos se consideraban un lujo

en Barizhan y sobre el comercio con otros países a través del Mar de Chadevan. Estaba desconcertada, pero se mostró cooperativa, y acabó contando con la ayuda del caballero de su otro lado, un mercader de seda que había sido comerciante marino en su juventud, posiblemente un pirata, si Maia comprendió los matices de la conversación de forma correcta, y quien lo sabía todo sobre especias, gemas, chicas-león y otras cosas exóticas que rara vez llegaban tan al norte como las Ethuveraz. Se entusiasmó con el tema al ver que Maia estaba realmente interesado, y pasó de simple información a historias cada vez más salvajes. Para cuando retiraron la ensalada de pepino y sirvieron el boniato y el curry de cerdo todo su extremo de la mesa escuchaba con atención a Mer Zhidelka. Un poco más tarde, empezó a dibujar mapas en el mantel con sal y vino derramado, relatando las aventuras del barco de vapor *Loto Benévolo* en las guerras del Archipelagar, y la gente que estaba más abajo se inclinaba para escuchar. El fondo de historias de Mer Zhidelka parecía inagotable, y Maia se sentía a la vez cautivado y agradecido.

Retiraron el curry y los sustituyeron por pequeños y exquisitos sorbetes de limón, y el embajador Gormened se levantó.

—Tenemos un anuncio que hacer —dijo, y su voz instruida se abrió paso con facilidad a través de las descripciones de Mer Zhidelka de las prácticas bárbaras de los habitantes de la isla de Versheleen—. Es algo magnífico y sin precedentes. Maru Sevraseded, el Avar de Avarsin, ha elegido celebrar este año la Invernoche en la corte de su nieto.

Chavar, a pesar de saber muy bien lo que iba a suceder, miraba como si hubiese encontrado algo sucio en su sorbete. Los invitados barizheise murmuraron y aclamaron.

—Nos complace —continuó Gormened— que el emperador y la corte hayan aceptado dar la bienvenida al Gran Avar de Barizhan, y trabajaremos en estrecha colaboración con el lord Canciller —se inclinó hacia Chavar—, y con el Testigo de los Extranjeros —se inclinó hacia lord Bromar—, para asegurarnos de que esta

Invernoche sea una celebración espléndida y apropiada para los estrechos lazos entre nuestros dos países y el comienzo del reinado de Edrehasivar Séptimo, ¡que sea largo y próspero!

Hubo aplausos, pero Gormened y uno por uno los invitados se volvieron para mirar a Maia, y este se dio cuenta de que esperaban que hiciera algún tipo de discurso. La boca se le secó al instante, y las manos le temblaron mientras empujaba hacia atrás su silla. «Mejor yo que Chavar», se dijo a sí mismo. Una mirada al rostro del lord Canciller fue suficiente para convencerlo.

Se levantó, agarrado al borde de la mesa con tanta fuerza que los anillos se le clavaron en los dedos.

—Gracias, embajador Gormened. —Entonces, ocurrió algo horrible: la mente se le quedó en blanco, a excepción de todas las cosas que no debería decir: «Prometemos que nuestro lord Canciller se comportará», por ejemplo, o «Siempre quisimos saber algo sobre nuestro abuelo». Por fin, sin convicción, dijo—: Creemos que esta Invernoche será memorable, y confiamos en vos, en lord Chavar y en lord Bromar. Gracias.

Esperaba que no fuera obvio que estaba sentando para evitar que le temblaran las rodillas, pero incluso sin esa humillación, no había sido un gran discurso. Tuvo claro por la expresión de Chavar entre el aplauso educado que no solo Varenechibel lo hubiera hecho mejor, sino también Idra, el sobrino de catorce años de Maia. Probablemente, las hermanas pequeñas de Idra lo hubieran hecho mejor.

«Setheris me castigaba por hablar demasiado», quiso explicar, pero eso no le haría ningún bien. Cogió su copa de vino.

Osmerren Gormened le dijo a Mer Zhidelka:

—Tememos que estamos un poco confundidos. ¿Dónde están exactamente las islas Versheleen?

El embajador Gormened le hizo un gesto a los sirvientes para que trajeran el rico y picante chocolate caliente con el que los goblins acababan las comidas de invierno. Era un gesto que él no habría recibido de la corte élfica. Aunque el embajador y su esposa

estuviesen buscando de forma deliberada su favor, lo hacían con una generosidad de espíritu por la cual Maia estaba profundamente agradecido.

Miró a Chavar, que tenía el ceño fruncido en un gesto sombrío y hacía caso omiso a sus vecinos, y luego desvió la mirada con rapidez y atendió a las historias de Mer Zhidelka. Aceptaría la buena voluntad donde pudiera encontrarla.

Sin embargo, se puso a reflexionar sobre la buena voluntad, las alianzas políticas y otras cosas, y más tarde, en la pretendida privacidad del Alcethmeret, le preguntó algo a Csevet.

—¿Y si Dach'osmin Ceredin no desea casarse con nosotros?

Csevet lo miró como si se hubiera vuelto loco.

—En primer lugar, Serenidad, ¿qué probabilidad hay de que alguna joven de alta cuna no desee ser emperatriz? En segundo lugar, podéis estar seguro de que los Ceredada no la permitirán hacer algo tan tonto como negarse.

«En otras palabras, sus deseos no tienen ninguna importancia, como los míos», pensó Maia.

—¿Qué debemos hacer? ¿Hay que dejarlo todo en manos de los secretarios?

—Habrá una reunión formal, Serenidad. Aparte de eso, sería totalmente inapropiado que tuvierais contacto alguno con ella antes de que se firme el contrato matrimonial.

—Oh —dijo Maia, desanimado.

—Aunque no sería incorrecto incluir una carta personal con la oferta formal de matrimonio. No siempre se hace, pero no está mal —dijo Csevet con cautela.

—Está bien —respondió, aunque la idea era desalentadora. Entonces pensó en algo aún peor—. ¿Ella está aquí? ¿En la Corte?

La tos de Csevet podría haber sido una risa ahogada.

—Ella asistió a vuestra coronación, Serenidad. —Después de un momento, agregó, con tono cuidadosamente evasivo—: También tenemos entendido que pertenece al círculo de la archiduquesa Vederó.

—No lo mencionasteis antes —comentó Maia, y odió lo malhumorado que había sonado.

—Hemos estado haciendo averiguaciones. Y... no lo preguntasteis.

Por el tono de suavidad con que lo dijo, fue una reprimenda, y una que Maia merecía. Sintió que la cara le ardía e inclinó la cabeza, mordiéndose la lengua con las excusas y quejas que se agolpaban en ella. En su lugar, preguntó algo más.

—¿También es astrónoma?

—Eso, Serenidad, no lo sabemos. Pero el círculo de la archiduquesa incluye mujeres interesadas en todas las ramas del conocimiento.

Maia tenía otra pregunta, una a la que llevaba tiempo dándole vueltas.

—Las universidades están abiertas a las mujeres. Sabemos esto. ¿Por qué estas mujeres no... por qué nuestra hermana no asistió?

Hubo una incómoda pausa antes de que Csevet contestara.

—Para hacerlo, Serenidad, habría necesitado el permiso de vuestro padre. Y se cree que una educación universitaria hace que una mujer no sea apta para ser esposa.

—¿Y eso era lo único que a nuestro padre le importaba? —concluyó Maia.

—Serenidad —dijo Csevet, no del todo de acuerdo.

—Debemos escribirle —dijo Maia sintiendo que era lo que debía hacer—, pero, ¿qué vamos a decirle?

—No lo sabemos, Serenidad. Pero no tenéis ninguna otra obligación más esta noche.

Lo que significaba que Csevet pensaba que debería escribirle a Dach'osmin Ceredin en ese momento. Maia supuso que también tenía razón sobre eso.

Aunque las luces de gas de la corte Untheileneise significaban que las horas de corte no estaban gobernadas por el sol, el embajador Gormened había elegido seguir la antigua tradición de

acabar las comidas de invierno, si no al atardecer, al menos mucho antes que la mayoría de las funciones de la corte. Maia sospechaba que había encontrado sensatamente un pretexto elegante y plausible para acabar la fiesta antes de que algo pudiera salir mal. Por lo tanto, Maia tenía una cantidad poco usual de tiempo libre, y lo pasó todo elaborando un borrador tras otro de su carta a Dach'osmin Ceredin. Cuando se fue a la cama, irónicamente, mucho más tarde de lo habitual, no estaba tan satisfecho por el producto de sus esfuerzos como desesperado por la posibilidad de que pudiera haberlo hecho mejor:

Para Dach'osmin Csethiro Ceredin, saludos:

Tememos que esto sea extraño e incómodo para vos, como lo es para nosotros.

Lo sentimos. Deseamos ser un buen esposo para vos. Os pedimos que seáis sincera con nosotros, que nos hagáis saber si alguna vez os ofendemos o herimos, porque no lo haremos a propósito, sino tan solo por ignorancia.

Con esperanza,
Edrehasivar VII Drazhar.

No podía escribir «No somos nuestro padre», aunque tenía los dedos apretados sobre la pluma con deseos de hacerlo.

Selló su patéticamente corta misiva con su sello, trató de asegurarse de que quedara una huella clara del gatoserpiente en la cera, y escribió el nombre de Dach'osmin Ceredin en el sobre, luego lo llevó escaleras arriba a su habitación, porque se había dado cuenta de que no podía dejar que lo enviaran hasta que supiera con certeza que Dach'osmin Ceredin había sido informada del honor que recaía sobre sus hombros. Nada podría ser peor que el hecho de que su carta llegara por vía neumática antes de que se hubiera asignado un mensajero para llevar la oferta formal.

Le explicó la situación a sus edocharei, que lo miraron con perplejidad.

—Mer Aisava no estará dormido todavía, Serenidad —le explicó Nemer—. Iremos a buscarlo.

Y se marchó antes de que Maia pudiera decirle que no lo hiciera. Regresó poco después con Csevet, que seguía vestido por completo, y Csevet hizo una reverencia y tomó la carta.

—Está muy bien, Serenidad. Mañana la entregaremos al mensajero que llevará la oferta formal. Él no hará las cosas mal.

Maia sabía que Csevet no lo diría si no se pudiese confiar plenamente en él, y trató de sacar de su cabeza ese particular fantasma de la humillación. Y también trató de disculparse.

—No quisimos molestaros tan tarde.

Pero Csevet, como sus edocharei, no veían que hubiera nada inapropiado.

—Serenidad, es nuestro trabajo, y nos complace hacerlo.

—¡Pero no tenéis más privacidad que nosotros! —gritó Maia, consternado, y se sintió aún más consternado cuando Csevet se sonrojó.

—Os aseguramos, Serenidad, que tenemos suficiente privacidad para nuestras, ah, necesidades.

—Oh. Eso está bien. Nos complace..., es decir, vamos... nos vamos a la cama. Buenas noches, Csevet.

—Buenas noches, Serenidad —respondió Csevet, aún sonrojado, pero sonriendo—. Que durmáis bien.

Maia se metió en la cama sin esperar tal cosa, pero de hecho durmió bien y despertó por la mañana con la sensación de que sus problemas tal vez no fueran insuperables después de todo. Bajó y encontró a lord Berenar esperándolo en el comedor, charlando amablemente con Csevet: chismes de la corte que Maia no podía comprender por ser aún un recién llegado. Ambos se levantaron y se inclinaron ante la entrada de Maia. Una vez que todos volvieron a sentarse y Maia tomó una taza de té y se calentó las manos antes de hablar.

—¿Queríais hablar con nosotros en privado, lord Berenar?

—Sí —le confirmó Berenar.

Luego hizo una pausa, el tiempo suficiente para que Csevet se diera por aludido.

—Esperaremos abajo, Serenidad —dijo, y comenzó a levantarse.

—No, no —se apresuró a decir Berenar—. No es un asunto tan privado como para eso. Solo es que... Serenidad, nos parece que necesitáis ayuda y nadie os la proporciona.

—¿A qué clase de ayuda os referís? —quiso saber Maia, con la espalda rígida y las orejas bajadas.

—No nos referimos a nada que sea un descrédito para vos, ni mucho menos. Aunque sentimos que el difunto emperador, vuestro padre, tiene mucho por lo que responder. Serenidad, si estamos equivocados, solo tenéis que decirlo, y nos disculparemos y no os molestaremos más, pero, en verdad ¿comprendéis la mitad de los procedimientos de los Corazhas?

Maia sintió que un escalofrío de rubor le recorría todo el cuerpo, y le dejó una fría vergüenza y vértigo a su paso. Oyó a Csevet hablar malhumorado.

—Las nociones de tacto de vuestra señoría dejan mucho que desear.

Trató de recomponerse para no traicionarse a sí mismo, pero ya era demasiado tarde para eso. Berenar ya había visto la verdad, había visto que era un ignorante y que no estaba preparado, que no era apto para ser emperador. Inútil, lo llamaba Setheris, y era verdad.

—Serenidad, no lo queríamos decir como una acusación —dijo Berenar, con voz ansiosa—. Deseamos ofreceros nuestra ayuda.

—¿Vuestra... ayuda? —repitió Maia con la boca seca como un algodón.

—La falta de conocimiento es un problema remediable —explicó Berenar—. Suponíamos que se trataría el asunto, ya que, sin duda, vuestro lord Canciller tiene mucha experiencia en la corte e incluso está familiarizado con los procedimientos más oscuros,

pero, como está claro que no lo ha hecho, deseáramos ofrecer nuestros servicios.

Maia se dio cuenta de que todavía tenía la taza de té en las manos y bebió un sorbo. Luego se tomó un momento para recomponerse. Fue Csevet quien preguntó.

—¿A qué os referís con «servicios», lord Berenar?

Berenar paseó la mirada entre Maia y Csevet, tan brillante y mordaz como un cristal al sol. Pero se volvió cortésmente hacia Csevet para contestar.

—Pues a educación, Mer Aisava, nada más. Vemos con bastante claridad que, sin culpa propia, al emperador le falta el conocimiento que necesita, y pensamos que, después de haber pasado gran parte de nuestra vida en la corte, podríamos suplir el déficit.

Maia, consciente de que Csevet había estado haciendo un discreto esfuerzo por enseñar al emperador las miles de cosas que ya debería haber sabido, buscó señales de ofensa, pero Csevet dijo:

—Eso está muy bien pensado —y se volvió, con las cejas arqueadas, hacia Maia—. Serenidad, no tenéis que aceptar la oferta de lord Berenar si no os satisface.

—No —dijo Maia—. ¡Queremos decir que sí! Es decir, estamos sumamente agradecidos con lord Berenar y estaremos encantados de cualquier información que tenga...

Se detuvo al darse cuenta de que se estaba dirigiendo a la persona equivocada.

Berenar parecía imperturbable, y se limitó a decir:

—Estamos encantados, Serenidad. ¿Podemos sugerir una hora de reunión habitual que sea lo más productiva y lo menos molesta posible para nuestros horarios?

—Eso parece una buena idea —aceptó Maia.

—Lo arreglaremos, Serenidad. ¿Lord Berenar? —dijo Csevet.

Salieron juntos, y Maia le tendió su taza a Isheian para que la volviera a llenar.

«Se puede encontrar buena voluntad», pensó, mientras Isheian le devolvía la taza de té con una de sus tímidas sonrisas. «Incluso en la Corte Untheileneise».

TERCERA PARTE

EL EMPERADOR DE INVIERNO

18

EL LEGADO DE VARENECHIBEL

Lo llamaron el emperador de Invierno, porque su reinado llegó con nieve temprana y el primer mes se caracterizó por un frío intenso. El Istandaärtha se congeló más allá de Ezho por primera vez en la historia. Era imposible mantener calientes las enormes salas del Alcethmeret, y los espacios públicos de la corte eran aún peor. Maia siempre tenía frío, a pesar de las capas de lana, seda y armiño, y molestaba a Esaran una y otra vez preguntándole si los criados podían mantenerse lo suficientemente calientes. Fue Nemer quien lo tranquilizó: los alojamientos de los sirvientes se construyeron alrededor de las cocinas, así que sus habitaciones eran más cálidas que las del emperador.

No fue la primera ni la última vez que Maia deseó ser solo un pinche de cocina.

Sus días estaban llenos de reuniones: los Corazhas, el lord Canciller y sus satélites, representantes de tal familia acomodada que buscaban un favor, de ese lucrativo negocio en busca de una

concesión. Tenía audiencias formales con cada uno de los embajadores de la corte, Pencharn, Ilinveriär, Estelveriär, Celvaz, y, por supuesto, Barizhan. La Corte Untheileneise, como cualquier ciudad, requería gobierno, y él mediaba entre los cortesanos lo mejor que podía cuando rara vez tenía más que una simple idea académica de los motivos de la pelea. Los cortesanos eran, al menos, educados al escucharlo, aunque no confiaran en lo que escuchaban. Los asuntos entre los funcionarios y los sirvientes solían ser mucho más prácticos, pero no menos acalorados, y de los que solo oía hablar de forma indirecta. Csevet se ocupaba de ellos para no molestar a Su Serenidad Imperial. Por las noches, cenaba en la corte, como se esperaba que hiciera, a menos que encontrara algún motivo convincente para ir a otra parte, y luego había baile, una mascarada u otro entretenimiento en el que se entendía que la presencia del emperador era imprescindible. Se iba tarde a la cama una noche tras otra mientras los días de su reinado comenzaban a acumularse. Tenía los ojos borrosos por el trabajo, no por la bebida, y un fuerte dolor de cabeza por la tensión, de la constante y dolorosa sensación de tener que tomar decisiones sin la información suficiente, con una comprensión siempre incompleta de las situaciones, las motivaciones, las posibles repercusiones. Ni los mejores esfuerzos de Berenar podían compensar el déficit de años en tan solo unas semanas.

Trató de no maldecir la memoria de su padre, pero no pudo evitar reconocer que había sido el rencor de su padre lo que le había dañado. «Tú eras el cuarto hijo, tus medio hermanos estaban sanos, y uno de ellos tenía un heredero. Nadie podía imaginar que alguna vez llegarías a la corte Untheileneise, y mucho menos que la gobernarías». Pero se preguntó, a medida que le llegaban peticiones de los que habían sido relegados de la corte por órdenes de Varenechibel, lo que su padre tendría pensado para él, cuál habría sido su destino si el *Sabiduría de Choharo* no hubiera sido sabotado.

Era un pensamiento perverso, pero no se olvidaba de él. Se preguntó morbosamente si las tácticas de Varenechibel en realidad le habían proporcionado paz mental, o si siempre había estado al tanto de aquellos a los que había desterrado de su presencia, su primera y su cuarta esposas, su hijo, su primo, una variedad de parientes y otros miembros de la corte que lo inquietaban, lo enojaban o lo hacían sentir incómodo.

No ayudó que la carta que Maia recibió de Csethiro Ceredin fuera breve hasta el punto de la brusquedad, escrita al más frío estilo secretarial y mucho más pulida que la de Maia. La carta no hablaba más que de deber y lealtad, e ignoraba por completo los intentos de Maia de ofrecer una relación más cálida. Varenechibel había encontrado afecto, amabilidad e incluso amor con Pazhiro Zhasan, pero ni la carta ni la reunión formal prescrita daban esperanzas de que Maia pudiera hacer lo mismo.

El emperador Edrehasivar VII conoció a su futura emperatriz en la sala de recepción del Alcethmeret. El emperador estaba inmobilizado por brocados blancos y perlas, Dach'osmin Ceredin iba austera e imaculada en seda regada de color verde pálido, llevaba cuentas esmaltadas en carmesí y oro enrolladas en el pelo y colgando de las orejas. El contraste hacía que el vivo azul de sus ojos, el mismo color brillante que los de Arbelan Drazharan, destacara como un grito de desafío en su blanco, bien educado y sin carácter rostro. A Maia le resultó imposible mirarla fijamente.

Dach'osmin Ceredin iba acompañada por su padre, el marqués Ceredel. Mientras que ella era tan ilegible como una muñeca de porcelana, él estaba visiblemente nervioso, lleno de bravuconería en un momento, y al siguiente como avergonzado. El marqués Ceredel se sentía culpable, observó Maia. Más tarde tendría que preguntarle a Csevet o a Berenar el motivo.

Aquella no era una gran ocasión ceremonial como sería la firma del contrato de matrimonio, pero no había nada de informal al respecto. Edrehasivar VII anunció al marqués Ceredel que había elegido a Csethiro Ceredin como su emperatriz, el marqués Ceredel

profesó su satisfacción y sentido del honor. No se mencionó las propiedades que Dach'osmin Ceredin llevaría con ella al matrimonio, ni tampoco se habló de los regalos y favores que el emperador le otorgaría a los Ceredada. Esos detalles los estaban elaborando los secretarios y administradores, y Maia esperaba que Chavar tuviera tan poco papel en las negociaciones como fuera posible. Ese interludio entre el emperador y su futura esposa no era más que teatro, Maia no estaba seguro de a quién estaba destinado.

Dach'osmin Ceredin estuvo de pie en todo momento junto a su padre, cortésmente impasible, sin un parpadeo en su estrecha cara ni un movimiento de orejas que indicara que estaba escuchando. Maia se sentía incómodo y ansioso, y por fin, cuando la audiencia estaba a punto de concluir, le hizo una pregunta.

—Dach'osmin Ceredin, ¿os complace este matrimonio?

Ella enarcó levemente una ceja en señal de que sabía que su pregunta era inútil e incluso tonta, a continuación, hizo una reverencia perfecta antes de hablar.

—Siempre nos complace cumplir con nuestro deber, Serenidad.

Su voz era profunda para ser de mujer, y resonó en el vacío de la sala de recepción como el tañido de una campana.

Maia, ruborizado e infeliz, solo pudo despedirlos, ya que Dach'osmin Ceredin ya lo había despedido a él.

Su matrimonio se alzaba ante él como un desastre, pero a pesar de sus negros pensamientos, o tal vez incluso a causa de ellos, Maia se complació en conceder una audiencia a Arbelan Drazharan cuando ella lo solicitó. La recibió en la Sala Tortuga, y la reverencia que ella le hizo fue impresionantemente formal, negando con ferocidad su edad.

La invitó a sentarse, y tomó su silla de costumbre.

—¿Qué podemos hacer por vos, Arbelan Zhasanai?

Ella consiguió convertir un resoplido en una tos.

—No es necesario que nos honréis con títulos que no nos pertenecen, Serenidad. No somos zhasanai.

—Erais la esposa de nuestro padre. Erais Arbelan Zhasan.

—Hace treinta años. Y si nos llamáis zhasanai, os ilegítimáis a vos mismo. Pero eso ya lo sabéis.

—Sí —admitió Maia—. No obstante, nos gustaría haceros el honor.

—Su Serenidad es muy amable, y lo apreciamos. Pero su madre fue relegada también, ¿no es así?

La pregunta era una formalidad, ambos sabían la respuesta.

—Sí.

Cruzó las manos y se inclinó ante él, un antiguo gesto de respeto y dolor.

—Varenechibel era como una helada mortal.

Se quedaron en silencio un momento, en señal de haber sobrevivido a Varenechibel IV, y luego Arbelan volvió a hablar.

—Nos gustaría, Serenidad, descubrir cuáles son vuestros planes para nosotros.

—No hemos hecho planes en vuestro nombre, ni los haríamos. ¿Desearíais volver a Cethoree?

—No, gracias—respondió Arbelan con decisión—. Pero... es vuestro deseo el que importa, Serenidad, no el nuestro. Somos de la casa Drazhada.

Con eso quiso decir que no solo era Drazhadeise por matrimonio, sino que, como las demás esposas de Varenechibel, tanto las vivas como las muertas, y como sus hijas, su nuera y nietas, como la desafortunada prometida de su tercer hijo, pertenecía a los Drazhada. Pertenecía, literalmente, a Maia, y este podía hacer con ella lo que quisiera.

No era de extrañar, pensó, que Sheveän lo odiara, que Csuru lo despreciara, que Vederu lo mirara con desconfianza y escepticismo. No era de extrañar que Csethiro Ceredin no le diera nada de sí misma, más que su obligación de obedecerle. Tenía dieciocho años, era ignorante, poco sofisticado, no tenía derecho a controlar sus vidas, excepto el derecho de la ley.

—Arbelan Zhasanai —dijo deliberadamente—, no podemos hacerle esta pregunta a nuestra madre, y eso nos entristece. Pero

es en su memoria que os lo preguntamos, ¿qué deseáis hacer?

Ella lo miró, con el rostro ilegible. Luego inclinó la cabeza con solemnidad.

—Si no os disgusta, Serenidad, querríamos quedarnos en la Corte Untheileneise. Después de tanto tiempo, es el único hogar que conocemos, excepto Cethoree, donde no deseamos regresar.

—Entonces sois bienvenida aquí.

—Os lo agradecemos, Serenidad.

—¿Podrías...?

Se calló al sentir el calor en su rostro.

—Cualquier cosa que esté a nuestro alcance, Serenidad, sabéis que solo tenéis que ordenarlo.

—No, no es eso. No es nada... no es una orden.

Ella enarcó las cejas. Edrehasivar Media Lengua lo había llamado Osmin Duchenin cuando creía que él no la podía oír, y una mirada a Telimezh había sido suficiente para indicarle que no era la primera vez. Se clavó las uñas en las palmas de las manos, se obligó a respirar hondo.

—Simplemente nos preguntábamos si consentiríais en cenar con nosotros, quizás una vez a la semana.

Quedó visiblemente sorprendida, lo que, en una dama de la generación de Arbelan Zhasanai no era algo habitual.

—No hay nada incorrecto —dijo a toda prisa—. Vos sois, como dijisteis, Drazhadeise, y viuda de... y...

—Serenidad —y hubo algo en su voz que Maia no supo calificar—. Nos sentiríamos encantadas y honradas.

Era solo un pequeño avance, pero un avance, al fin y al cabo. Una noche de cada siete no tendría que encontrarse con las frías y pálidas caras y los ojos brillantes de la corte. Y Arbelan Zhasanai, quien le debía su gratitud, no tendría que soportar los cuentos sobre los patosos silencios del emperador, de sus torpes esfuerzos en la conversación. Una vez que ella consiguió conocerlo bien, una vez que, pensó él, se dio cuenta de que no se trataba de alguna clase de trampa arcana y terriblemente sutil, ella misma tomó el control de

la conversación con una energía y una facilidad que le hicieron preguntarse cómo sería cuando era la emperatriz de Varenechibel, antes de que su cuerpo y su marido la traicionaran. Aunque acordaron no hablar de Varenechibel, ella le contó historias de su juventud, con descripciones de la corte del padre de Varenechibel, Varevesena. Y esas historias parecían llevarla siempre a hablar de la corte moderna, de sus mezquinas guerras y sus traiciones más oscuras. Comprendió el valor de lo que ella le ofrecía y escuchó atentamente, semana tras semana, tratando, incluso de esta pequeña manera, de compensar la ignorancia que era su herencia.

Había aprendido el valor de los chismes de Setheris, de las diferencias, a veces pequeñas, a veces enormes, entre los comunicados oficiales de la corte y las cartas que Setheris recibía de Hesero. Nunca se debe hacer caso a los chismes, le había dicho Setheris más de una vez, pero tampoco hay que subestimarlos. Por lo tanto, junto con las lecciones de Arbelan Zhasanai y lord Berenar, Maia escuchaba las exquisiteces que le traían sus más allegados, sus edocharei, sus nohecharei, Csevet. Cada uno de ellos oía diferentes historias, diferentes interpretaciones.

Fue Arbelan Zhasanai quien le dijo que Sheveän continuaba descontenta, Csevet quien le comentó que varios cortesanos parecían extrañamente interesados en las leyes de sucesión recientes. Pero fue Nemer quien, con timidez y una mezcla de reticencia e indignación, le dijo que la gente comenzaba a decir que el hijo de Nemolis, Idra, debería haber ocupado el trono.

Maia estaba ya tan cansado de lo mismo que no se sorprendió. No había nadie en la Corte Untheileneise, posiblemente nadie en todas las Ethuveraz, que no supiera que Varenechibel hubiera preferido ver a su nieto como sucesor. Si Idra hubiera alcanzado la mayoría de edad antes de la muerte de su abuelo, bien podría haber elevado su estandarte contra su medio tío, y, con toda seguridad, lo habría derrotado.

Pero Idra tenía catorce años, no podía ser un jugador en las maquinaciones de la corte, solo un peón. También era, tal y como

estaban las cosas, el heredero de Maia, y así el deseo instintivo de Maia de tratar a Sheveän como su padre había tratado a todos los que lo habían desagradado, dejarle ver cómo era la vida en Isvaroë, Edonomee o Cethoree, era insostenible. Podía hacerlo, pero, o bien relegaba a los hijos de Sheveän y le hacía a Idra exactamente lo mismo que Varenechibel le había hecho a Maia, o separaba a Idra de su madre. Y las hermanas pequeñas de Idra, ¿qué podría hacer con ellas en ese caso? No, no era posible. Edrehasivar no era ni podría ser Varenechibel.

Sufría la miserable certeza de que nada de lo que pudiera decirle a Sheveän supondría la más mínima diferencia. Pero recordó que Idra no parecía resentido con él durante la coronación, por lo que convocó a su heredero al jardín del Alcethmeret, donde el emperador había adoptado la costumbre de caminar durante media hora cada día, sin importar el clima. Incluso en la nieve, o en las miserables y heladas lluvias del invierno, al menos caminaba a lo largo de la columnata que rodeaba el jardín contra la mayor parte del palacio.

Idra fue puntual. Si su madre había insistido en ir con él, como temía Maia, las instrucciones que había dejado a su personal dieron resultado, ya que Idra apareció sin ella. Iba perfectamente vestido y arreglado, con el cabello recogido en un grueso nudo como correspondía a un niño, y el ámbar que brillaba con calidez entre sus trenzas blancas indicaba que era un niño de la casa gobernante. Al igual que Maia, Idra tenía los ojos de los Drazhadeise, grises, pálidos y claros como el agua, y miró a su emperador sin pestañear cuando se levantó de su reverencia.

No era un día particularmente agradable, pero el sol brillaba a través de las nubes, y el viento tenía menos fuerza que el día anterior.

—Primo, ¿queréis caminar con nosotros? —le preguntó Maia.

—Será un placer, primo —respondió Idra, con el mismo nivel de formalidad que Maia había elegido, «primo», para reconocer su parentesco, pero sin detalles opresivos. Maia no creyó que fuese

capaz de lograr que la palabra «sobrino» le saliese de la garganta por mucho que lo intentara.

Caminaron en silencio a lo largo de la primera curva ancha del camino que se alejaba del Alcethmeret, y entonces Maia, sin haber sido capaz de pensar en ninguna forma delicada o discreta de decirlo, habló directamente y sin rodeos.

—Sois nuestro heredero.

—Sí, primo —dijo Idra. Maia vio cautela en su mirada de reojo, y no le gustó. Pero no había nada que pudiera hacer al respecto. No podía exigirle a Idra que confiara en él—. Debéis saber, imaginamos, que no nos llevamos muy bien con vuestra madre.

—Sí, primo.

—Lo lamentamos. Si estuviera en nuestro poder, lo arreglaríamos.

Un silencio, pensativo. Luego Idra habló de nuevo.

—Os creemos, primo.

—¿Sí? Bien. Entonces tal vez nos creeréis cuando os digamos que no deseamos ninguna enemistad con vos.

—Sí, primo.

Estuvieron en silencio durante otra larga curva del camino. Maia era dolorosamente consciente de que Idra solo tenía cuatro años menos que él, pero que era, en cierto modo, mucho mayor. No por la vergonzosa tartamudez de un emperador que nunca había aprendido a bailar ni a elegir joyas, ni a hablar de forma educada de nada en una cena de cinco platos. Deseaba poder desahogarse con Idra y pedirle consejo. Pero, aunque no eran enemigos, aún no eran aliados, y no le podía pedir a Idra que eligiera a su emperador antes que a su madre.

Bueno, podría hacerlo, pero no quería, no quería influir en el corazón de Idra y decirle a quién debía odiar y a quién amar.

Sin embargo, tenía algo que decir, tenía que acercarse a Idra de alguna manera. El príncipe de la Corte Untheileneise llegaría a la mayoría de edad dentro de dos años, y a menos que Maia engendrara un heredero, un pensamiento que hacía que se

estremeciera como un caballo se estremece ante un ruido amenazante, Idra sería un hecho de su vida política hasta que no le quedara vida política, ni vida.

—¿Lloráis por vuestro padre, primo? —dijo bruscamente.

—Sí —dijo Idra.

Y Maia, que habría querido decir algo sobre la justicia, sobre la compasión, se oyó a sí mismo decir:

—Nosotros no lloramos al nuestro.

—¿Lo llegasteis a conocer alguna vez?

Se había preparado para el horror o el desdén, un comentario sobre los salvajes goblins o el eco de las crueles palabras de Varenechibel sobre su hijo «antinatural». Pero la voz de Idra era de simple curiosidad, y cuando Maia se atrevió a mirar de reojo su rostro, sus pálidos ojos no tenían más que una especie de cautelosa simpatía.

—Una vez —dijo Maia—. Cuando teníamos ocho años. En el funeral de nuestra madre. Él no... él no tenía mucho interés en nosotros.

«El puñetero cachorro se parece a su madre».

—Nuestro padre nos habló una vez de nuestro abuelo —añadió Idra con voz aún neutral—. Cuando teníamos trece años y esperábamos ocupar nuestro lugar en la corte.

Como Maia hubiera hecho cinco años atrás. Le asintió con la cabeza a Idra para que continuara.

—Nos dijo que, por encima de todas las cosas, Varenechibel odiaba cometer errores y odiaba que se le viera cometer errores. Dijo que esa era la razón por la cual Arbelan Drazharan había sido desterrada a Cethoree en lugar de permitir que volviera con sus parientes, y esa era la razón por la cual fuisteis... recordamos cómo lo expresó, «recluido en Edonomee». Si nuestro padre hubiera vivido para suceder a nuestro abuelo, no os habría mantenido prisionero allí.

—Nos sentimos muy agradecidos de saber eso —dijo Maia.

Y lo estaba, aunque sentía tanto dolor como gratitud.

—Nuestro abuelo fue muy amable con nosotros. Pero no somos tan ingenuos como para no ver que él no era así con todos. No se preocupaba por nuestras hermanas como lo hacía por nosotros.

—¿Y encontrabais esto indigno en él?

—Eran sus nietas igual que nosotros. Y nuestro padre decía que era bueno que no fueran hijos, ya que demasiados hijos...

Se detuvo, con los ojos abiertos de par en par.

—Dificultan la sucesión —acabó de decir Maia—. Eso nos dijeron también.

—¿Varenechibel?

—Nuestro primo Setheris, que era nuestro guardián.

—No tenía derecho a decirnos tal cosa —dijo Idra, con la misma indignación con la que había defendido el derecho de sus hermanas a ser queridas por su abuelo.

—Al menos el primo Setheris fue sincero con nosotros, —dijo Maia—, le dio la vuelta a la conversación y le pidió a Idra que le dijera cómo había sido crecer en la Corte Untheileneise. Idra obedeció, habló de un modo encantador e ingenioso, y Maia escuchó, sonrió y pensó: «Sería mejor emperador que tú, goblin».

Pero al menos se llevaba bien con su heredero. Al menos tenía un bastión en el que guarecerse, como se refugiaba en las cenas con Arbelan Zhasanai. Nurevis demostró ser otro bastión, amistoso, sin ningún interés en la política, alegremente dispuesto a explicar cosas que a Maia le parecían confusas, y que siempre aparecía con invitaciones para uno u otro evento social. Maia rechazaba más de los que aceptaba, pero no podía rechazarlos todos. Aunque hubiese querido hacerlo, sería una tontería enojar al único cortesano que le había ofrecido su amistad sin obligaciones. Y no deseaba hacerlo. Nurevis hizo un comentario en particular al mencionarle que Min Vechin asistiría a una de sus veladas o almuerzos informales, y Maia se sonrojó con tristeza, nunca había aprendido a ser objeto de burlas, pero asistió. Se dijo que era tonto, se dijo que era inexcusable. Sabía que era el hazmerreír, el emperador goblin, Edrehasivar Media Lengua, prendado de la cantante de ópera. Pero

Min Vechin le sonrió, y se acercó a él cuando la invitaron, y no pareció importarle su incapacidad para mantener una conversación.

Se dijo que solo pensaba en la amistad, y sabía que mentía.

No le preguntó a sus nohecharei qué pensaban, y no se lo dijeron. Pero sabía que Beshelar y Dazhis lo desaprobaban, y pensó que Telimezh se compadecía de él. «Así será tu vida, Edrehasivar», se dijo a sí mismo, y trató de no pensar en su prometida.

Se tardó casi una semana en llegar a un acuerdo sobre los términos del contrato de matrimonio entre Edrehasivar VII Drazhar y Dach'osmin Csethiro Ceredin. Berenar le dijo a Maia que había sido un trabajo bastante más rápido de lo común.

—El marqués Ceredel debe temer que cambiéis de opinión.

—¿Por qué? —dijo Maia, y luego, al recordar un rompecabezas olvidado, añadió—: ¿Por qué nos tiene tanto miedo?

Berenar soltó un bufido.

—Cuando la emperatriz Arbelan fue desterrada, su hermano, el actual padre del marqués, cayó con ella. Se había aprovechado bastante de ser el hermano de la emperatriz, tanto financiera como políticamente, y el difunto emperador vuestro padre, al parecer, no le concedió al marqués Ceredel ningún gran favor. O, en realidad, ningún tipo de favor. Los Ceredada estuvieron a punto de caer en la bancarrota, y como el difunto marqués nunca admitiría ninguna ofensa o falta sobre su persona, el actual marqués creció con la creencia de que el emperador es malvado y caprichoso, y que persigue a la desafortunada Casa Ceredada. Además, sospechamos que ha podido sentirse incómodo por el favor que le habéis concedido a Arbelan Drazharan.

—¡Pero ella es su tía! —protestó Maia.

Berenar negó con la cabeza.

—Los Ceredada no la apoyaron.

Maia tardó un momento en comprender su significado.

—Tal vez el marqués tenga razón al temernos —dijo misteriosamente.

—El marqués actual, como su difunto padre, no es notable por su sabiduría —dijo Berenar con indiferencia, y Maia sabía que era un recordatorio de que el emperador, al estar rodeado de ella la mayor parte del tiempo, debía ser paciente con la estupidez. Tendría que esperar que Dach'osmin Ceredin saliera a la familia de su madre.

Sin duda, no parecía haber nada de estupidez en ella cuando se volvieron a encontrar, esta vez en el Untheileian, para firmar el contrato de matrimonio con toda la corte como testigo.

El matrimonio en sí no tendría lugar hasta la primavera, tanto por los auspicios como porque una boda no se puede organizar en el último minuto. Las coronaciones, dijo Csevet, eran mucho más sencillas, ya que no había que negociar nada, nada que no fuera ordenado por cinco mil años de tradición. Las bodas, por otro lado, no eran más que negociaciones, y Csevet no lo dijo del todo, pero Maia podía decir que, en este frente, los Ceredada estaban resultando unos negociadores difíciles.

La firma del contrato, con el correspondiente intercambio de anillos de juramento, era una ceremonia legal y podría ser considerada como un simple negocio. Así fue claramente como lo vio Dach'osmin Ceredin: apareció bien vestida, pero no con grandes lujos, en terciopelo de color marrón claro, y su saludo al subir al estrado fue educado y seguro, enérgico, como una mujer que tenía una cita más importante a la que acudir.

Firmó el contrato sin dramatismos ni alboroto. En contraste con la caligrafía perfecta e impersonal de la carta que había enviado, su firma era densa y ferozmente enérgica. Vio que ella usaba el barzhad, el viejo alfabeto del guerrero, en lugar de la escritura del secretario favorecida por la corte y que por lo tanto forzaba a todo aquellos en las Ethuveraz que no tenían libertad para ser idiosincráticos. Su propia firma parecía un garabato sin forma junto a la suya, pero trató de dejar de lado la comparación.

La ceremonia de los anillos de juramento, como la ceremonia de la firma, no requería palabras habladas. Los anillos de hierro, tan

simples para un emperador como para un pastor de vacas, eran el juramento. Fue algo torpe al deslizar el anillo sobre el pulgar de Dach'osmin Ceredin, pero ella lo ayudó, discretamente, y al menos no soltó el anillo. Ella fue más hábil cuando le tocó, y no tuvo miedo de tomarle la mano con firmeza.

Ya estaba hecho, ella hizo una reverencia y se marchó de nuevo. Todavía tenían que intercambiar un total de más de cincuenta palabras.

Se sentía retorcido dentro de sí mismo, intimidado por su emperatriz, con miedo al chisme que inevitablemente comenzaría a extenderse, herido por el desprecio a sí mismo y la expectativa de humillación. Aunque sabía que debía hacerlo, sabía que lo necesitaba, no podía meditar. No con otras dos personas en la habitación, no con una. Era demasiado consciente de sí mismo, con demasiado miedo de lo que se diría. Recordó, con bastante dolor, que sus nohecharei no eran sus amigos. No podía soportar la idea de su educada incomprensión, como tampoco podía soportar la idea del desprecio de la corte. Por la noche, mientras yacía retorcido entre las sábanas de su enorme cama, deseó la paz y la fría oscuridad de la capilla de vigilia.

Y lo deseaba cada vez más a medida que pasaban las semanas, y al murmullo de que Idra Drazhar tenía derecho al trono se agregaban nuevos cuchicheos, rumores, cosas malvadas que crecían como hierbas: la idea de que, de alguna manera, el propio Maia había sido responsable del sabotaje del *Sabiduría de Choharo*.

Era una tontería, algo tan absurdo contra lo que ni siquiera se podía luchar. No era como si la verdad del asunto, la reclusión de Maia en Edonomee, su falta de experiencia con intrigas y política, el hecho de que no tuviera la menor idea de cómo se contrataría a alguien para sabotear una aeronave, no fuese bien sabido por todos. Solo no tenían fuerza suficiente contra otra verdad: que Maia, el hijo más joven y despreciado de Varenechibel, era ahora el emperador. Incluso si hubiera podido decirles, a aquellos que murmuraban, que no deseaba ser emperador, y no podía decir tal

cosa, atrapado como estaba detrás de la máscara de Edrehasivar, no lo hubieran creído. Nadie en la Corte Untheileneise alguna vez creería que alguien podría desear no ser emperador. Era impensable.

La investigación sobre la Liga de Trabajadores de Cetho continuó (el lord Canciller se lo aseguró al emperador), pero aparentemente no estaba más cerca de encontrar al asesino o los asesinos. Maia pidió a Thara Celehar que se presentara ante él, exigió saber qué progresos estaban haciendo y por qué no tenían más. Asustó a Celehar y, más tarde, se avergonzó de haberlo hecho, al darse cuenta de qué aspecto tan monstruoso debía haber dado para impresionar a la apatía de Mer Celehar. Pero a pesar de toda la intimidación, Celehar solo le pudo decir que continuaban buscando, preguntando a los vivos y, en la medida de sus posibilidades, a los muertos.

—No se trata de máquinas, Serenidad —dijo, con la cara pálida, pero sin disculparse, solo explicándolo—. No se pueden programar.

Entonces se oyó una pequeña y significativa tos por parte de Csevet, y Maia se recompuso. Habló tan suave y bajo como pudo.

—¿Hay algo que podamos hacer, Mer Celehar, para ayudaros en vuestra búsqueda?

—Lo sentimos, Serenidad, pero no lo hay. Solo podemos trabajar de la mejor manera posible.

—Lo sabemos. Estamos... —Los emperadores no se disculpan, y recordó que Idra le dijo que lo único que Varenechibel no podía perdonar era tener un testigo de sus errores—. Rogamos nos disculpéis si hemos dado a entender que no lo hacíais.

Los ojos de Celehar se agrandaron, y luego inclinó la cabeza, para ocultar su reacción.

—Serenidad, os lo comunicaremos en cuanto tengamos cualquier nueva información.

—Os lo agradecemos, Mer Celehar —dijo Maia, y se hundió con cansancio en su silla mientras Mer Celehar se inclinaba y se marchaba del Michen'theileian.

Maia era emperador, era Edrehasivar Zhas en lugar de simplemente Maia Drazhar, desde hacía más de un mes. La tarea de gobernar las Ethuveraz se había vuelto más fácil, aunque no menos tediosa. Sabía los nombres de la mayoría, si no de todos, de sus cortesanos, empezaba a tener una idea de sus facciones, sus lealtades y enemistades. Cualquier comentario que Setheris pudiera estar haciendo, y Maia podía imaginar su contenido demasiado bien, no habían llegado a oídos de Maia, y por eso, el emperador se sentía (patéticamente, se dijo) agradecido. Sus nohecharei y sus edocharei cumplían con sus obligaciones, Csevet organizaba a su emperador como si hubiese nacido para ello. Había rumores incómodos de descontento, pero, de hecho, hubiera sido increíble si no hubiese sido así, y Maia tendría que tener el carisma que sabía que le faltaba.

Chavar continuaba intratable, hostil, pero no había sido abiertamente insolente o tan notoriamente incompetente como para que Maia tuviera que hacer algo al respecto. Todavía quería reemplazar a Chavar como lord Canciller, pero no podía hacerlo hasta que tuviera un candidato a la vista, y no tenía ninguno. Los secretarios de Csevet y Chavar idearon un elaborado sistema para asegurar que el emperador y el lord Canciller hablaran directamente entre sí lo menos posible, y eso hacía, si no comfortable, al menos soportable, que los dos trabajaran juntos.

Nurevis Chavar era mucho más servicial que su padre. Aunque su círculo de amigos apenas coincidía con el de Csethiro Ceredin, Nurevis hacía lo que podía no solo por invitar a Dach'osmin Ceredin a sus fiestas, sino también para hacer que el gesto de invitar a los amigos que tenían en común pareciera lo más natural posible. Maia estaba agradecido, pero por dentro deseaba que Nurevis no se hubiera molestado en hacerlo. Las salas públicas del Chavadeise se habían convertido en un campamento dividido, con Dach'osmin Ceredin a un lado y Osmin Duchenin al otro, y Maia se sentía miserablemente seguro de que él no era bienvenido a ninguno de ellos. Osmin Duchenin no ocultaba su enojo por no haber sido

elegida, y Dach'osmin Ceredin era fría y formal y posiblemente también estaba enojada. Cuando no estaba cerca de ella, la risa desde su lado de la habitación era estruendosa, y se preguntaba si ella, al igual que Osmin Duchenin, se estaba burlando de él.

Maia trató de mantenerse en territorio neutral: Nurevis y los amigos de Nurevis que no reunían dos ideas políticas entre todos ellos. Todos ellos hacían caso omiso de Maia con benevolencia, y él escuchaba sus incomprensibles conversaciones sobre caza, caballos o ropa, y al menos se sentía un poco más seguro. Nurevis le hablaba sobre sus deberes como anfitrión, pero Maia estaba cada vez más agradecido a Min Vechin, quien tenía cuidado de no ser vista monopolizando al emperador, pero que lo detenía de vez en cuando, y lo rescataba frecuentemente de uno u otro de los cortesanos determinados que ansiaba ganarse el favor del emperador por la fuerza de la verborrea, y le hablaba a la ligera y sin esperar más respuesta que sí o no. Era tranquilizador, y ella era hermosa, y pensó que estaba coqueteando con él, aunque no tenía ni idea de cómo responder. Ella le hacía sentir casi normal, casi como si él le perteneciera.

Y entonces, una noche, después de que Min Vechin se paseara con gracia a su alrededor por tercera o cuarta vez, Dach'osmin Ceredin se acercó a él. Hizo una reverencia con un aleteo de color bronce y rojo púrpura, pero tenía el ceño fruncido, y Maia no se sorprendió mucho de que abriera el ataque.

Pero se sorprendió cuando ella le habló sin tapujos.

—Serenidad, Min Vechin os está utilizando.

—Por supuesto que lo hace —estuvo de acuerdo Maia.

Dach'osmin Ceredin enarcó las cejas, y Maia fue incapaz de mantener encerrada de forma adecuada en su boca toda su amargura reprimida.

—Tan estúpidos creéis que somos, para pensar que no somos capaces de darnos cuenta por nosotros mismos. Os lo agradecemos.

Parecía como si le acabara de morder un cojín.

—Serenidad, no quisimos decir... —Se detuvo, y vio que su piel incolora se enrojecía con un color rojo duro y doloroso—. Os pedimos que nos disculpéis. Tenéis razón, y no deberíamos haberos hablado así.

Pensó que ella giraría sobre sus talones y huiría, que era lo que él habría hecho, pero se mantuvo firme, aunque inclinó la cabeza durante unos segundos. Maia la dejó estar, y su propia ira había disminuido tan rápido como había surgido.

Cuando Dach'osmin Ceredin levantó la cabeza, había una luz en sus vívidos ojos que no había antes, y cuando habló, su discurso fue más rápido, más recortado, y rico en la vivacidad que antes le faltaba.

—Puesto que ya nos hemos deshonrado, también podemos preguntar, si sabéis que os está utilizando, Serenidad, ¿por qué lo aceptáis?

Ya no sonaba prejuiciosa, simplemente curiosa.

Pero Maia no tenía una respuesta, al menos una que pudiera articular.

—Es muy hermosa —dijo con debilidad.

—Y tiene la sensatez de no asustaros —dijo Dach'osmin Ceredin, y Maia dio un paso atrás queriendo protestar por su deducción, pero era incapaz de negar su verdad—. Ya vemos que deberíamos aprender de ella —dijo Dach'osmin Ceredin, con un tono de voz más que un poco desagradable, y Maia sintió los hombros encorvados y las orejas aplanadas.

Era el tono de voz que Setheris usaba con bastante frecuencia, precedido de un golpe o un insulto feroz. Pero Dach'osmin Ceredin hizo otra reverencia, no con tanta gracia como otras damas de la corte, pero tan precisa y aguda como el saludo de un espadachín.

—Serenidad, no deseamos que nos tengáis miedo.

Y tal vez para demostrar la verdad de sus palabras, se dio la vuelta y regresó con sus amigos.

Maia no se quedó allí mucho tiempo después de eso.

EL DOLOR DE THARA CELEHAR

La mañana comenzó con malos augurios con una carta de Csuru Zhasanai, entregada durante el desayuno.

Maia había descubierto que a Csuru le encantaba escribir cartas, ya fuera porque así podía acaparar mucho más tiempo del emperador, o por alguna otra razón que solo ella conocía. Maia ni se permitió suspirar, abrió la carta, le echó un ojo rápido, frunció el ceño y luego la volvió a leer más despacio.

—¿Serenidad? —dijo Csevet, siempre sensible a las señales de problemas.

—La emperatriz viuda exige saber con qué derecho hemos relegado a su pariente a nuestro servicio como nuestro capellán, y que, por tanto, por qué no lo hemos agregado a los roles de nuestra casa, y en especial por qué no hemos tenido la cortesía, esta palabra subrayada con fuerza y, sospechamos, por la propia mano de la emperatriz viuda, de informarle de nuestras intenciones. — Levantó la cabeza, sin poder dejar de fruncir el ceño, aunque Csevet no se lo merecía—. Debemos hablar con Mer Celehar antes de contestar la carta de la emperatriz viuda. ¿Podemos organizar una audiencia para hoy?

Csevet revisó sus papeles.

—Sí, Serenidad, aunque eso significará recortar el tiempo de vuestro almuerzo.

—Pues que así sea —dijo Maia, y miró a Beshelar y a Cala con cara de pocos amigos, desafiándolos a decir algo. No lo hicieron, aunque ambos parecían querer hacerlo.

La tarde pertenecería a los Corazhas. Maia pasó la mañana dando audiencias, considerando peticiones, tratando de ser el emperador, aunque todavía se sentía como un farsante. Se alegró de escapar del Michen'theileian, aunque no encontró el Alcethmeret mucho más cómodo, y no era un refugio, porque los asuntos del emperador lo persiguieron hasta allí, con un paje que entró al comedor para anunciar que Thara Celehar esperaba el placer de su Serenidad.

«Placer» estaba tan lejos de ser la palabra correcta que a Maia le costó no echarse a reír en la cara seria y confundida del pobre muchacho.

—Lo recibiremos en la Sala Tortuga —dijo, agradecido de poder dejar la comida que no había probado y apenas había tocado.

Celehar se postró en el suelo de la Sala Tortuga cuando entró Maia.

—Levantaos, por favor, Mer Celehar —dijo Maia, al principio asombrado, y luego recordó con inoportuna claridad su reunión con el Testigo de los Muertos a principios de esa semana—. No os hemos traído aquí para intimidaros.

—Serenidad —dijo Celehar, poniéndose en pie, pero sin levantar la barbilla para mirar a Maia a la cara. Y eso no era propio de él.

—Deseamos hablar con vos porque hemos recibido una carta bastante peculiar de vuestro pariente la viuda emperatriz...

—Y deseáis saber por qué le hemos mentado.

Maia vio a Beshelar y Cala paralizados por la confusión. No se interrumpe a un emperador, y menos con ese tono de impaciencia.

Maia, aunque no le importaba nada la interrupción, también miró a Celehar de cerca, con cautela.

Pero no permitió que eso se notara en su voz cuando habló.

—No os hemos acusado de mentir.

—Deberíais, Serenidad. Porque mentimos a Csuru Zhasanai.

Celehar todavía no había levantado la mirada, y su voz grave y quebrada sonaba temblorosa, además de tener las orejas gachas.

Había muchas cosas que Maia suponía que podría haber hecho o dicho, pero solo sabía una con certeza, que no era cruel.

—¿Por qué? —le preguntó en voz muy baja.

—Porque esperábamos que, si le decíamos a Csuru Zhasanai que éramos vuestro capellán, no os revelaría la verdad, una verdad que sostiene sobre nuestra cabeza como una espada envenenada.

—¿Qué verdad?

—La verdad... —Su voz se quebró con crudeza—. La verdad de por qué renunciamos a nuestra prelatura.

Maia pensó durante unos segundos.

—Por favor, Beshelar, ¿podríais preguntarle a Mer Aisava cuánto nos podemos demorar antes de que los Corazhas no nos lo perdonen?

Miró a Beshelar a los ojos mientras lo decía, y supo que había recibido y entendido lo que quería decir.

—Serenidad —dijo Beshelar, se inclinó y se marchó.

Celehar tenía los nudillos de una mano apretados contra la boca.

—Entendemos que no deseáis decirnos esta verdad, pero... — Maia respiró profundamente y se deshizo de un modo consciente, casi doloroso, de las formalidades—. ¿Quieres decírmelo?

El silencio se apoderó de la Sala Tortuga durante cinco atronadores latidos del corazón de Maia. Celehar levantó la cabeza, al fin, y respondió.

—Serenidad, no merecemos el honor que nos haríais.

—No hablo de honor —dijo Maia con algo que era casi exasperación—. Hablo de compasión. Has demostrado una gran

compasión, tanto a los vivos como a los muertos, y me gustaría mostrar compasión, al máximo de lo que me lo permitan mis pequeñas habilidades. Si me lo cuentas, no se lo contaré a nadie ni lo usaré nunca contra vos.

Celehar miró a Cala, quien se apresuró a responderle.

—Yo tampoco se lo contaré a nadie. Lo juro.

—Lo que pasó no es tan importante como el honor que me otorgáis —dijo Celehar, y paseó la mirada entre Cala y Maia—. Es simple de contar: condené al hombre que amaba por el asesinato de la mujer que odiaba.

Silencio de nuevo. Maia no supo qué decir, y, por la expresión de su cara, Cala tampoco. Pero entre el silencio, Celehar siguió hablando.

—Se llamaba Evru Dalar. La mujer era su esposa, Oseian Dalaran. Ella era... Cuando digo que la odiaba, no lo digo a la ligera, y no lo digo porque amara a Evru. Aunque ver a alguien a quien amas ser tratado como ella lo trataba...

Su voz se quedó en nada. Esta vez Maia ni siquiera intentó buscar palabras, comprendía que Celehar necesitaba hablar.

—Éramos amantes, Evru y yo —explicó Celehar—. El archiprelado me ha dado el perdón, y todavía sigo santificado. Pero yo no... ¿Cómo puedo llamarme a mí mismo prelado cuando no pude ayudarlo?

—Ulis no es un... —empezó a decir Cala.

—¡Lo sé! —Celehar se detuvo—. Pero no pude ayudarlo. Y el hierofante de la ciudad, al saber que éramos amantes y considerarlo una abominación, no lo ayudó. Y así, con miedo, odio y desesperación extrema, mató a su esposa y arrojó su cuerpo a un pozo seco, con la esperanza de que no se encontrara, y que nadie se haría ninguna pregunta. Pero la familia de Oseian Dalaran era fuerte en esa ciudad, y no descansaron hasta que la encontraron, con felinos de caza y mangostas que siguieron su olor, y luego llevaron su cuerpo al Ulimeire. A mí.

»Yo era el Testigo de los Muertos. No podía mentir. Y la respuesta estaba demasiado clara. Ella había visto la cara de su asesino, y lo conocía bastante bien. Preguntaron, y yo respondí, y Evru fue decapitado. Ni siquiera me maldijo cuando murió. Nunca había esperado que lo valorara más que a mi vocación.

Celehar se dio la vuelta, con las manos apretadas contra el rostro. Cuando volvió a hablar, más calmado, volvió al plural formal en lugar del simple plural.

—Os podéis imaginar lo repugnante que se vuelve la historia cuando es contada por...

«Csuru», pero no lo dijo.

—Por alguien para quien no es más que un escándalo —dijo Cala con sutileza.

—Sí —dijo Maia—. Entendemos por qué no queréis que nadie más nos cuente esta verdad.

A Celehar se le escapó una pequeña risa, seca y rota.

—Serenidad, no queríamos contaros esta verdad en ningún momento. Somos marnis. Si no hubiéramos renunciado a nuestra prelatura, dudamos de que se nos hubiera permitido conservarla. El archiprelado es un hombre de mente generosa, pero muchos de los grandes hierofantes piensan como nuestro hierofante en Aveio. No los culpamos.

Maia no estaba seguro de qué pensaba sobre los marnei. Nunca antes había conocido a uno, no sabía nada de ellos, salvo lo que le contó Setheris, la mayor parte nada bueno. Había aprendido, a la fuerza, el truco de dejar algo de lado para pensar en ello más tarde. Por ahora, tendría que ser suficiente que Celehar no le hubiera hecho daño a nadie que Maia conociera, y que, sin embargo, por desgracia y a un precio tan elevado, había cumplido con su deber sobre su amor antinatural. Y él era el Testigo de los Muertos, y como tal, el emperador lo necesitaba.

—No podemos acogeros en nuestra casa —declaró Maia—. Ya que se podría decir que nuestro favor influiría en vuestros hallazgos. Pero hablaremos con Csuru Zhasanai si lo deseáis.

—Serenidad, no hay nada, tememos, de lo que le podáis decir que sirva de ayuda. Si solo pudierais asegurarle a la emperatriz viuda que estamos bajo vuestras órdenes, y que tenéis pleno conocimiento de nuestro desafortunado pasado, es más de lo que tenemos derecho a pedirnos. No deberíamos haber mentido.

Algo muy doloroso de admitir para un hombre, y ante un muchacho quince años menor que él.

—Os perdonamos por la traición que pudiera haber contra nosotros. Os dejamos que hagáis vosotros mismos las paces con la emperatriz viuda —dijo Maia con cuidado.

—Serenidad —respondió Celehar. Se postró de nuevo, y cuando se levantó, dijo—: Somos vuestro servidor más agradecido y leal.

Se fue con la cabeza en alto, y Maia se sintió extrañamente mejor.

LA PROPUESTA DE LOS RELOJEROS DE ZHAÖ

En realidad, Maia no lamentaba llegar tarde a la reunión con los Corazhas. Incluso con la ayuda de lord Berenar, quien era un maestro mucho mejor y más paciente de lo que Setheris podría haber imaginado ser jamás, Maia se sintió como si estuviera tratando de contener el Istandaärtha con un puñado de guijarros. Conocía algunas de las historias de las Ethuveraz, pero su conocimiento apenas podía ser llamado sistemático, y no era en absoluto un fundamento suficiente para los cincuenta años de decisiones políticas que Berenar estaba tratando de enseñarle a seguir con tanto ahínco. A pesar del progreso que había logrado, solo entendía la mitad o menos de los debates de los Corazhas, y hacer preguntas se estaba volviendo cada vez más difícil. Se sentía como si estuviera culpando a Berenar con su ignorancia, y gracias a su creciente conciencia de las responsabilidades interrelacionadas de los testigos, sabía lo valioso que era su tiempo y la cantidad de este que desperdiciaban cuando pedía una explicación de algo que los demás ya entendían.

Había dejado de preguntar.

Se sentía avergonzado y enfadado consigo mismo, pero la presciencia de otra humillación era como una espada, y se negaba a forzarse a sí mismo a caer sobre ella. Tenía que confiar, confiaba, en que Csevet le diría si algo andaba mal.

En medio de un impenetrable debate sobre las fronteras del norte entre el Testigo de los Extranjeros y el Testigo del Parlamento, un paje le trajo una nota. Reconoció el papel y el sello de Nurevis antes de abrirlo, y sintió un ligero e inconfesable cosquilleo de placer, acentuado por la deliberada retirada de su atención hacia los Corazhas para leer lo que Nurevis había escrito.

Era una invitación a una cena privada con baile después, en la que Nurevis había añadido algo a mano:

Sabemos que Su Serenidad no se digna a bailar, pero pensamos que tal vez su entretenimiento de la noche estaría suficientemente asegurado por la presencia de Min Vechin. Dice que está ansiosa por veros de nuevo.

Ruborizado, en parte por vergüenza y en parte por deleite, Maia escribió en la parte de abajo, «Estaremos encantados de asistir», y se lo devolvió al paje para que lo enviase.

Después de que los Corazhas cerraran finalmente la sesión, con la cuestión entre el Testigo de los Extranjeros y el Testigo del Parlamento aún sin resolver, Maia se dirigió al Alcethmeret para cambiarse la toga de la corte por algo adecuado para un encuentro informal como el de Nurevis.

Cuando se encontraba a poca distancia de las grandes rejas de la Alcethmeret, Beshelar apretó el paso para alcanzarlo.

—Serenidad, debéis comunicarle a Osmer Chavar que no os envíe invitaciones a fiestas cuando los Corazhas estén en sesión. Eso daña tanto vuestra imagen como la de él.

—¿Debemos? —Maia se detuvo para mirarle—. ¿Y quién sois vos, teniente Beshelar, para decirnos cómo comportarnos con nuestros amigos?

—¿Es Osmer Chavar realmente vuestro amigo, Serenidad? Nosotros, de momento, no estaríamos tan seguros. Y debéis entender que ese favoritismo hacia el hijo del lord Canciller...

—¡Eso no quiere decir nada! Nurevis no nos da órdenes, ni siquiera nos ha pedido un favor. Ya nos hemos dado cuenta, teniente, de que no nos ajustamos a vuestra idea de emperador, pero ¡hacednos el favor de creer que no somos completamente estúpidos!

Beshelar retrocedió.

—Serenidad, no era nuestra intención que...

—Ya sabemos cuál era vuestra intención.

Sin darle a Beshelar oportunidad de contestar, Maia continuó la marcha hacia sus aposentos y sus edocharei, que ya estaban a la espera. No miró para ver lo que Cala pensaba sobre su desagradable despliegue temperamental. «Si no sois mi amigo, no podéis hablarme sobre cómo deben comportarse mis amigos». Se sentía contento, contento de una manera egoísta, vengativa e infantil, de que el turno del nohecharei cambiara mientras Avris y Esha debatían los méritos rivales de las cuentas de ámbar y esmaltadas, y de que, cuando subió, eran Dazhis y Telimezh los que le esperaban.

La compañía de la suite de Nurevis era selecta. Maia había llegado a sentirse tolerablemente en confianza, si no cómodo, con el grupo de Nurevis, y no se sentía demasiado confundido por la necesidad de conversación con los que estaban sentados a su lado en la mesa. Aun así, no era fácil, y sospechó por desgracia que sus compañeros de cena le encontraban aburrido y ridículo a ratos. Pero no se puso en ridículo. Cuando la pista fue despejada para el baile, Min Vechin se acercó a él y, después de un intercambio inicial de cortesías, cambió de tema:

—Serenidad, ¿por qué no bailáis?

—Porque no sabemos cómo hacerlo. —Maia enrojeció.

—¿No? Vuestro guardián debe haber sido terriblemente estricto.

Maia trató de imaginarse a Setheris enseñándole a bailar.

—No había nadie con quien pudiéramos bailar, en ningún evento —dijo, quizás demasiado rápidamente.

Min Vechin encogió sus bonitas cejas.

—Nos da la impresión de que no tenáis diversiones en absoluto.

Maia bajó la mirada a sus manos. Sus feos nudillos estaban prácticamente cubiertos de anillos de plata y amatista, plata y azabache. Gracias a los cuidados de Esha, tenía las uñas lo bastante largas como para que mereciera la pena pintarlas. Excepto por el color, apenas parecía que fuesen sus manos.

—Serenidad, disculpadnos. No pretendíamos...

Parecía estar a punto de ponerse de rodillas para pedir perdón.

—No habéis hecho nada malo —se apresuró a decir—. Estábamos simplemente... desconcertados por vuestra perspicacia. —Cuando ella, sorprendida, le miró a los ojos, él se las arregló para dibujar una sonrisa, aunque era consciente de que la tenía torcida—. Osmer Chavar dijo que queráis hablar específicamente con nosotros.

Ella negó inmediatamente, agitando las manos con gracia.

—No tiene importancia, Serenidad.

En una situación normal, él no hubiera seguido insistiendo, pero estaba desesperado por ocultar el tema de la patética infancia del emperador.

—Por favor. ¿Hay algo que podamos hacer por vosotros?

—No es para nosotros, Serenidad. —Maia sintió una punzada de decepción—. Pero tenemos una hermana muy querida, que necesitaría tener una audiencia con vos. Es aprendiz del gremio de los Relojeros de Zhaö. Ha presentado una propuesta para un puente...

—A través del Istandaärtha. Lo recordamos.

—Los Corazhas no escucharán, pero Avro dice que el diseño podría funcionar, y que es muy importante, no solo para los relojeros. —Estaba más animada que nunca, y Maia se preguntó si

esta pasión era provocada por el puente o por su hermana—. Sabe que no se puede conseguir una audiencia formal sin la aprobación de los Corazhas, pero pensamos que podríais simplemente ver a mi hermana en privado esta noche...

—¿Esta noche? —saltó Maia, entre sorprendido y disgustado.

—¿En qué otro momento se encuentra Su Serenidad libre de obligaciones? —arguyó ella de forma irrefutable.

Maia reflexionó, e intentó hacerlo cuidadosamente. Aunque no le gustaba la manera en que Min Vechin negociara sabiendo su atracción por ella, se recordó a sí mismo que era él quien la había empujado y, por lo tanto, no podía culpar a nadie más que a sí mismo si el favor que ella le pedía no era el favor de sus imaginativas esperanzas. Dejando ese tema a un lado, no podía darse cuenta de que esa era una oportunidad tanto para él como para la hermana de Min Vechin. Deseaba saber más sobre la propuesta del puente, y no tenía a nadie a quien preguntar que él supiera que entendiese los aspectos mecánicos mejor que él mismo.

—Muy bien.

Hizo como que no sintió una oleada de calor cuando ella le sonrió.

—Como Su Serenidad desee —respondió ella, como si todo hubiera sido idea de él.

Maia le hizo una seña a sus nohecharei y la siguió, primero para despedirse de Nurevis y luego para salir de la estancia. Maia se aseguró de no cruzar la mirada con Nurevis más de lo necesario, e intentó, sin mucho éxito, no pensar en los rumores que podrían extenderse por la Corte Untheileneise a medianoche, rumores que podrían ser aún más vergonzosos por no tener ni lo más mínimo de verdad.

Con gracia, y con tanta confianza en sí misma como un cisne, Min Vechin le condujo a una de las numerosas salas públicas de recepción de la corte. Maia nunca había estado en una antes, excepto quizás cuando su madre murió, aunque no se acordaba con

claridad. Se dio cuenta de que, aunque todo estaba limpio y en buen estado, la habitación era tan austera que resultaba hostil, sin ninguna decoración excepto el elegante arco de las ventanas. También hacía mucho frío.

La hermana de Min Vechin se puso de pie de un salto cuando los vio, y Maia la vio darse cuenta de que el goblin flaco detrás de su hermana tenía que ser el emperador. Se inclinó en una reverencia que no era en absoluto elegante, y también vio cómo le daba una patada en el tobillo al hombre que se encontraba sentado junto a ella. Su reverencia fue aún más torpe, ya que estaba sujetando un montón de papeles desordenados contra su pecho angosto, pero Maia no creyó que tuviera ninguna intención de ofender. Cuando se enderezó, seguía parpadeando aturdido, como si se hallase perdido en sus pensamientos.

Min Vechin hizo las presentaciones. Su hermana era Merrem Halezho, y el hombre era Mer Halezh, que no era su marido, sino el hermano mayor de este. También era miembro del Gremio de los Relojeros, de mucho más rango que Merrem Halezho. Aunque se mostraba reacio a mostrarlo, Maia se dio cuenta de que el diseño del puente era, en gran parte, obra suya. Explicó tanto el plan para tender un puente sobre el Istandaärtha, como el sistema hidráulico que permitiría que el tráfico fluvial continuara de forma mucho más sencilla y segura de lo que el Testigo del Parlamento había podido hacerlo, y no se trabó por ninguna pregunta que Maia le hizo.

En realidad, parecía que estaba encantado. Al final, terminaron en el suelo, mientras Mer Halezh dibujaba diagramas de ataguías y ruedas de agua en la parte de atrás de los planos. Maia lanzó una mirada por encima del hombro en una ocasión, y vio que tanto Dazhis como Telimezh parecían conmocionados, aunque ninguno de ellos tenía la confianza rígida de Beshelar, y no emitieron ninguna protesta verbal. Merrem Halezho, arrodillada junto a su cuñado, sabía mucho sobre el tráfico en el río, y explicó el sistema que ya habían desarrollado para que las barcazas de Ezho fueran capaces de llegar a Cairado, aunque el puente estuviera a medio

construir. Ella fue la que le mostró exactamente dónde los relojeros habían propuesto construir el puente y explicó su razonamiento. Maia pensó que habían hecho una buena elección, aunque era consciente de que sabía bastante menos acerca de la política de la situación que Merrem Halezho.

Min Vechin no participó en la conversación. Pareció contenta de quedarse sentada en uno de los acolchados bancos y observar. Maia temía que estuviera aburrída, pero se recordó a sí mismo que, si lo estaba, era asunto suyo. En realidad, lo que pasase esta noche no iba a hacer que ella no quisiera... hacer cosas de las que él solo tenía una comprensión vaga. Setheris le había contado lo mínimo necesario para asegurarse de que no tuviera ningún bastardo paseándose por Edonomee, y nunca había habido nadie más a quién pudiera preguntarle.

«Tampoco lo hay ahora», pensó, acobardándose ante la idea de tener esa conversación con Csevet o Cala. O Beshelar. «Tal vez deberías haberle dicho a Csevet que encontrara una viuda para que te casaras, así al menos alguien sabría qué se supone que hay que hacer en una noche de bodas». Ese pensamiento fue aún peor, y Maia agitó bruscamente la cabeza, para darse cuenta de que su mente se había alejado por completo del puente de los relojeros.

—Les rogamos que nos disculpen. Nos encontramos muy cansados, y necesitamos pensar en todo lo que nos han contado.

—Por supuesto, Serenidad —dijo Mer Halezh—. Es posible que nos hayamos dejado llevar por nuestro entusiasmo. No era nuestra intención...

—Lo hemos encontrado todo realmente interesante —la interrumpió Maia, porque no quería que Mer Halezh se disculpase por poseer tanta inteligencia como pasión—. Pero entiendan que nosotros solos no podemos hacer nada, y que cada decisión debe ser acordada por los Corazhas, ¿verdad?

—Claro que sí, Serenidad —aseguró Merrem Halezho cuando los tres se levantaron de nuevo—. Solo queríamos demostrar que el

asunto debe ser decidido por los Corazas y no simplemente... Nedaö, ¿Cómo se dice?

—*Veklevezhek* —dijo Min Vechin—. Es una palabra goblin, y significa decidir qué hacer con un prisionero atándolo una estaca debajo de la línea de la marea mientras se discute.

—Y eso es precisamente lo que queremos evitar —intervino Merrem Halezho—. Sabemos que los Corazhas practican frecuentemente el *veklevezhek*, así que, si no pueden ponerse de acuerdo para escuchar o no un asunto, este se queda sin ser escuchado.

—Sí, ya vemos —contestó Maia, pensando en el Testigo del Judiatio que le gritaba al Testigo del Parlamento—. Aun así, no podemos garantizar nada.

—No —esta vez fue Mer Halezho quien habló—, pero nos habéis escuchado, y os damos las gracias por ello.

Se inclinó, Merrem Halezho hizo lo mismo, y Min Vechin se levantó para hacer una impecable reverencia. Luego se acercó a él.

—Si Su Serenidad lo desea, podemos volver al Alcethmeret con vos —murmuró.

Maia se quedó bloqueado, como si fuera un reloj atascado, y las palabras de Min Vechin, un puñado de arena. Él había entendido exactamente lo que ella quería decir, entendió que había un trato implícito que él nunca habría pensado que conseguiría, ni siquiera en sus estúpidos sueños románticos. Pero Min Vechin se estaba ofreciendo.

Se estaba ofreciendo, pero Maia no tenía ni idea de cómo tomárselo. Se desanimó al pensar en su propia vergüenza, y sabía que nunca sería capaz de seguir adelante con ello, lo que sería mucho más humillante que el simple hecho de rechazarla ahora.

El silencio se había prolongado lo suficiente como para ser incómodo, pero al final se las arregló para decir: «No, gracias» con voz firme e imperturbable.

Ella agachó las orejas, sorprendida y quizás un poco ofendida también.

—¿Serenidad? ¿No deseáis...?

—No. Gracias, Min Vechin.

Se alejó de ella con lo que él esperaba que fuera determinación, en lugar de la petulancia. Le dio a Telimezh el puñado de diagramas para que se los llevara, y regresó al Alcethmeret para dormir solo, con la excepción de aquellos que protegían su sueño.

MER CELEHAR MARCHA AL NORTE

Los sueños de Maia fueron desagradables, y se mantuvieron en su cabeza durante toda la mañana, aunque se esforzó al máximo por ocuparse de los asuntos de la corte. Durante el almuerzo, el cual esparció por el plato sin apenas probarlo, con los sueños persistentes como si fueran un mal sabor de boca, se armó de valor y habló:

—Csevet, ¿tenía nuestro padre algún amigo?

La taza de té de Csevet resonó contra el platillo cuando la posó.

—¿Amigos, Serenidad?

Maia se había atrevido a preguntar porque Dazhis y Telimezh seguían de guardia, y no estarían durante la hora de la cena. No podía sacar el tema delante de Cala y Beshelar, que sabrían exactamente por qué hacía esa pregunta.

—Seguro que habéis oído esa palabra antes —dijo, al estilo Setheris.

Torció la boca en una mueca, pero Csevet ya le estaba respondiendo.

—Os rogamos que nos disculpéis, Serenidad. No esperábamos esa pregunta. —Se aclaró la garganta—. El emperador Varenechibel no buscaba relaciones cercanas en general fuera del círculo de la familia inmediata, así que no podemos pensar en nadie que encaje con esa descripción. ¿Quizás antes de que llegara al trono?

Csevet tenía el ceño fruncido, claramente desconcertado por la pregunta, pero deseoso por ser de ayuda.

—No, nos referíamos a cuando era emperador. Gracias.

—De nada, Serenidad —respondió Csevet, mirándole con cierta preocupación. Maia forzó una sonrisa falsa.

—Solo teníamos curiosidad. No es importante.

—El emperador Varevesena, vuestro abuelo, tenía muchos amigos —apuntó Csevet—. De hecho, era conocido por su amabilidad y generosidad con aquellos que lo rodeaban.

«Al contrario de lo que mostraba a la mayoría de sus súbditos», Maia continuó la frase mentalmente. Setheris conocía las historias sobre Varevesena, pero no quería desairar el intento de ayudar de Csevet diciendo aquello, lo que hizo que se sintiera perversamente agradecido cuando les interrumpieron.

La interrupción resultó ser un paje con el escudo de los Drazhadeise; Maia lo reconoció: el muchacho que Csuru Zhasanai había enviado el primer día, el chico al que Maia había avergonzado. No parecía más feliz ahora, y se arrodilló como si simplemente deseara desaparecer a través del suelo.

Llevaba una carta.

Maia no suspiró exasperado, sino que habló tan gentilmente como pudo:

—¿Tenéis una carta para nosotros?

—Sí, Serenidad. —El chico se levantó y se lo ofreció, con cuidado de no dirigir la mirada por encima del tablero de la mesa—. Csuru Zhasanai quiere..., es decir, solicita el favor de una respuesta inmediata.

Maia agradeció la improvisada enmienda, aunque dudaba que Csuru la hubiera aprobado en lo más mínimo. Abrió la carta y le

echó un vistazo al contenido. No fingió estar desconcertado cuando habló.

—No lo entendemos. ¿Qué es exactamente lo que ha ocurrido en casa de Csuru Zhasanai?

—Serenidad. —El chico contestó, tragando saliva—. Mer Celehar se ha ido, y la zhasanai dice que debe ser por vuestra culpa.

—¿Que Mer Celehar se ha ido? ¿Como si hubiera desaparecido? ¿Sospecha Csuru Zhasanai que lo hemos asesinado?

Maia estaba desesperado. ¿Qué tenía ese chico que hacía salir a su Setheris interior?

—No... no, Serenidad. Hizo que Neraiis, que es quien le atiende, que le preparara una bolsa de viaje, y dijo que iba a Thu-Athamar. Pero no pidió permiso a zhasanai antes de irse y...

Eso, pensó Maia sin compasión, era el auténtico motivo de la angustia de Csuru, no que su pariente hubiera desaparecido, sino que lo había hecho sin pedirle permiso antes. Él mismo estaba más interesado en otra parte del rompecabezas.

—¿Thu-Athamar? ¿Por qué iba a...?

Pero el paje no tenía forma de saberlo, y Maia estaba aprendiendo que no correspondía a un emperador hacer preguntas retóricas.

—Csevet, ¿podrías revisar nuestra correspondencia, por favor? Se nos ocurre que, aunque no informó a la zhasanai, es posible que Mer Celehar nos haya enviado un mensaje por vía neumática.

—Serenidad —murmuró Csevet, y se escabulló de la habitación, dejando a Maia solo con el nervioso y descontento paje.

«Tienes lo que te mereces», se dijo a sí mismo burlonamente. «Te alegraste de la interrupción». Se lo pensó un momento, pero se dio cuenta de que solo había una cosa que pudiera hacer.

—¿Cómo os llamáis?

—Mi... quiero decir, ¿nuestro nombre, Serenidad?

«Conocemos a todos los demás en la estancia». Era exactamente lo que Setheris hubiera dicho; Maia podía notar el desprecio en su voz.

—Sí, por favor.

—¡Oh! —El chico hizo un visible esfuerzo por recuperar la compostura—. Cora, Serenidad. Cora Drazhar.

—Entonces somos parientes —dijo Maia, y el rostro de Cora se volvió alarmantemente rojo.

—Muy lejanos, Serenidad.

—¿Sí?

Le lanzó una breve mirada, pero eso le reveló dos ojos de color azul pálido, no el gris de los Drazhadeise.

—Nuestro tatarabuelo era el hijo menor de Edrevehelar Decimosexto.

Eso los hacía primos terceros en la Casa Drazhada. Cora era más cercano a él que Setheris, que era primo segundo, pero de otra casa.

—¿Habéis servido a Csuru Zhasanai durante mucho tiempo?

Cora alzó la barbilla.

—Servimos al antiguo emperador —dijo con un tono inconfundible de desafío, como si pensara que Maia haría que le decapitaran por ello—. Pero él se... se disgustó con nosotros cuando fue a Amalo y nos ordenó que nos quedáramos con la emperatriz. Con gusto habríamos muerto con él.

Allí tenía a otra persona que sentía más pena por Varenechibel de la que Maia podría imaginar. Dudó, a sabiendas de que su siguiente pregunta podría fácilmente ser malinterpretada, pero tenía que preguntarlo.

—¿Sois feliz al servicio de Csuru Zhasanai?

Otro breve destello azul pálido cuando lo miró, pero Cora pareció darse cuenta de que Maia no estaba tratando de reclamarlo para su servicio.

—Estamos lo suficientemente bien, Serenidad, aunque os agradecemos la pregunta. Solo será hasta el equinoccio de

primavera, porque hemos sido aceptados como novicio en el Athmaz'are.

—Bien —dijo Maia con sincera aprobación, porque si Cora hubiera sido infeliz, tendría que hacer algo al respecto, aunque no tenía ni la más remota idea de qué.

Cora le devolvió la sonrisa. Csevet volvió con un sobre largo y estrecho, de los que utilizaban expresamente para el sistema neumático de mensajería.

—Los operadores nos dicen, Serenidad, que esto llegó de la estación de la emperatriz viuda justo después de que marchaseis del Alcethmeret esta mañana.

Maia cogió el sobre.

—Reconocemos la letra de Mer Celehar.

Rompió el sello y extrajo la única hoja, y la leyó con mucho más cuidado del que había tenido al leer el mensaje de Csoru.

Había sido claramente escrito con prisas y con el ánimo considerablemente turbado.

Serenidad:

Se nos ha concedido un sueño de Ulis, que nos ha mostrado lo que ya deberíamos haber sabido: las respuestas están en Amalo, no en Cetho. Salimos de inmediato, porque la aeronave a Thu-Athamar parte dentro de menos de una hora.

Atentamente,

Thara Celehar.

—Las nociones de obediencia de Mer Celehar son las más peculiares —dijo Maia irónicamente.

—Serenidad —contestó Csevet—, entendemos que esto es muy importante, y de ninguna manera deseo apresuraros, pero...

La nota de advertencia en su voz había hecho que Maia mirase el reloj automáticamente.

—¡Diosas misericordiosas, la hora! Cora, no podemos escribirle a zhasanai ahora. Decidle, por favor, que... Oh, vaya...

La sensación de consternación y desconcierto era auténtica, y también tanto para Cora como para Csevet, a la vez una disculpa y una señal de confianza.

—Nosotros podríamos decirle, Serenidad, que Mer Celehar os escribió y dijo que lamentaba mucho irse sin hablar con Csorú Zhasanai, pero que no deseaba despertarla —sugirió Cora—. Toda la casa de los Zhasanai sabe que ella nunca se levanta antes del mediodía a menos que deba hacerlo.

—Parece ser que tenía una prisa terrible —dijo Maia esperanzado.

—Neraiis también lo comentó.

—Y dice que había tenido un sueño de Ullis, así que, realmente, no podía esperar.

—No, Serenidad —dijo Cora, con tono sorprendido.

—¿No os importa?

Esta vez, la sonrisa de Cora iluminó su rostro.

—Serenidad, no engañaríamos a Csorú Zhasanai sobre cualquier cosa que pudiera perjudicarla, pero esto no perjudica a nadie. Y quizás no estará tan enfadada con Mer Celehar cuando regrese.

—Gracias, Cora.

Cora se inclinó, y finalmente sus movimientos tuvieron la gracia que Maia esperaba de alguien criado en la corte.

—Estamos encantados de servirlos, Serenidad.

Maia pensó que quizás lo decía en serio.

EL PUENTE SOBRE EL UPAZHERA

Maia tenía la intención de sacar el tema del puente de los Relojeros con Csevet, pero su secretario fue el primero en hablar. Se acercó a Maia en los jardines, y le habló sin rodeos.

—Serenidad, en la Sala Tortuga hay documentos relacionados con el puente propuesto por el Gremio de Relojeros de Zhaö, papeles que no recordamos que se nos haya dado. ¿Sabéis cómo llegaron allí?

Era ridículo sentirse como un niño al que habían pillado haciendo algo malo, Csevet no iba a castigarlo con azotes. Maia enderezó los hombros para sacudirse la punzada de culpabilidad.

—Los recibimos de Mer Halezh, del gremio.

—¿Cuándo? —preguntó Csevet, no con ira, sino en un estado de puro asombro.

«No he hecho nada malo», se dijo Maia con firmeza.

—La noche del último baile de Nurevis Chavar. Nosotros, eh, teníamos la intención de hablar con vos al respecto.

Csevet no dejaba de darle vueltas al asunto.

—¿Cómo puede un relojero conseguir una invitación a uno de los bailes de Osmer Chavar?

—No lo hizo. La hermana de Min Vechin es su cuñada, y también una aprendiz en el gremio.

—¿Y Min Vechin los coló en la fiesta?

—No —dijo Maia, sintiéndose más y más culpable, aunque seguía estando seguro de que no había hecho nada malo—. Tuvimos un encuentro con ellos. En una recepción pública. No pasó nada inapropiado.

Csevet probablemente ni siquiera había oído aquel último comentario nervioso. Miró a Maia sin intentar ocultar su aversión.

—¿Que tuvisteis un encuentro con ellos? ¿Os habéis vuelto loco?

Maia retrocedió, en el mismo instante en que Csevet comenzó a disculparse, de forma casi frenética. Se postró en el camino antes de que Maia pudiera detenerlo.

—Por favor, levantaos. Por favor. No habéis hecho nada malo.

Csevet se puso de pie de nuevo, con el rostro rojo por la humillación.

—Su Serenidad es muy amable, pero no debería haberle alzado la voz. Si me destituyeseis de mi cargo, estaría totalmente justificado.

—Ahora sois vos quien se ha vuelto loco. No haremos tal cosa. Lamentamos haberos molestado, pero pensamos que era lo correcto.

—Serenidad... —Csevet hizo una pausa, respiró y empezó de nuevo—Serenidad, nosotros no dudamos ni de vuestra ética ni de vuestra preocupación, pero conseguir una audiencia con el emperador es difícil por una serie de razones. Y no le hace bien a nadie que decidáis que esas razones no importan.

—Lo sabemos —dijo Maia, pero continuó obstinadamente—. Los Corazhas se negaron a oírlos, así que ni siquiera podían pedir una audiencia formal con nosotros. ¿De qué otra manera podíamos obtener la información que necesitábamos para decidir si los Corazhas estaban en lo cierto?

Csevet no se molestó en discutir la sabiduría e infalibilidad de los Corazhas.

—Serenidad, para eso ya están los secretarios.

—Sí, pero no nos gusta depender del juicio de otra persona acerca de la información que necesitamos. —Levantó una mano para impedir que Csevet protestase—. Sí, sabemos que es necesario en caso de que el gobierno de las Ethuveraz se paralizase. Este puente... la idea es tan importante, tan nueva, y tan extremadamente polémica, que nosotros nos hubiéramos sentido negligentemente culpables de no haber aprovechado esta oportunidad.

Csevet seguía sin estar convencido.

—Debéis prometer que no va a volver a hacerlo.

—No podemos prometer eso.

—Al menos, Serenidad, prometednos, por favor, que primero acudiréis a nosotros. Dadnos la oportunidad de hacer nuestro trabajo.

Dicho de ese modo, la postura de Csevet era totalmente comprensible.

—Sí. Lo prometemos.

—Gracias. Serenidad, tenéis una disputa dentro de diez minutos.

Se inclinó y volvió a entrar en el Alcethmeret, dejando que Maia le siguiera más lentamente, para que pudiera volver a colocarse la armadura de Edrehasivar VII.

La disputa fue extremadamente tediosa, un asunto de alquileres y derechos sobre el agua y de la propiedad común entre la ciudad de Nelocho; la finca de una casa noble menor, los Dorashada; y el príncipe de Thu-Cethor, la implicación de este último era la razón por la que el emperador tenía que arbitrar. Los representantes de las tres partes tenían mapas e historias detalladas. Mientras que Maia encontró muchos aspectos en los que dos de los tres estaban de acuerdo, no hubo ninguno en los que estuvieran de acuerdo los tres, y cuando dos se daban la razón, nunca volvían a coincidir en otra

cosa. Lo peor había sido que esas diferencias, que eran prácticamente insignificantes, se habían quedado estancadas tanto tiempo, que se habían convertido en un motivo serio de hostilidad considerable. El Testigo del Municipio de Nelocho, y el representante de los Dorashada no se miraban a los ojos en absoluto, cada uno hablando por encima del otro como si su enemigo no estuviera allí, y el representante de Thu-Cethor parecía sentir que todo el asunto era un insulto al príncipe Cethoreise y exasperaba a todos los demás, cada vez que abría la boca incluyendo, después de un período de tiempo notablemente corto, al propio emperador. Para cuando cada representante hubo hablado y el historial de los procedimientos judiciales había sido resumido, Maia tenía un dolor de cabeza tremendo y lo único que quería era decirles a todos que pararan de hacerle perder el tiempo, su tiempo, y el tiempo de innumerables secretarios y jueces, y que resolviesen sus malditas peleas insignificantes de una vez como adultos.

Se aguantó las ganas de decir aquellas palabras, y miró a los Testigos *vel ama*, los testigos que daban voz a los que literalmente no la tenían; había uno para el río y otro para el coto de caza que se habían visto envueltos en la disputa. Ninguno de los testigos hablaba largo y tendido. Eran claramente testigos muy jóvenes; ambos parecían desesperados y abrumados. Si los representantes de la ciudad y la mansión no hubieran sido tan parciales, probablemente podrían haber hecho un trabajo de testificación mejor que el de estos dos.

Maia pidió un nuevo mapa, uno que no tuviera líneas dibujadas por nadie que no fuera cartógrafo. El Testigo de Nelocho y de los representantes de Thu-Cethor y el Dorashada se quedaron muy callados y con los ojos muy abiertos; no supo decir si era por temor o indignación. Los Testigos *vel ama* empezaron a parecer un poco menos desconcertados. En un mapa limpio, sin líneas punteadas, áreas sombreadas ni flechas desconcertantes, la situación era mucho más simple.

—Este afluente del Cethora...

—El Upazhera, Serenidad —dijo su testigo.

Maia asintió. Los grandes ríos de las Ethuveraz (el Cethora, el Evresartha, el Athamara, el Tetara, y el Istandaärtha), eran considerados propiedad del emperador por ley, por lo que las vías fluviales de cada principado eran consideradas propiedad del príncipe. En este caso, ese aspecto de la ley élfica contribuía al problema, ya que el Upazhera pasaba por parte del territorio en disputa. La solución propuesta por los Dorashada era que el emperador les concediera el Upazhera a ellos junto con la tierra circundante.

Era, de lejos, el más sencillo de los planes presentados, pero Maia pensó que hacía alarde de un indecoroso y codicioso espíritu invasor, ya que, aunque no tenía nada claro, era consciente del hecho de que una porción significativa de la tierra disputada había pertenecido originalmente al municipio de Nelozho.

Por otra parte, también estaba claro que la gente del municipio había llevado a sus ovejas a pastar en unas tierras que pertenecían a los Dorashada, que no habían sido justamente compensados por ello. Y ambos bandos habían estado cazando furtivamente en el coto de caza de Veremnet, y tenían al Upazhera como si fuera de dominio público. El representante de Thu-Cethor había sido indignantemente elocuente con el tema de las ruedas hidráulicas, las piscifactorías, y los puentes que desaparecían cada vez que el supervisor del circuito del príncipe venía a Nelozho, a lo que el Testigo del Upazhera había asentido, desanimado.

Y, además, por una tercera parte, no estaba satisfecho con la conducta del gobierno de Cethor. Alguien, o lo que era peor, más de una persona... debió recibir sobornos en algún momento del pasado para que el papeleo oficial estuviera en el peculiar estado en el que se encontraba, y un grupo indefinido de personas parecía haber estado haciendo la vista gorda al comportamiento de los Nelozho o al de los Dorashada, que lo hacían como les apetecía.

Maia se pellizcó el puente de la nariz y miró fijamente el mapa. Lo único de lo que podía estar seguro era de que cualquier decisión

que tomara haría infeliz al menos a uno de los litigantes.

Al trazar el curso del Upazhera con el dedo, sus pensamientos dieron un vuelco: «Si tengo que hacer que al menos uno de ellos no quede satisfecho, y no sé cuál de ellos merece quedar menos satisfecho que los demás, entonces la única solución es que ninguno quede satisfecho».

Como no pretendía hacer malabares con tres peticiones conflictivas que competían unas con otras, la solución era sencilla. Enderezó los hombros antes de hablar.

—Rechazamos todas las demandas presentadas ante nosotros. —Se ganó un coro de gritos y protestas. Esperó a que se extinguieran, y entonces procedió a hablar, como si no hubiese pasado nada—. El Veremnet y el Upazhera pertenecen al príncipe de Thu-Cethor, como siempre ha sido. —Los Testigos *vel ama* se inclinaron con gratitud—. Por otro lado, no hay evidencia de que Thu-Cethor tenga algún reclamo o derecho más allá de esto, mientras que las reclamaciones entre los Dorashada y el municipio de Nelocho se encuentran tan desesperadamente enredadas que no vemos ningún sentido en considerarlas más a fondo. Estamos enormemente disgustados de que alguien haya intentado usar este desagradable conflicto para enriquecer sus posesiones. —Paseó la mirada por los tres representantes con imparcialidad—. Todo el territorio objeto de la controversia que se encuentre al este del Upazhera que gobernamos pertenece al municipio de Nelocho como terreno comunal. Todas las tierras en el territorio bajo disputa que estén al oeste del Upazhera que gobernamos pertenecen a los Dorashada. Estipulamos que el municipio de Nelocho y los Dorashada llegarán a un acuerdo justo, aceptable para ambas partes, para el uso de los pastos, llamados el Monte Cuarenta, un acuerdo que presentarán, escrito, firmado, y atestiguado, ante un representante del príncipe de Thu-Cethor antes de Invernoche. Además, estipulamos que los Dorashada y el municipio de Nelocho formarán una milicia conjunta para patrullar el Veremnet contra los cazadores furtivos y bandidos que aparentemente lo frecuentan. Y

finalmente, estipulamos que los Dorashada y el municipio de Nelocho, en cooperación, cada uno de ellos con la misma parte de coste, construirán un puente sobre el Upazhera; cada uno designará un cobrador de peaje, y el dinero del peaje no irá a Thu-Cethor, sino que irá primero al mantenimiento del puente y en segundo lugar al alivio de los pobres de Nelocho. Ambos esfuerzos deben estar en su lugar y demostrados al supervisor de circuito del príncipe antes del solsticio de verano. —Hizo una pausa, levantando las cejas ante los Testigos *vel ama*. Ellos, a diferencia de los contendientes, tenían el derecho de protestar su juicio; no se sorprendió al descubrir que ninguno de ellos se inclinaba para hacerlo—. Muy bien. Si alguna de estas estipulaciones no se cumple, o si este asunto se vuelve a traer en el futuro a nuestra atención, todo el territorio en disputa, incluyendo el Veremnet y el Upazhera, serán absorbidos por la corona imperial. ¿Hemos sido lo suficientemente claros? —De repente, los representantes, los testigos y los secretarios estaban muy ansiosos por no cruzar la mirada con él. Esperó lo suficiente para asegurarse de que nadie intentaba discutir y luego, dando gracias, concluyó—. Como hemos hablado, así será.

La palabra del emperador era ley.

No se fue corriendo del Michen'theileian, aunque tenía ganas. Esperó a que representantes y testigos salieran de allí inclinándose, seguidos por sus secretarios; esperó a que sus propios secretarios (diosas misericordiosas, eran una multitud, y él no sabía sus nombres), limpiaran las mesas, se inclinasen y se fueran, por supuesto a excepción de Csevet, que subió al estrado.

—Serenidad, habéis...

—No. No lo hemos hecho. Vamos a volver al Alcethmeret, donde no veremos a nadie de fuera de nuestra casa hasta mañana por la mañana y, aun así, serán el menor número posible de gente. Tenemos un dolor de cabeza horrible, así que os pedimos que se lo digáis a alguien a quien le incumba.

Csevet parecía a punto de replicar, pero debió haberse dado cuenta de que Maia lo decía en serio, porque se inclinó diciendo

«Sí, Serenidad».

—Gracias —contestó Maia con más fervor de lo que hubiera deseado.

Mantuvo un ritmo decente a través de los pasillos de la Corte Untheileneise, aunque tuvo suerte de que nadie intentara detenerlo, porque él ni siquiera hubiera ralentizado su paso.

En el Alcethmeret, con las grandes rejas cerradas a sus espaldas, sintió que una parte de la tensión que tenía acumulada desaparecía, y fue capaz de hablarles a sus edocharei sin gruñir mientras le despojaban de las joyas y vestimentas formales. Cuando logró llegar a un estado mental menos agresivamente infeliz, volvió a la Sala Tortuga y, de pronto, un pensamiento salido de la nada se le pasó por la cabeza mientras caminaba: «si puedes discutir con municipios, señores menores y el representante del príncipe de Thu-Cethor, y puedes darles un juicio que no les gusta (cosa que a decir verdad no te ha matado), entonces seguro que puedes lidiar con los Corazhas».

No era estúpido ni incapaz. Se acordó del momento en que sus pensamientos dieron un vuelco: pasó de no ser capaz de complacer a todo el mundo a ni siquiera intentarlo, y la manera en que ese cambio le había permitido ver más allá de las maniobras e histrionismo de los representantes hasta llegar a las estructuras más profundas del problema: era lo mismo con los Corazhas. La superficie de sus palabras, que le intimidaban tanto que habían hecho que quisiera rendirse, no era en realidad lo que necesitaba ver.

«Tal vez pueda hacer esto, pensó», y esa noche durmió mejor de lo que esperaba.

Comenzó a hacerle a Berenar otro tipo de preguntas, y empezó a prestar más atención en las reuniones de los Corazhas a los patrones de los argumentos.

El Testigo del Judiatio, el más antiguo de los siete, era terco y cascarrabias. Estaría en desacuerdo inmediatamente con cualquier proposición presentada por el Testigo del Parlamento, pero el

Testigo de los Extranjeros le disgustaba profundamente, y era propenso a volverse quisquilloso cuando se veía forzado a una alianza demasiado estrecha. El Testigo de la Prelatura era una criatura de Chavar, incluso más que el Testigo de los Extranjeros, lord Bromar, quien compartía la visión política de Chavar, pero Maia se dio cuenta de que la compartía por principios, no por sed de poder. El Testigo del Athmaz'are raramente decía nada, y más raramente aún se decantaba por un bando u otro. A menudo parecía que no estaba presente, pero ninguna de las trampas que le pusieron el Testigo de las Universidades y el Testigo de la Prelatura lograron incomodarlo.

Lord Isthonar, el Testigo de las Universidades, era amigo del Testigo del Judiciato y todos contaban con que seguiría a lord Pashavar cuando la política universitaria no era lo suficientemente orientativa. De todos ellos, fue el que le pareció a Maia que estaba más acertadamente limitado por los límites oficiales de su posición, ya que estaba claro que no había tenido un pensamiento independiente en décadas y, aparte de su estatus de Testigo Corazheise, no era un hombre poderoso, ni siquiera en la Universidad de Cetho. Esto lo ponía en una aguda distinción y con frecuencia en desacuerdo con Berenar, que era, de hecho, uno de los cinco Lores del Tesoro, solo un escalón por debajo del lord Canciller. Berenar, que seguía viniendo regularmente a enseñar al emperador sobre la historia política de su imperio, había dejado claro que no había adulación en lo que hacía. No esperaba ningún favor a cambio, y no tenía ni la más mínima vacilación en estar en desacuerdo con su emperador, ya fuera en privado o en el Verven'theileian. Pero nunca se ofendió cuando la opinión de Maia no coincidió con la suya. De todos los Corazhas, Berenar era en quien Maia confiaba más para ser capaz de ver más allá del interés propio y de la retórica que inundaba al Verven'theileian como si fuese niebla.

Pensó que no era casualidad que lord Berenar apoyase a lord Deshehar, el Testigo del Parlamento, tan frecuentemente.

Deshehar, que mantendría su puesto tanto como durase su escaño en el Parlamento, era un forastero entre los Corazhas. Él era casi siempre el portador de nuevas ideas y opiniones impopulares, y Maia empezó a temer cada vez más el día en que decidiera que ya había aguantado bastante a los Corazhas y dimitiese, ya que era difícil imaginarse a un sustituto que trajera tanto entusiasmo a un puesto tan desagradecido. Pero a lord Deshehar parecía que le encantaba discutir con lord Pashavar y lord Bromar, y nunca aparentó el más mínimo desaliento por sus derrotas. De todos ellos, él era el único que no necesitaba que le persuadiesen para que escuchara la propuesta presentada por el Gremio de Relojeros de Zhaö (el único asunto que había llegado a los Corazhas desde el comienzo del reinado de Maia del que tenía la certeza de conocer bien), y defendería su causa desde el primer momento.

Berenar iba a escuchar, Maia lo sabía, y pensó que el Testigo del Athmaz'are también, aunque siempre era difícil conocer los pensamientos de Sonevet Athmaza. El Testigo de la Prelatura se opondría porque Chavar se opondría a ello, y Maia no podía hacer nada al respecto. Lord Bromar también se opondría, pero Maia pensó que sería fácil hacerle cambiar de opinión si un número suficiente de los otros estaban de acuerdo. Después de todo, solo tenía que estar de acuerdo en escuchar, y Maia podría señalar eso tantas veces como fuese necesario.

El Testigo de las Universidades seguiría a lord Pashavar, pero era posible que estuviera indeciso, al menos lo bastante como para quedarse callado, por la evocación de los ideales de la educación y de la búsqueda de conocimiento. No, el verdadero problema era lord Pashavar.

Tímidamente, le pidió consejo a Csevet. No podía preguntarle a Berenar, eso rozaba incómodamente la conspiración, y no tenía nadie más a quien preguntar.

—Estaremos encantados de daros cualquier consejo que podamos —dijo Csevet inmediatamente, y Maia se lo contó todo, desde lord Deshehar hasta lord Pashavar. Csevet escuchó

atentamente, como siempre hacía, y esperó a que Maia terminase de hablar para hacerlo él.

—No encontramos fallos ni en vuestras observaciones ni en vuestro razonamiento, Serenidad. Es a lord Pashavar a quien hay que persuadir.

—¿Tenéis alguna sugerencia?

Csevet hizo una mueca.

—Lord Pashavar es muy complicado. Casi sugeriríamos que esperarais a que muriera, pero eso podría llevar años —Maia lanzó una carcajada, sorprendido. Csevet le devolvió la sonrisa momentáneamente, y luego prosiguió—. Nuestra estrategia se ha basado hasta ahora en su profunda aversión hacia lord Chavar, pero eso no servirá en este caso.

—No, si eso fuese suficiente, él ya sería un ferviente defensor. —Csevet dudó— ¿Qué ocurre?

—Bueno, desde su punto de vista, Serenidad, resulta bastante comprensible que no le guste el puente. Eso causará muchos cambios.

—Sí, pero no se puede evitar el cambio simplemente con desear que no ocurra —dijo Maia, aguantándose las ganas de añadir «si fuera así, nuestra madre seguiría viva»— Y si se puede hacer un puente sobre el Istandaärtha, cosa de la que Mer Halezh está convencido, nos parece que los beneficios son considerablemente mayores que las desventajas.

—No para la nobleza de los principados orientales —contestó Csevet, sin discutir, simplemente haciendo esa observación.

Maia tardó varios momentos en encontrar las palabras para expresar lo que sentía.

—De todos nuestros súbditos, no son ellos los que necesitan nuestra ayuda. —Las orejas de Csevet se encogieron por la sorpresa—. ¿Qué? ¿No deberíamos preocuparnos por nuestros súbditos?

—No, por supuesto, os pedimos perdón, Serenidad. No es un sentimiento que esperáramos de un emperador.

—No podemos evitarlo —dijo Maia, cansado.

—Serenidad, no pretendíamos...

—No, pero seguro que otros harán la misma observación, y ellos dirán lo que vos no decís. Dirán que es la influencia de la barizheise de nuestra madre y lo deplorarán, pero eso no cambia el hecho de que debemos hacer lo que pensamos que es lo correcto.

—Edrehasivar el Obstinado, os llamarán —repuso Csevet con algo que sonó peligrosamente cercano al afecto, y prometió pensar en el asunto.

LA OPOSICIÓN DE LA CORTE

Maia nunca estuvo más cerca de rebelarse por completo que cuando asistió a la cena organizada por el Magistrado de la Sangre, el miembro más poderoso del Parlamento. No era solo que no deseaba ir, ya que su reinado imperial había sido una obligación tras otra que no deseaba cumplir; era que estaba casi enfermo de miedo al pensarlo. Hizo falta todo el considerable poder de persuasión de Csevet para hacerlo salir de las rejas del Alcethmeret, y si no hubiera sido por sus nohecharei, Maia sabía que habría fingido perderse y aceptar todas las consecuencias desagradables de algo así simplemente para escapar. Pero el emperador no tenía ese recurso y fue condenado a una aparición puntual en la puerta de su anfitrión.

El marqués Lanthevel, quien presidía la Casa de la Sangre, era alto y delgado, con manos gráciles y de largos dedos que a Maia no le quedó más remedio que envidiar. Sus ojos eran de un azul vivo, y se vistió para acentuarlos: chaqueta de brocado azul y cuentas de lapislázuli. Su reverencia, cuando Maia y su nohecharei fueron conducidos a la sala de recepción de Lanthevadeise, fue perfecta y clara.

—Estamos contentos de conoceros, Serenidad. No tenéis el aspecto de vuestro padre.

Lo dijo con tanta suavidad que el insulto casi podría pasar desapercibido.

—No, generalmente se coincide en que hemos salido a nuestra madre.

Los labios de Lanthevel se curvaron en la más leve de las sonrisas, como si concedieran un punto a un oponente.

—Y por supuesto —continuó, con un gesto tan suavemente elegante como una rosa que se desplegara—, Su Serenidad conoce a lord Pashavar y al capitán Orthema, pero debéis permitirnos presentaros a nuestra sobrina, Dach'osmin Iviro Lanthevin, a Osmerrem Ailano Pashavaran y a Merrem Reneian Orthemo.

Los saludos fueron todos formales y correctos, y Maia los devolvió con amabilidad mientras trataba de evitar que se mostrara su pánico de bordes de cristal. Sabía que habría otros invitados, pero no había esperado que estuviera Pashavar, que lo aterrizzaba más que el resto de todos los Corazhas juntos. La esposa de Pashavar, una cabeza más alta que su esposo, tenía la mirada sombría de una mujer decidida a cumplir con su deber a pesar de sus sentimientos personales. Dach'osmin Lanthevin le dio lo que podría haber sido una peculiar simpatía de una sonrisa. Tenía unos cuarenta años, era una mujer bajita, enérgica y elegante que se decoraba el cabello con peinecitos de jade pálido.

Lo desconcertó el capitán Orthema, a quien nunca había visto antes sin la máscara de sol de un caballero de Anmura, y sin duda, nunca imaginó tratar de tener una conversación con él. Maia sabía que el nombre del capitán era Verer Orthema. Venía del lejano este de Thu-Tetar, y había muchos goblins allí. Su piel no era tan oscura como la de Maia, solo tenía un ligero tono plateado, pero su cabello era negro, y sus ojos, bajo cejas pobladas, eran de un color anaranjado tan intenso como para ser casi rojos. Había librado varias campañas contra los bárbaros de las estepas de Evressai antes de aceptar su posición actual, y llevaba varios recordatorios de guerra en su rostro: una cicatriz inclinándose sobre su frente y otra cortada de un pómulo a otro a través del puente de su nariz.

Aunque tenía casi sesenta años, su postura aún era erecta y su paso aún vigoroso y elegante.

Su esposa era mucho más joven, solo unos pocos años mayor que el propio Maia, y pensó, por la caída de su suave vestido rosa, que podría estar embarazada. Ella no se veía más alta que las clavículas del emperador, y supuso que debería consolarse con el hecho de que había alguien en la habitación más aterrorizado que él. Era deber del infortunado emperador comenzar la conversación; aunque esa regla se pasaba por alto y se descuidaba bastante en algunas de las fiestas de Nurevis, el brillo frío de los vívidos ojos azules de Lanthevel le indicó que no habría tanta piedad allí. Maia había tratado de prepararse, como siempre trataba de prepararse, con listas de preguntas inocuas, pero alentadoras; ahora le parecían débiles, como los esfuerzos de un ratón para conversar en una habitación llena de gatos hambrientos.

El silencio se profundizó hasta pasar de incómodo a letal. Maia miró a su alrededor en una búsqueda desesperada de algo que al menos pudiera proporcionar un comentario irreprochable, y vio una pieza de tejido en la pared, no muy grande y con los colores desvaídos por el paso del tiempo, pero había dado un paso hacia él antes de saber lo que estaba haciendo.

—Os pedimos disculpas —dijo, pero no pudo apartar su mirada de las delicadas viñas bordadas y las extrañas flores en forma de rueda—. ¿Nos hablaríais de esa tela en la pared? Nuestra madre hizo bordados así.

—¿De veras? —contestó el marqués Lanthevel, con una nota extraña en su voz—. Es una estola de bodas de Csedo, fechada en el reinado de Sorchev Zhas. —Y antes de que Maia tuviera que preguntar, añadió—: Entre sesenta y cien años antes de que Edrevenivar el Conquistador cruzara el Istandaärtha.

Maia se acercó un poco más. La estola, protegida detrás de un cristal, estaba manchada y deshilachada, y los colores, que alguna vez debieron haber sido tan brillantes como una celebración, ahora eran casi indistinguibles, los rojos del azul del amarillo del verde,

pero su memoria proporcionaba un tono púrpura al rojo, un profundo amarillo dorado, un azul de joya. Chenelo había usado dos tonos de verde para dar el efecto de sol y sombra, pero era imposible saber si el bordador hace mucho tiempo había hecho lo mismo.

—¿Tenéis alguna pieza bordada por la emperatriz? —preguntó Lanthevel.

—No —respondió Maia, y se obligó a girarse para mirar a su anfitrión—. Todas sus pertenencias personales fueron quemadas cuando ella murió. Creemos que fue por orden de nuestro padre.

—¿No os dejó nada para recordarla? —inquirió Pashavar.

Usó la palabra ritual, «ulishenathaän», el objeto de una persona muerta.

—No. Posiblemente pensó que no teníamos la edad suficiente para necesitar uno.

Pashavar resopló sin elegancia, lo que hizo que su esposa frunciera el ceño.

—Nadie que conociera al difunto emperador vuestro padre pudo hacer otra cosa que deplorar su cuarto matrimonio —dijo ella—. No por culpa de la emperatriz Chenelo, porque de hecho nunca hemos escuchado nada que la infamara, pero simplemente porque no debería haberlo hecho. La emperatriz Pazhiro habría sido la primera en condenar su comportamiento.

—La tercera emperatriz era amiga íntima de nuestra esposa —le explicó Pashavar.

El capitán Orthema hizo un ruido que otro hombre podría haber llamado suspiro.

—Es posible ser amigo de un hombre, de hecho, preocuparse profundamente por él, y, sin embargo, desaprobar su conducta. Siempre hemos pensado que el tratamiento que el difunto emperador tuvo con vos, Serenidad, fue insensato, porque creó descontento donde no era necesario hacerlo, y sabemos que lord Pashavar le aconsejó encarecidamente que os trajera a la capital.

—Cuando murió vuestra madre —dijo lord Pashavar—. Nuevamente cuando cumplisteis trece años, y nuevamente cuando

cumplisteis dieciséis. Pero él no nos escuchó.

—Siempre fue muy terco —comentó Lanthevel—. Es un rasgo de los Drazhadeise.

«Edrehasivar el Obstinado», había dicho Csevet.

—Pensamos —intervino Dach'osmin Lanthevin—, aunque tal vez sea descabellado, que no os asociaba con vuestra madre, porque él no la conocía, sino con la emperatriz Pazhiro y su hijo nacido muerto. Que no era la venganza lo que lo impulsaba, sino el dolor.

«El puñetero cachorro se parece a su madre».

—Es un pensamiento amable —dijo Maia—. Como no tuvimos la oportunidad de conocer a nuestro padre, no podemos hablar de su verdad.

—Una forma muy educada de decir que no estáis de acuerdo —afirmó Lanthevel—. El tacto es un buen rasgo en un emperador. Varenechibel no lo tenía.

—Por decirlo con tacto —apuntó Pashavar, y durante el resto del tiempo hasta que se anunció la cena, Lanthevel y Pashavar le contaron a Maia historias de su padre, dándole al menos un vistazo al hombre que Idra, Vederó y otros habían amado y que conocían.

Pero Maia siguió pensando en la estola de la boda, y después de que se sirvieron las peras rebanadas en yogur, le preguntó algo a Lanthevel.

—¿Cómo conseguisteis esa estola de bodas? Y, perdonadnos si es una pregunta descortés, pero ¿por qué la tenéis colgada de vuestra sala de recepción?

—No es descortés en absoluto —lo tranquilizó Lanthevel. De hecho, parecía contento—. ¿Vuestra Serenidad sabe que somos un académico de la Universidad de Ashedro?

—No lo sabíamos. Teníamos entendido que los académicos permanecen principalmente en las universidades.

—Y es cierto —le confirmó Lanthevel—, pero nuestro hermano mayor se convirtió en devoto de Cstheio cuando tenía cuarenta años.

—Oh —exclamó Maia.

Lanthevel hizo un pequeño e irónico asentimiento de reconocimiento.

—Un erudito puede ser arrancado de su universidad para sentarse en el Parlamento, pero no así un devoto. Sin embargo, hemos descubierto que podemos continuar nuestros estudios al menos en pequeñas formas, y tal vez eso los hace más valiosos para nosotros.

—Pero, ¿qué estudiáis, Lanthevel? —lo interrumpió Pashavar—. Sois capaz de hablar toda la noche sin llegar a responder la pregunta del emperador.

—Tomad un poco más de vino, lord Pashavar —le sugirió Lanthevel—. Vuestro ánimo no se ha suavizado todavía.

Pashavar se echó a reír de forma atronadora. Maia se dio cuenta de que aquellos dos hombres eran genuinamente amigos, y le estaban haciendo el honor y la gran bondad de dejarlo ver su amistad.

—Da la casualidad que no estudiamos textiles ni la historia de Csedo —siguió diciendo Lanthevel y captando la atención de la mesa—. Nuestros estudios están en filología, pero un amigo cercano nos dejó la estola como un ulishenathaän, y la atesoramos.

—Perdonadnos otra vez —dijo Maia con tenacidad porque estaba tratando de no imaginar cómo sería tener una de las almohadas bordadas de su madre para recordarla—. ¿Qué es filología?

El silencio fue intenso. Las cejas levantadas de Lanthevel le indicaron que sospechaba que Maia se burlaba.

—Preguntamos con toda sinceridad. Nuestra educación fue algo errática.

—¿No tuvisteis tutores? —inquirió Pashavar.

—No, solo Setheris —respondió Maia, y se dio cuenta demasiado tarde era un insulto usar el nombre de pila de su primo sin adornos.

Pashavar resopló.

—Setheris Nelar debe haber sido el peor maestro que el imperio haya visto alguna vez.

—No, era un muy buen maestro, cuando se preocupaba de serlo.

Maia se mordió el labio, horrorizado, y solo entonces se dio cuenta de que la cálida sensación de deriva en su cabeza significaba que estaba empezando a emborracharse. El vino de Lanthevel era más fuerte de lo que había pensado.

—Sí, pero ¿con qué frecuencia se preocupaba? —contestó Pashavar, con una horrible mirada de conocimiento en los ojos—. Recordamos a Setheris Nelar y la importancia que lucía como una corona.

—Recordamos su feroz disputa con lord Chavar —dijo Dach'osmin Lanthevin, provocando que Osmerrem Pashavaran frunciera el ceño.

—Osmer Nelar deseaba ser lord Canciller —explicó Pashavar—, ya que se dio cuenta de que nunca llegaría tan alto o tan rápido como deseaba en el Judiciato.

—Arrogancia —dijo Lanthevel.

—Sí, pero no sabemos que fuera menos calificado que Chavar —dijo Pashavar.

Lanthevel dejó a un lado aquella obvia provocación.

—Es cierto que el puesto de lord canciller es en muchos sentidos un cargo político, pero no puede asumirse sin un conocimiento del funcionamiento de la cancillería, y Osmer Nelar no tenía ninguno.

—Pero la oportunidad estaba allí —dijo Pashavar, respondiendo a una pregunta que Maia no fue lo suficientemente valiente como para hacer—. La posibilidad de ocupar ese puesto no aparece precisamente cada poco. Si no lo intentaba en ese momento, podrían pasar fácilmente cuarenta años antes de que surgiera otra oportunidad. Osmer Nelar era ambicioso, y arrogante, como dice Lanthevel, y su esposa lo impulsó a hacerlo. O, al menos, fue lo que Varenechibel siempre creyó. No la dejó acompañar a su marido a

Edonomee porque, dijo, no quería que maquinaran juntos; en cambio, gastó todas sus energías en tratar de que su marido volviera, y él gastó las suyas en...

Levantó las cejas hacia Maia, pero Maia tenía otra pregunta.

—¿Qué hizo? Nunca hablaba de ello, y nadie en Edonomee tenía la menor idea.

Había escuchado a Kevo y Pelchara especulando más de una vez, pero el carácter insólito de sus historias y la libertad con la que atribuían a Setheris los vicios más espantosos y extravagantes hizo que las considerara invenciones.

—Ah —dijo Pashavar, y miró a Lanthevel—. Chavar os contó la historia, Lanthevel, y a él se la contó directamente Varenechibel.

—Sí —confirmó Lanthevel—. Osmer Nelar intentó persuadir a Varenechibel contra Chavar, algo que podríamos haberle dicho de antemano que estaba condenado al fracaso desde el principio. Pero Osmer Nelar sí que dijo algo que Varenechibel interpretó como un intento de ejercer una influencia indebida sobre el emperador.

—Traición —dijo Maia, con la boca seca por algo más que por tomar demasiado vino.

Setheris había sido excepcionalmente minucioso en enseñarle a Maia los diferentes tipos de traición, excepcionalmente minucioso y excepcionalmente feroz.

—Sí —dijo Pashavar—. Y vuestra siguiente pregunta, Serenidad, es por qué la cabeza de Osmer Nelar todavía adorna la parte superior de su cuello.

—¿Seguís indignado por eso? —exclamó Lanthevel, y Pashavar golpeó la mesa con el puño, sacudiendo los platos y haciendo que Maia y Merrem Orthemo se sobresaltaran.

—El emperador no está por encima de la ley —declaró Pashavar, mirando a Lanthevel con sus orejas peligrosamente aplanadas—. El emperador es la ley. Establece el más vil precedente que el emperador pase por alto el debido proceso de esa manera.

—No entendemos —dijo Maia tan humildemente como pudo.

—Osmer Nelar nunca fue formalmente acusado de traición, ni de ninguna otra cosa —le explicó el capitán Orthema—. Fue confinado en el Esthoramire por orden del emperador durante unos tres o cuatro meses y luego exiliado a Edonomee, como bien sabe Su Serenidad. Fue muy parecido con Arbelan Zhasan y con el vizconde Ulzhavel y muchos otros.

—Mi querido Orthema —dijo Lanthevel—, ¿realmente estáis ofreciendo una crítica al difunto emperador?

—No—replicó Orthema sin la menor insinuación de ofensa ante la provocación—. Simplemente estoy exponiendo un hecho que Edrehasivar sabe que es verdad.

—Sí —confirmó Maia—. ¿El vizconde Ulzhavel murió en el destierro? Porque no reconocemos el nombre.

—Se desesperó, y se quitó la vida —le explicó Lanthevel.

—¿No con el revethvoran? —dijo Maia, alertado por el modo en el que lo había dicho Lanthevel.

—No, porque eso habría requerido la orden de Varenechibel, o al menos su permiso, y Ulzhavel no creía que se le concediera ni siquiera eso.

—Ulzhavel era inestable —dijo Pashavar—. Lo sacó de la familia de su madre. ¡Pero! Eso no cambia el hecho de que él y muchos de los otros enemigos de Varenechibel fueron tratados de una manera que con toda sinceridad condenamos.

—Y confáis en que Edrehasivar no os arrojará al Esthoramire por criticar al difunto emperador, ¿que era su padre? —dijo Lanthevel.

—¡Ja! —soltó Pashavar con tanta fuerza que Maia no tuvo claro si era una exclamación o una risa—. Si Edrehasivar deseara comenzar a arrojar gente al Esthoramire, o mejor aún, al Nevennamire, no estaríamos entre aquellos por los que comenzaría. —Dirigió a Maia una mirada de enojo y burla, pero no del todo desagradable—. ¿Lo estamos?

—No —respondió Maia—. Pero siempre podemos cambiar de opinión.

Hubo un momento de silencio tenso, y a Maia le preocupó haber juzgado incorrectamente a Pashavar; luego, Pashavar y Lanthevel se echaron a reír, y Pashavar saludó a Maia con su copa.

—Así pues, el gatito tiene garras, después de todo.

Maia sonrió lo mejor que pudo, y agradeció que su piel fuera demasiado oscura como para mostrar un sonrojo, y Orthema habló en voz baja.

—Solo porque un gato no te arañe no significa que no pueda, como bien sabéis, lord Pashavar.

—Nos damos por reprendidos —respondió Pashavar sin dejar de sonreír.

—Y hay una pregunta que no hemos respondido —apuntó Lanthevel—. La filología, Serenidad, es el estudio de los orígenes de las palabras.

—¿Los orígenes de las palabras? —repitió Maia.

—Estudiamos cómo cambian los idiomas —se explicó Lanthevel—. ¿Por qué una palabra tiene una forma entre los productores de seda del este y otra entre los pastores del oeste? O por qué algunas palabras permanecen en uso de generación en generación, mientras que otras se descartan. Un ejemplo, porque vemos que todavía tenéis dudas: la palabra «morhath» es la palabra para «cielo» que se usaba en la corte del tátara-tatara-tatara-tatara-tatara-tataratío de Su Serenidad, Edrevechelar Decimocuarto. Pero nadie la usa ahora o incluso sabe su significado. Nuestro estudio es seguir el curso de su desaparición y la aparición de la palabra que tomó su lugar.

—En realidad —dijo suavemente Orthema—, eso no es del todo cierto. Conocemos la palabra «morhath» porque la escuchamos usarla por los bárbaros de Evressai.

—¿Eso es cierto? —exclamó Lanthevel, casi abalanzándose sobre él.

Tras oír aquello, a Maia le preocupó menos que aquello fuera una broma elaborada para desconcertarlo. Por un lado, no creía que Orthema estuviera dispuesto a participar en semejante broma; por

otro, Lanthevel se había empeñado tanto en extraer detalles de Orthema que casi parecía haber olvidado la existencia del emperador. Maia inclinó la cabeza sobre su plato y escuchó a Orthema animándose poco a poco a hablar, para describir a las personas con las que había pasado luchando gran parte de su vida adulta.

Las Guerras Evressai se libraban desde el reinado del abuelo de Maia. La causa inicial había sido la negativa de la gente de las estepas de Evressai a reconocer a Varevesena como su emperador o a pagar los diezmos al imperio. Las guerras habían continuado durante más de ochenta años porque los bárbaros no podían expulsar a los elfos, ni tomar el Anmur'theileian, la gran fortaleza que llevaba bajo asedio incluso antes de que se construyera, y los elfos no conseguían atrapar a los bárbaros.

—No os podéis imaginar, Serenidad, cuán vastas son las estepas. Y los nazhmorhathveras, así es como se llaman a sí mismos, la Gente del Cielo Nocturno, los nazhmorhathveras no construyen nada, ni fortalezas, ni ciudades, ni siquiera carreteras. Viven en tiendas y viajan en grupos de no más de veinte o treinta individuos. Incluso si nuestros exploradores encuentran una agrupación de varias tiendas, se dispersarán y se marcharán antes de que un batallón pueda alcanzarlos. Y los nazhmorhathveras son maestros del arte de la emboscada. Es como tratar de mantener la arena en el puño.

—Si las estepas son tan vastas, ¿por qué los nazhmorhathveras no se desvanecen simplemente en ellas? —preguntó Maia.

Temía que fuera una pregunta estúpida, pero empezaba a parecerle que hacer preguntas estúpidas era en lo que consistía la tarea de un emperador.

—Pura terquedad bárbara —replicó Pashavar.

—No —le contradijo Orthema—. No es tan simple, aunque no entendimos la verdad hasta que pensamos preguntarle a un prisionero por qué los nazhmorhathveras llaman a Anmur'theileian la

«Memoria de la Muerte». Pensamos —y usó el plural con un gesto que parecía abarcar generaciones de caballeros y soldados de infantería que luchaban y morían lejos de casa—, que lo llamaban así por el incontable número de nazhmorhathvereise que habían muerto. Pero este prisionero... ¿sabéis algo, Serenidad, de la casta de brujos y brujas de las estepas?

Maia negó con la cabeza antes de recordar que le correspondía al emperador, como le correspondía a todos aquellos que no habían sido criados por goblins barrenderos (eso le había dicho Setheris) dar una respuesta hablada y clara cuando se le hacía una pregunta. Orthema estaba hablando de nuevo.

—Esta casta la componen hombres y mujeres santos los nazhmorhathveras, y siempre son albinos.

El silbido del aliento inhalado llegó procedente de la boca de Dach'osmin Lanthevin. La expresión de lord Pashavar se hizo más áspera, y murmuró «Bárbaros», lo suficientemente suave como para que Maia no pudiera estar seguro de su intención de ser oído.

Orthema se encogió de hombros un poco con gesto de reconocimiento, aunque no, pensó Maia, de acuerdo, y continuó:

—Capturamos a un brujo, por pura y estúpida suerte, nada más y, a pesar de que estaba medio ciego, luchó como un nazhcreis, el gato de las estepas que caza de noche. De hecho, era su sobrenombre. Nuestros soldados fueron lo suficientemente inteligentes como para no matarlo, y ciertamente su gente negoció su regreso como no habían negociado por nada ni por nadie más — Orthema hizo una pausa para tomar un largo trago de vino—. Pero las negociaciones como esas requieren tiempo, y nos hicimos cargo del cuidado del prisionero para asegurarnos de que no lo maltrataban, porque los soldados comunes lo consideraban una abominación y muchos de nuestros compañeros caballeros expresaron la misma opinión.

—Que no compartís —dijo Maia suavemente.

—Serenidad —dijo Orthema con un encogimiento de hombros mucho más incómodo—. A nosotros también nos han llamado

abominables —Hizo un leve gesto hacia sus llameantes ojos de color naranja rojizo.

—Pero eso es... —comenzó a decir Dach'osmin Lanthevin, y se detuvo de repente.

—¿Ridículo? —dijo Pashavar secamente—. Hubo muchos murmullos y rumores de «abominación» cuando la cuarta emperatriz de Varenechibel le dio un hijo.

—Por favor —dijo Maia antes de que Pashavar pudiera avergonzarse aún más a la mesa—. Deseamos escuchar la historia del capitán Orthema.

—Serenidad —dijo Orthema con una ligera inclinación de cabeza; parecía contento—. No creemos que Nazhcreis Dein alguna vez confiara plenamente en nosotros, pero apreciaba nuestro cuidado, y un día le preguntamos por qué su gente llamaba a nuestra fortaleza Memoria de la Muerte. Durante mucho tiempo no respondió, y pensamos que tal vez no lo haría, porque había muchas preguntas a las que no respondía, pero finalmente dijo: «Porque está construido sobre nuestros muertos». Nos mostró una sonrisa desagradable, que recordamos todavía porque tenía los dientes afilados, como toda su gente. «También lo llamamos Huesos de Carroña». Y, finalmente, Serenidad, entendimos que estaba hablando literalmente. El Anmur'theileian está construido sobre uno de los grandes afloramientos rocosos que están dispersos por las estepas orientales, como montañas aisladas, y la verdad es que no podemos culpar a nuestros predecesores por la decisión de construirlo allí, ya que ofrece tanto ventajas como defensa, que de otro modo no serían fáciles de encontrar. Pero lo que esos constructores no sabían, o no les importó, si lo sabían, y tenemos nuestras sospechas, era que los nazhmorhathveras tenían por costumbre llevar a sus muertos a la cima de esa roca y dejarlos allí para ser despojados de carne por los buitres y los nazhcreian. El rito de la edad adulta, nos contó Nazhcreis Dein, era pasar tres días y tres noches sobre la roca con los muertos.

—¿Construimos nuestro castillo en su ulimeire? —preguntó Maia, horrorizado.

—Esencialmente, Serenidad, sí.

—¿Y esa es la única roca que serviría para sus ritos bárbaros? —preguntó Pashavar.

—Esa no es la cuestión —dijo Maia, más bruscamente de lo que había imaginado que nunca le hablaría a Pashavar—. El hecho de que haya un ulimeire en Cetho no hace que las tumbas en el Untheileneise'meire sean menos sagradas.

—Entiendo la cuestión —respondió Pashavar con acritud.

—Pero si eso es cierto, ¿por qué no les hemos devuelto su ulimeire? —sugirió Maia.

Todos lo miraron con horror.

—Serenidad, no es tan sencillo —dijo al final Orthema, que claramente se estaba esforzando para que las palabras no fueran insultantes ni provocadoras.

Pashavar no estaba interesado en mostrar tacto.

—¿Admitiríais la derrota en una guerra que no empezamos nosotros y que se ha cobrado la vida de miles de elfos?

—Pero la guerra no hace que nadie vuelva a la vida —objetó Maia.

—El difunto emperador vuestro padre hizo todos los esfuerzos posibles para lograr la paz —dijo Lanthevel—. Los bárbaros... Sí, sí, Orthema, los nazhmorhathveras, se negaron.

—Sí, y esos esfuerzos, ¿se realizaron a través del actual Testigo de los Extranjeros o del anterior? —quiso saber Maia.

Hubo un breve y aterrador silencio antes de que Orthema se recuperara.

—Serenidad, si simplemente cedemos a las nazhmorhathveras, considerarán que las ciudades de las tierras baldías no son más que presas, como lo eran antes de que se construyera el Anmur'theileian, y la gente de las tierras baldías son vuestros súbditos leales y merecen protección.

Antes de que Maia pudiera responder, Dach'osmin Lanthevin habló, suavemente, pero con una pizca de acero a pesar de ello.

—Creemos que esta discusión es más adecuada para el Michen'theileian o el Verven'theileian que para nuestro comedor.

—Por supuesto —admitió Maia—. Os pedimos perdón.

Hubo otro silencio incómodo, en el que Maia volvió a recordar que los emperadores no se disculpaban, y luego Merrem Orthemo dijo valientemente:

—Somos la hija del alcalde de Vorenzhessar, que se encuentra en las tierras baldías occidentales. Recordamos las historias de nuestras abuelas sobre las incursiones de Evressai, y os aseguramos, Serenidad, que no tenéis súbditos más leales que la gente de Vorenzhessar y de ciudades como ella.

—Gracias, Merrem Orthemo —dijo Maia—. Es un dilema y debemos pensarlo detenidamente. —Pero también le había dado la oportunidad de cambiar la conversación con cierta elegancia—. Entonces, ¿vuestra ciudad es anterior a Ezho?

—Oh, sí, Serenidad. —Cuando sonrió, pudo ver que sus dientes caninos eran largos y afilados, como Orthema había dicho de Nazhcreis Dein—. Tanto nuestra casa como la casa de la línea de nuestra madre han vivido durante siglos en las tierras baldías. Siempre había gente allí, incluso antes de que se descubriera el oro y vinieran los elfos. Es simplemente que ahora hay muchos más.

La fiebre del oro de Ezho brindó una conversación inocua durante el resto de la comida; incluso Osmerrem Pashavaran se relajó lo suficiente como para contar la historia de uno de los hermanos de su abuela, que había ido al norte en busca de oro y había encontrado los manantiales en Daiano.

—Lo que lo hizo mucho más rico de lo que un filón de oro podría haberlo hecho, aunque incluso cuando era un hombre muy viejo, salía a buscarlo cada vez que tenía la oportunidad. Pero nunca encontró oro.

—Nuestra madre fue a Daiano en busca de las aguas —dijo Dach'osmin Lanthevin—. No consiguieron mantenerla con vida, pero

redujeron su dolor sustancialmente, y por eso siempre estaremos agradecidas.

Maia se preguntó si las aguas minerales de Daiano podrían haber ayudado a Chenelo, y perdió varias partes de la conversación envuelto en una nube de ira inútil hacia su padre, quien nunca le habría otorgado su permiso para probarlos. Tuvo que volver a prestar atención por una pregunta de Lanthevel.

—Serenidad, ¿entendemos correctamente que habéis detenido las negociaciones sobre el matrimonio de la archiduquesa Vederó?

Maia movió las orejas de una manera involuntaria, causando un delicado tintineo de sus aretes de plata y jade.

—Nuestra hermana está de luto.

—Pero habéis roto completamente el acuerdo con los Tethimada, que hemos oído que estaba muy cerca de completarse.

—¿Confías en vuestras fuentes, Lanthevel? —le preguntó Pashavar, y Lanthevel hizo un gesto de asentimiento.

—Pero aun así —añadió—, parece un poco precipitado, Serenidad, porque tendréis que comenzar de nuevo desde el principio, y muy probablemente desde una posición menos ventajosa.

—No vemos nada ventajoso sobre nuestra posición actual. Y nuestra hermana no quiere casarse.

Maldijo el vino cuando vio que todos en la mesa se ponían alerta.

—Para una mujer de la nobleza —dijo Osmerrem Pashavaran con dureza—, el matrimonio no se trata de querer. La archiduquesa lo sabe.

—Así lo hizo nuestra madre —dijo Maia—. Creemos que es suficiente con infligir el matrimonio a nuestra emperatriz.

—Habría sido mejor elegir a una hija de una casa más tradicional —comentó Osmerrem Pashavaran—. Las chicas de los Ceredada tienen tantas nociones ridículas como vuestra hermana.

—No encontramos las nociones de nuestra hermana ridículas —dijo Maia. Respiró profundamente e intentó soltar la furia escarlata

que se había apoderado de él. A Osmerrem Pashavaran no pareció importarle mucho, pero asustó a Merrem Orthemo—. No creemos que el matrimonio sea lo único para lo que las mujeres son aptas, aunque vos lo hagáis.

—Es una cuestión irritante —dijo Lanthevel—. Como lo es la cuestión de qué debería ser de las mujeres que, por cualquier razón, no pueden encontrar marido.

Su mirada se cruzó con la de su sobrina, y Dach'osmin Lanthevin habló.

—Es difícil encontrar ocupación cuando una solo ha sido formada para tener hijos y luego no puede tener hijos.

—Todas las mujeres tienen deberes —replicó Osmerrem Pashavaran, aunque el traicionero color rosa en las puntas de sus orejas mostraron que no había tenido la intención de hacer sangre con un asunto doloroso para los Lanthevada.

—¿Pero en qué consisten esos deberes? —insistió Dach'osmin Lanthevin—. ¿Una mujer no tiene el deber de usar sus talentos, incluso si no son talentos para el cuidado de los niños?

—No sabíamos que tuvierais ideas tan adelantadas —dijo Osmerrem Pashavaran con acritud, haciendo que la palabra, «adelantadas», sonara como el más vil de los insultos.

—Hemos tenido una cierta cantidad de tiempo para considerar el asunto —dijo Dach'osmin Lanthevin.

Estaba claro que no iba a ceder, por lo que fue un alivio que eligiera cambiar la conversación a asuntos triviales mientras retiraban los platos.

El postre fue un pastel hecho con especias de Anvernel, y desde el silencio natural del disfrute, Maia se atrevió finalmente a abordar el tema del puente; como había esperado, Pashavar lo denunció al instante, pero no había esperado que lo describiera como una «fantasía caprichosa de Varenechibel».

—No servirá de nada, excepto para derrochar una prodigiosa cantidad de dinero.

—No sabíamos que nuestro padre estaba interesado en la construcción de un puente.

—Oh, sí —le aseguró Lanthevel—. Pensaba que si no se encontraba un camino para unir el este y el oeste, las Ethuveraz se separarían nuevamente. Y creemos que no pudo evitar ver que el Istandaärtha siempre sería una debilidad a menos que se pudiera encontrar un camino para cruzarlo.

—Cierto —dijo Pashavar—, pero no una excusa para alentar a cualquier cabezamecánica enloquecido con el que se cruzara.

—Hemos hablado con alguien del Gremio de Relojeros —dijo Maia—. No pensamos que esté enloquecido.

—Oh, ¿lo habéis hecho? —dijo Pashavar, y Maia se preparó. Pero Pashavar no pareció disgustado—. Habíamos pensado que estabais demasiado apegado a las normas para ser un buen gobernante, una paradoja, como podéis ver, pero quizás estábamos equivocados.

—¡Pero vos sois Testigo del Judiciato! —protestó Maia, lo que hizo reír a todos.

—Dijimos normas, no ley —respondió Pashavar con brusquedad—. Hay una diferencia, Serenidad. Un emperador que viola las leyes es un perro loco y un peligro, pero un emperador que nunca rompe una norma es casi tan malo, porque nunca podrá reconocer cuándo se debe cambiar una ley.

—Entendemos —dijo Maia, aunque no estaba completamente seguro de haberlo hecho.

—De ninguna manera lo aprobamos como un hábito —dijo lord Pashavar.

—Sería muy perturbador —dijo Maia con un recato deliberado, y eso los hizo reír de nuevo.

—Entonces, habéis hablado con el relojero. Suponemos que eso significa que deseáis que hable con los Corazhas —sugirió Pashavar.

—Sí —confirmó Maia.

—Y preferiríais que no lo impidiéramos.

—Así es.

—Tomad un poco de brandy, Pashavar —le dijo Lanthevel—. Os será más fácil tragáros vuestras objeciones.

—Si vuestro brandy no fuera tan excelente, Lanthevel —replicó Pashavar—, nos negaríamos por principio —Luego se volvió hacia Maia—. Esto no cambia nuestra opinión.

—Por supuesto que no.

—Y tampoco cambia nuestro consejo o el voto que emitiremos.

—No lo esperábamos. Simplemente deseamos que los relojeros tengan derecho a que se los oiga.

—Hmmmf —dijo Pashavar, sobre todo a su copa de coñac, pero Maia lo tomó como una capitulación, y de hecho, en la siguiente reunión de los Corazhas, cuando reunió el valor suficientes y sacó la cuestión del Gremio de Relojeros y el puente de nuevo, Pashavar no lo bloqueó, y los Corazhas acordaron que las ideas de los relojeros debían ser escuchadas. No fue un acuerdo unánime, pero Maia nunca había esperado que lo fuera. Lo que importaba era que, sin Pashavar que lo respaldara, Bromar no podría reunir suficiente apoyo para administrar el *veklevezhek* del que Merrem Halezho había hablado.

Fue un logro en un día que aparte de eso estuvo lleno de frustraciones. Primero, hubo que obligar a Chavar a que confesara que la investigación del sabotaje del *Sabiduría de Choharo* no avanzaba.

—Solo necesitan más tiempo, Serenidad —dijo Chavar, y Maia pensó que la seriedad le sentaba muy mal.

Luego Maia tuvo una audiencia con lord Bromar que no condujo a nada y no logró nada excepto confirmar a Maia en su opinión que Bromar era un idiota y, sin duda, confirmar a Bromar en su opinión que el emperador estaba loco. La paz con los nazhmorhathveras ni siquiera se tenía que considerar, y si el Anmur'theileian se había construido sobre un Ulimeire bárbaro, la expresión en blanco de Bromar dijo incluso antes de abrir la boca que no tenía idea de por qué Maia consideraba eso angustioso o importante. La idea de

negociar con los nazhmorhathveras ni siquiera llegó lo suficientemente lejos como para que los Corazhas la ridiculizaran.

Esa noche, Maia regresó al Alcethmeret, cansado y frustrado, pero se recordó a sí mismo que estaba contento de que al menos hubiera logrado que los relojeros tuvieran una audiencia real. Mer Halezh estaría complacido también, y Merrem Halezho. No sabía si Min Vechin estaría complacida, y evitó preguntárselo. Mejor no pensar en ella.

Invernoche ya estaba a menos de dos semanas; Maia cenó en privado con Arbelan Zhasanai por última vez hasta que el último de los invitados y dignatarios abandonara la Corte Untheileneise, que sería una semana o más después del solsticio.

—La celebración sigue creciendo. Como la historia sobre el gato de la tejedora.

—¿En la que hila alrededor de cada pata de mobiliario de la casa? —apuntó Arbelan, sonriendo.

—Exactamente —dijo Maia.

—¿Os contó vuestra madre esa historia?

—Por supuesto. Tenía un libro ilustrado con muchos cuentos maravillosos, destruidos, suponemos, junto a sus demás posesiones cuando murió. Lo había traído de Barizhan.

—La echáis de menos —comentó Arbelan.

—Por supuesto. La queríamos mucho.

Arbelan se quedó en silencio durante unos momentos mientras contemplaba el vino en su copa.

—Tuvimos un aborto —dijo. Maia se las arregló para no mirarla fijamente, desarrollando un gran interés en su propio vaso, y ella continuó—: Fue lo más cercano que tuvimos a darle un hijo a Varenechibel. Él nunca lo supo.

Maia tuvo que aclararse la garganta.

—¿Cuántos meses...?

—¿Cuatro meses, tal vez? Solo el tiempo suficiente para saber con certeza que fue un aborto espontáneo. El tiempo suficiente para que comenzáramos a soñar, no la aprobación de Varenechibel,

porque entonces ya llevábamos casada con él diez años y lo conocíamos bien, pero por el niño. De las historias que le contaríamos a nuestro hijo, las canciones que le enseñaríamos. O a nuestra hija. —Se detuvo, y luego añadió con pasión ferozmente—: Hubiéramos querido una hija.

Estaba claro que sabía de la indiferencia que Varenechibel sentía respecto a sus hijas y nietas.

—Nuestra madre nos dijo una vez, poco antes de morir —explicó cuidadosamente Maia—, que no lamentaba su matrimonio con Varenechibel porque nos había traído a nosotros. Nunca estuvimos seguros de que realmente sintiera eso, aunque sabemos que ella nos decía la verdad. Ella también habría querido una hija.

—Sí —dijo Arbelan. Parecía satisfecha, como si él hubiera respondido a una pregunta que la había estado preocupando, lo que le hizo esperar que tal vez contestara una pregunta a él a su vez.

—¿Conocéis a vuestra sobrina nieta Csethiro?

—¿La que se convertirá en vuestra emperatriz? —inquirió Arbelan arqueando las cejas burlescamente—. No la conocemos bien, no conocemos bien a ninguno de los nuestros, ya que, aunque no tenían prohibido visitarnos en Cethoree...

—Sí —dijo Maia, recordando lo que Berenar le había contado sobre el hermano de Arbelan.

—No sabemos nada que pueda deshonar a Csethiro —añadió Arbelan, mirándolo ahora como si no estuviera segura de lo que él quería de ella.

—No, estamos seguros de que no. Nos preguntamos qué clase de persona es ella.

—Ah. Lo sentimos, Edrehasivar. Ella nos escribió una carta muy respetuosa sobre la firma de vuestro contrato de matrimonio, y esperamos que tal vez podamos conocerla mejor, pero no podemos deciros nada, excepto que ella es la nieta de nuestro hermano y ella tiene dos y veinte años.

Tres años mayor. No era mucho, realmente, aunque se sentía como un abismo enorme. Y obediente, como había presenciado por

sí mismo.

—Gracias —dijo Maia, y esperó no parecer tan desolado como se sentía.

Dach'osmin Ceredin le había advertido sobre Min Vechin, pero quería una compañera obediente tanto como quería una mercenaria. Quería una amiga, y eso, al parecer, era exactamente lo que no podía tener. Se retiró a la cama temprano esa noche. Nemer y Avris le trenzaron el cabello mientras Esha guardaba las joyas del día y buscaba un ladrillo caliente para la cama del emperador. Maia le dio las buenas noches a Dazhis, que vigilaba la cámara exterior esa tarde, y luego le dio las buenas noches a Telimezh, quien tomó su posición preferida en el alféizar de la ventana.

—Dormid bien, Serenidad —le dijo.

Maia se acostó y repitió silenciosamente la oración a Cstheio hasta que se durmió. Fue lo más cercano a la meditación que pudo llegar.

Sus sueños fueron tonterías caóticas. Se despertó de repente y no tuvo claro qué lo había despertado. Un ruido... ¿Un grito ahogado? Estaba totalmente a oscuras en su dormitorio, sin rastro del amanecer a través de las cortinas. Contuvo la respiración, esforzándose por escuchar, pero no oyó nada.

—¿Telimezh? —susurró en la oscuridad, diciéndose a sí mismo que era un tonto, un cobarde, tan malo como un niño pequeño... pero Telimezh no respondió.

En ese momento, Maia dejó de intentar creer que no pasaba nada.

—¿Telimezh?

Se incorporó hasta quedar sentado y se quitó las sábanas de encima. Sabía sin necesidad de extrañarse que si Telimezh hubiera tenido que abandonar la estancia por alguna razón, Dazhis habría tomado su lugar. Por lo tanto, Telimezh estaba en la habitación, pero no podía responderle. Maia estaba pensando confusamente en los ataques sufridos por uno de los hombres que a veces ayudaba a Haru en las tierras de Edonomee, y su principal preocupación

mientras buscaba a tientas la lámpara de la mesita de noche fue asegurarse de que Telimezh no se estuviera asfixiando con su propia lengua.

Pero luego la puerta se abrió de golpe, y se dio cuenta de que estaba preocupado por algo equivocado. La luz era cegadora; levantó una mano para protegerse los ojos, se esforzó por ponerse en pie e inmediatamente cayó sobre Telimezh, que yacía en el suelo, inconsciente o muerto.

Unas manos duras lo agarraron, lo pusieron de pie, y tuvo una visión borrosa del escudo de los Drazhadeise antes de que le colocaran un pequeño saco sobre la cabeza. Levantó las manos de forma automática para quitárselo, pero se las agarraron y tiraron de ellas hacia abajo.

—Nada de eso, Su Gracia —dijo una voz que no reconoció—. No tenemos órdenes de lastimaros, ni queremos, pero no dudaremos en hacerlo si lo hacéis necesario. ¿Entendéis?

Maia trató de responder y se metió un asfixiante trozo de saco al intentarlo. Asintió.

—Está bien, entonces. Vámonos.

No sabía a dónde lo llevaban. Había pasillos y escaleras, por las que casi se cayó, y un umbral por el que le obligaron a agacharse para cruzarlo, y más escaleras, estrechas y frías, y el olor de piedra y agua, y luego un dintel de puerta levantado contra el que estrelló los dedos de los pies para luego caer de bruces sobre losas frías. Lo pusieron en pie de nuevo y le quitaron el saco de la cabeza de un tirón, lo que lo dejó parpadeando delante de su cuñada Sheveän Drazharan, princesa de la Corte Untheileneise.

No se sintió sorprendido al verla. El escudo de los Drazhadeise apuntaba hacia Vederó o Sheveän, y aparte del hecho de que no lo hubiera creído de Vederó, su casa, la de una mujer soltera aún bajo la protección del cabeza de su casa, no incluía hombres de armas. Y Vederó nunca había intentado negar su derecho al trono imperial. Sheveän lo había hecho, y la esperanza que Maia había albergado

de que todos sus murmullos y descontento no llegaran a nada había sido claramente infundada.

No habló, consciente de que debía ser una figura ridícula sin nada más puesto que su camisola de dormir y el pelo trenzado por la espalda, y no estaba dispuesto a darle más razones para la burla, ya fuera diciendo algo medio tonto o simplemente por no poder controlar su voz. Además, tenía la certeza cansada de que sabría lo que ella diría. Sheveän le devolvió la mirada, con expresión dura, y habrían permanecido así durante bastante tiempo, pero se abrió una puerta detrás de ella y entró un hombre.

Uleris Chavar, el lord Canciller de las Ethuveraz.

La presencia de Sheveän no había sorprendido a Maia; la de Chavar sí. Pero eso fue tonto e ingenuo: Chavar se había opuesto a él desde el principio.

—Su Gracia —dijo Chavar con rigidez—. Sentimos tener que llevar a cabo esta necesidad, pero creemos que es lo que el emperador querría.

Se refería a Varenechibel.

—No estáis preparado —exclamó Sheveän con furia—. Aliarse con los goblins, deshonar a los muertos.

—Usar vuestra influencia para promover los planes más absurdos e imposibles —concluyó Chavar—. No podemos dejar que llevéis a las Ethuveraz al caos y la ruina, como seguramente haríais si nadie os detuviera. Tenemos los documentos listos para la firma.

—¿Documentos?

—Vuestra abdicación —explicó Chavar con impaciencia.

—Abdicaréis a favor de nuestro hijo —intervino Sheveän, con la voz todavía enardecida por la furia que había estado alimentando durante meses—. Os retiraréis a un monasterio en el norte de Thu-Cethor.

—Dedicado a Cstheio —añadió Chavar; parecía remiso a dejar que Sheveän hablara sin interrupción durante mucho tiempo, ya fuera porque era una mujer o por la muy buena razón de que tenía

miedo de lo que ella podría acabar diciendo—. Los monjes hacen voto de silencio.

Lo terrible, peor que cualquier otra cosa, fue que se sintió tentado. Silencio, austeridad, la adoración de la Dama de las Estrellas Fugaces. No ser responsable de nadie más que de él mismo. Lo que le impidió capitular en ese momento, firmar lo que quisieran, no fue el deseo por el trono, ni siquiera preocuparse por sus súbditos. Fue saber en la fría médula de sus huesos que no importaba lo que Chavar prometiera, o incluso creyera, Sheveän haría que lo asesinaran en cuanto encontrara a alguien dispuesto a hacerlo.

Luego, otras consideraciones se unieron a lo anterior: el hecho de que Idra todavía era un niño; que las regencias en las Ethuveraz eran tradicionalmente una serie de desastres; que las políticas de Chavar conducirían a la ruina que acusaba a Maia de fomentar; que todavía no sabían quién había hecho estallar al *Sabiduría de Choharo*; que, en verdad, lo último que alguien necesitaba era otro nuevo emperador antes de Invernoche.

—¿Qué le hicisteis a nuestro nohecharei? —preguntó bruscamente.

—El teniente Telimezh está ileso —le aseguró Chavar—. Un simple hechizo soporífero.

—¿Y Dazhis Athmaza?

Sheveän se echó a reír, un sonido tan frío como el hielo nuevo.

—¿Quién creéis que lanzó el hechizo?

Maia sintió que lo inundaba el calor de la humillación y la traición. Si incluso su nohecharei se había vuelto contra él, tal vez Chavar y Sheveän tenían razón. Quizás simplemente se engañaba pensando que su gobierno era preferible a la alternativa.

«Contrólate». La voz era aguda, despectiva, la voz que él consideraba Setheris, pero Setheris disfrutaría de su caída. Tal vez, pensó con una expresión medio histérica, era el emperador Edrehasivar VII, reprendiendo a Maia Trasgo como un camarero lo haría con un friegaplatos.

«Contrólate. No está en las manos de tu lord Canciller decidir si eres emperador o no, y menos aún en las de tu cuñada».

Se irguió y miró a Chavar directamente a la cara.

—Nos gustaría hablar con Idra.

Chavar abrió los ojos de par en par, y Maia descubrió que ya se sentía lo suficientemente despreocupado como para que aquello lo agradara.

—Si deseáis mantener esta farsa de abdicación, hablaremos con nuestro sucesor. De lo contrario, matadnos y acabemos con esto.

—No hables temerariamente, Su Gracia —dijo Chavar.

—No lo hacemos, os lo aseguramos. Dejados hablar con Idra o matados. Es vuestra elección.

Chavar y Sheveän se retiraron para discutir con susurros, de un modo bastante acalorado, lo que dio como resultado que un par de guardias fueran a buscar a Idra. Maia se sintió aliviado por la evidencia de que Idra no había estado involucrado en la conspiración de su madre, y se encontró pensando de nuevo sobre las regencias de pesadilla de siglos anteriores. Era raro el emperador infantil que sobrevivía para llegar a la edad adulta; no le gustaban las posibilidades de Idra de unirse a esas víctimas.

Pasaron unos diez o quince minutos antes de que apareciera el príncipe de la Corte Untheileneise, envuelto en una bata que debía pertenecer a su padre.

—Madre, ¿qué es lo que ocurre? ¿Por qué...?

En ese momento reconoció a Maia, y se quedó muy quieto, con los ojos grises abiertos de par en par.

—Saludos, primo —le dijo Maia.

—Serenidad —respondió Idra, y logró una reverencia aceptable —. Madre, ¿qué significa esto?

Ella no contestó de inmediato, y Maia se preguntó cuándo y qué había planeado decirle. ¿Lo habría despertado por la mañana con la noticia de que era emperador? Idra esperó, y finalmente Sheveän habló.

—Es lo que tu abuelo hubiera querido. Sabes que te consideraba su heredero tanto como tu padre.

—Estás deponiendo a nuestro tío —dijo Idra rotundamente.

—No está capacitado —replicó Sheveän—. No es más que un mestizo intruso sin ingenio y sin modales. ¡No es un emperador, Idra!

—Destruirá las Ethuveraz —remachó Chavar—. No tiene nociones de cómo son las cosas ni del arte de gobernar.

Idra tenía el ceño fruncido.

—Seguramente ese es el propósito por el cual un emperador tiene asesores.

—No lo entendéis —dijo Chavar.

—Nadie espera que lo hagas —agregó Sheveän—. Todavía eres un niño.

—Solo tenemos cuatro años menos que nuestro tío —dijo Idra—. Y si no entendemos, como él no entiende, ¿cómo es que vamos a ser un mejor emperador que él?

Setheris le había enseñado a Maia un poco de retórica y lógica, lo suficiente como para ver que a Idra le habían formado mucho mejor en ese sentido.

—Tendrás regentes, Idra —le aseguró Sheveän.

Los ojos de Idra se encontraron con los de Maia. La alarma era visible en su rostro y oídos; y Maia se preguntó si a él también le habrían enseñado las historias de Beltanthiar V y Edrethelma VIII y de todos esos otros pobres niños sepultados en el Untheileneise'meire.

—¿Y qué será de nuestro tío, madre? ¿Vais a... matarlo? —quiso saber Idra.

—Por supuesto que no —dijo Sheveän con demasiado énfasis.

—Irás a un monasterio en el norte de Thu-Cethor —le informó Chavar—. Los monjes lo tratarán bien.

Idra guardó silencio por unos momentos, sin dejar de fruncir el ceño. Luego habló de nuevo.

—No.

—¿Qué? —exclamaron Chavar y Sheveän en un coro angustiado.

—No —dijo Idra de nuevo—. No usurparemos el trono de nuestro tío.

—¡Idra! —gritó Sheveän, pero Idra no la dejó que siguiera.

—No creemos que esto sea lo que nuestro abuelo desearía.

—Idra, sabes lo que sentía por...

—Era un emperador —declaró Idra mirando fijamente a su madre con odio—. No desearía que las leyes se incumplieran de esta manera, y simplemente por preferencias personales. Y nuestro padre se avergonzaría de ti.

Fue una nota extrañamente infantil comparada con su razonamiento adulto, y eso lo convirtió en un golpe particularmente cruel. Fue la primera vez que Maia vio a Sheveän desconcertada por algo. Ella no respondió, pero Chavar sí.

—No comprendéis las razones más importantes que...

—No os gustan sus políticas —lo interrumpió Idra—. Toda la corte lo sabe, lord Chavar. Pero nuestro tutor, Leilis Athmaza, dice que eso no significa que esas políticas sean malas. Y no vemos cómo podéis saber que esas políticas son malas cuando Edrehasivar es emperador desde hace menos de un cuarto de año.

—No sabéis nada de...

—Por eso no podemos pensar que seríamos un mejor emperador que nuestro tío —replicó Idra—. No lo haremos.

Chavar estaba empezando a parecer aterrorizado.

—¿Sabéis lo que le estáis haciendo a vuestra madre, muchacho? ¿Sabéis lo que le sucederá?

«Lo mismo que te va a suceder a ti», pensó Maia con poca bondad. Pero no habló. Tenía que saber si Idra se mantendría firme en su decisión. El muchacho habló con tristeza.

—No podemos cambiar lo que ella ha hecho. Y seguramente, lord Chavar, esa razón es todavía peor para usurpar a nuestro tío que aquellas que ya nos habéis presentado.

—Idra, hemos llegado demasiado lejos para detenernos ahora. Ya es demasiado tarde para tus escrúpulos —dijo Sheveän.

—Madre —replicó Idra, y Maia se sorprendió al darse cuenta de que Idra estaba tan furioso como Sheveän—. Es inútil decir que no hemos hecho nada. No sabíamos nada de esto. Si lo hubiéramos sabido, no habríais «llegado demasiado lejos para detenernos», porque nunca hubiéramos aceptado lo que habéis hecho. No podemos creer que nos hagáis esto.

—¿A ti? ¡Idra, hicimos esto por ti!

Idra retrocedió bruscamente, como un gato descubriendo que ha puesto su pata en algo pegajoso.

—Madre —dijo en voz baja—, eso es una mentira terrible.

La cara de Sheveän se puso blanca como el hueso.

—Ya basta. Talar, llévate al archiduque.

Era obviamente un eufemismo, y Maia sospechaba que se trataba de algo ya predispuesto. Si ella hubiera tenido el buen juicio, o la crueldad, de usarlo en lugar de permitir que Idra entrara en la habitación, quizás podría haber funcionado, pero los guardias habían oído todo, y ya no estaban seguros. Pasearon la mirada entre Sheveän e Idra en una obvia expectativa de que la orden fuera revocada.

—Talar —dijo finalmente Idra—, lamentamos tener que pedirnos que dejéis de aceptar las órdenes de nuestra madre.

—¡Idra!

Sheveän parecía tan sorprendida como enojada, como si nunca se le hubiera ocurrido que Idra la desafiaría de forma tan abierta. Idra la miró sin ningún signo de angustia, pero Maia pudo ver que estaba empezando a temblar.

«Nunca quise hacerte elegir», pensó con tristeza.

El capitán de los guardias se dirigió a Idra.

—No lo sabíamos, alteza.

—Hablaremos de eso más tarde —respondió Idra—. Serenidad, ¿cuáles son vuestras órdenes?

En ese momento, de un modo tal vez decepcionante, o tal vez no, la Guardia Untheileneise derribó la puerta.

Más tarde, le contaron a Maia la historia de cómo Nemer, derribado por los hombres de Sheveän, se había despertado en el frío suelo de mármol. Se había arrastrado hasta Telimezh; al descubrir que Telimezh no podía despertarse, Nemer había logrado, a pesar de una fuerte conmoción cerebral, arrastrarse, tambalearse o caerse tres tramos de escaleras hacia el puesto de mensajería neumática, donde siempre había una encargada de guardia. Lo primero que hizo esta fue enviar un mensaje urgente al puesto de mensajería de la Guardia Untheileneise, luego despertó a la siguiente sustituta de turno, que despertó al Alcethmeret. Como era de esperar, había sido Csevet a quien se le había ocurrido preguntarse dónde estaba Sheveän Drazharan y en compañía de quién andaba, y a partir de ahí, el resto fue una deducción inevitable. Maia tuvo que evitar que los guardias arrestaran a Idra junto con Chavar, Sheveän y los hombres de Sheveän.

Todavía no había amanecido, aunque a Maia no le habría sorprendido encontrarse la puesta de sol. Dio órdenes para que Idra y sus hermanas fueran trasladadas al Alcethmeret; mandó a los guardias a vigilar, aunque no para arrestar sin una buena razón, a los Chavada y a los demás Drazhada que vivían en la Corte Untheileneise, y ¿qué se suponía que debía hacer con respecto a Nurevis? Ordenó que un doctor atendiera a Nemer; y luego le dijo desafiante a Csevet:

—Todo lo demás puede esperar otras cuatro horas —y volvió a su cama fría y desordenada.

Donde no durmió, pero donde se quedó tumbado e hizo listas desconsoladas de todas las cosas a las que tendría que enfrentarse, comenzando con el nombramiento de un nuevo lord Canciller y terminando con Dazhis.

Pensar en Dazhis lo sacó de la cama de golpe otra vez.

—¿Serenidad? —dijo Beshelar sonando algo más que un poco sorprendido.

Apenas se había dado cuenta de que Beshelar y Cala habían sido, junto con Csevet, los primeros de su casa en llegar a él en el laberinto de sótanos que se extendían bajo los aposentos del príncipe de la Corte Untheileneise. Así era como se había acostumbrado a sus nohecharei: ni siquiera los veía. Ciertamente no había visto el descontento de Dazhis, y debía haber sido obvio si Sheveän y Chavar habían sido capaces de explotarlo.

«Tal vez simplemente pensaba que no era apto para gobernar», pero apartó ese pensamiento.

—¿Qué le sucederá a Dazhis? —le preguntó a Beshelar con voz imperativa.

Beshelar ahora parecía sobresaltado e infeliz al mismo tiempo.

—Serenidad, ese es un asunto para los Athmaz, no...

Maia se acercó a la puerta del dormitorio y la abrió de golpe. Cala, solo en la habitación exterior, se puso en pie de un salto.

—Serenidad, ¿estáis...?

Había estado llorando.

—¿Qué le sucederá a Dazhis?

El color de la cara de Cala fue de mal en peor, pero no hizo ningún intento por evadir la pregunta.

—Serenidad, realizará el revethvoran.

Revethvoran. Suicidio según los rituales estrictos de Ulis. El mundo vaciló angustiosamente ante los ojos de Maia, pero Cala lo agarró del brazo y casi lo obligó a sentarse.

—La cabeza hacia abajo —dijo Cala, y no sonó del todo como si le estuviera hablando a un emperador—. Respiraciones profundas. Eso es.

—Os pedimos perdón —dijo Maia, consciente de que Beshelar estaba asomado por la puerta—. No queríamos esto.

—Por supuesto que no —dijo Cala, y Maia se sintió débilmente agradecido por la amabilidad en su voz—. Ha sido toda una conmoción, Serenidad. Nosotros tenemos la culpa.

—No. Porque nosotros preguntamos. ¿Hay algo que podamos hacer? ¿Podemos pedir clemencia al Adremaza?

—Serenidad.

Cala se quedó callado, y cuando Maia se atrevió a erguirse, vio que Cala estaba luchando por encontrar qué decir.

—Ha sido una pregunta insensata —dijo, deseando liberar a Cala de la necesidad de responder.

—No, Serenidad, no es insensata. Pero... Dazhis rompió su juramento como nohecharis, y no lo hizo por descuido, sino por elección. Eligió traicionarnos, y eso no es algo que... No es decisión del Adremaza, Serenidad, ni vuestra. Ni de nadie. Es el juramento en sí mismo. Hizo una pausa, tragó saliva y añadió—: Si hubierais muerto, nosotros... —Acompañó a ese plural con un movimiento rápido de la mano para incluir a Beshelar y a Telimezh, ausente—, nosotros cometeríamos el revethvoran con él.

—Es lo que merece —gruñó Beshelar.

—Oh —dijo Maia.

Cala siguió hablando, pero con suavidad.

—Dazhis no es el único que rompió un juramento anoche.

—No —reconoció Maia, pero Dazhis era el único que le caía bien.

«Tonterías infantiles, toda esa cháchara de “caer bien”». Sacudió la cabeza.

—¿Podemos verlo? Antes de...

Tuvo que callarse y se tragó con dificultad el nudo que sentía en la garganta.

—Debe venir a pedirnos perdón, Serenidad, para hacer las paces que pueda con vos —le explicó Cala.

—Esperamos que él también le pida perdón a Telimezh —comentó Beshelar.

—Sí —dijo Cala—. Ese es otro juramento roto.

—¿Por qué? —La pregunta estalló con tal fuerza que le dejó la garganta en carne viva a Maia—. ¿Por qué lo hizo?

—A decir verdad, Serenidad, no nos lo podemos imaginar —dijo Cala—. Nosotros... —Se quedó completamente callado, luego levantó la barbilla—. Yo nunca haría una cosa así. No puedo

imaginarme lastimaros de esa manera. Incluso si no se tratara de un juramento.

—Yo tampoco puedo —dijo Beshelar, aunque sonó como si las palabras se las hubiera arrancado una fuerza superior, y fue rápido en cambiar de tema—. Serenidad, necesitáis dormir. Podemos llamar al doctor Ushenar para que os recete un bebedizo para dormir, si creéis que os sería de ayuda.

—No —dijo Maia—. No podemos dormir ahora. No deberíamos haber abandonado nuestros deberes como lo hicimos.

—Serenidad, no habéis abandonado nada —protestó Cala.

—Y si os desmayáis, no lograréis nada —añadió Beshelar con cierta brusquedad—. Haremos que envíen al doctor Ushenar.

—¡No! —exclamó Maia—. No deseamos ver a ningún médico.

—Entonces, al menos, acostaos de nuevo —sugirió Cala—. Si lo deseáis, podéis informarnos sobre las tareas que tenéis planeadas y actuaremos como vuestro secretario.

Era tan obvio que se trataba de un intento por tranquilizar a un niño con una rabieta que Maia se sonrojó y se alejó.

—No, os lo agradecemos. Llamad a nuestros edocharei, por favor.

Avris y Esha se mostraron tan desaprobadores como Beshelar y Cala. Maia preguntó por Nemer.

—Está descansando, Serenidad —dijo Avris, y agregó de forma totalmente intencionada—: Como deberías estar vos.

—Estamos completamente ilesos —dijo Maia—. Y no somos tan frágiles como para que una noche de sueño interrumpido nos haga entrar en declive.

—Deberíais miraros con más cuidado en vuestro espejo, Serenidad —dijo Esha con aspereza.

—No recordamos haber solicitado la opinión de nadie —replicó Maia, sabiendo que su enojo era desproporcionado, pero incapaz de contenerlo—. Hay mucho por hacer, y creemos que no nos corresponde arrebuarnos en la cama.

Sus edocharei no intentaron discutir más, y Maia descendió a la Sala Tortuga en un estado de fría furia que no recordaba haber sentido nunca en toda su vida. Csevet o lo observó o ya estaba sobre aviso, ya que no hizo ninguna protesta, sino que fue completamente profesional.

—Serenidad, lamentamos que haya pruebas claras de que Osmin Bazhevin conocía el plan de la princesa Sheveän.

—¿Osmin Bazhevin? —repitió Maia sin comprender—. ¿Qué...? Oh.

—Ella lo confesó tan pronto como la Guardia Untheileneise entró en los aposentos de la princesa. Lo sabía todo, pero le tenía demasiado miedo a la princesa como para atreverse a hablar.

—Esa mujer es una idiota —dijo Maia antes de poder contenerse.

Las orejas de Csevet se estremecieron, pero no hizo comentario alguno al respecto.

—Sí, Serenidad —dijo simplemente, y esperó.

—Enviadla al Esthoramire con Sheveän —dijo Maia, y cerró la boca bruscamente para evitar pronunciar las palabras que quería decir.

Era injusto llamar ingrata a Osmin Bazhevin cuando todo lo que había hecho era permitirle escoger la menos repelente de las opciones poco atractivas que tenía ante ella. Pero él le había dado una opción; la había permitido vivir con Sheveän aunque había dudado de la sabiduría de esa decisión. Y estaba muy cansado de traiciones esa mañana.

Csevet se aclaró la garganta.

—Además, Serenidad, ha sido necesario detener a la mayoría del personal del lord Canciller, incluido vuestro primo, Osmer Nelar.

—Ojalá eso nos sorprendiera —dijo Maia—. ¿Cuánta parte de nuestro gobierno creéis que es cómplice?

—El Testigo de la Prelatura —dijo Csevet rápidamente—. Lo del monasterio parece haber sido suya.

—Debemos darle las gracias —dijo Maia con amargura.

Su descontento había sido más fácil de ignorar cuando no había podido imaginar una alternativa.

—Los otros Testigos de los Corazhas no están implicados, Serenidad. Os envían mensajes de apoyo, al igual que los miembros del Parlamento, en particular el marqués Lanthevel. Nuestro personal está siguiendo cada tentáculo de esta trama.

Csevet vaciló, y Maia hizo un esfuerzo consciente por dejar de fruncir el ceño.

—¿Qué ocurre, Csevet?

—Solo deseamos asegurarle a Su Serenidad que no tenemos dudas de la lealtad de su casa y sus secretarios.

—Excepto de Dazhis.

—Serenidad —dijo Csevet, mostrándose de acuerdo con tristeza—. Y nosotros... nos gustaría aseguraros, Serenidad, nuestra lealtad. Si tenéis alguna duda, renunciaremos a nuestro cargo. No quisiéramos...

—¡Csevet, basta! —Maia lo miró fijamente—. ¿Por qué diablos creéis que dudamos de vos?

—No se trata de eso, Serenidad, pero llegamos a vos procedente del lord Canciller y sabemos... sabemos que cuando nos elegisteis como vuestro secretario, elegisteis entre nosotros y Osmer Nelar. No queremos que sintáis que estáis atrapado con...

—No lo hacemos —le cortó Maia con firmeza—. No podríamos pedir un secretario mejor y jamás se nos ha ocurrido dudar de vuestra lealtad —Logró sonreír a pesar del cansancio—. Si hubierais formado parte del plan de lord Chavar, habría salido mucho mejor.

Vio que le quitaba un peso de los a Csevet, y la sonrisa de Csevet fue mejor que la suya.

—Entonces, Serenidad, hay otro asunto personal que creemos del que podríais ocuparos esta mañana.

—¿Ah?

—Los niños, Serenidad. El príncipe Idra y sus hermanas. Se encuentran instalados en un cuarto para niños del Alcethmeret, como ordenasteis, pero la nodriza que se les asignó dice que tienen

mucho miedo y ansiedad. Pensamos que podría ayudarlos mucho que hablarais con ellos.

—¿Y qué les vamos a decir? —preguntó Maia con tristeza—. ¿Nunca vuelvas a hablar de tu madre la traidora?

—Entienden lo que hizo su madre, Serenidad. Incluso Ino, la más pequeña. Pensamos que estarían más tranquilos si supieran que no los culpáis.

—Pues claro que no —respondió Maia.

—Entonces eso es lo que deberíais decirles.

—Pero no podemos... ¡Csevet, no sabemos nada de niños!

—Serenidad, no tienen a nadie más —le indicó Csevet.

La verdad de aquella afirmación llevó a Maia al cuarto del Alcethmeret donde estaban encerrados. Se encontraba en un ala lateral de la planta baja con su propio conjunto de enormes rejillas. Maia se había dado cuenta de que las emperatrices podían vivir donde quisieran en la Corte Untheileneise. Ni Csuru ni Arbelan habían vivido en el Alcethmeret, ni la segunda esposa de Varenechibel, la emperatriz Leshan, pero los herederos del emperador eran un asunto diferente. «Tal vez debería haber tenido a Idra aquí desde el principio», pensó, pero sabía que no podría haberlo hecho.

Había un par de guardias en las rejas y otro en la puerta de la sala de estar de la guardería. Maia se sintió aliviado al ver que nadie estaba dispuesto a arriesgarse respecto a la seguridad de los niños. Uno de los guardias abrió la puerta y anunció:

—Su Serenidad Imperial, Edrehasivar Séptimo.

«Sí, porque eso hará que estos niños asustados se sientan mucho más seguros», pensó Maia, pero no pudo reprender al guardia simplemente por hacer lo correcto. Entró en la guardería, con Cala por delante y Beshelar detrás de él, y descubrió que los niños de Sheveän se habían levantado para recibirlo, y cada una de las chicas agarraba una de las manos de su hermano. Idra se inclinó, e Ino y Mireän hicieron una reverencia, sin soltarse nadie las

manos. Los tres tenían los ojos enrojecidos y bastante hinchados. El Alcethmeret estaba lleno de gente llorando.

—Por favor, sentaos —dijo Maia, sintiéndose desgarrado, mal educado y sombrío como las nubes de tormenta. Se sentó en un sillón raído y esperó a que los niños volvieran a sentarse en el sofá. Respiró profundamente, agradecido de que Beshelar hubiera cerrado la puerta, y abandonó la formalidad.

—Me llamo Maia. Espero que sintáis que me podéis llamar así.

Los ojos de las niñas se abrieron de par en par. Idra se mordió el labio inferior antes de hablar cuidadosamente.

—Gracias, Maia.

No recordaba cuánto tiempo había pasado desde que alguien lo había llamado por su propio nombre, y de todos modos, solo había tenido a Setheris desde la muerte de Chenelo. El nombre de pila le sonó extraño y rígido en la lengua, los dientes y los labios.

—Siento mucho lo que ha sucedido.

—¡No es culpa tuya! —exclamó Idra, inmediatamente indignado, y Maia tuvo que parpadear para mantener la compostura.

—Tu madre no estaría de acuerdo —señaló—y nosotros... No sé lo que ella pudo haber hablado de mí.

Idra entendió lo que quería decir.

—Ella no nos habló de ti —dijo en plural, pero no de un modo formal—. Solo sabemos que eres nuestro medio tío, el emperador.

Maia perdió la compostura lo suficiente como para hacer una mueca.

—Suenas muy estirado —dijo en tono de disculpa, y se sorprendió y complació cuando vio que a Ino se le escapaba una risita, aunque inmediatamente ocultó su rostro contra el brazo de su hermano—. Y no creo que pueda ser tu tío apropiadamente; solo tengo cuatro años más que tú. ¿Me llamarás primo, en vez de eso?

—Si es lo que quieres —dijo Idra un poco dubitativo.

—Es lo que quiero —afirmó Maia.

—Primo Maia —dijo Mireän—, ¿qué le va a pasar a mamá?

Maia se estremeció, pero luego dijo la verdad.

—No lo sé, Mireän. No deseo que la ejecuten, pero no sé si se puede confiar en ella.

—Incluso si... —Idra tragó saliva—. Tendría que ser encarcelada, ¿no es así?

—Sí —le confirmó Maia—. Y a ella se le prohibiría hablar o escribirte.

—Soy tu heredero —dijo sombríamente Idra.

—Sí.

—¿Qué va a pasar con Ino y conmigo? —preguntó Mireän—. No somos tus herederas.

Maia la miró a los ojos, aunque no fue fácil.

—Mer Aisava, nuestro secretario, nos dice... Os pido perdón. Mer Aisava me dice que entiendes lo que tu madre intentó hacer.

—Estaba tratando de hacer que Idra fuera emperador —dijo Ino—. ¡Pero Idra no quiere!

—Lo sé —dijo Maia.

—Y ella iba a hacer que te mandaran lejos —añadió Mireän—. Como le vas a hacer tú a ella.

—Como mandaron a papá y al abuelo —dijo Ino, con los ojos llenos de lágrimas—. Para que no pueden regresar.

Maia miró a Idra.

—Estuvo mal —se limitó a decir antes de sacar su pañuelo y volverse para atender a su hermana menor.

—Porque eres el emperador —dijo Mireän—. Vimos cómo te coronaban y todo eso. Y todavía no entiendo cómo Idra podía ser un emperador si no estabas muerto.

—Te lo dije, Miree —dijo Idra, quizás con demasiada rapidez—. Mamá quería que el primo Maia abdicara.

—Sí, pero yo no... —comenzó a decir Mireän, que había heredado por completo la testarudez de los Drazhadeise, luego se encontró con la mirada fija de su hermano y se calló.

Como no podía tranquilizar con sinceridad a Mireän, pero tampoco tenía pruebas reales de que Sheveän planeaba asesinarlo,

Maia pensó que sería mejor dejar esa inquietante pregunta sin respuesta. Tendrían que aceptarlo por sí mismos.

—Me gustaría que supieras que no os culpo a ninguno —les dijo—. Sé que debéis sentir os incómodos e infelices, y lo siento. Idra, ¿hay algo que pueda hacer?

Confiaba en que Idra no haría peticiones imposibles, e Idra, después de pensarlo detenidamente, habló por fin.

—¿Podríamos tener algunos miembros de nuestra propia casa con nosotros? No los soldados, lo entendemos perfectamente, pero ¿mi tutor y la doncella de las niñas?

—Oh, por favor, primo Maia —dijo Mireän—. A Suler no le caes mal ni nada de eso.

—Suler no haría nada malo —añadió Ino con total convicción.

Maia notó que las niñas querían claramente a su doncella de una manera que no querían a su madre. Por supuesto, era su niñera quien se encargó de ellas. Sheveän no era Chenelo, una barizheise que estaba sola, y no tenía necesidad de cuidar de sus propios hijos.

—Veré lo que puedo hacer —dijo, y se levantó, incómodamente consciente de los deberes que indudablemente se acumulaban en el otro lado de las rejillas de la guardería.

—Gracias, primo Maia —dijo Idra, con Ino y Mireän formando un suave coro detrás de él.

Idra se inclinó y las chicas hicieron una reverencia, y Maia las dejó aún pegadas en la fría y desvencijada guardería del Alcethmeret.

EL REVETHVORAN DE DAZHIS ATHMAZA

La única satisfacción que Maia tuvo en ese largo y horrible día fue el hecho de que ni Csevet ni el teniente Echana, el oficial de la cohorte adicional de la Guardia Untheileneise, asignada ahora al Alcethmeret, pudieron encontrar objeciones contra Leilis Athmaza o Suler Zhavanin. Maia entrevistó brevemente al tutor y a la nodriza. Leilis Athmaza era pequeño, con ojos brillantes y movimientos rápidos; a Maia le recordó a un hurón. Estaba claramente encariñado con su alumno, y se mostró muy ansioso por saber que Idra estaba bien. Maia recordó que había sido Leilis Athmaza quien había instruido a Idra sobre la diferencia entre una política que no le gustaba al lord Canciller y una política que era mala. Suler Zhavanin fue aún más fácil; tenía más o menos veinte años, con el color oscuro de un goblin, asustada hasta el punto de casi no poder hablar, pero cuando le dijo que Mireän e Ino habían preguntado por ella, contestó de inmediato.

—Por favor, Serenidad, dejadme ir con ellas. Aunque solo sea durante unos días, hasta que encontréis a alguien mejor.

—No se nos ocurre nadie mejor que alguien que se preocupa por ellos y en quienes confían. Gracias, Min Zhavanin.

Su sonrisa era tan adorable como inesperada, y Maia atesoró el recuerdo frente a los ojos inyectados en sangre de Cala y su palidez creciente, como si se estuviera desangrando lentamente por una herida invisible; frente a una carta incoherente de Csuru Zhasanai que mezclaba de una forma desmedida la autoexculpación del asunto con la condena del tratamiento de Sheveän por parte de Maia; frente a una entrevista dolorosa con Nurevis Chavar, toda la cordialidad anterior desaparecida; frente a la triste decisión de Telimezh cuando le rogó una audiencia tarde esa noche para comunicarle a Maia que renunciaba.

—¿Renunciáis? —repitió Maia, y su primer pensamiento fue que tenía que haber oído mal.

—Nos iremos de la corte —le aseguró Telimezh, como si eso fuera motivo de preocupación—. No deseamos ser una carga para vos, Serenidad.

—¿Una carga? —repitió Maia, con tanta inteligencia como un eco—. Telimezh, por favor, no os entendemos.

—Os hemos fallamos, Serenidad —le explicó Telimezh con una infelicidad imperturbable.

—No había nada que pudieras hacer. Nos han dicho que el hechizo era poderoso.

—No vimos la traición de Dazhis Athmaza. Os fallamos.

Maia se esforzó por pensar en una forma de manejar aquel nuevo problema. Se dio cuenta de que la culpabilidad de Telimezh era muy real; incluso podría, aunque dudosamente, admitir que quizás hubiera alguna justificación en ella, aunque verdaderamente no mucha, pero...

—No deseamos que os vayáis.

—¿Serenidad? —Telimezh parecía asombrado.

—No habéis hecho nada para que dudemos de vos —le dijo Maia—. Y... lo comprenderemos si ya no deseáis ser nuestro

nohecharis, pero os estamos muy agradecidos por vuestro servicio y deseáramos que continuarais con nosotros.

Telimezh se quedó como si le hubieran golpeado en la cabeza con un ladrillo. Maia se mordió el interior del labio inferior para no reírse. Era agotamiento y nervios más que humor de todos modos.

—Por favor, pensad en ello al menos esta noche. Seríamos negligentes si aceptáramos cualquier decisión que tomarais hoy.

Telimezh tardó un momento en reaccionar, pero se las arregló para inclinarse y saludar.

—Serenidad —y salió de la estancia sin estrellarse contra el quicio de la puerta, aunque eso fue al menos en parte gracias a que Beshelar lo guio con un par de suaves empujones.

—No creemos que vaya a renunciar, Serenidad —comentó Cala después de cerrar la puerta de la Sala Tortuga.

—No ahora que sabe que deseáis que se quede —añadió Beshelar.

—Ah —dijo Maia—. ¿No deberíamos haberlo hecho? No teníamos intención de evitar que renunciara si es lo que realmente desea.

—No lo hicisteis, y no lo desea —le aseguró Beshelar—. El corazón de Telimezh siempre estaría aquí.

—Ah —dijo Maia de nuevo, ya que no estaba seguro de si lo «bien» o «mal» sería una respuesta más precisa.

Csevet, que en un gesto cortés se había ausentado durante la audiencia de Telimezh, regresó.

—Serenidad, hemos ordenado a los guardias que cierren las rejas. No hay nada más que se pueda hacer hoy que resulte útil.

—Y pensáis que deberíamos irnos a la cama —Estaba demasiado cansado como para sentirse enojado, ya que toda su energía febril y furiosa se había quemado por el dolor—. No discutiremos.

Beshelar y Cala lo acompañaron silenciosamente por las escaleras. Maia sintió que debía decirles algo, pero no tenía nada en la cabeza más que cenizas y huesos. Sus edocharei se

mantuvieron igualmente en silencio, y descubrió que echaba de menos a Nemer, que era mucho más inclinado a parlotear y comentar que cualquiera de los otros dos. Se sintió desesperadamente agradecido de retirarse detrás de las colgaduras de su cama, donde casi podía fingir que estaba solo.

Durmió mal y se despertó con la información de que el Adremaza esperaba a que lo atendiera cuando pudiera en la Sala Tortuga. Esha lo desaprobó, pero Maia pensó que si el Adremaza se presentaba con Dazhis, preferiría verlo antes de intentar comer.

El Adremaza estaba de pie junto a la ventana de la Sala Tortuga con un joven con una túnica azul de maza tan raída como la de Cala. «¿Debería haber sospechado de Dazhis porque su túnica era nueva?», pensó Maia sombríamente.

Ambos se inclinaron.

—Serenidad —le saludó el Adremaza—. Deseamos presentaros a Kiru Athmaza, a quien esperamos que aceptéis como nuevo miembro del nohecharis.

El joven se inclinó de nuevo, aún más profundamente, y Maia lo evaluó mientras se erguía. Era bastante bajo y de constitución delgada, con el pelo blanco en la trenza de un erudito y los ojos verde pálido. Su nariz tendía hacia lo aguileño, pero su barbilla era suavemente redondeada, y él... Maia bajó los ojos antes de poder evitarlo, y luego miró incrédulo, primero a Kiru Athmaza y luego al Adremaza.

—¿No debería ser... nohecharo? —preguntó, y su voz chilló levemente en la última sílaba.

—Os dijimos que lo adivinaría —murmuró Kiru Athmaza en una voz que ni de lejos era lo suficientemente profunda como para ser de un hombre.

—Serenidad... —El Adremaza parecía muy nervioso—. Os aseguramos que Kiru Athmaza es totalmente de fiar.

—No lo dudamos —contestó Maia tratando de recuperar la compostura, a sabiendas de que no lo estaba logrando—. Pero...

—Serenidad —lo interrumpió Kiru Athmaza—. Al principio nos pasaron por alto, porque el antiguo emperador nunca hubiera tolerado tal cosa. Pero hemos oído hablar de vuestra bondad hacia Arbelan Drazharan y la archiduquesa Vederó, y nos atrevimos a tener esperanza.

—¿Y vos? —le preguntó Maia al Adremaza.

El Adremaza sí que estaba nervioso; mostraba un rubor rosa pálido en las mejillas y en la punta de las orejas.

—Serenidad, debéis entender que ser nohecharis no es una cuestión trivial. Primero, uno debe ser dachenmaza, y hay pocos dachenmazei en todos los Athmaz'are, y hay muchos menos dispuestos a sacrificar sus estudios. Siempre, siempre ha sido la política de los Athmaz'are que nadie se vea obligado a asumir esta carga, y...

Vaciló, pero Kiru Athmaza habló sin rodeos.

—Después de perder primero a los nohecharei del emperador difunto y ahora a Dazhis, tres dachenmazei en otros tantos meses, no queda nadie más.

—Ya vemos —dijo Maia.

Se sintió bastante mal, y estuvo todavía más contento de que el Adremaza no hubiera esperado a tratar el asunto a otra hora más tardía.

—¿Serenidad?

Era Cala, y por supuesto el Adremaza tenía razón. Debían encontrar un nuevo nohecharis para que Cala y Beshelar pudieran descansar.

—¿Sí, Cala?

—Respondemos por Kiru Athmaza —dijo Cala, aunque tenía un color incluso más rosado que el Adremaza.

—Gracias —le respondió Maia.

Evitó cuidadosamente mirar a Beshelar y miró en cambio, inquisitivamente, a Kiru Athmaza.

Ella le devolvió la mirada fijamente. Se dio cuenta de que ella era mayor de lo que había pensado. Tenía por lo menos diez años

más que Cala o Dazhis, si no más. «Nos pasaron por alto», ella había dicho, y «nos atrevimos a tener esperanza».

—¿Deseáis esto? ¿De verdad?

—Sí, Serenidad. De verdad.

—Debemos averiguar si el teniente Telimezh se opone —apuntó Maia.

—Por supuesto —dijo el Adremaza.

—¡Serenidad! —exclamó Beshelar de forma explosiva.

Maia hizo una mueca, pero notó que Kiru Athmaza no se inmutaba.

—¡No podéis! ¿Qué hay de...? —Durante un momento, dio la impresión de que estaba a punto de morir ahogado—. ¿Qué hay de vuestros aposentos? ¡No podéis aparecer ante una mujer solo vestido con un camisón de dormir!

—Así lo hicimos antes de la princesa Sheveän —respondió Maia, un recordatorio lo suficientemente fuerte como para silenciar a Beshelar.

Su negativa, sin embargo, tenía parte de razón. Maia miró incómodo a Kiru Athmaza, quien luchaba por contener una sonrisa.

—Tal vez deberíamos mencionar, que formamos parte de la clerecía de Csaivo y lo hemos sido desde antes de que Su Serenidad aprendiera a andar.

«Eso implica que tiene quince años más que Cala», y los clérigos de Csaivo practicaban el estricto celibato; se atareaban en los grandes hospitales de caridad, atendiendo a hombres y mujeres con imparcialidad. Se preguntó, aunque lo supo de inmediato por una pregunta que nunca podría hacerse, si ella lo había querido realmente, o si había sido la única forma que tuvo para contrarrestar el obstáculo de su sexo. Ciertamente, estaría mucho mejor formada que cualquier médico de la corte.

—Y sin embargo, deseáis ser nohecharis. ¿Por qué? —quiso saber Maia.

—No se trata de una cosa u otra, Serenidad. Aunque tendremos que renunciar a nuestro trabajo en el hospital, hay

muchos aquí en vuestra corte que necesitan nuestros servicios, incluso aunque sea a horas intempestivas.

Aquellos que no pueden pagarse los médicos de la corte, pensó Maia. Si no hubiera ordenado que un médico atendiera a Nemer, muy posiblemente ningún doctor lo habría atendido.

Kiru Athmaza estaba frunciendo el ceño.

—¿Realmente os parece tan increíble que deseemos serviros?
—Ella estudió con atención su rostro, y alzó las cejas—. Vemos que es así.

—Perdonadnos —dijo Maia, rompiendo el contacto visual apresuradamente—. No queremos dudar de vuestra sinceridad o tu lealtad. Si el teniente Telimezh no se opone a que lo asocien con vos, estaremos encantados de aceptar vuestro servicio.

Beshelar resopló y murmuró algo, sin duda poco amable. Maia, reuniendo los restos de su dignidad, fingió no haberlo oído. El rostro de Kiru Athmaza se iluminó.

—Os prometemos que no os arrepentiréis de vuestra decisión, Serenidad —afirmó.

Maia se dio cuenta de que le estaba devolviendo la sonrisa.

—No, no creemos que lo hagamos.

Un ruido en la escalera anunciaba a Telimezh, lo suficientemente sin aliento como para hacer sospechar que él también había recordado tardíamente que si no entraba de servicio, Beshelar no podría retirarse.

—Serenidad —dijo Telimezh, inclinándose—. Esperamos que no hayáis cambiado de opinión desde ayer. ¿Sobre continuar aceptando nuestro servicio?

Miró a Maia con una mezcla de ansiedad y esperanza. Si a Maia le parecía increíble que alguien deseara tan desesperadamente servirle, Telimezh claramente encontraba casi tan increíble que Maia deseara mantener su servicio.

—Por supuesto que no hemos cambiado de opinión —dijo con tanta calidez como se atrevió a mostrar—. Pero debes decirnos si

estás dispuesto a servir con Kiru Athmaza. El Adremaza nos asegura que es totalmente digna de confianza.

Telimezh miró a Kiru Athmaza, al Adremaza, a Maia, y Maia simpatizó con su desconcierto. Pudo ver que Telimezh quería volverse y comprobar la reacción de Beshelar. Aunque no le hubiera culpado por hacerlo, se sintió contento de que Telimezh no lo hiciera, y no solo porque el ceño fruncido de Beshelar hubiera proporcionado una guía inequívoca. Finalmente, Telimezh contestó.

—Si vos no tenéis objeción, Serenidad, no nos corresponde a nosotros ser obstruccionistas. Estaremos complacidos de servir con Kiru Athmaza.

Se giró y se inclinó ante Kiru, y ella le devolvió el gesto.

—¡Entonces, está arreglado! —exclamó el Adremaza, quizás con un poco de exceso de entusiasmo—. Serenidad, sabemos que te estamos impidiendo vuestro desayuno, pero hay otro asunto más.

—Dazhis —dijo Maia, con el estómago convertido en un nudo de plomo angustiado.

Sus nohecharei, en un acuerdo discreto y lleno de delicadeza, se alejaron y comenzaron una conversación en voz baja sobre los turnos.

—Sí, Serenidad —le confirmó el Adremaza—. Su revethvoran será esta noche, y no sabemos si Cala Athmaza os lo dijo, pero es costumbre que los revethvoris hablen con aquellos a quienes ha perjudicado.

—Para hacer las paces —dijo Cala.

—Sí. Lo correcto sería que Dazhis acudiera a vos, pero las... circunstancias particulares han llevado al capitán Orthema a preguntarse si en este caso Su Serenidad podría ir al Mazan'theileian. Hay ciertas restricciones en los actos de Dazhis que no podemos asegurarle que se mantendrán fuera del propio Mazan'theileian.

—No puede creer que Dazhis nos haría daño —dijo Maia.

—Serenidad... —respondió el Adremaza, sin mostrarse ni de acuerdo ni en desacuerdo—. Prefiere no arriesgarse.

Maia quiso protestar, pero se dio cuenta antes de abrir la boca de que él nunca hubiera creído tampoco que Dazhis podría conspirar para sacarlo del trono.

—¿Cuándo deberíamos ir al Mazan'theileian?

—Gracias, Serenidad —murmuró el Adremaza; Maia sabía perfectamente que le daba las gracias más por no hacer esa inútil protesta que por su cooperación—. La ceremonia de revethvoran siempre se realiza a la puesta de la luna. Si venís después de haber cenado, habrá suficiente tiempo como para que Dazhis os hable a vos y al teniente Telimezh, si lo permitís.

—Por supuesto —respondió Maia, y se preguntó cómo el Adremaza pensaba que iba a poder comer después de pasar el día en la miserable anticipación de la noche.

Sin embargo, cuando le pusieron la cena delante, Maia estaba tremendamente hambriento, y durante la mayor parte del día, no había pensado en absoluto en Dazhis. Había demasiados otros asuntos que exigían su atención. Debían establecerse fechas para los juicios de Chavar y Sheveän; hubo que impedirle al capitán Orthema que convirtiera la Corte Untheileneise en un campamento militar; hubo que escuchar a los Chavada y a los Rohethada y tranquilizarlos respecto a que su lealtad no estaba en duda. Había asombrosas cantidades de cartas, entregadas por vía neumática, por paje, por cortesanos que se presentaban en persona en las rejas del Alcethmeret.

Csevet eligió una de la tremenda pila de cartas, y se la entregó a Maia.

—Pensamos que Su Serenidad podría desear responder a esta personalmente.

Era de Dach'osmin Ceredin, quien escribió, esta vez usando el barzhad:

Al emperador Edrehasivar VII Drazhar, saludos y deseos por la salud y la seguridad continuadas de Su Serenidad y la duración de su reinado. Sabíamos que Sheveän era una estúpida, pero no teníamos ni idea de hasta

dónde llegaría en su estupidez. Sentimos extremadamente no poder desafiarla en un duelo y demostrar su indignidad sobre su cadáver, pero nos han dicho que los duelos son algo propio de bárbaros y algo impropio de damas y de todas maneras, Sheveän no sabría cómo hacerlo. Sin embargo, Serenidad, si hay algún servicio que podamos prestaros, aparte de nuestra fidelidad y lealtad, solo tenéis que ordenarlo.

Y firmaba con un elaborado monograma con enclavamiento, como los utilizados, y Maia lo sabía por las novelas de aventuras introducidas de contrabando en Edonomee por la cocinera y sus hijas, por los caballeros de Edrevenivar el Conquistador. No pasó por alto la implicación de que Dach'osmin Ceredin, a diferencia de la princesa Sheveän, sí sabía cómo librar un duelo. El arte de los duelos ya no se practicaba mucho entre los elfos, ya que los emperadores Varedeise lo habían desaprobado de todo corazón, porque lo consideraban propio solo de los goblins, y jamás se les había enseñado a las mujeres. Maia se preguntó a quién había encontrado Dach'osmin Ceredin para enseñarle y si su padre tenía la menor idea de ello. Se le ocurrió que no había nada ni remotamente obediente en librar un duelo, y se encontró sonriendo. Quería hacer una respuesta personal, aunque no tenía ninguna esperanza de igualar su tono, y estaba a punto de intentar escribir una carta que sería meramente rígida en lugar de vergonzosamente incómoda cuando Csevet se apartó de la pila de correspondencia como si se hubiera encontrado que contenía una víbora dispuesta a atacar.

—¿Csevet? —dijo Maia, bastante alarmado.

No podía haber una serpiente de verdad, pero Csevet tenía las orejas gachas y una expresión cuidadosamente neutra.

—Os pedimos perdón, Serenidad —dijo Csevet con voz fría y remota, sin revelar nada. Pero seguía con las orejas gachas—. Simplemente nos sobresaltamos.

—¿Sobresaltado? —dijo Maia con todo el escepticismo cortés que pudo reunir—. ¿Por nuestra correspondencia?

Csevet hizo una mueca.

—Tal vez «repugnado» sería una mejor palabra —admitió—. Estamos cansados, Serenidad. Por favor, no hagáis caso de nuestros dislates.

Por una vez, Maia hizo caso omiso del elegante intento de Csevet de evitar un asunto.

—¿Qué es lo que te ha repugnado de nuestra correspondencia?

Csevet vaciló, pero estaba atrapado, y lo sabía.

—Es esta carta de Dach'osmer Tethimar, Serenidad. Lo encontramos...

—Repulsivo —terminó Maia, cuando estaba claro que Csevet no iba a encontrar un adjetivo que le conviniera.

Csevet hizo una mueca. Maia extendió su mano.

—Serenidad, no es necesario. Es el trabajo de vuestros secretarios tratar con...

Se calló de nuevo al darse cuenta de que Maia no iba a ceder, y le entregó la carta. Su renuencia era clara, como si, pensó Maia, para Csevet la carta fuera una víbora real.

Maia la leyó con rapidez. Como la mayoría de las otras cartas de Tethimar, tenía mucha verborrea y era excesivamente intrincada, llena de pistas e insinuaciones. También proponía que Maia permitiera a la Casa Tethimada que lo protegiera y que debería retirarse a su mansión, o fortaleza, como lo describía Dach'osmer Tethimar, en Eshoravee hasta que se purgara la Corte Untheileneise y pudiera volver a considerarse un lugar seguro. Tethimar también se ofreció a supervisar la purga.

Fue una carta notable, tanto en su descaro como en su creencia evidente de que el emperador carecía de sentido común suficiente como para abrir un paraguas bajo la lluvia. Maia personalmente lo encontró más entretenido que otra cosa, pero cuando levantó la vista, vio que las orejas de Csevet seguían bajas, y aunque intentaba enmascararlo, la expresión de sus ojos parecía ser miedo.

—Suponemos que nos aconsejaríais que no aceptáramos la amable invitación de Dach'osmer Tethimar —dijo Maia.

Vio cómo crecía la presión, pero en el último momento posible, Csevet se dio cuenta de que lo estaba provocando, y se calmó.

—Sí, aconsejaríamos en contra de semejante decisión, Serenidad.

—No estábamos dispuestos a aceptar —respondió Maia con toda la suavidad que pudo—. No tenemos ninguna razón para amar o confiar en Dach'osmer Tethimar.

Csevet cambió su expresión hasta algo que casi podía pasar por una sonrisa.

—Ciertamente, Serenidad, confiamos en vuestro juicio. Simplemente estamos sobreexcitados, sucede cuando no dormimos lo suficiente.

De nuevo, Maia ignoró el intento de desviar la conversación.

—¿Podrías decirnos por qué le temes a Dach'osmer Tethimar? —preguntó Maia suavemente.

Csevet estaba a punto de intentar negar la conclusión a la que Maia llegó, pero luego hundió los hombros de un modo casi imperceptible.

—Serenidad, no es una historia agradable.

—No preguntamos por tener una diversión —contestó Maia.

—No, Serenidad, lo sabemos —Csevet inspiró profundamente y luego dejó salir el aire lentamente—. Nuestros recuerdos de Eshoravee son... malvados. Nos enviaron allí, hace casi diez años, con un mensaje para el duque Tethimel. Hubo una serie de tormentas feroces y Dach'osmer Tethimar dice la verdad cuando describe a Eshoravee como una fortaleza. Se alza sobre la cima de una colina alta, y el único camino es estrecho y empinado. Tan empinado que en algunos lugares hay escaleras talladas en la roca. Los caballos no pueden subir. Cualquiera que desee ir a Eshoravee va a pie.

Miró a Maia, rápidamente, pero luego apartó la mirada.

—Llegamos mucho después del anochecer, empapados por completo y llevando nuestras alforjas sobre el hombro. Nos habíamos caído tres veces durante el ascenso, y una vez nos caímos y casi salimos del camino, y sin duda nos habríamos roto el cuello si no hubiera sido por la dudosa misericordia de un zarzal. Podemos afirmar que odiábamos Eshoravee mucho antes de llegar a sus puertas.

—Por una buena razón —murmuró Maia, más como estímulo que otra cosa.

—El duque Tethimel estaba borracho, pero fue hospitalario —siguió contando Csevet—. Nos agradeció nuestro servicio y ordenó al mayordomo que nos hiciera sentir cómodos, y luego se olvidó por completo de nuestra existencia. El mayordomo se nos mostró despreciativo, con frecuencia se acusa a los correos de promiscuidad y desenfreno y el peor tipo de depravación, pero nos llevó a la sala de los sirvientes y nos mostró dónde podíamos dormir, y luego le dijo al copero que nos mostrara dónde estaban los baños.

»La casa de baños no estaba en un edificio separado, ya que no hay edificios separados en la cima de Eshoravee, era una estancia larga y cavernosa construida a un lado de uno de los patios techados de Eshoravee. El patio funcionaba como un pozo para pelear perros improvisado, y mientras nos bañábamos, oímos los gruñidos y aullidos de los perros y los gruñidos y aullidos de los hombres.

»El copero, claramente con exceso de trabajo y carácter hosco, no había pensado en decirnos cómo regresar a la sala de los sirvientes, y aunque nuestro sentido de la orientación es normalmente bastante agudo, tal vez no sea sorprendente que nos perdiéramos. Dio igual la dirección que tomáramos, parecía que no podíamos alejarnos de ese patio y del hedor a sangre y humo, y finalmente salimos al patio a ver si alguien podía desviar su atención de las peleas de perros el tiempo suficiente como para darnos instrucciones.

»Eshoravee ha sido durante mucho tiempo la mansión favorita de los duques de Tethimel, a pesar de ser un lugar inaccesible y primitivo. Casi todo el personal de la casa lo forman lugareños, y no temen a los forasteros tanto como los desprecian. El primer hombre al que nos acercamos se nos encogió de hombros; el segundo hombre nos maldijo. Estábamos tratando de elegir un tercer hombre que pudiera ser menos hostil cuando Dach'osmer Tethimar nos encontró.

»Teníamos quince años, Serenidad, y no era la primera vez que nos hacían una proposición. Como ya hemos dicho, se sabe que los correos son... —Vaciló, buscando una palabra—. Dispuestos. Pero Dach'osmer Tethimar más que hacernos una proposición, nos agarró. No sabíamos quién era, y nos soltamos con más fuerza y menos tacto de lo que lo hubiéramos debido hacer si hubiéramos sabido quién era. De hecho, ya que estaba muy decidido y, por supuesto, era muy hábil en el combate sin armas, tuvimos que morderle.

—Mordisteis a Dach'osmer Tethimar.

—Es muy probable que todavía tenga la cicatriz —añadió Csevet—. Eso lo enojó, Serenidad. Nos insultó y nos estrelló contra la pared del patio y nos inmovilizó allí, y vimos las ganas de matarnos en su rostro.

«Nos dio un golpe de revés, nos tiró al suelo. Para entonces se había abierto un espacio a nuestro alrededor, y toda la atención estaba sobre nosotros. «¿Qué dicen, muchachos?», gritó Dach'osmer Tethimar. «¿Zorro y sabuesos?». Hubo un rugido de aprobación, porque aquello era mejor que una pelea de perros, y Dach'osmer Tethimar nos dijo «Te daremos cinco minutos de ventaja». Sacó su reloj de bolsillo, y fue entonces cuando nos dimos cuenta de quién era, porque no vestía de manera diferente a la de ninguno de sus hombres, y dijo «Empezamos... ya».

»Serenidad, salimos huyendo. No conocíamos Eshoravee, y sabíamos que Dach'osmer Tethimar contaba con ello, pero cada minuto que pudiéramos aprovechar sería un minuto más sin que nos

atrapara. Y Osreian, Salezheio o alguien nos concedió una bendición esa noche, porque encontramos una escalera antes de que los «sabuesos» nos encontraran. Los oímos reír y gritar, y realmente sonó como el aullido de los sabuesos. No creemos que Dach'osmer Tethimar los hiciera esperar los cinco minutos completos.

»La escalera que encontramos debía ser para el servicio, porque era angosta y empinada, y la subimos en la oscuridad, usando nuestras manos tanto como nuestros pies, pero ascendía retorciéndose hasta los áticos, y allí encontramos una escalera de mano, que nos llevó a una trampilla, que a su vez nos llevó a los tejados. Y allí pasamos la noche, acurrucados contra la chimenea para buscar calor. Por la mañana, descendimos tan pronto como había suficiente luz para ver, escondiéndonos de cada ruido de pasos o voces. Salimos de Eshoravee sin encontrarnos con nadie excepto el guardia de la puerta, y él no nos reconoció como el «zorro», o no había formado parte de la cacería en absoluto. Abandonamos nuestras alforjas y todo lo que había en ellas, bajamos por la senda serpenteante, patinando y medio gateando y rezando para que nadie hubiera enviado un mensaje a los mozos de cuadras para que nos retuvieran para complacer a Dach'osmer Tethimar. Nadie lo hizo, y estábamos lejos de Eshoravee antes de que el sol hubiera ascendido completamente desde las colinas. Antes de que cayera esa noche, antes de llegar a Puzhvarno, estábamos febriles con una bronquitis que casi nos mató. Y eso, Serenidad, es por lo que tememos a Dach'osmer Tethimar.

La pausa fue incómoda. Era evidente que Csevet deseaba estar en otro sitio, pero había una pregunta más que Maia tenía que hacer.

—¿Qué crees que os habrían hecho si os hubieran atrapado?

—Nos imaginamos que recibir golpes hasta morir era lo mejor que podíamos esperar —respondió Csevet con voz seca y amargada—. Y, Serenidad, debemos decirles que a nadie le hubiera

importado. El duque Tethimel recibió su mensaje, y eso, después de todo, era lo que importaba.

—¿Según quién?

Csevet bajó todavía más las orejas y sonó asombrado al responder.

—Serenidad, fue hace muchos años. Y sobrevivimos.

—Sí. Lo sentimos. Estamos...

—Conmocionado y fatigado —intervino Kiru, y Maia le sonrió agradecido.

—No aceptaremos la hospitalidad de los Tethimada —le dijo a Csevet—. No debéis tener miedo en ese sentido.

—Así será, Serenidad —respondió Csevet, y con elegancia cambió el tema a la siguiente responsabilidad de Maia.

Había personas a las que hubo que tranquilizar en persona, incluido el alcalde de Cetho y los preceptores de los Capítulos Vigilantes del norte y sur de Thu-Cethor. Los preceptores se miraron furibundos como dos gatos rivales, y Maia tomó nota mental de que tal vez una investigación sobre la conducta de la Hermandad Vigilante no estaría mal. No estaba del todo seguro bajo qué autoridad estaban: ¿el archiprelado o el capitán Orthema? Tendría que preguntarle a Csevet, misericordiosas diosas, ¿con qué frecuencia lo pensaba al cabo de un día? Recordó la ansiedad de Csevet el día anterior y se dio cuenta de que, desde cierto ángulo, no era tan infundada como le había parecido. «Debes volverte menos dependiente», se dijo a sí mismo mientras Isheian retiraba los platos de una cena que apenas recordaba haber probado, y se preguntó cómo pensaba que iba a lograrlo.

Y luego miró el reloj y se dio cuenta de que era hora de irse.

Partió hacia el Mazan'theileian acompañado solo por Telimezh y Kiru, y le dijo con cierta brusquedad al teniente Echana que si unos soldados armados iban a invadir la Corte Untheileneise, ya lo habrían hecho, y sus nohecharei podrían defenderlo de cualquier amenaza inferior a eso.

—Después de todo, es su función —dijo, y Echana cedió con disgusto.

El Mazan'theileian no era parte de la Corte Untheileneise propiamente dicha, sino que se había unido a ella mediante un puente cubierto durante el reinado de Edretanthiar III, con la delicada piedra de cantería típica de esa época. El puente se llamaba Escalera de Usharsu, ya que el Adremaza que lo había encargado, y los aspirantes al Athmaz'are hablaban de «subir la Escalera» o «caerse de la Escalera» al describir su progreso.

Kiru le contó a Maia todo aquello, pero no como alguien que tratara de conversar, algo que seguramente Maia habría rechazado, sino simplemente como si quisiera compartir la información con él, con Telimezh y con las piedras del puente. Y Maia escuchó con una desesperación que rezó por no mostrar, tratando de no pensar en lo que le esperaba.

Al final del puente, los recibió un chico de unos dieciséis años con una complexión delgada y un cabello demasiado fino como para mantenerse peinado en una trenza. Era poco atractivo, pero su reverencia fue elegante y su voz, cuando habló, fue la antítesis de su apariencia: profunda, cálida y asombrosamente bien controlada para un chico tan joven.

—Serenidad, el Adremaza nos ordenó que los recibiéramos y los acompañáramos a la Sala de Visitantes. Somos Ozhis, un novicio de los Athmaz'are.

—Gracias —dijo Maia, y se sintió agradecido de que no se le quebrara la voz.

La Sala de Visitantes era pequeña y muy poco amueblada, pero brillaba con limpieza. Solo había una silla, y tanto Ozhis como Kiru le indicaron con energía a Maia que se sentara en ella. Así lo hizo, se recompuso y esperó. No pasaron más de cinco minutos antes de que llevaran a Dazhis. Le habían recortado totalmente el cabello, y llevaba, en lugar de la túnica azul de maza a la que ya no tenía derecho, una prenda negra e informe que sería su sudario. Estaba flanqueado por dos mazei de rostro sombrío que llevaban la franja

negra en sus túnicas, lo que los señalaba como canónigos de Ullis. Dazhis cayó de rodillas casi antes de terminar de cruzar la puerta. Estaba llorando, con unos sollozos desgarradores.

Maia no tenía la menor idea de qué hacer.

No había consuelo que pudiera ofrecerle. Dazhis había cometido un crimen terrible y Maia no podía ayudarlo a escapar de las consecuencias. Tampoco podía decir que lo perdonaba, porque la verdad era que no estaba seguro de haberlo hecho. Tampoco podía decir que lo entendía. Pero permanecer en silencio era algo agonizante.

Casi se había decidido a decir algo, aunque no sabía qué, cuando uno de los canónigos lo hizo por él.

—Revethvoris, debes hablar.

Su tono de voz no era cruel, pero era perfectamente inflexible, y Dazhis respondió, jadeando contra sus sollozos hasta finalmente lograr un estado en el que pudo hablar.

—Serenidad, debo pedirle perdón.

No utilizó el plural formal, y Maia lo entendió incluso cuando instintivamente retrocedió ante semejante desnudez.

—¿Sí? —respondió.

Setheris, con la visión de un abogado para las cuestiones de la lógica, se había asegurado de que Maia entendiera la diferencia entre una disculpa y una declaración sobre una disculpa, y en este caso, descubrió que no podía conformarse con lo último.

—Yo... siento lo que hice.

No habría sido suficiente para Setheris, que le hubiera hecho explicar qué había hecho, pero Maia no tenía ese tipo de maldad en él. Y había algo que realmente necesitaba saber.

—¿Por qué? ¿Por qué lo hiciste?

Dazhis comenzó a sollozar de nuevo; Maia tuvo la desagradable sospecha de que esto era más un esfuerzo por evadir la pregunta que cualquier señal de verdadero dolor.

—Revethvoris —dijo el mismo canónigo.

—Ya lo sabéis —exclamó Dazhis, volviéndose hacia él—. ¿Por qué no se lo podéis decir?

—Porque fue vuestra elección, no la nuestra —respondió el canónigo con rotundidad.

—Debéis responder —dijo el otro canónigo.

Dazhis recuperó el control sobre sí mismo y contestó.

—Me prometieron a mí, la princesa Sheveän y lord Chavar, que si los ayudaba, me convertiría en Adremaza cuando Sehalis Adremaza muriera.

«Y posiblemente, la muerte de la Adremaza se produciría más pronto que tarde. Como la mía hubiera sido», pensó Maia.

—¿Y? —insistió uno de los canónigos.

—Y me prometieron que ser el primer nohecharis del príncipe Idra —añadió Dazhis en un susurro—. Y no harían... su gobierno no...

—Entendemos —dijo Maia, y se estremeció ante la frialdad de su propia voz.

Dazhis no había tenido el coraje de llevarle la contraria a la cara, pero Maia había sido un tonto al pensar que eso significaba que podía descartar su desaprobación.

«No», dijo esa voz interior inflexible que no era Setheris. «Eres el emperador. No es tarea de tus nohecharei aprobar o desaprobarte, y ciertamente no es asunto tuyo buscar su aprobación. Es Dazhis quien está equivocado aquí. No tú. Recuerda bien eso, Edrehasivar».

Lo intentaría, pero era difícil no sentir que había hecho algo mal, algo que lo había llevado a aquella situación.

—¿Tenéis algo más que preguntarle al revethvoris, Serenidad? —quiso saber uno de los canónigos.

—No —dijo Maia.

Tenía otras preguntas, pero ninguna que fuera capaz de hacer.

—¿Revethvoris? —le urgió el otro canónigo.

Dazhis levantó la vista y lo miró por primera vez.

—Serenidad, ¿os quedaréis?

—¿Quedarme? ¿Quieres que seamos testigos de tu revethvoran?

Dazhis asintió.

—Sé que es una... una imposición y no debería pedirlo. Y no os culpo, Serenidad, lo prometo, si no lo hacéis. Pero... Por favor, Serenidad.

—¿Pero por qué desearías...?

Ni siquiera fue capaz de encontrar una manera de terminar la pregunta.

—Serenidad —dijo uno de los canónigos—, no tenéis ninguna obligación con el revethvoris.

Pero debajo de su voz escuchó la respuesta de Dazhis.

—No tengo a nadie más.

Maia se avergonzó, de forma repentina y amarga, por no saber lo suficiente sobre Dazhis para tener idea de si quería decir que era un huérfano, que su familia vivía lejos, que ya estaba alejado de ellos, o simplemente que no vendrían. Chenelo lo hubiera sabido; Chenelo hubiera esperado que lo supiera.

—Nos quedaremos.

—Gracias —le dijo Dazhis.

Los canónigos lo miraron con cierta duda, pero parecieron decidir que no tenían la autoridad suficiente para discutir con el emperador.

—El revethvoris también debe hablar con el teniente Telimezh —dijo uno de ellos.

—Sí —dijo Maia—. Vamos a salir con Kiru Athmaza, porque lo que hay entre ellos no es asunto nuestro.

Además, tenía que escapar de aquella pequeña estancia angustiosa, de la tristeza de Dazhis y de su propia incapacidad para responder.

Kiru lo siguió y se quedó a su lado en la gran sala abovedada del Mazan'theileian, sin decir nada. La sala estaba casi vacía, y había una tensión silenciosa en la atmósfera que Maia esperaba que no fuera habitual. Uno o dos mazei que pasaron por allí casi

corrían, con la cabeza gacha, aunque tal vez era culpa suya, por estar allí.

Se volvió para preguntarle a Kiru, pero en ese momento se abrió la puerta de la Sala de Visitantes y Telimezh salió con uno de los canónigos. La cara de Telimezh estaba blanca como el hueso y con gesto sombrío, y no le miró a los ojos a Maia. El canónigo se inclinó.

—Serenidad, el revethvoran tendrá lugar a la puesta de la luna, dentro de dos horas, en el Patio Menor, que Kiru Athmaza puede mostraros. Podéis regresar al Alcethmeret para esperar si lo deseáis, o si preferís...

Fue la primera señal de duda que Maia había visto en ninguno de los dos canónigos.

—¿Sí?

—Lo habitual, Serenidad, aunque de ninguna manera se trata de algo obligatorio, es que los testigos de un revethvoran pasen antes cierto tiempo en oración. Sería un honor para nosotros abrir el Ulimeire del Mazan'theile para vos y para el teniente Telimezh.

Maia no necesitó fijarse en la brusca tensión de Kiru para saber que se le estaba concediendo un honor, ni necesitó ninguna explicación por la vacilación del canónigo al abordar el tema. La devoción no estaba de moda en la corte, de hecho se la consideraba con cierta sospecha: otra razón por la que Chenelo había sido tan amargamente infeliz. Supuso que el canónigo se esperaba un rechazo, y posiblemente, con un reproche airado.

Incluso si Maia hubiera compartido la opinión de la corte, no se veía capaz de rechazar la oferta, ya que no sabía si era poco habitual que invitaran a un extraño a cualquiera de los recintos mazei, y mucho menos a un lugar sagrado. No se le ocurría por qué le harían una oferta así. Ya les habían negado a otros emperadores esa posibilidad, y al menos uno de ellos había tenido un ejército a sus espaldas, pero contestó.

—Nosotros también nos sentiríamos honrados. ¿Telimezh?

—Sí... sí, Serenidad.

Telimezh todavía estaba muy alterado, pero se inclinó y contestó también.

—Os lo agradecemos, maza.

El Ulimeire del Mazan'theileian era mucho más grande que el Ulimeire de Cetho, pero estaba casi igual de desgastado. Las paredes eran de piedra desnuda, y todos los muebles eran viejos y mostraban muchas reparaciones, a veces de forma hábil y otras no. Había un grupo de mazei, todos vestidos de azul, con las cabezas inclinadas en oración. Un poco más lejos de ellos estaba el Adremaza, arrodillado y solo, pero levantó la vista cuando entró Maia y luego se puso en pie.

Mostraba un aspecto demacrado y descuidado, como si se hubiera pasado los dedos por el cabello una y otra vez, pero se inclinó antes de hablar.

—Serenidad, sois bienvenido aquí —dijo con suave tranquilidad.

—Gracias —respondió Maia—. No pretendemos interrumpir nada, pero...

—Dazhis os pidió que os quedarais. Es una gran bondad por vuestra parte aceptarlo.

Era culpabilidad, no bondad, pero no había necesidad de decírselo y angustiarse al Adremaza.

—¿Dónde nos podemos sentar para no entrometernos? —le preguntó Maia.

El Adremaza lo mostró el camino hasta un banco de oración a lo largo de la pared oeste, y Telimezh y Kiru lo siguieron. Maia se sentó, agradecido; durante las siguientes dos horas no tendría que hablar con nadie ni vigilar sus expresiones ni comportarse como un emperador.

Solo conocía unas cuantas de las oraciones a Ulis de los barizheise, ya que su madre, tal vez por superstición, le había dado instrucciones mínimas sobre la adoración de Ulis. Una de las oraciones que conocía era inapropiada, ya que estaba destinada al lecho de un enfermo; de las otras, eligió una de las cuales estaba

más seguro. Tardó algo de tiempo en acomodarse, pero recordó que siempre pasaba lo mismo después de una interrupción en la costumbre, y perseveró sin preocuparse, repitiendo la oración con cuidado y atención, tratando de rezarla lo mejor que pudo. Aunque realmente no era capaz de perdonar a Dazhis, no le deseaba la muerte o lo que viniera después de...

«¿Algo peor de lo que te habría pasado a ti, Edrehasivar?».

Maia se apartó estremeciéndose de esa idea. Llevaba dos días tratando de no imaginarse cómo habría muerto, si Sheveän habría dado instrucciones a sus hombres para que pareciera algo natural, o un accidente, o si hubiera desdeñado cualquier disimulo, a sabiendas de que nadie se atrevería a protestar. Estaba seguro de que a ella no le habría importado que su muerte fuese dolorosa o tranquila, rápida o lenta. No habría tenido oportunidad de enmendarse con aquellos a quienes había ofendido.

«Dazhis no pensaba en asesinarme», se reprendió a sí mismo, pero la réplica llegó al instante: «¿Habría dicho o hecho algo para evitarlo?».

Volvió a centrar su atención en las palabras de la oración. No importaba lo que Dazhis hubiera hecho o no hubiera hecho en una situación que no había sucedido.

«No, lo que hizo ya fue bastante malo».

Maia torció la boca en una mueca como si esas palabras implacables se hubieran pronunciado en voz alta.

«No puedo permitirme este enojo. El Emperador de las Ethuveraz no puede volverse vengativo, porque una vez se comienza así, nunca hay un final».

«Ulis, deja que mi ira muera con él», rezó abandonando las plegarias establecidas. «Deja que ambos quedemos liberados de la carga de nuestros actos. Aunque no pueda perdonarlo, ayúdame a no odiarlo».

Ulis era un dios frío, un dios de la noche y sombras y polvo. Su amor se encontraba en el vacío, su amabilidad en el silencio. Y eso era lo que Maia necesitaba. Silencio, frialdad, amabilidad. Centró

sus pensamientos con cuidado en la iconografía habitual: la imagen de las manos abiertas de Ulis; el dios del «dejar ir» era seguramente el dios que escucharía a un emperador involuntario. «Ayúdame a no sentir odio», rezó, y después de cierto tiempo fue más fácil pedirle a Dazhis que le ayudara a encontrar la paz, que la ira de Maia no se sumara al peso sobre su alma.

Cuando el canónigo hizo sonar el retumbante revethahal, la campana de la muerte, Maia se sintió tan cerca de la serenidad como creía posible bajo las circunstancias, y siguió a Kiru al Patio Menor sin nada en su corazón más allá de esa oración por la paz.

El Patio Menor parecía un accidente de la arquitectura; era un estrecho cuadrilátero entre el edificio principal del Mazan'theileian, y un añadido obvio y mucho más tardío, que parecía incluso más estrecho debido a la altura de las paredes a cada lado. Estaba claro que su objetivo principal era ser un colector de agua, como indicaban las canaletas, la inclinación de las losas y el desagüe con rejilla en el centro, pero eso también lo hacía ideal para un revethvoran. Sería fácil limpiar la sangre.

Hacía un frío glacial; Maia metió las manos al resguardo de sus mangas acolchadas y deseó que los ropajes imperiales tuvieran incluyeran sombreros de lana en vez de gargantillas de diamantes. Se movió un poco para susurrarle algo a Kiru.

—No tenéis que quedaros aquí, Kiru Athmaza. No queremos que os congeléis.

—Gracias, Serenidad —respondió ella con otro murmullo—, pero estamos bien.

Kiru no podía decir otra cosa, y él lo sabía, pero al menos lo había intentado.

No tuvieron que esperar mucho tiempo. Primero apareció el Adremaza en el lado opuesto del patio, y luego salió Dazhis, flanqueado por los canónigos. Se estremecía con fuerza; Maia no supo si por el miedo o por el frío. Pero cuando vio a Maia, logró mostrar algo que casi era una sonrisa.

No hubo ningún ritual hablado: los canónigos escoltaron a Dazhis hasta el centro del patio, donde primero uno y luego el otro se inclinaron ante él y se retiraron para situarse al lado del Adremaza. Luego este dio un paso adelante y le dijo algo a Dazhis que Maia no logró oír, para finalmente entregarle el revethvoreis'atha y retirarse después.

El revethvoreis'atha relució a la luz de la linterna. Tenía una hoja larga y estrecha, y su mango carecía de adornos. Dazhis lo miró durante un largo momento; luego levantó la cabeza, buscando a Maia otra vez. Este seguía sin ser capaz de imaginarse cómo su presencia podía significar algo más que culpa para Dazhis, pero no pudo negar que, de alguna manera, lo era, porque la boca de Dazhis se reafirmó con lo que parecía una determinación genuina, y desnudó su brazo derecho para hacer el primer corte.

El revethvoreis'atha se deslizó a través de su carne como si fuera agua.

En teoría, un revethvoris o revethvoro debía realizar cinco cortes: en cada muñeca, a lo largo de cada antebrazo y en el quinto corte a través de la garganta. Pocos, sin embargo, eran lo suficientemente fuertes como para llegar al quinto corte, y no se consideraba profanación del ritual si no lo lograban. Dazhis no lo logró. El revethvoreis'atha se le cayó de la mano a mitad del cuarto corte y se perdió de inmediato en la negrura de su propia sangre que se extendía y brillaba. Se mantuvo en pie apenas unos momentos más, y luego cayó de lado de forma extraña, con poca dignidad, pero de un modo que mantuvo su rostro a la vista. El aliento se le escapaba en pequeños gemidos, que no formaron palabras. Maia se obligó a mirar, se obligó a sí mismo a ver que su enojo era innecesario. Al cabo de unos instantes, Dazhis se quedó en silencio; poco después, los canónigos se volvieron a acercar y se arrodillaron sin remordimiento ni repugnancia en la sangre de Dazhis para hablar por encima de su cuerpo. Uno de ellos le tocó el rostro y luego su garganta; el otro le levantó la muñeca derecha, al parecer, para inspeccionar los cortes. Se hicieron un gesto de

asentimiento el uno al otro, luego se levantaron y volvieron junto al Adremaza. Un breve coloquio, y el Adremaza declaró en un tono de voz firme.

—El revethvoran se ha completado.

Maia se dio cuenta de que estaba temblando y de que Telimezh le estaba hablando.

—Entremos, Serenidad —le dijo con voz ansiosa.

Le resultó difícil obedecer; se sentía como si se hubiera congelado hasta quedar pegado al suelo. Sin embargo, se obligó a sí mismo a moverse, a regresar a la chocante calidez del Mazan'the, donde el Adremaza apareció de la nada para preguntarle:

—¿Estáis bien, Serenidad?

¿Estaba bien? Maia tenía sus dudas al respecto.

—Estamos bien, gracias.

El Adremaza no parecía muy convencido.

—Debemos agradeceros nuevamente que hayáis sido testigo, Serenidad. Teníamos miedo de que Dazhis no...

Maia no quería obligarlo a terminar esa frase, así que, aunque se había prometido no hacerlo, preguntó.

—Dijo que no tenía a nadie más. ¿Era huérfano?

—No —dijo el Adremaza con un suspiro de cansancio—. Estaba exagerando.

—Oh.

—Somos injustos. Os pedimos perdón. Dazhis era el tercero de ocho hijos de un maestro de escuela en el este de Thu-Athamar. Creemos que no fue feliz cuando era un niño. No visitó a sus padres después de que fuera aceptado como novicio al Athmaz'are, y por lo que sabemos, no mantenía correspondencia con ellos. No les escribió hoy, aunque lo alentaron a hacerlo.

—¿Y no tenía amigos?

No sabía absolutamente nada de Dazhis, nada aparte de su traición y su muerte.

—Ninguno que quisiera ser testigo de un revethvoran —respondió el Adremaza, casi con brusquedad.

—No claro que no. Perdonadnos, fue una pregunta insensata. Buenas noches, Adremaza.

—Buenas noches, Serenidad —contestó el Adremaza inclinándose, y Maia regresó al Alcethmeret en un frío silencio.

No durmió esa noche; no pudo, y no pudo soportar la idea de intentarlo. No habría velatorio para Dazhis, y tampoco aquello era uno. Aquello era rabia contenida, pena y miedo que no tenían salida. Él no podía permanecer indiferente, como anhelaba, y paseó de una habitación a otra por todo el Alcethmeret, subiendo y bajando por sus resonantes escaleras, apenas reprimiendo el impulso de gritarle a sus nohecharei, simplemente por cumplir su función. Estaba seguro de que se sentirían agradecidos cuando llegara la mañana y pudieran escapar.

Beshelar mostraba un aspecto tan perfecto como siempre; Cala estaba pálido y parecía cansado, pero ya no tenía aspecto de sentirse angustiado. No intentaron hablar con él, pero de alguna manera se encontró dirigido hacia el comedor, donde el samovar estaba cantando su pequeña canción e Isheian lo esperaba para servirle una taza de té.

No tenía sentido, pensó con cansancio, negarse a la comodidad. Se sentó, aceptó la taza de té y trató de encontrar algo de la paz fría y silenciosa que había logrado en el Ulimeire. No creía que tuviera un éxito notable, pero cuando terminó de beberse su té, subió a sus aposentos, dejó que sus edocharei lo bañaran y lo vistieran, y cuando descendió de nuevo para que el día oficialmente comenzara, ya no quería gritarle a nadie, así que tal vez eso era un avance.

Pero luego, mientras Csevet acompañaba el desayuno de Maia con un recuento de todas las cosas que tenían que llevarse a cabo, comenzando con una reunión de los Corazhas y terminando con aumentar el presupuesto doméstico del emperador para incluir a Idra y sus hermanas, un paje le llevó una carta de Hesero Nelaran, en la que le imploraba que le concediera una audiencia, y Maia se

dio cuenta de que había una consecuencia de aquel golpe fallido con la que no se había enfrentado en absoluto.

Su primo, Setheris Nelar.

CUESTIONES DE LA SECUELA

Maia recibió a Hesero Nelaran en la Sala Tortuga. Había pasado, calculaba, un mes y medio desde que los presentaron, y, extrañamente, casi se entristeció al descubrir que ya no lo abrumaba como lo hizo en su primer día en la Corte Untheileneise. Todavía era una mujer hermosa y sofisticada, pero llevaba semanas rodeado por mujeres como ella, y para él ya no destacaba más que por su virtud, si era virtud como debía llamarlo, de ser la esposa de Setheris.

—Su Serenidad —murmuró con una reverencia baja y exquisitamente elegante—. Os agradecemos que nos concedáis esta audiencia, que sabemos que no deberíamos habernos atrevido a pedir.

—Osmerrem Nelaran, nosotros no...

—Por favor —dijo ella, y le dedicó una sonrisa valiente pero falsa—. ¿No estuvimos de acuerdo en que éramos primos?

—Prima Hesero —se corrigió—. ¿Qué deseáis?

—Su Serenidad, por favor, os pedimos que concedáis una audiencia a nuestro esposo, vuestro primo.

—¿Por qué debería hacerlo?

—Es vuestro primo —dijo con el ceño fruncido.

—Y la princesa es nuestra cuñada.

—¡Él os formó desde pequeño! —protestó—. Su Serenidad, sabemos que no le favorecéis, aunque no entendemos por qué, pero ¿no podéis ver más allá de cualquier resentimiento que tengáis contra él? Solo es vuestro...

—¿Resentimiento? —Notó que su tono de voz había subido, pero no pudo encontrar la forma de que eso le importara—. Osmerrem Nelaran, prima Hesero, no guardamos ningún tipo de resentimiento. Hemos hecho todo lo posible para no actuar por despecho o malicia. No lo enviamos de vuelta a Edonomee, aunque podríamos haberlo hecho. Le ofrecimos una posición honorable y útil. ¿Qué más podríamos hacer?

—Serenidad...

—No. —Se dio cuenta vagamente de que estaba temblando—. No podríamos. Yo no podría. Él me intimidó. Me ultrajó. Me golpeó, no por disciplina, sino por su propia rabia e impotencia. —Manoteó con su manga izquierda y se la levantó hacia arriba para mostrar las cicatrices, esas gruesas líneas plateadas sobre la piel gris pizarra—. Esto es obra suya, prima Hesero. Y aunque yo... lo entiendo, de verdad, y lo perdono lo mejor que puedo, no le mostraré ningún favor. Tampoco creo que sea lo único que exija de mí.

Se tragó las palabras, avergonzado de haber dicho todo eso, e inclinó la cabeza para abrocharse el puño otra vez. Pero los dedos le temblaban demasiado para manejar los pequeños botones de perla, y estaba a punto de abandonar cuando una voz le habló en voz baja.

—Serenidad, ¿me permites?

Era Cala. Maia no pudo mirarle a los ojos, pero extendió la muñeca. Los largos y blancos dedos de Cala fueron rápidos y hábiles, y había apretado el último botón antes de que Maia registrara su uso de la primera persona del familiar. Miró hacia arriba, donde había temido encontrar lástima o desprecio, pero Cala dijo algo muy distinto.

—Yo no podría ser tan indulgente —y se inclinó profundamente antes de regresar a su lugar al lado de Beshelar.

«Más tarde», se dijo Maia. «Piensa en ello más tarde». Tenía que seguir el hilo de otra conversación. Hesero había retrocedido y lo miraba afligida. Maia se había preguntado si Setheris había levantado alguna vez la mano contra su esposa, y ahora suponía que tenía la respuesta en sus ojos llenos de terror y su rostro grisáceo.

—Sentaos, prima Hesero —le dijo.

Se sentó, y fue el primer movimiento sin elegancia que vio en ella.

—¿Fue cruel con vos? —dijo ella en un susurro casi sin voz.

—Sí —dijo Maia. No tenía sentido ahora tratar de suavizar la verdad. Se sentó, repentinamente inseguro de si sus piernas lo sostendrían si permanecía en pie—. Lo siento. No debería haber...

Negó con la cabeza, aturdida.

—No, no, eso no es... no puedo, Serenidad, no entiendo cómo podemos estar hablando de la misma persona.

—Lo siento —dijo Maia de nuevo, impotente—. Yo tampoco lo entiendo. Pero... era muy infeliz. Ambos lo éramos. Y estábamos muy aislados.

Aunque ella trataba de mirarle a los ojos, su mirada seguía volviendo a su antebrazo izquierdo.

—Fue con un salvachispas de la chimenea —le explicó—. Él... él no tenía intención de hacerlo.

Asintió y luego, por pura fuerza de la voluntad, arrastró su mirada hacia su rostro.

—¿Lo recibiréis?

Maia se volvió a colocar la armadura de la formalidad.

—Suponemos que deberíamos hacerlo.

—Es inocente de traición —dijo ella con apenas un susurro—. No se merece... —Se detuvo, y pudo ver que su compostura era tan frágil como una pompa de jabón—. Sea lo que sea que haya hecho,

es nuestro esposo. Por favor, os lo suplicamos, si lo condenáis, al menos hacedlo vos mismo.

No la entendía, pero tampoco podía imaginar que alguien amara tanto a Setheris. Supuso que muchas cosas habrían sido diferentes si él hubiera podido.

—Le concederemos una audiencia —dijo—. Ahora.

Su mirada hacia Csevet no era una pregunta, y la boca inclinada y las orejas hundidas de Csevet lo aceptaron.

Tras un considerable y cuidadoso razonamiento, Maia hizo que Setheris fuera llevado a la Sala Tortuga. No le proporcionaría el escudo de la grandiosidad pública impersonal que tendría en el Untheileian o incluso en el Michen'theileian, pero decidió que valía la pena sacrificar ese escudo para una mayor sensación de comodidad y seguridad y, por lo tanto, confianza.

Cuando llegó Setheris, acompañado por dos guardias, parecía cansado, desaliñado y... Maia tardó varios segundos en identificar lo que estaba viendo en la postura de Setheris y en la posición de sus orejas, y algunos segundos más para poder creerlo: Setheris Nelar tenía miedo.

No era que Setheris no debiera tener miedo, pensó Maia, era que Maia nunca había visto a Setheris asustado, nunca imaginó a Setheris asustado, y ahora que estaba frente a él, no sabía qué hacer.

Setheris se arrodilló y se quedó allí. Por una vez, Maia no tuvo reparos en dejar a un peticionario arrodillado.

—Hemos hablado con vuestra esposa —dijo Maia.

Setheris se estremeció como si se hubiera quemado, y Maia se dio cuenta de que eso debía haber sido lo único que había querido evitar. Maia se preguntó si debería sentirse de algún modo victorioso, pero no lo hizo.

—Ella nos ha dicho —prosiguió con seriedad—, que nos sois leales.

—Lo soy, Serenidad —dijo Setheris, con la voz tan baja como sus orejas, como si no esperara ser creído—. Lo juro.

—¿Por qué?

Los guardias y los nohecharei de Maia lo miraban como carpas aturdidas. Setheris no... Setheris ni siquiera levantó la vista. Él sabía por qué se lo estaba preguntando Maia.

Maia esperó, nunca antes había visto a Setheris sin palabras. Finalmente, Setheris dijo algo entre una súplica y un gruñido.

—Porque Uleris Chavar es un idiota. Y yo creo en la ley. Creo que vos creéis en la ley. —Resultó impactante que Setheris lo admitiera, era lo más parecido a un cumplido que Maia había tenido de él. Entonces Setheris levantó la vista, y con mirada salvaje dijo—: Soy muchas cosas, Serenidad, pero no soy un traidor.

Y Maia lo entendió todo: Setheris había estado allí antes, acusado de traición, de rodillas ante el emperador. Pero esa confrontación había sido muy diferente. Maia preguntó, porque la pregunta lo quemaba como un carbón vivo:

—¿Por qué fuisteis relegado a Edonomee?

La risa de Setheris fue tan amarga como Maia la recordaba.

—Le dije a vuestro difunto padre que si pensaba que había cometido traición debería llevarme a juicio, no encerrarme en el Esthoramire como un perro que se porta mal. Pensé que me iba a matar. Porque no había cometido traición, y él lo sabía. Pero intenté manipularlo, y él no podía abandonar su enojo. Nunca podría abandonar su ira. Y así fui enviado a Edonomee. Con vos.

Lo que había pasado entre ellos dos hizo que el ambiente se cargase. Maia habló lenta y pensativamente.

—Podríamos enviaros de vuelta allí.

—Serenidad, ¡no he hecho nada malo!

La protesta fue angustiosa, claramente arrancada de él a pesar de su propio buen juicio.

—Lo sé —dijo Maia—. Pero os odio, como bien sabéis, y si estáis en la corte, siempre tendré que preguntaros qué estáis diciendo y a quién.

La cara de Setheris se quedó sin sangre, ni siquiera en los labios. Habló de nuevo, pero con la voz convertida en un susurro.

—Juro que no diré nada, no he dicho nada, ni siquiera a mi esposa. Es el pasado y permanecerá allí. Soy leal, Serenidad, y entiendo el peligro de las palabras, como vos bien sabéis.

Maia recordó todas las cosas que Setheris le había llamado, desde «hobgoblin atontado» a «tarado insensato», y tuvo que admirar el valor de su primo, o la locura absoluta, al invocar esos recuerdos.

—No os voy a enviar a Edonomee, pero tampoco puedo dejar que os quedéis aquí. —Sostuvo con firmeza la mirada de Setheris, por primera vez en su vida sin apartarse de los fríos ojos de su primo. Y fue Setheris quien bajó la mirada, quien murmuró a regañadientes, infelizmente.

—Supongo que me lo he ganado.

—Nosotros también lo suponemos.

Vio la mueca de dolor de Cala por el rabillo del ojo.

—Si... Serenidad, por favor. Somos... soy leal y competente. Dadme un trabajo, una responsabilidad, algo. No dejéis que me pudra como hizo Varenechibel.

—No podemos castigaros precisamente por no conspirar contra nosotros —dijo Maia, y vio algo que el cuerpo de Setheris dejaba escapar algo del miedo que lo embargaba.

De forma deliberada, apartó la mirada de Setheris para mirar a Csevet, y se dio cuenta levemente de lo difícil que le resultaba hacerlo. El rostro de Csevet era inexpresivo, pero tenía las orejas un poco bajas en gesto de desaprobación. Maia lo miró, y Csevet, tras recuperar la compostura sobresaltado, inclinó la cabeza en señal de aquiescencia y se deslizó silenciosamente fuera de la habitación.

—Encontraremos algo para vos —le dijo Maia a Setheris—, y no creemos que necesitéis quedaros en Esthoramire durante más tiempo.

Setheris levantó la cabeza bruscamente cuando Maia le concedió la segunda persona formal, y, para el final de la frase, los ojos le brillaban de una forma que a Maia le pareció desconcertante e incómoda. No era parte de su relación que Setheris le estuviera

agradecido, ni siquiera se había dado cuenta de que deseaba la gratitud de Setheris.

Miró a Hesero Nelaran, de pie contra la pared, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Ya tenéis a vuestro esposo de vuelta, prima Hesero.

—Os lo agradecemos, su Serenidad —y Maia pensó que lo decía en serio.

O, al menos, intentaba hacerlo. Su reverencia siguió siendo exquisita, y se marchó, junto a su marido, con la cabeza erguida, como si no soportara ninguna carga sobre los hombros.

En el silencio, Maia se armó de valor lo mejor que pudo y se volvió para mirar a sus nohecharei. Beshelar tenía la cara de color escarlata. Maia miró apresuradamente a Cala

—¿Cuántos años teníais cuando ...? —le preguntó el maza señalando con un gesto de la cabeza hacia el brazo de Maia.

—¿Esto? Oh, catorce más o menos —Todavía no estaba seguro en su propia mente si eso empeoraba o no las cosas, y añadió—: Estaba borracho.

—Debería ser azotado por las calles —dijo Beshelar, triturando con fuerza las palabras entre los dientes—. Debería ser azotado hasta llegar al río y luego arrojado a sus aguas. —Miró a Maia con furia—. ¿Lo sabía el emperador?

—No tenemos ni idea —dijo Maia sin comprender nada, ya que no era la reacción que esperaba de Beshelar—. Si lo sabía, no le importó.

—¡Monstruoso! —gritó Beshelar, casi al máximo de sus pulmones.

Csevet, que en ese momento entraba en la estancia, se sobresaltó y casi dejó caer el montón de papeles que llevaba. Hubo un momento de máxima incomodidad, y luego Maia simplemente no pudo evitar echarse a reír. Se sentó, sin dejar de reír, y le hizo un gesto con la mano a Csevet para que se sentase en la otra silla. Csevet se sentó, con aspecto desconcertado y un poco alarmado.

—Serenidad, os esperaremos fuera —dijo Beshelar con rigidez, y se marchó.

Csevet miró a Beshelar mientras se retiraba y luego se volvió hacia Cala y Maia, que había logrado calmarse.

—Serenidad, ¿deberíamos...?

—No, está bien —lo tranquilizó Maia—. Beshelar estaba hablando de otra cosa. ¿Y tenéis algún asunto que plantearnos?

—Serenidad —dijo Csevet asintiendo—. La primera tarea del día antes de los Corazhas debería ser la elección de un nuevo lord Canciller, y pensamos, a menos que tengáis un candidato propio que presentar...

—Os elegiríamos de inmediato—dijo Maia—, si no fuera porque estaríamos perdidos sin vos.

Csevet se sonrojó de un rosa delicado y complacido.

—Somos demasiado jóvenes, Serenidad.

«Como yo», pensó Maia, pero se mordió las palabras por ser inútiles. En cambio, pensó cuidadosamente en los hombres con los que se había encontrado en el gobierno de las Ethuveraz, los que apoyaban las políticas de Chavar (y que en ese momento podrían estar cambiando de opinión a toda prisa), los que no lo hacían, y aquellos que se mantenían en equilibrio cuidadosamente y sin comprometerse a nada, y pensó que, de todos ellos, solo uno había visto que el emperador estaba perdido y había elegido hacer algo al respecto. Y había continuado ofreciendo su ayuda sin pedir nada a cambio. Y ese hombre, pensó, era el hombre que quería a cargo de su gobierno.

—Nuestra elección sería lord Berenar —declaró.

—Serenidad —dijo Csevet, tomando nota—. ¿Deseáis anunciarlo a los Corazhas? Es poco probable que os encontréis con algún tipo de oposición, y, sin duda, aceleraría las cosas.

—¿Parecerá que no somos imparciales si lo hacemos? No siempre lo tenemos claro.

—No, Serenidad. Tenéis todo el derecho de proponer un candidato a los Corazhas, del mismo modo que tenéis el poder de

rechazar a cualquier candidato que propongan. Lord Berenar es respetado por todos, y, de hecho, creemos que es una excelente elección. Puede que lo rechacen, como es su derecho, pero ellos, también, están ansiosos por ver este asunto resuelto, y no creemos que estén, por así decirlo, indecisos.

—Gracias. Entonces, sí, recomendaremos a lord Berenar a los Corazhas.

Y una hora más tarde, se levantó y lo hizo, aunque se sentía incómodo, con dificultad para expresarse, y demasiado joven, en particular cuando el archiprelado tomó el lugar del Testigo para la Prelatura hasta que el Consejo de los Prelados pudiera reunirse para elegir uno de nuevo, y el archiprelado incomodaba a Maia, no le hacía sentir culpable exactamente, sino demasiado consciente de su fracaso para meditar, para adorar como su madre le había enseñado. Pero los testigos le escucharon con respeto, y cuando se sentó de nuevo, lord Berenar habló.

—Gracias, Serenidad —musitó antes de levantarse para anunciar que estaba dispuesto a hacerlo, si los Corazhas estaban de acuerdo.

Los Corazhas estuvieron de acuerdo. Maia quedó sorprendido por la falta de enfrentamientos. Los asuntos planteados eran legítimos y se abordaron de manera responsable, y en poco más de una hora, las Ethuveraz tenía un nuevo lord Canciller. La investidura formal tendría que ser programada y planificada, pero lord Berenar se arrodilló y realizó su juramento personal allí mismo en el Verven'theileian, y dijo que no deseaba esperar porque las cosas ya estaban bastante complicadas y solo podían ir a peor con el retraso.

—Proceded con nuestra bendición —dijo Maia.

Los Corazhas tenían dos miembros menos, un estado de situación que, aunque inconveniente y deplorable, les proporcionó una razón irreprochable para finalizar la reunión. Maia lo hizo con agradecimiento y se volvió hacia Csevet para que le dijera el siguiente punto de su interminable agenda, y descubrió que lo había acorralado el secretario personal de lord Berenar.

Maia sabía perfectamente que podía interrumpir, pero, si no lo hacía, podía tener al menos unos cinco minutos de paz antes de que Csevet consiguiera liberarse. Se inclinó un poco hacia atrás en su silla, trató con dificultad de no lanzar un suspiro, y se dio cuenta de que el archiprelado Tethimar lo estaba mirando con atención.

Maia se enderezó de nuevo, se sintió culpable a pesar de saber que era ridículo.

—¿Deseáis decirnos algo, archiprelado?

El archiprelado lo miró con la cabeza inclinada un poco hacia un lado, como un pájaro.

—¿Estáis bien, Serenidad?

Maia respondió desconcertado.

—¿Por qué no habríamos de estarlo?

—Perdonadnos —dijo el archiprelado—. No queremos entrometernos. Pero sabemos que la tensión bajo la que os encontráis debe ser considerable.

Maia suponía que así era, pero no había nada que hacer al respecto.

—Os agradecemos vuestra preocupación.

El archiprelado le sonrió, de forma tan repentina y deslumbrante como el sol en la nieve.

—Una respuesta elegantemente evasiva, Serenidad. Habéis aprendido con rapidez las artes de la política.

Maia vio que el secretario de lord Berenar se inclinaba ante Csevet y salía apresuradamente de la estancia.

—Perdonadnos —dijo, esperando que no se le notara el alivio—. Tememos que ya lleguemos tarde a nuestra siguiente obligación.

—Por supuesto, Serenidad —respondió el archiprelado, aunque Maia tuvo la sensación de que esos ojos brillantes podían ver a través de su débil excusa, y él también se inclinó y se marchó.

Maia se volvió hacia Csevet.

—¿Y ahora qué?

—Hora del almuerzo —dijo Csevet con firmeza—. Y la tarde estará dedicada al Testigo del Emperador, que está preparando el

juicio de lord Chavar y la princesa Sheveän.

—Por supuesto —contestó Maia, y trató de no sentir la enorme frialdad hueca que se abría en su interior. Pero no tenía apetito para el almuerzo.

Una vez más, Maia eligió la Sala Tortuga para aquella audiencia, que esperaba incómoda. Csevet le había asegurado que era su elección, y, aunque sentía que estaba delatando su debilidad al no escoger el Michen'theileian, la Sala Tortuga era el único lugar en toda la Corte Untheileneise que le parecía al menos un poco hogareño.

El Testigo del Emperador era un hombre pequeño y pulcro, muy preciso en todos sus movimientos. Se llamaba Tanet Csovar. No tenía nada de especial en la cara ni en la voz, sus ropas eran sobrias y nada ostentosas, y su cabello era obviamente una peluca, porque, aunque lo llevaba de una forma sencilla, con solo un par de palos de tashin, era lustroso y elegante, a diferencia de sus escasas cejas. Era un testigo judicial con más de veinte años de experiencia, y no cabía duda de que conocía muy bien su trabajo. Hizo sus preguntas con respeto, pero sin piedad, y si la respuesta no era la adecuada, hacía otra pregunta. No mostró ni impaciencia ni decepción, era, simplemente, que no se le podía disuadir. Lo más desconcertante, sin embargo, fue que no tomó notas. Solo escuchó mirando a Maia fijamente a los ojos, y sus preguntas en seguida revelaron que no olvidaba nada de lo que escuchaba.

Primero hizo que Maia le contara los acontecimientos del intento de golpe, le pidió que fuera lo más preciso que pudiera, en concreto, al contar lo que cada persona había dicho. Eso no fue tan malo, pero luego el testigo comenzó a preguntar sobre los encuentros previos con lord Chavar, con la princesa Sheveän, sobre cuáles creía Maia que podrían haber sido sus razones, y luego, aún peor, preguntó cómo se había sentido Maia.

—No vemos que nuestras emociones tengan relevancia —dijo Maia, tratando de parecer molesto en lugar de atrapado.

—No podemos ser testigos si no conocemos la verdad — contestó Csovar—, y las emociones son parte de la verdad de cualquier persona.

—Pero probablemente no es necesario.

—Serenidad, no pensaremos menos de vos por vuestros sentimientos, si es eso lo que os preocupa.

—No, estamos seguros de que no lo haréis. —Se dio por vencido. No le tenía miedo a la mala opinión de Mer Csovar, pero se suponía que tampoco debía importarle las opiniones de sus nohecharei—. Teníamos miedo, ya que sabemos suficiente historia como para predecir el destino de un emperador una vez destronado —dijo por fin, decidido a pronunciar las palabras y terminar de una vez.

Mer Csovar frunció el ceño.

—Entendimos por lo que nos dijisteis que no había ninguna intención de haceros daño.

—No, en aquel momento no. Pero nuestra persona, con vida, sería siempre un inconveniente y un peligro potencial, ¿no es así? Y pudimos ver que la princesa Sheveän no dudaría en hacerlo. Quizás incluso se sentiría satisfecha. Parece ser que nos odia mucho.

Estaba agradecido de que Mer Csovar no intentara convencerlo de que estaba equivocado, y el testigo se limitó a asentir.

—Temisteis, muy naturalmente, por vuestra vida.

—Sí. Y también temimos por nuestro sobrino Idra y por las Ethuveraz. No es un secreto ya que discrepábamos con lord Chavar, sobre todo, en las necesidades de nuestro imperio, y no nos pareció que la princesa Sheveän estuviera interesada en absoluto en las necesidades del imperio.

—¿Os parece que solo se preocupó por su hijo? ¿O solo por su propio acceso al poder?

Era una buena pregunta, mejor que muchas de las inútiles preguntas que Maia se había estado haciendo a sí mismo. Se detuvo a pensar, y Mer Csovar no trató de presionarlo. Al fin, contestó.

—No lo sabemos. No sabemos qué planes tenían lord Chavar y ella para el gobierno. Creemos que actuaba como creía que era mejor para los intereses de su hijo, y para honrar la memoria de su esposo, ya que siempre hemos sentido que ese era el motivo por el que tanto nos odia, porque nosotros estamos vivos y su esposo no. No creemos que sus motivos fuesen... políticos.

—Es una sutil distinción, Serenidad —comentó Mer Csovar.

—Lo sabemos. No entendemos a la princesa Sheveän, la verdad, es solo una suposición. Pero... —dijo despacio, como si estuviese empezando a comprenderlo—, o bien estaba actuando por un deseo de poder que no dejaba lugar para considerar el bienestar de su hijo, o sus hijas, o actuaba a partir de una superioridad moral ciega que la haría más fácilmente manipulable, o incluso eliminada, por aquellos que se hacían llamar sus aliados. No vimos ninguna posibilidad de un resultado beneficioso.

—¿Y por eso pedisteis ver al príncipe Idra? ¿Esperabais que él os apoyase?

Maia miró a Mer Csovar.

—La pregunta no se nos ocurrió. No podíamos...

—No hay prisa, Serenidad — murmuró Mer Csovar.

Maia apretó las manos delante del pecho, palma contra palma y yema del dedo contra yema del dedo. Era una técnica de meditación barizheise, y puede que a alguno de ellos le importara, porque estaba traicionando todo tipo de cosas, pero a él lo tranquilizaba lo suficiente para poder decir:

—Solo pensamos que, si no éramos aptos para ser emperador, no lo debían decidir ni nuestro lord canciller ni nuestra cuñada. Era Idra quien viviría, o moriría, con las consecuencias, y sentimos que teníamos que hablar con él. Esperábamos... —¿Qué esperaba? Ni siquiera estaba seguro en ese momento, aquel frío sótano parecía tan lejano e improbable como algo soñado. Dejó caer las manos y los hombros se hundieron con ellas—. Esperábamos morir.

Creó oír había un ruido detrás de él, pero no se volvió a mirar.

—Deseábamos estar seguros de que, pasase lo que pasase, Idra lo supiera. No esperábamos que desafiara a su madre.

—¿Hubierais firmado los documentos de abdicación?

—Sí —Maia dijo con tristeza—. Si hubiéramos llegado a ese punto, lo habríamos hecho. No podríamos someter a nuestro pueblo a una guerra civil, no cuando no estamos seguros de... —Se detuvo, pero ya era demasiado tarde.

—¿No estáis seguros, Serenidad?

—Creemos que nuestro gobierno es mejor para las Ethuveraz que un gobierno de regencia liderado por lord Chavar, pero, ¿y si estamos equivocados? ¿Qué pasa si llevamos a nuestra gente al caos y al desastre? ¿Qué derecho tenemos para imponer nuestro gobierno a aquellos que no lo desean?

—Sois el único hijo superviviente de Varenechibel Cuarto —dijo Csovar—. Aunque solo sea por eso, Serenidad, es la ley.

—No pensábamos que pudiéramos estar seguros del apoyo de nadie —dijo Maia. Aquello sin duda había sido un ruido: Beshelar reprimiendo un comentario exaltado. Maia mantuvo su atención en Csovar—. El golpe fue dirigido por el funcionario más importante de nuestro gobierno y un miembro de nuestra familia, y fueron ayudados por uno de nuestros nohecharei.

—Sí, lo entendemos —Csovar lo miró fijamente durante un momento incómodo—. Serenidad, ¿estabais enfadado?

—Estábamos furiosos —dijo Maia, y se avergonzó de lo rápido que le llegaron las palabras a la lengua—. Y hartos de tanta traición, aunque eso tal vez fuera una tontería nuestra.

Csovar enarcó las cejas.

—Si lord Chavar no deseaba serviros, lo apropiado hubiese sido renunciar. —Tosió, parecía un poco avergonzado—. Muchos miembros de vuestro gobierno también se sienten traicionados, Serenidad.

—¿Sí? Gracias. —Era débil y tonto, pero le ayudó mucho saber eso—. Estábamos... estamos... muy enfadados. Estamos tratando de perdonar, pero es muy difícil.

—¿Qué desearíais hacer con aquellos que os han ofendido en este asunto?

—No lo sabemos —contestó Maia con cansancio—. A pesar de todo, al final la decisión será nuestra.

—Sí, Serenidad, pero no os hemos preguntado qué haréis con ellos.

—Hacéis preguntas muy peligrosas, Mer Csovar.

—Serenidad, es nuestro trabajo testificar para vos precisamente porque hay cosas que vos, como el emperador Edrehasivar Séptimo, no podéis decir —replicó Csovar con una energía tan cercana a la impaciencia como se podía esperar de él—. Es la labor de los testigos, hablar por aquellos que no pueden hablar por sí mismos.

—Sois un testigo *vel ama* —dijo Mia. La idea era amargamente divertida.

—Sí, Serenidad.

—¿Y si decimos que los queremos muertos? ¿Tan lenta y dolorosamente como sea posible?

Csovar no apartó la vista.

—¿Es la verdad?

—No —dijo Maia.

«Débil. Tonto». Cruzó las manos sobre el regazo para evitar el impulso de frotarse los ojos.

—Ni siquiera deseamos la muerte de Dazhis Athmaza, y fue él quien más nos traicionó... o casi.

—¿Le perdonaríais de todo castigo?

—No —dijo Maia, y luchó contra eso. Csovar esperó—. En lo más hondo y secreto de nuestro corazón, que nos pedís que os desnudemos, deseamos desterrarlos como fuimos desterrados, a una casa fría y solitaria, a cargo de un hombre que nos odiaba. Y deseamos que estén atrapados allí como nosotros lo estuvimos.

—¿Lo consideraríais injusto, Serenidad?

—Lo consideramos cruel —replicó Maia—. Y no creemos que la crueldad sea justa jamás. ¿Hemos acabado, Mer Csovar?

Csovar le dirigió una mirada larga, seca y pensativa.

—A menos que haya algo que Su Serenidad desee agregar.

—No, os lo agradecemos —dijo Maia, y Csovar se inclinó y se marchó sin prisa, meticoloso, preciso e imparcial, testigo de la debilidad de Maia, pero sin juzgarlo, con esa carga de oscuridad debajo de su brillante peluca sin sentirse agobiado por ella. Maia deseó poder hacer lo mismo.

LOS RELOJEROS Y LOS CORAZHAS

Lo único que Maia se había propuesto conseguir antes de que comenzara la celebración de la Invernoche fue la presentación del Gremio de los Relojeros de Zhaö ante los Corazhas. La mayoría de las cosas que tenía en mente eran cosas que no podía controlar (y no había habido noticias de Thara Celehar desde su precipitada partida hacia el norte), pero esto al menos podía ocurrir y los Corazhas tendrían dos semanas o más para pensarlo antes de que se produjera el debate y la votación. Su control era mayormente una ilusión, sobre todo porque él no hacía nada salvo decirle a Csevet lo que deseaba que se hiciera, pero eso era mejor que tener una rabieta, entrar en crisis o cualquiera de las otras reacciones más escandalosas por ser emperador que se le ocurrieron.

De hecho, los Corazhas no le concedieron una audiencia al Gremio de los Relojeros hasta el día antes de la llegada prevista del Avar de Barizhan, e incluso eso, según le dieron a entender a Maia, fue el resultado de una gran presión e insistencia. El Consejo de Prelados aún no había escogido a un nuevo Testigo de la Prelatura.

El nuevo Testigo del Tesoro era un hombre muy joven, según los estándares corazheise, y parecía que podrían pasar tres o cuatro años hasta que reuniera la confianza suficiente como para abrir la boca. Maia casi compadecía a lord Berenar, que aún tenía que emerger de su primera zambullida en las profundidades del puesto del lord Canciller, pero se recordó a sí mismo lo mucho que le interesaba tener a Berenar allí en vez de aquí y no se quejó.

El Gremio de los Relojeros volvía a estar representado por Mer Halezh y Merrem Halezho, esta vez respaldados por (o respaldando, Maia no sabría decirlo por su conducta) otro hombre, mayor que Mer Halezh y que mostraba la postura encorvada de un relojero; incluso cuando se irguió tras inclinarse ante el emperador, siguió con los hombros encogidos. Fue presentado como Dachensol Evet Polchina. Maia no sabía exactamente qué título ostentaba en el gremio, pero varios de los Corazhas parecían impresionados, como si la presencia de Dachensol Polchina les asegurara que no estaban perdiendo tiempo por un capricho del emperador, como había expresado lord Pashavar con tanta elocuencia.

Y cuando el emperador invitó formalmente a los Relojeros de Zhaö a hablar con los Corazhas, fue Dachensol Polchina quien dio un paso adelante. Le hizo una profunda reverencia a Maia y luego se inclinó ligeramente ante cada uno de los Corazhas. A continuación hizo una señal a Mer Halezh y Merrem Halezho, que trajeron un objeto oculto bajo una sábana y lo colocaron sobre la mesa frente al asiento de Maia.

—¿Qué es? —dijo Csevet, lanzándole una mirada fría a uno de los secretarios, que por lo visto debería haber sabido que no estaba permitido llevar un objeto así sin la aprobación de Csevet. Telimezh se adelantó, como si se estuviera preparando para lanzarse sobre él.

Se formó una sonrisa en el rostro de Dachensol Polchina.

—Es el puente.

Hizo otra señal y Mer Halezh y Merrem Halezho levantaron con cuidado la sábana de lino.

Maia se quedó sin aliento.

Bajo la sábana había una maqueta de una sección de un río, la del Istandaärtha. Había casas diminutas a un lado y pasto al otro, con pequeñas vacas blanquinegras pastando en terciopelo verde. Los caminos a cada lado estaban pavimentados con pequeños guijarros de cuarzo, lisos y brillantes, como los adoquines después de la lluvia. Las orillas del río eran rocosas, con retorcidos árboles verashme de flores doradas y rojas. El río estaba marrón y turbio, recreado, según creía, con seda y escamas de pez. En un punto del río, el tronco de un árbol emergía con furia del agua; estaba impresionado por la sensación de movimiento y ferocidad, por la destreza con la que el creador de la maqueta había transmitido el poder del Istandaärtha.

Y en el centro de esa maravilla, el foco de atención era el puente. A los ojos de Maia, adaptados de inmediato a la delicadeza del mundo que mostraba la maqueta, era algo inmenso, un monstruo de latón y hierro: cuatro grandes torres cuadradas, dos en cada orilla, extendiendo los brazos unas hacia otras hasta encontrarse y unir las garras en el centro. Vio, con un sobresalto, que no fue de sorpresa, que los pilares del puente habían sido esculpidos con la forma de las garras que él había imaginado. Se inclinó más y vio los feos y benévolo rostros de cuatro tangrishi en la cima de cada torre.

—¿Qué mejores protectores para un puente movido por vapor?
—murmuró Dachensol Polchina, lo suficientemente como para que lo oyera Maia, aunque en parte se debía a que el murmullo de los Corazhas iba en aumento, desde los iniciales gritos ahogados de sorpresa y admiración por un lado y furiosa incredulidad por otro.

—Es ridículo —escupió lord Pashavar.

—Se romperá bajo su propio peso —protestó lord Deshehar.

—Ningún barco podrá pasar por esa monstruosidad —dijo lord Isthonar, el Testigo de las Universidades, y al parecer esa era la oportunidad que esperaba Dachensol Polchina.

—¡Ajá! —dijo y le dirigió un asentimiento a Merrem Halezho. Ella tocó algo bajo el pasto de la maqueta y debió de tener una pizca del don de un maza, porque soltó una chispa y un olor a quemado.

—Tardará unos minutos en generar el vapor necesario —dijo Dachensol Polchina—, aunque para el verdadero puente, por supuesto, se emplearan fogoneros para asegurar que el tráfico del río no tenga que esperar. Mientras tanto, estaremos encantado de responder a vuestras preguntas.

Maia apenas escuchó la posterior discusión, a pesar de su intensidad. Estaba demasiado fascinado por la maqueta. Cuando miró más de cerca, pudo ver que había personas diminutas entre las casas: una mujer tendiendo la ropa, un hombre quitando la maleza de su huerto, dos niños jugando al escondite. Incluso había un diminuto gato atigrado tomando el sol en una ventana. En el camino hacia el puente, un carro tirado por dos caballos moteados se había detenido mientras el conductor buscaba algo bajo el asiento. Cuando miró al otro lado del río, Maia divisó de pronto al pastor entre las vacas y apenas pudo contener un grito de emoción. El pastor, un goblin de piel oscura, estaba sentado con las piernas cruzadas bajo el único árbol en el pasto y tocando la flauta, tan bien reproducida que se veían todos los agujeros con claridad.

Maia se irguió y, interrumpiendo una conversación cada vez más agria entre los Corazhas y los relojeros, dijo con decisión:

—Deseamos ver cómo funciona el puente.

Lord Pashavar lo miró.

—¿Su Serenidad está decidido a continuar con esta insensatez?

—Nosotros no lo encontramos insensato —declaró Maia, y se quedó sorprendido por la calma de su propia voz—. Y no creemos que Dachensol Polchina tampoco lo considere insensato.

—No es una insensatez —coincidió Dachensol—. Es novedoso, que no es lo mismo.

—Esto no se parece a un reloj —dijo Isthonar con burla—. ¿Estáis seguro de que comprendéis lo que estáis haciendo?

—Si encontráis que nuestra comprensión es errónea, será un placer que vos nos lo expliquéis —dijo Dachensol Polchina con amabilidad, señalando la maqueta.

El silencio afectado de Isthonar quedó enterrado bajo la respuesta del Archiprelado.

—¿Cómo podéis saber que cuando construyáis el verdadero puente soportará su propio peso?

—No es tan pesado como parece —dijo Mer Halezho—. Lo veréis dentro de un minuto.

Al principio, Maia no pudo identificar el ruido que procedía de debajo de la maqueta, ya que no tenía cabida en el Verven'theileian, no tenía cabida en la vida de un emperador. Era el silbido de una tetera hirviendo.

—Estamos listos, Serenidad —dijo Merrem Halezho, con el triunfo rondando las comisuras de su boca.

—Entonces, por favor —dijo Maia y esperó no hubiera sonado tan pretencioso como le había parecido—, mostradnos vuestro puente.

Merrem Halezho hizo algo debajo de la maqueta y el silbido se detuvo. Esperaron (incluso Pashavar parecía contener el aliento) y luego, con un lento y brusco movimiento, dos de las garras del puente se liberaron y se replegaron. El resto las siguieron, de dos en dos, y luego los pilares del puente se alzaron como alas y retrocedieron, una pareja cada vez, comenzando por el centro. El pecho de Maia se llenó de asombro, como una gran bola brillante que apenas le permitía respirar.

—El proceso puede ser detenido en cualquier momento —dijo Dachensol Polchina, como si no supiera que el emperador, los Corazhas, los secretarios y todos los demás estaban mudos de asombro—. Pero en caso de tormentas o inundaciones, el puente puede replegarse en las orillas, como podéis ver. Y, de este modo, permite cualquier tipo de tránsito por el río.

No ocurrió con rapidez ni de forma silenciosa, pero tal como dijo Dachensol Polchina, el puente se replegó casi por completo en sus torres.

—Es un tangrisha —dijo Maia y luego se sonrojó.

—El tangrisha fue una de nuestras inspiraciones —dijo Mer Halezh de forma amable—, aunque también observamos muchas arañas.

—Pero si es lo bastante ligero para hacer eso —dijo lord Deshehar—, ¿cuánto peso puede soportar?

La pregunta fue como una piedrecita que inició un desprendimiento. Las preguntas manaron de los Corazhas, y un alboroto envolvió a Dachensol Polchina y Mer Halezh, aunque ambos manutuvieron la compostura y la cortesía, que era más de lo que Maia creía que podría haber hecho.

Se inclinó hacia Merrem Halezho.

—¿Podéis volver a desplegarlo? —dijo Maia.

—Por supuesto, Serenidad —dijo y tocó algo bajo el pasto.

Maia observó mientras los dos extremos del puente se extendían lenta y ansiosamente el uno en busca del otro, siendo consciente de que estaba tan sorprendido y fascinado como un niño escuchando un cuento de hadas, pero en ese momento no le importó. El puente era tan maravilloso que valía más que cualquier dignidad imperial. En especial, observó de cerca cómo volvían a unirse las garras, viendo los espolones articulados curvarse unos sobre otros en un agarre irrompible. Los caballos moteados podrían hacer pasar el carro a través del puente sin peligro, el pastor y su flauta podrían conducir a las vacas blanquinegras hacia el establo que se encontraba más allá de las casas.

Por fin alzó la mirada. Los Corazhas aún rodeaban a Dachensol Polchina y Mer Halezh, aunque lord Pashavar se había retirado, no más de unos pasos, pero sin duda alejándose del tumulto.

Maia rodeó la mesa para acercarse a él.

—¿Aún lo desaprobáis, lord Pashavar?

—Es un juguete —dijo Pashavar, airado y displicente, y tal vez, tras todo eso, un poco asustado—. Malgastará dinero, tiempo y, sin duda, vidas. ¿Lo habéis considerado, Serenidad? ¿Los hombres que morirán construyendo este castillo de nubes? Y al final, el Istandaärtha seguirá sin puente, porque es infranqueable y no sería más que un cuento de hadas imaginar otra cosa.

Maia se encogió un poco ante el retorcido eco de sus propios pensamientos y ante lo que equivalía a una acusación de asesinato, pero habló con firmeza:

—Nuestros abuelos debieron decir lo mismo una vez sobre las aeronaves. Pero ahora son habituales y tanto nuestro gobierno como nuestra economía no podrían funcionar sin ellas.

—Una mala elección de analogía, Edrehasivar —dijo Pashavar con una mirada penetrante.

Pero Maia estaba preparado para ese comentario.

—No, porque la catástrofe que causó la muerte de nuestro padre no fue un accidente. La culpa no la tiene el *Sabiduría de Choharo*, sino la persona que lo hizo explotar. —Al ver que Pashavar estaba a punto de discutir, añadió—: Esa persona podría haber saboteado el eje de un carruaje con la misma facilidad. O la cincha de una silla de montar.

—Nada de eso significa que ese estúpido puente pueda ser construido —dijo Pashavar, agitando las orejas casi con irritación.

—Confiamos en el juicio del Gremio de los Relojeros. Al final, esa es la cuestión en la que debe basarse cualquier decisión, ya que nosotros no tenemos el conocimiento para juzgar el diseño, ni vos tampoco.

Se resistió al impulso de usar el informal «tú», aunque se muriera de ganas de señalar cuánto le exasperaba la terquedad de Pashavar. Pero por muy obstinado que fuera, eso no hacía que Pashavar mereciera ser insultado.

—Pero ¿deberíamos confiar en el juicio de los Relojeros? —preguntó Pashavar, usando el plural y haciendo un gesto que abarca a todos—. Si realmente han ocurrido los avances necesarios para

construir este puente, más allá de un ingenioso juguete, ¿no deberían ser las universidades las que hicieran la demostración?

La mirada de Maia cruzó la sala hasta lord Isthavar, que también se había apartado de la agitada (y un poco más que tormentosa) discusión alrededor de los relojeros. Tenía una expresión severa, tan hermética como la caja fuerte de un avaro.

—Creemos que es una excelente pregunta, lord Pashavar — dijo Maia—, pero no se lo habíamos pedido a los relojeros.

Pashavar captó el mensaje y, por la forma en que frunció el ceño, le dio mucho en qué pensar. Tal vez eso consiguiera dividir la fuerza de su resistencia.

Maia se volvió hacia la maqueta y le pidió a Merrem Halezho que pusiera en marcha el puente una vez más.

CUARTA PARTE

INVERNOCHE

27

LA LLEGADA DEL GRAN AVAR

El Gran Avar de Barizhan llegó a la Corte Untheileneise al mediodía de un día gélido, que fue tan soleado como breve. Prevenido por un mensajero de Uvesho, donde el Avar y su cortejo habían pasado la noche, el emperador estaba esperando en la gran entrada formal del palacio, la cual no había visto nunca. Puesto que cada puerta precisaba cuatro hombres para ser abierta, no solía usarse con frecuencia.

El Gran Avar de los Avarsin no viajaba en aeronave; el embajador Gormened explicó que no le parecía que fuera acorde con la dignidad de un gran soberano ir saltando arriba y abajo por el aire como el globo de un niño. Realizó el viaje (la primera vez que dejaba sus dominios en cincuenta años o más) en carruaje.

Los primeros escoltas llegaron a la plaza de la Emperatriz Parmeno cerca de una hora y media antes que el Avar. Aunque no podían ser formalmente recibidos ni admitidos en el palacio antes que su soberano, Maia había hecho que los sirvientes les llevaran té

caliente, así como a las sucesivas oleadas que fueron llegando. Sirvientes, equipaje, un *eshpek* completo de dieciséis hombres de la Guardia Hezhethoreise y luego, por fin, un individuo a caballo que cabalgó directamente hacia los centinelas de las puertas de la Corte Untheileneise y anunció la llegada del Gran Avar.

Para entonces, una considerable multitud de ciudadanos se había reunido a pesar del frío, y aplaudieron cuando las grandes puertas se abrieron. Volvieron a aplaudir cuando Maia salió. Se quedó sorprendido y momentáneamente alarmado, pero Kiru dijo, lo suficientemente alto para que la oyera:

—Quedarían complacidos si los saludarais.

Y se dio cuenta de que, en efecto, era probable que muchos de ellos se estuvieran congelando allí fuera por la oportunidad de ver a su emperador en persona. Alzó una mano en un saludo incómodo y los vítores, increíblemente, se intensificaron. Maia se quedó inmóvil por la sorpresa, y lo que le salvó fue el tremendo repiqueteo de cascos y la llegada del carruaje del Avar. Era una monstruosidad pesada, pintada de rojo y dorado como un samovar, con unos enormes ojos tallados bajo el asiento del cochero y una boca como la de una rana toro entre ellos. Más tallas a lo largo de los laterales formaban los hombros y las ancas, y una cresta picuda descendía desde la cima hasta la parte trasera, extrañamente curvada. El carruaje estaba tirado por diez caballos negros con unos arreos esmaltados en rojo y dorado, que conjuntaban a la perfección con el cochero y los lacayos, unos goblins purasangre con uniformes rojos y dorados.

Los lacayos bajaron de un salto casi antes de que el carruaje se hubiera detenido. Se inclinaron ante Maia y su séquito y luego se mantuvieron ocupados colocando topes delante de las ruedas y desplegando los escalones incorporados en el panel inferior de la puerta. Los Hezhethora avanzaron para formar un pasillo, ocho individuos a cada lado, y su capitán se quedó en mitad de las escaleras del palacio y se quitó su fabuloso casco de rostro furioso, colocándoselo bajo el brazo como una cabeza adicional. Los

lacayos comprobaron que estaba en su lugar, se miraron los unos a los otros, y uno de ellos abrió la puerta del carruaje mientras el otro se preparaba para ayudar al Avar. Todo ello sin pronunciar una sola palabra.

Uno de los diez caballos negros dio un pisotón nervioso.

Maru Sevrasedhed, el Avar de los Avarsin de Barizhan, salió del carruaje.

Requirió toda la fuerza de voluntad de Maia evitar que su boca se abriera de forma evidente. El Gran Avar tenía un título muy acertado; lo primero que pensó Maia fue que era asombroso que ese enorme carruaje hubiera sido lo bastante grande como para albergarle. Medía seis pies y medio, si no más, y estaba tremendamente gordo. Su piel era de un color negro azabache, y sus ojos saltones de un naranja intenso. Tenía el cabello con algunos mechones blancos por la edad, pero muy espeso, y lo llevaba recogido en un moño de soldado, trenzado espléndidamente con cintas, que resaltaban más que contenían la masa de cabello que le llegaba hasta las caderas. Su bigote era igual de exuberante, y colgaba formando gruesas trenzas que colgaban más abajo de su mandíbula. En contraste con sus sirvientes y soldados perfectamente uniformados, él vestía una sencilla e inmensa túnica azul y, aunque llevaba unos ópalos de fuego en las orejas, no portaba más joyas.

Maia observó con una mezcla de asombro y consternación cómo el Avar bajaba los escalones, y pensó que si perdía el equilibrio, no habría forma de que el lacayo, con menos de la mitad de altura que su señor, pudiera salvarlo. Pero, aunque el Avar caminaba despacio, lo hacía con gran estabilidad. Una vez en tierra, pareció volverse increíblemente grande, ya que sobrepasaba incluso a los soldados de la Guardia Hezhethoreise.

La multitud se había quedado en completo silencio, como si el Avar fuera un ogro comehombres, igual que los que contaban que vivían en las montañas sobre Ezho. Pero, tras un amplio vistazo alrededor de la plaza, saludó con amabilidad y se puso en marcha

con unas fuertes y enormes zancadas a lo largo del pasillo creado por sus soldados. Tras él, el carruaje empezó a descargar más sirvientes uniformados: sus edocharei y secretarios, y todo aquel que el Gran Avar consideraba necesario para su comodidad durante el viaje.

Maia estaba agradecido de que fuera tarea de Gormened adelantarse y recibir la doble palmada en los hombros, que era el saludo afectuoso entre los goblins. Hubo un rápido intercambio en voz baja en barizhin y luego Gormened dio un paso atrás y dijo en voz alta en ethuverazhin:

—El Gran Avar de Barizhan saluda al emperador de las Ethuveraz y le agradece su hospitalidad en esta Invernoche.

La muchedumbre reconoció la invitación al aplauso y vitoreó con entusiasmo. El Gran Avar subió los últimos escalones y Maia, inclinando la cabeza hacia atrás, se encontró cara a cara con su abuelo. Maia sabía que debía dar alguna especie de discurso, pero al mirar a los redondos ojos naranjas de su abuelo, no fue capaz de creer que el Avar pudiera quedar impresionado si lo intentaba, ni siquiera si lo conseguiría.

—Os damos la bienvenida. Por favor, pasad dentro, donde se está más caliente.

El Avar lo miró un momento más, imperturbable e impenetrable, y luego su risa retumbó en la Plaza Parmeno.

—¡Tal vez seáis más goblin de lo que aparentáis!

Le dio una fuerte, aunque no muy dolorosa, palmada en los hombros a Maia y le hizo un gesto a sus soldados y sirvientes sin molestarse en volverse.

—¡De acuerdo, vayamos dentro!

Csevet había protegido cuidadosamente a Maia de las discusiones, decisiones y disputas sobre dónde y en qué estilo se debía alojar al Avar. Maia había captado fragmentos inconexos de la discusión aquí y allá, suficientes para saber que hubo una gran y encarnizada guerra que no le permitieron presenciar. De lo único que se informó a Su Serenidad fue del resultado: al Avar le habían

concedido las dependencias conocidas como la Suite Archiduque Ermezhis. La suite se encontraba en unas estancias del palacio pasadas de moda y por tanto desocupadas, y debido a la circunstancia de que el archiduque Ermezhis había contraído una fiebre en su más tierna infancia y había sido un inválido el resto de su vida, era una de las pocas suites de la Corte Untheileneise que podía ser caldeada de forma uniforme y adecuada para un goblin de avanzada edad. El Gran Avar se declaró satisfecho tras un rápido vistazo a su alrededor, pero sus edocharei comenzaron de inmediato un silencioso y riguroso examen. Maia sabía que era Csevet quien oíría sus opiniones, él solo podía esperar que fueran favorables.

El siguiente punto en la agenda era un almuerzo de bienvenida en el *dav* del embajador, con todos los goblins más respetables de Cetho y todos los cortesanos elfos que desearan asistir. Esa noche también habría un baile de bienvenida en el Untheileian, al que asistiría toda la corte, aprobaran o no la visita del Avar. Después de eso, los días estaban repletos de una interminable sucesión de recepciones, funciones, galas y celebraciones hasta que el Avar partiera de nuevo. Si Maia deseaba decirle algo en privado a su abuelo (si alguna vez esa palabra tenía algún significado en su vida), tendría que ser en ese momento.

Él había pensado, al imaginarse este encuentro, que tendría demasiadas preguntas como para ser capaz de escoger entre ellas, pero descubrió que solo había una.

—¿Por qué no respondisteis a sus cartas?

Todos los barizheisei que estaban lo bastante cerca como para oírlos se quedaron paralizados durante un momento. El Avar, que estaba inspeccionando la vista desde las ventanas de la sala de estar, se puso visiblemente rígido, pero cuando se dio la vuelta su expresión era triste.

—Nos pareció lo mejor. Ella no nos pertenecía. No podíamos ayudarla. ¿Qué más había que decir?

Las leyes de los goblins y los elfos eran iguales en ese aspecto: una mujer pertenecía a la familia de su esposo. La interferencia de su propia familia era, en el mejor de los casos, un asunto para las ridículas novelas de Budarezh y Omdar, una situación en la que ningún individuo que se preciara desearía ser visto. Y si eso era todo lo que el Avar había tenido para ofrecerle a su hija, entonces llevaba razón. No había nada que decir.

—El embajador nos está esperando —dijo Maia—. Será mejor que vayamos.

UNA CARTA DE MER CELEHAR

Al parecer, cuando se quedaban solos, a los goblins les gustaba disfrutar de comidas que duraban medio día, un plato de pequeñas y hermosas comidas tras otro. También desdeñaban la costumbre de colocar a todos los invitados alrededor de una mesa y hacer que se quedaran allí sentados, preferían colocar los platos en pequeñas mesas donde uno se podía sentar si así lo deseaba, pero también podría simplemente pasearse por la habitación. Eso ponía nervioso a Maia, porque no sabía cómo ser educado.

Observó que los cortesanos élficos que asistían eran todos de familias menores, y casi todos de los principados occidentales, con la excepción de un señor de los Zherinada de las fronteras del sur de Thu-Tetar. Además, todos parecían hablar con fluidez el barizhin, y Maia se sentó y pensó en todas las cosas que se estaba perdiendo debido a los protocolos y salvaguardas que mantenían al emperador separado de todos sus súbditos, excepto de los de más alto nivel. No eran pensamientos agradables.

El embajador Gormened se acercó y se arrodilló sobre una pierna.

—Por favor —dijo Maia, y se contuvo por poco de decirle que no lo hiciera—. Por favor, levantaos, embajador.

—Gracias, Serenidad. —El embajador parecía preocupado—. ¿Estáis bien? ¿Podemos traer algo?

—No, os lo agradecemos. Estamos bien. —Y por supuesto que estaba preocupado: el emperador estaba sentado así en un rincón. Maia se armó de valor y preguntó—: ¿Nos presentaríais a alguien?

—Por supuesto, Serenidad. ¿A quién?

—A quien sea —dijo Maia con impotencia.

—A quien... oh. —La expresión del embajador fue distante por unos segundos, luego dijo: —Tal vez a Su Serenidad le gustaría conocer a nuestra esposa, está hablando con la esposa del capitán de los Hezhethoreise.

—Estaríamos encantados —dijo Maia.

Estaba agradecido de no ir a parar a ninguna de las conversaciones cargadas de temas políticos y financieros que se celebraban en varias partes de la sala, incluso aunque sospechara que el motivo de Gormened era ahorrarles a los señores y comerciantes la presencia del emperador, y siguió con gusto al embajador hasta el receso de una ventana bastante arqueada, donde Osmerrem Gormened estaba sentada con una joven goblin.

Maia se preguntó si debería imponerles su presencia, pero las dos mujeres se levantaron e hicieron una reverencia con perfecta compostura, y Merrem Vizhenka sonrió y dijo en un excelente, aunque muy acentuado ethuverazhin:

—Nos sentimos muy complacidas y honradas de conoceros, Serenidad.

Su piel era de color gris oscura, más oscura que la de Maia, aunque no del perfecto negro goblin, y sus ojos eran de un amarillo pálido. Era mucho más alta que Osmerrem Gormened, una pulgada más alta que el propio Maia, y su figura era opulenta, incluso con un pesado vestido de corte de invierno.

—Gracias —dijo Maia—, estamos encantados de poder dar la bienvenida al Avar y a su gente.

Era un sentimiento vulgar y expresado con torpeza, pero Merrem Vizhenka no pareció darse cuenta.

—¿Es como esperabais?, ¿vuestro abuelo?

No era una pregunta que Maia esperara que le preguntara nadie, y su rostro debió mostrarlo, porque ella le aclaró algo.

—Deberíamos deciros, suponemos, que somos vuestra tía.

—¿Tía? —dijo Maia con voz ronca.

—Somos la hija menor del Avar. —Se aclaró la garganta—. Él no estaba casado con nuestra madre.

— ¿Entonces no sois la loca? —dijo Maia, y en seguida se sintió mortificado, pero Merrem Vizhenka echó la cabeza hacia atrás y se puso a reír, con una risa muy parecida a la del Avar.

—No, nuestra hermana Thever no viaja, —dijo—. Y no la llamaríamos loca, aunque es muy dada a las fantasías nerviosas.

—¿Tenemos otras tías?

No tenía que preguntar por los tíos, ya que incluso un hijo ilegítimo del Gran Avar de Barizhan habría sido puesto en conocimiento del emperador.

—Otras tres —dijo Merrem Vizhenka—. Dudamos que vuestra madre supiera de ellas mucho más de lo que sabía de nosotras mismas. Fue solo a partir de su muerte cuando el Avar decidió reconocernos. Vuestra tía Ursu es la esposa de un capitán de barco, vuestra tía Holitho está en el Convento de los Guardianes del Faro en Urvekh, y vuestra tía Shaleän, la mayor de las hijas del Avar, huyó en su juventud, se disfrazó de chico y se convirtió en marinero. Ahora es capitana de barco y, en verdad, nadie en Barizhan sabe muy bien qué hacer con ella. El Avar la reconoce, pero no habla de ella.

—¿Cuál es el nombre de su barco? —quiso saber Maia, y descubrió la diferencia entre la sonrisa cortés de Merrem Vizhenka y su sonrisa real.

—Su barco es el *Dragón Glorioso*, y su puerto de origen no está en Barizhan. Shaleän tiene una esposa en Solunee sobre el Agua.

Osmerrem Gormened dijo con amabilidad:

—Nadeian, tal vez no deberíais hacer estallar todas vuestras calderas a la vez. Es vuestro sobrino, no vuestro enemigo.

—Pero deseamos que lo sepa —dijo Merrem Vizhenka con entusiasmo—. ¿Y cómo lo sabrá si no se lo decimos? Porque sabemos muy bien que los ministros del Avar han decidido que es mejor que no se hable de sus hijas, incluso aunque nos haya reconocido. Además, ¿por qué otra razón Vorzhis nos lo presentaría y luego se marcharía?

Maia también se lo había preguntado, y no había encontrado una respuesta más probable. Osmerrem Gormened suspiró.

—Nuestro esposo siempre es tan avisado. Pero, Nadeian, no deseamos que os metáis en ninguna clase de problema.

—No los tendrá —dijo Maia—. Os estamos muy agradecidos, gracias, Merrem Vizhenka. Amábamos mucho a nuestra madre y nos alegra saber de sus hermanas. —Consiguió sonreírle—. Nos alegra que nos lo hayáis dicho.

—Entonces no nos importan los ministros, —dijo Merrem Vizhenka—. No hubo tiempo entre la decisión del Avar y nuestra partida para que los mensajes llegasen a tiempo a Holitho o Shaleän, pero Ursu y sus hijos os envían cordiales saludos y la esperanza de que algún día puedan conoceros.

—Es muy amable de su parte —logró decir Maia, sintiendo una oleada de lágrimas punzantes, que consiguió contener con un parpadeo—. ¿Nos hablaríais un poco más del Convento de los Guardianes del Faro? No hemos oído hablar de él antes, y sentimos curiosidad.

Merrem Vizhenka aceptó de buen grado, y todavía estaba hablándole de las traicioneras rocas y corrientes de Urvekh, y de los tres faros mantenidos por los devotos de Ashevezhkhó, la diosa barizheise del mar, cuando Csevet se acercó disculpándose.

—Serenidad, señoras —Se arrodilló—. Su Serenidad, lamentamos la intrusión, pero hay un asunto que creemos que desearéis atender.

Y si Csevet así lo creía, probablemente tenía razón.

—Disculpádnos, por favor —le dijo Maia a Osmerrem Gormened y a Merrem Vizhenka.

Se pusieron en pie con él e hicieron una reverencia, y Maia siguió a Csevet fuera del *dav* del embajador. El hezhethorei de guardia saludó magníficamente.

Csevet lo condujo a una pequeña estancia apartada, adornada con un descolorido papel pintado de seda rosa. Era evidente que no se había utilizado en mucho tiempo, y Maia supuso que esa era una promesa de privacidad tan buena como la que podría tener sin hacer el largo viaje de regreso al Alcethmeret, y una ausencia tan prolongada del emperador daría lugar a preguntas, del embajador como mínimo.

—Serenidad —dijo Csevet—, ha llegado una carta de Mer Celehar.

Se la ofreció, un grueso rollo de papel de color marrón, y Maia recurrió a toda su buena educación para no arrebatársela de la mano a Csevet. El sello estaba roto, y arqueó las cejas hacia Csevet.

—No, Serenidad, estaba roto cuando llegó a nuestras manos. Hemos indicado a un subsecretario para que realice las investigaciones pertinentes, pero no creemos que consigamos averiguar nada. Probablemente pagaron bien a alguien para que leyese su contenido, y también para que se quedase callado. La, bueno, torpeza del método también sugiere que es alguien que no ha adquirido el hábito de leer el correo de otras personas de modo clandestino, por lo que hay pocas esperanzas de descubrirlo sobre la base de otros delitos.

—¿Vos podríais haberlo hecho de un modo más eficiente?

—Sí, Serenidad —dijo Csevet, y casi sonó ofendido—. No queremos alarmaros, pero es una práctica común entre muchas de las grandes casas «comprar» correos y operadores neumáticos, y muchas otras personas similares. Protegemos la integridad de su hogar lo mejor que podemos, pero sería ingenuo pensar que vuestro correo no se lee de forma rutinaria.

—Os lo agradecemos —dijo Maia, con un poco de tristeza, y abrió la carta de Celehar:

Al Emperador Edrehasivar VII, saludos y buenos deseos leales.

Nos damos cuenta, Serenidad, de que podéis estar enfadados con nosotros por nuestra precipitada salida de la Corte Untheileneise. Os pedimos perdón, pero no pudimos hacer otra cosa después de recibir un mensaje tan inconfundible. No nos consideramos ni podemos considerarnos dignos de Ulis, pero está claro que Él nos considera, si no otra cosa, una herramienta adecuada.

Os escribimos, Serenidad, como una vez le hubiéramos escrito a nuestro superior, para que podáis entender cómo llegamos a las conclusiones que llegamos, y para que, si algo nos sucediera antes de que podamos volver a hablar con vos, tengáis de todos modos un registro de nuestros hallazgos.

Llegamos a Amalo porque nuestro sueño nos mostró que estábamos cometiendo un error fundamental al realizar nuestras investigaciones entre las familias de la tripulación del *Sabiduría de Choharo*, porque su puerto de origen era Cetho, y no encontró la destrucción en Cetho, no llegó a Cetho en su último vuelo. La encontró en Amalo. También sabíamos que tendríamos que proceder con cuidado. Mientras las familias en Cetho estaban muy dispuestas a hablar con un Testigo de los Muertos, casi desesperadas por ayudarnos de cualquier manera posible, las personas de Amalo no tendrían esa disposición, y era incluso posible que la persona a quien buscábamos se viera impelida a huir. Por lo tanto, tomamos una habitación barata en el Barrio de los Aviadores y comenzamos a buscar trabajo.

No nos habíamos dado cuenta, Serenidad, de que Amalo estaba tan implicada en la fabricación de aeronaves, pero, al parecer, es la principal fuente de ingresos del principado, y casi un tercio de la población de la ciudad está involucrada de un modo u otro. No tuvimos dificultades para encontrar empleo en uno de los hangares donde se prueban las naves cuando son nuevas, y donde se reparan y se reacondicionan después de haber estado en servicio cinco años. Pudimos averiguar con mucha rapidez que, de hecho, el *Sabiduría de Choharo* se había sometido a tal reparación una semana antes de su destrucción, como preparación, por supuesto, para servir al emperador.

Seguimos esta pista un poco más y descubrimos que la aeronave que trajo a su Serenidad hasta Amalo, el *Fortaleza de Rosiro*, no había sido

reacondicionada ni reparada en los meses previos a su servicio imperial, ya que fue reequipada por completo el invierno anterior. Si bien no fue concluyente en sí misma, esta fue, sin embargo, una información muy útil, ya que sugería que el dispositivo había sido colocado en el *Sabiduría de Choharo* durante su reacondicionamiento. Ya habíamos determinado que el dispositivo debía tener un reloj de algún tipo conectado para asegurar que no explotaría hasta que el emperador estuviera a bordo, pero la idea de que uno de los miembros de la tripulación hubiera decidido suicidarse para asesinar al emperador, una sospecha que sabemos que la investigación del lord Canciller ha estado investigando enérgicamente, fue algo para lo cual no pudimos encontrar apoyo ni de los muertos ni en nuestras conversaciones con las familias. Sin importar cuándo fuera colocado el aparato en la nave, tendría que haberse ocultado tan cuidadosamente que los nohecharei del emperador no pudieran encontrarlo. Por lo tanto, si era controlado por un reloj, no habría ninguna razón para no pensar que el reloj hubiera estado funcionando durante una semana, o incluso dos. Decidimos que tendríamos que investigar más a los trabajadores que reequipan las aeronaves, y en particular a aquellos que trabajaron en el reacondicionamiento del *Sabiduría de Choharo*.

No fue difícil conseguir un puesto en un equipo de reacondicionamiento, ni tampoco fue difícil hacer hablar a nuestros compañeros de trabajo, simplemente la pregunta casual para dirigir la charla en la dirección que deseábamos. Hemos aprendido mucho más sobre aeronaves de lo que jamás creímos, y también hemos aprendido mucho sobre los hombres y mujeres que trabajan en ellas. La mayor parte era irrelevante para nuestra investigación, pero descubrimos que entre los trabajadores de aeronaves de Amalo, hay un devoto seguidor del filósofo Curnar. Con anterioridad no sabíamos mucho sobre Curnar, y descubrimos que no nos interesan sus enseñanzas. Argumenta que los dioses están hechos por hombres y no al revés, y si eso es así, no hay ninguna razón por la cual los hombres tampoco puedan convertirse en dioses. Él dice que el rango, la riqueza y el poder son las formas en que los hombres aspiran a la divinidad, y que el poder que una persona acumula puede ser tomado por otra persona. Y así debería ser, si la primera persona no se esfuerza por avanzar, porque las personas no pueden ascender a la divinidad si se permite que el poder se estanque, por ejemplo, en la devoción élfica a nuestras casas. A los ancianos no se les debería permitir gobernar a los jóvenes simplemente porque los engendraron, o a los que sus hermanos menores engendraron. El poder no es inherente, dice Curnar, y todas las personas pueden convertirse en dioses. Esta es la

doctrina de la Ascendencia Universal, y no es de extrañar que Curnar fuera ejecutado bajo el reinado del abuelo de Su Serenidad. Encontramos sus escritos llenos de misticismo deliberado y retórica vacía, pero los trabajadores con los que hemos hablado parecen creer en sus enseñanzas con mucho fervor. La mayoría de ellos no siguen a Curnar hasta la conclusión lógica, que deberían tomar el poder de sus supervisores, o de los propietarios de la compañía de aeronaves, o del príncipe de Thu-Athamar, pero les gusta sentir que tendrían una justificación para hacerlo. Y, como estamos seguros que Su Serenidad ya habrá observado, es una creencia muy conveniente para un hombre que se propone asesinar a un emperador.

Pudimos encontrar a los seguidores más fanáticos de Curnar con bastante facilidad, y nos acercamos a ellos con cautela. Son gente iracunda, Su Serenidad, y, en verdad, nuestra cautela fue muy poco necesaria, ya que su ira los hace ciegos y fáciles de engañar, y hace que estén muy dispuestos a hablar, primero sobre sus agravios, (y, aunque no es asunto nuestro, Su Serenidad, creemos que se debería investigar la Compañía de Aeronaves Amal-Athamareise, ya que algunas de sus quejas deberían ser atendidas lo antes posible), y luego sobre sus planes sobre la gloria, la venganza y la divinidad. La mayoría de esos planes eran nubes de fantasías, y todos los involucrados son muy conscientes de ello y están satisfechos con el estado de la situación. La mayoría de los trabajadores con los que hablamos quedaron conmocionados y afligidos por la muerte de Varenechibel IV, y, aunque parecían no saber que había sido deliberada, eran tan apasionados en la defensa de sus aeronaves como lo fueron en la defensa de sus ideales de Curnar.

Todavía podríamos estar allí, Serenidad, en un bar de tripulantes llamado Los Caballos Vaporosos, viendo a la gente beber aguamiel barato y escuchando filosofía mala, y de todas las formas en que pudiéramos pasar el resto de nuestras vidas, no sería la peor, si no fuera por la casualidad que nos puso un día en el mismo puesto de trabajo que Evrenis Bralchenar.

Bralchenar nos habló con total libertad, casi sin descanso, los demás trabajadores ya no querían escucharlo más. Es un apasionado seguidor de Curnar, y en seguida nos dimos cuenta de que no considera la Ascendencia Universal como algo hipotético o algo que podría ocurrir, sino como algo que sucederá en un futuro no muy lejano. Para Bralchenar iba a suceder realmente pronto. Le preguntamos por qué pensaba que la Ascendencia Universal estaba, como él decía, al alcance de todas las personas vivas, y con aire misterioso dijo que conocía a personas en el poder, personas importantes, que ya estaban haciendo algo al respecto. No era lo que

esperábamos que dijera, y nos quedamos sorprendidos, ¿qué personas importantes, de su misma u otra clase, podría conocer Bralchenar? Las prisas estropean el pan. No le preguntamos nada más ese día.

No trabajamos con Bralchenar al día siguiente, pero preguntamos a la gente con la que estábamos qué personas importantes visitaban los hangares y descubrimos dos cosas. La primera, que había visitas guiadas a los hangares cuando el príncipe de Thu-Athamar tenía invitados. Segundo, que en las prolongadas negociaciones que precedieron al reciente matrimonio del príncipe, la asistencia a la cual era, por supuesto, la razón por la que el emperador estaba a bordo del *Sabiduría de Choharo*, todos se habían acostumbrado a ver a los hombres de la familia de la novia «dando vueltas». No pedimos muchos detalles, pero creemos que el interés del príncipe por la compañía aeronáutica Amal-Athamareise puede haber sido parte de las negociaciones del acuerdo. En cualquier caso, los hombres de los Tethimadeise lo estaban inspeccionando todo y haciendo preguntas a todo el mundo, y conseguimos algunas pistas, aunque nadie lo dijo directamente, de que también habían sido muy libres con su dinero. Alguien dijo con acritud que Bralchenar había estado tratando de convertirse en un protegido, y eso, pensamos, completó el círculo. Todavía estábamos desconcertados, Serenidad, porque de ninguna manera Bralchenar tenía el conocimiento o la capacidad de hacer un dispositivo como el que destruyó el *Sabiduría de Choharo*. Decidimos seguir incitándolo a que nos hablara cuando volviéramos a trabajar con él, porque estábamos seguros de que estaba involucrado, y también estábamos seguros de que no podría resistir para siempre el atractivo de un oyente comprensivo. En esto teníamos razón, porque ya a la tercera vez que trabajamos juntos, Bralchenar nos dijo que podía ver que éramos un verdadero ascendente (como se hacen llamar los seguidores de Curnar) y nos invitó a ir con él esa tarde a una casa de té llamada El Árbol de Piedra, donde prometió presentarnos a unos hombres a los que apreciaríamos. Sus esfuerzos por hacernos sentir que pertenecíamos a un grupo selecto fueron muy torpes, pero comenzamos a entender el atractivo de la filosofía de Curnar para individuos como él, porque si todos los hombres son tus hermanos en la lucha por la divinidad, no importa mucho si no eres hábil para hacer amigos, así como no importa si eres un hijo menor o hijo de un hijo menor, o si tu casa no tiene herencia alguna.

Lo acompañamos esa misma noche al Árbol de Piedra, que es una casa de té al estilo Athamareise, un laberinto de habitaciones pequeñas, incómodas e interconectadas, cada una el territorio particular de un grupo u

otro. Muchas de las estancias parecían estar ocupadas por seguidores de Curnar, Bralchenar era aclamado como «pariente» por todos lados, «zhornu», la palabra del norte del país para primo. Todos los seguidores de Curnar se hacen llamar así, para indicar su rechazo a los lazos de sangre en favor de la hermandad de la lucha. Les hace parecer muy cálidos con los demás, incluso afectuosos, lo cual creemos que puede ser otra razón por la que los jóvenes como Bralchenar se sienten atraídos por ellos. En algunas de las habitaciones de los seguidores había mujeres, y se llamaban entre sí «zhornu» como el resto. De hecho, el grupo de Bralchenar finalmente se sentó con dos mujeres y cuatro o cinco hombres. Bralchenar nos presentó con orgullo como «nuestro nuevo zhornu», y ninguno de los otros parecía inclinado a cuestionarle ni a él ni a nosotros.

Escuchamos sin hablar mucho esa primera noche, y durante varias noches después, y descubrimos que la fuerza motivadora tras el grupo de Bralchenar era un joven entusiasta, mitad goblin, que había llegado a Amalo desde Zhaö, de hecho, había sido aprendiz en el Gremio de los Relojeros, pero fue expulsado por alborotador. Se llama Aina Shulivar, y en seguida vimos que allí había alguien que no tendría dificultad en imaginar o construir un dispositivo como el que destruyó al *Sabiduría de Choharo* y a todos los que viajaban a bordo. Shulivar y una de las mujeres, Atho Narchanezhen, son los dos seguidores de Curnar más inteligentes que conocimos, y notamos al escucharles que, aunque usan las palabras Ascendencia Universal, lo que quieren decir con ellas no tiene nada que ver con la divinidad y todo lo que tenga que ver con el poder aquí entre los vivos. En otras palabras, eligen leer a Curnar de forma metafórica, e imaginan la Ascendencia Universal como un mundo en el que ningún hombre tiene poder sobre ningún otro hombre. O, para Narchanezhen, sobre cualquier mujer (y escuchamos muchas largas discusiones entre Shulivar y ella acerca de si el poder del hombre sobre la mujer es natural, y por lo tanto inalterable, o no). Y creen que este mundo es alcanzable.

Personalmente, Serenidad, creemos que es tan fantasioso como el típico sueño de los demás seguidores de convertirse en dioses, ya que requiere que las personas no deseen el poder, y eso, pensamos, es imposible. Nos dimos cuenta de que, por mucho que los seguidores de Curnar, los Curneisei, hablen de quitarle el poder a los poderosos, también hablan de sustentar el poder ellos mismos. Pero esa no es realmente la cuestión, la cuestión es lo que gente como Shulivar, Bralchenar y Narchanezhen, con estas creencias, están dispuestos a hacer a su servicio.

Tomaron nuestro silencio por conformidad, como a menudo hacen los fanáticos, y cuanto más nos sentábamos entre ellos sin decir nada, más locuaces y fervientes se volvían, más inclinados a hacer alusión a las grandes hazañas ya realizadas, así como a las grandes hazañas por llevar a cabo. Nos sentamos y escuchamos, y pensamos en los muertos, no solo en el emperador y sus hijos, sino en todos los que murieron, que murieron terriblemente, en agonía y temor, simplemente porque alguien quería a Varenechibel fuera del camino. Podemos entender e incluso simpatizar con el deseo de los curneisei de mejorar sus vidas, su deseo de cambiar el mundo, pero no podemos aceptar las muertes que causaron sin ninguna preocupación, el dolor, el miedo y la desesperación que dejaron entre los vivos a su paso, las personas a las que condenaron al tipo de lucha y desesperanza que ellos mismos creen que están erradicando. Las viudas con las que hablamos en Cetho decían lo mismo, aun cuando sus palabras variaban. No sabían cómo sus hijos y ellas sobrevivirían. Y es posible que no sobrevivan, Serenidad, los niños más pequeños mueren por enfermedades a las que podrían sobrevivir si fuesen alimentados correctamente, los niños más mayores mueren en las fábricas. Antes de que nos enviaran a Aveio, servimos como sacerdote en el Ulimeire de Sevezho, donde las fábricas funcionan desde el amanecer hasta el anochecer en verano, y en invierno los trabajadores se despiertan con oscuridad y se van a casa con oscuridad y nunca ven la luz del sol. Sabemos cuántos niños mueren en esas fábricas porque no son lo suficientemente altos, fuertes o rápidos para hacer los trabajos para los que han sido contratados, con salarios cruelmente bajos.

Pero nos hemos desviado de nuestro asunto. Una vez más, rogamos nos disculpéis, Serenidad. Hemos investigado lo suficiente a los curneisei y a los trabajadores de la compañía aeronáutica Amal-Athamareise como para estar seguros de que Aina Shulivar fabricó el artefacto que destruyó el *Sabiduría de Choharo* y que Evrenis Bralchenar lo ocultó en el almacén de la aeronave en un lugar en el que no pudiera ser detectado. Creemos que fueron contratados para esta tarea, además de pagados para completarla, por uno o varios individuos de la Casa Tethimada, pero de eso no podemos encontrar pruebas sin acusarlos oficialmente. No sabemos qué papel desempeñó Atho Narchanezhen en la trama, aunque estamos seguros de que ella lo sabía. Sin embargo, creemos que todos los demás curneisei de Amalo son inocentes. Mañana, Serenidad, hablaremos con la División de Amalo de la Hermandad Vigilante. Tenemos al sacerdote del Ulimeire de Amalo para responder por nosotros, él es un viejo colega y creemos que tal vez un amigo. Esperamos fervientemente que en menos de una semana

podamos regresar a la Corte Untheileneise con todas las respuestas que nos pidió que encontráramos.

Con lealtad y gratitud.

Thara Celehar.

Maia dobló las páginas con cuidado y se las entregó a Csevet.

—Y de nuevo, donde hay problemas, nos encontramos con la Casa Tethimada. ¿Qué nos podéis decir de la boda del príncipe de Thu-Athamar?

—Ah —dijo Csevet—. No sabemos nada en detrimento de la joven, y, sin duda, fue un matrimonio muy favorable. Se dijo que la asistencia de vuestro padre a la boda del príncipe de Thu-Athamar con una hija de los Tethimada era un presagio de paz entre ellos.

—Si Mer Celehar tiene razón, esa ironía debe haber divertido mucho a alguien, —dijo Maia.

Informó a Csevet con tanta rapidez como pudo de los hechos de Mer Celehar.

Los ojos de Csevet se agrandaron mientras escuchaba.

—Creemos que la riqueza de los Tethimadeise ha sido una gran motivación en el matrimonio del príncipe Orchenis.

—Así es —dijo Maia con seriedad.

Csevet lo miró inquieto.

—Debemos esperar que Mer Celehar sea capaz de moverse tan rápido como predice. Por el momento, Serenidad, no tenemos pruebas de nada.

—Lo sabemos —dijo Maia.

Csevet no suspiró de alivio, pero fue claramente la fuerza de voluntad lo que lo detuvo. Maia recordó el comentario de lord Pashavar sobre los perros locos y sabía lo que Csevet temía.

¿Podrías, por favor, poner la carta de Mer Celehar en un lugar seguro e inverosímil?

Csevet enarcó las cejas, pero después de un momento, contestó.

—Sí. Entendemos, Serenidad, y así lo haremos. —Una momentánea sonrisa risueña lo hizo parecer no más viejo que Idra —. Ya hemos pensado en varias opciones prometedoras.

—Os lo agradecemos. Debemos regresar a la recepción, estamos seguros de que alguien ya se ha extrañado por nuestra ausencia.

Csevet caminó con él de regreso al *dav* del embajador, como si de lo contrario estuviera dejando a su emperador solo si no lo hacía. Los nohecharei de Maia caminaban casi invisibles detrás de ellos, y Maia pensó con tristeza que entendía por qué Cala le había dicho que no podían ser amigos.

Gormened apareció tan pronto como Maia cruzó la puerta y los guardias le saludaron.

—Serenidad, el Avar solicita un minuto de vuestro tiempo.

Casi con toda seguridad, no fue así como se había expresado originariamente el asunto. Maia siguió a Gormened a una de las pequeñas mesas, donde había hojaldres rellenos con paté de pato y guindas amargas. El Avar, amistoso y con toda seguridad un poco bebido (Maia se había limitado al té después de darle un sorbo experimental al sorcho, el vino de arroz caliente preferido por los goblins) estaba contando a una audiencia mezcla de mercaderes goblins y elfos cortesanos la visita del autoproclamado rey de los piratas chadevaneise al Corat 'Dav Arhos.

—Traía consigo nada menos que ocho chicas-león —decía el Avar mientras Maia se acercaba—. Pobrecitas, estaban heladas, y ni siquiera el rey Khel-Avezher tuvo corazón para... —Se detuvo cuando vio a Maia—. ¡Nieto! Nos dicen que os presentaron a nuestra hija Nadeian.

En su interior, Maia se acobardó. Le había prometido a Merrem Vizhenka que no le causaría ningún problema.

—Sí —dijo—. Estamos encantados de conocerla.

—Excelente —dijo el Avar con una mirada tan brillantemente maliciosa que Maia no pudo evitar devolverle una sonrisa. Al parecer, el Avar estaba tan preocupado por sus ministros y sus

restricciones como Maia por los Corazhas y sus disputas—. Nuestra hija Thever os envía muchos buenos deseos y creemos que hay un regalo. ¡Selthevis! ¿Dónde está el regalo de nuestra hija Thever para el emperador?

Selthevis apareció de entre la multitud como por arte de magia. Era un individuo de mediana edad, sobriamente vestido, sin nada especial, excepto por el rojo oscuro, casi violáceo de sus ojos, enfatizados por los rubíes trenzados en su cabello y que colgaban de sus orejas.

—Lo tenemos, Maru'var —dijo, se inclinó ante Maia y le hizo entrega de una caja lacada ornamentada.

Por un momento, Maia, literalmente, no fue capaz de pensar qué hacer. La última vez que recibió un regalo de algún tipo fue en su octavo cumpleaños, cuando su madre le dio el único conjunto de pendientes que eran adecuados para un niño. Setheris, recordó, casi se desmayó cuando se dio cuenta de que los delicados aros en los oídos de Maia eran un verdadero trabajo de llinverieise, y las joyas no eran de vidrio y escamas de pez, sino perlas reales.

Cogió la caja y buscó con torpeza hasta que encontró la abertura. Dentro, cada uno en su propio hueco de seda azul, había un juego completo de peines de marfil, palos de tashin y dos hilos de ámbar y rubíes. Los peines estaban tallados en un patrón de escalas, y cada uno de los palos de tashin acababa en la cabeza de un dragón con brillantes ojos de rubí facetados. Cerró la caja y vio algo que no había conseguido asimilar en un primer momento: estaba adornado con un magnífico dragón tallado y lacado.

—Un dragón glorioso —murmuró Maia, y sintió que el rostro se le movía en una sonrisa como si perteneciera a otra persona.

—Exactamente —dijo el Avar.

Tal vez su abuelo había aprendido algo de la muerte de Chenelo. Maia se lo preguntó en su fuero interno, pero sabía que no tenía forma de preguntarlo de forma directa. Solo pudo inclinarse ante su abuelo por encima de la caja. Puede que fuera un regalo de

la hermana de su madre, pero nunca lo habría recibido si su abuelo no lo hubiera aprobado.

—Gracias —le dijo.

Por el gesto de asentimiento del Avar, Maia pensó que él lo entendía.

UN BAILE Y UN LECHO DE MUERTE

Maia no sabía quién se había encargado de decorar el Untheileian, pero habían hecho un trabajo fantástico, con estandartes carmesíes, y dorados y azules, que evocaban hábilmente los colores de Barizhan y las Ethuveraz. Habían añadido al incómodo trono de Maia unos cojines azules con bordados dorados y alabó en silencio al sirviente que había tenido el ingenio de pensar en ello. Se sentó y observó el baile, y se dijo a sí mismo que se trataba de una práctica para el Baile de Invernoche, un baile que empezaría al atardecer y continuaría (con pausas para el banquete y para la celebración de medianoche en el Untheileneise'meire) hasta el amanecer.

—Como un velatorio —había dicho.

Y Csevet había sonreído y respondido:

—Sí, Serenidad. Se le llama «agotar al año viejo bailando» y es la única noche del año en la que los sirvientes pueden unirse a sus señores en el baile.

También era el cumpleaños de Maia y, aunque había intentado explicar que no quería ningún tipo de fiesta, Csevet lo había mirado horrorizado antes de replicar.

—Sois el emperador. Vuestro cumpleaños será, como debe ser, celebrado por todos los rincones de las Tierras Élficas. No le puede pedir al pueblo que no lo celebre, Serenidad.

—No —había aceptado Maia, derrotado—. Claro que no.

Pero estaba angustiado, horrorizado ante la idea de que los niños se vieran obligados a celebrar su cumpleaños, del mismo modo que él se vio obligado a celebrar el de su padre.

«Esto no es lo mismo», se recordó a sí mismo, intentando ser razonable. «¿Qué motivo tendría ningún niño para estar resentido contigo como tú lo estabas con tu padre?».

«Idra», respondió al instante una voz más profunda. «Ino. Mireän».

«Les diré que no es necesario». Luego se dio cuenta de que era un disparate y tuvo que sofocar una risa.

—¿Serenidad? —dijo Cala—. ¿Os encontráis bien?

—Sí, os lo agradecemos. Menuda ridiculez.

—¿Serenidad? —dijo Beshelar, momentáneamente reprobador.

—No es nada —dijo Maia—. ¿No es hermoso el baile?

—Será mejor en Invernoche —afirmó Beshelar, que juzgaba con la misma facilidad con la que respiraba.

Cala debió de vislumbrar ese pensamiento en el rostro de Maia, porque dijo rápidamente:

—Parece que el Avar disfruta del baile.

—Sí —dijo Maia.

Su abuelo había sacado a una dama élfica tras otra a la pista; a su lado empequeñecían tanto que debería haber tenido un aspecto ridículo, pero se movía con tal precisión y elegancia que, en su lugar, resultaba hermoso en cierto modo. Aunque Maia no pensaba decírselo.

Se dio cuenta de que la dama que acompañaba ahora al Avar era Arbelan Zhasanai. Los siguió con la mirada por la pista (la gente

se apartaba del camino del Avar a medida que avanzaba) y vio que la mujer que se sentaba junto al asiento vacío de Arbelan era Csethiro Ceredin.

Ella encontró su mirada y alzó las cejas, formulando una clara pregunta. Maia asintió y ella se levantó y se dirigió hacia el estrado. Su cabello brilló bajo la luz de las velas de la infinidad de arañas de cristal del Untheileian, ella había abandonado el acentuado lapislázuli, y se había adornado con peinillas de laca negra y un collar de esmeraldas a juego con el sutil bordado verde de su túnica gris. Hizo una reverencia cuando llegó a lo alto de las escaleras y habló con una voz que no pretendía llegar más allá de los oídos de Maia.

—No es necesario que habléis con nosotras si no es vuestro deseo.

—Sois nuestra futura emperatriz —dijo Maia—. Aunque solo fuera un deber, preferiríamos que fuera agradable.

No pretendía sonar amargo, pero Dach'osmin Ceredin soltó una exclamación.

—Maldición —dijo en un tono inesperadamente sincero—. Os debemos una disculpa, Edrehasivar. Estábamos furiosa con nuestro padre y nuestra madrastra, pero no deberíamos haberlo pagado con vos.

—Pensabais que éramos demasiado estúpido para que nos importara —dijo Maia al comprenderlo.

—Fuimos engañada en sumo grado por... por las patrañas de una fuente en la que no volveremos a confiar —respondió Dach'osmin Ceredin, envarada—. Pero parecía que el deber fuera lo único que importara y nosotras preferimos que se nos permita elegir nuestros deberes.

—Es lo que nos temíamos, pero no parecía que pudiéramos hacer nada —dijo Maia.

Le restó importancia con un gesto de las manos.

—Le escribimos a la tía abuela Arbelan con ese mismo espíritu, para herir a nuestro padre. Ya le hemos rogado su perdón y ahora

os rogamos el vuestro.

Hizo una profunda reverencia, inclinando la cabeza.

—Perdonada. Por favor —respondió Maia.

Ella se levantó y le sonrió por primera vez.

—De verdad, deberíais hacernos suplicar más. Pero os estamos agradecida.

—Os haremos responder una pregunta, en ese caso —dijo Maia, sintiéndose atrevido—. Decís que le escribisteis a vuestra tía abuela para herir a vuestro padre. ¿Cómo...?

—Bueno, más para avergonzarlo que para herirlo —dijo Dach'osmin Ceredin, que no parecía en absoluto molesta por la pregunta—. Nuestro padre no... Bueno, no es que no la reconociera, por supuesto que sí, pero no mantenía relación con ella. No la visitaba ni le escribía, y nuestras hermanas y nosotras sabíamos que teníamos una tía abuela Arbelan solo porque nuestro abuelo hablaba de ella a veces. Padre apostaba que no volvería a recuperar su favor o a regresar a la corte en su vida.

—Debió de parecerle una apuesta segura —opinó Maia.

—Sí, pero bastante fría, y dudamos que mejorara su reputación ante los ojos del difunto emperador. —De pronto sonrió, con expresión traviesa—. Sin duda, no esperaba que fuerais amable con ella.

—Nos cae bien Arbelan Zhasanai —dijo Maia, un poco envarado, pues no sabía si se estaba burlando de él o de su padre.

Sus cejas se alzaron al instante.

—¿La reconocéis como la viuda de vuestro padre?

—Sí —dijo Maia, aún más envarado.

—Csuru debe odiaros —dijo, y cuando Maia la miró con desconcierto, ella se echó a reír sin pudor—. Os pedimos disculpas, Serenidad. Al parecer, se está convirtiendo en costumbre. Nuestro padre fue acogido en la casa del abuelo de Csuru y se convirtió en amigo inseparable de su padre. «Hermanos del alma», se llamaban el uno al otro, lo que nos resulta bastante sentimental, pero eso no importa. Deseaban una alianza entre sus familias, pero fueron

maldecidos con una plaga de hijas. Nuestro padre tiene cinco hijas, aunque, según nos han dicho, hay esperanzas de que nuestra madrastra traiga un niño cuando dé a luz en primavera. Y Csuru es la única descendencia de su padre, ya que no volvió a casarse de nuevo tras la muerte de su madre, a pesar de la gran insistencia de su padre, nuestro padre, su madre, el padre y la madre de su mujer... —Lo miró arqueando una ceja—. ¿Seguís escuchando?

—Sí —dijo.

—Sois la paciencia personificada. Pero sucedió que el conde Celehel y el marqués Ceredel, (nuestra segunda hermana escribió una rima muy grosera, basada en la similitud de los apellidos, que no os avergonzaremos repitiéndola), no lograron concertar un matrimonio, y por eso decidieron que sus hijas debían ser mejores amigas... hermanas del alma. —Sonrió con mordacidad—. En nuestra primera presentación (puesto que somos de la misma edad que Csuru, salvo por unos meses, y llevamos el nombre de su difunta madre, se consideraba que era nuestro sino ser su querida amiga), duramos menos de diez minutos antes de pegarle. Ahora que somos adultas, por supuesto, podemos aguantar cerca de una hora —Maia no tenía claro si estaba bromeando—. Cuando se comprometió con el difunto emperador, nuestro padre casi nos obligó a «reconciliarnos» con ella, lo cual Csuru aceptó con el mismo ánimo con el que se lo ofrecimos, y él ha estado implorándonos desde entonces que fuéramos más amables con ella, cuando no lo ordena directamente.

—No me sorprende que quisierais herirle —dijo Maia, y eso la hizo reír de nuevo.

—Será mucho más agradable ser amable con Arbelan Zhasanai que con Csuru Zhasanai —frunció ligeramente el ceño—. ¿Y vos, Serenidad? ¿Qué os parece el nido de avispones borrachos que es la Corte Untheileneise?

—Desconcertante —dijo Maia, antes de lograr censurarse. Se debía a la forma en que ella le preguntaba, como si de verdad deseara oír su respuesta.

—Debe serlo —dijo pensativa—. Debemos pedirnos disculpas por saber tan poco de vos. Como podréis imaginar por su actitud hacia su tía, nuestro padre siempre se ha comportado como si ser desterrado fuera contagioso. Sabemos que vos sois el hijo de Chenelo Zhasan, y que fuisteis desterrado en el momento de su muerte en algún lugar de Thu-Evresar.

—Edonomee —dijo Maia—. En las ciénagas del oeste.

—Debe de ser un paisaje desolador.

—Sí —dijo.

—¿Y vivisteis allí hasta la muerte de vuestro padre?

—Sí.

—¿Cuántas personas había en la casa de Edonomee?

—Nosotros y nuestro guardián. Dos sirvientes, uno para las tareas del interior y otro para el exterior. Un cocinero y dos criadas. Aunque todos dormían fuera.

—Y el mensajero ocasional, imaginamos.

—Muy ocasional —añadió.

—Muy desolador —dijo ella.

No sabía cómo le habría respondido a eso, ya que en ese momento se aproximó Csevet, haciendo una reverencia, y ya se encontraba en el estrado antes de que Maia notara su presencia.

—Serenidad. —Volvió a inclinarse—. Dach'osmin Ceredin.

—¿Qué ocurre, Csevet?

Maia no pudo contener del todo el tono de molestia en su voz y Csevet extendió las manos a modo de disculpa antes de responder.

—Es Osmerrem Danivaran, Serenidad. Osmin Danivin dice que se está muriendo, ¿deseáis venir?

Transcurrió un momento horrible cuando en un principio no pudo recordar quién era Osmerrem Danivaran o por qué le importaba su muerte, y luego lo recordó y la aflicción le golpeó como una piedra en el pecho.

—Sí —dijo—. Sí, deseamos ir. Dach'osmin Ceredin, por favor, disculpadnos. Debemos...

—¿Pero a dónde vais? —dijo— ¿Quién es Osmerrem Danivaran?

—Fue muy amable con nosotros en el funeral de nuestra madre. La única persona que lo fue. Tuvo un ataque cerebral y ha estado... no es inesperado, pero...

—Entonces debéis iros —dijo Dach'osmin Ceredin—. No lo penséis ni un segundo más, Serenidad. No os quepa la menor duda de que volveréis a vernos.

Y con una extraña sonrisa curvada, que hizo que su rostro pareciera vivo por primera vez, hizo una reverencia y bajó del estrado.

Maia apenas la vio marcharse.

—¿Debemos decir algo? —dijo a la vez que hacía un apremiante y amplio gesto hacia el Untheileian— ¿Ellos...?

—No os preocupéis, Serenidad. Hemos hablado con lord Berenar, con el mayordomo del Gran Avar y algunas personas más. Vuestra ausencia no trastornará nada.

—Gracias —dijo Maia y, con su nohecharei, siguió a Csevet fuera del Untheileian.

No le sorprendió ver que Csevet conocía el camino hacia las estancias de los Danivadeise, aunque supuso que él debería haberlo sabido. Pero Csevet lo sabía todo y Maia estaba profundamente agradecido por ello.

Osmin Danivin se encontró con ellos en la puerta. Había estado llorando, pero había logrado elegancia y dignidad en su aflicción.

—Serenidad, os agradecemos que hayáis venido —dijo, haciendo una reverencia—. No os pediremos que os quedéis mucho tiempo, pero madre está lúcida ahora y sabemos que... —Se mordió el labio y luchó por controlarse—. Sabemos que a ella le complació mucho vuestra visita y pensamos que...

—Osmin Danivin —dijo, sabiendo que interrumpirla era la única forma de evitar una frase cada vez más dolorosa—, una visita no nos cuesta nada y si podemos compensar su amabilidad con amabilidad, estamos encantados de hacerlo.

—Gracias, Serenidad —dijo y le guio hacia el dormitorio de su madre.

No había cambiado desde su última visita, tal vez más caldeado, y si así era, eso le complacía. La mujer en la cama estaba más débil, más engullida por su ropa. Sus ojos estaban abiertos de par en par y cuando se aproximó a la cama, vio que lo miraba.

—Serrrrr —graznó. Serenidad.

—Hola, Osmerrem Danivaran —dijo y le sonrió.

—Viene a... —Lanzó una profunda y, sin duda, difícil exhalación —. ¿Adiós?

—Sí —dijo. Tal como había dicho Osmin Davinin, estaba lúcida. Sabía que se estaba muriendo—. Quería hacerlo.

Eso la hizo sonreír, la misma sonrisa torcida de antes.

—Buuuue... —«Buen chico», había dicho la última vez.

Tomó su mano con delicadeza. Pensó que no había nada que decir y recordó que, cuando su propia madre murió, ella no quiso hablar mucho durante los últimos dos o tres días que estuvo consciente. Había querido mirarlo, sujetar su mano. Saber que estaba ahí. Y creyó ver una luz de alivio en los ojos de Osmerrem Danivaran, cuando se dio cuenta de que no la iba a hacer esforzarse por hablar ni escuchar. Le sostuvo la mano y recordó lo amable que había sido con él cuando tenía ocho años, y pensó en Thara Celehar pronunciando la plegaria por los difuntos con la misma deferencia tanto la última como la primera vez. Y cuando vio que empezaba a alejarse de ese momento de lucidez, se inclinó y la besó en la frente.

Su mano aferró la suya con más fuerza durante un momento.

—Buen... —dijo ella—. Buen empera...

Y, ya quisiera decir «sed un buen emperador» o «sois un buen emperador», tan solo hubo una respuesta:

—Gracias, Osmerrem Danivaran —dijo Maia—. Gracias por todo.

Ella volvió a sonreír y le soltó la mano. Él retrocedió un paso para dejar que su hija ocupara su lugar junto a la cama.

—Gracias —susurró Osmin Danivin al pasar.

Él asintió, luego se volvió y se fue antes de que las lágrimas lo cegaran demasiado como para moverse.

—¿Vais a volver al Untheileian, Serenidad? —preguntó Beshelar cuando estuvieron fuera en el pasillo.

—¿Debemos? —preguntó Maia desanimado, pasándose una impaciente mano por la cara.

—Más tarde —dijo Csevet con firmeza—. El baile durará horas. Regresad al Alcethmeret, Serenidad, y recomponeos. No hay prisa.

Cuando Maia se despertó a la mañana siguiente, no podía recordar cómo había llegado desde la Sala Tortuga, donde había accedido a sentarse en silencio durante media hora, hasta su habitación. Y no imaginaba cómo lo había persuadido Csevet para irse, pero se lo agradecía.

En la mesa del desayuno le esperaba una nota de borde negro de Osmin Davinin: su madre había muerto esa noche, menos de una hora después de su visita.

Y nadie entendería, pensó Maia, que el emperador vistiera de luto por ella.

EL DECIMONOVENO CUMPLEAÑOS DE EDREHASIVAR VII Y EL BAILE DE INVERNOCHE

En el decimonoveno cumpleaños de Maia, se despertó antes del amanecer por culpa del viento que aullaba entre las torres del Alcethmeret. El sonido era lúgubre y violento a la vez, y solo tardó unos minutos en darse cuenta de que no había esperanza alguna de volver a dormir. Se sentó y encendió una vela junto a su cama.

—¿Serenidad? —dijo Telimezh desde su puesto junto a la ventana.

—El viento —dijo Maia, excusándose.

—Es terrible, ¿no? —dijo Telimezh y luego pareció sorprendido con su propio atrevimiento.

—Y estar aquí tumbado oyéndolo solo lo empeora. Había una canción que una de las criadas de Edonomee solía cantar, sobre una mujer que dejó que su amante asesinara a su marido y luego se volvió loca y lo asesinó...

—Y luego los aldeanos la condenaron a muerte, su fantasma recorría las calles gritando, primero por un hombre y luego por el otro —acabó Telimezh—. Nuestras hermanas la cantaban, entonando un contrapunto que sonaba como este viento.

—¿Sois de Thu-Evresar?

—Sí, Serenidad. Nacimos en Calestho.

A veinte millas de Edonomee.

—No lo hemos notado en vuestra voz —dijo Maia, a medio camino entre una pregunta y una disculpa. El acento del oeste de Thu-Evresar era inconfundible.

—No, Serenidad —dijo Telimezh, también disculpándose—. Fuimos bien instruidos cuando nos aceptaron en la Guardia Untheileneise.

—Por supuesto —dijo Maia, sintiéndose estúpido. Salió de la cama y el frío del suelo le atravesó al instante los calcetines, haciéndole estremecerse—. ¿Qué hora es?

—Las cinco y media, Serenidad. ¿Debemos llamar a vuestros edocharei?

—Sí, por favor.

Ni siquiera dejaban una bata donde un emperador desatendido pudiera encontrarla. Aunque a Maia le angustiaba ser atendido de esta manera, como si fuera tan incapaz como un niño, sabía lo que dirían si expresaba su deseo de vestirse solo. Y sabía lo heridos que se sentirían sus edocharei.

Una hora y media después, bajó al comedor y encontró la mesa oculta bajo enormes pilas inestables de paquetes y sobres. Había más montones en el suelo. Alrededor de la mesa, Csevet, Esaran, Isheian y dos sirvientes más cuyos nombres no logró recordar, alzaron la mirada con inconfundible culpabilidad reflejada en sus rostros.

—¿Qué demonios...?

Csevet se puso en pie.

—Esperábamos que..., es decir, no sabíamos...

—¿Pero qué es esto? —dijo Maia, empezando a alarmarse. Nunca había visto a Csevet tan nervioso.

Hubo un horrible y largo silencio antes de que Isheian hablara, con apenas un susurro.

—Vuestros regalos de cumpleaños, Serenidad.

—¿Regalos de cumpleaños? —Observó las pilas que llenaban la estancia— ¿Nuestros regalos... de cumpleaños?

—Sí, Serenidad —dijo Csevet, manteniendo el control—. Con la gentil ayuda de Merrem Esaran, hemos hecho un recuento para poder escribir cartas de agradecimiento. No pretendíamos molestaros con todo esto, pero necesitábamos acabar la tarea y no esperábamos que bajarais tan temprano.

Maia apenas notó el tono de reproche.

—¿Pero son... son de quién?

«Tu gramática es atroz», dijo la cortante y repugnante voz que ya no pertenecía a Setheris.

—De todo el mundo, Serenidad —dijo Isheian.

—Esperábamos cartas de los príncipes, los Corazhas, lord Berenar y los miembros del Parlamento —dijo Csevet—. El marqués Lanthevel le ha enviado un libro sobre bordado. Incluso esperábamos el reloj emperador del Gremio de los Relojeros de Zhaö. —Hizo una pausa y se corrigió remilgadamente—. Deberíamos decir que no nos ha sorprendido que enviaran un regalo. El reloj en sí es...

—Sorprendente —dijo Esaran, y Maia se quedó asombrado al darse cuenta de que ella y Csevet eran amigos.

—Sí —confirmó Csevet—. Pero, Serenidad, también tenéis regalos de varios comerciantes barizheisei de Cetho, y de la Asociación Mercantil de Ethuveraz Occidental. Hay mensajes de alcaldes y hierofantes de todos los principados. El pueblo de Nelozho os ha enviado una carta con cerca de quinientas firmas, que debe de ser toda su población. La tripulación del *Resplandor de Cairado* os ha enviado una maqueta de una aeronave. Las familias de la tripulación del *Sabiduría de Choharo* os han enviado una carta tras otra. Y eso tan solo es el principio de... ¿Serenidad?

—No lo comprendemos —dijo Maia con gesto de impotencia, hundiéndose en una silla—. ¿Qué quieren?

Csevet frunció el ceño.

—Quieren desearos un feliz cumpleaños —Csevet lo miró durante otro momento, aún con el ceño fruncido, luego se volvió y empezó a dar rápidas órdenes. A los pocos minutos, la habitación estaba vacía e Isheian le estaba ofreciendo a Maia una taza de té—. Dachensol Ebremis dice que podéis desayunar cuando os apetezca, Serenidad, pero como todavía es tan temprano, no estaba seguro...

—Con el té basta—dijo Maia. Tomó un sorbo y vio que Csevet estaba dando vueltas—. ¿Qué pasa?

—Pensábamos, Serenidad —dijo Csevet al instante—, que quizás querríais desayunar con vuestros sobrinos esta mañana.

Lo que quería decir, por supuesto, es que pensaba que Maia debía hacerlo.

—¿Creéis que les gustaría? —dijo Maia sin convicción.

—Oímos decir a Leilis Athmaza que ellos hablan de vos con frecuencia y que os llaman primo Maia, tal como les pedisteis.

—De acuerdo —dijo Maia, aceptando la derrota—. Pero dejad que vengan aquí —Se encogió de hombros ante la ceja levantada de Csevet y dijo, con una pizca de culpabilidad—: Lo encontrarán más emocionante.

«Y no invadiré su espacio familiar», aunque dudaba que la guardaría fuera un «hogar» para ellos o que algún día llegara a serlo.

El emperador se sentó, bebió té y fingió ignorar los diversos disturbios que había en su casa. Csevet aparecía de vez en cuando para proporcionarle a su emperador las novedades que consideraba apropiadas y material de lectura: las felicitaciones de cumpleaños de los cinco príncipes, los Corazhas y lord Berenar. Maia habría preferido las cartas de las familias de la tripulación del *Sabiduría de Choharo*, pero esa petición podría hacerla más tarde.

Dach'osmin Ceredin le había enviado una espada, una larga, afilada y brillante hoja que hizo que Telimezh abriera los ojos de par en par. Maia, que podía ver que la espada era muy antigua y de gran belleza, pero nada más, alzó las cejas de forma inquisitiva.

—Es una espada solar, Serenidad, el arma de los antiguos príncipes, antes de que Edrevenivar el Conquistador uniera las Ethuveraz. No sabíamos que los Ceredada aún tuvieran una.

—Es un regalo de gran honor —añadió Kiru en voz baja.

—Aunque el significado es poco claro —dijo Csevet frunciendo el ceño.

—Confiamos en que la intención de Dach'osmin Ceredin sea buena —dijo Maia.

—Significa lealtad —dijo Telimezh, casi con impaciencia—. Si los Ceredada han guardado esta espada solar todos estos siglos, ofrecérsela ahora al emperador... —Se detuvo y comenzó de nuevo—. Serenidad, os está ofreciendo un regalo que Arbelan Zhasan no le dio a vuestro padre, el difunto emperador.

—No —dijo Maia pensativo—. No lo hizo.

Las cartas de los príncipes eran, supuso, exactamente lo que se esperaba de unos vasallos que habían visto a su emperador una sola vez: extremadamente correctas y desprovistas de afecto o individualidad. Las cartas de los Corazhas eran más variadas; aunque la mayoría eran muy formales, la de lord Pashavar estaba cargada de consejos y la de Deshehar incluía varias rápidas e ingeniosas caricaturas, sin duda dibujadas durante las reuniones Corazhas: lord Pashavar tenía un aspecto excepcionalmente irascible, lord Bromar estaba soltando un discurso, lord Isthonar a punto de quedarse dormido y el propio Maia, confuso e intentando disimularlo. Podría haberse ofendido o avergonzado o incluso alarmado, si no hubiera habido un afecto tan evidente en todos los dibujos. Y comprendió el regalo que le estaba dando lord Deshehar, junto con su confianza.

La carta de lord Berenar, a pesar de haber recordado incluir las oportunas felicitaciones de cumpleaños, había aprovechado de forma descarada la oportunidad para contarle al emperador lo que había descubierto en la oficina del lord Canciller.

Para el gran alivio de Maia, lord Berenar y su personal habían demostrado que Chavar era honrado...

La carta de lord Berenar, aunque recordaba incluir los deseos apropiados de un buen cumpleaños, era también el aprovechamiento descarado de la oportunidad de contarle al emperador lo que había descubierto en la oficina del lord Canciller. Para enorme alivio de Maia, lord Berenar y su personal habían demostrado que Chavar era honesto...

...aunque no se puede decir lo mismo, Serenidad, de todos aquellos que estaban bajo su supervisión. Algunas de las discrepancias que hemos encontrado se remontan a una década o más. Tememos que a lord Chavar le preocupaban mucho más los aspectos políticos de su posición que los administrativos. Y a pesar de que no negamos la importancia del consejo del lord Canciller al emperador, no comprendemos cómo ha podido atreverse a dar ese consejo sin la información que claramente no se molestó en reunir. Gran parte de la labor necesaria de su cargo se había convertido en responsabilidad de sus secretarios y lord Chavar no era un hombre que inspirara lealtad personal en sus subordinados: no hemos encontrado ningún secretario que hubiera estado con él más de tres años. Tenemos cierta idea del estado de la situación, por supuesto, ya que la Cancillería y la Tesorería deben trabajar estrechamente, pero no sabíamos cuán profunda y extensa era la corrupción. Lo mismo se puede decir de la oficina de Correo General, solo que en un grado aún mayor, ya que Osmer Orimar parece haber estado engañando activamente a lord Chavar, además de haber sido holgazán, estúpido e indisciplinado. Tan solo hay que ver el estado de su oficina personal para comprender por qué decidió respaldar a Chavar, cualquier cosa con tal de asegurarse de que lo dejaban en paz para así continuar con su corrupto e incompetente reinado. Por suerte, los mensajeros parecen ser honestos y leales, inconscientes del vergonzoso comportamiento de sus superiores, y creemos que la situación es, con cierto esfuerzo, salvable.

Berenar también informaba de la investigación sobre el accidente del *Sabiduría de Choharo*.

Los testigos son honrados y leales, Serenidad, pero creemos que son demasiados, y no hay muchos que alguna vez hayan tenido que hacer este tipo de trabajo. Pudieron seguir una sencilla pista lógica, pero cuando esa

pista resultó ser falsa (pues debemos decirnos, Serenidad, que la Liga de Trabajadores de Cetho es completamente inocente, y su inocencia es evidente desde hace semanas), se quedaron paralizados por la indecisión y, lamentablemente, fueron un poco conflictivos. Lord Chavar parece haber agravado el problema negándose a creer que la Liga de Trabajadores de Cetho era inocente. Entendemos que continuó asegurándonos su culpabilidad mucho después de que su inocencia fuera completamente confirmada. Por consiguiente, la investigación se ha estancado y ahora debe volver a retomarse. No nos cabe duda de que es posible, pero parece que hoy, cuando deberíamos estar ofreciéndole regalos, en su lugar debemos pedirnos uno a vos: su paciencia.

Csevet regresó y Maia interrumpió lo que fuera que iba a decir.

—¿Osmer Orimar?

Csevet hizo una mueca.

—Un títere de lord Chavar.

—Lord Berenar dice que Osmer Orimar le estaba ocultando a Chavar una considerable deshonestidad.

—Muy benévolo —dijo Csevet—. Nadie habría creído que tuviera tal inteligencia.

—No parece que le haya resultado muy difícil.

—Oh —dijo Csevet.

—Lord Berenar cree que los mensajeros son honrados y leales.

¿Estáis de acuerdo?

—Serenidad, nosotros no...

—¿Lo estáis?

—Sí, Serenidad —Csevet le lanzó una extraña mirada, que Maia dedujo que era evaluadora cuando Csevet continuó—. Los mensajeros, Serenidad, no son como los oficinistas y los secretarios. Para empezar, un mensajero no tiene que saber leer.

Maia reprimió todas las preguntas que se le ocurrieron y Csevet le dirigió un gesto de aprobación.

—A los que no saben les enseñan sus compañeros, así como cualquier otra educación que puedan necesitar. Pero, para todos nosotros, el sistema de mensajería nos dio la oportunidad, en

ocasiones la única, de tener un trabajo honrado. Y uno en el que no teníamos que trabajar de rodillas. O sobre la espalda.

Otra infinidad de preguntas que no debía hacer.

—Aunque los mensajeros son tan propensos a una mínima deshonestidad como cualquier otro grupo de personas, nadie pensaría en el robo, la extorsión o cualquier otra cosa que él considere traición. Y todos los mensajeros tienen una insaciable e insolente curiosidad —dijo Csevet.

—Aquella noche en Edonomee, ¿leísteis la carta de Chavar?

Csevet vaciló y luego dijo con firmeza:

—Sí, Serenidad.

Maia asintió.

—Gracias. Y no os culpamos por ello.

—Gracias, Serenidad —Csevet empezó a hablar de nuevo, pero Maia lo detuvo levantando una mano.

—¿Si no es Osmer Orimar, entonces quién dirige a los mensajeros? Alguien debe hacerlo.

—Sí, Serenidad. Se le conoce como capitán Volsharezh, aunque no sabemos si de verdad ha conseguido alguna capitanía. Ha estado haciendo el trabajo de Osmer Orimar durante años. Él es quien mantiene la honestidad del sistema de mensajería.

—¿Podéis proporcionarle su nombre a lord Berenar, por favor? No deseamos que se anule lo bueno por lo malo. Y sospechamos que la posición de lord Berenar se facilitará si sabe que hay alguien en quien puede confiar.

—Serenidad —Csevet se inclinó. Esta vez Maia le dejó continuar con su propósito original—, debemos preguntaros qué queréis que hagamos con el regalo de los Tethimada.

—¿Cuál es el regalo de los Tethimada?

—Un juego de colgaduras de verano. De seda blanca de sharadansho.

Alguien susurró una grosería. La seda de sharadansho, (llamada así, usando un juego de palabras con «ceguera de la nieve», porque los trabajadores que la fabricaban se quedaban

ciegos por su complejidad), era la más ligera de las sedas, elaborada en una especie de medio bordado, medio encaje. Parecían copos de nieve, y el blanco era el peor color, se decía que dañaba la vista el doble que el índigo.

—Un juego completo —dijo Maia.

—Colgaduras de cama, dosel, cortinas... Hemos traído —dijo Csevet, haciéndole señas a un paje que esperaba en la puerta—, la sombrilla.

El chico la trajo y se la dio a Csevet, que se la ofreció con gran formalidad a Maia.

Maia la aceptó a regañadientes. El mango era de palisandro y el metal estaba grabado con delicadeza en forma de ramas, con flores de cristal colgando al final de cada varilla. El sharadansho tenía un estampado de hojas y pequeños espejos colocados en un escrupuloso orden aleatorio, para que el portador de la sombrilla brillara bajo el sol.

Era un objeto precioso y, él solo, habría sido un regalo ostentoso.

—Un juego completo —volvió a decir Maia.

—Tememos que el significado está bastante claro —dijo Csevet.

—Sí —afirmó Maia, bajando la sombrilla y resistiendo la necesidad de limpiarse las manos en los pantalones—. Casi habría agradecido un poco de ambigüedad por parte de los Tethimada. Entendemos que no podemos rechazar este regalo, ¿pero debemos usarlo?

—Serenidad, el emperador no podría usar todos los regalos que recibe aunque hubiera cinco más como él —dijo Csevet—. Si aprobarais este regalo, sería adecuado responder con alguna señal de favor hacia los Tethimada, pero como no es así, dejad el asunto en nuestras manos.

—La mano de obra es preciosa —dijo Maia con renuencia—. Con mucho gusto otorgaríamos nuestro favor a los artesanos y a

aquellos que sin dudar quedaron ciegos al fabricar el regalo de los Tethimada.

—¿Serenidad? —dijo Csevet, vacilante.

Maia se dio cuenta de que estaba a punto de encargarle a su secretario una tarea imposible.

—No importa. Por favor, presentadnos el siguiente punto de la agenda.

—Serenidad —dijo Csevet y agachó las orejas, lo que quería decir que había decidido que debía dejar pasar el asunto.

Cogió la sombrilla y se la dio al paje, que se inclinó ante Maia y se marchó. Maia se preguntó qué ocurría con todos los regalos que el emperador no podía usar. Tuvo que librarse de la visión de unos almacenes, como la cueva de un ogro en un cuento de hadas, para prestar atención a lo que decía Csevet: una lista de regalos y mensajes de otras grandes casas, pero ninguno de ellos tan ostentoso e inapropiado como el de los Tethimada.

Idra y sus hermanas llegaron cinco minutos después, todos con aspecto imaculado y muy avisado. Idra se inclinó, e Ino y Mireän hicieron una reverencia, y hubo un suave e irregular coro de voces que dijo «feliz cumpleaños, primo Maia».

—Gracias —dijo Maia y les ofreció asiento, luego tuvo que pedirle a Isheian que trajera un cojín para que Ino pudiera llegar a la mesa. No hubo un silencio incómodo, porque Mireän dijo en cuanto estuvo instalada:

—Primo Maia, ¿habéis visto vuestro reloj?

—El reloj emperador del Gremio de los Relojeros, Serenidad —dijo Csevet.

—Es... magnífico —dijo Mireän.

—Aún no lo he visto —dijo Maia—. Háblame de él.

Mireän empezó a describir las maravillas del reloj, pero Ino no tardó en interrumpirla, y para cuando el desayuno estuvo servido, Idra también había entrado en la discusión y Maia no tuvo que preocuparse de que la conversación fluyera, ya que los tres niños lo hacían sin esfuerzo. Idra intentó iniciar una conversación más

adulta, preguntándole a Maia qué tal iba la visita del Gran Avar, pero Mireän intervino de inmediato.

—¡Es el goblin más alto que he visto nunca! Primo Maia, ¿vos seréis tan alto?

—No —dijo Maia—. Probablemente no seré más alto de lo que soy ahora.

—Es vuestro abuelo —dijo Ino—. ¿Eso significa que vuestra madre era un goblin?

—Sí —dijo Maia.

—Dinan dice que los goblins van a invadirnos y a devorarnos. ¿Por eso está vuestro abuelo aquí?

—¡Ino! —dijo Idra— Primo Maia, os pido disculpas.

—No, me parece una pregunta muy razonable —dijo Maia—. ¿Quién es Dinan?

Idra miró a Mireän, que respondió:

—Dinan Cambeshin, Idra. ¿La recuerdas?

—Oh —dijo Idra—, la hija de una de las amigas del alma de mamá. Es de la edad de Ino, ¿y supongo que juegan juntos?

—No me gusta Dinan —dijo Ino—. Es mala. Pero mamá dice que tenemos que ser amigas.

Maia se acordó de Csethiro Ceredin, que fue obligada a ser amiga de Csuru, y se alegró de que Idra dijera con firmeza:

—No tienes que ser amiga de nadie que no quieras, Ino. ¿Pero por qué dijo eso de los goblins? No es cierto.

—¿No? Pero mamá dijo que los goblins tomarían el poder ahora que el primo Maia estaba en el trono, así que pensé que Dinan llevaba razón.

Idra pareció tan horrorizado que a Maia le costó no reírse. Tomó un sorbo de té y dijo:

—No, los goblins no van a tomar el poder. Y por supuesto que no van a comerse a nadie. Y mi abuelo solo está aquí para celebrar la Invernoche.

—¡Oh! —dijo Mireän—. Como cuando nosotros nos quedamos con nuestro otro abuelo la última Invernoche. ¿Te acuerdas, Ino? La

abuela Zharo nos dio naranjas.

—Sí —dijo Ino, un poco dubitativa.

—Seguro que te acuerdas —dijo Idra—. El abuelo Idra nos enseñó sus perros, uno de ellos tuvo una camada.

—¡Recuerdo a los cachorros! —dijo Ino—. Y la perrita mamá me lamió los dedos. El abuelo dijo que yo le gustaba.

—Exacto —dijo Idra—. Y la abuela Zharo nos llevó a ver el teatro de marionetas.

—¿Qué es el teatro de marionetas? —preguntó Maia, y el resto del desayuno lo ocuparon las explicaciones, con Idra tan emocionado y con los ojos tan brillantes como sus hermanas, despojado de toda madurez.

Maia lamentó que apareciera Csevet para hacer cumplir la ineludible agenda del emperador, pero al menos al salir del Alcethmeret tuvo que pasar por el reloj emperador, y Csevet ni siquiera le reprendió por detenerse. Decidió que Mireän y Esaran llevaban razón, era magnífico y sorprendente.

Las escasas horas de luz del día pasaron con rapidez; la agenda de Maia estaba atestada de inauguraciones y representaciones, entre ellas la de Min Vechin, que fue tan sumamente hermosa que olvidó sentirse resentido y apenado al verla. Y luego el Gran Avar insistió en visitar la Feria del Caballo de Cetho, a pesar del clima y las molestias que causara. Maia nunca había estado en una feria de caballos, mucho menos en la Feria del Caballo, y siguió la estela de su abuelo hasta que el Avar se giró mientras examinaba un caballo y le hizo una pregunta.

No tenía sentido y Maia contestó en tono de disculpa.

—No sabemos nada de caballos.

—¿Nada? —El Avar se atragantó y farfulló algo, y luego estalló, exigiendo saber cómo podía un nieto suyo quedarse ahí parado diciendo que no sabía nada de caballos.

—Nunca nos enseñaron a montar —dijo Maia, esforzándose por no encogerse—. Nuestra madre estaba demasiado enferma y no

había caballos de monta en Edonomee. Aunque los hubiera habido, nuestro guardián nunca nos habría permitido aprender.

El Avar estaba muy sombrío.

—¿Y vuestro padre lo permitió?

—A nuestro padre no le... —Importaba. Se detuvo justo a tiempo, al recordar que se encontraban en un lugar público—. Nuestro padre no se preocupó por nuestra educación —dijo, miró fijamente al Avar a los ojos y continuó en voz baja—. Ni vos tampoco.

El Avar pareció aún más sombrío.

—Seguramente, no es la primera ni la última vez que hemos cometido una estupidez —dijo—. Vamos. Os compraremos un caballo.

Y a pesar de las protestas de Maia, eso fue exactamente lo que procedió a hacer, dándole a Maia una completa y rápida lección sobre caballos y equitación por el camino. La parte que más le gustó a Maia fue que le enseñaran a relacionarse con los caballos que el Avar estudiaba: cómo colocar su mano, cómo ofrecerle trozos de manzanas. Le encantó su nariz suave, sus habilidosos labios y ese resoplido cuando investigaban.

El Avar estuvo magnífico en su negativa a apresurarse; Maia observó y tomó notas mentales. Al final, cuando los faroles de la Feria del Caballo se encendieron al disminuir la luz del día, escogió un caballo blanco, al que enseguida le enseñó a llamar rucio, un caballo castrado de diez años, lleno de misteriosos, pero aparentemente importantes, atributos. Su nombre era Terciopelo, y Maia se quedó perplejo y desconcertado ante la idea de tener su propio caballo.

No había tiempo para más, ni siquiera el Avar podía luchar más contra los esfuerzos combinados de los secretarios, los nohecharei y los hezhethoreisei. Fueron trasladados a la Corte Untheileneise, a una velocidad que Maia pensó que estaba prohibida en las calles de Cetho, y que, sin duda, no debería estar permitida con la nieve y el viento, y Maia pasó una frenética hora siendo desnudado, aseado,

perfumado y vestido con rígidas túnicas blancas de encaje y bordado plateado. En lugar de peinillas y palillos tashin, su cabello estaba recogido con una elaborada red plateada con pequeños diamantes en cada una de las intersecciones y un velo sobre ella tan fino que casi era inexistente. Llevaba diamantes en los dedos, en las orejas, alrededor del cuello... Y lo comprendió cuando se echó un rápido vistazo en el espejo: estaba blanco, frío y brillante, como un copo de nieve bajo la luz de la luna. El único defecto en su semejanza era su piel, e incluso eso podrían ser solo sombras de nubes sobre la luna.

Sus nohecharei (Cala y Beshelar, que no podía recordar cuándo habían cambiado su turno) lo llevaron hacia el Untheileian y dejaron al emperador en su trono justo cuando los músicos comenzaban a afinar sus instrumentos. Beshelar estaba murmurando algo sobre prisas y faltar el respeto a los dioses, pero Cala dijo:

—Si eso es lo peor con lo que los dioses tienen que lidiar esta noche, podemos considerarnos todos hombres santos —y Beshelar se quedó en silencio.

Los músicos comunicaron que estaban preparados con una breve fanfarria de una canción llamada «La reina de las nieves», y Maia se levantó. Le habían enseñado las palabras rituales y las pronunció cuidadosamente, unas palabras que eran una invitación y una solicitud para despedir el año con bailes y música, que a nadie le faltara pareja, que cualquiera que deseara bailar fuera bienvenido. Volvió a sentarse, esforzándose por mantener el control y la elegancia y no ser un emperador derrumbándose como una armadura al caer de su pedestal. Pero dio gracias por poder sentarse y observar, en lugar de tener que participar.

Al instante vio que lo que Csevet había dicho era cierto; a los resplandecientes cortesanos se les unían personas con ropa más sencilla, personas que no llevaban joyas, cuyo cabello solo estaba adornado con horquillas. Esos rostros oscuros no pertenecían solo al Gran Avar y su séquito. Vio las túnicas azules de los mazei en diferentes zonas de la sala y jóvenes con uniformes de mensajero, y

reconoció al menos a una de las chicas de la estación neumática del Alcethmeret. Estaba bailando con lord Pashavar, y Maia se sintió complacido.

Tres horas después, el baile fue interrumpido por un banquete y un magnífico despliegue de fuegos artificiales en honor al emperador. Maia se sentó con el embajador Gormened a un lado y Osmerrem Berenaran al otro. Se había sorprendido al descubrir que lord Berenar estaba casado; aún más le sorprendió su esposa, que era robusta y bastante sencilla, y no se esforzaba por ocultarlo. No le pidió conversación, sino que le obsequió con un divertido monólogo sobre trasladar la Casa Berenadeise de las estancias que habían ocupado durante treinta años a las que venían con la oficina del Lord Canciller. Chavar nunca las había usado.

—Nuestro marido dice que eso es parte del problema —dijo Osmerrem Berenaran—, pero no pretendemos entender su razonamiento.

—Debe de resultar muy incómodo —dijo Maia—, trasladarse después de tantos años.

Ella soltó un bufido, uno impropio de una dama, pero un sonido claramente de buen humor.

—«Incómodo» es una cosa. «Agradable» es otra. No le tenemos ningún cariño a las estancias de los Berenadeise y no habíamos visto a Eiru tan feliz en su trabajo desde que nuestros hijos eran pequeños.

—¿Feliz? Por lo que sabemos, hemos metido a lord Berenar en una zarza, si no en algo peor.

—Él prospera en las zarzas. Cuanto más espinoso es un problema, más feliz parece resolviéndolo. —Su sonrisa la hizo verse encantadora—. Nuestro agradecimiento no tiene mucho valor, sin duda, pero aun así, os damos las gracias, Serenidad. Por meterlo en las zarzas.

Maia le devolvió la sonrisa.

—Creemos que vuestro agradecimiento es de gran valor, Osmerrem Berenaran. Y nos complace.

Se sonrieron el uno al otro durante un momento más, luego Gormened atrajo la atención de Maia para preguntar por la salida del Gran Avar a la Feria del Caballo. Maia deseó tener la habilidad de lady Berenaran para crear una historia divertida a partir de nimiedades, pero al menos podía asegurarle a Gormened que el Avar no había recibido ni causado ninguna ofensa.

Gormened soltó un profundo suspiro de alivio y Maia dijo:

—Seguramente, no somos vuestra única fuente de información.

—No, Serenidad, pero podemos confiar en que vos nos diréis la verdad, porque no debe temer nuestra ira ni la del Avar.

—¿Él se enfadaría?

Gormened hizo un gesto muy expresivo.

—No obtuvo su poder, ni lo mantuvo durante tantos años, siendo amable y servicial. —Su humor cambió visiblemente—. ¡Pero un caballo! Esto es magnífico, Serenidad. Habladme de él.

Maia no fue capaz de cumplir tan satisfactoriamente como debería, pero Gormened gentilmente echó el peso sobre sus hombros y ocupó el resto del tiempo antes del desfile desde la sala de banquete hasta el Untheileneise'meire, contándole historias sobre el poni de su infancia, que Maia escuchó embelesado.

La ceremonia que despedía el año viejo y daba la bienvenida al nuevo fue sencilla, el archiprelado Tethimar fue breve, ya que sabía que la multitud estaba deseosa de volver al Untheileian y bailar hasta el amanecer. Maia se sentía como si estuviera pasando la noche siendo trasladado de un lugar incómodo a otro, pero al menos en el Untheileian podía sentarse. Y el baile era muy hermoso de observar. Vio al Gran Avar bailando con Nadeian Vizhenka, a Csevet bailando con Arbelan, al marqués Lanthevel bailando con Csorú, y le sorprendió lo atractiva que parecía Csorú cuando se olvidaba de mantener su compostura egoísta.

Csethiro Ceredin salió del baile para unirse a él en el estrado durante un rato y este hizo un mal uso de sus nohecharei, hasta el punto de enviar a Beshelar a buscar la silla más cercana. A Dach'osmin Ceredin le complació y le contó historias de las

celebraciones de la Invernoche de su infancia, proporcionándole una imagen tan vívida de su afectuosa relación con sus hermanas que se sintió celoso.

Ella se detuvo en mitad de la historia sobre la primera Invernoche de su hermana mayor y lo que sus hermanas menores le habían hecho, cuando dijo «igualar el marcador» y él vio que su hermanastra Vederó esperaba con impaciencia al pie del estrado. Dach'osmin Ceredin se levantó, se alisó la falda con un experto movimiento de muñeca y dijo:

—Debéis tener cuidado, Serenidad, no sea que os desgastemos los oídos con nuestro interminable parloteo.

Se fue con una elegante reverencia y vio que ella y Vederó se dieron la mano cuando esta pasó por su lado, como hacían las amigas, y la archiduquesa subió las escaleras. La reverencia de Vederó fue más exagerada de lo que debería y tomó asiento en la silla que había junto al trono sin dudar cuando Maia se la ofreció.

—Tenemos que daros las gracias, Serenidad, y no sabemos cómo.

—No tenéis...

—Sí, debemos. Por todo lo que no deberíais haber hecho, os estamos agradecida. Sobre todo porque sabemos que no os dimos ninguna razón para ser amable con nosotras.

—Nosotros no le desearíamos a nadie que fuera tan vejado e infeliz como lo fue nuestra madre —dijo Maia, enormemente incómodo.

—Lo sabemos —dijo Vederó—, y por eso debemos agradeceróslo.

La miró con tal perplejidad que ella puso una sonrisa.

—No lo hicisteis por nosotras, y habríais hecho lo mismo por Sheveän, ¿no es así?

—Sí —dijo Maia—, suponemos que así es.

—Y por eso os damos las gracias —dijo Vederó de inmediato, como si ahora todo cobrara sentido. Volvió a ponerse en pie—.

Habr  un eclipse de luna dentro de dos semanas, Serenidad. Si quisierais venir a verlo con nosotras, estaríamos muy complacida.

—S  —dijo Maia, sorprendido y encantado—, nos gustaría mucho.

La sonrisa de Vederio parecía rígida e inexperta, pero pensaba que era sincera. Hizo una reverencia y descendí del estrado, donde su mano fue inmediatamente reclamada por un joven con uniforme de mensajero. Maia se sentó y observó e intent  evitar sonreír tontamente.

Era mucho más tarde y había mantenido conversaciones con varias personas más, cuando Eshevis Tethimar se arrodilló ante el estrado.

«Estoy demasiado cansado para esto», pensó Maia, y sabía que así era. Pero no tenía elección.

—Pod is acercaros, Dach’osmer Tethimar —dijo, amparándose en una prudente formalidad.

Dach’osmer Tethimar subió las escaleras y volvió a arrodillarse, lo que irrit  a Maia.

— Qu  os preocupa, Dach’osmer Tethimar? —Csevet le había reprendido con severidad una semana antes por haber dicho « qu  podemos hacer por vos?», porque implicaba que el emperador estaba bajo las órdenes del suplicante, y Maia estaba esforzándose mucho para encontrar alternativas más aceptables.

— Preocuparnos? —Dach’osmer Tethimar levantó la cabeza. Mientras todos los demás con los que había hablado Maia estaban sonrojados por el baile, Dach’osmer Tethimar estaba blanco como la nieve—. Nuestras preocupaciones no os interesan, Serenidad. —Escupi  el título honorífico como si fuera un insulto—. Pero esto lo har  —y se lanzó hacia delante, como una bestia sobre su presa, con una pequeña daga brillando en la mano.

Maia no podía esquivarlo, atrapado como estaba en la incómoda grandiosidad de su trono, pero mientras apretaba inútilmente la espalda contra el respaldo del asiento, con la mente hecha un revoltijo de plegarias e incredulidad, algo se interpuso

entre él y Tethimar y hubo un crujido como el de un relámpago y un fuerte olor a ozono. Maia no pudo ver lo que ocurrió, en un momento de violenta confusión, y luego se encontró atrapado contra el trono por el peso de Deret Beshelar, que yacía sangrando en su regazo. Tethimar era una madeja de terciopelo y seda a los pies de Maia y Cala sacudía las manos como si le dolieran.

Un instante después, Csorú Zhasanai gritó.

Maia se tragó las ganas de hacer lo mismo y le dijo a Beshelar:

—¿Es muy grave?

Beshelar se retorció.

—Oh, dioses, lo siento. Lo siento. —Se puso en pie como pudo—. Os rogamos perdón, Serenidad.

—¿Por salvarnos la vida? Beshelar, eres un idiota incomparable... —Se le quebró la voz y ni siquiera le importó—. ¿Estás bien?

—Yo... —Beshelar bajó la mirada hacia Tethimar, que no se movía.

—Dejadme ver —dijo Cala con firmeza y Beshelar extendió el brazo herido con la obediencia de un niño.

—¡Serenidad! —Csevet trepó hasta el estrado y Maia perdió de vista a Beshelar y a Cala en el caos que siguió, cuando varias mujeres se pusieron histéricas, algunos importantes dignatarios fueron sacados a toda prisa por sus guardias personales, el Hezhethora formó un sólido cuadrado alrededor del gran Avar y la propia Guardia Untheileneise también tuvo un ataque de histeria, mientras intentaba proteger al emperador a la vez que registrar la corte en busca de otras amenazas.

Lo que Maia recordó después con mayor claridad fue la voz de su abuelo por encima del tumulto, increpándoles a sus soldados como a un grupo de atontados.

Csevet y lord Berenar tardaron un poco (atacando el problema, por así decirlo, desde ambos extremos) en encontrarse en medio y restaurar el orden. Maia no les era de utilidad y eso lo avergonzaba, pero las cosas se le habían venido encima por etapas: primero que

Dach'osmer Tethimar había intentado matarlo, luego que Dach'osmer Tethimar había muerto («Oh, sí», oyó que Cala respondía a la pregunta de alguien, «bien muerto»), que Cala había matado a Dach'osmer Tethimar y el olor a ozono había emergido de un hechizo mortal («revethmaz» era la palabra y resonaba en su cabeza sin cesar) y, finalmente, que Dach'osmer Tethimar tenía que ser la persona que estaba detrás de la muerte de su padre, y él no podía hacer más que sentarse, temblar y hacer un apresurado viaje al lavabo más cercano, donde permaneció hecho un ovillo, poco dispuesto a confiar en sus rodillas o en su estómago, hasta que alguien se alarmó lo suficiente como para ir a buscar a Csevet y este tuvo la sensatez de enviar a alguien a buscar a Kiru, que vino y dijo con impaciencia:

—Es una reacción perfectamente comprensible a un intento de asesinato. Sugerimos a Su Serenidad que se vaya a la cama, pero si no os veis capaz, entonces buscaremos un buen té dulce y a alguien que se encargue de toda esta joyería sin sentido.

Ella entró en el baño y de pronto se sintió agradecido de que hubiera sido clériga de Csaivo cuando él aún llevaba pañales, ya que lo ayudó a recomponerse sin reprenderle y sin empeorar las cosas alarmándose o compadeciéndose. Sabía que no estaba tan tranquila como hacía ver, pero eso solo hacía que pareciera más un pacto entre ellos, y él lo agradeció.

El té llegó con su edocharei, que estaba muy impactado y muy compasivo, pero para entonces ya podía lidiar con ello y estaba complacido por su hábil y experta ayuda quitando las joyas, los adornos y la incómoda chaqueta. Avris había traído la túnica forrada de piel, que normalmente no permitían que Maia llevara más allá de la verja del Alcethmeret, y se envolvió con ella mientras Nemer le recogía el pelo, y cuando este volvió a emerger («como una mariposa de la más extraña crisálida», pensó y tuvo que ahogar una risa en una tos), fue capaz de decir:

—Dejadnos trasladarnos al Verven'theileian, donde no nos haremos eco los unos a los otros. —Y fue obedecido.

Las sillas del Verven'theileian eran cómodas y ninguna de ellas era un trono. Maia se sentó, rodeó con las manos su taza de té y observó a Csevet y lord Berenar utilizar el cuello de botella que era la puerta para reducir el número de personas involucradas. Hubo una gran cantidad de discusiones, que Maia decidió que no necesitaba escuchar, hasta que la voz profunda, clara y aguda de una mujer captó su atención.

—Dejadla entrar —le dijo a Csevet.

—Serenidad —comenzó Csevet, volviéndose para mirarlo, de forma que su cuerpo dejó de bloquear su visión de Dach'osmin Ceredin.

Se miraron el uno al otro, entonces ella hizo una reverencia y dijo:

—No, no pretendemos molestaros. Solo deseábamos comprobar que no estabais herido. Buenas noches, Serenidad —Dio un par de pasos y luego se volvió para decir, cortante y repentinamente, como una espada al desenvainar—. Lo hubiéramos destripado si no estuviera ya muerto.

Estaba siendo completamente sincera. No tardó en marcharse y el silencio que dejó tras ella duró solo un momento, lo suficiente para que Maia reconociera un sentimiento parecido al afecto por su preocupación. Y entonces la discusión volvió a empezar. Al final, fue por tres de ellos (Maia, Csevet y Berenar) además de los cuatro nohecharei de Maia, el capitán Orthema y el capitán Vizhenka de los Hezhethora, por quienes se dejó convencer el Gran Avar para irse a dormir, con la condición de que tuviera un portavoz en el Verven'theileian, y Maia, al ver que todo ese escándalo provenía de una auténtica ira y preocupación y que discutir con él solo le hacía perder tiempo y energía, había aceptado.

—¿Preferís tener a Gormened? —le había susurrado a lord Berenar y este había accedido a regañadientes. Mejor un soldado que un cortesano en ese consejo.

El capitán Vizhenka, que tranquilizó al capitán Orthema afirmando con rotundidad que él se encontraba allí a petición del

Avar, no a título oficial como representante de los Hezhethora o de Barizhan, enseguida demostró ser de gran utilidad. Había estado observando a los bailarines en lugar de participar, y había observado el avance de Eshevis Tethimar a través del Untheileian.

—Atrajo mi atención —dijo el capitán—, porque no bailaba y cuando se detenía para hablar con alguien, siempre era un hombre. Era evidente que era algún asunto importante, pero no nos dimos cuenta de que se trataba de uno mortífero. Disculpádnos, Serenidad.

—Nosotros tampoco nos dimos cuenta —dijo Beshelar con rudeza.

Le habían vendado el brazo y estaba bebiéndose de mala gana una taza del té dulce más fuerte de Kiru y fulminaba a todo el mundo con la mirada.

—¿Reconocisteis a alguno de los hombres con los que habló Tethimar? —dijo lord Berenar—. Al menos deberíamos preguntarles qué les dijo.

—Nos esforzamos en conocer vuestra corte, por deseo de Maru'var. Él dice que es viejo y que la memoria le falla, pero la verdad es que nunca ha tenido buena memoria para los nombres. Dach'osmer habló primero con el conde Solichel, luego con el conde Nethenel y Mer Reshema, y finalmente con Dach'osmer Ubezhar.

Todos parecían cada vez más sombríos a medida que la lista de Vizhenka aumentaba. Todos eran señores de Thu-Tetar y Thu-Athamar.

—Todos —dijo Csevet— están emparentados con los Tethimada, por parte de madre o por matrimonio. Y sabemos que Dach'osmer Ubezhar fue a Amalo para ayudar en las negociaciones del matrimonio de su pariente.

Berenar, Orthema y Vizhenka parecían desconcertados.

—¿Serenidad? —preguntó Berenar.

—Csevet, ¿vais a buscar la carta, por favor? —dijo Maia y, mientras Csevet no estaba, les habló a los demás sobre las investigaciones de Mer Celehar.

—¿Por qué no nos lo dijisteis? —preguntó lord Berenar cuando hubo acabado. Por su expresión fulminante, el capitán Orthema se estaba preguntando lo mismo.

—Porque no teníamos, ni tenemos, pruebas. Las sospechas de Mer Celehar, aunque creemos que son correctas, no son más que eso. Todavía no tenemos pruebas de que Dach'osmer Tethimar estuviera involucrado en el asesinato de nuestro padre.

—¡Pero...! —dijo Telimezh y de pronto se calmó. Maia pensó que Kiru le había dado una patada en el tobillo.

—Sin embargo, pensamos... —comenzó a decir lord Berenar rápidamente, cuando Csevet regresó, un poco sofocado y con mala cara.

—Serenidad —dijo—, tenemos la carta. Pero también tenemos una petición urgente, si creéis que es posible y tal vez mientras estos caballeros leen las palabras de Mer Celehar, se requiere su presencia en la guardería.

—¡Los niños! —Maia se dio cuenta de que se había puesto en pie de un salto— ¿Están...?

—Están ilesos —dijo Csevet al instante—. No han intentado nada contra ellos. Pero han oído lo del altercado en el Untheileian y están... —se mordió el labio y finalmente dijo—. Angustiados.

—Oh —Podía imaginárselo; perder a su padre, a su abuelo, a sus tíos, luego a su madre y ahora ignoraban lo que le había ocurrido a la persona que los había acogido bajo su protección—. Volveremos enseguida —dijo—. Caballeros, debéis disculparme. Por favor, lean la carta de Mer Celehar. Consideramos que Mer Aisava sabe tanto sobre este asunto como nosotros. Él se quedará y responderá sus preguntas. Si quieren proponer una forma de proceder a partir de ahora, estaremos encantado de oírla a nuestro regreso.

Empezó a dirigirse hacia la puerta y los cuatro nohecharei se levantaron.

Maia se detuvo, desconcertado.

—No os necesitamos a los cuatro.

Beshelar y Kiru empezaron a hablar y de pronto se quedaron callados, mirándose el uno al otro.

—¿Y bien?

—El teniente Beshelar está herido —dijo Kiru—. No debería estar de servicio. Ya le hemos dicho que debería estar en la cama.

—Estamos perfectamente —dijo Beshelar.

—Tenéis mal color —dijo Cala, de forma audible—, pero nosotros sí estamos perfectamente, Serenidad, y no hay necesidad de que Kiru Athmaza pierda más horas de sueño.

Cala no estaba «perfectamente», Maia podía ver el temblor de sus manos y la forma en la que ocasionalmente un estremecimiento le recorría todo el cuerpo. «Ha matado a un hombre esta noche», pensó Maia y sintió como si se le estuviera partiendo el corazón.

—Tampoco hay necesidad de que Telimezh pierda horas de sueño —dijo Beshelar con vehemencia—. Los segundos nohecharei deben cubrir su turno esta noche, nos vayamos a dormir ahora o no, y parece desacertado que ellos vengan sin descansar innecesariamente.

—¿Tan desacertado como proteger al emperador con una gran herida abierta en su brazo? —dijo Cala y su voz sonó más aguda de lo normal.

—No es...

—¡Basta! —Se volvieron y lo miraron con los ojos abiertos de par en par, y se dio cuenta de que casi había gritado—. Cala, Beshelar, id a descansar —dijo con firmeza—. Kiru y Telimezh pueden protegernos hasta esta noche, cuando vosotros podréis cubrir el siguiente turno. A menos que haya algún motivo sagrado para que los primeros nohecharei nos protejan las noches pares.

Los cuatro nohecharei se habían sonrojado. Cala se recuperó primero.

—No, Serenidad. Vamos, Beshelar. Sabes que te sentirás mejor cuando duermas un poco.

Y a pesar de la bravuconería de Beshelar, parecía aliviado de poder dejar de discutir. Maia les hizo un gesto de cabeza a Kiru y

Telimezh, y por fin logró salir del Verven'theileian.

Cuando llegó al Alcethmeret, encontró a Leilis Athmaza paseándose inquieta en el pasillo, fuera de la verja de la guardería.

—Serenidad. Nos... Nos alegra que estéis ileso.

—Gracias. Mer Aisava dijo que los niños estaban preocupados.

—Sí, Serenidad. Fue imposible no enterarse del disturbio y el príncipe Idra deseaba que averiguáramos lo que estaba ocurriendo. Desafortunadamente, no pudimos conseguir respuestas claras, pero todos sabemos que no regresasteis al Alcethmeret, y...

—Lo entendemos —dijo Maia y, al ver la culpabilidad en el rostro de Leilis Athmaza, añadió—. No tenéis que sentir os mal, no es culpa vuestra que no pudierais encontrar a nadie que os diera respuestas. ¿Dónde están los niños?

—Por aquí, Serenidad —dijo Leilis Athmaza, inclinándose. Abrió la verja de la guardería, cerrándola con cuidado tras ellos y volviendo a guardarse la llave, con una larga cinta negra, en la túnica. Pasaron la sala de estar hacia una puerta abierta en la que la luz inundaba con calidez el suelo.

Era la habitación de Ino y Mireän, a juzgar por las dos camas pequeñas, pero los tres niños se encontraban allí. Idra estaba sentado en una cama con Ino en su regazo y Mireän pegada a su costado. Llevaban los pijamas y el cabello trenzado cayendo por sus espaldas. Las dos niñas estaban llorando e Idra parecía tener los ojos enrojecidos e hinchados. Todos miraron a Maia cuando entró y, antes de que pudiera decir algo, Mireän saltó de la cama y corrió hacia él, rodeándole la cintura con los brazos. Ino se liberó de Idra, y Maia, dándose cuenta de que estaba a punto de unirse a su hermana, se arrodilló en el suelo para que no lo derribaran.

—Mireän, Ino —dijo Idra, intentando mostrar reprobación, pero le tembló la voz.

—Está bien —dijo Maia—. Lo siento. Debería haber caído en enviar a alguien para deciros...

—Teníais cosas más importantes en las que pensar —dijo Idra y apartó la mirada.

El rostro caliente y húmero de Ino estaba hundido en su cuello y Mireän lloraba agotada en alguna parte bajo su brazo.

—No estoy seguro de haberlo hecho —dijo Maia—. Pero estoy bien. De verdad.

—¿Qué ha ocurrido? —dijo Idra.

Maia tragó con dificultad. Seguía sin ser fácil pensar en ello.

—Eshevis Tethimar intentó matarme.

Idra frunció el ceño.

—¿El hombre con el que se supone que tía Vederó debe casarse?

—Ya no —dijo Maia de forma funesta—. ¿Lo conocías?

—Intentó ser amable conmigo —dijo Idra, encogiéndose de hombros—, pero mamá dijo...

—Está bien —dijo Maia. Setheris le había prohibido que hablara de Chenelo y comprendió la vacilación de Idra—, no espero que finjas que ella no existe.

Eso provocó el pequeño destello de una sonrisa.

—Mamá dijo que Dach'osmer Tethimar no era alguien de quien desearía ser amigo y de hecho no me gustaba, aunque fuera amable.

—No —dijo Maia—, a mí tampoco me gustaba.

—¿Pero intentó matarte?

—Sí.

—¿Quería ser emperador? —preguntó Mireän, alzando la cabeza y aflojando su agarre, algo que Maia agradeció porque le había estado costando respirar.

—No lo sé —dijo Maia.

—¿Va a matar a Idra? —dijo Ino.

—No. Está muerto —Pensó en lo horrible que era ofrecer eso como consuelo y luego pensó que parecía un epitafio adecuado para Eshevis Tethimar.

—Debe de ser un gran.... Es decir, debéis de estar ocupado —dijo Idra.

—Un poco —admitió Maia—. No debería quedarme.

—Gracias por venir —dijo Idra—. Estábamos... preocupados.

—No me sorprende —dijo Maia con gentileza. Se encontró la mirada de Idra sobre Ino y le hizo ver que sabía que «preocupado» era un eufemismo—. Yo también lo estaba.

Eso le provocó una risa de culpabilidad a Idra y este se levantó de la cama para arrodillarse junto a Maia.

—Ino, el primo Maia tiene que irse.

Por un momento, Ino se aferró con más fuerza, pero luego lo soltó. Miró a Maia, con los ojos hinchados y sollozando.

—¿Volveréis?

—Sí, lo haré, te lo prometo —dijo Maia—. Aunque puede que no sea pronto.

—¿Podemos ir a visitarte otra vez? —preguntó Mireän y añadió al instante—. Alguna vez. No cuando estés ocupado.

—Me encantaría —dijo Maia. Se levantó e Idra lo hizo también, mirándolo con tanta inquietud como Ino.

—Estoy bien —le dijo Maia a Idra—. No debes temer por mí. Estoy bien protegido.

—Claro —dijo Idra, pero no añadió: «igual que lo estaba mi abuelo».

—Es diferente cuando uno sabe ser prudente —dijo Maia, al ver a las dos niñas aferradas ahora a las manos de Idra.

Los ojos de Idra se iluminaron un poco.

—Supongo que sí. Gracias —Maia le tocó el hombro con amabilidad, dándose cuenta de que era una extraña repetición de un gesto de los barizheise que se había acostumbrado a ver los últimos días, y dijo—: Intenta dormir. Alguien debería hacerlo.

Idra sonrió y dijo:

—Lo intentaré.

UNA CONSPIRACIÓN AL DESCUBIERTO

En el Verven'theileian, Maia encontró a lord Berenar y al capitán Orthema inmersos en una acalorada discusión, mientras el capitán Vizhenka observaba con resignación. Csevet estaba hablando con un par de secretarios, a quienes Maia reconoció, pero no pudo ponerles nombre. Todo el mundo se detuvo y se inclinó cuando Maia entró, y pensó que lo mejor era aprovechar la interrupción antes de que Berenar y Orthema volvieran a empezar.

—Capitán Orthema —dijo—, recordamos que la Guardia Untheileneise estaba apostada para evitar que nadie dejara la corte.

—Sí, Serenidad.

—¿Podrías ir y averiguar si vuestros hombres han tenido que detener a alguien? Creemos que esa información podría ser muy interesante.

Orthema dudó solo una milésima de segundo antes de responder:

—Sí, Serenidad —lo que, por la mirada que le dirigió a Berenar, decía mucho a su favor. Hizo una reverencia y se marchó.

—¿Sobre qué discutíais Orthema y vos? —le preguntó Maia a Berenar.

Berenar suspiró apesadumbrado.

—Él deseaba arrestar a todos los Tethimada que hay en la Corte Untheileneise, junto con los hombres que el capitán Vizhenka vio hablando con Dach'osmer Tethimar. Y aunque en efecto comprendemos su punto de vista, no podíamos permitirlo sin la orden directa de Su Serenidad. —Le lanzó a Maia una mirada cautelosa, como si ahora le preocupara que Maia apoyara a Orthema.

—No —dijo Maia—. No creemos que tengamos motivo para arrestar a nadie aún, aunque nos gustaría mucho hablar con los hombres con los que habló Dach'osmer Tethimar.

—Serenidad —dijo Csevet, interrumpiéndolo de forma educada —, el conde Nethenel y Mer Reshema han expresado su deseo de cooperar y están esperando en la sala de reuniones públicas, al otro lado del pasillo. El sirviente del conde Solichel ha informado a nuestro paje de que está enfermo y no puede hablar con nadie.

—Una enfermedad muy repentina —dijo lord Berenar.

—En efecto —dijo Maia—. ¿Y Dach'osmer Ubezhar?

—No lo encontramos, Serenidad. Aunque tal vez el capitán Orthema traiga noticias de él cuando regrese.

—Tal vez. Muy bien. Dejados hablar con el conde Nethenel.

Maia se sentó en su acostumbrado asiento en la larga mesa del Verven'theileian y Csevet salió un momento, regresando casi de inmediato con Pazhis Nethenel, el conde Nethenel, que estaba casi gris por la tensión, pero por lo demás estaba tranquilo.

Maia recordaba por las lecciones de Berenar, que la Casa Nethenada era una casa pequeña al oeste de Thu-Tetar, célebre principalmente por su gobierno centenario del Vado Nethen, donde, por una combinación de calzadas, dragados y algunas islas dispuestas de forma aleatoria, mantenían el único cruce seguro del Tetara a más de cincuenta millas. El actual conde Nethenel era unos seis años mayor que Maia y había sido nombrado por la emperatriz

Pazhiro, aunque si se trató de un esfuerzo por ganarse el favor de Varenechibel, se podría decir que no tuvo éxito. Los Nethenada eran una de las familias menos ricas de Thu-Tetar, ya que por supuesto el Tetara pertenecía a la corona y los Nethenada no podían cobrar peaje sin permiso, un permiso que jamás les habían concedido. Maia, analizando al lord con cara de hurón que estaba frente a él, pensó que quizás se les debía a los Nethenada un poco más de consideración de la que habían recibido hasta ahora.

—Conde Nethenel —dijo—, gracias por aceptar hablar con nosotros.

—Serenidad —dijo el conde Nethenel con una torpe reverencia.

—No sospechamos que hayáis hecho nada —dijo Maia con tanta amabilidad como pudo—. Solo deseamos saber lo que os dijo Dach'osmer Tethimar cuando habló con vos anoche.

Nethenel tragó con dificultad.

—Fue... fue una especie de amenaza, Serenidad.

—¿Una amenaza? —dijo lord Berenar.

—Nosotros... —Nethenel tosió y empezó de nuevo—. Hace algún tiempo que la Casa Nethenada y la Casa Tethimada han estado en desacuerdo sobre... bueno, sobre las ideas políticas de Dach'osmer Tethimar. Este verano volvimos a negarles nuestro apoyo respecto a una reclamación que le hacía al emperador. Anoche dijo que pronto nos arrepentiríamos de nuestras lealtades.

Tosió de nuevo y Maia dijo:

—Un poco de agua para el conde Nethenel, por favor.

Csevet llenó un vaso con la jarra que estaba junto al samovar y se lo trajo. La mano de Nethenel temblaba cuando lo cogió y bebió con cuidado.

—Gracias, Serenidad. Lamentamos seguir... seguir un poco abrumado.

—No os culpamos —dijo Maia y, al igual que con Idra, la irónica banalización funcionó con Nethenel, ya que logró mirar a Maia a los ojos e incluso ofrecerle una débil sonrisa.

—Queremos hablar con Mer Reshema, por favor —le dijo Maia a Csevet.

—¡Serenidad, él no sabe nada de esto! —dijo Nethenel con repentina desesperación— Por favor. Ni siquiera sabe quién era Eshevis.

—Tampoco sospechamos de él —dijo Maia, desconcertado—, pero también es un testigo.

El conde Nethenel pareció querer seguir con las protestas, pero Csevet ya había dejado la sala.

Mer Reshema parecía poco mayor que Maia. De hecho, era el hombre con uniforme de mensajero que Maia había visto bailando con Vederó. Era parte goblin, aunque su piel era más pálida que la de Maia, tenía el cabello negro y los ojos de un naranja intenso. Estaba más tranquilo que el conde Nethenel y Maia se preguntó, pasando la mirada de él a Csevet, si los mensajeros eran elegidos por su calma imperturbable o si era parte de la educación de la que le había hablado Csevet. Mer Reshema confirmó las palabras de Nethenel.

—Estaba alardeando, Serenidad. El conde Nethenel y yo pensamos que debía de haber obtenido alguna concesión de vuestra parte, aunque no podíamos imaginar cuál.

—No esperábamos —añadió Nethenel con inquietud— que él... que quisiera...

—¿Cómo podríais? —dijo Maia— Confesamos que no mejora nuestra imagen de Dach'osmer Tethimar que se detuviera en su camino a nuestro asesinato para permitirse regodearse un poco, pero desde luego no podríais haber sabido que pasaría del regodeo al asesinato. —Miró a lord Berenar—. ¿Tenéis alguna pregunta más para estos caballeros?

—No, no tenemos. Son los amigos de Dach'osmer Tethimar a quienes debemos pedir más respuestas, no a sus enemigos. Gracias, caballeros.

—Sí —dijo Maia—. Gracias. Apreciamos vuestra ayuda.

—Desearíamos poder ser de más ayuda, Serenidad —dijo Mer Reshema, y el conde Nethenel murmuró una confirmación. Hicieron una reverencia y se marcharon.

—El conde Nethenel estaba muy nervioso —observó Maia.

—Debería —dijo lord Berenar—. El Baile de Invernoche es una cosa, pero traer a tu amante ilegítimo es otra muy distinta.

—¿Qué? —dijo Maia.

—¿No lo sabíais, Serenidad? Creíamos que hasta los pájaros cotilleaban sobre ello. El conde Nethenel ha estado dando una imagen indecorosa de sí mismo desde el equinoccio de primavera.

—No encontramos nada desagradable en Mer Reshema.

—Y nosotros no sabemos nada del descrédito del joven —confirmó Berenar—. Es Nethenel quien se está metiendo en arenas movedizas. En realidad, esto no tiene nada que ver, ya que la imprudencia dista mucho de la traición y los Nethenada siempre han sido estúpidamente leales.

—Os pedimos disculpas —dijo Maia con fingida indignación y le complació que Berenar se riera.

—No nos referíamos a vos, Serenidad. Pero los anteriores emperadores han... bueno, Varevesena no les dio razones para quererlo. Pero eso no importa. La cuestión es qué vamos a hacer con Solichel y Ubezhar, una vez que encontremos a Ubezhar, por supuesto.

—Puede que esté sucediendo ahora —dijo Csevet, inclinando la cabeza.

Maia también escuchó el escándalo que había en el pasillo, mezclado con el tintineo y el chirrido de las armaduras y una voz gritando palabras confusas. Csevet abrió la puerta justo cuando el alboroto llegó al Verven'theileian. Entraron dos soldados, medio arrastrando a un tercer hombre entre ellos, no por el deseo de ser violentos, sino porque estaba luchando contra ellos. Por su ropa, era un cortesano, y Maia supuso por su obvio rechazo a presentarse ante el emperador que se trataba del escurridizo Dach'osmer Ubezhar. El capitán Orthema cerraba la marcha.

—Serenidad —le saludaron los soldados, con un poco de dificultad debido a la necesidad de mantener sujeto al prisionero.

El capitán Orthema los rodeó con cuidado y Csevet cerró la puerta y se quedó de espaldas a ella. Dach'osmer Ubezhar se quedó callado de repente y sumamente concentrado en sacudirse la ropa.

—Serenidad —dijo el capitán Orthema—, Dach'osmer Ubezhar fue hallado en los establos del sur, intentando sobornar a un mozo de cuadra para que le abriera la puerta. Para vuestro conocimiento, debemos alabar a Khever, el mozo de cuadra, ya que se negó con vehemencia y nuestro cabo dice que amenazó con darle un puñetazo a Dach'osmer Ubezhar en la nariz.

—No tenemos nada que decir —declaró Dach'osmer Ubezhar, lo que resultó interesante, ya que nadie le había preguntado nada todavía.

No era un hombre atractivo, ni tenía el poderío de Eshevis Tethimar, y su intento de arrogancia cayó en saco roto, aunque habría sido difícil para cualquiera llevarlo a buen puerto con el cabello desmoronándose.

—Creo —dijo el capitán Orthema, y nadie en la sala fue lo suficientemente estúpido para pensar que su uso de la primera persona fuera en absoluto amistoso— que sí que lo haréis.

—Capitán —dijo Maia. Más que una reprimenda, fue una advertencia.

Orthema asintió de mala gana y rodeó la mesa para colocarse junto al asiento de Berenar. Pero ni él ni Maia ordenaron a los soldados que retrocedieran.

—¿Sois un trasgo que asusta a los niños, capitán? Nosotros no somos un niño —dijo Dach'osmer Ubezhar.

Su expresión de desprecio era una evidente copia de la de Tethimar y Maia pensó que bajo toda esa bravuconería estaba realmente asustado.

—Dach'osmer Ubezhar —dijo Maia y esperó hasta que Ubezhar mirara en su dirección, aunque ni siquiera llegó a devolverle la

mirada—, lamentamos ser el primero en informaros, pero Dach'osmer Tethimar está muerto.

Dach'osmer Ubezhar no dijo nada, aunque Maia notó que hacía un esfuerzo por callar. No pareció sorprendido en absoluto.

—Habló con vos esta noche —dijo Maia.

Maia fue consciente de que la situación se estancaría si Ubezhar tuviera la inteligencia o el valor de quedarse callado, y la solución de Orthema sería tentadora. Pero Ubezhar respondió al instante, a la defensiva.

—Sin duda, habló con muchas personas.

—Incluidos nosotros —confirmó Maia y se sintió inapropiadamente complacido por la mueca que hizo Ubezhar—. Ya hemos hablado con algunas de esas personas y hablaremos con el resto, pero eso no os concierne. ¿Qué os dijo?

—Sin duda, eso es un asunto privado entre nosotros y nuestro difunto amigo.

—No cuando vuestro difunto amigo pasó de estar junto a vos a un intento de asesinato —dijo lord Berenar.

Ubezhar hizo otra mueca, aunque al observarlo detenidamente, Maia pensó que fue más por la falta de tacto de Berenar que por la idea de que su amigo hubiera intentado asesinar al emperador.

—Si habló con vos sobre asuntos no relacionados con lo ocurrido, nosotros...

—¡Lo hizo! —dijo Ubezhar, demasiado ansioso— Nada que ver con..., es decir, no teníamos ni idea de que...

—Porque —dijo Orthema con suavidad— si vos lo hubierais sabido, por supuesto, lo habríais detenido.

—Por supuesto —dijo Ubezhar, pero no era un buen mentiroso.

—Dach'osmer Ubezhar —dijo Berenar—, ¿conocéis la pena por traición?

—¿Traición? —dijo Ubezhar, con voz chillona.

—Así es como se le llama generalmente al asesinato de un emperador.

Ubezhar se puso blanco y habló de forma abrupta.

—¡No tengo nada que ver con eso! ¡Todo fue idea de Eshevis!
Berenar alzó las cejas.

—¿El asesinato de Edrehasivar Séptimo? ¿O el asesinato de Varenechibel Cuarto?

Ubezhar miró a Berenar con una mezcla de ira y pánico, y luego se liberó de los soldados y se abalanzó hacia la puerta. Y Csevet, cumpliendo la amenaza del mozo de cuadra, le dio un puñetazo en la nariz.

Después de eso, Ubezhar se desmoronó por completo y los detalles brotaron del pañuelo ensangrentado presionado contra su rostro: el descontento de Tethimar, compartido por muchos nobles de Thu-Athamar y Thu-Tetar, y su creciente impaciencia por las negativas de Varenechibel a hacerles caso.

—Esto nunca ocurrió con Varevesena —dijo Ubezhar con indignación, a pesar de que no era tan mayor como para recordarlo.

A Tethimar no le había resultado muy difícil reunir a varios hombres que compartieran sus ideas, ni convencerlos de que se les estaba tratando mal. Y a partir de ahí, por desgracia, no se necesitaba demasiada imaginación para seguir el camino que habían tomado hacia el asesinato y la traición.

—¿Es necesaria nuestra presencia? —le dijo Maia a Berenar, angustiado.

Berenar pareció desconcertado, luego algo iluminó su rostro, que Maia evitó comprender.

—No, Serenidad. En absoluto. Por favor, retiraos y descansad.

A Maia ya no le quedaban fuerzas para oponerse a la amabilidad. Precisó de toda su atención para regresar al Alcethmeret sin derrumbarse y allí se sintió como un títere obediente cuando sus edocharei lo desvistieron, lo asearon, le ofrecieron una comida que no pudo ni mirar, y lo metieron en la cama. Se tumbó y miró hacia los felinos luchadores, estaba tan exhausto que la habitación parecía girar lentamente a su alrededor y no podía dormir.

Después de lo que le pareció un buen rato, una voz dijo con suavidad:

—¿Serenidad?

Kiru. Nunca había sabido cómo decidían sus nohecharei cuál de ellos se quedaba en su habitación y cuál no, y en cierto modo parecía grosero preguntar.

—¿Sí, Kiru Athmaza?

Tuvo cuidado de no mirarla.

—No estáis durmiendo —dijo ella.

Una suave constatación de un hecho.

—No podemos —dijo, sombrío—. Todo es... Si cerramos los ojos, le volvemos a ver.

—Tethimar.

—Sí. Esa mirada en su rostro...

Se estremeció y luego notó que no podía dejar de hacerlo.

—¿Serenidad?

La voz de Kiru estaba cada vez más cerca.

—¡No! —jadeó. «No podemos ser vuestro amigo»—. Estamos bien. Solo... solo tenemos frío.

Sabía por su silencio que ella no le creía, pero si ser emperador tenía alguna ventaja, era que no podía llamarlo mentiroso a la cara. Se giró hacia un lado, dándole la espalda, y encogiéndose todo lo que pudo. «Solo tenemos frío», se dijo a sí mismo. «Mucho frío».

Kiru empezó a cantar en voz baja. Maia no conocía la canción (algo sobre una mujer muerta que incitaba a amantes infieles a ahogarse en el Tetara), pero no importó. La voz de Kiru era suave aunque bastante ronca, pero logró mantener la melodía y su delicadeza hizo que le doliera la garganta de una forma en la que la hermosa voz de Min Vechin nunca lo haría. Si hizo algún sonido delator, Kiru no dio señales de oírlo, y cuando por fin se quedó dormido bajo la oscura luz de la tormenta que trepaba por las cortinas, ella aún seguía cantando.

Durmió profundamente durante cuatro horas y se despertó sintiéndose mejor de lo que pensaba que tenía derecho. Durante un

almuerzo tardío, Csevet le contó los progresos que se habían hecho contra la conspiración de Tethimar. Dos de los hombres que Ubezhar había nombrado se habían suicidado antes de que pudieran ser arrestados, pero los otros cuatro estaban bajo custodia y solo uno, Dach'osmer Veschar, intentaba declararse inocente. Por otra parte, Mer Celehar había llegado en la aeronave del mediodía desde Amalo y deseaba ver a Maia lo antes posible.

—¿Eso dijo? —preguntó Maia antes de poder censurarse, ya que distaba mucho de la experiencia que tenía con Thara Celehar.

Csevet se aclaró la garganta.

—Está muy angustiado, Serenidad, por no haber sido lo bastante rápido para evitar que Dach'osmer Tethimar intentara asesinaros. Creemos que, de hecho, desea veros para poder pedir os perdón. También —y ahora Csevet tuvo la cautela de no mirar a Maia—, hemos oído que Csuru Zhasanai lo ha echado.

—Oh, cielos —dijo Maia—. Eso es culpa nuestra.

—Serenidad —dijo Csevet, no del todo de acuerdo—, no creemos, sin embargo, que Mer Celehar mencione ese hecho si vos no lo presionáis.

—Gracias —dijo Maia—. ¿Cuándo podremos verle?

—Um —dijo Csevet, consultando parte de su ineludible pila de papeles—. Si lo deseáis, puede concedérsele una audiencia ahora, Serenidad, ya le hemos dicho a todos los demás que no estará disponible hasta que vuestros nohecharei hayan vuelto a cambiar los turnos. —Encogió un hombro en un gesto curioso—. A diferencia de una hora marcada por el reloj, no deja discutir sobre la posibilidad de reunirse cinco minutos antes.

—¿Os cuesta mucho sacar esos argumentos?

—Es nuestro trabajo, Serenidad —dijo Csevet y le sonrió—. ¿Veréis a Mer Celehar ahora?

—Sí —dijo Maia.

Se tomó una taza de té recién hecho en la Sala Tortuga y se sentó tan cerca de la chimenea como pudo. Como si quisiera hacer que la media mentira que le había contado a Kiru fuera cierta, tenía

un frío horrible y no parecía entrar en calor. Daba la impresión de que Celehar hubiera estado esperando a que lo llamaran, porque llegó allí casi de inmediato, arrodillándose en el suelo.

«Diosas misericordiosas, otra vez no».

—Levantaos —dijo Maia—. Por favor. No deseamos...

—Os hemos fallado, Serenidad —dijo Celehar, inmóvil.

—Fallar... ¿en qué? —Maia se pellizcó el puente de la nariz— Mer Celehar, considerando la terrible naturaleza de lo que ocurrió anoche, no podemos comprender por qué decís tal cosa.

Celehar alzó la mirada.

—Pero...

—No. —Tuvo que detenerse, tan sorprendido como cualquiera por el brusco tono de su voz. Probó de nuevo—. Vos no sois responsable de la vanidad de Dach'osmer Tethimar, ni de su notable falta de juicio. Hicisteis lo que os pedimos que hicierais y lo hicisteis muy bien. Nada más es responsabilidad vuestra y os pedimos, con toda sinceridad, que no os adjudiquéis más cargas.

Celehar al fin se levantó, parecía perplejo.

—Pero si no hubiéramos... Sin duda, fueron nuestras investigaciones las que causaron que Dach'osmer Tethimar...

—Si no hubiera sido por vos, habría sido por otro motivo —dijo Maia—. Creemos que no estaba muy cuerdo y nunca habría..., es decir, no había venido desde tan lejos para aceptar cualquier cosa que no fuera una completa sumisión a sus deseos y eso nunca lo habría logrado. De hecho, os estamos agradecidos, porque si vuestras investigaciones no lo hubieran asustado, podría haberse tomado tiempo para elaborar un plan mejor. Como hizo cuando asesinó a nuestro padre.

—Serenidad —dijo Celehar, horrorizado.

Maia lo miró. Tenía mal color y los ojos enrojecidos.

—Mer Celehar, ¿cuándo dormisteis por última vez?

—Um —Celehar se frotó la cara—. Nosotros no... ¿qué día es hoy?

—Creemos que aún es el vigésimo segundo —dijo Maia.

—Ah —Celehar frunció el ceño—. Debemos de haber dormido el vigésimo. Sí, porque recordamos que la Hermandad Vigilante nos ofreció usar una celda.

—Entonces necesitáis dormir —dijo Maia—. Estamos seguro de que no os sentiréis tan responsable de todo esto cuando despertéis.

La vacilación de Celehar antes de acceder fue perfectamente palpable y Maia se preguntó en qué medida la disposición de Celehar a aceptar la responsabilidad de las cosas, que no eran culpa suya, se debía a Csuru Zhasanai y lo que debía de haber sido, en el mejor de los casos, una desagradable escena.

—Os acogeremos en nuestra casa —dijo—, ya que Csuru es pariente nuestra, vos también lo sois, y además nos habéis proporcionado un gran servicio. Csevet, ¿podéis pedirle a Merrem Esaran que le encuentre una habitación a Mer Celehar, por favor?

—Por supuesto, Serenidad —dijo Csevet—. Por aquí, Mer Celehar.

Celehar se quedó paralizado un momento y luego, en apenas un susurro, dijo:

—Gracias, Serenidad. —Y dejó que Csevet lo acompañara fuera de la sala.

Maia suspiró de alivio y centró su atención en los documentos que Csevet le había traído, un minucioso resumen de lord Berenar sobre el progreso de la investigación. Csevet ya le había contado la mayor parte, pero lo leyó con detenimiento de todas formas y le alegró saber que Berenar ya había empezado a confirmar tanto inocentes como culpables; aunque el padre de Tethimar era tan culpable como su hijo, el resto de los Tethimada solo parecían serlos de confiar en la honorabilidad del líder de su casa, y Dach'osmerrem Ubezharan estaba consternada por las intrigas de su marido. Berenar añadió que le había aconsejado pedir el divorcio, un consejo escandaloso proviniendo de un lord Canciller, pero Maia estaba de acuerdo. Si ella no formaba parte del complot de Ubezhar y Tethimar, no se merecía cargar con su deshonra.

Estaba profunda y asombrosamente aliviado de que el Archiprelado no estuviera implicado. Ya era bastante malo que su reinado hubiera empezado con dos intentos de golpe de estado, uno de ellos liderado por su propio lord Canciller, como para que también estuviera involucrado el Archiprelado de Cetho.

Cuando Berenar entró, seguido por Cala y Beshelar, y Maia recordó lo que Csevet le había dicho sobre los «cinco minutos antes», le contó a Maia el resto de lo que había dicho Ubezhar.

—Por lo visto, el accidente del *Sabiduría de Choharo* no formaba parte del plan de Tethimar.

—¿No?

—No nos malinterpretéis, Serenidad. Tethimar pretendía que el emperador y sus hijos murieran. Pero no en ese momento. Pretendía que murieran tras su propia boda.

—¿Disculpad?

—El plan de Tethimar era que la nave del emperador fuera destruida en su regreso a Cetho desde Puzhvarno, la ciudad más cercana a la casa solariega de los Tethimada en Eshoravee.

—La conocemos —dijo Maia, lanzándole una mirada a Csevet, que le respondió con un asentimiento—. ¿Queréis decir, entonces, que en efecto había sido prometido en matrimonio con nuestra hermana Vederó?

—Eso parece, Serenidad. No cabe duda de que él y sus aliados pensaban que lo estaba. Lo del *Sabiduría de Choharo* fue una... prueba.

—¿Una prueba?

—Ubezhar dijo que Tethimar quería estar seguro de que podían esconder el artefacto sin problemas. El plan era que un objeto del mismo tamaño y forma debía ser colocado en el *Sabiduría de Choharo* y si llegaba a Cetho sin ser detectado, sabrían que el verdadero artefacto estaría a salvo. Pero hubo algún malentendido.

—Entonces pretendía casarse con nuestra hermana y luego asesinar a nuestro padre y nuestros hermanos —dijo Maia despacio.

—Colocando a Eshevis Tethimar en una posición ideal para asumir la regencia en lugar del príncipe Idra —coincidió Berenar.

—¿Pero entonces qué pretendía hacer con nosotros? ¿No imaginó que nos permitirían asistir a su boda?

Berenar tosió, agachando las orejas.

—Creemos, Serenidad, a pesar de que Ubezhar no lo dijo con estas mismas palabras, que Tethimar casi se había olvidado de vos. No os consideraba una amenaza.

—Maldito cretino chiflado —dijo Maia con amargura y las orejas de Berenar se agacharon aún más, antes de continuar.

—Pero el artefacto destruyó el *Sabiduría de Choharo* y Tethimar no solo no contrajo matrimonio con la archiduquesa, sino que ni siquiera tenía un contrato de matrimonio firmado. Vos fuisteis coronado antes de lo esperado. Y los intentos de Tethimar por reorganizarse fueron frustrados.

—Repetidamente —dijo Csevet con evidente satisfacción.

—Vos no habrías aprobado el matrimonio con la archiduquesa. El lord Canciller llevó a cabo su propio intento de tomar el poder. El investigador que enviasteis a Amalo encontró al hombre que fabricó el artefacto. Según Ubezhar, Tethimar pasó los últimos días buscando alguna forma de salir de la trampa en la que él mismo se había metido. Y cuando no pudo encontrarla... bueno, Ubezhar no quiso decirlo, pero, Serenidad, creemos que Tethimar había llegado a consideraros el responsable de todos sus problemas. Lo último que le dijo a Ubezhar fue que moriría satisfecho si vos lo hacíais con él.

—Parece que nos odiaba —dijo Maia y se avergonzó por la debilidad de su propia voz.

—Bueno, no importa —dijo Berenar de inmediato, cambiando de tema—. Está muerto y creemos que su conspiración morirá con él. —Explicó con claridad y precisión los planes que tenían él y Orthema para asegurarse de no simplemente desvelar la conspiración, sino de erradicarla completamente—. Os aconsejamos, Serenidad, que se exija la presencia de los líderes de

cada una de las casas involucradas y que se les haga juraros lealtad personalmente. Y os recomendamos encarecidamente que la Casa Tethimada sea extirpada. Dejemos que sus propiedades sean repartidas entre las hermanas solteras de Eshevis Tethimar, de esa forma cada una obtendrá una generosa dote, y que no se hable más de ella.

—¿Cuántas hermanas tiene? —preguntó Maia.

—Cuatro. Pero la mayor, por supuesto, está casada con el príncipe Orchenis.

—Sí —respondió Maia, incómodo—. Berenar, ha..., es decir, no creemos que el príncipe esté, de alguna manera... no deseamos...

Su voz se apagó, incapaz de preguntar: «¿Estáis convencido de que el príncipe de Thu-Athamar no conspiraba contra nosotros?».

Berenar esperó con educación hasta que quedó claro que Maia no iba a encontrar una forma de acabar la frase.

—No creemos que haya razones para dudar de la lealtad de Orchenis. Os aconsejamos que lo convoquéis a él y a su esposa, ya que es un asunto demasiado importante para dejar cualquier mínima duda. De hecho, conociendo a Orchenis, creemos que deseará deciros, personal e inequívocamente, que es leal, pero... bueno, Serenidad, si Orchenis hubiera formado parte del complot, se habría esperado que alzara su estandarte en cuanto murió vuestro padre.

—Ah —dijo Maia—, sí. Sabemos a lo que os referís. —Sacudió la cabeza para aclararla y continuó—. ¿Qué edad tienen las hermanas solteras de Dach'osmer Tethimar?

—Serenidad —Berenar se aclaró la garganta—, quince, doce y siete.

—¿Y no tenía hermanos?

—Tenía un hermano más joven, Serenidad, pero murió hace unos años. Un accidente de caza, creemos, aunque no recordamos los detalles.

—No importa. ¿Quién será el guardián de las chicas, entonces?

—¿Serenidad?

—Su hermano está muerto, su padre pronto lo hará. ¿Su madre está...?

—Muerta, Serenidad. Durante el alumbramiento de la hija más pequeña.

—Si van a llevar la riqueza de los Tethimada a otras casas, uno no desearía ponerlas al cuidado de un primo Tethimadeise —dijo Maia—. ¿La casa de su madre?

Berenar pareció incómodo.

—Los Ubezhada, Serenidad.

—Ah, no. —Tuvo una visión de la guardería del Alcethmeret llena de los hijos de sus enemigos y entonces se le ocurrió la solución—. El príncipe Orchenis.

—¿Serenidad?

—Es su tío por matrimonio. Y si, como vos decís y nosotros también creemos, él es leal, no hay una persona más adecuada.

Berenar se quedó en silencio, como si contemplara la idea desde varias perspectivas, y luego asintió.

—Sí. Coincidimos. Lo hará muy bien.

—¿Hay otros asuntos? —preguntó Maia.

—Hemos hablado con Mer Celehar —dijo Berenar—, y con los oficiales de la Hermandad Vigilante que lo acompañaban y los prisioneros.

—¿Los prisioneros? —preguntó Maia al instante.

Berenar consultó sus notas.

—Shulivar, Bralchenar y Narchanezhen. Las personas responsables del artefacto que destruyó el *Sabiduría de Choharo*. Han sido encarcelados en el Judiciato, pero nos preguntábamos si... Serenidad, sería completamente legal olvidar el juicio y ejecutarlos mañana. Los oficiales nos han dicho que no niegan lo que han hecho y no ofrecen ninguna defensa.

—No —respondió Maia de forma instintiva y, con tal dureza, que dijo de inmediato—. Disculpádnos. Pero no. No nos rebajaremos a la venganza. Sin embargo...

—¿Serenidad?

—Queremos hablar con ellos —oyó sus propias palabras pero apenas pudo creerlas.

SHULIVAR, BRALCHENAR Y NARCHANEZHEN

Berenar, Csevet, Beshelar, Cala, el teniente Echana y todos los demás miembros de la casa de Maia habían hecho lo posible por disuadirle. Y él no tenía argumentos racionales que ofrecerles, tan solo un sentimiento tan fuerte que no podía pasarlo por alto. Se trataba de los responsables más directos de que se hubiera convertido en emperador, necesitaba verlos, como si su realidad pudiera demostrar la suya propia.

Entre la reticencia de su personal y sus obligaciones (otro banquete para el Avar, este seguido de una función del Coro Municipal de Cetho y una aparentemente interminable procesión de personas a las que tuvo que tranquilizar haciéndoles ver que se encontraba bien), ya pasaba la medianoche para cuando pudo bajar a la antigua prisión de la Corte Untheileneise, el Nevennamire. Era más antigua, de hecho, que la Corte que Edrethelema III había diseñado, y Maia encontró en sus estrechos pasillos y sus singulares habitaciones redondas, un desconcertante atisbo del aspecto que había tenido una vez el palacio.

El Nevennamire era el lugar donde numerosas y diferentes jurisdicciones convergían: la Guardia Untheileneise, la Hermandad Vigilante de Cetho y de Thu-Cethor, y la Guardia del Judiciato, un pequeño pero honorable cuerpo que protegía su autonomía con la misma ferocidad que a sus prisioneros. El calabozo estaba bastante atestado, ya que los oficiales de Amalo también debían ser acomodados, y todos ellos se pusieron en pie sobresaltados cuando Beshelar dijo en voz alta:

—Su Serenidad Imperial, Edrehasivar Séptimo.

Maia se había negado a que llevaran a los prisioneros al Alcethmeret, ni siquiera al Michen'theileian. En eso obtuvo el inesperado apoyo del teniente Echana, que dijo que sería mucho más fácil contener a los prisioneros en el Nevennamire que en las amplias salas de la corte.

—Si Su Serenidad entrara en razón —dijo Beshelar—, no habría necesidad de contenerlos.

Echana había sonreído de pronto.

—Sí, pero es evidente que eso no es posible, así que deje que trabajemos con lo que tenemos.

Y así el emperador entró al Nevennamire, un hecho que, según Cala, estaba bastante seguro de que no había ocurrido desde que la emperatriz Valestho había sido aprisionada injustamente por el hermano del emperador Belthelema IX, y el propio emperador fue a abrir sus grilletes.

—Sentaremos otro precedente —dijo Maia con severidad—. Puede que aparezca en los libros de historia junto a nuestro segundo intento de golpe de estado en menos de un mes.

—Serenidad...

—No importa. Lo sentimos.

—No lo hagáis—dijo Cala, afligido.

Maia se encogió de hombros, con la misma aflicción («no podemos ser vuestro amigo») y continuó caminando.

En el Nevennamire, los guardias parecían bastante sobrecogidos por su presencia, lo cual no le hizo sentir mejor. Por

fortuna, el oficial de guardia, el cabo Ishilar, consiguió mantener la calma e incluso, a pesar de no comprender por qué se encontraba allí el emperador o qué se esperaba de él, estaba dispuesto a cooperar. Se negó a permitir que Maia pasara la sala de guardia hacia la prisión, pero no dudó en reorganizarla en una sala de audiencias improvisada que, aunque no era exactamente lo que Maia quería, reconoció que era lo mejor que probablemente podría conseguir. Se sentó en la silla que el cabo Ishilar había colocado para él, con Cala a su derecha y Beshelar a su izquierda, y los ocho guardias como pilastras a lo largo de la pared, y esperó mientras Ishilar iba a buscar a los prisioneros.

Ishilar también se había negado en rotundo a traer más de un prisionero a la vez y Beshelar lo había respaldado vehementemente, así que Maia había pedido ver primero a Min Narchanezhen, luego a Mer Bralchenar y por último a Mer Shulivar. Creía que necesitaba un poco de práctica antes de poder hablar con la persona que había fabricado el artefacto, quien, mejor que nadie, debía de haber sabido lo que provocaría.

Min Narchanezhen tenía la cara de hurón de un elfo purasangre y llevaba el blanco cabello cortado como un trabajador. Era evidente que estaba decidida a no sentirse impresionada por él, pero no le importaba. Había sido la mensajera entre Ubezhar y Shulivar, al parecer los dos hombres habían acordado su plan de destrucción y asesinato sin ni siquiera verse cara a cara. La miró durante un largo momento, mientras que a ella le resultaba cada vez más difícil mirarle a los ojos.

—¿Sabíais lo que provocaría? —preguntó por fin. Era la única pregunta que parecía importar.

—Sí y lo volvería a hacer —le escupió—. Es la única forma de obligaros, vil parásito, a renunciar a vuestro poder.

El cabo Ishilar la abofeteó.

—Habláis con vuestro emperador, Narchanezhen.

—¿Mi emperador? —Se echó a reír, y fue un sonido horrible, tan abrupto como las cicatrices del brazo de Maia—. Este no es mi

emperador. ¿Qué le importo yo a él o él a mí? Nunca habría conocido mi nombre si no fuera por el glorioso ataque que llevamos a cabo contra el anquilosado poder que él representa.

—¿Eso es lo que pensáis? —dijo Maia— ¿Glorioso?

—Glorioso —dijo con un énfasis desafiante.

Pensó en la multitud del Ulimeire de Cetho y se sintió enfermo.

—Entonces, no hay nada más que decir.

Ella le gritó mientras Ishilar y uno de los oficiales de Amalo la sacaban a rastras, su voz se fue alzando hasta que solo fue un alarido tan terrible como el viento.

—Serenidad —dijo Cala—, no tenéis que hacer esto. Nadie os lo exige.

—Sí debo —dijo Maia con cansancio y Cala volvió a retirarse.

Bralchenar resultó casi peor que Narchanezhen; postrado y aterrorizado, estaba con toda claridad dispuesto a decir cualquier cosa que pudiera salvarle la vida. No tenía sentido preguntarle nada, ya que solo diría lo que pensaba que Maia quería oír. Maia lo escuchó durante unos minutos, sintiendo que se lo debía, si no a Bralchenar, sí a todas las personas que este había asesinado.

—Las elecciones fueron vuestras, Mer Bralchenar. —Y le dirigió un gesto de asentimiento a Ishilar.

Mer Shulivar no era lo que Maia esperaba, aunque, en realidad, no podría haber dicho qué era lo que esperaba. Era alto, un poco desgarrado, con el cabello negro muy corto y unos vivos ojos azules; su piel era del mismo tono gris que la de Maia. Se miraron el uno al otro. Shulivar no estaba asustado ni se mostró hostil, y a Maia le resultó extrañamente fácil decir:

—¿Por qué lo hicisteis?

—Porque debía hacerse —dijo Shulivar. Maia vio que estaba absolutamente seguro, que su calma no provenía del simple coraje, sino de la convicción.

—¿Debía?

—Está en la naturaleza de todas las personas aferrarse al poder cuando se posee —dijo Shulivar—. Por tanto, se estanca y se

vuelve turbio, ponzoñoso. Son necesarias acciones radicales para liberarlo. Y si prestáis atención, veréis que ya está funcionando. Si no hubiera hecho lo que hice, un medio goblin como vos nunca habría alcanzado el trono de las Ethuveraz.

Maia abrió la boca y luego la volvió a cerrar. Respecto a eso, Shulivar no se equivocaba.

—Puedo ver los cambios —dijo Shulivar—. Vos no os aferráis al poder como lo hizo vuestro padre y vuestro abuelo. No teméis soltarlo. Y tenéis ideas nuevas, ideas que ningún emperador ha tenido antes que vos.

—No —protestó Maia.

—Sí —dijo Shulivar—. Ningún emperador habría asistido al funeral de los sirvientes de su padre. Ningún emperador habría aceptado a una mujer como su nohecharis. Traéis el cambio, Edrehasivar, y lo traéis porque yo os abrí el camino.

—No. No merece ese precio.

—Veintitrés vidas —dijo Shulivar—. ¿Sabéis cuántas personas matan las fábricas de Choharo, Rosiro y Sevezho en un año? ¿En un mes?

—Pero yo no he...

—Lo haréis —dijo Shulivar, y sus ojos estaban azules, serenos, con una mirada completamente enloquecida. Y aun así, benditas diosas, llevaba razón. Maia sabía que sí.

—Nuestro padre estaba trabajando para mejorar las condiciones en el oeste —dijo.

—Frente a la firme oposición del este —dijo Shulivar—, con la que siempre ha tenido que transigir. Sin embargo, esa oposición ya está desmantelada por vuestro reinado.

—Eso no es... —Maia casi se mordió la lengua—. No fue un malentendido, ¿no es así? Traicionasteis a Tethimar a propósito.

—¿Eso importa? —dijo Shulivar—. Lamento todas las muertes, pero repito, debía hacerse. —Inclinó la cabeza, el primer gesto que había hecho conforme al protocolo tradicional—. No hay más que decir, Serenidad. De verdad.

Fue una despedida y Maia estaba demasiado horrorizado para discutirla. Hizo un asentimiento hacia Ishilar y Shulivar fue retirado de su presencia.

—¿Ahora os marcharéis? —murmuró Beshelar.

Maia se puso en pie y vio las expresiones de alivio en los rostros de todos los guardias. Cuando el cabo Ishilar regresó, Maia dijo:

—Gracias por vuestra ayuda. Y vuestra paciencia.

Ishilar se sonrojó.

—Es un honor servirlos, Serenidad —dijo, y todos los guardias saludaron.

Maia regresó al Alcethmeret e intentó no pensar en Shulivar. Intentó no pensar en la horrible filosofía de Shulivar y el cadáver cubierto con encajes de su padre. Por primera vez, comprendió por qué Setheris había pasado tanto tiempo ebrio. Si eso detenía el bullicio en su cabeza, merecería la pena.

Pero no merecía la pena pedirle a Isheian, a Nemer o al cualquiera, que le trajera una jarra de hidromiel. No merecía la pena la mirada que le dirigiría Beshelar. En lugar de eso, dejó que sus edocharei le prepararan para dormir, aunque estaba casi seguro de que no sería capaz de hacerlo.

Se tumbó en la cama y cerró los ojos para no mirar a Beshelar, y lo siguiente que supo fue que Avris dijo:

—Serenidad, es una hermosa mañana y el Gran Avar ya le ha enviado tres mensajes para reuniros con él en los establos del este.

«Es verdad», pensó Maia, «ahora tengo un caballo».

Se incorporó.

—¿Tenemos tiempo?

—Sí, Serenidad —dijo Avris—. El Gran Avar lo ha dejado muy claro.

—¿Avris?

—El Gran Avar, Serenidad, ha hablado seriamente sobre el asunto con lord Berenar y Mer Aisava y no sabemos quién más.

Dice que deben permitiros hacer cosas para entreteneros o enloqueceréis.

—Oh —Maia sintió el rostro ardiendo.

—Así que tenéis toda la mañana, Serenidad —dijo Avris de modo alentador—. Y el Gran Avar está esperando.

Maia era consciente de la ironía, pero estaba demasiado agradecido de que su abuelo hubiera interferido como para molestarse.

Y alejó el recuerdo de los ojos azules de Shulivar y del rostro destrozado de su padre bajo el velo funerario, tanto como pudo.

LA PARTIDA DEL GRAN AVAR

El Gran Avar no montó a caballo, por ser, según dijo, demasiado gordo y demasiado viejo, pero pareció feliz de pasar la mañana en los establos del este mientras enseñaban a Maia los rudimentos de mantenerse sobre un caballo. Maia escuchó fragmentos de su conversación con Dachensol Rosharis, el mozo de cuadras principal de la Corte Untheileneise. Por lo que oyó, ambos estaban disfrutando, aunque no entendió más que un par de palabras. Sin duda, el Gran Avar pareció bastante arrogante el último día de su estancia, cuando él y Dachensol Rosharis presentaron un elaborado plan de compra, venta, alquiler y concesión entre los establos de la Corte Untheileneise y los establos de la Corat'Dav Arhos que habían ideado. Si Rosharis no hubiera parecido igual de arrogante, Maia se habría preocupado.

El Gran Avar decidió partir después del almuerzo; podría llegar fácilmente a Uvezho, según dijo, y le había gustado mucho el hotel que había allí. El almuerzo fue, como era de esperar, espléndido: una vez más, en el *dav* de Gormened y rodeado por la cocina barizheise, Maia se sintió abrumado por las diversas opciones y tuvo que pegarse a las setas y al pastel de carne de venado, que fue lo

primero con lo que Gormened dijo sentirse relativamente seguro. Y no aceptó una taza de sorcho.

Puede que casi estuviera acabando el almuerzo (según calculó Maia, pues aún ignoraba cómo calculaban los goblins la duración de una comida), cuando el Gran Avar se sentó en la silla que había junto a él.

Maia enseguida se puso tenso.

—No os comeremos, muchacho —dijo el Gran Avar, pero su expresión era intimidante. Maia no dijo nada, a la espera, y el Gran Avar por fin suspiró y dijo—. No tenemos hijos.

—Ya —dijo Maia con cautela.

—Cuando fallezcamos, los avarsin tendrán que luchar entre ellos para elegir al próximo Avar, pues esa es la costumbre cuando el Gran Avar no tiene hijos y en ocasiones incluso cuando los tiene.

—Sí —dijo Maia con más cautela aún.

El Gran Avar le lanzó una mirada severa.

—Nos complacería más poder nombraros nuestro heredero.

—¿A mí? —Su voz sonó estridente y casi amortiguada por la sorpresa.

—Aunque seas medio elfo —añadió el Gran Avar, al tomar el involuntario uso de Maia de la primera persona, como señal para cambiar su propio nivel de formalidad—. Serías una espada hundida en el hormiguero de los avarsin y debería irme a la tumba felizmente con esa idea. Pero no es posible hacerlo sin destruir Barizhan y eso es lo que no deseo.

—No —coincidió Maia, tal vez con demasiada ligereza, ya que hizo sonreír al Avar.

—No obstante, no me complace dejarte aquí, entre estos elfos. Siempre los hemos considerado personas frías, pero te diré que cualquier goblin se avergonzaría de comportarse tan enardecidamente con su avar como ellos se han comportado contigo. ¡Intentar usurparte! ¡Intentar asesinarte! Al menos entre los avarsin hay una lucha honrada.

—No es habitual —respondió Maia.

El Avar resopló.

—Eso es lo que ellos dicen, pero debo decir que yo no estoy tan seguro. —Sus intensos ojos naranjas se clavaron en Maia—. Quiero que sepas que, si lo precisas, Gormened te dará refugio. Y voy a dejar un medio *eshpek* apostado aquí, con Vizhenka como su capitán.

—¿Vizhenka? —dijo Maia.

—Si le he confiado mi propia vida y la de mi hija, creo que puedo confiarle la de mi nieto.

—Pero...

—Y creo que Nadeian será más feliz fuera del Corat' Dav Arhos.

Eso acalló la siguiente protesta de Maia. El Gran Avar le estaba frunciendo el ceño, como si lo retara a sacar alguna conclusión, pero Maia recordó la suma indiferencia de Nadeian por las decisiones políticas y pensó que lo comprendía.

El Gran Avar le dirigió un profundo asentimiento.

—Si los necesitas, ellos estarán aquí —dijo y volvió a ponerse en pie—. ¡Gormened! ¡Nos prometiste *khevara*!

Maia estuvo bastante abstraído durante varios minutos. Cuando volvió a centrar la atención en su entorno, encontró al capitán Vizhenka de pie frente a él, con un aspecto tan inseguro como era posible para un hombre de su físico y temperamento.

—¿Capitán?

—Serenidad —saludó Vizhenka—, sabemos que no os complacerá tener un ejército extranjero apostado en vuestra corte.

—Es un ejército muy pequeño —dijo Maia.

Vizhenka no hizo caso del comentario.

—Queremos aseguraros que nuestra única orden es protegeros a vos y este *dav*, en caso de que haya —tosió de forma educada—, cualquier agitación.

—Os lo agradecemos, capitán —dijo Maia, comprendiendo que Vizhenka estaba llegando al límite de su capacidad de maniobra como capitán Hezhethoreise para asegurarle algo así—.

Comprendemos que nuestro abuelo esté preocupado por nuestra seguridad. Lo creemos innecesario, pero admitimos que estamos... —se detuvo, incapaz de encontrar la palabra que deseaba, y finalmente se decidió, sin convicción—, agradecidos.

—Serenidad —volvió a saludar Vizhenka—, será un honor servirlos.

Y Maia tuvo la extraña sensación de que era sincero, de que, de alguna manera, Vizhenka lo aprobaba.

«Agradecido», pensó. No era la palabra adecuada, pero tendría que valer.

—Esperamos que nos permitáis invitaros a vos y a Merrem Vizhenka a una, esto, reunión familiar de vez en cuando. ¿Sería inapropiado?

—En absoluto, Serenidad —dijo Vizhenka—. Será un placer y podemos decir con seguridad que también lo será para Merrem Vizhenka.

—Bien —dijo Maia.

Luego Vizhenka tuvo que ausentarse y se aproximó a Maia uno de los comerciantes barizheise que vivían en Cetho, deseando saber si era cierto que el emperador estaba planeando tender un puente sobre el Istandaärtha.

—Han presentado la idea a los Corazhas —respondió Maia y, apenas medio minuto después, se encontró rodeado por comerciantes goblins, que no pararon de decirle con entusiasmo la dicha y la bendición que sería un puente, y no pudo liberarse hasta el gran alboroto de la partida del Avar.

Una vez más, avanzaron hacia la Plaza Parmeno, donde esperaba el carruaje del Avar. El Avar se despidió de Vizhenka, le besó las manos a su hija y le dio unos golpecitos en los hombros a Maia con la fuerza suficiente como para hacer que se tambaleara. Luego subió con pesadez a su carruaje, el cochero inclinó su sombrero hacia el emperador y le gritó a los diez caballos:

—¡Arre!

En medio de su propia tormenta particular, el Gran Avar partió.

QUINTA PARTE

EDREHASIVAR EL CONSTRUCTOR DE PUENTES

34

LA CONSTRUCCIÓN DE PUENTES

Los primeros dos meses del nuevo año se dedicaron a los juicios de la princesa Sheveän, lord Chavar, el duque Tethimel, Dach'osmer Ubezhar, Mer Shulivar, Mer Bralchenar, Min Narchanezhen y una larga lista de personas asociadas con uno u otro intento de destituir a Edrehasivar VII del trono. Maia fue incapaz de decidir si era un alivio o más bien una carga que nadie pudiera ser inculpado por ambos intentos. Sheveän y Chavar, al parecer, habían sido completamente ajenos a las intrigas de Tethimar y viceversa. Lo que sí era un alivio era el hecho de que el fantasma de Eshevis Tethimar hacía que fuera aceptable e incluso razonable para el emperador mostrar clemencia hacia Sheveän y Chavar. Después de todo, ellos habían creído sinceramente que lo que hacían era por el bien de las Ethuveraz y por fidelidad a los deseos de Varenechibel IV. A la Conspiración Tethimadeise, como empezó a llamarse enseguida, no

le había interesado el bien del imperio y sus miembros habían visto al emperador como un simple inconveniente que apartar de su camino.

Las ejecuciones fueron públicas y horribles, y le provocaron pesadillas a Maia.

Se había negado rotundamente a ordenar a las hermanas de Tethimar que asistieran, como creían conveniente algunos de los miembros de su gobierno. No eran culpables de nada salvo de nacer, y esa sería la forma más segura de mostrarles que su hermano y su padre habían tenido razón en su resentimiento. Le había proporcionado un privado y osado sentimiento de satisfacción poner a las muchachas bajo la protección del príncipe Orchenis, antes de que el juicio tethimadeise hubiera ni siquiera acabado y haberlas acompañado hasta Amalo en el *Lealtad de Lohaiso*, un nombre tan apropiado que resultaba doloroso, ya que la lealtad de Orchenis había demostrado ser tan sólida como las montañas que formaban su hogar. Comenzó su audiencia con el emperador ofreciéndole revethvoran y Maia había visto en su rostro sombrío y en su voz apagada, que lo haría si se le ordenaba y que creía merecerlo.

Pero Orchenis no había sabido nada de las maquinaciones de los Tethimada. Por lo que dijo, Maia dedujo que, de hecho, los conspiradores habían sido muy cautelosos manteniendo incluso las discusiones de su descontento ajenas a él. Y su esposa, bella y pálida, y que obviamente reverenciaba a su marido, y no importaba si había simpatizado o no con los propósitos de su hermano y su padre, era irrelevante, ya que nunca se lo contaron.

Con las muchachas tethimadeise al cuidado de alguien, Maia tenía que decidir qué hacer con los miembros de la primera conspiración. Chavar fue relativamente fácil; los Chavada tenían una casa de campo en un rincón de Thu-Athamar, entre el Tetara y la frontera Tetareise, y el vizconde Chavel había aceptado la responsabilidad de los términos del confinamiento de su hermano allí.

Maia hizo todo lo que pudo para que los Chavada no fueran arrastrados por el lord Canciller; creía sin reservas que Chavar, un viudo apenas sin relación con su hijo o su hermano, no le había confiado nada a su familia. Ciertamente, el vizconde Chavel, cuando apareció ante el emperador unos tres días después del golpe fallido y le ofreció revethvoran, que era más de lo que se había dignado a hacer Chavar, lo ignoraba por completo. Y si Nurevis lo hubiera sabido, no habría habido necesidad del dramático asalto en el Alcethmeret, Maia podría haber sido simplemente abordado en las estancias de los Chavadeise.

Pero incluso así, había castigos que Maia no podía negar. Las vastas propiedades de Chavar fueron decomisadas y, sin ellas, los Chavada regresaron a las filas de la nobleza de bolsillos raídos, junto con los Nelada, los Danivada y el resto de ellos. Y Nurevis ni siquiera tenía eso. No era el heredero de su tío.

Disuadido del revethvoran, el vizconde Chavel había ofrecido quedarse en la corte, de forma que el emperador pudiera mantenerlo vigilado y asegurarse de que no estaba conjurando una traición. La idea le desagradaba claramente. Maia también había declinado esa oferta y el vizconde Chavel había comenzado, agradecido, el largo y feo proceso de cerrar las estancias de la corte chavadeise. La mayor parte del mobiliario fue directo a una casa de subastas de Cetho, donde Maia esperaba, tal vez con un poco de mezquindad, que fuera adquirido por los comerciantes goblins que Chavar tanto despreciaba.

El trabajo no había acabado para la Invernoche. Maia no culpaba a Chavel por las desesperadas declaraciones de inocencia que enviaba cada hora por la mensajería neumática. Ni tampoco lo culpaba por querer evitar una segunda audiencia; la primera había sido lo bastante estresante para ambas partes. Pero parecía una crueldad enviar a Nurevis, de entre todas las personas, a informar al emperador de que los Chavada al fin habían abandonado la Corte Untheileneise.

Quizás fue una crueldad. El vizconde Chavel había sido honesto y leal, pero eso no garantizaba que no se pareciera a su hermano en otros sentidos.

Nurevis estaba demacrado, con las orejas gachas, y portaba unos ropajes tan harapientos como los que había llevado Maia la primera vez que había venido a la corte. Su guardarropa también había acabado en la casa de subastas. A Maia le recordó a Setheris en sus primeras semanas en Edonomee, revisando con aire sombrío las facturas de la venta de su propio guardarropa.

Nurevis recitó las fórmulas de despedida apresuradamente, de forma artificiosa, y luego se quedó en silencio. Por primera vez en su relación con Maia, parecía incómodo, su aplomo se había desvanecido junto con el poder de su padre.

Invadido por la pena y el arrepentimiento, Maia dejó escapar un:
—Lo sentimos.

Supo que eran las palabras equivocadas en cuanto salieron de su boca. Sonaba como si se estuviera disculpando con Nurevis y hasta un ingenuo emperador goblin sabía que el emperador no se disculpaba por la traición que había cometido otra persona.

Nurevis agachó aún más las orejas y dijo:

—Serenidad, no deberíais sentirlo.

—Pero lo hacemos —dijo Maia con terca honradez y añadió—. Nos caíais bien.

Nurevis se quedó boquiabierto y el gesto de sorpresa le hizo parecerse momentáneamente a su padre.

—Sois la única persona que aún está dispuesta a reconocer nuestra amistad. Gracias, Serenidad —dijo por fin, lentamente.

—Están asustados —dijo Maia, pensando en las alegres y risueñas multitudes en el salón de los Chavada, unos jóvenes que solo hablaban de caza.

—Al igual que nosotros —dijo Nurevis, en apenas un susurro.

Cualquier consuelo que le ofreciera Maia sería falso y, por consiguiente, cruel. Ambos estaban atrapados, cualquier cosa que dijeran tan solo empeoraría esa difícil audiencia, y Maia hizo lo único

que podía hacer. Despidió a Nurevis, que inclinó la cabeza y partió, con los hombros hundidos y las orejas agachadas, con el aspecto de un perro abatido más que de un cortesano, y Maia odió a Chavar por ello. Lo odiaba y le alegraba que fuera a una mísera casa de campo donde se convertiría en problema de los Chavada.

Pero Sheveän era problema de la Casa Drazhada, tanto para la casa como para la guardia. Con la ayuda de Csevet, Maia hizo una lista de todas las propiedades drazhadeise y las consideró una por una. Rechazó sin miramientos Isvaroë y Edonomee, y decidió que Cethoree se encontraba demasiado próxima a la capital y a la propiedad principal de los Rohethada. Varenechibel, pensó adusto, había tenido la fortuna de que Arbelan fuera leal.

Los Drazhada poseían propiedades por todo Ethuveraz, Maia podría enviar a Sheveän casi a cualquier parte que deseara. Al final, escogió la mansión de Bakhoree en el norte de Thu-Cethor, no por rencor, aunque Bakhoree estuviera cerca del monasterio al que Chavar y Sheveän habían planeado enviarle, sino porque estaba a un largo camino de la ciudad más cercana, y la hacienda era prácticamente autosuficiente. Por la experiencia de Maia en Edonomee, cualquier extraño sería divisado y Sheveän tampoco podría escapar ni enviar mensajes clandestinos. No cabía duda de que ella lo consideraría primitivo e incómodo, pero a Maia no pudo importarle menos.

Le preocupaba más cómo se tomarían la noticia sus hijos. Llevó un mapa a la guardería del Alcethmeret y le mostró a Idra dónde estaba Bakhoree exactamente.

—Le darán un buen trato —dijo, incómodo—. La gente de la mansión está acostumbrada a los nobles desterrados, pues varios de ellos acabaron allí durante el reinado de mi padre, y Osmin Bazhevin le hará compañía.

—Osmin Bazhevin no tomó parte en la conspiración —dijo Idra.

—Tampoco hizo nada para detenerla —dijo Maia—. Vuestra madre la intimidó para que guardara silencio y ella se dejó intimidar.

—Tal como siempre ha ocurrido con los amigos de nuestra madre —dijo Idra, apesadumbrado—. Nuestro padre le preguntó una vez si no preferiría un borrego de verdad, ya que al menos se beneficiaría de su lana. A madre no le agradó.

—Siento no haber tenido la oportunidad de conocer a vuestro padre —dijo Maia con cautela.

Idra le sonrió.

—Yo también. Aunque resulta un poco extraño decirlo, creo que os habrías caído bien.

—Por supuesto que a papá le habría gustado el primo Maia —dijo Mireän con indignación—. Enséñame dónde vivirá mamá, primo Maia.

Volvió a señalar Bakhoree. Mireän tocó con el dedo el preciso dibujo del castillo y palpó las letras que había escritas debajo.

—Está en las montañas —dijo ella—. ¿Hay ogros allí?

—Ninguno en Bakhoree —dijo Maia con presteza.

—Bien —dijo Mireän.

—¿Pero y si salen de las montañas? —dijo Ino. Maia había aprendido que Ino solía preocuparse en demasía—. ¿Se comerán a mamá?

—No —dijo Maia—. Bakhoree es una casa antigua, como un pequeño castillo. Y tu madre tendrá soldados que la protegerán.

Idra le dirigió a Maia una mirada sarcástica, pero era un hermano demasiado benévolo para decir nada. E Ino se sintió reconfortada.

A Maia le alegraba que ninguno de ellos le pidiera permiso para despedirse de su madre, porque si lo hubieran hecho, habría tenido que acceder, y no confiaba en que Sheveän no intentara sacar provecho del dramatismo de la separación de sus hijos. Él mismo se levantó al amanecer para despedirla desde el amarradero de la corte, sobre todo para asegurarse, más allá de cualquier sombra de las imaginaciones torturadas de medianoche, de que se había ido. A Sheveän no le impresionó la condescendencia del emperador, apenas dobló las rodillas cuando hizo una reverencia y su mirada

quedó fija en algo detrás de él. Stano Bazhevin no pudo mirarle a los ojos. Sintió lástima por ella, pero eso no fue nada comparado con el gran alivio que sintió él cuando el *Honor de Csedo* soltó amarras y llevó a Sheveän lejos de la Corte Untheileneise.

Intentó no mostrar su alivio aquella noche, cuando le dijo a Idra en privado que su madre dejaba la corte, pero Idra dijo:

—Debéis estar contento.

No había acusación en su tono, pero Maia sabía que era una prueba, aunque no fuera planeada.

—Contento no. Habría estado contento si ella me hubiera aceptado, aunque nunca le hubiese caído bien. Pero sí, estoy aliviado. Temía que hiciera... —Su voz se apagó y se encogió de hombros. Ya sabía que su imaginación no era tan buena como la de Sheveän—, algo.

—Mi padre... —La voz de Idra se quebró, pero continuó con tenacidad—. Mi padre dijo una vez que madre debería haber sido soldado. Ella se lo tomó como una ofensa, pero mi padre dijo que habría llegado a general para cuando cumpliera cuarenta y eso la complació. Es cierto. Es muy feroz.

—Sí —dijo Maia, que había estado al otro extremo de esa ferocidad.

—Y ella... —Se miró las manos como si le disgustaran, entonces alzó la mirada y encontró los ojos de Maia—. Deseo lo mejor para mis hermanas. Madre no sería...

No había una palabra buena y Maia lo sabía.

—Lo que es —le propuso.

—Sí, gracias. Ella no sería lo que es si se le hubiera otorgado algo con un peso equiparable a su fuerza. Oigo a la gente decirlo continuamente. «Debería haber sido un hijo para su padre». Pero es cierto. Si hubiera sido un hombre, su deber habría ido más allá de tener hijos. Y ese deber no le agrada a todo el mundo.

Maia intentó protestar, pero Idra negó con la cabeza.

—Vi la mirada en vuestro rostro cuando os disteis cuenta de que mis hermanas amaban a su niñera más que a su madre.

—Yo quería mucho a mi madre —dijo Maia en tono de disculpa.

—Yo intento sentir compasión por la mía —dijo Idra, irónicamente.

—Entonces no... Me preguntaba si era culpa mía que ella me odiara tanto.

—No —dijo Idra de inmediato y con un poco de ímpetu—. Habría odiado a cualquiera que se hubiera interpuesto entre ella y lo que ella creía que era su derecho.

—¿Ser emperatriz?

—No. Ese es el motivo por el que os odia Csuru —Idra hizo una mueca—. Lo lamento. Eso ha sido horrible.

—Pero es cierto —dijo Maia—. Lo supe desde la primera vez que la conocí.

—A madre no le importaba eso, aunque no digo que no le hubiera gustado ser la emperatriz Sheveän. Pero no. Creía que su derecho era ser la madre del emperador.

—Entonces ella os defendía, después de todo. Yo pensaba...

—No —respondió Idra de nuevo—. Bueno, en cierto modo. Pero no era por mí —vaciló—. Nunca le he dicho esto a nadie, ni siquiera a mi padre, a pesar de que era él quien me ayudaba a comprender que la fiereza de madre... como un animal, ¿sabéis?, no una elección, sino algo de lo que no puede despojarse, al igual que un animal no puede despojarse de su piel... No era algo que yo hubiera hecho, o que Mireän e Ino hubieran hecho, y tampoco era algo que pudiéramos enmendar. Pero él la amaba y yo no quería disgustarlo.

—Por supuesto que no —dijo Maia.

Idra le dirigió una sonrisa de agradecimiento.

—Pero tal vez vos podáis decirme si me equivoco. A mi parecer, a madre no le preocupan las personas como personas. Nunca os vio como una persona, solo como un error. Y cuando digo que quería ser la madre del emperador, no quiero decir que deseara que yo fuera el emperador. Ella quería que su hijo fuera el emperador. Y siempre se enfurece con las personas que no

desempeñan el papel que ella les adjudica. Creo que por eso siempre desea rodearse de personas como Osmin Bazhevin.

—Y a mí no me tocaba ser emperador.

—Sí. Y no abdicasteis. Más adelante recordé que eso fue lo que ella había dicho cuando se dio cuenta de que erais el único que quedaba. Que no abdicaríais. Y creo que eso es lo que ella pensaba de verdad.

—Así que estaba furiosa conmigo porque no lo hice.

Tenía sentido y, de alguna forma, eso le hizo sentir mejor. Significaba que no había nada que hubiera podido hacer.

—Sí. Y porque vos hicisteis cosas que Varenechibel no habría hecho —añadió Idra enseguida—. ¡No os lo toméis como una crítica! —Y Maia se dio cuenta de que había hecho una mueca, al recordar a Shulivar.

—No, lo sé. Lo lamento —dudó y luego ofreció una verdad a medias—. Es que encuentro ser comparado con él... algo opresivo.

Tímidamente, Idra le ofreció una verdad a cambio.

—Espero que tengáis un hijo pronto, pues yo no deseo ser emperador.

—Lo comprendo —dijo Maia. Se sonrieron el uno al otro, unidos en ese momento por la responsabilidad que ninguno deseaba y que uno de ellos aún podría eludir.

Maia pensó en ello y pensó en Vederó, que había mantenido su promesa de permitirle ver el eclipse con ella. Tenía el telescopio en el tejado de su estancia, al que se accedía a través de una trampa y por medio de una escalera que no eran más que unos peldaños de hierro atornillados a la pared. Le alegraba que ella se hubiera puesto pantalones, aunque se hubiera disculpado por ello, y que le hubiera advertido, a través de sus edocharei, no solo que se abrigara, sino que llevara dos pares de guantes. Los gruesos guantes forrados de piel, aunque se agradecieron en el tejado, habían resultado más que inútiles en la escalera, pero los peldaños estaban terriblemente fríos, incluso a través del cuero de sus guantes.

Estaba encantado e impresionado por la disposición de su pedacito de tejado. Utilizaba la chimenea para caldearlo y como barrera contra el viento, y tenía un brasero rechoncho con forma de sapo para limitar el extremo opuesto de su observatorio. Entre ellos y la barandilla del tejado había suficiente espacio para cuatro personas, pero solo si se quedaban muy juntos. Maia se alegraba de que estuvieran Beshelar y Cala esa noche, porque Cala estaba realmente interesado y porque, si iba a tener que apiñarse con alguien, mejor que fuera con uno de ellos dos.

El eclipse fue hermoso y fascinante. Los cuatro acabaron turnándose el telescopio de Vederó, un objeto precioso grabado como el cuerno de un unicornio. Maia hizo un comentario al respecto y ella respondió:

—Es un regalo de nuestro amiga, Dach'osmin Tativin. Fabricó el cuerno para su autómeta, pero resultó que el telescopio tendía a extenderse y replegarse solo, justo en los peores momentos.

—¿Un autómeta? ¿De un unicornio?

—Sí. Impulsado a vapor, mediante una tubería de la caldera de impulso, pues aunque ha conseguido que levante y agache la cabeza, aún no ha averiguado cómo hacerlo caminar, así que no importa que esté enganchado a la pared de su estudio. Lo usa como perchero. Como ella es muy bajita, le viene bien tener un perchero que agacha la cabeza.

—¿De verdad? —dijo Maia, temiendo que solo fuera una broma elaborada.

—Sí —dijo Vederó—. Vendrá a la corte en verano, cuando hace demasiado calor para sus experimentos, y vos podréis conocerla. Si no sois precavido, os enseñará todos sus bocetos.

—Eso nos gustaría —dijo Maia. Vederó le lanzó una mirada, pero bajo la pequeñísima luz que proyectaba su brasero y una linterna sorda cerrada casi por completo, no pudo leer su rostro.

Poco a poco, consiguió saber más sobre sus amigas y el trabajo que hacían. Una de ellas estaba traduciendo al poeta barizheise Amu Carcethlened, que había escrito fabulosos relatos

de aventura sobre los viajes del buque a vapor *León de Orpezhkhahar*. Otra amiga estaba escribiendo un tratado sobre los derechos de sucesión como se desprendía de los registros de cría de caballos de valor milenario de su familia. Otra había empezado una escuela no oficial para talentos mazeise. Hubo muchas más y, llegados a un punto, Vederó dijo:

—Por supuesto, cuando decimos «amiga», no necesariamente queremos decir que nos agrada la persona en particular. Queremos decir que comparte con nosotras la creencia de que la mujer puede, y debería, hacer el mismo trabajo intelectual que un hombre.

Había adoptado una postura defensiva y Maia se preguntó qué esperaba ella que respondiera.

Salvo que lo sabía. Esperaba repulsa o que le dijera que todo eso estaba muy bien como pasatiempo, pero que el único trabajo para el que estaba hecha una mujer era para tener hijos.

—Sería un honor conocer a vuestras amigas, tanto las que os agradan como las que no —dijo con gentileza.

Se giró con tanto ímpetu para mirarle que casi hizo que Cala chocara contra la barandilla.

—Habláis con sinceridad —dijo, sin que llegara a ser una pregunta, ni una afirmación.

—Tampoco se consideraba que nosotros mereciéramos una educación —dijo Maia.

—Os comprendemos, Serenidad.

No era amistad lo que había encontrado en Idra y Vederó, no en el sentido habitual ni en su sentido particular, pero era algo parecido a la amistad, familia, en un sentido metafórico más que literal, algo que quizás era lo mejor que podía conseguir un emperador.

Encontró el comienzo de algo parecido con Dach'osmin Ceredin. Ella subió al estrado en el Michen'theileian durante el primer baile después de la Invernoche, mientras todo el mundo bailaba alerta y con cautela, y dijo:

—Serenidad, ¿por qué no bailáis?

—No sabemos cómo —dijo Maia e hizo lo posible por sonar indiferente.

Ella lo observó; la compasión que había mostrado Min Vechin no se veía en su rostro, tan solo una especie de curiosidad desinteresada.

—Os enseñaremos, si vos lo deseáis.

—¿Enseñarnos?

Ella resopló.

—Aprendimos cuando teníamos cinco años. Os aseguramos, Serenidad, que no es tan difícil.

—Gracias —dijo—. Si no es una molestia para vos...

Se encogió de hombros con impaciencia.

—¿Qué más se puede hacer en invierno?

Y así fue cómo hubo que anotar otro momento más de la agenda del emperador, como las tres mañanas a la semana que pasaba aprendiendo equitación a lomos del paciente Terciopelo, y Csethiro Ceredin le enseñó a bailar. Era mejor profesora de lo que había esperado, paciente, divertida y muy inteligente a la hora de buscar formas de explicarle las cosas que no entendía. Y poco a poco aprendió a no tropezarse con sus propios pies, poco a poco aprendió a no retirarse cada vez que sus manos se tocaban.

—Para nuestra boda —dijo ella—, no nos dará miedo bailar con vos en público, Edrehasivar.

—Por favor —dijo Maia. Estaba de pie, cerca de ella, con una mano en su cintura y la otra sosteniendo una de sus manos. Ella tenía la otra mano sobre su hombro y la notaba como si fuera un trozo de carbón ardiente—. Me llamo Maia.

Se quedó muy quieta por un momento, luego lo miró. No era del todo hermosa, tenía una nariz demasiado larga y una barbilla poco pronunciada, pero sus ojos eran penetrantes y estaban llenos de luz, e incluso bondad.

—Y el mío es Csethiro. Probablemente sea bueno que esposo y esposa se traten con confianza. —Y tras una pausa en la que podría haber pensado que se burlaba, si no fuera porque estaba lo

suficientemente cerca como para oír su nerviosa respiración—. ¿No creéis?

—Sí —dijo y, audazmente, la hizo girar con el movimiento que le acababa de enseñar—, lo creo.

Ella rio encantada y dijo:

—No está mal. Ahora vamos a intentarlo desde el principio y esta vez recuerda que tu espalda no es un palo de escoba.

—Sí, Csethiro —dijo y se sonrieron mutuamente hasta el final del baile.

Fue por esa nueva cordialidad entre él y su futura emperatriz por lo que, cuando Min Nedaö Vechin le solicitó una audiencia, no la rechazó. Ni siquiera le dijo a Csevet que programara un encuentro entre sus audiencias públicas, en lugar de ello la recibió en el Alcethmeret, aunque no en la Sala Tortuga.

Estaba tan hermosa como la primera vez que la vio, aunque no vestía de forma tan sencilla. Había encontrado un mecenazgo en la corte, por lo visto, aparte de sus intentos por manipularlo. No estaba resentido con ella, había aprendido mucho sobre cómo funcionaba la corte.

Ella se aproximó al estrado, hizo una elegante reverencia, y habló sin preámbulos (o sin esperar a que le concediera permiso para hablar).

—Serenidad, hemos venido a disculparnos.

La miró más de cerca, viendo a través de la armadura que era su ropa, la armadura de su belleza. Estaba nerviosa, sonrojada, mordiéndose el labio; nerviosa y decidida, y se dio cuenta, con un repentino y extraño sentido de la afinidad, que había soltado las palabras («saltando los obstáculos» en el vocabulario de equitación que estaba aprendiendo a descifrar), porque temía que si no lo hacía no conseguiría decirlas.

Estaba a punto de perdonarla, pero Csevet le había enseñado a no decir nada en una audiencia sin pensarlo detenidamente y, para cuando estuvo seguro de que la perdonaba, le había entrado curiosidad.

—¿Qué habéis hecho que merezca una disculpa? —porque él sabía por qué debía disculparse, pero no tenía ni idea de si ella lo veía de la misma forma, ni si estaban siquiera hablando de lo mismo.

—Serenidad —se puso de rodillas—, sabíamos que estabais preparado para entablar... —Vaciló, y sacudió las orejas antes de volver a hablar—, una relación más cercana con nosotras y lo usamos en vuestra contra.

—Fue en nuestro favor —dijo—, porque de verdad necesitábamos hablar con el Gremio de Relojeros.

—No —dijo Min Vechin—, no nos referimos a eso. No es por el resultado, aunque sabemos que el resultado es beneficioso. Es por lo que hicimos —alzó la mirada—. Deberíamos haberos preguntado apropiadamente. Honorablemente.

—No hicisteis nada deshonesto —protestó Maia.

—Solo porque vos no nos lo permitisteis —dijo—. Y por eso debemos daros las gracias, tanto como disculparnos.

Sus palabras dejaron un ambiente incómodo y las cejas de Maia se alzaron de pronto.

—No habéis..., es decir, os rogamos disculpas. Por supuesto que no.

—No todas las cantantes de ópera son...

Se le quebró la voz y se presionó los labios con la punta de sus uñas esmaltadas.

Maia se imaginó por un momento cómo habría sido la escena si él hubiera dicho que sí: dos vírgenes cohibidos intentando fingir que sabían lo que hacían. Y seguía sin saber qué se suponía que debía hacer con sus nohecharei en esa situación.

—Estábamos furiosos —admitió—, pero ya no lo estamos.

—Nosotras no lo pensamos —dijo Min Vechin con vehemencia—. Deseábamos ayudar y vimos que podíamos, y no recordamos que sois una persona, no solo el emperador.

—Estabais ayudando a vuestra hermana —dijo Maia, intentando reconfortarla, pero ella negó con la cabeza.

—Mer Halezh —dijo, y la expresión en sus ojos lo expresó todo.

—Oh —dijo Maia.

Recordó haberse preguntado si estaba aburrida durante aquella larga y ligeramente ferviente conversación sobre el puente del Istandaärtha; ahora sabía que no.

—También nos hemos disculpado con él. Nos ha perdonado —Maia oyó la admiración en su voz, aunque no podría decir si era por la indulgencia o por Mer Halezh, y se recordó a sí mismo que no tenía derecho a preguntar—. Vamos de regreso a Zhaö para comenzar los ensayos de *La esposa del tigre*, pero debíamos disculparnos primero, porque fue una cochinada por nuestra parte.

Sin duda, era una frase de su infancia; su acento se volvió más marcado a medida que alzaba la voz y cuando se dio cuenta de lo que había dicho, se puso tan colorada como una rosa.

—Min Vechin —dijo Maia y le sonrió—, os perdonamos.

Ella le devolvió la sonrisa y supo que cuando partiera hacia Zhaö, tendría una amiga allí.

Idra, Csethiro, Nedaö, Vederö: en lugar de baluartes, empezó a sentir que tenía alianzas, que su vida, tal vez por primera vez desde que su madre murió, no se trataba de una simple supervivencia a un enfrentamiento hostil tras otro. Le resultaba extraño y no acababa de creérselo, así que cuando Thara Celehar solicitó una audiencia, Maia se la concedió esperando lo peor, a pesar de que no sabía exactamente qué podría ser lo peor.

No le tranquilizó ver a Celehar aparecer en compañía del Archiprelado. El Consejo de Prelados aún no había conseguido elegir un sustituto para el Testigo de la Prelatura y Maia estaba cada vez más inquieto por la atenta mirada con la que el Archiprelado lo observaba en las reuniones de los Corazhas, sobre todo porque no encontraba razón para ello.

—Serenidad —dijo Celehar—, hemos venido a pedirnos un favor.

—Si está en nuestro poder, os lo concederemos —dijo Maia.

Csevet, en su habitual posición en la esquina, hizo una mueca, pero Maia no había dicho más que la verdad. Le debía a Celehar

cualquier favor que deseara.

—Bueno... —Celehar tosió, como si intentara aclararse la garganta, aunque no tuvo efecto en su voz arenosa—. Apreciamos en sumo grado la amabilidad de Su Serenidad al acogernos en su casa y de ningún modo deseamos que piense que estamos descontento, insatisfecho ni... ni nada parecido.

—No tenemos un puesto adecuado para vos —dijo Maia.

—Bueno, por eso...

Celehar vaciló, al parecer incapaz de encontrar las palabras que deseaba. Miró implorante hacia el Archiprelado, quien asintió y dio un paso hacia delante.

—Por este motivo nos pidió Thara que lo acompañáramos.

—Oh —dijo Maia, al notar el uso del nombre de pila de Celehar, a pesar de no estar seguro de lo que significaba.

—Resulta difícil para cualquier hombre expresar la naturaleza de su vocación —dijo el Archiprelado—. Thara deseaba que nosotros le ayudáramos a explicaros que, aunque sería un orgullo para él ser vuestro capellán, no es una labor que pueda realizar.

—Nunca pensamos que debierais hacerlo —dijo Maia, un poco consternado—. No pretendíamos que nuestro gesto tuviera tales implicaciones, simplemente deseábamos asegurarnos de que no os quedabais sin hogar por la ira de Csorú Zhasanai.

Celehar hizo una profunda reverencia.

—Y os damos las gracias por ello, Serenidad. Pero si no debo ser vuestro capellán, para lo que, como dice el Archiprelado, no nos sentimos capacitados, entonces no hay nada más que nos retenga en vuestra casa. Tampoco había nada que nos retuviera en la casa de Csorú Zhasanai y no fue hasta que partimos hacia Amalo que nos dimos cuenta de lo mucho que eso nos preocupaba.

—Entonces debéis de tener alguna sugerencia —dijo Maia, pasando la mirada de Celehar al Archiprelado.

—Thara desea retomar el sacerdocio —dijo el Archiprelado.

—Entonces debería hacerlo —dijo Maia de inmediato—. No sabemos si poseemos un ulimeire, pero seguramente deberíamos.

¿Csevet?

—Serenidad —dijo Csevet en reconocimiento—, nos informaremos.

—¡No! —dijo Celehar de forma precipitada y luego se puso rojo como un tomate.

—¿No? —dijo Maia.

—Ese no es el favor que deseábamos pedirnos —dijo Celehar, mirando hacia el suelo—. No queremos abusar de la generosidad de Su Serenidad. Solo deseábamos ser liberado de vuestra casa para que podamos regresar a la prelatura para la asignación. No merecemos ningún beneficio.

—Eso es una cuestión de opiniones, Mer Celehar —dijo Maia, y le sorprendió y complació que el Archiprelado le sonriera.

—En realidad...

—Adelante, Thara —dijo el Archiprelado.

—En realidad, Serenidad, aunque apreciamos... aunque jamás podremos devolveros vuestra generosidad, no deseamos ningún beneficio.

—De acuerdo —dijo Maia—. Admitimos que ignoramos por completo las opciones que tenéis. ¿Cuál es vuestro deseo?

—Deseamos ser un testigo *vel ama* —dijo Celehar—. A menudo son clérigos de Ulis.

—Es un poco inusual que alguien llegue a esa posición desde el otro lado —dijo el Archiprelado—, pero, en realidad, la prelatura tiene una gran necesidad de estos testigos.

—Pensábamos que todos los sacerdotes de Ulis eran Testigos de los Muertos.

—Se les puede pedir que lo hagan —dijo el Archiprelado—, pero no es parte de sus tareas habituales y, para ser sinceros, Serenidad, muchos de ellos no tienen aptitudes para ello. Siempre ha sido posible para un sacerdote, que sabe que no es apto para la tarea, pedirle a la prelatura que envíe un testigo, pero eso significa un retraso y, a veces, un retraso de meses si la prelatura no tiene a nadie que pueda ser enviado. Si Thara regresara con nosotros como

testigo, seríamos capaces de hacer varias cosas que consideramos oportunas. En primer lugar, podríamos animar a los sacerdotes a pedir que envíen a un testigo. Por otra parte, podríamos animar a los sacerdotes jóvenes a iniciar este camino. Siempre hay algunos cuya devoción a Ulis es sincera y muy fuerte, pero, al igual que sus hermanos no tienen el don de hablar con los muertos, ellos no poseen el don de hablar con los vivos. Y cuantos más de estos entregados testigos tengamos, menos tendremos que depender nosotros y el Judiciato de las impredecibles habilidades de los sacerdotes locales.

—Lo comprendemos —dijo Maia—. Nos parece una muy noble tarea. Si ese es vuestro verdadero deseo, Mer Celehar, os lo concederemos gustosamente, pero por favor, sabed que con el mismo gusto os concederíamos un favor mucho mayor.

Celehar sonrió.

—Gracias, Serenidad, pero este es nuestro deseo. Nada más.

Había una luz en sus ojos que Maia no había visto nunca y era evidente que hablaba con sinceridad.

—Entonces, os liberamos de cualquier obligación que creáis tener con nosotros —dijo Maia—. Y os deseamos lo mejor.

Celehar volvió a inclinarse.

—Podéis llamarnos, Serenidad, si alguna vez nos necesitáis. Y, aunque esperamos que nunca preciséis nuestro servicio, también esperamos que si necesitáis nuestra amistad, no dudéis en pedirla.

—Gracias —dijo Maia—. Estamos... Lo recordaremos.

Celehar se marchó, pero el Archiprelado permaneció allí. Maia lo miró, incómodo.

—¿Archiprelado?

—Serenidad. Dada la situación de Thara, se nos ocurrió que, aunque lleve razón en creer que no es adecuado para la capellanía, eso no significa que, tal vez, no necesitéis una.

—¿Un capellán? Deberíamos...

—No os lo estamos reprochando —dijo el Archiprelado—. No es una exigencia. Vuestro difunto padre escogió prescindir de él y os

aseguramos que nuestra lealtad no menguó en absoluto. Pero vos no sois vuestro padre.

—No —respondió Maia—, no lo somos.

—Y sabemos que Chenelo Zhasan era una mujer de gran espiritualidad —dijo el Archiprelado.

—¿Cómo sabéis eso?

—Nosotros estábamos en la Corte Untheileneise cuando ella también estaba —dijo el Archiprelado—. Éramos canónigo de la Untheileneise'meire, un paso habitual para aquellos destinados a altos cargos de la prelatura, y la veíamos allí a menudo. Hablamos con ella una vez.

—¿Sí? —preguntó Maia, esperando que no se notara su entusiasmo.

—Nos preguntó si estaba molestando o dificultando nuestro trabajo. Le dijimos que la Untheileneise'meire debía ser un lugar de oraciones, aunque los emperadores de las Ethuveraz solieran tratarlo solo como un sepulcro, y ella nos dio las gracias, luego preguntó si había algún lugar en el que pudiera encender velas. Nos explicó un poco cómo era el lugar dónde se encendían las velas en el ritual barizheise y resultó evidente que era muy importante para ella. Encontramos un lugar donde pudiera hacerlo sin que la vela llamara la atención y...

—¿Dónde? —preguntó Maia y, si había querido aparentar desinterés, había fallado por completo— ¿Nos lo mostraríais?

—Por supuesto, Serenidad —respondió el Archiprelado, un poco sorprendido, pero no disgustado, y Maia, el Archiprelado, Beshelar y Cala formaron un pequeño desfile hacia el Untheileneise'meire. Por el camino, el Archiprelado, un poco vacilante, dijo—: Os agradecemos, Serenidad, que no nos considerarais un colaborador de nuestro primo Eshevis.

—Estábamos seguro de que no lo erais —respondió Maia.

—Muchos emperadores no se habrían molestado en hacer esa distinción.

—Incluido nuestro abuelo, sí. Esperamos que, en este caso, nuestro padre hubiera aprobado nuestras decisiones.

El Archiprelado le dirigió una pensativa mirada de soslayo, pero solo dijo:

—En cualquier caso, gracias, Serenidad. Vuestra confianza significa mucho para nosotros, por mayores razones que conservar nuestro propio pellejo.

—Estamos complacidos —respondió Maia, incómodo—. Es decir, ¿gracias?

El Archiprelado le dirigió una sonrisa que lo absolvía de tener que intentarlo de nuevo y se adelantó para abrir las puertas del Untheileneise'meire.

Los dos canónigos parecieron muy alarmados al encontrarse con el Archiprelado y su emperador, pero se inclinaron con gratitud y obediencia cuando el Archiprelado les indicó que se retiraran. Guio a Maia por el círculo exterior de tumbas hacia una de las capillas y Maia se dio cuenta, por primera vez, de que había seis capillas en lugar de cinco.

—Esta es la Capilla de Todos los Dioses —dijo el Archiprelado—. La Mich'othasmeire. No se suele usar, ya que incluso las celebraciones de un solo dios tienden a ser demasiado extensas para las capillas y la gente que viene a rezar en privado, normalmente desea rezar a Osreian o a Cstheio. Una vez, cuando vinimos por primera vez a la Corte Untheileneise, recordamos que apareció una religiosa de Akhalarna, una mujer muy mayor con cicatrices rituales. Estaba haciendo un peregrinaje desde su hogar hasta Valno, donde Akhalarna cayó a la Tierra, y se detuvo para hacer una ofrenda aquí. Pero aparte de eso... —Se encogió de hombros—. A Chenelo Zhasan le preocupaba mucho molestar a alguien y le aseguramos que no lo haría. No la volvimos a ver después de eso, pero cuando fue enviada a Isvaroë, vinimos a limpiar la capilla. Había puesto velas en todas las ventanas e imaginamos que el efecto debía de haber sido muy hermoso.

—Gracias —dijo Maia, mirando a su alrededor.

Al igual que la Untheileneise'meire, la capilla era circular; estaba desprovista de adornos, salvo el trisquel dorado en el centro del suelo. Las ventanas eran altas y estrechas y estaban espaciadas de forma uniforme alrededor de la capilla. No se parecía mucho al santuario que había montado Chenelo en Isvaroë, pero en ese caso no se había parecido a las iglesias goblins con las que ella había crecido. Y el Archiprelado llevaba razón, aquel pequeño y pacífico espacio habría estado precioso a la luz de las velas.

—¿Podemos...?

Se detuvo, ya que la pregunta era ridícula. Él era el emperador; técnicamente, esa capilla, al igual que cada centímetro de la Corte Untheileneise, era de su propiedad.

—Sois bienvenido —dijo el Archiprelado con gentileza—. Y esto está relacionado con lo que quería deciros.

—¿Sí? —dijo Maia.

—Al igual que no es un crimen prescindir de un capellán, Serenidad, no es un crimen desear tener uno. Pocos emperadores son públicamente practicantes (un hábito que se remonta a la supresión del culto a Chevarimai), pero pocos de ellos estaban tan separados de la iglesia como vuestro difunto padre. ¿Y suponemos que vos debéis de haber sido educado en la tradición barizheise?

—Hasta los ocho años —dijo Maia, deseando tener dónde esconderse.

—Entonces estáis más acostumbrado a la meditación que a lo ritual —dijo el Archiprelado, reflexivo—. ¿Podemos considerar el asunto y presentaros opciones para capellanes? Tenemos varios sacerdotes jóvenes que han sido formados en las costumbres barizheise, ya que se han vuelto populares en Thu-Tetar y Thu-Istandaär, y de hecho nos gustaría fomentar la costumbre barizheise de la contemplación entre nuestro clero y nuestras congregaciones.

—Y el emperador es un ejemplo perfecto —dijo Maia, con un poco de amargura.

—Es la verdad, Serenidad —respondió el Archiprelado, impasible.

—Muy bien —dijo Maia—. No podemos negaros que lleváis razón y la meditación sería un consuelo para nosotros. —Esperó haberlo dicho con la mayor suavidad posible—. Al igual que lo sería un profesor, porque solo sabemos lo que nuestra madre nos enseñó antes de su muerte.

—Por supuesto, Serenidad. Lo consideraremos.

—Gracias, Archiprelado —dijo Maia y se despidieron.

En el viaje de vuelta al Alcethmeret, Cala lo alcanzó.

—Serenidad, no sabíamos que meditabais.

—No lo hemos hecho —dijo Maia—. No desde que llegamos a la corte.

—¿Pero por qué no?

—El emperador —dijo Maia con sequedad— nunca está solo.

—Oh —Cala casi se tropezó, y se quedó en silencio durante varios minutos antes de decir—: ¿Creíais que nos burlaríamos de vos?

—No —dijo Maia—, porque seguramente cualquier nohecharis que se burlara del emperador sería despedido de inmediato. Pero temíamos... temíamos que pensarais mal de nosotros.

—No —dijo Cala, como si la idea le horrorizara.

—No lo haríamos, Serenidad —dijo Beshelar tras él.

—Gracias —respondió Maia. Un par de pasos después, se dio cuenta de que ninguno de ellos había dicho «el nohecharei no es quién para reprobar al emperador», y esto se unió de pronto a sus pensamientos sobre alianzas y relaciones similares a la amistad, y se volvió de forma violenta y repentina hacia ellos—. El Adremaza se equivocaba.

—¿Serenidad? —dijo Beshelar, mientras Cala, sobresaltado, retrocedía un paso.

—Cuando dije que no podíais ser nuestros amigos. Porque si lo que quiso decir es que no podíamos encariñarnos con vosotros, o que vosotros no podíais encariñaros con nosotros, entonces simplemente mintió. Es absurdo. Niega la verdad, que es que nosotros... —Arrastró las palabras, abandonando la formalidad de

forma tan deliberada como si rompiera un plato—. Os tengo cariño a ambos. Si no fuera así, ¿cómo podría soportar pasar la mitad de mi vida en vuestra compañía? Y seguramente será igual a la inversa. Al menos, espero que así sea.

Cala y Beshelar se estaban poniendo colorados, pero murmuraron algo que sonó a una confirmación.

Casi sin aliento por su propia ferocidad, Maia siguió hablando.

—Es cierto que no podemos ser amigos en su sentido más común, pero nunca en toda mi vida he tenido un amigo así y no creo que vaya a tenerlo alguna vez. Soy el emperador. No puedo. Pero eso no significa que no pueda tener ningún amigo, solo que no pueden ser esa clase de amigos. Creo que el consejo del Adremaza era bienintencionado, pero estaba muy equivocado. No pido, o espero, que seáis mis amigos como lo sois de cualquier otro mazei o cualquier otro soldado de la Guardia Untheileneise. Pero es... es estúpido negar que nos tenemos afecto. —Se detuvo, tragó con dificultad—. Si es que, claro está, nos lo tenéis.

—Por supuesto que os lo tenemos —respondió Beshelar, usando el término en plural en vez del formal.

—Por mi parte —dijo Cala—, nunca he sido capaz de no pensar en vos como... lleváis razón, no como un amigo exactamente, pero... moriría por vos, Serenidad, y no solo porque hice un juramento.

—Yo también —respondió Beshelar.

Maia parpadeó varias veces.

—Entonces seremos una clase diferente de amigos. La clase que podemos ser. ¿De acuerdo?

La sonrisa de Cala fue hermosa y aunque Beshelar no sonrió, saludó con entusiasmo.

—De acuerdo —dijo Maia, devolviéndoles la sonrisa—. Entonces permitidnos regresar al Alcethmeret antes de que Csevet envíe a alguien a buscarnos.

Entró en el Alcethmeret y por primera vez se sintió como si volviera a casa.

EL PUENTE SOBRE EL ISTANDAÄRTHA

Los Corazhas se reunieron para tomar una decisión sobre el asunto del puente del Istandaärtha el primer día de las lluvias de primavera. La lluvia se oía por todas partes y alguien había abierto todas las cortinas en el Verven'theileian. Era una vista fea debido al barro y las enormes nubes de tormenta, pero esperanzadora.

Por fin había un nuevo Testigo de la Prelatura, un joven brusco y decidido que, a diferencia del Testigo del Tesoro, que seguía dócil como un ratón, no mostró signos de sentirse intimidado. Antes de que comenzara la reunión, le aseguró a Maia que había estudiado el asunto detenidamente y que no le daría su voto por ignorancia o pereza. Maia estaba inclinado a aprobarlo.

Los Corazhas habían estado terriblemente serios durante los juicios y Maia no se sorprendió cuando el debate sobre el puente se volvió muy ruidoso. Lord Pashavar aún se oponía, alegando por una parte que no podía hacerse y por otra que, aunque se pudiera, no se debería. Fue respaldado por el Testigo de los Extranjeros y el Testigo de las Universidades, y se opusieron con vehemencia el

Testigo del Parlamento y discretamente el Testigo del Athmaz'are. El Testigo de la Prelatura demostró su valía lanzándose a la discusión y, aunque al principio parecía dispuesto a apoyar al bando contrario al puente, las respuestas a algunas de sus preguntas causaron que cambiara de opinión. El Testigo del Tesoro se sentó, observó y no dijo nada.

Cuando por fin llegó la votación, la división fue completamente predecible: tres síes y tres noes, empate. Y el Testigo del Tesoro, con aspecto aterrorizado, dijo:

—Nos abstenemos.

—No podéis absteneros —dijo lord Pashavar, indignado.

—Sí, puede —dijo lord Deshehar—. Aunque admitimos que preferiríamos que no lo hiciera.

—No podemos decidirnos —dijo el Testigo del Tesoro—. Lo sentimos, pero es la verdad.

—¿Podemos sugerir que la falta de decisión no es un rasgo muy deseable en un miembro de los Corazhas? —dijo lord Pashavar.

—Presentaremos nuestra dimisión si Su Serenidad la exige —respondió el Testigo del Tesoro, mirando a Maia.

—Sois muy decidido en vuestra indecisión —dijo Maia, lo que hizo reír a varios miembros de los Corazhas—. No deseamos vuestra dimisión. Pero, si encontráis que las responsabilidades de los Corazhas os sobrepasan, sin duda os permitiremos renunciar.

El testigo inclinó la cabeza.

—Gracias, Serenidad. Estamos... No esperábamos que fuera tan abrumador y os pedimos más tiempo para considerarlo.

—Por supuesto.

—Pero aun así —añadió, con un toque acerado en la voz—, en el asunto del puente no podemos votar. Nos abstenemos.

—Bien —dijo lord Pashavar, amargo y avinagrado—, entonces depende de vos, Serenidad, romper el empate.

—No podéis evitar que el cambio suceda, lord Pashavar —dijo Maia, comprensivo, y lord Pashavar agitó una mano hacia él para

que siguiera—. Votamos a favor del puente —dijo Maia, como todos los presentes en la estancia sin duda sabrían que haría.

—Gracias, Serenidad —dijo lord Deshehar—. ¿Y podemos proponer que sea llamado el Puente Varenechibel, en memoria de vuestro difunto padre?

«No», pensó Maia. Y de pronto supo qué sería lo correcto.

—Es una excelente idea —dijo—, pero preferiríamos que se llamara Puente de la Sabiduría, en memoria de todos aquellos que murieron. Y con esperanza.

Y todos los miembros de los Corazhas, incluido lord Pashavar, inclinaron la cabeza a modo de aprobación.

La reunión acabó poco después. Maia se sentó y esperó a Csevet mientras la sala se vaciaba. Cuando solo quedaron ellos dos, y Telimezh y Kiru detrás de la silla de Maia, Csevet dijo:

—Entre esto y lo de Nelozho, van a empezar a llamaros Edrehasivar el Constructor de Puentes.

Maia lo meditó.

—Suponemos que lleváis razón —pensó en ello un poco más, en las alianzas, en Idra, Csethiro y Gormened, en lord Pashavar y el capitán Orthema, en Vederó y Mer Celehar. Pensó en Cala y Beshelar, Kiru y Telimezh. Pensó en el propio Csevet. Se lamentó por los puentes que no había construido, con Setheris, Sheveän y Chavar, y los puentes que nunca tendría oportunidad de construir, con su hermana Nemolis, por ejemplo. Y sabía que si pasaba el resto de su vida construyendo puentes, no estaría mal.

—Nos gustaría —dijo por fin—. Nos gustaría mucho.

Extractos del

MANUAL PARA VIAJEROS EN LAS TIERRAS ÉLFICAS

(Publicado por la Imprenta de la Escalera Torcida para el Gremio de los Comerciantes Reales de Pencharn)

Pronunciación

No hay letras sordas en ethuverazhin. Dos vocales juntas indican prolongación, a menos que la segunda vocal lleve diéresis, como en el nombre del gran río central, Istandaärtha, en cuyo caso deben pronunciarse por separado. «Ai» se pronuncia como en «gaita»; «ei» se pronuncia como en «seis»; «ee», que se ve muy pocas veces y es sobre todo un sonido arcaico, es la vocal de «vi».

El ethuverazhin tiene varias consonantes aspiradas. La «ch» se pronuncia como en «chato»; «kh», una consonante común solo en ethuverazhin y su lengua hermana, barizhin, se pronuncia más bien como una tos en la parte de atrás de la garganta. No es aconsejable que el viajero lo intente hasta que no se sienta muy familiarizado y

cómodo con el idioma. La «th» se pronuncia como una «z», como en «zinc». La «sh» se pronuncia como la «ch», pero con un sonido más sibilante. La «zh», al igual que «kh», apenas se usa fuera de las Ethuveraz y las tierras goblin, se pronuncia más o menos como el sonido «j», pero suave, como «geranio».

La consonante «c» siempre es difícil (los elfos de la frontera con Barizhan han comenzado a tomar prestada la «k» de la ortografía goblin, y el par de consonantes «cs» debería pronunciarse, al menos todo lo posible, como una «c» fuerte y una «s» elidida a la vez. Los apóstrofos solo indican una sílaba desaparecida y no se deben hacer notar al hablar. En los demás aspectos, el viajero descubrirá que la ortografía de las Ethuveraz es perfectamente simple.

Nombres

Los nombres de personas están marcados por el género. Los nombres masculinos acaban en «-a», «-is» y «-et», como en el cuento popular sobre los hermanos Vana, Vanis y Vanet, en el que Vanet, el más joven y débil, es el único que puede levantar la espada Cartheio del yunque del ogro. Los nombres femeninos acaban en «-o» y «-an». La terminación «-u» aparece en nombres de ambos géneros.

Los apellidos tienen suma importancia para la gente de las Tierras Élficas. El viajero debería recordar que cada apellido es una raíz a la que se añaden sufijos para marcar el género y la situación conyugal. Los hombres usan el sufijo «-ar», las mujeres casadas usan «-aran» y las solteras usan «-in». El sufijo «-ada» significa «muchos» y se usa para indicar la familia (o «casa», como la llaman los elfos) como un órgano colectivo. Entre la gente corriente del sur, a lo largo de la frontera con las tierras goblin, los sufijos «-a», «-o» y «-eth» aún se pueden encontrar, y los pastores de las llanuras del oeste declinan sus nombres con «-ezh», «-ezho» y «-ezhen».

Los nombres de lugares también llevan marcadores. Nótese que las ciudades y los ríos toman sus nombres de sus espíritus tutelares y, por tanto las ciudades son siempre femeninas y los ríos siempre masculinos. Se aconseja encarecidamente al viajero que ignore las rimas groseras sobre el río Istandaärtha y la ciudad de Cairado que pueden oírse entre los sectores más vulgares de la población. El sufijo «-ee» indica una residencia, mientras que el sufijo «-an» indica un lugar de reunión. «Theileian», la palabra para «sala», tiene una connotación gubernamental y jurídica. El Untheileian, la sala del emperador, lleva un sufijo arcaico, cuyo significado exacto se ha perdido. Los filólogos están divididos entre aquellos que creen que deriva de la palabra «sabiduría» y aquellos que creen que deriva de la palabra «centro».

Formas de tratamiento

Los elfos son gente anticuada y quisquillosa. Se recomienda a los viajeros que siempre extremen la educación. Nunca os dirijáis a un elfo con la segunda persona «tú» o «a ti», incluso con gente tan modesta como doncellas o meseros. La formalidad excesiva se le perdonará a un extranjero, la falta de educación no.

Asimismo, los títulos élficos son complicados y es probable que confundan al incauto viajero. Hay que dirigirse a los niños menores de trece años como *michen*, «pequeño». Aunque la edad de la madurez legal en las Ethuveraz es dieciséis, a menudo se espera que los niños de trece comiencen a ocupar su lugar en el mundo adulto y, por tanto, habría que dirigirse a ellos como adultos.

Los hombres son *mer*, las mujeres casadas son *merrem*, las mujeres solteras son *min*. (El viajero puede buscar el anillo de compromiso en la mano derecha de la mujer). Incluso al barón más humilde, debéis dirigiros como *osmer*, a su mujer como *osmerrem* y a su hija como *osmin*. Aquellos de rango elevado (y quedaos tranquilo, viajero, no os los encontraréis de improviso) tienen el

prefijo *dach'* (abreviación de *dachen*, «mayor»), añadido delante del prefijo «os-» (que significa honorable), quedando la forma de tratamiento como *dach'osmer*, *dach'osmerrem*, *dach'osmin*. Al emperador debéis dirigiros siempre y únicamente como «Serenidad».

Los gremios de artesanos de las Tierras Élficas tienen su propia jerarquía y títulos, algo que no debe preocupar al viajero. A las personas de los gremios se les puede tratar siempre correctamente con *mer*, *merrem* y *min*.

Los emperadores

Las Tierras Élficas han sido gobernadas por la familia Drazh durante más de doscientos años, aunque hay que confesar que la continuidad de esta dinastía es, en cierto modo, una ficción política debida a las estrategias adoptadas por los emperadores en la elección de sus herederos. Los emperadores adoptan un apellido en cuanto suben al trono; son siempre nombres arcaicos y complicados que el viajero no oirá de otro modo, y también están marcados por el prefijo imperial. Antes de la unificación del este y el oeste de las Tierras Élficas por Edrevenivar, comúnmente llamado el Conquistador, el prefijo imperial siempre fue «Bel-». Desde Edrevenivar, aunque ningún emperador ha tomado su apellido, el prefijo imperial ha sido «Edre-» en su honor. Más recientemente, Varenechibel I eligió adoptar el prefijo «Vare-», que la gente corriente considera un insulto a sus antepasados y, por tanto, un presagio de mala suerte.

Lista de personas, lugares, cosas y dioses

Aäno: doncella de Edonomee, hija de Kevo.

Adremaza: señor del Athmaz'are.

Aisava, Csevet: mensajero, y, más tarde, secretario de Edrehasivar VII.

Aizheveth: Testigo del *Sabiduría de Choharo*. Erudito de segundo rango.

Akhalarana: dios.

Alcethmeret: residencia del emperador dentro de la Corte Untheileneise.

Alchenada: una casa noble.

Alchenin, Doru: una noble.

Amalo: ciudad en Thu-Athamar.

Anmur'theileian: fortaleza construida por los elfos en las estepas de Evressai. Llamada Memoria de la Muerte y Huesos de Carroña por los nazhморhathveras.

Anmura: dios del sol y de la guerra.

Anvernel: país al otro lado del Mar de Chadevan.

Árbol de Piedra, el: casa de té en Amalo.

Ashedro: ciudad de Thu-Athamar, sede de una universidad.

Ashevezhko: la diosa barizheise del mar.

Athamara: río de las Ethuveraz, desemboca en el Istandaärtha en Cairado.

Athmaz'are: institución de los mazei de las Ethuveraz.

Atterezh, Clemis: Maestro del Vestuario del emperador.

Aveio: ciudad de Thu-Evresar.

Avris: uno de los edocharei del emperador.

Bakhoree: palacete perteneciente a los Drazhada en Thu-Cethor.

Barizhan: vecino meridional de las Ethuveraz, la tierra de los goblins.

Barizhin: lengua de Barizhan.

Bazhevada: casa noble.

Bazhevar, Dalera: sobrino del conde Bazhevel.

Bazhevel: conde de Thu-Tetar.

Bazhevin, Stano: prometida de Ciris Drazhar, hija del conde Bazhevel.

Belmaliven IV (m.): Belmaliven Zhas, emperador centésimo vigésimo tercero de las Tierras Élficas, hermano de Belmaliven V y padre de Belvesena XI y Belmaliven VI.

Belmaliven V (m.): Belmaliven Zhas, emperador centésimo vigésimo cuarto de las Tierras Élficas, hermano de Belmaliven IV.

Belmaliven VI (m.): Belmaliven Zhas, emperador centésimo vigésimo sexto de las Tierras Élficas, hijo de Belmaliven IV y hermano de Belvesena XI.

Beltanthiar III (m.): Beltanthiar Zhas, emperador centésimo décimo tercero de las Tierras Élficas, defendido de Orava el Usurpador por Hanevis Athmaza.

Beltanthiar V (m.): Beltanthiar Zhas, emperador centésimo vigésimo primero de las Tierras Élficas, niño emperador que no

vivió para ver la edad adulta.

Belthelema IX (m.): Belthelema Zhas, emperador octogésimo octavo de las Tierras Élficas, esposo de Valestho Drazharan.

Belu: soldado de los Hezhethora.

Belvesena XI (m.): Belvesena Zhas, emperador centésimo vigésimo quinto de las Tierras Élficas, hijo de Belmaliven IV y hermano de Belmaliven VI.

Berenada: casa noble.

Berenar, Eiru: Testigo del Tesoro, más tarde Lord Canciller y esposo de Anzhevo Berenaran.

Berenaran, Anzhevo: esposa de Eiru Berenar.

Beshelar, Deret: primer nohecharis de Edrehasivar VII.

Bralchenar, Evrenis: trabajador de aeronave, seguidor de Curnar.

Bromada: casa noble.

Bromar: Testigo de los Extranjeros.

Bucarezh: novelista cómico.

Caballos vaporosos, Los: bar en Amalo.

Cairado: ciudad de Thu-Athamar.

Cala Athmaza: primer nohecharis de Edrehasivar VII.

Calestho: ciudad de Thu-Evresar.

Cambeshada: casa noble.

Celehar, Thara: Testigo de los Muertos, pariente de Csoru Drazharan.

Celehel: conde de Thu-Cethor, padre de Csoru Drazharan.

Celvaz: país fronterizo con las Ethuveraz.

Ceredada: casa noble.

Ceredel: marqués de Thu-Cethor.

Ceredin, Csethiro: sobrina nieta de Arbelan Drazharan, hija del marqués Ceredel.

Ceth'ulimeire: el ulimeire de Cetho.

Cetho: la ciudad que rodea la Corte Untheleneise.

Cethora: río de las Ethuveraz, desemboca con el Istandaärtha en Zhaö.

Cethoree: palacete perteneciente a los Drazhada. Arbelan Drazharan fue exiliada aquí por Varenechibel IV.

Chavada: casa noble.

Chavar, Nurevis: hijo de Uleris Chavar.

Chavar, Uleris: lord Canciller de las Ethuveraz.

Chavel: vizconde de Thu-Athamar, hermano de Uleris Chavar.

Chevarimai: dios cuyo culto fue suprimido.

Choharo: ciudad de Thu-Istandaär.

Clunethada: casa principal de Thu-Athamar.

Clunethar, Orchenis: príncipe de Thu-Athamar, esposo de Uleviän Clunetharan.

Clunetharan, Ebreneän (m.): hermana de Varenechibel IV.

Clunetharan, Uleviän: hija del duque Tethimel, esposa de Orchenis Clunethar, príncipe de Thu-Athamar.

Convento de los Guardianes del Faro: convento para los devotos de Ashevezhkh en Urvekh.

Corat'Arhos: crueldad del agua, serpiente marina.

Corat'Dav Arhos: palacio del gran Avar de Barizhan.

Corazhas: consejeros del emperador. Los Corazhas están compuestos por Siete Testigos: el Testigo del Judiciato, el Testigo de la Prelatura, el Testigo de las Universidades, el Testigo del Tesoro, el Testigo del Athmaz'are, el Testigo de los Extranjeros y el Testigo del Parlamento.

Corte Untheileneise: palacio de los emperadores de las Ethuveraz, también alberga el Judiciato, el Parlamento, los Corazhas, el Mazan'theileian del Athmaz'are, y el Archiprelado de Cetho.

Csaivo: diosa de los ríos, el agua, el nacimiento y la sanación.

Csedo: ciudad de Thu-Istandaär.

Cstheio Caireizhasan: diosa de las estrellas, de la sabiduría y la magia.

Curnar, Olvaris (m.): filósofo ejecutado durante el reinado de Varevesena.

Dachen Mura: las magníficas joyas del emperador.

Daiano: ciudad de Thu-Cethor, al norte de Ezho, célebre por sus manantiales de agua mineral.

Dalar, Evru (m.): esposo de Oseian Dalaran, y amante de Thara Celehar.

Dalaran, Oseian (m.): esposa de Evru Dalar.

Danivada: casa noble.

Danivaran, Aro: una mujer noble.

Danivin, Thiriän: hija de Aro Danivaran.

Dazhis Athmaza: segundo nohecharis de Edrehasivar VII.

Deshehar: Testigo del Parlamento.

Dorashada: casa noble de Thu-Cethor.

Dragón Glorioso: barco de Shaleän Sevraseded.

Drazhada: casa gobernante de las Ethuveraz.

Drazhar, Ciris (m.): segundo hijo de Varenechibel IV y Pazhiro Drazharan (tercer hijo del emperador), prometido de Stano Bazhevin, muerto en la destrucción del *Sabiduría de Choharo*.

Drazhar, Cora: paje de la casa de Csorú Drazharan, tercer primo de Maia Drazhar.

Drazhar, Ermezhis (m.): archiduque de Drazhada, un inválido.

Drazhar, Idra: príncipe de la Corte Untheileneise, hijo de Nemolis Drazhar y Sheveän Drazharan, hermano de Ino Drazhin y Mireän Drazhin.

Drazhar, Maia: hijo único de Chenelo Drazharan y Varenechibel IV (cuarto hijo del emperador), desterrado por su padre primero a Isvaroë (con Chenelo Drazharan) y luego a Edonomee (con Setheris Nelar). Ver también Edrehasivar VII.

Drazhar, Nazhira (m.): hijo mayor de Varenechibel IV y Pazhiro Drazharan (segundo hijo del emperador), muerto en la destrucción del *Sabiduría de Choharo*.

Drazhar, Nemera (m.): ver Varenechibel IV.

Drazhar, Nemolis (m.): príncipe de la Corte Untheileneise, hijo de Varenechibel IV y Leshan Drazharan, esposo de Sheveän Drazharan, padre de Idra Drazhar, Mireän Drazhar y de Ino Drazhar, muerto en la destrucción del *Sabiduría de Choharo*.

Drazharan, Arbelan: primera esposa de Varenechibel IV, rechazada por esterilidad y desterrada a Cethoree.

Drazharan, Chenelo (m.): segunda hija legítima de Maru Sevraseded, el Gran Avar de Barizhan, cuarta esposa de Varenechibel IV, madre de Maia Drazhar, desterrada a Isvaroë por Varenechibel IV, donde murió.

Drazharan, Corivero (m.): emperatriz, sobre la cual se escribió la ópera *El Sueño de la emperatriz Corivero*.

Drazharan, Csuru: quinta esposa de Varenechibel IV, pariente de Thara Celehar.

Drazharan, Leshan (m.): segunda esposa de Varenechibel IV, madre de Nemolis Drazhar y Nemriän Imaran.

Drazharan, Parmeno (m.): una emperatriz.

Drazharan, Pazhiro (m.): tercera esposa de Varenechibel IV, madre de Nazhira Drazhar, Ciris Drazhar y Vederó Drazhin, murió en el parto.

Drazharan, Sheveän: princesa de la Corte Untheileneise, esposa de Nemolis Drazhar, madre de Idra Drazhar, Mireän Drazhin y de Ino Drazhin.

Drazharan, Valestho: emperatriz de Belthelema IX.

Drazhin, Ino: hija menor de Nemolis Drazhar y Sheveän Drazharan, hermana de Idra Drazhar y Mireän Drazhin.

Drazhin, Mireän: hija mayor de Nemolis Drazhar y Sheveän Drazharan, hermana de Idra Drazhar y de Ino Drazhin.

Drazhin, Vederó: hija de Varenechibel IV y Pazhiro Drazharan.

Duchenada: casa noble.

Duchenel: conde de Thu-Cethor.

Duchenin, Loran: segunda hija del conde Duchenel, sobrina de Uleris Chavar.

Ebremis: jefe de cocina del Alcethmeret.

Echana: teniente de la Guardia Untheileneise.

Edonara: marismas al oeste de Thu-Evresar.

Edonomee: palacete perteneciente a los Drazhada, donde Maia Drazhar y Setheris Nelar fueron desterrados por Varenechibel

IV.

Edrehasivar VI (m.): Edrehasivar Zhas, emperador centésimo octogésimo segundo de las Tierras Élficas.

Edrehasivar VII (m.): Edrehasivar Zhas, emperador ducentésimo noveno de las Tierras Élficas. Ver también Maia Drazhar.

Edretanthiar III (m.): Edretanthiar Zhas, emperador ducentésimo septuagésimo segundo de las Tierras Élficas.

Edrethelema III (m.): Edrethelema Zhas, emperador centésimo octogésimo quinto de las Tierras Élficas, arquitecto de la actual Corte Untheileneise.

Edrethelema IV (mec.): Edrethelema Zhas, emperador centésimo octogésimo sexto de las Tierras Élficas, hijo de Edrethelema III, constructor de la Corte Untheileneise.

Edrethelema V (m.): Edrethelema Zhas, emperador centésimo octogésimo séptimo de las Tierras Élficas, hijo de Edrethelema IV, constructor de la Corte Untheileneise, hizo que Lisethu Pevennin fuera ejecutada.

Edrethelema VI (m.): Edrethelema Zhas, emperador centésimo octogésimo octavo de las Tierras Élficas, hijo de Edrethelema V, constructor de la Corte Untheileneise.

Edrethelema VIII (m.): Edrethelema Zhas, emperador centésimo nonagésimo segundo de las Tierras Élficas, niño emperador que no vivió para ver la edad adulta.

Edrevehelar XIV (m.): Edrevehelar Zhas, emperador ducentésimo primero de las Tierras Élficas, tátaratataratataratataratío abuelo de Maia Drazhar.

Edrevehelar XVI (m.): Edrevehelar Zhas, emperador ducentésimo tercero de las Tierras Élficas, padre de Varenechibel I.

Edrevenivar (m.): Edrevenivar Zhas, emperador centésimo quincuagésimo séptimo de las Tierras Élficas, conocido como Edrevenivar el Conquistador, unió el este y el oeste de las Ethuveraz.

Erimada: casa noble.

Esaran, Echelo: mayordomo del Alcethmeret.

Esha: uno de los edocharei del emperador.

Eshoravee: señorío perteneciente a los Tethimada.

Esret: paje barizheise al servicio de Vorzhis Gormened.

Estelveriär: país que limita con las Ethuveraz.

Esthoramire: prisión de la Corte Untheileneise.

Ethuveraz: Las Tierras Élficas.

Ethuverazhid Mura: corona de las Tierras Élficas.

Ethuverazhid Zhas: emperador de las Tierras Élficas.

Ethuverazhin: lengua de las Tierras Élficas.

Evresartha: río del Ethuveraz, desemboca en el Istandaärtha en Ezho.

Evressai, estepas: hogar de los nazhморhathveras.

Ezho: ciudad de Thu-Cethor, fundada en la edad de oro del reinado de Varenechibel III.

Fortaleza de Rosiro: aeronave.

Gormened, Nadaro: esposa de Vorzhis Gormened, prima de Chenelo Drazharan.

Gormened, Vorzhis: embajador de los barizheise en la Corte Untheileneise, esposo de Nadaro Gormened.

Guardia Untheileneise: los guardias de la Corte Untheileneise, en su mayor parte, pero no del todo, ceremonial.

Habrobar: artesano de anillos con sello.

Halezh: maestro del Gremio de los Relojeros.

Halezho, Avro: miembro del Gremio de los Relojeros, hermana de Nedaö Vechin.

Hanevis Athmaza (m.): nohecharis de Beltanthiar III.

Haru: criado del Edonomee.

Hezhethora: guardias tradicionales del gran Avar de Barizhan.

Honor de Csedo: aeronave.

Ilinveriär: país que limita con las Ethuveraz.

Imada: casa noble.

Imaran, Nemriän: hija de Varenechibel IV y Leshan Drazharan, esposa del marqués Imel.

Imel: marqués de Thu-Athamar, esposo de Nemriän Imaran.

Inver: soldado de los Hezhethora.

Isheian: criado del Alcethmeret.

Ishilar: cabo de la Guardia Untheileneise.

Istandaärtha: principal río de las Ethuveraz.

Isthanada: casa menor.

Isthanar: Testigo de las Universidades.

Isvaroë: señorío perteneciente a los Drazhada, Chenelo Drazharan y Maia Drazhar fueron desterrados aquí por Varenechibel IV.

Kevo: cocinera del Edonomee, madre de Aäno.

Khel-Avezher: autoproclamado rey de los piratas del Mar de Chadevan.

Khever: mozo de cuadra de la Corte Untheileneise.

Kiru Athmaza: segunda nohecharis de Edrehasivar VII, clériga de Csaivo.

Lanthevada: casa noble.

Lanthevel: marqués de Thu-Athamar, presidente de la Casa de Sangre.

Lanthevin, Iviro: sobrina del marqués Lanthevel.

Lealtad de Lohaiso: aeronave.

Leilis Athmaza: tutor de Idra Drazhar.

Liga de Trabajadores de Cetho: organización de la clase trabajadora de Cetho.

Lohaiso: ciudad de Thu-Evresar.

Loto Benevolente: barco de vapor de los Barizheise.

Mar de Chadevan: océano de la costa sur de Barizhan.

Mazan'theileian: salón del Athmaz'are en la Corte Untheileneise.

Mich'othasmeire: Capilla de todos los dioses en la Corte Untheileneise.

Michen Mura: joyas menores del emperador.

Michen'theileian: salón de audiencias del emperador.

Narchanezhen, Atho: trabajador de aeronave, seguidor de Curnar.

Nazchcreis Dein: brujo de los nazhmorhathveras, albino.

Nazhmorhathveras: pueblo del Cielo Nocturno, habitantes de las estepas de Evressai, en guerra con las Ethuveraz.

Nelada: casa menor.

Nelar, Setheris: desterrado al Edonomee con Maia Drazhar por Varenechibel IV.

Nelaran, Hesero: esposa de Setheris Nelar.

Nelozho: ciudad de Thu-Cethor.

Nemer: uno de los edocharei del emperador.

Neraiis: sirviente de la casa de Csoru Drazharan.

Nethen, Vado: vado del río Tetara.

Nethenada: casa noble.

Nethenel, Pazhis: conde de Thu-Tetar.

Nevennamire: prisión bajo la Corte Untheileneise.

Olchevada: casa noble.

Omdar: novelista cómico.

Orava: conocido como el Usurpador, el único practicante de la magia que intentó llegar al trono de las Ethuveraz.

Orimada: casa noble.

Orimar: el Mensajero General.

Ormevada: casa noble.

Orseva: canónigo de alto rango de la Untheileneise'meire.

Orshan: diosa de las cosechas y los agricultores.

Orthema, Verer: capitán de la Guardia Untheileneise.

Orthemo, Reneian: esposa del capitán Verer Orthema.

Oshet: jardinero barizheise del Alcethmeret.

Osreian: diosa de la tierra, los terremotos y los desastres, de los artistas y los artesanos.

Ozhis: novicio del Athmaz'are.

Parlamento: el Parlamento de las Ethuveraz se compone de dos casas, la Casa de la Sangre y la Casa de los Comunes.

Pashavada: casa noble.

Pashavar: Testigo del Judiciato.

Pashavar, Corvis: joven noble.

Pashavaran, Ailano: esposa de lord Pashavar.

Pashavel: duque de Thu-Cethor.

Pelar: Testigo del *Sabiduría de Choharo*, erudito de segundo rango.

Pelchara: criado del Edonomee.

Pencharn: país limítrofe con las Ethuveraz.

Perenched, Ursu: hija legítima de Maru Sevraseded, esposa de un capitán de barco.

Pevennada: casa noble extinta.

Pevennin, Lisethu (m.): dama de la última casa en liderar una rebelión contra los Drazhada.

Polchina, Evet: maestro del Gremio de los Relojeros.

Puente de la Sabiduría: puente sobre el río Istandaärtha.

Puzhvarno: ciudad de Thu-Athamar, cerca de Eshoravee.

Reshema: mensajero.

Resplandor de Cairado: aeronave.

Rohethada: casa noble.

Rohethar, Idra: padre de Sheveän Drazharan.

Rohetharan, Zharo: madre de Sheveän Drazharan.

Rosharis: palafrenero mayor de la Corte Untheileneise.

Sabiduría de Choharo: aeronave.

Salezheio: diosa del viento, el invierno, los mensajeros y los narradores.

Sehalis Athmaza: Adremaza del Athmaz'are.

Selthevis: secretario de Maru Sevraseded.

Sevesar: Testigo del *Sabiduría de Choharo*, erudito de segundo rango.

Sevezho: ciudad de Thu-Istandaär.

Sevraseded, Holitho: hija legítima de Maru Sevraseded, novicia en Urvekh.

Sevraseded, Maru: el gran Avar de Barizhan, padre de Shaleän Sevraseded, Thever Sevraseded, Ursu Perenched, Holitho Sevraseded, Chenelo Drazharan, y Nadeian Vizhenka.

Sevraseded, Shaleän: hija legítima de Maru Sevraseded; capitana de barco; su barco es el *Dragón Glorioso*, y su puerto de amarre de Solunee sobre el Agua, donde tiene una esposa.

Sevraseched, Thever: hija mayor legítima de Maru Sevraseched.

Shulihada: casa noble.

Shulivar, Aina: trabajador de aeronave, seguidor de Curnar.

Solunee sobre el Agua: puerto del Mar de Chavean.

Sonevet Athmaza: Testigo del Athmaz'are.

Sorcher Zhas (m.): gobernante de Csedo antes de la reunificación de las Ethuveraz.

Talar: armador razhadeise.

Tativada: casa noble.

Tativin, Aizhëan: amiga de Vederó Drazhin.

Teia: paje barizheise al servicio de Vorzhis Gormened.

Telimezh: segundo nohecharis de Edrehasivar VII.

Terciopelo: un caballo.

Tetara: río del Ethuveraz, desemboca en el Istandaärtha cerca de la frontera con Barizhan.

Tethimada: casa ducal de Thu-Athamar.

Tethimar, Eshevis: hijo del duque Tethimel.

Tethimar, Teru: Archiprelado de Cetho.

Tethimel: duque de Thu-Athamar, uno de los terratenientes más ricos del Ethuveraz.

Tethimin, Paru: hija del duque Tethimel.

Thorchelezhen: canónigo menor del Untheileneise'meire.

Thu-Athamar: principado de las Ethuveraz.

Thu-Cethor: principado de las Ethuveraz.

Thu-Evresar: principado de las Ethuveraz.

Thu-Istandaär: principado de las Ethuveraz.

Thu-Tetar: principado de las Ethuveraz.

Ubezhada: casa noble.

Ubezhar, Odris: amigo de Eshevis Tethimar.

Ubezharan, Medo: esposa de Odris Ubezhar.

Ulis: dios de la muerte y de la luna.

Ulzhavada: casa noble.

Ulzhavel (m.): vizconde de Thu-Cethor, se suicidó después de ser desterrado por Varenechibel IV.

Untheileian: salón del Ethuverazhid Zhas, el emperador, centro de la Corte Untheileneise.

Untheileneise'meire: othasmeire (templo) de la Corte Untheileneise.

Upazhera: afluente del río Cethora.

Urvekh': ciudad de Barizhan, en la costa.

Usharsu Athmaza (m.): Adremaza del Athmaz'are durante el reinado de Edretanthiar III.

Ushenar: doctor de la Corte Untheileneise.

Uvezho: ciudad de Thu-Cethor.

Valno: ciudad de Thu-Evresar, donde Akhalarana bajó a la tierra.

Varenechibel I (m.): Varenechibel Zhas, emperador ducentésimo cuarto de las Tierras Élficas, hijo de Edrevechelar XVI.

Varenechibel II (m.): Varenechibel Zhas, emperador ducentésimo quinto de las Tierras Élficas, hijo de Varenechibel I.

Varenechibel III (m.): Varenechibel Zhas, emperador ducentésimo sexto de las Tierras Élficas, hijo de Varenechibel II.

Varenechibel IV (m.): Varenechibel Zhas, emperador ducentésimo octavo de las Tierras Élficas, hijo de Varevesena, esposo, sucesivamente, de Arbelan Drazharan, Leshan Drazharan, Pazhiro Drazharan, Chenelo Drazharan, Csuru Drazharan; padre de Nemolis Drazhar, Nemriän Imaran, Nazhira Drazhar, Ciris Drazhar, Vederó Drazhin y Maia Drazhar, muerto en el accidente del *Sabiduría de Choharo*.

Varevesena (m.): Varevesena Zhas, emperador ducentésimo séptimo de las Tierras Élficas, hijo de Varenechibel III, padre de Varenechibel IV, Ebreneän Clunetharan.

Vechin, Nedaö: soprano de ópera de Zhaö.

Veremnet: coto de caza de Thu-Cethor.

Versheleen: islas del Mar de Chadevan.

Verven'theileian: Salón de Consultas, sala de reuniones de los Corazhas.

Veschada: casa noble de Thu-Athamar.

Veschar, Ciret: amigo de Eshevis Tethimar.

Virenada: casa noble.

Vizhenka: capitán de los Hezhethora, esposo de Nadeian Vizhenka.

Vizhenka, Nadeian: hija de Maru Sevraseded, esposa del capitán Vizhenka.

Volsharezh: «capitán» de la oficina del Mensajero General.

Vorenzhessar: ciudad de Thu-Cethor, al norte y al oeste de Ezho, lugar de nacimiento de Reneian Orthemo.

Zhaö: ciudad de Thu-Athamar.

Zhavanin, Suler: niñera de Mireän Drazhin y de Ino Drazhin.

Zherinada: casa noble de Thu-Tetar.

Zhidelka: comerciante de seda barizheise y ex pirata.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Título original: *The Goblin Emperor*, editado originalmente por Tor Book, 2014

© Katherine Addison, 2014

© De la traducción: Juan Pascual Martínez Fernández, 2018

© La Esfera de los Libros, S.L., 2017

Avenida de San Luis, 25

28033 Madrid

Tel.: 91 296 02 00

www.esferalibros.com

Primera edición en libro electrónico (mobi): noviembre de 2017

ISBN: 978-84-9164-464-4 (mobi) Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.